

WALTER GOERLITZ

EL ESTADO MAYOR ALEMÁN



EDITORIAL AHR
BARCELONA

PROPIEDAD LITERARIA, RESERVADA

ÚNICA EDICIÓN AUTORIZADA PARA
TODOS LOS PAÍSES DE HABLA ESPAÑOLA

TÍTULO DE LA OBRA ORIGINAL
«DER DEUTSCHE GENERALSTAB»

Ningún capítulo de este libro podrá ser reproducido
en ninguna forma sin permiso por escrito del editor

PRIMERA EDICIÓN

COPYRIGHT, 1954
PRINTED IN SPAIN

PRÓLOGO

Al emprender la redacción de la historia del Estado Mayor alemán, es imprescindible exponer previamente algunos hechos indiscutibles.

«Escribir historia» significa, como ya lo expresa la palabra, averiguar lo que aconteció. Dentro de este significado, la historia no puede actuar como autoridad que acusa o que juzga. La investigación de lo que aconteció y la descripción de las relaciones íntimas entre los acontecimientos presupone una alta tendencia a la objetividad y veracidad, aun cuando el hombre difícilmente pueda llegar a saber la verdad absoluta. Existe en esta actividad un método barato de falsa investigación histórica que envilece a la historia y la convierte en un campo de caza de criminales y de culpables. Los más acusados en tal caso son los judíos, los jesuitas, los masones o el Estado Mayor prusiano, según el capricho, la religión, la raza, la susceptibilidad o la ideología de cada uno. Por otro lado, tampoco corresponde a una verdadera investigación histórica realizar una defensa de los presuntos culpables ante el foro de la publicidad mundial. Conformémosnos en este sentido con lo que dijo Leopoldo von Ranke (*) «hay que averiguar lo que aconteció en realidad». El viejo Moltke, el más notable jefe del Estado Mayor prusiano, expresó una vez que la justa descripción histórica encierra al mismo tiempo los elementos de la crítica más severa.

El Estado Mayor ha desempeñado un gran papel en la vida militar y política de Alemania. Tanto más importante resulta hoy, dada la oportunidad de reformar nuestra vida política por última vez, hacer sin prejuicio una descripción del papel de esta institución militar tan ilustre, la cual, desde el punto de vista político, se desvió tan lamentablemente de sus carriles, sobre todo en la época del emperador Guillermo II.

Nadie mejor que el autor se da cuenta de las dificultades que se oponen hoy a tal empresa, especialmente en lo que concierne a los últimos veinti-

(*) Célebre historiador alemán (1795-1886). (N. del T.)

ticinco años de nuestra historia. Muchos archivos se han perdido o permanecen inaccesibles a los alemanes, aun cuando el Gobierno militar norteamericano permitió que la investigación científica alemana consultara los documentos del Tribunal Militar de Nüremberg, hecho que merece ser agradecido. Por otra parte, nadie siente más que el autor que algunos ex oficiales alemanes observen una reserva, en parte comprensible y en parte exagerada, frente a todas las tentativas de averiguar seriamente la historia de las instituciones militares en la época recientemente pasada. En oposición a esto el autor siente la necesidad de volver a agradecer sinceramente a todos aquellos oficiales del ex Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, del ex Estado Mayor del Ejército y a los miembros del movimiento de resistencia militar, así como a sus familiares, por haberle prestado ayuda en su trabajo, sea poniendo a su disposición distintos materiales, sea contestando a sus preguntas.

Sobre la base de estas informaciones y los documentos ya publicados o todavía inéditos y dentro de lo que pudieron ser consultados por la investigación científica alemana, se exponen aquí los rasgos principales de la evolución sufrida por el Estado Mayor, inclusive en la Segunda Guerra Mundial, aun cuando ésta se halla todavía muy cerca. Este es el único objeto de esta seria descripción histórica y no el descubrimiento de secretos sensacionales, por más interesantes que parezcan, como sucede hoy lamentablemente con tanta frecuencia.

CAPÍTULO PRIMERO

LOS ANTECESORES

I

Desde el punto de vista militar, el origen del Estado Mayor prusiano se halla relacionado con un determinado nivel de la evolución histórica en Europa y con un determinado nivel intelectual, es decir, con el desarrollo de la monarquía absoluta, la que, a su vez, se halla unida estrechamente a la formación de los ejércitos regulares que aparecen después de la Guerra de Treinta Años (1618 a 1648). En la época del Renacimiento, se produce el primer cambio importante en el orden político-militar, al surgir de nuevo una economía basada en el dinero y al introducirse el empleo de las armas de fuego. Durante la Guerra de Treinta Años se produce otro cambio, pues el conflicto, empezado por motivos religiosos, se convierte en una lucha entre los estados europeos, tanto por razones de poder como por intereses políticos. Por primera vez en el imperio mundial de los reyes españoles, el ejército de mercenarios, recientemente formado, es el factor que asegura la cohesión del territorio de la monarquía tan dispersa y, desde el punto de vista nacional, tan desigual. El mismo papel desempeña el ejército en la monarquía de los Habsburgo, tan multiforme por el conglomerado de sus distintos pueblos.

Pero en ningún Estado llega a aplicarse esta tesis en mayor grado que en Prusia, la cual se forma en el norte de Alemania por la unión del electorado de Brandenburgo con las propiedades hereditarias seculares de la Orden Teutónica de la Prusia oriental. El conde Mirabeau, el gran estadista de la época de la Revolución francesa, escribe en 1788: «Prusia no es un Estado que posee un ejército, sino un ejército que ha conquistado a una nación.»

Federico Guillermo de Brandenburgo (1640 a 1688), el Gran Elector, formó en Prusia los primeros elementos de un ejército regular, al obligar a los nobles, que durante la Guerra de Treinta Años habían alistado unidades mercenarias por propia cuenta, a obedecer a sus órdenes y a prestarle servicios, aun cuando cumplieran tal obligación con cierta resistencia. Este ejército fué el vínculo de unión que ató las partes tan distintas de la monarquía dispersa— el electorado de Brandenburgo, la Prusia oriental y los principados de Marck y Ravensberg, en el oeste de Alemania—, algunas de las cuales habían sido compradas o conquistadas y otras adquiridas por herencia. Hasta el barón Von Stein, el gran reformador de Prusia, opinaba que la monarquía de los Hohenzollern parecía todavía un conglomerado de territorios, unidos en forma apresurada y arbitraria. De tal modo puede afirmarse que nunca existió una nación prusiana, en el verdadero sentido de la palabra, aun cuando siempre hubo un Estado prusiano y un Ejército prusiano.

El Ejército prusiano y el Estado Mayor prusiano, la más destacada manifestación del espíritu de aquél, no se conciben sin considerar el tipo especial de la nobleza radicada al este del Elba, cuyas familias pusieron sus servicios y sus espadas a disposición del rey y proporcionaron al Ejército durante dos siglos la mayoría de sus oficiales. La historia de un grupo numéricamente limitado de familias nobles se halla unida así en forma inseparable a la historia del Estado Mayor. Pero esta nobleza se diferencia fundamentalmente en su estructura y en su cultura de las familias nobles radicadas en la cuenca del Rin, en Suabia y Franconia, cuyos terratenientes mantuvieron su soberanía hasta 1803 (*) y se diferenciaron también de la nobleza de los ducados de Mecklenburgo, que defendió sus derechos ante los soberanos en forma tan tenaz, que en 1918 representaban sus territorios todavía una especie de repúblicas feudales dentro de Alemania.

En la descendencia de esta nobleza, al lado de un elemento bastante apreciable de origen francés, originado por la inmigración de los hugonotes en Prusia, se nota también una influencia notable de la sangre eslava. De menor importancia son las familias nobles de origen vándico, pruziano y casubio (**) como los Zieten, Quitsow, Natzmer, Manstein y Yorck. Mucha mayor trascendencia tuvo la inmigración e incorporación de las familias de procedencia polaca en la Prusia oriental, Pomerania oriental y en la Marca Nueva, que aumentó otra vez cuando Prusia adquirió en el siglo XVIII la Silesia y otros territorios anteriormente polacos, y cuando muchos miembros de las familias empobrecidas de la Schlachta (***) polaca entraron al servicio del rey de Prusia. Antes

(*) En 1803, la mayoría de los príncipes alemanes perdieron sus privilegios. (N. del T.)

(**) Los vándicos son eslavos que vivían entre los ríos Elba y Oder, los pruzianos y casubios son restos de los habitantes primitivos de la Prusia oriental. (N. del T.)

(***) Nobleza baja polaca. (N. del T.)

de 1806, en Prusia, cerca de una quinta parte de las familias condales y aproximadamente la cuarta parte de las familias nobles de rango menor, eran de descendencia polaca. Si bien la gran mayoría de estas familias habían sido asimiladas por la forma de pensar y actuar de los alemanes, algunos rasgos de carácter de estos nobles, como, por ejemplo, el orgullo rudo, el descuido económico y la generosidad sin límites, hacían recordar su vieja herencia negativa.

II

Cerca del año 1640, cuando se inició la formación del ejército prusiano-brandenbúrgués, se conocían ya los primeros principios de lo que más tarde fué reunido bajo la denominación de servicio de Estado Mayor. El Gran Elector organizó, probablemente según el ejemplo del ejército sueco, que en aquel entonces era famoso en el norte de Europa, un Estado Mayor del Cuartel Maestre General (*), que tenía a su cargo ante todo la dirección del servicio de ingenieros, la vigilancia de las rutas de marcha y la elección de campamentos y posiciones fortificadas. En 1657 se menciona en los documentos al teniente coronel e ingeniero Gerardo von Bellinkum como primer cuartel maestre general de Brandenburgo. Su auxiliar era el teniente coronel e ingeniero Jacobo Holsten, que tenía el título de segundo cuartel maestre general.

En esa época, según las listas de pago, pertenecían al «Estado Mayor» un comisario general (el más alto oficial para todos los asuntos de reemplazo, vestuario, armamento y alimentación), que tenía a otro mayor general como auxiliar, dos ayudantes generales, un auditor general para todo lo referente a la justicia militar, un maestro general de provisiones, un maestro general del tren y el preboste general con sus alguaciles como policía militar. El más alto oficial del Estado Mayor en aquel entonces no era el cuartel maestre general ni el comisario general, sino el general de primera artillería, siendo el primero el barón Von Sparr, uno de los grandes generales del Gran Elector. Entre los sucesores de Bellinkum se encuentra Enrique Adan von der Osten y después, entre 1670 y 1673, Felipe de Chiese (Chiesa), un noble piamontés, que antes había prestado servicios en Suecia. Este no llegó a ser tan conocido como militar, sino como constructor de la parte principal del castillo de Potsdam y de la Casa de la Moneda de Berlín, así como inventor de la «berlina», un coche con suspensión de correas. Durante los años siguientes, hasta 1699, el puesto mencionado fué ocupado por varios oficiales de origen francés, como De Maistre, Du Puy, Margace y De Brion. Las jerarquías en el escalafón del Estado Mayor brandenbúrgués eran las siguientes: cuartel maestre gene-

(*) En lo sucesivo se denominará a este organismo por razones prácticas «Estado Mayor». (N. del T.)

ral, cuartel maestro superior, cuartel maestro de estado mayor y cuartel maestro de plana mayor. Este cuerpo, en el fondo una plana mayor de administración y de ingenieros, sin embargo nunca existió como unidad regular. En caso de guerra el «Comisariato General de Guerra», como se denominaba en aquel entonces al Estado Mayor, era formado cada vez de nuevo.

En la misma época, durante la guerra civil en Inglaterra, Cromwell creó una institución semejante, según se supone a imitación también del ejemplo sueco. En Austria existía ya desde cierto tiempo atrás una institución intermedia entre un ministerio de guerra y un estado mayor, el «Consejo de Guerra de la Corte». En este país el monarca, inexperto en asuntos militares, no salía personalmente a campaña, sino que confiaba tal tarea a empresarios militares del tipo de Wallenstein (*). Este último ejército se entendía bajo tal denominación solamente a una secretaría militar para transmitir órdenes, la cual hasta tenía una imprenta rodante. El «Consejo de Guerra de la Corte» austríaco, constituido por un gremio de consejeros experimentados en asuntos militares y elegidos en el séquito del monarca, se acercaba ya en muchos puntos al concepto moderno de un Estado Mayor, dado que proyectaba también planes de operaciones. Esta solución fué imitada en algunos países del sur de Alemania, sobre todo en Baviera. A veces, por ejemplo, durante la Guerra de Sucesión en España, realizada al principio del siglo XVIII, el príncipe Eugenio, generalísimo austríaco, fué al mismo tiempo presidente del «Consejo de Guerra de la Corte».

En Prusia, el desarrollo de tal problema tomó otro rumbo. El Gran Elector era su propio generalísimo y a la vez su propio jefe de Estado Mayor. Su nieto, Federico Guillermo I, el segundo rey de Prusia, fundó la tradición de que el monarca era al mismo tiempo el comandante en jefe y que debía conducir personalmente su ejército en campaña. Durante su reinado se convierte el uniforme militar en el vestido de gala del soberano y con ello en la vestidura más noble de la vida social. La carrera del oficial llega a ser así el privilegio de la nobleza. Al comienzo, ésta de ninguna manera quiso renunciar a sus derechos hereditarios y opuso resistencia, pero al final debió rendirse a la voluntad férrea del monarca. Con esto se acabó el carácter feudal del cuerpo de oficiales. Solamente las grandes bajas de oficiales durante la Guerra de Siete Años fueron el motivo para que este exclusivismo fuera abandonado pasajeramente. El juramento a la bandera que el noble prestaba al rey llegó a tener así un alto significado moral; el oficial se consideraba como servidor del monarca, en cuya persona se encarnaba el Estado. Este concepto de lealtad personal fué el fundamento moral del ejército, y la mentalidad de la oficialidad prusiana y más tarde del cuerpo de oficiales alemán fué influida por él en forma muy particular.

(*) Célebre *condottiere* austríaco. (N. del T.)

Bajo el gobierno de Federico Guillermo I se perfeccionó en Prusia la ideología de la obediencia como suprema ley moral. El juramento a la bandera y el deber de obediencia llegaron a ser así los pilares fundamentales de la ética de la nobleza prusiana. Pero en aquel entonces este concepto de obediencia de ningún modo era ciego y servil. La nobleza no era todavía un grupo de grandes o pequeños terratenientes o de empleados públicos, unidos por intereses comunes, sino una casta con una marcada conciencia de su clase. Cuando en una revista de tropas Federico el Grande hizo al coronel conde Gessler, jefe del Regimiento de Dragones de Ansbach-Bayreuth (*) el reproche de que su regimiento era un conjunto de borrachos, éste declaró al frente de la tropa que prefería pasar por bribón antes que sacar su espada otra vez delante de un «regimiento de borrachos»; después de lo cual la envainó y se retiró. Al estallar la Guerra de Siete Años, el rey lo llamó de nuevo y le permitió mandar el regimiento con la fusta, para no obligarle a faltar a su palabra. Se atribuye al famoso general de caballería Von Seydlitz (según otra fuente al teniente coronel Von Wakenitz, jefe del Regimiento Garde du Corps) la frase dicha en la batalla de Zorndorf en 1758, cuando Federico el Grande ordenó varias veces en momentos inoportunos el ataque a la infantería rusa, todavía no conmovida: «Diga usted a Su Majestad que mi cabeza está a su disposición después de la batalla; pero durante la misma espero poder emplearla todavía en bien de Su Majestad.»

III

El Gran Elector dejó al morir un ejército de 30.000 hombres. Federico I, al asumir el cargo de rey, disponía de un ejército regular de 40.000 hombres. Federico Guillermo I, al morir en 1740, entregó a su sucesor un ejército de 80.000 hombres. Al fallecer Federico el Grande en 1786, el ejército tenía un efectivo de 200.000 hombres. Con el aumento de estos números se refleja el ascenso de Prusia en el siglo XVIII, hasta llegar a ser una gran potencia. Las tres guerras victoriosas de Silesia y las adquisiciones resultantes de la partición de Polonia en 1772 le aportaron la Silesia y la Prusia occidental. Por otro lado, los triunfos que obtuvo Federico el Grande en la Guerra de Siete Años, en Rossbach y Leuthen, difundieron la fama del Ejército prusiano en toda Europa. Sin embargo, no fueron estos éxitos militares, sino una alteración de la situación política, es decir, el cambio de posición de Rusia, la cual salvó a Persia de ser aniquilada finalmente por sus vecinos muy superiores.

(*) Al cual había conducido en la célebre carga de la batalla de Hohenfriedeberg.

Federico el Grande fué también su propio jefe de Estado Mayor. La organización del Estado Mayor continuó siendo una especie de institución intermedia entre una secretaría militar, ayudantía y plana mayor de ingenieros. El número de oficiales que prestaron servicio en ese órgano alcanzó a unos 25 y el número de jefes osciló entre 2 y 5. A los oficiales de Estado Mayor se agregó en aquel entonces un cuerpo de «cazadores de campaña», destinado a llevar partes y órdenes, para fines de control, y los «mayores de brigada». Los cazadores (llamados también «cazadores de columna») eran mandados por un capitán de guías y servían para indicar los caminos, etc., a las tropas durante las marchas. Los «mayores de brigada» eran una especie de oficiales de enlace, agregados a cada uno de los generales, con el fin de hacer informes y llevar listas. La particularidad de este servicio trajo consigo que el cuerpo de oficiales del Estado Mayor trabajara en estrecho contacto personal con el monarca. En los años posteriores el rey se reservó personalmente la instrucción de estos oficiales, que fueron elegidos entre los doce mejores alumnos de la Academia de Caballeros. Cabe señalar, sin embargo, que en aquel entonces todavía no podía hablarse de una actividad de Estado Mayor propiamente dicha, en el sentido de proyectar planes en forma independiente y de aconsejar al comandante supremo bajo propia responsabilidad.

Muchas veces se interponía en las tareas del Estado Mayor una segunda institución, la cual fué haciéndose característica en el Ejército prusiano en el curso de su desarrollo ulterior y llegó a ser pasajeramente la rival más seria del Estado Mayor, es decir, la Ayudantía General, el núcleo del ulterior Gabinete Militar de los reyes de Prusia. Durante el Gobierno de los primeros monarcas prusianos la Ayudantía General tenía como tarea preferente atender los asuntos personales de los oficiales. Federico el Grande amplió los poderes de la misma. En esta época se muestran ya los principios del llamado «método de directivas» en la impartición de órdenes, según el cual se concedía a los comandantes subordinados cierta independencia en la ejecución de una resolución, dentro del marco del conjunto. La Guerra de Siete Años, que se había desarrollado en teatros de operaciones tan distintos como Silesia, Prusia oriental, Pomeriana anterior, Mecklenburgo, Electorado de Brandenburgo, Turingia y Sajonia, obligó frecuentemente a destacar cuerpos de tropas de cierta importancia, mandados por comandantes independientes. El rey solía agregar a ellos, aparte de los mayores de brigada y los cazadores de columnas, a un ayudante general o un ayudante de campo, cuya posición en tal caso equivalía a la de un comisario real. Al estallar la Guerra de Siete Años, había de estos ayudantes generales cinco para la infantería y dos para la caballería. El más conocido de ellos, Carlos von Winterfeld, uno de los más íntimos amigos del rey, recibió también el mando de unidades que operaron en forma independiente y cayó como comandante de una de ellas en 1757 en el combate de Moys.

A partir del año 1758 había solamente un ayudante general, que tenía a su disposición a un secretario. El más notable de ellos fué Enrique von Anhalt (1734 a 1801), un hijo natural del príncipe heredero Guillermo Gustavo von Anhalt Dessau; era de este modo un nieto del viejo príncipe prusiano al comienzo del siglo XVIII. Enrique von Anhalt se incorporó al Ejército prusiano bajo el nombre «Gustavsohn», prestó servicios en el cuerpo del cuartel maestre general y fué convertido en noble por Federico el Grande en 1761. De 1765 a 1781 ocupó como coronel los puestos de primer ayudante general y de cuartel maestre general; al mismo tiempo estaban subordinados a él, como montero mayor de la corte, todos los cuerpos de cazadores a pie. Durante las operaciones militares de la primera partición de Polonia y en la Guerra de Sucesión bávara de 1778, fué encargado especialmente de la preparación y dirección del empleo de las tropas en una forma tan amplia, que en cierto sentido podía calificarse como jefe de Estado Mayor del gran rey. En el ejército no era estimado; tenía fama de ser hosco, rudo y egoísta; pero, sin duda, fué uno de los auxiliares más seguros del rey, si bien no el más sobresaliente, considerado desde el punto de vista espiritual. Al igual que en el caso de los posteriores jefes del Estado Mayor, su trabajo se realizó en gran parte a escondidas, de modo, que quedó substraído al conocimiento general.

IV

Durante el siglo XVIII la guerra tuvo sus propias leyes. La fuerza política y económica de los Estados absolutistas, cuyas luchas dinásticas determinaban la semblanza de esa época, era restringida; en consecuencia, sus medios militares eran también limitados. Los ejércitos de mercenarios de los Hohenzollern prusianos, de los Habsburgo austríacos y de los Borbones franceses, eran instrumentos valiosos y difíciles de reemplazar. La infantería entraba en combate en formaciones compactas y rígidas, y luchaba en líneas de una profundidad de tres hombres, escalonadas unas tras otra. Los oficiales y suboficiales encuadraban a los batallones en el orden de combate. Todos los movimientos se realizaban a compás, según reglas fijas, en forma de maniobras y conversiones ingeniosas. El ideal era transformar a los mercenarios en un conjunto de máquinas, que avanzaran y dispararan sus armas armónicamente. A Federico el Grande se le atribuye la expresión que el soldado debía temer más el bastón del cabo que la bala del enemigo. El gran escéptico de Potsdam hasta dijo de sus oficiales que si empezaban a pensar ninguno llegaría a quedar en el ejército. El mariscal Von Schwerin, que cayó en la batalla de Praga en 1757, expresó que en el soldado debían reinar el temor o el amor, agregando, que, por desgracia, tendría que ser generalmente el temor. Una gran importancia para apreciar la capacidad de una tropa tenían el rendimiento de marcha

y la velocidad de fuego. La invención de la baqueta de hierro, introducida en el Ejército prusiano por el príncipe Leopoldo von Anhalt Dessau, contribuyó a aumentar la velocidad de fuego de un modo extraordinario, pues las baquetas de madera usadas anteriormente se quebraban frecuentemente al ser manejadas con rapidez.

El reducido alcance de las armas de fuego y las rígidas formas de combate, hacían naturalmente estrechos los campos de batalla. El comandante en jefe estaba así en condiciones de observar a todas sus tropas desde una elevación del suelo. El abastecimiento de los ejércitos de mercenarios, tan difíciles de reemplazar, se realizaba mediante un sistema de depósitos, que funcionaba pesadamente y limitaba simultáneamente la extensión de las operaciones. En la diplomacia y en la guerra se conocían solamente objetivos limitados; se luchaba por plazas fuertes o por provincias; todavía no había aparecido la lucha despiadada por el derecho de existencia de naciones enteras y menos aún por determinadas corrientes ideológicas o conceptos sociales, rayanos en el fanatismo, que trajo consigo el siglo xx.

Los Estados feudales y dinásticos del siglo xviii tenían en el fondo un aspecto muy uniforme en el orden internacional; una guerra de aniquilamiento habría sido una idea completamente extraña en este mundo aristocrático. En la estrategia de la época se trataba de fatigar al adversario, de conducir la guerra mediante maniobras ingeniosas y de evitar la sangrienta decisión de una batalla. El conde Guillermo von Schaumburg Lippe, uno de los más importantes teóricos militares alemanes de dicho período, dice en su libro *Ideas sobre la guerra defensiva*, que el arte de guerra debía emplearse para evitar la guerra, o, por lo menos, para disminuir sus males. La contienda típica de ese siglo fué la Guerra de Sucesión bávara, que emprendió Federico el Grande en 1778 contra los Habsburgo, para impedir la unión de Baviera con Austria. El rey y su hermano, el príncipe Enrique, penetraron en Bohemia desde la Silesia y Lusacia en dos ejércitos, cada uno de 80.000 hombres, mientras los austríacos habían ocupado una posición fortificada en la parte superior del río Elba. Pero ninguno de los dos adversarios arriesgó una batalla y las negociaciones diplomáticas terminaron el conflicto.

En este mundo internacional del Rococó, de carácter cortesano y feudal que, con excepción de Prusia y Rusia, parecía vivir satisfecho, irrumpieron desde mediados del siglo las ideas del llamado «espíritu ilustrado» y en el campo económico la elevación de la clase burguesa, por más que ésta se había iniciado ya en Inglaterra. La época se caracteriza en Francia por el hecho de que los burgueses especuladores en terrenos compran las viejas casas de los nobles. La industria y la capacidad de adquisición de la burguesía destruyen así el exclusivismo feudal. En el campo militar la artillería llega a ser el arma del «tercer estado» burgués. Scharnhorst, el hijo de un arrendatario campesino, empieza su carrera militar como oficial de artillería en el ejército de Hannover. También en Prusia esta silenciosa

«lucha de castas» se refleja en el hecho de que oficiales de origen burgués aparecen en las armas de artillería e ingenieros.

Hasta ahora sólo se había visto una especie de lucha de aniquilamiento verdadera en las guerras que los turcos realizaron en los Balcanes contra Austria, con lo cual continuaron los otomanos, ciertamente sin saberlo, las tradiciones de los conquistadores mongólicos y turcomanos, al estilo de Gengis Kan y Tamerlán. Pero estas guerras se desarrollaron en un espacio situado fuera del panorama europeo del siglo xviii. La primera Guerra Nacional de estilo moderno, que llegó a ser percibida por la conciencia del viejo mundo occidental, fué la Guerra de Independencia norteamericana (años 1776 a 1783), cuyo carácter la diferenció fundamentalmente de las guerras de sucesión y de conquista del mundo dinástico europeo. Sin quedar, las milias norteamericanas de Jorge Wáshington, desempeñaron así un papel de iniciadores al romper con las viejas tradiciones europeas. Al mismo tiempo representó esta lucha la primera «guerra total» en el sentido moderno, al ser dirigida también contra partes enteras del pueblo, como sucedió con los loyalistas americanos, que fueron obligados por los republicanos a abandonar el país. Las alteraciones de esta clase se efectúan en general en la historia en forma imperceptible. Wáshington comprendió tan poco el carácter revolucionario de su propia táctica, que contrató como instructor a un general prusiano — Von Steuben — para enseñar a sus milicias las formas anticuadas de la táctica lineal.

El coronel de artillería prusiano Von Tempelhoff, de cuya familia descendió más tarde la madre de Ludendorff, expuso ideas similares; publicó además una obra científica sobre balística y defendió la opinión de que la matemática era el fundamento de la ciencia militar. Dietrich Enrique von Bülow, oficial prusiano dado de baja en 1790 por su modo de vivir irregular, esbozó un sistema del arte de guerra basado en la matemática aplicada, en el cual la determinación de los ángulos entre la base y el objetivo de una operación, así como el cálculo matemático de cumbres estratégicas, de posiciones dominantes y de líneas de operaciones, desempeñaban un papel extraño. Según esta teoría, el ángulo de 90 grados entre la base y el objetivo era el más favorable. Es significativo que el autor tuviera la esperanza de conseguir con esta obra, que preconizaba un espíritu nuevo de la guerra, un empleo en el Estado Mayor prusiano. El teórico militar barón Jomini, de origen suizo-francés, poco más tarde caracterizó el servicio de Estado Mayor con la denominación de «logística». En el Estado Mayor prusiano, fué ante todo el coronel Cristián von Massenbach un defensor de la estrategia matemática. El general Von Saldern, que en los últimos años de vida de Federico el Grande fué jefe de la Inspección de Tropas en Magdeburgo, consideraba que la esencia de cualquier clase de instrucción militar se hallaba en la enseñanza de ejercicios exclusivamente formales. Se había perdido así completamente la capacidad de comprender cuáles eran las formas de combate necesarias en la realidad.

V

El estancamiento del sistema militar federiciano condujo en Prusia simultáneamente a una burocratización de la dirección suprema del ejército. Bajo el sucesor de Federico *el Grande*, Federico Guillermo II, se vio evidentemente que la monarquía había llegado a ser demasiado grande para que un solo hombre pudiera dominar todas las actividades del Gobierno; sobre todo, si el monarca, como en este caso, se entregaba especialmente al goce de la vida. Por eso se constituyó en 1787, como suprema autoridad militar, un «Consejo Superior de Guerra» con tres departamentos, uno para los asuntos de tropas, la movilización y la alimentación, otro para el vestuario y armamento, y el tercero para los asuntos de inválidos. A este consejo superior, mandado por dos mariscales, el duque de Brunswick y Von Möllendorf, estaban subordinados teóricamente tanto la Ayudantía General como el Estado Mayor. La primera, mandada siempre por el ayudante general de la infantería, tenía a su cargo los asuntos personales de los oficiales y los problemas de las guarniciones, del armamento en general y de los reglamentos. El Estado Mayor, cuyo efectivo alcanzó en estos años a unos 20 a 24 oficiales, recibió ahora por primera vez un uniforme especial. Los oficiales procedentes de la infantería llevaban una guerrera azul clara, con dobladillo rojo y el chaleco y pantalón de color amarillo oscuro; los procedentes de la caballería tenían una guerrera blanca. Fuera de sus tareas anteriores en el ramo de la fortificación y de los campamentos, fué confiado a este cuerpo desde 1796 un trabajo típico de estado mayor: la confección de mapas útiles para la guerra. Como no se usaba todavía la plancheta, el levantamiento del terreno se hacía sólo mediante el croquis; a pesar de esto, el trabajo resultó de gran importancia para la geodesia de Prusia. Con este fin se agregaron ahora trece «ingenieros geógrafos» al Estado Mayor, que tenía en este tiempo sus oficinas en el castillo real de Potsdam. Estos ingenieros geógrafos eran en general hombres de origen burgués, porque parecía poco digno que un noble trabajara con el compás y lápices de color. Había también un intercambio del personal entre la Ayudantía General y el Estado Mayor. El primer ayudante general de la infantería, el coronel Von Geusau, reemplazado en 1790 por el coronel Von Manstein, fué más tarde jefe del Estado Mayor.

Era natural que la Ayudantía General, tanto por la importancia de su servicio como por la modalidad particular del monarca, obtuviera paulatinamente una influencia especial, máxime cuando las funciones del Consejo Superior de Guerra, dirigido por dos personas, no se hallaban exactamente fijadas. De este modo la Ayudantía General se convirtió en un omnipotente gabinete militar del rey, al igual que en el orden civil los secretarios del gabinete real ganaron pronto una posición dominante frente

a los ministros (de ramas especiales y de provincias) que encabezaban la administración del país. El Consejo Superior de Guerra decayó así cada vez más, hasta convertirse en una oficina de despacho de asuntos corrientes. Este pseudogobierno irresponsable, que representaban los ayudantes generales y los secretarios del gabinete como consejeros secretos del soberano, fué más tarde el motivo principal para que el barón Von Stein, siendo ministro de Finanzas de Prusia, exigiera una reforma del Estado, tanto en su cabeza como en sus miembros. Dentro de esta desorganización, en la cual se mezclaban las funciones de las diversas autoridades, el Estado Mayor desempeñaba solamente el papel de una oficina técnica del ejército; el servicio de estado mayor, en cuanto fuera posible ya hablar de él, estaba casi exclusivamente a cargo de la Ayudantía General.

VI

El reglamento de ejercicios y la organización militar de Prusia, sin embargo, eran considerados aún tan ejemplares en Europa a fines del siglo XVIII, que hasta el ministro de Guerra francés tuvo la idea de introducirlos en Francia poco antes de estallar la revolución. Mientras tanto, en medio de la paralización de todas las formas en la vida, se vuelve a descubrir de nuevo, precisamente en Francia, la vida natural. Rousseau aparece como el apóstol de una nueva época y la Revolución francesa de 1789 llega a marcar también un gran cambio de orientación en el campo de la historia militar. La necesidad de reposo que se siente en Alemania después de la larga Guerra de Siete Años, choca ahora en oposición directa con aquella evolución. El anhelo profundo que reina allí a fines del siglo XVIII encuentra su expresión espiritual en la obra de Kant «A la paz eterna», que condena la guerra como destructora de todo lo bueno y origen de todo lo malo, en la glorificación del cosmopolitismo por Schiller y en el ideal de la humanidad defendido por Herder. En cambio, el nuevo elemento característico del pensamiento europeo, que surge de la Revolución Francesa, es la idea del Estado nacional. Esta Revolución engendra así no solamente las grandes ideas de la libertad e igualdad de todos los hombres, sino que hace nacer también a la nación en armas, como manifestación de la idea del Estado nacional y con ello representa también la hora del nacimiento del militarismo moderno. Ahora, la forma en que este concepto se desarrolla posteriormente en Prusia representa una de sus consecuencias imprevistas, forma que pasa después a las naciones eslavas del oriente por intermedio del ejemplo alemán.

Mientras tanto, en Francia la admiración por la organización militar existente se mantiene aún y sólo cede terreno lentamente. Los líderes moderados de la Asamblea Nacional se esfuerzan sinceramente en reconciliar la oficialidad real con la Revolución y muchos generales del ejército real

prestan servicios, al comienzo, lealmente bajo la nueva bandera tricolor. Hasta se piensa en ofrecer el mando en jefe de los ejércitos de la Revolución al duque de Brunswick o al general y ministro de Hesse, conde Ernesto Martín von Schlieffen, ambos renombrados por sus servicios en el ejército federiciano. El reglamento de ejercicios franceses de 1791 no muestra diferencias fundamentales con respecto al anterior del ejército real. Pero cuando llegan al poder elementos revolucionarios más radicales, los jacobinos, empieza la lucha contra el viejo ejército. Muchos oficiales son asesinados o decapitados por el solo hecho de ser nobles; el cuartel, el bastón del suboficial y la plaza de armas se transforman en símbolos odiosos del viejo régimen, y en muchos regimientos se constituyen juntas de soldados, antecesoras de los consejos de soldados de las revoluciones sociales del siglo xx. En Estrasburgo se reúne un congreso de las juntas de regimientos y en Brest se amotinan 20.000 marinos de la armada. La Guardia Nacional, fundada en París por el marqués de Lafayette, según el ejemplo de las milicias norteamericanas, que debía ser inicialmente una organización protectora de la burguesía, se transforma paulatinamente en el núcleo del nuevo ejército popular. Cuando en 1792 las potencias de la vieja Europa, esto es, Prusia, Austria, Inglaterra y España, se reúnen en la primera coalición contra Francia, los jefes de la Revolución apelan al sentimiento nacional de las masas. En la Asamblea Nacional el diputado Dubois Grancé propone la introducción del servicio militar obligatorio, que pronto llega a ser ley, y el diputado Barrés glorifica ahora el ideal de la nación en armas.

VII

La campaña de 1792, la cruzada de los príncipes contra la Revolución, fracasó completamente por falta de cruzados. El ejército popular francés desarrolló en ella formas de combate enteramente nuevas e independientes de todos los reglamentos anteriores: el combate de tiradores en orden disperso y el choque ofensivo simple y brutal ejecutado por masas compactas. Un oficial prusiano criticó en aquel entonces la nueva táctica de tiradores, diciendo que transformaría a los propios soldados en desertores y despertaría en el hombre aislado solamente las cualidades de «pillo». Sin embargo, los nuevos ejércitos populares franceses, para los cuales la guerra por primera vez no es cosa ajena al sentimiento del pueblo, demuestran poseer una rara e inaudita elasticidad en las derrotas, que en otro caso habrían destruído completamente a un ejército de mercenarios. Además, las masas representan una carne de cañón mucho más barata y desde el punto de vista numérico, se hallan disponibles en cantidad mucho mayor que los mercenarios, reclutados con dificultades u obligados por fuerza a prestar servicios en los ejércitos del absolutismo dinástico. El viejo Estado feudal

fué destruído así por la Revolución, por el desencadenamiento de las masas. El príncipe von Hohenlohe Ingelfingen, uno de los comandantes en jefe prusiano de la Guerra de Coalición, dijo en 1793 que había que hacer la paz con los franceses «porque con locos no se podía llegar a ningún resultado».

Así como Kant, Fichte, Schiller, Hölderlin y Herder habían saludado con entusiasmo inicialmente a la Revolución Francesa, también un cierto número de oficiales jóvenes ilustrados del ejército prusiano tuvo al comienzo manifestas simpatías por el nuevo espíritu proveniente de Francia, entre ellos el mayor Von der Kneesebeck, del Estado Mayor y el teniente Von Boyen, que en aquel entonces era un simple oficial de infantería en la lejana Prusia oriental. Boyen era el autor de la frase herética sobre el sistema de acantonamiento prusiano, según la cual «para los obligados a este servicio, la defensa de la patria significaba al mismo tiempo un acto de violencia contra los pobres». Algunos escritores militares de Prusia se ocuparon también de las nuevas ideas. Jorge Enrique von Behrenhorst y el ayudante general Von Anhalt, rechazan ahora en sus observaciones sobre el arte de guerra el concepto de la ciencia militar matemática y ponen de relieve las relaciones recíprocas entre la táctica militar y las revoluciones políticas, exigiendo el reemplazo del ejército profesional por un ejército de cuadros basado en la milicia. También Dietrich Enrique von Bülow desaprueba sus propias teorías matemáticas y exalta la decisiva importancia del nuevo combate de tiradores. Sin embargo, el evangelio del «andar arrastrándose por el suelo boca abajo» no encuentra simpatías en Prusia, ni en el Consejo Superior de Guerra, ni en la Ayudantía General. Bülow siguió siempre expulsado y anduvo ambulando como director de una compañía de comediantes, fabricante de vidrio, especulador y escritor en Inglaterra y América. Unos pocos generales solamente, encabezados por el teniente general Ernesto Felipe von Rüchel y el teniente general Von Courbière (quien en la guerra de la Revolución había mandado las Guardias prusianas) y algunos jefes liberales, como Kneesebeck, se identifican con la necesidad de introducir el servicio militar obligatorio. Su realización habría conmovido la autoridad en las tierras señoriales al este del Elba, así como el vasallaje y la jurisdicción patrimonial, los pilares del viejo sistema social prusiano. Sin embargo, las ideas de la Revolución Francesa penetraron en aquel entonces profundamente en territorio prusiano. En la Silesia, donde las condiciones sociales reinantes eran las más opresivas, se produjo una ola de sublevaciones de campesinos, que hicieron necesario en muchos casos el empleo de tropas. Así, por ejemplo, todos los habitantes de algunas aldeas fueron condenados por las autoridades militares al castigo corporal de los bastonazos, uno de los medios de corrección más terribles del viejo ejército profesional, cuya aplicación era todavía la expresión del sistema absolutista reinante.

Las guerras de la Revolución produjeron un cambio completo en la ideología humana, al cual el Ejército prusiano, con su constitución particular, tampoco se pudo substraer a la larga. Ellas originaron, además,

una ampliación de los objetivos de guerra y una extensión de los teatros de operaciones, en forma no imaginable antes y una transformación brutal en los procedimientos de la guerra misma. Es notable que el nacimiento de los ejércitos de masas, temporalmente visto, no sólo coincide con la revolución política en Francia y la revolución industrial en Inglaterra, sino también con un particular momento biológico; el enorme crecimiento de la población en todos los países europeos. Éste se inicia con el principio del nuevo siglo y de ningún modo es el resultado del mejoramiento de las condiciones de vida, como podría ser, por ejemplo, el adelantamiento de la técnica, sino al contrario, es la fuerza motriz para ello. Algunos datos ilustrarán este hecho. En 1816 la población alemana se calculaba en 24,8 millones; en 1852 había crecido a 35,9 millones. En Inglaterra la población ascendía a 8,8 millones en 1801 y a 29 millones en 1891. En Francia había antes de la Revolución de 1789 cerca de 24 millones de habitantes y en 1851 casi 35 millones.

Las masas revolucionarias, ahora militarizadas, desechan las reglas ingeniosas de la guerra aristocrática del siglo XVIII. Francia desarrolla campañas en la cuenca del Rin, en el sur de Alemania, en Bélgica, en la Italia superior, en Egipto, en Siria y en el sur y oeste de Francia, contra ejércitos prusianos, austríacos, españoles, sardos, ingleses, rusos y turcos, contra los propios revolucionarios de la Vendée. En el mes de septiembre de 1794 se hallaban en Francia bajo las armas más de un millón de hombres.

La conducción de un ejército de millones de hombres por un solo conductor militar era ahora imposible, lo mismo que la conducción en los diferentes teatros de guerra, tan distanciados entre sí. Las masas movilizadas exigían una organización táctica permanente en ejércitos, cuerpos y divisiones. Es cierto que en el ejército federiciano se habían visto ya partes del ejército destacadas con misiones independientes; pero ellas nunca habían representado unidades estables, según el punto de vista técnico de la organización, sino que fueron formadas en cada caso con efectivos variables de las diferentes armas, según lo exigía la situación. Ahora se forma la división moderna como unidad táctica fija, compuesta de tropas de todas las armas.

VIII

Una importancia decisiva tuvo ante todo la modificación del carácter de la guerra. Ésta ya no es más un juego de los monarcas y aristócratas, todos educados en las mismas ideas y reglas de vida, sino que se convierte en una lucha de las naciones por el poder, en un suceso técnico, dirigido por una organización anónima. En adelante la posibilidad de llegar a ser oficial no depende ya de la descendencia noble, sino de una cierta suma

de conocimientos científicos y técnicos, que debe ser adquirida y en el fondo se halla al alcance de todos. Esto rige para el oficial de Estado Mayor en mayor grado aún que para cualquier otro. De este modo el desarrollo del Estado Mayor, no solamente en Prusia, sino en todos los países europeos, está relacionado estrechamente con el período en que se desarrollan los Estados nacionales europeos. Quizá no se deba a una casualidad solamente que el Estado Mayor prusiano hallara su fin en un conflicto mundial que destruyó de nuevo los Estados nacionales al volverse éstos anticuados; porque en el fondo, la lucha fué contra una doctrina ideológica, frente a la cual los últimos representantes de ese Estado Mayor se levantaron en una sublevación — abierta u oculta — para contener su penetración en la esfera política y nacional del propio pueblo; debido a ello no murieron en el campo de batalla, sino en la horca levantada por el apóstol de esa doctrina (*). Por otro lado, cabe recordar que la hora de nacimiento de este Estado Mayor coincide con la época en que se produjo el choque entre las fuerzas de la Revolución Francesa, ligadas a la idea del Estado nacional, con las del viejo Estado prusiano, de carácter feudal. El creador del Estado Mayor, Scharnhorst, al reconocer la existencia de ambas fuerzas, trató de encontrar para Prusia una síntesis entre lo viejo y lo nuevo en el orden militar, al igual que el barón Von Stein, que aspiró a lo mismo en la administración civil y en la estructura interna de la vida del Estado.

(*) Se refiere a la conspiración en la época de Hitler. (N. del T.)



Gerhard Scharnhorst



Von Clausewitz

Von Gneisenau



Von Moltke (El viejo)



CAPÍTULO II

LOS PADRES ESPIRITUALES

Scharnhorst y Gneisenau

LA ÉPOCA DEL IDEALISMO

I

En el año 1801, el mayor de artillería hanoveriano Gerardo Scharnhorst, se dirigió al rey de Prusia pidiendo su incorporación al Ejército prusiano, porque éste en aquel entonces tenía la fama aún de ser el más importante en Alemania y ofrecía, además, mejores perspectivas para el ascenso que el ejército hanoveriano o el danés, en el cual le habían ofrecido un puesto. Scharnhorst incluyó en esta petición tres exigencias extrañas: el pedido de incorporarlo con el grado de teniente coronel, de concederle un título de nobleza y de reformar el Ejército prusiano. Junto con la petición elevó tres trabajos sobre temas científicos militares, como si quisiera probar con ellos su capacidad.

Indudablemente la petición revela un carácter excepcional. El solicitante no disponía de las condiciones previas usuales para ingresar como jefe en el Ejército prusiano. No era de descendencia noble, pues había nacido el 12 de noviembre de 1775 en Bordenau como hijo de un sargento primero retirado del ejército hanoveriano, arrendatario de una chacra (*). No tenía nada de la «marcialidad» conocida en el sentido prusiano. Su cara, con una nariz ancha y carnosa, y un ligero rasgo sarcástico alrededor de la boca, con la mirada pensativa y la frente alta e impresionante, no era el semblante de un oficial, sino de un sabio, que sufría posible-

(*) El hermano de su padre era proveedor de pescado de la mesa del príncipe elector de Hannover; un cuñado de su padre había arrendado un molino y su madre era sobrina de un comerciante que suministraba mercaderías a la cocina de la corte.

mente complejos de inferioridad por su descendencia humilde. En las tertulias producía una impresión desfavorable y torpe y en los desfiles su apostura era mala por no saber mantenerse en forma rígida y marcial. No tenía el don de alentar a los soldados con voces de mando fuertes ni de entusiasmarlos con arengas inflamadas. A pesar de esto escribía en forma excelente, pues había editado ya una revista militar muy buena, poseía conocimientos a fondo de historia y algunos de filosofía y sus ideas escritas dejaban reconocer una mente clara, sutil y perspicaz.

Habla muy en favor del Ejército prusiano que, a pesar de todas estas características insólitas y deficiencias sociales, fuera aceptada la petición del mayor burgués; probablemente porque el proponente ya no era un desconocido en aquel entonces y esto no solamente por sus trabajos científico-militares. Educado en la nombrada escuela militar del conde Guillermo von Schaumburg Lippe, el reorganizador del ejército portugués, que perteneció a los defensores de la idea tan revolucionaria del servicio militar obligatorio, Scharnhorst ya se había distinguido mucho en las guerras de la Revolución en Bélgica. Como jefe de Estado Mayor del general Von Hammerstein, comandante de la fortaleza sitiada de Ménin, había conducido las tropas que rompieron el cerco enemigo. Después fué jefe de Estado Mayor del comandante en jefe hanoveriano, el mariscal conde Wallmoden, cuyo yerno, el barón Von Stein, administraba en aquel tiempo los dominios westfalianos de la monarquía de los Hohenzollern. Por otra parte, Scharnhorst ya tenía fama en aquel entonces de ser un oficial docto y una autoridad en la rama de la historia militar, dado que en 1797 se había deliberado en Berlín de ofrecerle el ingreso al servicio de Prusia.

II

Cuando Scharnhorst se incorporó al ejército prusiano, ya había empezado la carrera victoriosa de Napoleón y en el campo de batalla de Marengo había encontrado su fin la segunda coalición formada por Austria, Inglaterra y Rusia contra la Francia revolucionaria. Con el golpe de Estado de Brumario, Napoleón se había apoderado del poder absoluto y la Revolución terminaba así en la tiranía de una poderosa personalidad, cuyas tendencias imperialistas empezaban a desbordar los límites del Estado nacional recientemente formado. El nuevo déspota se convirtió, sin querer y sin saberlo, en el creador del sentimiento nacional en los pueblos europeos que trató de subyugar.

La Prusia del año 1801 no era ya la del rey inerte y vividor Federico Guillermo II, que había gozado la última época tan deliciosa y engañadora del llamado «ancien régime». La multitud de mancebas había desaparecido y los omnipotentes ministros Wöllner y Bischoffswerder, santurriones con ideas místicas, habían sido despedidos. El nuevo monarca

Federico Guillermo III, que ascendió al trono en 1797, se hallaba dominado por la sensación de que los acontecimientos en Francia no podían dejar de influir sobre el antiguo orden social y militar de Prusia. En un memorándum de 1797 habló él mismo el ejército como de un cuerpo enfermo que debía ser reorganizado. Al comienzo tuvo también la idea de abolir la servidumbre. Pero, dada su naturaleza tímida, trabada por muchos complejos, todas sus empresas bien intencionadas fracasaron. Retrocedió en seguida al hacerse sentir la resistencia de la nobleza del país, la cual, emparentada entre sí por muchos lazos, pero en general pobre, endeudada, tenaz, ambiciosa y hambrienta de puestos, todavía tenía en sus manos la totalidad de los cargos importantes. Todos los generales y jefes de regimiento del ejército eran de origen noble; según el escalafón, había solamente en el cuerpo de artillería un coronel descendiente de burgueses y en la artillería de fortaleza tres. Es significativo, por otro lado, que en esta arma técnica la mayoría de los oficiales subalternos fueran de origen burgués. Sin embargo, esta típica nobleza prusiana que, según el criterio de un hombre como el barón Von Stein, era la caricatura de una verdadera nobleza caballeresca, había perdido ya mucho de la orgullosa conciencia de sí misma. Solamente quería conservar en forma tenaz lo que poseía. Y el ejército, la espina dorsal de este Estado guerrero y colonial, aparecía ahora como un enorme establecimiento correccional de orden antidiluviano, con sus anticuados y artificiosos métodos de adiestramiento y sus rudos y brutales castigos disciplinarios. Con harta frecuencia en las pequeñas ciudades situadas al este del Elba el sordo trueno del cañón de alarma despertaba y espantaba en noches oscuras a los tranquilos habitantes, anunciando que uno o varios soldados habían desertado.

La política prusiana se caracterizaba en aquel entonces por una tendencia eminentemente conservadora. Mientras Napoleón sometía a su poder el sur y el oeste de Alemania, Bélgica, Holanda, Suiza e Italia y mientras amenazaba desde el Egipto hasta el imperio colonial inglés de la India, Prusia, sobresaturada por sus enormes adquisiciones territoriales de la segunda partición de Polonia, trataba cuidadosamente de mantener su neutralidad en la lucha de las grandes potencias. Esta conducta no era una verdadera política de paz, sino una consecuencia de la confusión y perplejidad reinantes. En el ejército y en la alta burocracia se discutía sobre la gran reforma inevitable, pero sin tener el ánimo de tomar medidas decisivas y temiendo que cada alteración de la anticuada constitución social produjera una revolución. Las sublevaciones en la Silesia, explosiones violentas de la desesperación de los campesinos, no dejaban de ser síntomas harto elocuentes.

III

Poco después de iniciar sus servicios en Prusia, Scharnhorst, según su deseo, fué convertido en noble y agregado al Estado Mayor, donde tomó a su cargo la inspección y dirección de las escuelas militares. En el mes de julio de 1801 fundó en Berlín la «Sociedad Militar», que tenía por objeto la reforma del ejército. El presidente de esta sociedad fué el teniente general Ernesto Felipe Rüchel, inspector de guardias y gobernador militar de Potsdam, cuyo ayudante, el mayor Von der Kneesebeck, un admirador de las ideas de 1789, redactó en aquel entonces un memorándum sobre el reforzamiento del ejército por la milicia. Scharnhorst también tuvo la idea, aun cuando la concibió en forma poco clara, de llegar por intermedio de una milicia nacional a un ejército del pueblo. Cierta número de oficiales jóvenes, tenientes y capitanes, como Boyen, Grolman, Clausewitz y Rühle von Lilienstern, todos convencidos partidarios de Scharnhorst, se incorporaron a dicha sociedad. Igualmente se hicieron miembros de la misma el jefe del Batallón de Granaderos de la Guardia, mayor Von Lecocq y el conde Götzen, uno de los ayudantes de campo del rey. Concurrieron también algunos adherentes de la vieja escuela que se interesaban por la ciencia, como los coroneles Von Pfull y Von Massenbach del Estado Mayor, y el coronel Juan David Luis von Yorck, en aquel entonces jefe de un regimiento de cazadores de a pie, quien como oficial en un regimiento de extranjeros al servicio de Holanda, en la colonia del Cabo y en la isla de Java, había conocido las nuevas formas del combate disperso. Este último, un decidido representante del viejo orden prusiano, se negó sin embargo a reconocer que la introducción de la nueva táctica traería consigo ciertas alteraciones en la estructura social existente; al comprobar, además, que en dicha sociedad reinaba demasiado la sabiduría, dijo que un «honesto prusiano» se sentía allí «atontado».

La mayoría de los generales dudaban especialmente de que los éxitos de las «hordas del populacho francés» hicieran necesaria una revisión crítica de sistema federiciano. Hasta el general Von Rüchel solía decir que en el Ejército prusiano existían varios generales de la capacidad «del señor Bonaparte». Si hubieran existido otras condiciones, Scharnhorst en esta hora indudablemente hubiera llegado a ser el Carnot prusiano. Estudiando las campañas de Napoleón, había reconocido claramente las modificaciones fundamentales que la Revolución Francesa había producido; ante todo, el aprovechamiento de la fuerza del pueblo para el servicio militar obligatorio; la nueva forma de combate de los tiradores como procedimiento de lucha de la infantería, seguido por el ataque brutal de columnas compactas; la organización del ejército en divisiones compuestas por unidades de todas las armas y la formación de un Estado

Mayor regular en los comandos de tropas. Sin embargo, Scharnhorst no era un tipo revolucionario; pensó en una transición orgánica del viejo sistema al nuevo, conservando las valiosas tradiciones del pasado. De tal modo fué en el campo militar una figura análoga a la del barón Von Stein, quien en idéntica forma quiso efectuar una reforma histórica y orgánica en el orden civil. Scharnhorst había entendido perfectamente que la formación de una milicia y la introducción del servicio militar obligatorio, exigían al mismo tiempo conceder derechos políticos a los súbditos, hasta ahora siervos de las tierras señoriales. La liberación de los campesinos y el servicio militar obligatorio eran así dos cosas inseparables. Hegel, más tarde el filósofo de la omnipotencia del Estado, en sus observaciones sobre una Constitución ideal alemana, había sostenido ya anteriormente que el servicio militar obligatorio y la representación libre del pueblo, eran asuntos vinculados entre sí.

Como director de la Academia Militar, Scharnhorst era ahora el educador de una nueva generación de oficiales, cuyos representantes debían desempeñar un papel preponderante en las décadas siguientes. Esta generación estaba animada de un alto sentimiento de responsabilidad moral y de un ferviente idealismo. Entre los discípulos de Scharnhorst se encontraban el teniente Carlos von Clausewitz, descendiente de una familia empobrecida de teólogos protestantes; el capitán Carlos Guillermo von Grolman, hijo del presidente de un tribunal superior prusiano, cuyos antepasados habían sido comerciantes en la ciudad de Bochum; el capitán Herman von Boyen y el teniente Augusto Rühle von Lilienstern, hijo de un oficial de Francfort, que se había convertido en propietario en el distrito del río Priegnitz. Es significativo que todos estos hombres no fueran descendientes de la vieja nobleza prusiana radicada en Pomerania y Brandenburgo, sino que llegaran de otras regiones, al igual que los grandes reformadores civiles, el barón Von Stein y Von Hardenberg. La educación que Scharnhorst dió a sus alumnos, quienes fueron más tarde los representantes más destacados del Estado Mayor prusiano, abarcó tanto el espíritu como el carácter. No en vano había ya en 1790 en el plan de estudios de la Escuela Militar algunas clases sobre la filosofía de Kant. Algo del «imperativo categórico» de Kant, que pone la propia actuación moral en relación con las máximas de la legislación común, fué desarrollado en estos hombres. Scharnhorst mismo era una persona de sentimiento profundamente moral y un cristiano creyente, quien se acordaba de las horribles consecuencias de la guerra y la inmensa responsabilidad que la conducción de ésta traía consigo. Educó así a una generación de hombres que sabían pensar y actuar en forma independiente y a los cuales no se les puede negar un alto respeto; les inculcó la convicción de que dentro del marco de la política general la guerra sólo era admisible como último y amarguísimo recurso y como consecuencia de la más alta necesidad. En forma especial advirtió continuamente el peligro de una política de gabinete orientada exclusivamente según puntos de vista militares.

Sin querer, Napoleón se convirtió en el gran maestro de los Estados alemanes en el orden militar. En Baviera, el rey Máximo José y el omnipotente ministro conde Montgelas, crearon según el ejemplo francés en 1803 la «oficina secreta de guerra», que trabajó independientemente del soberano y de la cual derivaron más tarde el Estado Mayor y el Ministerio de Guerra bávaros. La organización del Estado Mayor en Francia se limitó en realidad al Estado Mayor de los comandos de tropas, debido a que Napoleón, en el fondo, era su propio jefe de Estado Mayor y proyectaba personalmente sus planes de operaciones. El jefe del Estado Mayor del emperador, el mariscal Luis Alejandro Berthier, quien, como coronel francés, había participado en la Guerra de la Independencia norteamericana, era nada más que el jefe de una oficina militar, encargada de la impartición y transmisión de órdenes, pero no tenía la misión de aconsejar bajo propia responsabilidad al comandante supremo.

En esta rama se adelantó ahora Prusia, debido a la actividad de Scharnhorst en el campo educativo y a la del coronel Von Massenbach, un hombre calificado del modo más diferente, en el campo orgánico, descendiente de una familia noble de Württemberg, que fué más hábil que Scharnhorst para llevar adelante tales ideas. Massenbach, un hombre calvo, de estatura corta, de ojos grandes y vivaces, de espíritu muy inquieto y animado de una gran ambición, fué inicialmente un enemigo de la Revolución Francesa y después un ferviente admirador de Napoleón y de Francia; en el año 1801 había escrito ya una instrucción para el servicio del Estado Mayor y fué así por dos de sus memorándums (de enero y noviembre de 1802) el padre espiritual de la idea de crear un Estado Mayor en Prusia, en lo referente a su organización.

Estos memorándums proponían la formación de un Estado Mayor permanente, el cual, como órgano central, debía proyectar planes militares ya en tiempos de paz y contenían las ideas básicas del servicio de Estado Mayor prusiano; sin embargo estaban mal redactados y formulados en forma desordenada, como consecuencia de la deficiente disciplina mental del autor.

En ellos Massenbach proponía la preparación ya en tiempo de paz de planes de operaciones separados para cada situación bélica posible y distribuía el trabajo total en tres sectores de operaciones, con lo cual quería referirse a las posibles guerras contra Austria, Rusia o Francia. El Estado Mayor que proyectaba debía constituirse, en consecuencia, en tres «brigadas». Massenbach temía un conflicto bélico sobre todo en el Este con Austria y Rusia y no pensaba en una guerra contra la Francia que admiraba. Exigía, además, que se efectuaran regularmente viajes de instrucción militares en tiempos de paz, para reconocer el terreno en las posibles zonas de operaciones y viajes de reconocimiento a los países extranjeros, adelantándose con esto a la institución posterior de los agregados militares. Por otra parte, preconizaba un cambio continuo de los oficiales del Estado Mayor entre el servicio de éste y las unidades de tropas y, como derecho más importante del futuro jefe del Estado Mayor, el privilegio de

exponer directamente ante el soberano, es decir, tener acceso libre y no controlado al comandante supremo, lo cual le ofrecía la posibilidad de influir ilimitadamente sobre sus resoluciones. Esta última exigencia, que en el futuro fué repetida continuamente, llegó a cumplirse en todo su alcance recién mucho más tarde. Federico Guillermo III apreció tanto las proposiciones del coronel Von Massenbach, que las entregó a los más altos generales del ejército para conocer su opinión al respecto. Solamente el general Von Rüchel estuvo de acuerdo con las nuevas ideas, sin reserva alguna; el resto, en su mayoría, hizo objeciones. El mariscal Von Möllendorf temió indiscreciones en caso de que se guardaran planes de operaciones preparados de antemano. El general Von Zastrow dudó de la conveniencia de constituir un Estado Mayor como escuela de enseñanza, porque temió que en el futuro todos los generales tuvieran «talento de mariscal» y que entonces ninguno obedeciera a otro.

A pesar de todas estas objeciones, el rey ordenó en 1803 la reorganización del Estado Mayor sobre la base de las proposiciones del coronel Von Massenbach. El mayor general Von Grawert fué encargado de su ejecución. Como jefe del nuevo Estado Mayor fué nombrado el teniente general Von Geusau, el cual al mismo tiempo fué encargado de la dirección del Departamento de Guerra en el Consejo Superior de Guerra y de la del cuerpo de ingenieros, lo que significaba una amplia extensión de los poderes del Estado Mayor. En aquel tiempo pertenecían a este cuerpo veintiún oficiales, todos los cuales, con excepción de Scharnhorst, eran de descendencia noble; a saber: tres tenientes del cuartel maestro general con el rango de mayor general o de coronel; seis cuartel maestros con el rango de mayor; seis tenientes del cuartel maestro con el rango de capitán y seis ayudantes. A ellos se agregaron seis oficiales geógrafos y cazadores de columna, un inspector de la cámara de planos, dos archiveros, dos grabadores y dos ordenanzas.

El nuevo Estado Mayor fué instalado en la «Casa de Pajes» de Potsdam. Según el esquema de los tres teatros de guerra, fué dividido en tres brigadas, cuyos jefes fueron los tres tenientes del cuartel maestro general: el mayor general Carlos Luis Augusto von Pfull, hijo de un general wurtemburgués y los coroneles von Massenbach y Scharnhorst. La primera brigada (oriental) se ocupó de los territorios al este del Vístula, la segunda brigada (meridional) de la parte central y meridional de Alemania y la tercera brigada (occidental) del oeste de Alemania. El jefe de este Estado Mayor y los tres brigadieres, eran hombres de carácter muy desigual. El teniente general Von Geusau era un hombre viejo e inactivo, que se perdía en papeles y formalidades. Pfull era un pedante melancólico, aunque no dejaba de comprender la necesidad de estas reformas. Massenbach era un ingenioso y brillante fraseador, un defensor de la escuela matemática, según la cual, en su opinión, sólo se necesitaba registrar en tiempo de paz todas las posiciones favorables a los fines de un conflicto, para tener así una receta segura del éxito; además, era muy nervioso y confuso. Solamente Scharnhorst tenía un espíritu culto, una capacidad adecuada y un concepto claro de lo que debía hacerse para

dar eficiencia a las ideas de Von Massenbach. Este y Pfull, sin embargo, le daban el sobrenombre de «maestro de escuela pedante».

De todos modos tenía Prusia ahora por primera vez un verdadero Estado Mayor; pero nadie sabía emplear adecuadamente esta nueva institución, cuyas funciones en caso de guerra dentro de la organización desordenada del Comando en Jefe en modo alguno estaban determinadas claramente. Por otra parte, desde el punto de vista teórico hallábase colocado por encima del Estado Mayor el Consejo Superior de Guerra, que dirigían el mariscal Von Möllendorf, de casi ochenta años de edad y el duque de Brunswick, que tenía casi setenta. Pero este consejo no disponía de mayor influencia en la conducción del ejército; ésta, en realidad, era ejercida por la Ayudantía General, el gabinete militar privado del soberano, cuyo jefe, el ayudante general de infantería, mayor general Von Köckritz, era, según el barón Von Stein, un producto de la «obediencia monástica» de la guarnición de Potsdam; un hombre que no se interesaba más que por los naipes, el vino y la pipa. Nadie sabía cómo podían ser armonizadas en caso de guerra las funciones de todas estas instituciones.

El prestigio y la labor del Estado Mayor se basaron solamente en la personalidad de Scharnhorst. Este no quiso formar un sistema nuevo, sino que exigió solamente se realizaran algunas reformas reconocidas como fundamentales, entre ellas, el reforzamiento y el completamiento del ejército por una milicia, la formación de divisiones compuestas de todas las armas y dotadas de comandos propios (para los cuales estaba educando el número de oficiales de Estado Mayor necesarios) y la adaptación de las formas de combate a las exigencias modernas. La estrategia de Napoleón perseguía el aniquilamiento total del adversario. Scharnhorst no se identificó por completo con esta idea, pero reconoció, sin embargo, una de las consecuencias del aumento de efectivos de los ejércitos: la necesidad de dividir las fuerzas en la concentración, lo que era factible solamente si se disponía de un Estado Mayor bien instruido en los comandos de tropas. La doctrina de Scharnhorst «nunca encontrarse concentrado, pero batirse siempre concentrado», era ya una anticipación de las ideas de Moltke.

IV

En el año 1805 se constituyó la tercera coalición contra Napoleón, formada por Austria, Rusia e Inglaterra, a la cual se agregó también Suecia. Aquí fué evidente la crisis de la política prusiana. La idea del ministro de Relaciones Exteriores de Prusia, conde Haugwitz, de mantenerse neutral y sacar ventajas de este modo de la lucha entre las grandes potencias, fué engañosa, pues la hora de la decisión había llegado. Para Scharnhorst el choque violento con la Francia napoleónica era inevitable. El rey Federico Guillermo III carecía de la energía suficiente para llevar

a cabo sus ideas reformadoras, pero, por otro lado, era bastante juicioso como para reconocer las debilidades de su Estado. Scharnhorst entregó a Hardenberg, el sucesor de Haugwitz como ministro de Relaciones Exteriores, un memorándum sobre las posibilidades operativas en una guerra contra Francia. De este modo por primera vez un jefe del Estado Mayor trató de intervenir en la política como consejero responsable. El rey, desconfiando de sus propias capacidades y de las del ejército, si bien sintió en una alianza con el zar Alejandro I, resolvió apelar primero al recurso de una mediación armada entre los beligerantes, esperando con ello llegar a un congreso de paz europeo.

Para dar más vigor a esta política, el ejército prusiano fué movilizado. En el sofocante y siniestro verano de 1805 Scharnhorst efectuó los primeros viajes de instrucción con los oficiales de su brigada, a fin de realizar reconocimientos en el terreno, como lo había exigido Massenbach. Estos «viajes de estado mayor» fueron más tarde uno de los más importantes medios de instrucción del Estado Mayor prusiano. La capitulación del ejército austríaco al mando de Mack en Ulm, en el mes de octubre y el avance del ejército principal napoleónico a través de Austria hacia Moravia, donde en el mes de diciembre los ejércitos coaligados de Austria y Rusia sufrieron una derrota aplastante en Austerlitz, hicieron absurda la idea de una mediación prusiana armada, antes de que pudiera llevarse a cabo. Austria concertó la paz con Francia y Napoleón formó con los Estados meridionales de Alemania la Confederación del Rin, entregando el Estado de Hannover muy hábilmente a Prusia para indisponerla con Inglaterra (*). Prusia se encontró así casi aislada, pues de los príncipes alemanes solamente los electores de Sajonia y de Hesse-Cassel, como también el duque de Sajonia-Weimar quedaban a su lado. En cuanto a la ayuda rusa en caso de un conflicto, era insegura y se encontraba lejos. De tal modo la gran oportunidad de una cooperación militar entre Prusia, Austria y Rusia había pasado sin ser aprovechada. Además, la movilización había agotado las finanzas prusianas anticipadamente.

En aquel tiempo el barón Von Stein, desde 1804 ministro de Finanzas de Prusia, luchaba desesperadamente por la reforma del Estado, tanto en su cabeza como en sus miembros y por la abolición de la influencia del gabinete privado irresponsable en el gobierno. Ni siquiera retrocedió ante la idea de realizar una especie de sublevación de los consejeros, un acto común de todos los ministros y generales, para obligar al vacilante monarca a ejecutar estas medidas. Pero entre los altos generales solamente Rüchel, Blücher y Pfull eran partidarios de Stein. Scharnhorst juzgaba todas estas ideas como del pasado, porque creía que la guerra estallaría de inmediato. En tal sentido hacía ver que Prusia se encontraba en la misma situación de una casa comercial que había perdido el crédito. Consideraba ahora la guerra, cuyos horrores detestaba, como un destino fatal.

(*) En aquel entonces el rey de Inglaterra era a la vez príncipe elector de Hannover. (N. del T.)

V

En agosto de 1806 Prusia movilizó otra vez. A última hora fueron constituidas las divisiones de ejército. Pero el Estado Mayor no poseía poder autoritario y tampoco existía una técnica de conducción común en los estados mayores de los comandos de tropas. Scharnhorst concibió el 9 de agosto un plan de concentración, según el cual debían formarse dos ejércitos en la cuenca del río Weser y en Turingia para poder avanzar ofensivamente contra una posible concentración francesa, sea en la región del Rin, sea en la del Mein. Sin embargo, este plan fué abandonado a favor de la idea anticuada de cubrir los territorios de los príncipes aliados, situados en Turingia y Hesse, por un ejército principal y otros dos colocados sobre sus alas. Cuando se reconoció que Napoleón alistaba sus fuerzas en una larga línea entre el río Sieg y el Palatinado superior, Scharnhorst propuso romper rápida y audazmente dicha línea con una fuerte ofensiva. Pero esta idea tampoco fué aceptada. En el Consejo de Guerra Massenbach la superó por su talento oratorio y Scharnhorst por fin se calló resignadamente. En una carta dirigida a su hija el 7 de octubre de 1806, dice: «sé muy bien lo que hay que hacer, pero sólo los dioses saben lo que se hará».

La campaña de 1806 mostró que nadie sabía emplear el nuevo Estado Mayor. Como primera medida los más altos jefes del mismo fueron distribuidos entre los distintos ejércitos. El jefe del Estado Mayor, teniente general Von Geusau y el jefe de la primera brigada, el mayor general Von Pfull, fueron agregados al Cuartel General real, en el cual la Ayudantía General desempeñaba las funciones de un estado mayor secreto. El coronel Von Massenbach, jefe de la segunda brigada, fué nombrado jefe del Estado Mayor del príncipe Hohenlohe Ingelfingen, comandante de uno de los dos ejércitos concentrados en la Turingia. Scharnhorst fué nombrado jefe del Estado Mayor del duque de Brunswick, comandante del segundo ejército prusiano. De tal modo existían en realidad tres estados mayores, un cuartel general, dos comandantes de ejército y un estado mayor ilegal. Quizá tuviera Scharnhorst íntimamente la convicción de que él solo debía ejercer el mando supremo, por ser el único que tenía el criterio necesario para ello; pero esto no fué más que un sueño irrealizable.

Lo único que no faltaba a la mayoría de los comandantes superiores era un gran optimismo. «Nosotros dos tampoco somos de los peores» escribía el general Von Rüchel, cuya arrogancia no pudo ser superada por nadie, al general de húsares Von Blücher, comandante de las tropas ligeras del tercer ejército prusiano, mandado por Rüchel. Un coronel prusiano dijo que era una lástima que sus hombres llevaran consigo sables y mosquetes; palos deberían ser suficientes para echar del país a los «perros franceses». Solamente Blücher se hallaba preocupado por la desor-

ganización y falta de cohesión en la conducción del ejército y por la avanzada edad de los comandantes superiores.

Napoleón podía estar seguro de la victoria y con toda razón. La concentración de su ejército se efectuó con tanta rapidez y energía que todos los cálculos prusianos se vieron anulados. En un avance rápido se dirigió a Turingia y el 14 de octubre de 1806 obtuvo la decisión en la doble batalla de Jena y Auerstedt, donde logró una de las victorias más brillantes de toda su carrera sobre los ejércitos de Hohenlohe, Rüchel y Brunswick. Después de la batalla expresó: «Las tropas prusianas son buenas, muy buenas.» ¿Por qué no han tenido éxito? Porque nadie supo conducirlos. El viejo duque de Brunswick no supo emplear en forma alguna a su inteligente jefe del Estado Mayor, a quien envió a hacer un reconocimiento completamente inútil. Más tarde, cuando los batallones prusianos en número cada vez mayor se hundían en el fuego de los tiradores franceses y los escalones tan bien adiestrados de la infantería prusiana empezaron a vacilar cada vez más, y cuando el viejo mariscal Von Möllendorf, con la frase desconsiderada de «pescados buenos, pescados frescos» (*), hizo avanzar a sus granaderos contra el fuego enemigo, Scharnhorst mismo tomó un fusil y participó personalmente en la lucha. Mientras tanto, su comandante de ejército, al tratar de hacer avanzar de nuevo a una división desordenada, fué herido por un tiro entre ambos ojos y llevado hacia atrás en estado de agonía. Durante la tarde Scharnhorst también fué herido. Al finalizar ese día nublado de otoño todo el ejército prusiano se hallaba en fuga. Muchos soldados provenientes del sur de Prusia y de los nuevos territorios polacos del este empezaron a saquear; en algunos casos hubo también actos de violencia aislados contra oficiales especialmente odiados.

Scharnhorst se agregó al principio al séquito del rey, pero a causa de su caballo indócil se retrasó durante la noche y quedó separado del Cuartel General real. Por casualidad se encontró con Blücher, quien con los restos de su caballería se esforzaba en salvar la artillería pesada. Este oficial de húsares, hombre de genio brusco y de poca cultura, pero dotado de un ingenio natural perspicaz, fué el primer general prusiano que supo apreciar el valor de un jefe del Estado Mayor capaz e ilustrado. Durante la retirada del cuerpo de Blücher, reforzado por los cazadores de Yorck, a través de la sierra del Harz hasta Mecklenburgo, Scharnhorst fué el consejero estratégico permanente de Blücher. Gracias a esta retirada, en la que se entablaron tenaces combates, fueron desviadas considerables fuerzas francesas de su tarea principal de ocupar las provincias orientales de Prusia. El matrimonio militar entre Blücher y Scharnhorst fué el primer ejemplo de una exitosa cooperación entre un comandante superior, dotado de fuerza de carácter y un jefe del Estado Mayor científicamente instruido. Esto se repitió más tarde varias veces en la historia del ejército y del Estado Mayor prusianos, como por ejemplo, Hindenburg y Ludendorff, así como Mackensen y Seeckt.

(*) Típica expresión popular. (N. del T.)

La carencia de víveres y de munición obligaron finalmente a Blücher y Scharnhorst a rendirse en Radkau, cerca de Lübeck. Eran casi los únicos que en el derrumbe general habían sabido guardar el honor de las armas prusianas. La «modalidad prusiana» al estilo antiguo sufrió su caída más profunda durante la catástrofe, al no existir nadie que supiera dar órdenes. Es que dentro de las ventajas del sistema federiciano no podían existir hombres que poseyeran responsabilidad propia, coraje civil y un sentimiento vivo y activo de los deberes morales del ciudadano. En Magdeburgo se rindieron el teniente general Von Kleist y veintitrés otros generales con 24.000 hombres. En Hameln capituló en forma no menos vergonzosa el general Von Lecocq, uno de los reformadores anteriores. Las fuertes fortalezas de Stettin y Küstrin se entregaron sin un solo disparo. Aconsejado por el ahora completamente confuso coronel Von Massenbach, el príncipe de Hohenlohe Ingelfingen rindió las armas con 12.000 hombres, los restos de su ejército, cerca de Prenzlau. En Berlín, el ministro supremo, general Von der Schulenburg Kehnert, cuando recibió la noticia de la derrota, no supo hacer otra cosa que decir en una proclamación «que Su Majestad había perdido una batalla y que ahora el primer deber de todo ciudadano era mantener la tranquilidad». Al recibir la información de la doble derrota, Dietrich Enrique von Bülow expresó que era la consecuencia de poner presos a los generales y de entregar los comandos a los incapaces. Bülow mientras tanto había regresado a Prusia, pero fué arrestado, por haber criticado severamente la conducción del zar ruso en la batalla de Austerlitz. A pedido del zar fué entregado a los rusos y murió en el transporte a Siberia a consecuencia de haber sido maltratado por un cosaco, cumpliéndose así el destino de este opositor extremo prusiano.

VI

En todos estos sucesos se mostró la quiebra completa del viejo Estado autoritario feudal y patriarcal, en el cual no existía un verdadero sentimiento ciudadano como tampoco una cooperación activa por parte de los súbditos. Las clases burguesas se alegraban ahora con malignidad de la caída repentina de la oficialidad arrogante y la nobleza de la Silesia temía menos la invasión de los franceses que el rencor de los maltratados siervos, los cuales, al derrumbarse el viejo orden, se negaban ahora en muchos lugares, a prestar servicios corporales.

Había llegado o, mejor dicho, parecía haber llegado la hora de la reforma en Prusia; esto es, el momento, en que la monarquía absoluta de los Hohenzollern, nacida de un Estado guerrero, debía reconciliarse con los principios modernos de la época, con las fuerzas espirituales alemanas y los ideales cívicos surgidos en la Europa occidental. Había surgido la hora que Stein como ministro y Scharnhorst como jefe en el Estado Mayor,

habían deseado desde tanto tiempo atrás. En estos días más oscuros de la Historia prusiana, cuando la corte huyó a la Prusia oriental y los ejércitos franceses ocuparon casi todo el territorio de la monarquía, el barón Von Stein desarrolló nuevamente el plan de constituir un ministerio responsable, según el ejemplo inglés, sobre la base de tres departamentos: uno para los asuntos exteriores, otra para la guerra y el tercero para la política financiera e interna. Pero el tímido y vacilante rey no pudo llegar a la resolución de entregar a Stein la dirección de la política interna y al persistir éste en sus exigencias lo despidió.

Cuando Scharnhorst, liberado por un canje de prisioneros de guerra, llegó a Königsberg, Stein ya había abandonado su cargo. La situación que encontró parecía desesperada. La ayuda concedida por el zar era insuficiente y las provincias polacas estaban en plena sublevación. A pesar del invierno, que paralizó como siempre todas las operaciones, las tropas francesas empezaron a avanzar hacia Königsberg. Como nadie sabía utilizar en forma debida el Estado Mayor, éste se encontró casi totalmente eliminado de toda actividad. El general Von Geusau había sido suspendido del servicio, Massenbach se encontraba en cautividad francesa y Pfull había tomado servicio en Rusia. El nuevo jefe del Estado Mayor, general Von Laurens, estaba en Königsberg sin hacer nada y el rey escuchaba solamente los consejos del viejo y obtuso ayudante general Von Köckritz.

Scharnhorst fué agregado como «auxiliar», no como jefe del Estado Mayor, al general Von L'Estocq, quien mandaba el cuerpo prusiano agregado al Ejército ruso en la Prusia oriental, cuyo comandante era el conde Levin von Benningsen. En cuanto al cargo militar de «auxiliar», no había ejemplos ni antecedentes al respecto, pero la personalidad superior de Scharnhorst se impuso pronto a todas las dificultades. Cuando Benningsen trató de detener cerca de Eylau el avance de los franceses, Scharnhorst condujo el cuerpo prusiano durante una tormenta de nieve sorpresivamente desde Hussehn contra el flanco de aquéllos y decidió con este movimiento el combate. Aunque los prusianos y rusos sufrieron grandes bajas, quedaron sin embargo dueños del campo de batalla; pero el comandante de ejército ruso no supo inclinar a su favor la ventaja de esta lucha indecisa. La derrota de Friedland en el verano del año siguiente marcó el destino del Estado de los Hohenzollern. El zar abandonó a su aliado prusiano y el rey se vió obligado a firmar la paz de Tilsit. La mayor parte de la monarquía quedó ocupada por las tropas francesas y amplios territorios tuvieron que ser cedidos a otros Estados. La duración de la ocupación dependía del pago de una indemnización de guerra, cuyo valor no había sido determinado.

La derrota animó sin embargo las fuerzas de los reformadores. Por primera vez se constituyeron en Prusia algunos partidos, cuya característica singular era de que no tuvieran origen en ideas políticas, sino en tendencias militares y en intereses burocráticos. El coronel Von Massenbach y el consejero de Guerra Friedrich von Cölln se destacaron entre aquellos que más criticaron en apasionadas discusiones el viejo sistema, sin retroceder ante calumnias atroces y falsificación de los hechos. Ahora,

Massenbach, quien después de regresar de su cautividad había vuelto a prestar servicios en el Estado Mayor, era ante todo militar. Por otra parte, el partido de los reformadores fué constituido en gran parte también por militares, como correspondía al carácter militar del Estado prusiano. Pertenecían a él, fuera de Scharnhorst, Boyen, Grolman, Clausewitz y, ante todo, el teniente coronel Von Gneisenau, que había adquirido fama por su defensa de la fortaleza de Kolberg.

En julio de 1807 se decidió el rey, presionado por los reformadores ubicados en los altos puestos de la administración, a llamar otra vez al barón Von Stein, después que Napoleón lo había obligado a despedir a Hardenberg, su ministro de confianza. En el mismo mes se constituyó también una comisión de reorganización militar. Scharnhorst, Gneisenau, Massenbach, el teniente coronel Von Bronikowski y el nuevo ayudante general, conde Von Lottum, eran miembros de la misma. El objeto de esta comisión era purificar el ejército de elementos indignos y formar un nuevo ejército, que correspondiera a las exigencias de la conducción de guerra moderna. Resulta extraño que Napoleón no hubiese ordenado una disminución de los efectivos del Ejército prusiano y los dejara ilimitados; probablemente no lo hizo porque apreció en forma completamente justa que la terrible miseria financiera de la Prusia derrotada, no le permitiría mantener un ejército numeroso. Muy pronto se realizó dentro del cuerpo de oficiales prusiano, un acto de purificación propia, hasta entonces desconocido en la historia militar. Todos los oficiales superiores se sometieron a un examen de su conducta en la guerra; unos 800 fueron castigados disciplinariamente, de los cuales algunos fueron echados del ejército y otros condenados a arresto en una fortaleza.

La comisión de reorganización militar al comienzo se encontró compuesta por elementos muy desiguales. Pero poco después se apartaron Massenbach y Bronikowski, siendo reemplazados por dos reformadores convencidos: Boyen, quien en aquel entonces prestaba servicios como mayor en el Estado Mayor y el mayor Von Grolman, que había pertenecido antes al comando del general L'Estocq. Massenbach fué pasado al retiro. Se había hecho odioso por su manía de saber todo y mejor que cualquier otro; además, su conducta durante la campaña había sido muy dudosa. Scharnhorst pudo desarrollar ahora su amplio programa de reformas; éste abarcó la abolición del ejército de mercenarios y la introducción del servicio militar obligatorio; la supresión de los privilegios de la nobleza y de las escuelas militares especiales, que tenían como único fin educar a los hijos de los nobles; igualmente incluyó en este programa la supresión de todos los castigos disciplinarios que deshonoraban al hombre. Fuera de ello, debía constituirse un Ministerio de Guerra como suprema autoridad militar responsable, al que debían subordinarse tanto el Estado Mayor como la Ayudantía General, el siniestro gabinete militar. El rey se sintió ofendido personalmente por esta violación de los derechos del soberano. Durante los años 1807 y 1808 fueron redactados dos memorándums referentes a la organización de nuevo Estado Mayor. El primero perteneció a uno de los oficiales que antes habían servido en el

Estado Mayor, el mayor Von Rauch, quien proponía en 1807 la formación de tres cuerpos de ejército, cada uno de dos divisiones y la constitución de un «Cuartel General» permanente como Estado Mayor central, bajo el mando del cuartel maestro general como supremo oficial de Estado Mayor. Debía tener a su disposición a un teniente cuartel maestro general como subjeefe; un cuartel maestro, quien debía tener a su cargo todas las disposiciones sobre marchas y alojamientos; dos tenientes cuartel maestros para los asuntos de cartografía, archivo y abastecimiento y tres ayudantes. Cada cuerpo de ejército debía tener un cuartel maestro y un ayudante como oficial de Estado Mayor y cada división un teniente cuartel maestro y un ayudante. El otro memorándum, elaborado por Scharnhorst, se acercaba más al esquema del Estado Mayor moderno. En él proponía la formación de un «Estado Mayor del Ejército» con cuatro divisiones; una para la estrategia y táctica, otra para los asuntos internos del ejército, otra para el abastecimiento y otra, finalmente, para los asuntos de la artillería y munición. Los estados mayores de las divisiones debían componerse igualmente de cuatro secciones. En cierto sentido representaba este plan ya la idea básica del futuro «Estado Mayor General». La cámara real de planos, que administraba las cartas de guerra, debía subordinarse también al Estado Mayor, lo que se realizó en efecto más tarde.

El ejército ideado por Scharnhorst no debía ser ya un instrumento propio del rey, sino un órgano protector de la nación. Al comienzo Scharnhorst hasta pensó en aplicar una medida tan revolucionaria como la de hacer elegir a los oficiales por sus soldados. Visto en conjunto, correspondía este pensamiento a la emancipación de la clase burguesa en el nuevo Estado nacional y armonizaba con las ideas reformadoras del barón Von Stein, que preconizaba la formación de un ministerio responsable según el ejemplo inglés, la abolición de la servidumbre, la administración propia de las ciudades y aldeas y la introducción de estados provinciales y generales como representación del pueblo. La innovación del servicio militar obligatorio presuponía la liberación de las fuerzas del pueblo y la transformación del súbdito en ciudadano. Stein mismo apreció la reforma como una grandiosa obra de educación, pues en su concepto el Estado nuevo debía educar al pueblo para que éste llegara a su libertad moral. En forma parecida enseñaba Fichte, el filósofo prusiano de esta época de reformas, que el Estado debía educar y enseñar al género humano el sentido de la libertad. En el alma de Scharnhorst se unió así la idea de que la vida política debía garantizar la libertad del individuo con el postulado de carácter militar de que la abnegación consagrada al Estado debía ser armonizada con el concepto de la libertad.

La reforma se realizó bajo condiciones muy difíciles y desfavorables, pues se encontró amenazada por muchos peligros: la situación política exterior insegura; la crisis financiera; el estado precario de la agricultura, base de la economía prusiana; el porvenir inseguro del Estado prusiano, que podía perder en cualquier momento su existencia por una orden de Napoleón y la fuerte oposición por parte de la vieja nobleza prusiana,

cuyo representante, además del general Yorck, era ahora un noble brandemburgués, Federico von der Marwitz, radicado en Friedersdorf. Esta reacción defendió muy tenazmente su idea de que el ejército futuro debía ser en primer término una institución que se hiciera cargo de los hijos de nobles empobrecidos y los hiciera educar en las escuelas militares reales. La oficialidad debía seguir siendo una sociedad aristocrática, cuyo carácter cerrado no debía ser puesto en peligro por la penetración del sistema liberal de la cultura burguesa. La lucha entre unos y otros continuó en el ejército durante todo el siglo XIX. En primer término los reaccionarios señalaron al Estado Mayor como un centro de aspiraciones educativas, lo que, según el modo de ver de ellos, no correspondía a un oficial de la vieja Prusia. La nobleza de Pomerania protestó contra la introducción del servicio militar obligatorio, calificándolo como una «niv-elación revolucionaria». Yorck, por su parte, habló del «mal engendro de los reformadores». Si bien Stein logró que la servidumbre de una representación del pueblo sólo quedó como un sueño, continuando los propietarios de las tierras señoriales con el poder policial y judicial, baluarte del viejo feudalismo prusiano. Scharnhorst, por su parte, tampoco logró el consentimiento del rey para introducir el servicio militar obligatorio. Dar armas a los súbditos era, según las ideas de los reaccionarios, equivalente a levantar una revolución. Scharnhorst y Gneisenau fueron calificados por eso de «jacobinos». La revolución política y social prusiana se manifestó así en primer término en un movimiento de orden militar. Pero se detuvo a mitad de camino, como todas las revoluciones en tierra alemana, empezando por la sublevación de los campesinos (*). La liberación de Prusia y la creación de una legítima monarquía constitucional, que pudiera servir de ejemplo a los demás Estados alemanes, mostró ser un sueño irrealizable y el idealismo del período de reformas se agotó rápidamente.

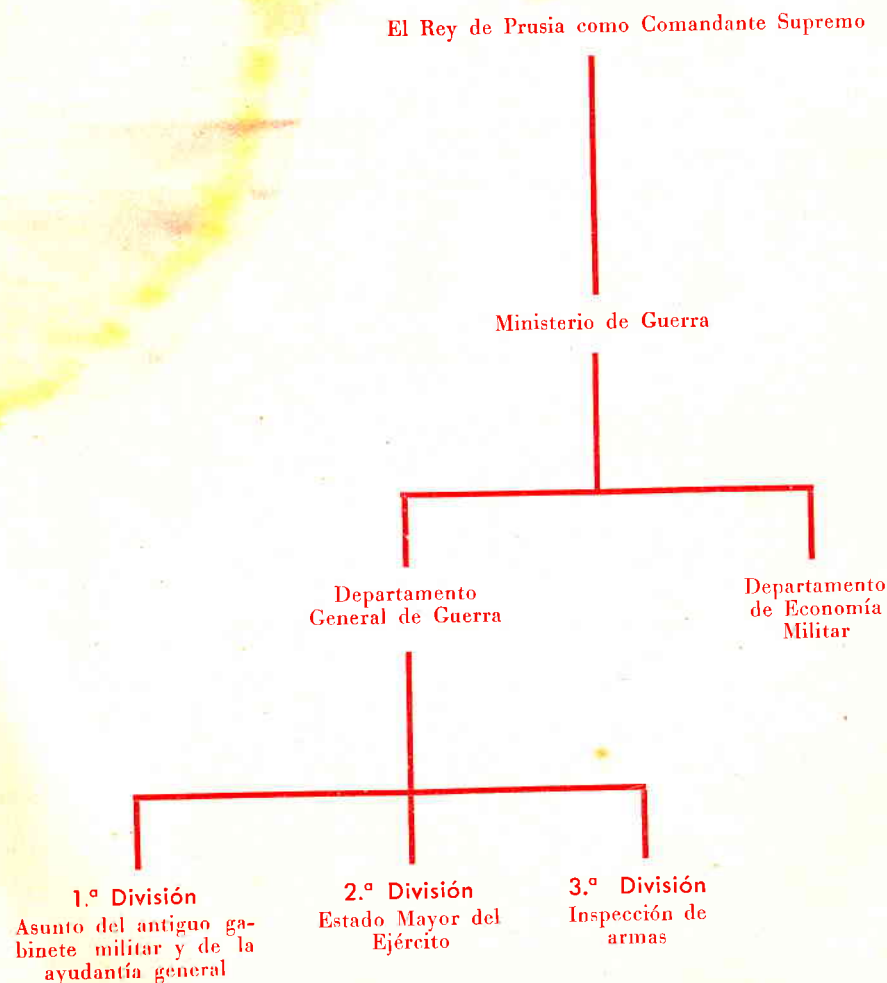
De tal modo sólo se consiguió abrir algunas brechas en el sistema existente. Scharnhorst logró que el cuerpo de oficiales fuera reformado y que desapareciera la profunda separación que había antes de la catástrofe de Jena y Auerstedt entre el ciudadano y el oficial. Así por ejemplo, se contaba en aquel entonces que en la «Armonía», una entidad social de los ricos e ilustrados comerciantes de Magdeburgo, existía una prescripción que prohibía al acceso a su local de perros y oficiales. Ahora los hijos de las familias burguesas también podían llegar a ser oficiales; y no solamente en las despreciadas tropas técnicas y ligeras, esto es, en la artillería e ingenieros y en los húsares o cazadores, sino que podían conquistar todos los rangos militares. El ascenso a oficial en el futuro no dependía ya solamente de la ascendencia personal, sino de factores individuales; de la capacidad, disposición y cultura de cada uno. Esta emancipación militar de la clase burguesa incluyó un notable elemento sociológico. Junto con el aumento de la influencia burguesa en la oficialidad se produjo una militarización de la burguesía. Para muchos hijos de familias burguesas el

(*) Sublevación de campesinos en 1525. (N. del T.)

ORGANIZACIÓN DEL ESTADO MAYOR

Cuadro I

EPOCA DE SCHARNHORST. 1809 - 10

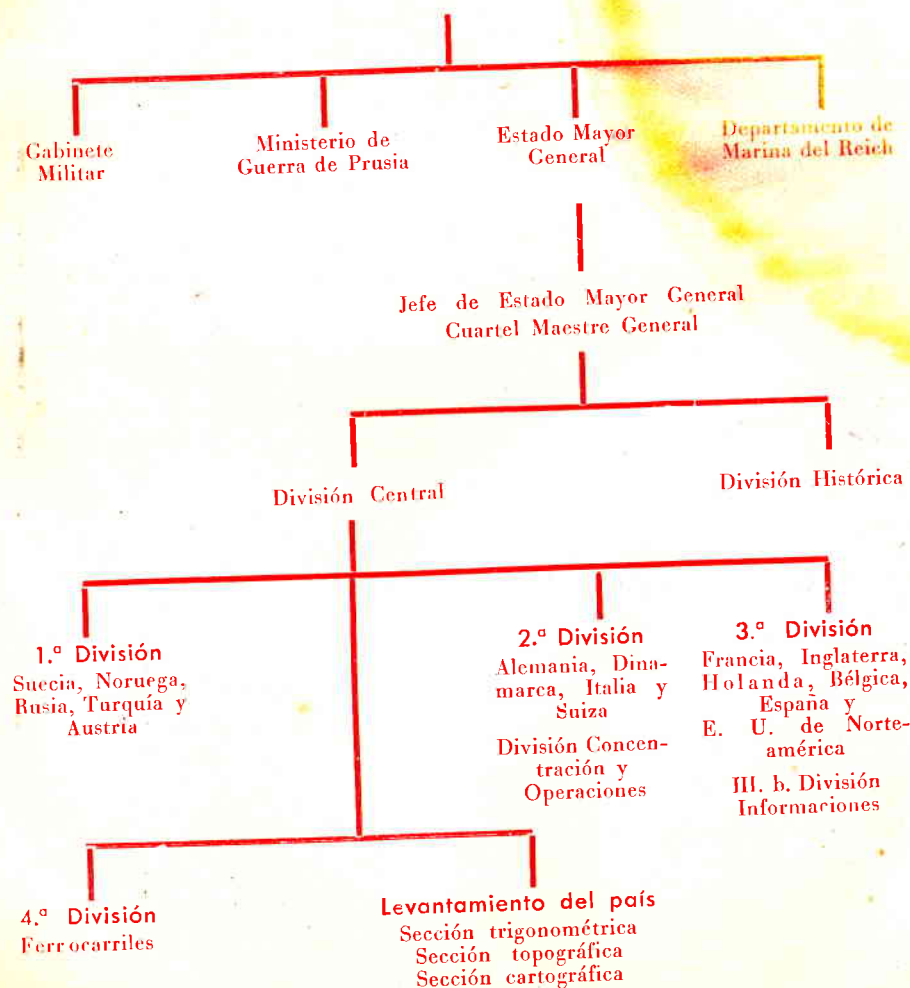


ORGANIZACIÓN DEL ESTADO MAYOR

Cuadro II

ÉPOCA DE MOLTKE. 1875

El Rey de Prusia y Emperador de Alemania como
Comandante Supremo



ascenso a oficial de reserva representaba el símbolo de un ascenso social y de igualdad de derechos sociales; un símbolo que fué apreciado mucho más que la igualdad de derechos políticos o de influencia política. Con el creciente poder económico de la clase burguesa en la época de la industrialización y del capitalismo, penetró así un elemento completamente nuevo en la oficialidad. Las ideas de expansión política y las exigencias nacidas de conceptos materialistas, representadas posteriormente por el llamado «pangermanismo», tuvieron su origen en el fondo en esta burguesía orgullosa y hambrienta de poder.

Scharnhorst, por otro lado, fué el salvador de la vieja oficialidad en esta revolución militar al resistir a las tendencias de una democratización radical del ejército, inspiradas, al parecer, en el ejemplo de las milicias norteamericanas de la Guerra de Independencia y de las guardias nacionales francesas. Al comienzo él mismo tuvo algunas simpatías por la idea de que los oficiales fueran elegidos por sus subordinados. Pero, cuando Hardenberg expuso el plan de que en el futuro los soldados debían elegir a los suboficiales y éstos a los oficiales subalternos, Scharnhorst calificó tales medidas como un peligro para el valor intrínseco del ejército e indujo a la comisión de reorganización a rechazar todas las proposiciones de esta índole. Precisamente, dado que por su iniciativa fueron abolidos todos los castigos corporales que deshonraban al soldado y habiendo preconizado tanto la idea de que en el futuro el servicio militar debía ser una obligación de honor para cada ciudadano, tuvo también la convicción de que la disciplina debía tener una base moral firme, la que, según su manera de ver, no se hallaba garantizada si los superiores eran elegidos. El resultado de tal sistema hubiera sido la formación de una verdadera milicia de ciudadanos. Si bien en la milicia nacional prusiana de la Guerra de Liberación se conocieron al principio algunas disposiciones para elegir a los oficiales, el ideal que perseguía Scharnhorst era un ejército basado en el servicio militar obligatorio y en el fundamento de una obediencia moral, que debía ser la gran escuela para la nación entera. La milicia quedó, sin embargo, como el ideal perseguido por todos los partidos liberales y socialistas en los tiempos posteriores, y la transformación del ejército regular en una «milicia popular» constituyó más tarde uno de los puntos principales del programa de Erfurt, del Partido Socialdemócrata alemán. Por otro lado, fué precisamente el Estado Mayor quien defendió después con más tesón la idea del ejército regular. La medida más importante que realizó Scharnhorst en el campo orgánico fué la organización del ejército, ya en tiempos de paz, en divisiones compuestas por unidades de todas las armas. Dado que la miserable situación financiera de Prusia permitía a ésta mantener solamente un ejército de efectivos reducidos, las divisiones primeramente fueron denominadas «brigadas», formándose en cada provincia una de ellas. En cuanto a sus comandos, recibieron agregados oficiales de Estado Mayor, que fueron el comienzo de los estados mayores de los comandos de tropas en Prusia. Por razones de política exterior e interior, el rey se negaba constantemente a dar su consentimiento a la introducción del servicio

militar obligatorio. Por eso Scharnhorst trató de aumentar el número de reservistas de modo que en los regimientos se instruyera un cierto porcentaje de voluntarios, que se incorporaban sólo por corto tiempo. Estos, llamados «supernumerarios», antecesores de los «voluntarios temporales» del ejército de 100.000 (*), formaban el fundamento rudimentario de una milicia nacional y, al mismo tiempo, representaban una organización de reemplazo y de complemento del ejército regular, constituido ahora por voluntarios que se incorporaban por un tiempo más largo.

Ya durante el año 1806, en su lucha contra el seudogobierno irresponsable de los consejeros de gabinete y ayudantes generales, Stein había exigido la formación de un verdadero ministerio, dotado de la facultad de tomar resoluciones, sobre la base de los tres departamentos de relaciones exteriores, de guerra y política financiera e interna. Scharnhorst logró ahora, dentro de la reorganización de las autoridades supremas del Estado, la transformación del antiguo Consejo Superior de Guerra, tan pesado en su funcionamiento, en un Ministerio de Guerra, como suprema autoridad militar. Este ministerio se constituyó el 1 de marzo de 1809, momento en que Stein había sido despedido otra vez a pedido de Napoleón, por haber iniciado una política de resistencia clandestina. El emperador empezaba a sospechar ahora y ordenó la reducción de los efectivos del Ejército prusiano a 42.000 hombres. La formación del Ministerio de Guerra en este momento era de una importancia aún mayor, porque la reforma radical no encontraba defensores ahora sino entre los militares de rango superior, especialmente en Scharnhorst, Gneisenau, Boyen y Grolman.

El nuevo ministerio se compuso de dos departamentos: el Departamento General de Guerra, al mismo tiempo Comando en Jefe del Ejército y el Departamento Militar Económico, destinado a la administración del ejército. El Departamento General de Guerra fué organizado en tres «divisiones». La primera mandada por Grolman, tuvo a su cargo las tareas del anterior Gabinete Militar y de la Ayudantía General, especialmente todos los asuntos personales de los oficiales. La segunda, mandada primeramente por Boyen, fué formada por el Estado Mayor. El anterior Estado Mayor fué disuelto. Es característico que Scharnhorst concediera a esta división cierta posición especial, como centro espiritual del ejército y escuela de enseñanza para los oficiales superiores. La tercera división, la Inspección de Armas, fué subordinada a Gneisenau, quien fué nombrado simultáneamente jefe del cuerpo de ingenieros. Fué significativo para la situación en que se encontró el partido de los reformadores que Scharnhorst mismo no fuera nombrado ministro de Guerra — como se podía esperar razonablemente y como él mismo lo había esperado sin duda alguna — sino el hombre de confianza del rey, el conde Lottum. Scharnhorst sólo fué nombrado jefe del Departamento General de Guerra, el Comando en Jefe del Ejército. Esto fué para él

(*) De la época posterior a la guerra de 1914-1918. (N. del T.)

una nueva y grave decepción, porque el ministro de Guerra era al mismo tiempo el supremo oficial de Estado Mayor.

Scharnhorst eligió como director de su oficina al capitán Von Clausewitz. Como gran objetivo del futuro le quedaba relacionar íntimamente el ejército con la nación y transformar a los súbditos en ciudadanos, los que no solamente debían defender el Estado, sino poseer también el derecho de decidir el destino del mismo en representaciones elegidas por ellos. Gneisenau y Boyen defendieron con toda pasión la creación de una representación del pueblo prusiano, estimando que tales «estados generales» serían la base moral para el levantamiento de la nación contra la tiranía napoleónica. Grolman se incorporó a la «Liga de Virtud», una organización clandestina, que tendía a crear condiciones más liberales dentro de la monarquía y a producir junto con ésta un levantamiento nacional. Había varios ejemplos para esto. Para algunos era «la levée en masse», el levantamiento en masas de Francia contra los ejércitos de la Coalición en el año 1792; para otros era la lucha encarnizada de los habitantes de la Vendée contra la Revolución; para otros más — el partido más fuerte — era la lucha del pueblo español contra la ocupación del país por Napoleón en 1808, bajo la dirección de la «junta» (Asamblea Nacional española) y ejecutada por francotiradores y partidas populares.

Mientras Gneisenau destacaba sobre todo la idea política, Scharnhorst se dedicaba en primer término y casi por completo a la silenciosa tarea de la educación. Tres «escuelas de guerra» debían garantizar ahora la instrucción científica de los aspirantes a oficiales. En Berlín fué fundada la «Academia de Guerra» para oficiales. Una Inspección Central, destinada a atender todos los asuntos de la educación militar, fué encargada de ejercer el control sobre todas las escuelas militares. Como jefe de esta institución no fué nombrado el «jacobino» Scharnhorst, sino el mayor general Von Diericke, un típico representante y partidario convencido del sistema viejo. No deja de extrañar, sin embargo, que la clase superior de la nueva Academia de Guerra, fundada en 1810, la clase selecta, fuera denominada también de «Estado Mayor», aunque este concepto estuviese ya relacionado con la segunda división del Departamento General de Guerra. Esto demuestra la falta de claridad que existía aún respecto al empleo y límites de este concepto. Por otro lado, no es menos característico en las ideas de Scharnhorst sobre el Estado Mayor, como órgano de enseñanza de los oficiales superiores, que él mismo se reservara la dirección de la referida clase selecta.

VII

Debido al esfuerzo que dedicaron los liberales sinceros como Gneisenau y Boyen a la realización del programa social y ético de las reformas, se produjo muy pronto un conflicto con el rey; especialmente porque

éste, al pensar en forma fría y sin ningún entusiasmo, observaba con la mayor desconfianza las tendencias de los reformadores en materia de política exterior y temía sobre todo la idea de una guerra popular contra Napoleón. Las ideas de Gneisenau y Boyen, al igual que las del barón Von Stein, se basaban ante todo en conceptos alemanes y no en conceptos prusianos. El rey conocía empero un solo objetivo: mantener la propia dinastía.

Cuando en 1809 Austria empuñó otra vez las armas contra Napoleón, porque las condiciones de paz que le fueron impuestas en Presburgo en 1805 eran insoportables, Scharnhorst y Gneisenau creyeron que había llegado también la hora de actuar para Prusia. Grolman se retiró del servicio y se fué a Austria y más tarde a España, donde luchó contra Napoleón en las filas del «tercio extranjero», La Legión extranjera española. Gneisenau se retiró también, pero quedó voluntariamente en servicio diplomático secreto de Prusia; con tal objeto se trasladó a Londres y San Petersburgo para recoger allí informaciones sobre las posibilidades de resistir a Napoleón. El rey tuvo la convicción de que una lucha en Prusia (en parte aún ocupada por tropas francesas) junto con Austria, significaba un suicidio político y militar, y un observador sobrio no podía en realidad negarle la razón. Es que la hora no había llegado aún, como lo creían los impacientes patriotas prusianos. El partido de la vieja nobleza prusiana hizo correr rumores de que Scharnhorst preparaba una revolución. El mayor Von Schill, jefe del Regimiento de Húsares brandenbúrgues, tomó las armas por propia iniciativa y su empresa lo condujo al tráfico fin de Straslsund (*). Los rumores sobre planes revolucionarios de los reformadores militares naturalmente eran pura invención, aunque Gneisenau anteriormente había dicho varias veces que el rey debía ser reemplazado por su hermano menor, el príncipe Guillermo, si se oponía a la larga a las tendencias de los reformadores. Pero este golpe de Estado del ejército contra el soberano era una utopía, teniendo en cuenta el riguroso concepto de obediencia reinante en la oficialidad, que se sentía obligada por su juramento a la bandera, tanto si aprobaba y comprendía o no los motivos de proceder de su comandante supremo. Hasta Schill que había esperado poder obligar al rey a que aprobara su empresa, no encontró partidarios; su coraje fué castigado con la expulsión del ejército. Es que Prusia no era igual a España.

Los rumores respecto a una revolución «jacobina» hicieron que Scharnhorst perdiera en 1810 gran parte de su influencia; en parte también porque Napoleón empezaba a tener sospechas. Por tales motivos debió abandonar su cargo de jefe del Departamento General de Guerra y limitarse a las dirección del Estado Mayor en la segunda división del mismo. Su sucesor, el coronel conde Von Hake, sin embargo, debía informarle sobre las resoluciones más importantes. Este conde, descendiente de la más vieja nobleza de Brandenburgo, era uno de aquellos servidores del Estado que permanecían leales en forma inalterable, pero sin tener la iniciativa propia necesaria ni el sentimiento de responsabilidad; el tipo de servidor que el

rey estimaba. La reforma parecía haber terminado en lo esencial, antes de que se hubiera realizado efectivamente.

Pero al año siguiente, en 1811, se produjo una profunda modificación. Napoleón se había decidido a subyugar también a Rusia, porque el zar se negaba a participar en el sistema continental, es decir en el bloqueo del Continente contra las mercaderías inglesas. La concentración de los ejércitos napoleónicos contra el gigantesco Estado ruso representó la mayor empresa militar conocida hasta entonces en la Historia europea. Italianos, portugueses, holandeses y alemanes fueron reunidos ahora bajo la bandera francesa en una cruzada contra Rusia. Hardenberg, quien desde el año 1810 dirigía otra vez como canciller la política prusiana, vaciló algún tiempo respecto al curso que debía tomar, pues Napoleón exigía también de Prusia una alianza y un cuerpo auxiliar. Scharnhorst viajó a San Petersburgo para negociar una alianza rusa-prusiana. Mientras tanto, se realizaban clandestinamente en Prusia preparativos militares. Por primera vez el rey expresó que consentiría ahora en la introducción del servicio militar obligatorio si la situación política exterior lo permitía. Pero cuando Austria también se comprometió a poner a disposición de Napoleón un cuerpo auxiliar, de modo que en el caso de resistir Prusia se habría encontrado sin ayuda alguna frente a los poderosos ejércitos del emperador, el rey y Hardenberg resolvieron ceder por el momento ante las exigencias de Napoleón. Cuando Scharnhorst regresó de San Petersburgo con resultados favorables, se encontró frente a un hecho consumado y fué desautorizado. Como protesta contra esta resolución, Boyen, desde 1810 jefe de la primera división del Departamento General de Guerra, se retiró. Clausewitz y un considerable número de otros oficiales pasaron a prestar servicios a Rusia, negándose a luchar bajo bandera francesa. Scharnhorst, eliminado de casi todas sus actividades anteriores, fué destinado como inspector de fortalezas a Silesia, donde vivía Blücher en una especie de destierro. Por orden de Napoleón, este general había sido relevado del cargo de comandante de la Pomerania, porque había iniciado allí secretamente preparativos militares. El coronel Von Rauch fué nombrado ahora jefe del Estado Mayor.

El mando del cuerpo auxiliar prusiano fué entregado al más fervoroso representante de la antigua «modalidad prusiana», al general Von Yorck. Pero en este hombre subsistía no solamente la terquedad de la nobleza reaccionaria, sino también en gran parte la voluntariedad de sus antepasados. Cuando el ejército napoleónico fué derrotado en Rusia y sus regimientos, antes tan orgullosos, huían hacia el oeste en las tempestades de nieve del invierno ruso, Yorck, a fines de 1812, concertó por propia iniciativa un convenio con el general Von Diebitsch, que mandaba las tropas rusas a su frente. El ayudante del general Von Diebitsch era Clausewitz. Yorck con su cuerpo se separó por este convenio del Ejército francés, y lo puso a disposición del zar. El convenio de Tauroggen llegó a tener una gran importancia, pues con él se inició la estrecha cooperación ruso-prusiana, que determinó durante tres generaciones el aspecto de la política europea y más tarde fué el modelo para los conductores del

(*) Donde fué fusilado por los franceses. (N. del T.)

ejército de los 100.000 hombres (*) en su colaboración con el Ejército rojo después de la Primera Guerra Mundial.

Yorck alcanzó su objetivo y su acción ayudó grandemente a Scharnhorst en sus intenciones de aprovechar el momento para efectuar el levantamiento de Prusia. Ahora, después que Yorck había posibilitado la cooperación con Rusia, el rey, que se había trasladado de Berlín a Breslau, la sede de los patriotas y reformadores, tampoco se opuso ya a las exigencias de éstos. La aplicación del servicio militar obligatorio y la formación de la milicia nacional, medidas que se aplican ahora, en el fondo son triunfos de Scharnhorst.

La Guerra de Liberación de 1813 fué la primera prueba a que debió someterse el nuevo Estado Mayor, formado en silencio. Por primera vez existían en los comandos del Ejército prusiano de Silesia y Brandenburgo jefes de Estado Mayor responsables, en calidad de consejeros de sus comandantes. Una de las características de esta nueva institución militar fué que los titulares de los puestos de Estado Mayor se mantuvieron en segundo plano, mientras que los comandantes se destacaban con su fuerte personalidad. Scharnhorst mismo obedeció a esta ley inédita de la anonimidad en el trabajo del Estado Mayor, aunque en su alma aspiró fervientemente al comando en jefe en campaña. A pesar de esto, él mismo propuso nombrar a Blücher como comandante del Ejército prusiano de la Silesia, porque éste no sólo gozaba de una gran popularidad, sino que disponía además de una capacidad natural de conductor. Scharnhorst se contentó así con el puesto de jefe de Estado Mayor y Gneisenau, llamado de Londres, ocupó en el mismo comando el cargo de primer oficial de Estado Mayor, el llamado «Ia.» (**). En comparación con la personalidad de Blücher, animada por una impetuosa voluntad de atacar, Scharnhorst, el sabio tranquilo, parecía ser el modelo clásico de un jefe de Estado Mayor, quien no solamente proyectaba planes, sino también dirigía, asesoraba y hacía advertencias al mismo tiempo.

En cooperación estrecha con Gneisenau, Scharnhorst proyectó para la primavera del año 1813 el plan de operaciones de los ejércitos ruso-prusiano, divididos en un ejército principal y otros dos escalonados a los lados. El primero de estos ejércitos laterales, bajo el mando del general ruso conde Pedro Wittgenstein, debía avanzar desde la Pomerania por Berlín hacia Magdeburgo. El otro, bajo el mando de Blücher, debía avanzar desde la Silesia por la Lusacia y ocupar Dresde. El ejército principal del centro debía quedar a una distancia de tres jornadas detrás de los ejércitos laterales, para poder prestar ayuda a uno u otro, según las necesidades y concurrir a la formación del centro de gravedad cuando se acercara una decisión. El mismo principio, esto es, avanzar concéntricamente con las partes separadas del ejército y actuar en forma reunida, caracterizó más tarde el plan de Gneisenau para la campaña de otoño. Ese modo de proceder era tanto más audaz, si se tiene en cuenta que el

(*) En la época anterior a Hitler. (N. del T.)

(**) Jefe de la División de operaciones. (N. del T.)

mal estado de los caminos y la deficiencia de los medios de transporte podían producir situaciones muy peligrosas si las fuerzas se alejaban entre sí. Más tarde, al disponerse de ferrocarriles, disminuyeron estos peligros y permitieron desarrollar plenamente los planes proyectados por Moltke la doctrina de «marchar separado y combatir reunido».

Las primeras grandes batallas indecisas de la campaña de primavera, libradas en Gross Görschen y Bautzen, mostraron que las fuerzas unidas de los prusianos y rusos no eran suficientes para derrotar al maestro en el arte de la guerra. Scharnhorst reconoció que el problema decisivo consistía ahora en inducir a Austria a participar de la lucha. Sin tener en cuenta una herida de su pie, que había recibido en el combate de Gross Görschen, se dirigió a mediados de mayo a Viena para efectuar allí negociaciones militares. Por orden del canciller austriaco Metternich fué retenido en Praga. Este ministro, partidario de una política de equilibrio europeo, vió que el reforzamiento del poder prusiano y ruso era tan peligroso para la monarquía de los Habsburgo como la existencia del Imperio napoleónico. Por eso, siempre trató de iniciar una política de mediación armada. Napoleón favoreció esta política, pidiendo después de la batalla de Bautzen un armisticio; en realidad, para ganar tiempo para sus nuevos preparativos militares.

El estado de la herida de Scharnhorst fué empeorando, hasta convertirse en una septicemia; solo y abandonado por todos murió el 28 de junio de 1813 en Praga. Sobre su vida se proyecta una leve sombra melancólica; quizás una herencia de la sangre pesada de los bajo-sajones. El destino no le permitió comprobar sus ideas; solamente pudo prepararles el camino hacia el éxito. Su independencia de espíritu, su profundo sentido humano, su virtud cristiana y su aversión a los horrores de la guerra, bajo los cuales terminó ahora su vida, se diferencian profundamente del rumbo que más tarde tomaron sus herederos espirituales.

VIII

De naturaleza completamente diferente era el sucesor de Scharnhorst, Augusto von Gneisenau. Éste fué nombrado jefe de Estado Mayor del ejército de Blücher en agosto de 1813, en el momento en que, al terminar el armisticio, Austria se incorporaba al frente constituido por Prusia, Rusia, Inglaterra y Suecia en la lucha contra la tiranía napoleónica. No era un sabio silencioso y pensativo el que tomaba ahora las riendas, sino un hombre de temperamento impetuoso, dotado de gran talento estratégico, un ingenio claro y perspicaz y una voluntad férrea. Las distintas herencias de sus antepasados, originarios de la Franconia y Austria, habían contribuido a formar esa cabeza redonda, con sus mejillas carnosas, la boca enérgica y la mirada reluciente. Si bien sostuvo que sólo se sentía el «Apóstol Pedro» de Scharnhorst, así como Clausewitz había sido el «Apóstol

Juan» del mismo y que se consideraba un pigmeo frente a este gigante, no dejaba de ser de todos modos un talento, que conocía muy bien la propia capacidad y expresaba muy a menudo que la posición anónima del oficial del Estado Mayor era demasiado humilde.

Gneisenau creó la típica técnica prusiana de órdenes, con su clara y ejemplar dicción y la rápida y segura impartición de las mismas, así como la forma particular de las directivas, que dejaban a los comandantes subordinados la posibilidad de actuar independientemente y por propia iniciativa. En su mente se unió la elasticidad espiritual, la flexibilidad de la concepción y la capacidad de adaptación rápida a las situaciones más variadas, con una notable energía y tenacidad para el logro del gran objetivo común. Adaptó así el método de la impartición de órdenes de Federico el Grande a las condiciones de la nueva época de los ejércitos de masas y a su organización complicada.

Esta escuela de Gneisenau tuvo una gran influencia en el desarrollo del Ejército ruso. Ya durante el gobierno de la emperatriz Catalina II, el «Estado Principal», como se denominó en Rusia al Estado Mayor, constituido en general por oficiales de origen y cultura alemanes, había adquirido una importancia creciente, porque una mujer como monarca no pudo conducir por sí misma el ejército en la guerra. En la campaña de otoño de 1813 un considerable número de oficiales instruidos en el Estado Mayor prusiano prestaron excelentes servicios al Ejército ruso, como el coronel Von Hofmann en la posición de jefe del Estado Mayor del duque Eugenio von Württemberg; el coronel Von Lützow, jefe del Estado Mayor del cuerpo de caballería mandado por el conde Von der Pahlen y Clausewitz, oficial de enlace del comandante en jefe ruso en el comando de Blücher. El archiduque Carlos, generalísimo austríaco en la campaña de 1809, escribió al respecto a Gneisenau que sus ejércitos habían quebrado la vieja tradición.

El abandono de la guerra de maniobras; el aprovechamiento total de las fuerzas del pueblo, que se trató de aplicar por primera vez en la organización de la milicia silesiana, formada durante el armisticio; el deseo ferviente de obtener una decisión por las armas, empleando para ello todos los medios y persiguiendo como único objetivo el de aniquilar las fuerzas adversarias; el empleo del rodeo en todos los proyectos de operaciones; todas estas ideas básicas de la estrategia y política militar caracterizan a Gneisenau no solamente como vencedor de la estrategia ofensiva de masas, empleada por Napoleón, sino también como padre espiritual de la batalla envolvente y del cerco del adversario en campo libre; un concepto que en las reflexiones estratégicas del Estado Mayor se destacó cada vez más y terminó finalmente en la idea de Canas concebida por Schlieffen. Pero, ni Gneisenau, ni Boyen, ni Grolman, ni Rauch eran especialistas militares unilaterales, pues este tipo no había aparecido aún. Todos ellos eran personalidades originales, profundamente ligados a la vida espiritual de su época. La independencia del espíritu y el desapego a todo interés personal, que caracterizan a esta primera generación de importantes oficiales de Estado Mayor, se nota quizá del mejor

modo en la singular relación entre Gneisenau, el ingenioso, enérgico y decidido consejero y Blücher, el realizador vigoroso, que poseía un destacado amor a la responsabilidad.

Gneisenau y Boyen tuvieron también conceptos políticos claros y bien fundados. Para ellos la guerra era imaginable solamente en el marco de la política en conjunto, no con fines propios. Según su criterio, la nueva forma de guerra popular debía conducir también a la libertad moral y política de los pueblos en lucha. En tal sentido Gneisenau destacó la diferencia entre una guerra de gabinete de los príncipes absolutos del siglo pasado y una guerra moderna de los Estados nacionales. No en vano el barón Von Stein era uno de sus amigos más íntimos. Según su modo de ver, esta guerra, conducida con el fin de derribar a la tiranía napoleónica, debía convertirse en una campaña de liberación para todas las naciones europeas, formando en ellas un nuevo espíritu de progreso. Respecto a la introducción de un parlamento en la monarquía de los Hohenzollern, pensó en forma mucho más radical que Stein, quien quedó imbuído de anticuados conceptos feudales o que Scharnhorst, que nunca tuvo mayor interés en los problemas de política interna. Un monarca como Federico Guillermo III debió haberse sentido un mártir al verse obligado a soportar en sus inmediaciones a un hombre de carácter tan dinámico como Gneisenau.

En la historia de su vida, Gneisenau muestra ya un aspecto poco común. Descendía de una familia noble de la Austria superior venida a menos, que derivaba su nombre del castillo de Gneisenau cerca de Eferding y fué expulsada del país por su creencia protestante en la turbulenta Guerra de Treinta Años. El padre de Gneisenau fué teniente de artillería en Sajonia. La madre, hija de un oficial de artillería en las fuerzas del príncipe-obispo de Würzburgo, acompañó a su marido en la Guerra de Siete Años y murió poco después de haber dado luz al hijo en el año 1760, durante la retirada de Torgau. El padre, un hombre inconstante, que proyectaba continuamente nuevos planes, fué después agrimensor y arquitecto; se casó otra vez y terminó siendo al fin de su vida inspector de edificios en Erfurt. El pobre huérfano se crió al principio en la mayor miseria en el seno de una familia humilde, hasta que unos ricos parientes de Würzburgo se hicieron cargo de él. Después de un corto servicio en un regimiento de húsares austríaco, se trasladó en 1782 a Canadá como teniente de cazadores de Ansbach-Bayreuth. Pero no participó allí en acciones bélicas, porque la paz de Versalles terminó al año siguiente la Guerra de Independencia norteamericana.

Después pasó al servicio de Prusia, esperando obtener un empleo en el Estado Mayor. Pero quedó durante veinte años como oficial de compañía en miserables guarniciones de la Silesia. En 1806, cuando estalló la guerra contra Napoleón, era jefe de una compañía. Recién con la feliz defensa de Kolberg en 1807 empezó su ascenso. Después prestó servicios en la Comisión de Reorganización Militar y en el Departamento General de Guerra, donde mantuvo una lucha en general infructuosa contra la testarudez de la reacción prusiana. Cuando en 1813 regresó de Inglaterra, se

había hecho un partidario convencido del liberalismo y de la monarquía constitucional al estilo inglés. En su persona se reunía, lo que no es muy frecuente, una gran capacidad militar con una perspicacia política y experiencia diplomática.

IX

Los planes estratégicos de las campañas de otoño de 1813 y de invierno de 1814 fueron en su mayor parte obra de él. Especialmente se nota su gran capacidad en el plan de operaciones para la campaña del otoño, basado en las ideas de Scharnhorst. De acuerdo con este plan, debía realizarse un avance concéntrico desde tres lados, con tres ejércitos, contra el ejército principal napoleónico, concentrado en el espacio central de Alemania y en Sajonia. El ejército del Norte, constituido por tropas prusianas y suecas, se reunió en Brandenburgo y en Pomerania, bajo el mando del príncipe heredero de Suecia. El viejo Blücher mandaba el ejército de Silesia, formado por tropas rusas y prusianas, que debían avanzar desde Silesia. El ejército principal, constituido por austríacos, prusianos y rusos, bajo el mando del mariscal austríaco príncipe Carlos von Schwarzenberg, se formó en Bohemia. Si Napoleón atacaba a uno de estos tres ejércitos, el atacado debería retirarse, mientras que los otros dos debían amenazar respectivamente el flanco y la espalda de Napoleón.

Los principios fundamentales estratégicos que seguían los comandantes de los tres ejércitos eran muy diferentes. El príncipe heredero de Suecia procedió con tardanza por razones políticas (*). El generalísimo austríaco era un metódico convencido de la vieja escuela. Aun cuando el príncipe Schwarzenberg y el zar exigían para sí la conducción suprema de las operaciones, Gneisenau aseguró al propio ejército de Silesia una considerable libertad de acción operativa, a pesar de todas las resistencias que le ofrecían en el Cuartel General de los monarcas aliados. Ante todo mantuvo su primitiva idea estratégica; condujo la lucha primeramente en forma retardante, cuando Napoleón atacó en la Lusacia, pero pasó al ataque cuando aquél obligó al ejército principal, que mientras tanto había avanzado, a batirse cerca de Dresde. En esta batalla el emperador francés quedó vencedor otra vez después de una encarnizada lucha de dos días. Pero al mismo tiempo Gneisenau, que tuvo en Blücher el comandante más emprendedor que un jefe del Estado Mayor puede desear, se lanzó sobre las fuerzas francesas dejadas frente a él y les infligió una grave derrota en el río Katzbach. «Las bestias han aprendido algo», dijo Napoleón al recibir la información del descalabro que experimentó su ejército de protección.

(*) Era el mariscal Bernadotte, elegido en 1810 como príncipe heredero y convertido en 1818 en rey de Suecia. (N. del T.)

Mientras tanto, el general Von Bülow, aconsejado por Boyen y actuando por propia iniciativa, rechazó en la batalla de Dennewitz el avance de otro Ejército francés hacia Berlín. Aprovechando la popularidad y el amor a la responsabilidad de Blücher, Gneisenau tomó ahora por su cuenta contacto con el comando del general Von Bülow para obligar al lento y cauteloso comandante del ejército del Norte a aparecer sobre el río Elba; con esto inició un movimiento concéntrico contra Napoleón, mientras que el ejército principal, después de la derrota que había sufrido, se hallaba en retirada hacia Bohemia. En este último teatro de operaciones solamente Kleist y Grolman, que actuaban también por propia responsabilidad, habían aniquilado en Nollendorf, cerca de Kulm, a un cuerpo francés que había penetrado en Bohemia.

A fines de septiembre Gneisenau convenció a Blücher de efectuar un avance a la derecha hacia el río Elba y cruzarlo cerca de Wartenburgo, lo que resultó ser el movimiento decisivo de la guerra. Con esto obligó a Napoleón a dirigirse con sus fuerzas principales contra el ejército de Silesia y alivió al mismo tiempo la situación de Schwarzenberg, dando impulso así al avance del ejército del Norte. De esta manera se crearon las condiciones preliminares para los ulteriores movimientos concéntricos de los tres ejércitos, que condujeron a mediados del mes de octubre al cerco del Ejército francés, bajo su conductor invicto, en la llanura de Leipzig. La ley de acción pasó así de manos de Napoleón a las de Gneisenau y del Estado Mayor prusiano.

Cuando Napoleón, el 16 de octubre de 1813, atacó con sus poderosas fuerzas al ejército principal de los aliados al sur de Leipzig y trató de derrotarlo, fracasó debido a la intervención impetuosa de Blücher y Gneisenau desde el norte, que produjo el combate de Möckern. Pero Gneisenau no logró el supremo objetivo operativo, esto es, obligar al ejército napoleónico a rendirse al hallarse cercado en campo abierto, porque no tuvo el poder de mando sobre las fuerzas aliadas y porque el aniquilamiento de Napoleón no respondía a la política de Austria. Cerca de Markranstädt el cuerpo austríaco mandado por el conde Gyulai cedió terreno, probablemente obedeciendo a directivas secretas de Viena y abrió con esto a Napoleón el camino para la retirada hacia el oeste.

X

Federico Guillermo III tenía la convicción de que era suficiente que Alemania quedara liberada de la dominación francesa hasta el Rin. El canciller austríaco, príncipe Metternich, desarrolló otra vez su idea del equilibrio europeo, para cuya realización la existencia de un Estado francés de poder mediano era una condición indispensable. La guerra estuvo en peligro de terminar sin decisión. En esta situación Gneisenau, cuyas ideas patrocinaba el viejo Blücher con toda pasión, se hizo el apóstol del

aniquilamiento estratégico de Napoleón, factible solamente por la ocupación de Francia. Schwarzenberg, el metódico de la doctrina espiritual del siglo XVIII, sostuvo la opinión de que había que obligar a Francia a ceder por la ocupación de puntos estratégicos, como por ejemplo, la meseta dominante de Langres. Gneisenau exigió la marcha sobre París y la supresión definitiva del régimen napoleónico. Lo consiguió con la ayuda del zar ruso, quien fué aconsejado por el barón Von Stein; tampoco se dejó desanimar por considerables reveses militares causados por el avance precipitado en Francia. En marzo de 1814, por primera vez en este siglo, tropas prusianas entraron en París y Napoleón renunció al poder. Fué un triunfo de la decisión prusiana de no hacer concesiones; pero, sin duda, fué también una necesidad, considerando la particularidad de las tendencias del poder napoleónico. Para mostrar en qué alto grado vivía en Gneisenau la idea de que esta guerra era una campaña destinada a la libertad y el progreso europeo, basta recordar su opinión de que Napoleón debía ser colocado ante un tribunal mundial y ser fusilado como culpable, por haber violado el derecho y las leyes existentes. Concordante con el sentido de la nueva guerra nacional, exigió que la paz fuera dictada en París, una idea que se encontraba en abierto contraste con el anterior espíritu de las guerras de gabinete entre príncipes y la solidaridad internacional de los monarcas.

Mientras que en Viena se reunía un congreso de las potencias europeas para deliberar sobre el nuevo orden europeo y el restablecimiento de un Estado federal alemán, Napoleón se encontraba desterrado en la isla de Elba. Desde allí trató de reconquistar nuevamente el poder en 1815. El mérito de que esta empresa encontrara su fin después de cien días, correspondió también en gran parte a Gneisenau, quien otra vez fué jefe del Estado Mayor del ejército mandado por Blücher, si bien se quejó amargamente de que no se le entregara el mando supremo. En esta campaña un ejército prusiano y otro anglo-holandés operaron en conjunto en Bélgica. Napoleón trató de batir primero al Ejército prusiano, antes de que se uniera con el otro y lo consiguió en la batalla de Ligny. Pero cuando poco después atacó con el grueso al Ejército inglés cerca de Waterloo, Gneisenau propuso la idea de la batalla de desquite. Ocurrió lo que Napoleón había estimado imposible. Blücher y Gneisenau condujeron sus tropas recién derrotadas, pero rápidamente reunidas, contra el flanco del Ejército francés, derrotándolo así completamente. El emperador huyó del campo de batalla sin sombrero y espada y el Ejército prusiano entró otra vez en París.

La segunda paz de París produjo en Gneisenau la más grave decepción de su vida. Según su programa político debía constituirse, de acuerdo con las ideas del barón Von Stein, un Estado federal alemán con un fuerte gobierno centralizado. Este concepto en el fondo ya había sido desbaratado por el Congreso de Viena, donde se había proclamado, en junio de 1815, una confederación de los diferentes Estados alemanes. En el campo de la política exterior, Gneisenau deseaba un considerable debilitamiento de Francia por la separación de Alsacia-Lorena, que debía

entregarse a los Estados del sur de Alemania y la creación de un fuerte Estado belga en el norte, que debía constituir una especie de país paragolpe. Ambas exigencias debidas a las preocupaciones de los militares respecto a la ubicación geográfica central de Prusia en medio de potencias más fuertes, no se cumplieron. Por otra parte, no convenían a la política de Austria y Rusia, que consideraban el constante y latente contraste entre Francia y Prusia como un medio oportuno para paralizar y debilitar a ambas potencias.

En el campo de la política interna, Gneisenau había esperado que el triunfo llevara al reconocimiento de las fuerzas nacionales y liberales, nacidas por la derrota de 1806 y la reforma de 1808. Por los tratados de paz concluidos en 1814 y 1815 y las estipulaciones del Congreso de Viena, Prusia había conseguido un gran aumento de su territorio; le fueron restituídas la Westfalia y la Posnania y ganó además la Pomerania, que hasta ahora pertenecían a Suecia; también la isla de Rügen y la parte occidental del reino de Sajonia. Según el criterio de Gneisenau, precisamente este aumento territorial hacía inevitable la proclamación de una Constitución legal para poder unificar las nuevas adquisiciones. El entusiasmo con que en 1813 la juventud burguesa se había incorporado al ejército cuando el rey llamó al pueblo, no se había basado solamente en ideas patrióticas, sino también en esperanzas de evolución en la política interna. Ante todo, la juventud académica esperaba ansiosamente que obtendría después de esta guerra el derecho de actuar políticamente en tiempo de paz. Considerado todo desde este punto de vista, la guerra de liberados del vasallaje y acostumbrados a la subordinación patriarcal, se que los campesinos de la Pomerania, Prusia oriental y Brandenburgo, recién liberados del vasallaje y acostumbrados a la subordinación patriarcal, seguían más bien el ejemplo de sus patrones cuando se proclamó el servicio militar obligatorio. En cuanto a las zonas de Silesia, donde reinaba la mayor miseria, muchas veces los pobres tejedores y jornaleros fueron llevados por los gendarmes al cuartel militar en cadenas, porque esta gente de ningún modo había entendido el significado de la Guerra de Liberación. Sin embargo, el rey no pudo negarse del todo a las aspiraciones de libertad de la burguesía. En mayo de 1815 prometió solemnemente la proclamación de una Constitución y la formación de una representación popular.

XI

Según el criterio de Gneisenau, después de la segunda paz de París había llegado el momento de cumplir esta promesa. Pero la hora pasó y en lugar de ganar terreno el liberalismo, lo hizo la reacción. Después de la guerra, el general Von Grolman fué nombrado jefe del Estado Mayor. Gneisenau era demasiado liberal y terco para la corte y fué nombrado comandante militar de la provincia recientemente formada del Rin, con sede

en Coblenza. Desde el Nassau vecino lo visitaba allí de vez en cuando el barón Von Stein, desterrado también en cierto sentido, para hablar con Gneisenau sobre sus viejos planes de la gran reforma. Este círculo de amigos de Gneisenau en Coblenza fué denominado en Berlín, en parte con ironía y en parte con miedo, «el campamento de Wallenstein» (*). Pero el temor fué ridículo. Era imposible que un general opositor tratara de emprender una marcha sobre Berlín. La cuestión principal que en estos años interesaba al barón Von Stein y sobre la cual probablemente deliberó también con Gneisenau, era una reforma de la nobleza en Prusia; la idea de reemplazar a la actual nobleza, pobre y hambrienta de puestos, por otra que, según el ejemplo inglés, se vinculara a posesiones o méritos. Por otro lado, Federico Augusto von der Marwitz, el representante de la antigua «modalidad prusiana», exigía otra reforma de la nobleza. Quería transformarla en una verdadera casta guerrera y la ineptitud corporal o un interés por trabajos científicos o literarios debían traer consigo la pérdida del título de nobleza.

Gneisenau se retiró amargado en 1816. Había sido ascendido al rango de conde, igual que Yorck, Bülow y Kleist y fué recompensado con una gran propiedad, en el dominio de Sommerschenburg. En 1825, en el aniversario de la batalla de Waterloo, fué ascendido a mariscal; pero en el servicio público no había para él ningún puesto. Recién en 1831, cuando estalló la revolución polaca contra Rusia y las posesiones de Prusia en el antiguo territorio polaco se hallaron en peligro, se pensó otra vez en Gneisenau. Fué nombrado comandante del Ejército destinado a asegurar las fronteras orientales. Eligió a Clausewitz como jefe del Estado Mayor e instaló su Cuartel General en Posenia. Allí murió, el 23 de agosto, de cólera, epidemia que en aquel entonces invadió desde el este a toda Europa. En el fondo murió, al igual de Scharnhorst, en el destierro, porque era un liberal de corazón. La época que siguió en Prusia después de las guerras de liberación fué antiliberal y antiprogresista y la generación de los grandes reformadores, encabezados por el barón Von Stein, fué eliminada paulatinamente, porque ejercía un efecto catalizador sobre la esencia de la antigua «modalidad prusiana», esa rara mezcla de capacidad militar y de alma servil.

El Estado Mayor prusiano había salido de su primera prueba debido a la gran capacidad de Gneisenau. Es conveniente recordar que éste, con su independencia de criterio y sentimiento de propia responsabilidad, había influido decisivamente en su formación. Ahora se había convertido ese organismo en un instrumento de conducción de primer orden. Pero siempre quedaban dudosas aún su posición jurídica en el Estado y su relación oficial con el Ministerio de la Guerra y la Ayudantía General, el redivivo gabinete militar del rey, sin que quedaran determinadas claramente. Pero, de todos modos prosiguió existiendo en tiempos de paz como organiza-

ción central de los estados mayores de tropas dentro del Ministerio de la Guerra.

Es característico de toda organización humana, que aspire a la extensión y ensanche de su poder. La actividad del nuevo instrumento de conducción consistió en tiempo de paz en la educación y enseñanza científica de los oficiales aptos para ocupar los puestos superiores; en el levantamiento cartográfico del territorio entero de la monarquía para disponer en caso de guerra de mapas exactos; en estudiar los ejércitos de los vecinos y en proyectar planes defensivos y ofensivos para cualquier situación de guerra posible en caso dañado. Todo esto, en conjunto, significaba en realidad la preparación de la próxima guerra. Pero ello no fué solamente una actividad típica del Estado Mayor prusiano, sino que en todos los países donde fuera creado un verdadero Estado Mayor, éste se ocupó de los mismos asuntos. Dada la forma de pensar de la época, la guerra era el último recurso de la política. Pero cuando las tensiones entre los distintos grandes Estados nacionales europeos, constituidos después de la revolución francesa, fueron aumentando cada vez más, se prestó a los trabajos de Estado Mayor la importancia debida, creando con ello también el peligro consiguiente. Esta situación de tensión no existía aún en la política europea de las décadas siguientes a las guerras napoleónicas. La «Santa Alianza» formada por la coalición de las grandes dinastías de Prusia, Rusia y Austria, era el resultado de los sentimientos pacíficos y de la necesidad de tranquilidad que reinaban después de una época de acciones bélicas continuas. El príncipe Metternich, el último gran estadista del «ancien régime», se esforzó en restablecer el concierto de las potencias europeas, influido en parte por el miedo a una revolución liberal (que amenazaba a todas las monarquías) y en parte por el deseo de evitar cualquier reyerta internacional. En Prusia se transformó el sentimiento nacional de la época de las reformas en un concepto estatal prusiano, que finalmente terminó en una verdadera aspiración de aumento del poder. De tal modo, en el período que sigue, el planeamiento estratégico pasó en el Estado Mayor al principio a segundo plano, frente a la necesidad de consolidar su situación jurídica y determinar sus relaciones dentro del mecanismo de la administración militar y civil. Esta cuestión involucraba el problema principal de resolver cómo podían incorporarse a un Estado constitucional moderno los poderes arcaicos del reino y del Ejército real prusiano. Por otro lado, fueron creadas ahora las bases para el desarrollo exclusivamente profesional de esta institución y para despejarla de cualquier carácter y tendencia de orden político.

(*) Obra dramática del poeta alemán Schiller, en la cual se desarrolla el contraste entre el conductor militar y la corte de Viena, insinuando en cierto modo un golpe de Estado.

CAPÍTULO III

EL FILÓSOFO DE LA GUERRA

*Clausewitz y el Estado Mayor en la época de la reacción
y de la revolución*

I

La última esperanza de una reforma prusiana se presentó en el año 1814, después de ser vencido Napoleón. Su representante no eran ya Stein ni Gneisenau, sino una persona que en la ulterior historia de Prusia pasó casi inadvertida: el mayor general Leopoldo von Boyen, nombrado en aquel tiempo ministro de Guerra. Este ministro, el más revolucionario de la historia prusiana y alemana, tuvo ideas mucho más radicales que posteriormente el primero y único ministro de Guerra del Partido Socialdemócrata, Gustavo Noske. Boyen deseaba que se aboliesen el Gabinete Militar y la Guardia Real, por ser organismos anacrónicos, que se hallaban en contraste con la exigencia de la igualdad de derechos de todos los ciudadanos, así como con la misión del Ejército de representar la fuerza armada del pueblo. Teniendo en cuenta la evolución de la industria, Boyen exigió medidas en el campo social para proteger a los obreros industriales contra la explotación; además, desarrolló un programa de colonización rural. El moderno ministro de Guerra, según el concepto de Boyen, no debía ser responsable en primer término ante el rey, sino ante la Nación. Debido a estas ideas, Boyen fué denominado por sus adversarios «el Lafayette prusiano».

Aun cuando durante la generación siguiente el servicio militar obligatorio ya era considerado como un símbolo de la «modalidad prusiana», los contemporáneos habían olvidado demasiado rápido que en 1814 se luchaba todavía fuertemente por esta organización militar, que rechazaban el monarca y gran parte de la vieja nobleza; es que éstos temían que con ello

se sublevara la masa de los campesinos, los cuales, a pesar del edicto de abolición de la servidumbre, en muchos lugares vivían aún en un estado de vasallaje disimulado. El servicio militar obligatorio exigía que todo ciudadano y campesino tuviera también el derecho de cooperar en los asuntos del Estado, pues la vida estatal, los deberes y los derechos, tienen siempre una íntima relación mutua. Pero la nobleza no quería conceder en modo alguno derechos políticos a sus súbditos. Solamente con grandes dificultades logró Boyen en 1814 la aprobación de la ley militar del 3 de septiembre, que prescribía el servicio militar obligatorio para el Ejército regular, siendo agregados a éste también en tiempo de paz la milicia y la guardia territorial como símbolos de la nación en armas. La milicia, que debía abarcar como organización de reserva la masa de las clases instruidas de mayor edad, era la institución preferida de Boyen. Ésta, precisamente, fué observada con desconfianza por los reaccionarios de la corte y los militares, porque no se hallaba disciplinada rígidamente y porque se encontraba expuesta a la influencia de las masas. Su oficialidad, en gran parte de origen burgués, se componía ante todo de individuos que eran fervientes partidarios del liberalismo. Es notable que las únicas unidades que en la revolución de 1848 en Prusia se negaron en parte a obedecer al gobierno fueran las formaciones de milicia, las cuales no se incorporaron durante la movilización, porque se encontraron directamente bajo la influencia de la opinión pública.

Si el destino de la milicia quedó así en forma indecisa, tampoco se llegó a una solución definitiva respecto a la reunión de todas las instituciones militares; ante todo del Estado Mayor y la Ayudantía General dentro del Ministerio de Guerra, cuyo segundo departamento fué constituido por el Estado Mayor, mientras las actividades del anterior Gabinete Militar habían pasado al tercer departamento. Es que el rey, tanto antes como después, consideraba al Ejército como un instrumento personal de la dinastía. Boyen sufrió su primer fracaso cuando el rey nombró otra vez a su ayudante general y ordenó la formación de una Brigada de Guardia, que muy pronto llegó a alcanzar los efectivos de un cuerpo de Ejército. La Ayudantía General y la Guardia fueron así los símbolos característicos de la voluntad real de mantener los privilegios de la dinastía. Tampoco se cumplió la promesa de conceder una Constitución al pueblo. El canciller del Estado, príncipe Hardenberg, un hombre de ideas liberales, sabía desde mucho tiempo atrás que nunca se consigue en la vida todo lo que se persigue. Además, era viejo y estimaba los goces de la vida demasiado como para emprender una lucha contra el rey y la camarilla de la corte. Así, Boyen luchó en vano. Muy pronto el tercer departamento del Ministerio de Guerra mostró una tendencia clara de independizarse y de restablecer el anterior Gabinete Militar como órgano personal del soberano. También en el segundo departamento, el Estado Mayor, había fuertes aspiraciones de emancipación. En todo esto desempeñó un papel importante el hecho de que, a pesar de todas las reformas, la gran mayoría de los nuevos oficiales fueran de descendencia noble. Si bien es cierto que inmediatamente después de las Guerras de Liberación la relación entre los oficiales

nobles y burgueses en el Ejército era aproximadamente de 60 a 40, no es menos cierto que los últimos fueron eliminados paulatinamente y con toda intención como «elementos de reemplazo malos» o asimilados. Cuanto más la nobleza sentía el adelanto de la «roture» (*) tanto más se desarrollaba en Prusia cierto exclusivismo de la clase noble, en contraste, por ejemplo, con lo que pasaba en Baviera, cuya oficialidad siempre se había reclutado en grado más amplio en la clase burguesa. Este proceso en Prusia fué favorecido aún más por la educación exclusiva que la mayoría de los hijos de las viejas familias militares recibían en los establecimientos reales de educación premilitar. De este modo la oficialidad y el partido de reacción fueron muy pronto dos conceptos idénticos.

Existía sin duda una gran afinidad entre el régimen prusiano y el autocrático de Rusia. Desde la alianza de 1813 el rey de Prusia y el zar ruso nombraban mutuamente ante sus cortes delegados militares especiales, que representaban en cierto modo una diplomacia militar secreta, que frecuentemente perseguía objetivos propios. También el monarca ruso organizó para sí un gabinete militar personal. El hermano y sucesor de Alejandro I, el emperador Nicolás I, introdujo en el Ejército ruso la organización del Estado Mayor prusiano y fundó, según el ejemplo de Prusia, la Academia de Estado Mayor «Nicolai». Durante cierto tiempo las relaciones entre ambos Ejércitos fueron tan estrechas, que uno de los oficiales superiores del Estado Mayor prusiano, el inspector de fortalezas general Von Rauch, quien más tarde fué ministro de Guerra, inspeccionó no solamente el sistema de fortaleza prusiano sino también el ruso. Al comienzo el «Estado Principal» ruso tuvo también una destacada posición particular hasta que, en 1827, el ministro de Guerra, príncipe Tschernyschew, aseguró la primacía del Ministerio de Guerra. En las décadas siguientes no hubo en tiempo de paz en Rusia un jefe de Estado Mayor especial. En Francia, donde el ministro de Guerra, mariscal Gouvion St. Cyr, fundó la Academia de Estado Mayor en 1818, la primacía del Ministerio de Guerra nunca estuvo en peligro. El Ejército inglés no conoció un Estado Mayor particular, como tampoco una instrucción especial de los oficiales de Estado Mayor. En este país, en tiempo de paz los asuntos de reemplazo, de armamento, la cartología y los preparativos para la concentración estaban a cargo de la Ayudantía General, mientras que los de transporte y de abastecimiento incumbían al llamado Departamento del Cuartel Maestre. En Austria y en los Estados principales del sur de Alemania, el Estado Mayor desempeñó también en lo sucesivo, en esencia, el papel de un instrumento técnico y auxiliar, cuyas tareas abarcaban ante todo el campo fortificativo y topográfico. Así, por ejemplo, cuando Baviera constituyó en 1859 su primer destacamento telegráfico, lo subordinó como unidad técnica al Estado Mayor.

(*) Expresión francesa despectiva para el advenedizo.

II

La lucha del Estado Mayor para conquistar una posición especial, que le diera no solamente una influencia decisiva en la conducción del Ejército, sino también en la política, caracterizó su desarrollo en el período ulterior en Prusia. En el Ministerio de Guerra, dirigido por Boyen, la sobresaliente personalidad del jefe del segundo departamento contribuyó a que éste obtuviera una posición más independiente. El nuevo jefe del Estado Mayor, Carlos von Grolman (1777 a 1843), descendía de una familia noble de la Westfalia y era hijo del presidente del Superior Tribunal Real. En 1813 prestó servicios como mayor en el Estado Mayor y en 1815 fué cuartel maestro general en el comando de Blücher en Bélgica. Su estatura alta y vigorosa y su cara majestuosa, le daban una apariencia imponente. Las cualidades más destacadas de su carácter eran el orgullo, la firmeza y un notable sentido de independencia.

Para Grolman la tarea del Estado Mayor debía consistir en suministrar al nuevo Ejército del pueblo la mayor cantidad posible de conductores militares, que poseyeran una ilustración científica, un caudal de conocimientos profesionales a fondo y un espíritu y carácter independientes. Su propósito fué así formar personalidades y no especialistas. Para impedir la formación de un espíritu de casta, introdujo para sus oficiales el cambio regular de destino entre el Estado Mayor y las unidades de tropa. Consiguio de ese modo en ellos un alto grado de instrucción y un gran vigor físico y que el Estado Mayor fuera considerado como escuela de conducción superior del Ejército.

Grolman dió mucha importancia a la confección de buenas cartas y a la investigación científica de las campañas recientemente pasadas — para sacar provecho de las experiencias adquiridas en ellas — y a la construcción de una extensa red de caminos. Considerando la desfavorable ubicación geográfica de Prusia y la ausencia completa de fronteras naturales en el caso de un ataque desde varios lados, el aprovechamiento de la línea interior era la base de todos sus planes de concentración y de operaciones. La condición previa para esto era disponer de una buena y eficiente red de caminos. Pero Grolman formuló también la frase de que sería una tontería proyectar en el escritorio un plan de operaciones militar para varios años, diciendo que tal modo de proceder pertenecía a la rama de las «novelas militares». Todavía no había llegado la época de creer en planes de operaciones preparados en tiempo de paz.

Su trabajo, tan estrechamente relacionado con la obra de Boyen, no se realizó bajo condiciones favorables. Cuando el rey se opuso a una ampliación ulterior de la milicia, Boyen renunció en 1819 y Grolman siguió su ejemplo. Era el año de las estipulaciones de Karlsbad, en las cuales los Es-

tados alemanes, instigados por Metternich, se comprometieron a tomar medidas contra el espíritu del liberalismo, que cundía cada vez más y a colocar bajo la más severa censura las escuelas, las universidades y la Prensa.

III

Con la renuncia de Boyen y Grolman el liberalismo había perdido sus últimas posiciones en el Ejército prusiano. Éste quedó en adelante como residuo de la época del absolutismo y fuera de la influencia de la opinión pública y de las fuerzas espirituales del pueblo. Cabe hacer notar que en el futuro la lucha de los partidos liberales en Prusia en primer término tendrá como objetivo lograr el control sobre el Ejército y su presupuesto; pero un ministro de Guerra civil y parlamentario, según el ejemplo inglés habría sido un sacrilegio para el modo de pensar prusiano. El ejército del rey debía ser administrado solamente por miembros del mismo y este dogma fué defendido en la forma más tenaz hasta la revolución del año 1918. En el sentido de la política militar, Boyen y Grolman habían sido los últimos representantes del idealismo de las Guerras de Liberación. Paulatinamente se produjo una escisión entre la gente culta de Prusia, siguiendo una parte las ideas liberales y la otra las ideas conservadoras. Finalmente, el término «liberal» fué identificado con un concepto que, si bien era alemán, ante todo era antiprusiano; por otra parte, debido al hecho de que los defensores de las ideas liberales tuvieron principalmente sus representantes en las filas numéricamente reducidas aún de los capitalistas burgueses, en esta evolución las tendencias económicas obtuvieron una influencia exagerada. El «liberalismo nacional» de la época de Bismarck muchas veces representó más bien una política de expansión basada en conceptos nacionalistas antes que la defensa de los ideales liberales de sus antepasados del año 1848.

Así los «jacobinos» desaparecieron del cuerpo de oficiales prusiano. En el período que precedió a la revolución del año 1848, solamente unos pocos solitarios habían sido influidos por las grandes ideas que agitaban al pueblo. Los jóvenes tenientes prusianos que se identificaron con la revolución, fueron expulsados rápidamente como elementos indeseables. Cuando el movimiento revolucionario fracasó, la mayoría de ellos emigró y muchos lucharon en la guerra civil norteamericana (1861-1865) en el Ejército de los Estados del Norte por la liberación de los esclavos. El más original de ellos, pero también el más confuso en sus ideas, Augusto von Willich, quien, recordando conscientemente los ideales del cristianismo primitivo, había permutado la espada de oficial por el delantal del carpintero, emigró finalmente a Londres, donde entró en contacto con círculos socialistas y comunistas; allí desarrolló la idea de una dictadura militar sobre una base socialista, anticipando de este modo el concepto de una

intima unión entre la fábrica y el cuartel militar, idea que más tarde y bajo otras condiciones debía desempeñar un papel tan grande y tener una consecuencia fatal.

Dado que el nombramiento de un aspirante a oficial por el soberano debía ser precedido por la elección del mismo en el cuerpo de oficiales de su regimiento, la oficialidad tenía una cierta semejanza con una república autócrata de pequeño tamaño. De tal suerte, la oficialidad se transformó otra vez, como en la época federiciana, en una casta que vivía en forma apartada, feudalizando también los conceptos burgueses.

El mejor ejemplo de la manera de pensar y del ideal de vida que cultivaban las viejas familias militares de Prusia, se encuentra en las memorias juveniles de Hindenburg. Este escribe con orgullo que la riqueza de la oficialidad prusiana consistía en la falta de necesidades. En la historia de la humanidad esta «modalidad espartana» siempre ha caracterizado a toda casta guerrera. La educación de los hijos de la nobleza en las escuelas pre-militares reales, fuera de darles la educación normal, favoreció en ellos conscientemente esta sobriedad manifiesta en la forma de vivir, cuyo ideal no consistía en obtener la felicidad, sino en obedecer, sacrificarse y cumplir con el deber. Sin embargo, este concepto de servir no fué dedicado a la nación sino a la dinastía.

De este modo en los años que precedieron a la revolución de 1848, el Ejército se convirtió cada vez más en el símbolo de la reacción. En la fiesta de Wartburgo, la primera gran manifestación revolucionaria de la juventud académica alemana en 1817, en la cual se puso aún en relieve el idealismo de las Guerras de Liberación, los estudiantes no sólo quemaron una trenza de pelo (*), sino también un bastón de cabo (**). Hasta la instrucción en las unidades de tropas sufrió las consecuencias de la esquematización mental, extendiéndose otra vez un insípido formulismo en los ejercicios, los cuales fueron destinados en primer término a la práctica del desfile. Este esquematismo debía incitar a los caracteres dinámicos a rebelarse, como ocurrió con Otto von Corvin; pero tal caso fué una excepción.

IV

Después que el general Von Grolman se retiró del servicio, fué encargado durante un año, en forma provisional, el mayor general Augusto Rühle von Lilienstern de atender el cargo de jefe del Estado Mayor. Había sido uno de los alumnos predilectos de Scharnhorst y en 1814, bajo el barón Von Stein, había sido encargado de todos los asuntos militares en la administración de los territorios ocupados alemanes. Después de él fué

(*) Que representaba el modo de vestir de la gente bien; en este caso representaba todo lo anticuado.

(**) Símbolo de mando de este suboficial.

nombrado jefe del Estado Mayor un conservador convencido, el teniente general Federico von Müffling, llamado Weiss, quien había sido en 1813 cuartel maestro general en el comando del mariscal Blücher. Müffling había sido en 1803 teniente cuartel maestro en el Estado Mayor y después de las Guerras de Liberación mandó las tropas de ocupación prusianas que quedaron en Francia. Era una persona de confianza del rey y podía considerarse, en contraste con Gneisenau, un militar metódico.

En adelante el Estado Mayor fué agregado al Ministerio de Guerra como institución de la misma jerarquía; sin embargo, su jefe todavía no era el más destacado consejero militar del comandante supremo, tal cual lo habían aspirado Massenbach, Scharnhorst y Gneisenau; era solamente el consejero del ministro de Guerra. Su consejo no fué pedido frecuentemente en los largos años de paz; sólo quedó, en lo esencial, como jefe de una institución que proyectaba planes. Fuera de esto, se realizó simultáneamente dentro del tercer departamento del Ministerio de Guerra (ya Ayudantía General) una emancipación análoga, o mejor dicho, una estructuración del Gabinete Militar. Bajo el ayudante general, mayor general Job von Witzleben, un hombre muy activo y hábil, y un conservador doctrinario, que pertenecía a los amigos más íntimos del rey, fué constituido nuevamente en 1824 el Gabinete Militar con la denominación de «Departamento de Asuntos Personales». Por su tarea obtuvo muy pronto un considerable poder. Witzleben, quien finalmente fué nombrado en 1833 ministro de Guerra, aconsejaba al rey también en los asuntos de movilización, aunque éstos realmente pertenecían a la rama del Estado Mayor. De este modo se constituyeron los tres poderes que determinaron la política militar de la monarquía de los Hohenzollern hasta la revolución de 1918: el Gabinete Militar, el Ministerio de Guerra y el Estado Mayor. Frente a las posiciones particulares e inmediatas (*) del Gabinete Militar y del Estado Mayor, la influencia del Ministerio de Guerra, que era una institución constitucional, fué disminuída constantemente. Durante algún tiempo parecía que el yerno de Witzleben, el omnipotente y ambicioso general Von Manteuffel, iba a ganar para el Gabinete Militar la influencia mayor en la lucha de rivalidad entre ambos poderes no constitucionales. Pero más tarde, en la época de Moltke, triunfó el Estado Mayor, la institución a la cual Prusia debió las victorias en los campos de batalla de Dinamarca, Bohemia y Francia, es decir, en las guerras que produjeron la unión de Alemania.

Müffling dió al Estado Mayor otra vez una nueva organización, representada ahora por tres «divisiones principales». La primera, antecesora de la posterior División Central, se ocupó de los asuntos personales; la segunda tuvo a su cargo todos los asuntos de organización, instrucción, maniobras, planes de concentración y movilización; la tercera, los asuntos técnicos y de artillería. El nuevo uniforme del Estado Mayor era especialmente vistoso: un frac azul con cuello y ribetes de color carmesí y bordados de plata, charreteras de plata, un pantalón blanco y un sombrero

(*) Dependiente directamente del soberano. (N. del T.)

de dos picos con plumas blancas. El color carmesí quedó reservado para el Estado Mayor también más tarde, cuando se introdujo el uniforme gris. Según el escalafón de 1821, el Estado Mayor se componía en aquel entonces de 18 oficiales destinados en Berlín, a saber: 2 mayores generales, 9 mayores, 3 capitanes y 4 tenientes primeros. De estos oficiales, 13 eran de descendencia noble y 5 de origen burgués. Había, además, 7 oficiales provenientes de las unidades de tropas, que prestaban servicios en comisión en el Estado Mayor. Además se hallaban agregadas a éste una oficina trigonométrica con 3 oficiales y una oficina topográfica con tres departamentos de levantamiento, ubicados en Berlín y Erfurt, con un total de 35 oficiales. De estos últimos más de la mitad eran de descendencia burguesa, lo que demuestra que los servicios técnicos eran la brecha por la cual la burguesía penetraba en el cuerpo de oficiales del Ejército; 27 oficiales de Estado Mayor prestaban servicio en los distintos comandos de cuerpo de Ejército en las diferentes provincias y 20 se encontraban en los comandos de división. Finalmente, otros 6 fueron enviados como agregados militares a países extranjeros. Esta última institución fué estimada tan importante, que no se quiso renunciar a ella en ningún momento.

Müffling reanudó los viajes de Estado Mayor iniciados por Scharnhorst, a fin de efectuar en ellos reconocimientos de terreno; introdujo el uso de la plancheta para el levantamiento cartográfico del país y, como novedad, el método de desarrollar situaciones operativas en el cajón de arena o en la carta como juego de guerra, para instruir a los oficiales de Estado Mayor en la concepción y apreciación de problemas estratégicos y tácticos. El agregado militar prusiano en Viena, el príncipe Kraft von Hohenlohe Ingelfingen, a mediados del siglo XIX contaba este nuevo método a un grupo de oficiales austríacos, todos pertenecientes a la alta aristocracia. Le escucharon extrañados e incrédulos; finalmente, cuando terminó, el teniente mariscal príncipe Thun preguntó cómo se determinaba el monto de la apuesta en el juego. Cuando el agregado militar prusiano le contestó que no se jugaba por dinero, replicó el príncipe Thun: «Pero, entonces no puede haber interés alguno.» Esta mentalidad aristocrática, caracterizada por su falta de interés, fué vencida en la guerra de 1866 por la mentalidad del Estado Mayor prusiano.

Durante el tiempo que Müffling estuvo a cargo de la jefatura del Estado Mayor se destacó especialmente por sus esfuerzos en pro de la educación militar. En estos años se inició la estrecha relación entre el Estado Mayor y la conocida casa editora Mittler de Berlín, que durante 125 años editó las obras de enseñanza del Estado Mayor y en la que la mayoría de los escritores militares alemanes publicaron sus trabajos. Rühle von Liliens-tern, como inspector de la educación militar, y Clausewitz, como director de la Academia Militar, adquirieron en estos años sus méritos como padres espirituales de la oficialidad prusiana. Müffling mismo trató de perfeccionar las escuelas militares y redactó el primer reglamento de servicio para los oficiales de Estado Mayor; dejó, además, como obra póstuma, una descripción detallada de la campaña de 1813 a 1815.

V

En este período, Clausewitz, a quien el rey había reincorporado al Ejército prusiano en 1815, aunque con pocas ganas, escribió su obra clásica *De la guerra*, que dió la orientación decisiva en los próximos cien años a todos los conceptos de conducción y educación militar. Aunque el autor de esta obra prestó servicios en el Estado Mayor solamente durante los años 1808, 1813 a 1815 y en 1831 durante un tiempo reducido, pertenece por su libro a los más destacados representantes del mismo.

Carlos von Clausewitz, que nació el año 1780, descendía de una de estas familias empobrecidas y socialmente venidas a menos, tan características en la nobleza prusiana. Según la tradición verbal, los Clausewitz primitivamente eran barones en Silesia. Completamente empobrecidos, renunciaron al título de nobleza y se trasladaron a Polonia, de donde regresaron a Alemania en el siglo XVII. El bisabuelo de Clausewitz era pastor protestante en una localidad cerca de Leipzig y el abuelo profesor de teología en la Universidad de Halle. El padre, Federico Gabriel Clausewitz, al cual Federico el Grande permitió llamarse de nuevo «Von» Clausewitz, era teniente en un regimiento de guarnición prusiano durante la Guerra de Siete Años. Fué herido gravemente y recibió como oficial inválido el puesto de recaudador, pobremente remunerado, en Breig, donde se casó con la hija de un notario burgués radicado en Merseburgo.

El hijo, de estatura elevada y de buena apariencia, con una frente y peinado al estilo de Goethe, se incorporó a la edad de doce años como aspirante a oficial a un regimiento de infantería prusiana y en la escuela militar fué uno de los alumnos predilectos de Scharnhorst. Como cooperator de éste y por su criterio independiente, cuando más tarde pasó al servicio ruso fué calificado por el rey como uno de «los jacobinos». Recién Boyen consiguió su reincorporación al Estado Mayor prusiano y durante la campaña de Bélgica fué jefe del Estado Mayor del 2.º Cuerpo de Ejército. En 1818, cuando era mayor general, fué nombrado director de la Academia de Guerra en Berlín. En 1831, Gneisenau lo eligió como jefe de su Estado Mayor constituido en la Posnania y allí murió el mismo año, al final de un verano sofocante, de cólera, al igual que su comandante en jefe.

Poco después de la catástrofe de 1806, Clausewitz escribió *Mi vida no dejará rastro*. En este temor se mostró equivocado, si bien ello se verificó recién después de su muerte. Dominado por una rara mezcla de ferviente ambición interna y de timidez y recato exteriores, no quiso que sus obras se publicaran durante su vida. Recién después de morir, su viuda, la nieta del célebre ministro de Sajonia de la época del Rococó, el conde Brühl, editó su libro sobre la guerra, una investigación de las cinco guerras en que había participado, es decir, la campaña de la revolución

de 1792 a 1795 y las campañas de 1806, 1812, 1813 a 1814 y 1815, así como de otras 130 campañas anteriores. Esta investigación fue hecha con el objeto de conseguir los fundamentos de una filosofía de la guerra y de fijar una definición de la misma en el sentido moral.

En Clausewitz había algo de la herencia espiritual de aquellos pastores protestantes que habían sido sus antepasados. Como ellos, estaba firmemente convencido de la fe cristiana y animado de una elevada aspiración de llegar a la verdad. En el fondo era un hijo de la época del idealismo, encontrándose equilibrado en él el sentimiento y el ingenio. Igual que Boyen, se basó en sus conceptos filosóficos en Kant, cuya *Crítica de la razón pura* había ejercido mucha influencia sobre él. Pero, el trasladar las ideas a la realidad, se dejó llevar por cierto fanatismo, que no respondía ya al espíritu de la clásica filosofía alemana ni al tema de su gran obra.

La doctrina de guerra de Clausewitz con su filosofía de la guerra derivada de la época de los Estados nacionales, contenía ya aquellos principios fundamentales que debían dar su carácter terrible a las guerras ideológicas del siglo xx, en cuanto apareciera una personalidad que utilizara el elemento de la guerra en forma absoluta. El concepto de Clausewitz sobre la guerra, la del siglo xix, pertenece a un momento de transición, es decir, a la época en que se hunde el dominio de los monarcas absolutos y aparece el período de Napoleón. Clausewitz enseñó que la guerra, antes un instrumento de los tiranos y déspotas, había sido devuelta a las naciones. Con los medios ilimitados a su disposición y la gran extensión del espacio, como, por ejemplo, en la campaña de Rusia de 1812, con el aprovechamiento del número, al usar la totalidad de las fuerzas del pueblo bajo el servicio militar obligatorio y con el ensanche del fundamento político y económico de todas las naciones europeas, en cuyo medio se realizó, la guerra se aproximó a su verdadera naturaleza y a una perfección absoluta como acto de relación humana. La estrategia y la táctica eran determinadas ahora por el conjunto de los factores de la época. En el período del equilibrio político se empleaban las guerras de «cansancio» o de «observación» para dirimir las reyertas entre los Estados. La nueva época exigía una nueva forma de la guerra. Ahora no se trataba ya de conquistar fortalezas, provincias o puntos estratégicos, por los que habían luchado las dinastías; tampoco se trataba de derrotar solamente o eliminar al ejército adversario; ahora los pueblos luchaban por su derecho de vivir. Por eso, según los conceptos de Clausewitz, el objetivo de toda guerra debía consistir en obtener, sin otra consideración, una decisión rapidísima, mediante la irrupción en el Estado del adversario. ¡Esto fue la «revolución de la guerra» de sello prusiano! La guerra del siglo xix no debía ser ya una guerra de observación, sino una guerra de decisión, una guerra de aniquilamiento. En el primer tomo de su obra dijo Clausewitz: «Cuanto más grandiosos y fuertes sean los motivos de la guerra, cuanto más abarquen toda la existencia de los pueblos, cuanto más poderosa sea la tensión que preceda a la guerra, tanto más se aproximará a su poder abstracto, tanto más se tratará de derrotar al enemigo, tanto más ejecutiva y menos política será la guerra.»

La argumentación de Clausewitz se diferencia en un aspecto importante de la de su gran antagonista espiritual Ludendorff. Según Clausewitz, el poder terrorífico de esta nueva guerra no debía ser un fin propio.

Sobre la base de este orden de ideas, Clausewitz llegó en el primer capítulo de su obra a la conocida afirmación, tantas veces citada, de que «la guerra no era más que continuación de la política con otros medios». Al respecto dijo que el elemento común fundamental de ambas era la lucha, como principio creador de la vida. Esta formulación contenía en el fondo la exigencia de que el hombre se adueñara de la guerra. Ésta y la conducción no eran solamente un asunto de militares, sino en primer término un asunto de los políticos, de los estadistas. Clausewitz no glorificó el carácter guerrero, sino las cualidades militares. «Precisamente el pueblo alemán — escribió —, es un pueblo profundamente militar, pero no una nación guerrera, al estilo del viejo Estado otomano, cuyo sentido de la vida había sido solamente realizar conquistas.» La guerra, caracterizada de este modo, era el último recurso del estadista.

Al considerar todas estas reflexiones desde el punto de vista político, no deja de extrañar que en ellas se destaquen solamente los factores del Estado y de la conducción militar. Los conceptos del pueblo, de la personalidad individual, del derecho y de la libertad quedan casi inadvertidos, aunque Clausewitz inicialmente había pertenecido a los reformados más radicales. Pero, durante los años de miseria en Prusia, la idea de que el ejército representaba el valor del Estado había derribado a todos los viejos ideales. Lógicamente Clausewitz enseñó ahora que en una situación desesperada, la existencia del ejército debía colocarse por encima de la del Estado. Fue éste un conjunto de ideas típicamente prusianas, porque para la monarquía de los Hohenzollern el ejército era el vínculo de unión. Consciente o inconscientemente, obedeció a la misma doctrina también el Comando en Jefe del ejército de 100.000 hombres en la época de 1918 a 1933. La discrepancia entre el ejército y el liberalismo, que apareció nuevamente en los años posteriores a 1815, transformó a Clausewitz finalmente en un conservador convencido. Para él los partidos políticos eran solamente elementos de disensión en la vida del Estado; a lo sumo quiso admitir un consejo de Estado, formado por excelentes hombres públicos con funciones consultoras. La democracia para él era equivalente al ocaso. Su ideal era «el Estado fuerte» que asegurara la educación militar del pueblo y formara recién la nación. Son exactamente las mismas ideas que más tarde debían guiar a los filósofos del fascismo italiano.

A estas ideas correspondió también el programa de política exterior de Clausewitz. Para él Francia era el gran centro de inquietud en Europa. La unidad de Alemania, que el barón Von Stein quiso realizar en forma de una evolución histórica y orgánica (*), según su modo de ver sólo podía realizarse por la espada, sometiendo un Estado a los demás.

(*) Por lo cual Clausewitz, ya en 1808, lo había criticado, diciendo que su política no tenía la necesaria «dureza de diamante».

Naturalmente, sólo Prusia, con su fuerte ejército, podía ser ese Estado. En cuanto a su ejecución, le pareció que el momento no había llegado aún, pero estaba convencido de que llegaría. Ya en 1815 había exigido que el territorio prusiano fuera agrandado y extendido hasta la línea del río Mein, desapareciendo con esto los principados de Sajonia, Turingia y Hesse. Presintió así la política de Bismarck.

La doctrina de Clausewitz fué aplicada recién después de su muerte, cuando el progreso técnico de las ciencias físicas y naturales y de la industria llevó efectivamente a magnitudes inesperadas el espacio y los medios de la guerra. Ya durante la vida de Clausewitz, Alfredo Krupp había fundado en Essen la clásica fábrica de cañones de Prusia, ampliando junto con su madre y sus hermanos la fragua y la fábrica de acero colado heredadas de su padre y elevándola a una de las más importantes fábricas de armamento en Europa. En 1846 construyó los primeros cañones rayados, cuyo alcance era muy superior al de los viejos cañones lisos. En los años siguientes a 1860 siguió la construcción del cañón de retrocarga, que trajo consigo una velocidad de fuego mayor. Hasta el año 1894 Krupp había suministrado aproximadamente 2.500 piezas de artillería a unos 34 Estados diferentes. Prusia, Austria, Italia y Rusia armaron sus ejércitos con piezas de Krupp. En el año 1870 trabajaban en esta fábrica unos 10.000 obreros y su terreno de 250 hectáreas tenía la extensión de un dominio señorial al este del río Elba.

Junto con Clausewitz como filósofo, Alfredo Krupp como fabricante de armas fué uno de los padres espirituales de la guerra moderna. A todo ello se agregaron otras innovaciones técnicas de orden revolucionario. En 1838 se construyó en Prusia el primer ferrocarril entre Berlín y Potsdam. El aprovechamiento de la invención inglesa de la locomotora produjo una revolución en el tránsito y con ello también una revolución en los transportes militares. Al mismo tiempo la invención del telégrafo eléctrico produjo un cambio completo en la transmisión de partes y órdenes. En 1840 se introdujo en Prusia, primeramente en los batallones fusileros, el fusil de aguja con percutor de retrocarga, inventado por Juan Nicolás Dreyse, que aumentó la potencia de fuego de la infantería de un modo inaudito. La revolución industrial de la época del maquinismo creó con todo esto un nuevo tipo de guerra, definida antes por Clausewitz como la guerra científica de las masas y máquinas, con el objeto de lograr la posesión de los tesoros del suelo y de regiones económicamente importantes. Marx, el primer pensador que apreció que el destino de las masas dependía solamente de factores económicos, era un discípulo de Hegel. Así como en Prusia el Estado y la historia se habían transformado en conceptos absolutos, así también en la ideología de Marx aparecieron en forma absoluta la lucha de clases como único factor determinante en la formación de la sociedad y los problemas de la evolución económica como el supremo poder histórico. Es que Marx, hijo de un rabino judío casado con una aristócrata prusiana, también era un producto del medio ambiente de Prusia. Pero la formación de las masas y el triunfo de la técnica produjeron todavía otro fenómeno espiritual, que destruyó el

ideal de vida que existió anteriormente en la época clásica en Alemania. La técnica produjo el tipo del hombre experto, del especialista y en el campo militar, la aparición de este tipo significó el triunfo del oficial de Estado Mayor anónimo, del especialista militar en su forma más pura.

VI

En el período entre 1840 y 1850 el Estado Mayor prusiano todavía no tenía ninguna influencia sobre la organización y dotación del ejército con armas y equipos; pero más tarde supo aprovechar todas las innovaciones técnicas que surgieron en aquel entonces. Los planes de concentración preparados por Moltke fueron factibles recién por la aplicación de los ferrocarriles y del telégrafo a los fines de la estrategia. En el año 1825 Müffling había abandonado el cargo de jefe del Estado Mayor para actuar en calidad de delegado extraordinario prusiano como mediador entre Rusia y Turquía. Su sucesor fué el general Guillermo von Krauseneck, hijo de un consejero jurídico burgués de Bayreuth. Había iniciado su carrera en el Ejército prusiano como soldado raso, en el cargo de ingeniero geógrafo y más tarde, al ascender a oficial en un batallón de fusileros, fué hecho noble. Bajo la dirección de Scharnhorst había cooperado en el proyecto de un nuevo reglamento de ejercicios; además, había sido comandante del 6.º Cuerpo de Ejército.

En este período ocurrió una crisis en la política exterior, causada por las revoluciones de julio de 1830 en Francia y Bélgica, y la sublevación polaca. En el oeste y este fué necesario movilizar los cuerpos de ejército allí estacionados y durante algún tiempo parecía inminente un choque bélico con Francia. Fué la época en que nació la célebre canción del Rin alemán (*).

En conjunto, todo el período en que Krauseneck fué jefe del Estado Mayor se encontró bajo la influencia paralizadora de la época de reacción. Esta situación tampoco se modificó mayormente cuando en 1841, el sucesor de Federico Guillermo III, el rey Federico Guillermo IV, de una personalidad romántica peligrosa, volvió a nombrar a Boyen como ministro de Guerra. Krauseneck mismo tuvo algunas ideas liberales y progresistas, probablemente por ser de origen burgués y conoció también las ideas que agitaron aquel tiempo, pero se encontró desconcertado frente a ellas. Sintió primeramente simpatías por la Revolución francesa de 1848, pero cuando un movimiento idéntico estalló en Berlín y el pueblo exigió con fuerza sus derechos, se asustó y deseó con todo anhelo el restablecimiento del orden viejo. Si se leen las cartas que Moltke escribió en estos años, podría pensarse que nunca había existido esa época anterior a la revolución, con sus esperanzas e inquietudes y fervientes sueños de

(*) Canción patriótica alemana. (N. del T.)

un futuro mejor. Moltke adoptó frente a su tiempo una actitud total de insensibilidad e indiferencia. Según su opinión, no era necesario modificar el orden existente en Prusia.

La revolución de 1848 terminó de separar los espíritus. Cuando en el mes de marzo el pueblo se sublevó en Berlín, el ejército consiguió detenerlo en duras luchas callejeras. Casi había logrado ya el triunfo, cuando el rey empezó a vacilar y ordenó a las tropas el abandono de la capital, lo cual, según los oficiales fué una ignominia, cuya amargura se sintió durante largo tiempo y que debía producir consecuencias funestas. En opinión de las clases burguesas y de los obreros, los cuales aspiraban a la igualdad de derechos, el ejército se había convertido en un baluarte de la reacción. Ninguna unidad del ejército regular se había negado a obedecer y todas habían defendido firmemente el orden viejo. Solamente la milicia se mostró sensible a la influencia de la opinión pública. El ejército contestó al menosprecio general con un orgulloso desprecio. El posterior jefe del Estado Mayor, conde Waldersee, anotó en sus memorias que en aquel entonces en los círculos de oficiales la palabra «democracia» era una denominación para calificar a los hombres malos. Bismarck, como representante de la nobleza, fué el autor de la frase «que contra los demócratas los soldados eran el único remedio». En la historia de un renombrado regimiento de húsares prusiano se lee durante el año 1848 el regimiento había castigado con desprecio a «esa pandilla de habitantes» que habían simpatizado con «las ideas revolucionarias». Cuando el teniente de ingenieros Guillermo Rüstrow se aventuró en Posen a defender una opinión personal diferente y publicó un ensayo contra el Ejército prusiano, al cual caracterizó como un Estado dentro del Estado, fué arrestado por orden del Ministerio de Guerra. Huyó a Suiza, donde se convirtió más tarde en uno de los más conocidos escritores militares de aquel tiempo.

Este era el ambiente general en que el teniente general Carlos von Reyher, quien en los días de la revolución de marzo de 1848 había sido ministro de Guerra, fué nombrado jefe del Estado Mayor en el mes de mayo del mismo año. Su carrera parecía corresponder al nuevo ideal democrático. Nacido como hijo de un cantor y organista en una pobre y pequeña aldea brandenburghesa, en su juventud había sido pastor. Se incorporó como escribiente a un regimiento de infantería prusiano, hasta que, debido a su talento extraordinario, ascendió en 1810 a oficial en un regimiento de lanceros. En 1815 quedó agregado al Estado Mayor y fué instruido allí bajo la dirección de Grolman; finalmente, como jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Guardia Real, fué la persona de confianza del hermano del rey, el príncipe heredero Guillermo de Prusia, aquel que actuó como comandante de las tropas empeñadas en Berlín en marzo de 1848 y debió huir a Inglaterra ante la ira del pueblo.

Reyher era un hombre sencillo y derecho. Pero era oficial, había recibido el título de noble y se había identificado completamente con los conceptos de la oficialidad. Observó la revolución con desconfianza, porque ponía en peligro el orden. En su sencillez y simplicidad simpatizó con

aquellos campesinos de Minden-Ravensberg que no quisieron participar en las elecciones de 1848 para la Asamblea Nacional prusiana, porque opinaban que si el buen rey había gobernado tanto tiempo, bien podría hacerlo en adelante sin su cooperación.

La alianza entre la tendencia a la expansión económica y el nacionalismo agresivo, produjo así en el período siguiente la aparición del militarismo. Con el aumento del número de oficiales burgueses en el Estado Mayor quedó consagrado el triunfo de la técnica y ciencia en la conducción de la guerra sobre el romanticismo, esto es, sobre aquella época en la cual los escuadrones de la caballería feudal habían impreso su sello a las batallas. Esta victoria no era debida a la personalidad militar, sino al especialista militar. Pero este último tipo era mucho más sensible a la influencia de las ideas nacionalistas exageradas, que la generación de aquellos oficiales que habían vivido aún en firme conexión con las grandes ideas de su tiempo y que habían tenido una concepción amplia y universal del mundo en el sentido de la época de Goethe. En este ambiente apareció ahora la figura de Moltke, cuya actuación coincidió con el último período de la época clásica alemana.

CAPÍTULO IV

EL GRAN TACITURNO

Helmuth von Moltke

Es una coincidencia extraña en la historia militar prusiana que el director del Departamento de Asuntos Personales nombrado en 1857, el mayor general Von Manteuffel, propusiera al rey el nombramiento de Moltke como jefe del Estado Mayor en reemplazo de Reyher; con esto abrió el camino a una personalidad que por sus valores decidió finalmente la silenciosa rivalidad entre el Gabinete Militar y el Estado Mayor a favor del último. Edwin von Manteuffel, el amigo de los hermanos Gerlach, era en cierto sentido un hombre del mismo tipo de Rüchel, del cual Clausewitz dijo una vez que parecía un extracto concentrado de la más pura «modalidad prusiana». De poca cultura y de rudimentaria instrucción militar, era precisamente por estas razones un carácter decidido, en el viejo sentido prusiano. A los representantes de la escuela federiciana la actividad de los «tinterillos» siempre había sido antipática. En Manteuffel existían una ferviente ambición junto con anticuados conceptos caballerescos. Así dijo una vez que la tarea de sofocar una revolución sería probablemente la que le gustaría más que cualquier otra, pues toda su actuación estaba inspirada por la ira que provocó la ignominia sufrida por el ejército en los días de marzo de 1848, cuando por orden del comandante supremo debió retirarse frente al «populacho». Para él, el ejército era un concepto identificado con el Estado. No solamente no comprendió sino que odió el tiempo moderno, caracterizado por el desarrollo de la industria, los ferrocarriles ruidosos, los hilos telegráficos zumbantes, las grandes ciudades con su burguesía exigente y tan próspera y las oscuras masas obreras que vivían hacinadas en forma miserable.

El hombre que, según la propuesta de Manteuffel, el 29 de octubre de 1857, fué encargado en forma provisional de la jefatura del Estado

Mayor (recién en 1858 fué nombrado titular) era casi desconocido en el ejército. Desde hacía dos años Moltke era ayudante del príncipe Federico de Prusia, el posterior emperador, quien, como hijo del príncipe Guillermo de Prusia, era el futuro sucesor en el trono, debido a que Federico Guillermo IV no tuvo hijos. Moltke nunca había mandado un batallón, un regimiento o una división y en este momento nadie pudo presentir que haría del puesto tan poco estimado de jefe del Estado Mayor la posición más importante del ejército. El mayor general Von Moltke, que tenía ya la edad de 57 años, era una personalidad muy diferente del omnipotente ayudante general Von Manteuffel. Los rasgos finos de su cara, ligeramente perfilados y frágiles, con la frente alta, la nariz curva y la boca de labios delgados, al parecer no permitían creer en una fuerte constitución física; su naturaleza reservada, prudente y contemplativa no tenía nada del aire marcial prusiano, sino más bien del tipo clásico. Se ha dicho que el carácter de un hombre puede ser deducido de la clase de música y del tabaco que prefiere. Moltke era un adepto de Mozart y le gustaba fumar con tranquilidad un buen cigarro habano. Era un lector extraordinario y el tipo de oficial docto, cuyas últimas figuras en el siglo xx fueron los generales Seeckt y Beck.

Helmuth von Moltke nació el 26 de octubre de 1800 en Parchin, en Mecklenburgo. La familia pertenecía a la vieja nobleza de Mecklenburgo y, como en otras tantas familias nobles de ese país, también en ella había un considerable número de miembros que habían prestado importantes servicios en el reino danés-noruego durante el siglo xviii. Sus posesiones de tierras en Mecklenburgo se encontraban ya en decadencia. Por rara coincidencia los abuelos maternos de Blücher habían arrendado en el siglo xviii una de las posesiones de la familia de Moltke cerca de Rostock. El padre de Moltke, un hombre muy inquieto e inconstante, caracterizado por grandes pretensiones y reducidas capacidades, perdió las posesiones que había heredado en la cercanía de Ribnit y sirvió como oficial primeramente en Prusia y después en Dinamarca. Más importante era la madre, hija de una familia patricia de Lübeck. La tranquilidad reservada y mentalidad equilibrada que se destacaron en el hijo eran sin duda herencias de ella.

El joven Moltke fué educado en el Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial en Copenhague (Dinamarca) y ascendió después a teniente en un regimiento de infantería danés. Sobre su juventud se proyectan las profundas sombras de la decadencia de la nobleza, de la pobreza y de la falta de toda esperanza. Sólo lentamente sanó de las heridas que la educación brutal en el cuerpo de aspirantes a oficial danés había causado en su alma tan sensible. A esto se agregó una salud débil. Mientras que la mayoría de sus hermanos permanecieron al servicio danés, en 1882, después de una visita a Berlín, cambió la guerrera roja danesa por el frac azul prusiano, porque creyó que el Ejército prusiano le ofrecía mejores condiciones de ascenso. Se incorporó como teniente al regimiento de granaderos de Francfort del Oder.

Siendo la familia pobre, la época de teniente fué para él una vida de

hambre. Para ganar un poco de dinero para sus gastos particulares, el joven oficial empezó a ocuparse de trabajos literarios que se publicaron en general en forma anónima. En este tiempo escribió una novela e inspirado por la revolución polaca de 1830, un ensayo sobre la situación interna de Polonia. Finalmente, una casa editora le encargó la traducción al alemán de los doce tomos de la obra de Gibbon (*) sobre el ocaso del imperio romano. A pesar de esta pobreza, ya en aquellos años se mostró evidentemente la evolución tranquila y constante de su personalidad. La vida de este joven oficial, taciturno, modesto y dotado de excelentes cualidades espirituales, quien sin duda alguna poseía también cierto talento artístico, en algo fué influida todavía por el esplendor decadente de la época de Goethe.

Era solamente un militar al servicio del Estado y éste, en su opinión, en el tiempo anterior a la revolución de 1848 parecía encontrarse en un favorable desarrollo histórico y orgánico, sobre la base de las reformas efectuadas por Stein y Hardenberg. En esa época escribió que Prusia marchaba a la cabeza de las reformas y de una «libertad razonable».

Durante varios años Moltke estuvo agregado al departamento topográfico, donde se familiarizó con el fundamento del trabajo del Estado Mayor, el levantamiento cartográfico, ayudándole en esto apreciablemente su talento para el dibujo. En 1833 se incorporó al Estado Mayor mismo como teniente primero y en 1835 fué mandado en viaje de estudios a Turquía, donde el sultán Mahmud II se esforzaba en inspirar al decadente Estado de los osmanos, basados en tropas de esclavos guerreros, el espíritu moderno de la Europa occidental. Este viaje fué para Moltke la primera gran experiencia que determinó su ulterior perfeccionamiento. Después de ser derrotada Turquía tantas veces por Rusia; después que Grecia, entre 1820 y 1830, en lucha encarnizada se hubiera liberado de su yugo y después que el virrey de Egipto se hubo independizado casi, Mahmud II quiso organizar un ejército moderno, instruido según los conceptos de los países occidentales de Europa, para reemplazar a la vieja guardia de esclavos, los jenízaros y la caballería feudal spahi, que antes habían hecho del Ejército turco el más temible adversario. Desde las victorias obtenidas por Federico el Grande, los oficiales prusianos eran apreciados como los mejores del mundo. El pedido que el sultán dirigió ahora al rey de Prusia para que le mandara oficiales instructores, fué el comienzo de las relaciones entre el Estado militar prusiano y el Estado guerrero de los osmanos las cuales en la época del Imperio debían alcanzar una importancia tan grande. Moltke tuvo inicialmente la misión de enviar al jefe del Estado Mayor, el general Von Krauseneck, informes sobre la situación y la organización militar de Turquía. Después pasó junto con otros oficiales prusianos oficialmente al servicio de aquel país. En 1839 acompañó como consejero al comandante en jefe turco en Siria, el bajá Hafis, en una campaña contra las tribus de los Curdos, que se habían sublevado en la zona fronteriza con Mesopotamia y después en la

(*) Eduardo Gibbon, historiador inglés (1737-1794). (N. del T.)

campana contra el hijo del sedicioso virrey de Egipto, que amenazaba con un ejército a Siria. La batalla decisiva entre los turcos y egipcios cerca de Nisib se perdió porque el bajá turco confió más en los consejos de sus astrólogos que en los de sus oficiales instructores prusianos. El fruto duradero que logró Moltke de esta primera unión militar entre Prusia y Turquía fué de orden literario. Las *Cartas de un viajero* que envió desde Turquía, debido a su hermosa dicción clásica, sus descripciones deliciosas del país y de sus habitantes, sus excursiones históricas y su fino humor, constituyen una de las joyas más preciosas de la literatura epistolar alemana.

Después de regresar de Turquía, Moltke fué empleado en varios puestos del Estado Mayor y durante algún tiempo prestó servicios en el departamento de historia militar. Un matrimonio feliz, contraído tarde, le hizo olvidar los tristes recuerdos de la juventud. Se casó en 1842 con la joven hijastra de su hermana, que había estado casada con un terrateniente inglés, John Heyliger Burr. Si bien el matrimonio no tuvo hijos, se realizó en él la comunión de dos grandes corazones. En 1845 el joven marido fué enviado como ayudante del príncipe Enrique de Prusia a Roma, donde este extraño miembro de la familia Hohenzollern llevaba desde hacía veinte años la vida de un misántropo. En aquel entonces Moltke escribió como continuación de sus *Cartas de un viajero*, en Turquía, las *Peregrinaciones en los alrededores de Roma*, que revelaron en él un profundo sentido por la belleza del arte italiano y el espíritu clásico.

Cuando estalló la revolución de 1848, Moltke era primer oficial de Estado Mayor en el comando del cuerpo renano en Coblenza; Heyher lo llamó a Berlín como jefe de división en el Estado Mayor General. En agosto del mismo año fué nombrado jefe del Estado Mayor del 4.º Cuerpo de Ejército en Magdeburgo. En el año 1841 había publicado en la *Revista Trimestral Alemana*, editada por Cotta, un ensayo sobre los problemas de la frontera occidental. En este artículo se pronunció en favor de la unión de todos los pueblos alemanes, basándose en una serie de ideas de orden puramente militar. Decía que Prusia debía considerarse, hasta en tiempo de paz, como un gran ejército en un campamento de campaña, que se encontraba frente a un enemigo poderoso. Estas reflexiones y preocupaciones resultaban de la situación geográfica del Estado prusiano, militarmente desfavorable, rodeado por todos lados por potencias más fuertes, que observaban su desarrollo con sentimientos en parte adversos o con viejos resentimientos, como Austria que no podía olvidar las guerras de Silesia.

Ahora la revolución ponía en peligro el constante apresto militar. Moltke apreció los acontecimientos como oficial. Para él, como aristócrata conservador, el progreso era imaginable solamente dentro del marco de un desarrollo legal. Además, creyó que la unión de Alemania bajo la conducción de Prusia podía verificarse solamente por medio de una guerra. Se sobreentiende que había leído la obra de Clausewitz y se había identificado con sus ideas. Con el mayor interés observó el desarrollo de

Dinamarca, deseando que este país se juntara con Alemania, dado que los ducados de Slesvig-Holstein ya estaban unidos con Dinamarca por una unión personal. En su alma favoreció la lucha de independencia que el pueblo de Slesvig-Holstein libraba contra las tendencias de centralización danesas. Pero las manifestaciones de la voluntad burguesa de sostener su posición y las sesiones de la Asamblea Nacional prusiana en la Academia de Canto de Berlín le parecían tan despreciables como las sesiones del Parlamento de la Confederación Alemana en la iglesia de San Pablo en Francfort. Indudablemente, el idealismo romántico, alejado de toda realidad, y la falta de experiencia parlamentaria que caracterizaron la actividad de la primera generación de parlamentarios alemanes, no estuvieron en condiciones de convencer a los adversarios del liberalismo. La creencia política de Moltke se basaba en el concepto del «orden». Así escribió en tono crítico que la fascinación democrática se extendía por toda Europa como un «cólera moral». En una carta dirigida a su novia dijo una vez que ningún Estado podía mantenerse sin obediencia; sin embargo, ésta debía estar en armonía con las fuerzas de su «fe».

II

De este modo la única reacción que produjeron las grandes esperanzas del año de la revolución en las cartas de Moltke fué la de exigir el restablecimiento del orden, desear la aparición de un «hombre fuerte» y propender a la implantación de medidas de fuerza. En una carta del 2 de julio de 1848, dirigida a su mujer, escribe: «Sólo y ante todo una autoridad, cualquiera que sea y no más este poder de abogados, literatos y tenientes echados del servicio.» Casi se retira en aquel entonces. La alta estimación del orden como factor absoluto debía quedar como herencia en todas las generaciones posteriores y «la república roja» sería siempre el espantajo futuro para la oficialidad. Moltke rechazó bruscamente el socialismo, que en aquel entonces se encontraba aún en estado incipiente. En octubre de 1848 triunfó la reacción en Austria. El mariscal príncipe Windischgrätz y el mayor general Jelacic, el ban de Croacia, ocuparon Viena. En Prusia, el ministerio del conde Brandenburg tomó las «medidas poderosas» esperadas por Moltke. El 10 de noviembre el mariscal conde Wrangel entró de nuevo en Berlín con 15.000 hombres del Ejército, desarmó la guardia burguesa y disolvió la Asamblea prusiana. El rey proclamó una Constitución; según ésta debían formarse dos cámaras: una Cámara Alta, cuyos miembros pertenecerían a la misma por herencia, y un Parlamento elegido sobre la base de un derecho electoral dividido en tres clases, el cual aseguraba la mayoría de los votos a la gente rica y culta. En 1849 las tropas prusianas sofocaron también las sublevaciones en el sur de Alemania, que aspiraban a formar un Estado alemán común y libre.

Moltke escribió contento a su hermano Adolfo en 1850 que había terminado el papel de la democracia, el peor enemigo de Prusia. Para él fué una satisfacción que el viejo Estado policial prusiano hubiera vencido a la revolución, sin ser conmovido en el fondo. Pero la tentativa fracasada en 1849 de mantener por la fuerza el predominio sobre Austria en la lucha de rivalidad por la primacía en Alemania, mostró cuán débil era el poder de este Estado policial en el campo de la política exterior. La movilización hizo descubrir deficiencias considerables; eran consecuencias de los largos años de paz y del pernicioso gobierno de la reacción. El temor de una repetición de los movimientos revolucionarios fué un factor que determinó durante más de quince años el modo de pensar no sólo de Moltke, sino también de toda la oficialidad.

Moltke, que había adquirido la confianza de Reyher, fué encargado en el período siguiente de examinar el plan de movilización y de realizar las correcciones necesarias. En 1854 dirigió también el gran viaje anual del Estado Mayor, reemplazando en ello a Reyher, que se encontraba enfermo. Éste lo estimaba mucho, pero opinaba que Moltke se acercaba a la invalidez y que, además, no disponía de la autoridad suficiente para dar el vigor necesario a sus órdenes.

Este era el hombre que se encargó en 1857 de la jefatura del Estado Mayor, para cuyo cargo fué nombrado oficialmente en 18 de septiembre de 1858. En contraste con el Departamento de Asuntos Personales, cuyo director, el general Von Manteuffel, decididamente aspiraba a dirigir totalmente el Ejército, la posición del jefe del Estado Mayor durante el tiempo de Krauseneck y Reyher había perdido paulatinamente autoridad e influencia y ofrecía pocas posibilidades de desarrollar tales ambiciones. En cuanto a la posición especial que había logrado Müffling, principalmente fué debida a su éxito personal.

Cuando Moltke se hizo cargo de la conducción estratégica prusiana, el progreso del comercio e industria se hallaba ya en plena marcha. Estaba aumentando no solamente la riqueza de la clase burguesa pudiente, recientemente constituida, sino también la miseria y explotación de la nueva clase de obreros industriales. Desde 1815 la red vial se había triplicado en Prusia y los ferrocarriles habían empezado a formar con sus rieles otra red por todas las regiones de la monarquía. Desde 1848 estaba realizándose la dotación de todas las unidades de infantería con el fusil de aguja y retrocarga y en 1861 se introdujo en la artillería el cañón de retrocarga, después de una larga demora, característica de la modalidad conservadora del Ministerio de Guerra.

La industria hizo posible no sólo el perfeccionamiento del equipo de grandes masas militares, sino que les dió también una movilidad mayor, gracias a la modificación revolucionaria del sistema de transportes. El aumento del alcance y eficacia de las nuevas armas de fuego con rayo debía producir una revolución en la táctica y en la conducción del combate. Desde el punto de vista teórico, la importancia de la intervención de Moltke se tradujo en el hecho de que con su forma de pensar educada por las matemáticas reconoció claramente estos cambios y trató

de explotarlos prácticamente en los nuevos planes de movilización y de concentración.

Murió así la guerra de las cargas de caballería. Ya en 1858 pidió Moltke que se agregara al Estado Mayor un departamento científico militar, en el cual debían reunirse los mejores historiadores, geodestas, estadísticos y topógrafos del Ejército; cuatro años más tarde fué cumplida recién esta exigencia. La guerra, anteriormente un dominio de la nobleza, se transformó así en un dominio de la ciencia profesional. Como consecuencia del panorama político de la época, en que aumentaron las tensiones internacionales en Europa, aumentó igualmente la importancia de una institución científica de planeamiento militar como lo era el Estado Mayor. El dualismo prusiano-austriaco en la cuestión alemana, la inquietud política y tendencia imperialista del emperador Napoleón III, la situación indecisa de los ducados de Slesvig-Holstein y la cuestión igualmente indecisa de las tendencias de unión italianas, pesaron todos sobre la política europea. El príncipe Guillermo, nombrado desde 1859 regente de Prusia debido a la enfermedad frenopática de Federico Guillermo IV, observaba también a Rusia con desconfianza y ordenó la realización de trabajos de fortificación en Prusia oriental. Moltke mismo tenía sus preocupaciones en el orden estratégico, sobre todo por la ubicación central de Prusia entre Rusia, Austria, Francia y Dinamarca.

El avance clásico empleado por Napoleón en sus campañas como consecuencia de la escasez de caminos disponibles y de las dificultades en la transmisión de partes y órdenes, se había caracterizado por la reunión, lo más concentrada posible, de grandes masas para atacar con ellas en esta forma. Las mismas dificultades habían limitado en cierto modo la aplicación práctica de las ideas de Gneisenau, esto es, de concentrar las tropas en lugares separados. Frente al aumento de los efectivos y dados los nuevos medios de transporte y de comunicación, Moltke desarrolló ahora una nueva forma de concentración de las fuerzas, reuniéndolas recién en el campo de batalla mismo. Esta concentración exigió una ampliación fundamental de la zona de operaciones. Jomini, el teórico francés de la época napoleónica, había apreciado que la maniobra por línea interior era la mejor y la única factible. Moltke planeó la concentración en ejércitos separados, basándose en la maniobra por línea exterior. Tal forma de proceder exigía una alta capacidad e independencia de los conductores subordinados. Los mariscales de Napoleón habían sido órganos de un tirano que exigía una obediencia ciega y despreciaba todos los valores individuales o nacionales; por esto fracasaron cuando debieron actuar por propia iniciativa, como en España. En Moltke vivía aún el concepto del idealismo alemán clásico de la libertad moral del individuo, aunque pensara políticamente en forma tan conservadora. El mariscal príncipe Federico Carlos de Prusia se expresó una vez de una manera drástica respecto a esta forma de interpretación de la obediencia prusiana frente a un jefe especialmente servil, diciéndole que, si el rey lo había ascendido al grado de jefe, como tal debía saber también cuándo no había que obedecer.

Moltke llevó ahora el método de la «impartición de órdenes en forma de directivas» a su más alta perfección. Al respecto escribió más tarde: «La ventaja que un conductor cree obtener si interviene en todo continuamente, es solamente ficticia. Con esto se encarga de una actividad que deben cumplir otras personas, destruye también en medida más o menos amplia el rendimiento de ellas y aumenta sus propias tareas de tal modo que no se halla ya en condiciones de cumplirlas enteramente.» Como tenía confianza en sí mismo, la tuvo también en los demás. Al mismo tiempo enseñó que el comandante de un Ejército tenía una responsabilidad ante Dios tanto mayor cuanto más alto era el número de aquellos de cuya vida era responsable.

El empleo sistemático de los ferrocarriles en la movilización y concentración, condujo a la creación de un departamento de ferrocarriles, según la propuesta de Moltke. Cooperando con el Ministerio de Comercio, al cual estaban subordinados en aquel entonces los ferrocarriles prusianos, se empezó a elaborar itinerarios militares. Moltke tenía la convicción de que en una guerra futura, la rápida concentración mediante los ferrocarriles era la condición previa del éxito de toda operación. Los primeros ejercicios de transporte ferroviario de mayor envergadura se realizaron en 1862 en la región de Hamburgo y Lübeck, en relación con un posible conflicto con Dinamarca.

III

Precisamente en consideración a la desfavorable ubicación geográfica de Prusia, declaró Moltke que la ampliación de la red ferroviaria era más importante que la del sistema de fortificaciones fronterizas, porque el nuevo medio de transporte permitía desplazar continuamente grandes cantidades de tropas de una frontera a otra.

Tales exigencias, a las que se agregaron otras respecto a un considerable refuerzo de la artillería, pertenecían ya al capítulo de la reforma del ejército que agitaba la vida política de Prusia desde 1858. El grave conflicto entre el Parlamento, por un lado, y el ejército y el soberano por el otro, producido por este asunto, ensombrecieron los primeros años de Moltke como jefe del Estado Mayor. La reforma del ejército, la introducción del servicio regular de tres años, la formación de 39 nuevos regimientos de infantería y 10 de caballería y el aumento de las reservas, constituía un aumento de gastos que representaba el 25 por ciento de todos los ingresos del Estado. A estas exigencias se opuso la mayoría ultraliberal y progresista del Parlamento, porque siempre consideró el ejército como un instrumento de un régimen en el fondo antiparlamentario y reaccionario. El Parlamento no tenía mayor control sobre el ejército, sino el de otorgarle los medios necesarios para su mantenimiento y el ministro de Guerra no era un parlamentario, sino un general quien se

sentía responsable en primer término ante el rey; finalmente, una institución como el Gabinete Militar, estaba sustraída a toda influencia del Parlamento.

Moltke mantuvo al Estado Mayor completamente apartado de esta lucha política. Pero la reyerta por el derecho de influir sobre el ejército hirió tanto al Estado Mayor como al Departamento de Asuntos Personales, siendo éste atacado fuertemente por los progresistas. La opinión personal de Moltke sobre este asunto fué que la representación del pueblo se imponía por las ideas de la época; pero, según su modo de ver, ella nunca debía tocar el fundamento del Estado, es decir, el ejército. De tal modo se reanudó en la oficialidad la ira contra la ignominia no castigada de los días de marzo de 1848; al mismo tiempo aquélla sentía temor y esperaba que surgiera una nueva irrupción del sentimiento popular, al cual esta vez se le ajustaría la cuenta en forma sangrienta. Fué ésta la hora decisiva de Prusia, una de las últimas grandes oportunidades para transformar la monarquía de los Hohenzollern en un Estado constitucional.

Después de la muerte de Federico Guillermo IV, el príncipe regente ascendió al trono como Guillermo I. Al comienzo tuvo la sincera voluntad de cooperar con el Parlamento, siempre que éste no tocara el derecho real de influir sobre el ejército. En el ministerio, presidido por el príncipe Carlos von Hohenzollern-Sigmaringen, se encontraron partidarios del liberalismo viejo, como el ministro de Finanzas Von Patow, un amigo de Moltke, quienes no rechazaron una solución de transacción y consiguieron que el presupuesto en cuestión fuera aceptado por de pronto en forma provisoria. La esposa del príncipe heredero Federico, como hija del príncipe Alberto, esposo de la reina de Inglaterra, era una liberal convencida; esbozó en 1860 un memorándum sobre la parlamentarización de Prusia y su marido favoreció en el alma al Partido Progresista. Pero el nuevo monarca no quiso ceder en el asunto del ejército, aunque se imaginó en horas oscuras su destitución y caída, y hasta la suerte del rey Carlos I de Inglaterra, a quien su Parlamento había llevado al cadalso. Pero el ejército era el sostén de la monarquía. En el año 1858 el comandante de la 14.^a División de Infantería, con sede en Düsseldorf, el general Alberto von Roon, había presentado un memorándum sobre «la organización de la patria», en el cual exigía un servicio de tres años en el ejército regular, un aumento de los efectivos y la fusión de las clases más jóvenes de la milicia con el ejército mismo. Este hombre era llamado por sus camaradas «el tosco Roon» para diferenciarlo de otros miembros de la misma familia.

El memorándum de Roon había llamado la atención del príncipe regente. El 5 de diciembre Roon fué nombrado ministro de Guerra en lugar del general Von Bonin, con quien Manteuffel había mantenido una fuerte lucha de competencias. Era el primer triunfo de la vieja reacción prusiana en aquel tiempo. Según la opinión de Roon, el ejército era una escuela profesional aristocrática. Su objetivo era defender la monarquía federiciana contra «un simulacro de dignidad real del tipo inglés» y mantener al soberano la posición del comandante supremo dentro de «la

confusión constitucional de los conceptos». Los discursos de Roon en el Parlamento constituyeron ahora el gran ejemplo opositor a los ataques del líder del Partido Progresista, el consejero de justicia Benedicto Francisco Waldeck.

En el año 1861 se agravó la lucha. Los ultraliberales y los demócratas se reunieron en el Parlamento para formar el «Partido Progresista Alemán». En julio del mismo año un estudiante de origen ruso-alemán realizó en Baden-Baden un atentado contra el monarca prusiano. En la misma época Manteuffel retó a duelo al consejero del tribunal municipal de Berlín Twesten, diputado progresista, quien había publicado un folleto contra el Gabinete Militar y había comparado a Manteuffel con el omnipotente ayudante general del emperador austríaco, el conde Grüne, que había causado las derrotas austríacas en la campaña italiana de 1859. En ese folleto Twesten preguntaba en forma maligna si había que esperar un Solferino prusiano para echar a una «persona funesta de una posición funesta». Poco después el presidente de la Cámara superior, el príncipe Hohenlohe Ingelfingen, constituyó un nuevo gabinete formado por una mezcla de liberales y conservadores. Roon quedó en el cargo de ministro de Guerra y el Parlamento siguió negando constantemente su aprobación al presupuesto del ejército, mientras no se le concediera el derecho de control sobre el mismo.

Manteuffel, al igual que Roon, creyó que la oposición en el Parlamento podía extenderse en el pueblo y volcar sus partidarios a la calle. Roon sinceramente esperó esto y habló del depurativo «asqueroso» de una nueva revolución. Manteuffel opinó que había llegado la hora de preparar medidas militares para tal eventualidad y así se formó el plan de un golpe de Estado militar contra el Parlamento.

El general Hiller von Gaertringen fué encargado de preparar el plan de una marcha sobre Berlín, para la cual debían emplearse solamente aquellas tropas de la monarquía en las cuales se podía fiar. Es curioso que este plan de concentración con fines de política interna fuera proyectado sin participación del Estado Mayor, cosa que diez años más tarde habría sido imposible. El plan proyectaba la ocupación de Berlín por 34.500 hombres con cien cañones. Antes de la ocupación debía efectuarse un bombardeo, en el caso de que las masas del pueblo ofrecieran resistencia; la caballería debía aislar los suburbios. Los comandos de cuerpo de Stettin, Königsberg y Breslau recibieron este plan en forma de órdenes selladas, que debían abrir recién cuando se les comunicara telegráficamente una consigna convenida. Manteuffel y Roon eligieron como conductor del golpe de Estado al viejo mariscal conde Wrangel. El rey fué informado del plan, lo aceptó y firmó también las órdenes secretas. Cuando más tarde, en un momento de debilidad, el rey expresó de nuevo la idea de renunciar, el viejo mariscal Wrangel apeló a su honor de oficial. Al respecto le dijo que no estaba ya en condiciones de renunciar, porque en dichas órdenes secretas se había estipulado que cualquier oficial que hiciera negociaciones con el pueblo sería colocado ante un tribunal militar; si bien no era posible colocar al monarca como coman-

dante supremo ante tal tribunal militar, existía aún por otro lado un juicio de Dios.

La idea de un golpe de Estado desde arriba contra una desagradable situación del momento siempre volvió a aparecer desde aquel entonces en las reflexiones de la oficialidad; era legal, mientras el soberano estuviera de acuerdo. Esta circunstancia representa un factor de la historia prusiana que hasta ahora la investigación histórica pasó por alto con demasiado gusto. Mientras tanto, las opiniones y tendencias de Roon y Manteuffel, que vacilaban entre preocupaciones y esperanzas de vengar la ignominia de 1848, respondían poco a la situación efectiva. La idea de hacer desaparecer el Parlamento y reemplazarlo con un ministerio de generales tenía que aceptar la condición previa de que el Parlamento sacaría las masas a la calle. Fernando Lasalle, quien en la primavera de 1862 hizo las primeras tentativas de constituir un Partido Demócrata Social con los obreros, aconsejó a los dirigentes del Partido Progresista que emplearan el método de resistencia pasiva, negando así toda cooperación al Estado. Pero éstos no estuvieron dispuestos a ello, porque quisieron permanecer en el camino de la legalidad; quizá también porque se daban cuenta que el ejército sólo esperaba el momento en que se dejaran inducir a actos ilegales. Así culminó la lucha en la célebre moción del tesorero de la ciudad de Berlín, Adolfo Hagen, del 6 de marzo de 1862, quien exigió la exacta especificación de los diferentes cargos del presupuesto estatal, lo que abarcaba también el control sobre los gastos del ejército.

El Parlamento fué disuelto y los ministros liberales del Gobierno fueron despedidos; Manteuffel creyó entonces que había llegado la hora en que la consigna convenida debía ser comunicada telegráficamente a los comandos de cuerpo de ejército. Pero en las nuevas elecciones obtuvo otra vez la mayoría el Partido Progresista. En estos meses inquietos, Moltke presenció desde un palco de la Cámara varias veces las sesiones del Parlamento, para contemplar a los hombres, como escribió, que el pueblo esperaba ver gobernar mejor que Su Majestad el rey. Encontró «barbas muy negras» y «algunas figuras del tipo de Basserman» (*). El 23 de septiembre de 1862 el Parlamento decidió anular todos los medios financieros destinados a la reforma del ejército. Otra vez el rey pensó en renunciar. Manteuffel y Roon pensaron de nuevo en aplicar el golpe de Estado, porque sabían que el consentimiento del rey para una lucha contra el nuevo estado de cosas sólo podría obtenerse de él, como viejo soldado, cuando viese marchar las tropas. En ese momento apareció como salvador un hombre de inteligencia superior, el embajador prusiano en París, Otto von Bismarck, el único dispuesto a llevar a cabo la reforma del ejército sin el Parlamento, pero también sin emplear la fuerza. Apreciando acertadamente las debilidades del Partido Progresista, declaró que sería necesario promulgar el presupuesto sin el fundamento constitucional previsto. Bismarck fué nombrado primer ministro. Por su origen y su concepción

(*) Político alemán que publicó descripciones de los revolucionarios de Berlín (1811-1855). (N. del T.)

de la vida, era un típico representante de la vieja nobleza prusiana; pero en el fondo era, además, un gran político de gabinete de estilo viejo. El 30 de septiembre de 1862 pronunció aquel famoso discurso en el cual declaró que los problemas ardientes del día no se decidirían por resoluciones parlamentarias ni por discursos, sino «con sangre y hierro».

Bismarck empezó ahora una verdadera política de poder y Moltke encontró en él un estadista cuyos conceptos congeniaban con su estrategia.

IV

Durante los años del conflicto político interno Moltke había examinado de nuevo, como jefe del Estado Mayor, todas las posibles situaciones de guerra. Sus planes de concentración en esa época se ocuparon en primer término del adversario tradicional, es decir, Francia, pero también de Austria, que estimó en realidad como potencia conservadora, y de Rusia, Dinamarca y los Estados centrales de Alemania. Respecto a la posibilidad de una guerra con Francia, los planes de operaciones de 1857 y 1858 todavía no prescribían un avance ofensivo en cualquier caso; Moltke quería ocupar primeramente una posición en el Rin para detener allí un avance enemigo. A consecuencia de la guerra que libraba Austria contra Francia en 1859 en Italia, el conflicto con Francia parecía inminente. El ministro de Guerra, general Von Bonin, uno de los primeros que reconoció la capacidad de Moltke, exigió a éste su opinión al respecto y ordenó, además, que en el futuro el jefe del Estado Mayor debía informarle directamente y no por intermedio del Departamento General de Guerra. Moltke favoreció la idea de participar en la guerra del lado austríaco, lo que correspondía al interés alemán, según su modo de ver; apreció también posible una ayuda por parte de Rusia, aun cuando creyó que ésta llegaría tarde para participar en una decisión en el Rin. Prusia, efectivamente, movilizó, realizándose también conversaciones con los Estados Mayores de Hannover y Sajonia respecto a operaciones comunes. La paz de Villafranca, que Napoleón III concertó con Austria por el temor de una intervención prusiana, terminó prematuramente el peligro de la guerra. De todos modos permitió esta crisis que Moltke impulsara nuevamente el estudio de las posibilidades de concentración en el oeste. Para esto se basó en la suposición de que Bélgica y Holanda participarían en el conflicto, sea del lado francés, sea del lado prusiano; si sucedía lo último, quería avanzar ofensivamente a través de Bélgica hacia la cuenca del Sena para llegar a París, el centro del poder francés. Fué ésta la primera insinuación de aquellos planes que más tarde preocuparon a Schlieffen. Pero este movimiento debía efectuarse solamente en el caso de que Bélgica participara en la guerra por propia iniciativa y no «a priori». Moltke se preguntó si el éxito justificaría una operación tan arriesgada. En sus ulteriores estudios de concentración llegó finalmente a la conclusión de

que este proceder no convenía y que en una guerra entre Prusia y Francia la ocupación de Alsacia-Lorena ofrecería mejores resultados.

Por orden de Moltke el Estado Mayor estudió detalladamente la guerra de Austria contra Francia en Italia, especialmente la concentración de ambos adversarios por medio del ferrocarril. El comandante en jefe austríaco, conde Gyulai, había dado un ejemplo clásico del modo en que una campaña no debía ser conducida. El omnipotente ayudante general, general Grünne, lo había enviado a Italia, diciéndole literalmente: «Usted podrá realizar también lo que el viejo burro Rodetzky (*) supo hacer.» Bajo la cooperación personal de Moltke se escribió en esa época la obra del Estado Mayor prusiano sobre la referida campaña. Otro objeto de estudio fué la campaña de los españoles contra cabilas marroquíes, en 1860, a la cual fué enviado el coronel de Estado Mayor Von Goeben como observador.

La idea de que el futuro adversario francés buscaría y encontraría aliados, obraba como una pesadilla constante sobre Moltke, pues presentía que Francia no aceptaría la formación de «un centro de poder germano» en la Europa central. Según el modo de ver de Moltke, en esa reuerta solamente Inglaterra y Rusia podían ser los posibles aliados de Francia. La ampliación del prestigio francés en «el espacio latino» producida por los triunfos en Italia, según su criterio debía incitar a Francia a ganar también la línea del Rin. En un memorándum redactado a fines de 1859 y al comienzo de 1860 su fantasía se adelantó aún más, pues pintaba en él el cuadro de una posible alianza de los pueblos latinos (Francia) y eslavos (Rusia) contra el centro germano de Europa. Sin embargo, creía que todavía no había llegado la época de esta «lucha titánica». Moltke escribió en aquel entonces que si Prusia no podía contar en tal lucha con la ayuda de Austria, sería necesario que dejara en el oeste solamente reducidas fuerzas y tomara la ofensiva en el este, para compensar así con los triunfos obtenidos por el rápido ataque en el este la pérdida de territorio causada eventualmente por la defensiva en el oeste. La ubicación central de Prusia era otra constante pesadilla para él.

Sus preocupaciones respecto a una intervención francesa en la zona del Rin hicieron que repetidas veces advirtiera contra el peligro de una guerra con Austria. Cuando en 1861, debido a la guerra civil en Norteamérica, se presentó el peligro de una guerra entre Estados Unidos e Inglaterra, temió otra vez que, al encontrarse este último país ocupado en empresas de ultramar, Napoleón III se viera tentado a emprender nuevas aventuras en la región del Rin. Sin embargo, a partir de 1862, desde que se había llevado a cabo la reforma del ejército, tenía más confianza en el poder de Prusia. Cuando éste intervino en Hesse-Cassel el mismo año para restituir allí la situación constitucional y apareció el peligro de una coalición entre Austria, Francia y Baviera, Moltke aconsejó que se tomaran medidas enérgicas y hasta propuso bajo ciertas circunstancias una ofensiva preventiva al estilo de Federico el Grande.

(*) Célebre mariscal austríaco, vencedor en todas las campañas austríacas en Italia entre 1851 y 1858 (1766-1858). (N. del T.)

Si la guerra, como dijo Moltke, realmente era una parte del orden mundial establecido por Dios e inseparable de aquél y si, como había enseñado Clausewitz, era el último recurso de la política, todos estos planes del Estado Mayor necesitaban la mano de un estadista que frenara, dirigiera e indicara al mismo tiempo la dirección de la marcha y los límites hasta los cuales debía llegar. Este estadista existía en la persona de Bismarck, a cuyas directivas Moltke siempre obedeció, aunque sus relaciones personales con él eran siempre frías, aun reconociendo como militar la prioridad del estadista en los asuntos políticos. Pero esta constelación en la que habían simultáneamente un gran estadista y un gran estratega fué un hecho completamente aislado, pues nunca más se repitió en la Historia alemana.

V

Debido a la cuestión indecisa del destino de los ducados de Slesvig-Holstein, estalló al comienzo de 1864 la guerra pendiente desde hacía mucho tiempo entre Dinamarca, por un lado y Prusia, Austria y la Confederación Alemana, por el otro. La situación en que se encontró en ese momento el Estado Mayor prusiano fué casi igual a la del Estado Mayor de 1806. Nadie sabía emplearlo en forma adecuada. El viejo mariscal Wrangel, nombrado comandante en jefe del Ejército prusiano, en el fondo se hallaba convencido de que el Estado Mayor era una vergüenza para su mariscal prusiano. Como jefe de su Estado Mayor fué nombrado el voluntarioso general Vogel von Falckenstein. El plan de operaciones proyectado por Moltke preveía cortar de Flensburg la línea de retirada del Ejército danés, concentrado en las fortificaciones del Danewerk en Slesvig; efectuando un rodeo de su ala izquierda, pensaba estrechar las tropas adversarias contra la costa del mar para encerrarlas de este modo. Con tal proceder se habría logrado el aniquilamiento de las fuerzas terrestres danesas en Slesvig y Jutlandia, sin que la armada danesa superior pudiera ejercer alguna influencia con sus modernos buques acorazados.

Las directivas para la conducción de la campaña en aquel entonces fueron dadas por el rey, siendo transmitidas al comandante jefe del ejército por intermedio del ministro de Guerra. Al jefe del Estado Mayor solamente se le pidió que hiciera al ministro de Guerra proposiciones para la conducción de la campaña. El Ministerio de Guerra ni lo informó siquiera oficialmente sobre el desarrollo de las operaciones. Todavía no había reconocido Roon que podría cooperar con un hombre como Moltke en forma mucho mejor que con Manteuffel. Al principio Moltke había quedado en Berlín recibiendo sus informaciones por cartas y relatos privados que le envió el jefe del Estado Mayor del príncipe Federico Carlos, el general Von Blumenthal. Recién en el mes de febrero tuvo la oportunidad de visitar el cuartel general del mariscal Wrangel, donde

aconsejó que se ocupara lo más pronto posible toda la tierra firme de Jutlandia.

Mientras tanto, el Ejército danés se substraía al aniquilamiento proyectado por Moltke mediante una retirada oportuna a la fuerte posición del río Düppel, donde disponía de la posibilidad de retirarse a las islas danesas con la ayuda de la flota. En las discusiones sobre la conveniencia de arriesgar el ataque a esta posición fortificada, Roon preguntó al rey si había que llamar a Moltke para que participara en las mismas. Cuando el rey se trasladó al ejército en campaña, Moltke quedó por de pronto en Berlín. Sólo después de ser destituido el general Von Falckenstein del cargo de jefe del Estado Mayor de Wrangel, Moltke fué encargado de esta tarea en forma provisoria. El asalto a los reductos de Düppel fué la primera de las grandes victorias de Prusia en la época de su ascenso al poder. Mientras se convenía un armisticio, debido a las tentativas de mediación de Inglaterra y Suecia, Wrangel fué reemplazado como comandante en jefe por el príncipe Federico Carlos, quien pidió a Moltke como jefe de su Estado Mayor. Al ser reanudadas las hostilidades, el pasaje del Ejército prusiano a la isla de Alsén y la ocupación de toda Jutlandia fueron obra de Moltke. Con esto fué vencida la resistencia del Ejército danés y en el otoño se hizo la paz.

Estos éxitos destacaron por primera vez la personalidad del jefe del Estado Mayor ante el público y llamaron la atención del rey. Con toda tranquilidad Moltke había esperado la hora en que su trabajo fuera coronado por el éxito. Sin embargo, él mismo creyó en esos momentos que por razones de edad su carrera militar había terminado y que debía retirarse. Pero el rey y no menos Roon, habían reconocido ahora su capacidad. Roon derribó ahora a Manteuffel, que era demasiado autócrata y consiguió el nombramiento del mayor general Hermann von Treskow como director del Departamento de Asuntos Personales. Treskow era un hombre tranquilo, que pensaba en forma sobria y cuyos rasgos de carácter mostraban cierta afinidad con Moltke. Estimaba mucho a éste y logró del rey que fuera llamado a todas las sesiones del consejo de ministros en las cuales se trataban asuntos relacionados con las actividades del Estado Mayor.

Durante los años 1864 y 1865 la tensión política fué permanente; acercábase la decisión sobre la primacía de los Hohenzollern o de los Habsburgo en el futuro de Alemania. Esta cuestión fué agravada por las diferencias de opinión sobre el destino definitivo de los ducados de Slesvig-Holstein, ocupados en común por ambas potencias. En el invierno de 1865 a 1866 Moltke se ocupó del conflicto inminente, redactando un memorándum sobre la situación militar. Acertadamente calculó que Rusia y Francia guardarían inicialmente una actividad neutral y que Sajonia y los Estados del sur de Alemania aparecían como aliados naturales de Austria. Por otro lado indicó a Italia como el aliado probable de Prusia, quedando en duda la conducta de Hannover y de Hesse. Creyó en una ofensiva austríaca a través de Sajonia hacia Berlín y pensó detenerla con su avance concéntrico en Bohemia desde Sajonia y Silesia.

A pesar de la protección que Treskow le prestaba, la posición de Moltke como consejero ante el rey y el ministro de Guerra era aún muy incierta, debido también a la costumbre del rey de pedir consejo en cuestiones militares al segundo ayudante general, el general Gustavo von Alvensleben. Pero el plan de concentración que Moltke proyectó para la guerra contra Austria, en el sentido de su frase tantas veces repetida «marchar separado y combatir reunido» mostró del mejor modo la nueva técnica de conducción del Estado Mayor. En contra de todas las objeciones de los teóricos conservadores, como el general Von Alvensleben y el coronel de Estado Mayor Döring, este plan preveía el avance concéntrico de cuatro grupos de ejércitos separados contra la fuerza principal austríaca en Bohemia. Prusia poseía en aquel entonces el mejor sistema de movilización y de ferrocarriles, pues Moltke disponía para esta concentración de cinco líneas ferroviarias y Austria sólo de una. Moltke extendió el arco de la concentración a una distancia de casi 300 kilómetros, desde la provincia de Sajonia hasta la baja Silesia y exigió que los ejércitos ubicados sobre ese arco se reunieran recién frente al adversario, es decir, sobre el campo de batalla mismo. Seis séptimos de todas las fuerzas prusianas debían emplearse en esta operación, sin tener en consideración la suerte de algunas provincias no protegidas al principio como Renania y Silesia. En el centro de Alemania un ejército débil, mandado por el general Vogel von Falckenstein, debía proveer la protección contra Hannover, al saberse que su alianza con Austria era segura. Posteriormente este ejército debía operar en dirección a la línea del río Mein contra los Estados meridionales alemanes asociados a Austria.

Este plan de operaciones, preparado exclusivamente según puntos de vista militares, encontró múltiple oposición, la cual consiguió que fuera modificado. El príncipe heredero logró que fuera asegurada la Silesia a pesar de todas las protestas de Moltke, quien sostuvo que esta provincia sería defendida y salvada en Bohemia. De este modo el número de los ejércitos atacantes fué disminuído a tres. Pero cuando Bismarck, ayudado por Roon, ordenó que el 8.º Cuerpo de Ejército, cuyo comando tenía su sede en Coblenza, debía quedar en esta región para proteger la provincia del Rin, Moltke logró del rey que esta intervención de la política en la estrategia fuera anulada. Aconsejado por Treskow, el rey determinó también en forma oficial la posición de Moltke. El 2 de junio de 1866 fué expedida una orden de gabinete, según la cual el jefe del Estado Mayor quedaba autorizado a impartir órdenes por propia cuenta, informando de ello al ministro de Guerra. Hasta ahora el Estado Mayor solamente había proyectado las operaciones, sin tener la facultad de ponerlas en ejecución. Ahora daba un paso decisivo en el camino de su emancipación.

VI

El carácter particular de los comandantes nombrados para el mando de los diferentes ejércitos no prometía muchas perspectivas de éxito al nuevo plan de concentración. Dos príncipes, el príncipe Federico y el príncipe Federico Carlos, ambos dotados de una destacada conciencia de su capacidad, debían conducir el 1.º y el 2.º, respectivamente, de los tres ejércitos que debían penetrar en Bohemia; el comandante del 3.º Ejército, el general Von Steinmetz, era conocido por su espíritu voluntarioso, al igual que el general Vogel von Falckenstein, comandante del Ejército del Mein. Pero Moltke confiaba serenamente en el método de conducción por directivas, que dejaba cierta libertad a un individuo superior y por otro lado presuponia la existencia de una personalidad fuerte y consciente de su capacidad para conducir las operaciones. Dado que, según su opinión, la ayuda militar de Italia era una condición previa para el éxito de la operación en conjunto, su plan preveía para el Estado Mayor italiano varias medidas importantes: la marcha desde la Italia superior sobre Viena, un desembarco en la costa de Dalmacia y el apoyo de los emigrantes húngaros para desencadenar una nueva revolución contra los Habsburgo en Hungría, aquella revolución que él mismo había temido tanto anteriormente. En realidad habría sido suficiente aferrar un fuerte ejército austríaco en la Italia superior. Inicialmente Moltke mismo quiso ir a Florencia para negociar con los generales italianos, pero el viaje no fué necesario porque al comienzo del año 1866 el general italiano Govone llegó a Berlín para realizar los convenios militares correspondientes.

Sin querer, el comando en jefe austríaco favoreció los planes de Moltke. El mariscal archiduque Alberto, el conductor de ejército más capaz, fué nombrado comandante en jefe en Italia, porque la dinastía no quiso exponerse al peligro de que uno de sus miembros fuera batido por los generales prusianos. En Bohemia, el emperador Francisco José nombró como comandante en jefe al general Benedeck, por más que éste le suplicara que lo empleara allí donde estaba en condiciones de conducir con éxito, pues conocía minuciosamente el terreno italiano pero no el de Bohemia. El emperador lo reprendió, diciéndole que se trataba del honor de la dinastía imperial, aun cuando después de la guerra se le dijo, con la aprobación del monarca, que era una lástima que la ley no hubiese previsto un castigo para la falta de capacidad mental de los comandantes superiores. El jefe del Estado Mayor de Benedeck, el general Krismanic, era un estratega de posición, del tipo del tiempo pasado; había estudiado detenidamente las campañas de Federico *el Grande* en Bohemia y opinaba que todo era cuestión de ocupar una posición adecuada, en la cual debía esperarse el ataque. En esa época Austria mantenía aún en realidad el «Estado Mayor del cuartel maestro general», al estilo de épocas pasadas.

El 12 de mayo de 1866 Prusia movilizó. Si bien algunos comandantes subalternos no cumplieron sus misiones, la concentración en conjunto se realizó según el plan proyectado por Moltke. Solamente el general Vogel von Falckenstein se permitió realizar algunas medidas arbitrarias que salían del marco de conjunto ordenado. Tomando la localidad de Gitschin como punto de reunión, las columnas del Ejército prusiano penetraron desde tres direcciones en Bohemia. La infantería austríaca, con sus guerreras blancas y armada aún con fusiles de avancarga, atacó a la bayoneta en formaciones cerradas, como en los tiempos antiguos. En los combates iniciales de Soor, Skalitz, Mühchengrätz, Trautenau y Schweinschädel triunfó en todas partes, con una sola excepción, el fuego mortífero de los nuevos fusiles de aguja prusianos. Benedeck ocupó una posición defensiva cerca de Königgrätz, entre Josephstadt y Königshof, ubicada en la orilla occidental del río Elba. El 3 de julio de 1866 se realizó aquí, sobre el campo de batalla mismo, la reunión de los tres ejércitos prusianos, dando lugar así a la mayor batalla envolvente conocida hasta entonces en la historia.

Hasta el momento de tronar los cañones frente a Königgrätz, Moltke era todavía un desconocido para la mayoría de los generales. El comandante de la 6.ª División de Infantería, el general Von Manstein, cuando recibió ese día una orden de Moltke, dijo: «Todo esto está muy bien, pero ¿quién es el general Moltke?» El momento más crítico de la batalla se produjo en las últimas horas de la mañana, cuando se retardó indebidamente la llegada del ejército del príncipe heredero, debido al mal estado de los caminos, empapados por la lluvia. Moltke se encontraba a caballo, junto al rey y a Bismarck, frente a la localidad de Sadowa, sobre el monte Rokos. El Ejército prusiano que luchaba cerca de Bistritz estaba en una situación crítica; uno de los comandantes de cuerpo mandaba continuamente pedidos de socorro. Moltke impidió que se prestara temprano esa ayuda en un lugar erróneo y esperó pacientemente que se cumpliera su plan. En ese momento Bismarck le ofreció su cigarrera. Con la mayor calma eligió el mejor cigarro, lo encendió tranquilamente y dijo después al rey: «Vuestra Majestad ganará hoy no solamente la batalla, sino también la campaña.»

Efectivamente, la suerte del día fué decidida por el ataque del príncipe heredero contra el centro austríaco, instalado con sus largas líneas de cañones sobre las alturas de Chlum. Al recibirse la noticia de la derrota austríaca en Roma, el secretario de Estado papal, cardenal Antonelli, exclamó: «El mundo se hunde.»

Moltke declaró que Prusia estaba en condiciones de conducir también una guerra en tres frentes. Muchos oficiales soñaron con la entrada en Viena. Pero Bismarck fué más perspicaz. Pensaba ya en el conflicto con Francia, en su opinión, inevitable, pues sabía que este país nunca se conformaría con una primacía prusiana en Alemania. El Estado Mayor lanzó los más graves reproches contra Bismarck y lo acusó de indiscreto, porque comunicaba en las cartas a su esposa secretos militares, que ésta a su vez contaba en el salón a los diplomáticos extranjeros. Este primer

conflicto entre el nuevo poder del Estado Mayor, situado fuera de la esfera constitucional y la conducción política basada en la Constitución, destacaba ya los graves peligros que podían surgir en el futuro, si la citada institución militar, que trabajaba con tanta precisión, obedecía exclusivamente a su propia ley. En aquel tiempo la conducción política todavía era superior y el jefe del Estado Mayor reconocía también esta superioridad. En la dura y amarga lucha contra el rey y el Estado Mayor, triunfó finalmente Bismarck y la paz de Nikolsburgo que hizo con Austria fué una paz de la razón, sin anexiones. Prusia dejó a la monarquía de los Habsburgo el espacio vital necesario y se indemnizó con la anexión de varios Estados alemanes. Hannover, Francfort, Hesse-Cassel y Nassau, que fueron incorporados a ella.

Los Estados del norte y centro de Alemania se unieron ahora bajo la dirección de Prusia en la «Confederación Alemana del Norte». Stein había aspirado a que la unión de Alemania se efectuara sobre la base de una reforma interna común de todos esos Estados, para lo cual la reforma de Prusia debía ser el ejemplo. Bismarck subordinó ahora las bases de la unión a las aspiraciones de poder de Prusia. Cabe hacer resaltar que la Confederación Alemana del norte no tenía un ministro de guerra federal, pero sí un Parlamento elegido sobre la base de un derecho electoral común para todos. Esto fué un golpe contra el Partido Progresista, expresión política de la burguesía; Bismarck esperaba que los votos de las grandes masas, que vivían en el este aún en un estado de vasallaje espiritual, pudieran ser movilizadas en favor del Partido Conservador. En cuanto al ejército, la espina dorsal del Estado, debía quedar bajo el dominio de Prusia. En el futuro el ministro de Guerra prusiano tenía que representar ante el Parlamento no solamente el propio ejército, sino también las exigencias de los demás Estados federales, unidos con el Ejército prusiano por convenios militares. En el sentido constitucional y jurídico era ésta una medida muy rara. Por otra parte el jefe del Estado Mayor prusiano se incorporó al Parlamento de la Alemania del Norte como diputado conservador por el distrito de Memel-Heydekrug, lo cual fué también una innovación hasta entonces inusitada.

La batalla de Königgrätz había hecho conocer el nombre de Moltke en toda Europa. Los estados mayores de los Estados del sur de Alemania, como Baden y Württemberg, buscaron ahora contacto con Prusia. Súbitamente el Estado Mayor prusiano se había convertido en un nuevo factor de la política internacional.

La victoria trajo consigo también el aspecto de los honores. Los reyes prusianos nunca fueron mezquinos en cuanto a donaciones de dinero o tierras cuando se trató de recompensar los éxitos de la guerra. Moltke recibió una abundante donación financiera que le permitió comprar la propiedad de Kreiseau en Silesia. Con ello se cumplió uno de sus más viejos deseos. Según su modo de ver, la nobleza sólo tenía razón de ser cuando se hallaba vinculada firmemente a la propiedad de tierras.

VII

Durante los años 1866 a 1870 el horizonte político estuvo cargado de nuevas tensiones. Todos se preguntaban cómo procedería Francia ante el hecho de haberse constituido un nuevo centro de poder en la Europa central. Bismarck estaba convencido de que la decisión en esta cuestión sería inevitablemente por las armas; pero, dado su modo de calcular prudente, no quiso provocarla prematuramente, sino esperar una ocasión oportuna. Mientras tanto, Francia trataba de acercarse a Austria. El «desquite de Sadowa» fué durante algún tiempo un tema favorito de la opinión pública francesa, que denominaba en esa forma a la batalla de Königgrätz. El archiduque Alberto, que se trasladó a París para efectuar negociaciones secretas con el ministro de Guerra y los generales franceses, convino un plan según el cual los ejércitos de Francia debían avanzar a lo largo del río Mein aguas arriba hacia la Alemania central, donde debían unirse con el Ejército austriaco en la histórica llanura de Leipzig para librar allí la batalla decisiva. El Ejército francés disponía en aquel entonces del primer fusil de repetición que apareció en la historia, de los primeros cañones de tiro rápido y de las «mitralleuses», antecesoras de las ametralladoras actuales.

Ya en 1867 Moltke quiso iniciar el ataque contra Francia cuando Napoleón III quería incorporar el Luxemburgo a ese país. Pero Bismarck no quería aceptar la idea de una guerra preventiva y Moltke debió escuchar de él que una guerra sólo era justificada cuando se hallaban en peligro los intereses más vitales de la nación. En el fondo, Bismarck buscaba una situación que colocara a Francia en una posición injusta frente a todo el mundo y que por la presión de la opinión pública obligara a los Estados opositores del sur de Alemania, como el Wurtemberg democrático y la Baviera católica, a ligarse con Prusia. Esta singular oportunidad se le presentó cuando la política francesa protestó con extraordinaria vehemencia contra la candidatura de la casa de Hohenzollern-Sigmaringen, una rama secundaria y católica de los Hohenzollern radicada en el sur de Alemania, al trono español. El emperador francés, ya gravemente enfermo en aquel entonces, de ningún modo tenía tendencias belicistas; pero Bismarck aprovechó hábilmente la imprudente exigencia francesa de que el rey de Prusia, como jefe de la casa Hohenzollern, declarara de una vez para siempre que los miembros de su dinastía nunca tendrían pretensiones al trono español. En presencia de Moltke y de Roon, Bismarck dió al célebre telegrama de Ems, que informaba de la exigencia francesa, aquella forma que la hizo aparecer al pueblo alemán como un desafío insoportable.

Bismarck había creado una situación en la que Francia no podía ya retroceder y la había creado con su gran habilidad política y diplomática en tal forma que el adversario mismo aparecía ante todo el mundo

con un proceder injusto, dado que el rey prusiano se había distanciado ya desde tiempo antes de los intereses españoles y hasta el mismo candidato al trono había renunciado también a la corona española.

En la noche del 15 al 16 de julio de 1870 Prusia movilizó por tercera vez en la misma década. Moltke había efectuado bien todos los preparativos y el Estado Mayor, ahora autorizado a impartir órdenes, trabajó con la precisión de un reloj. Muy contento, opinó Moltke que nunca había tenido menos trabajo que esa noche. La guerra que ahora se iniciaba significaba el punto culminante del sistema de Estado Mayor prusiano. El Estado Mayor entró en la campaña con tres divisiones internas movilizadas. Fuera del jefe mismo, con sus dos ayudantes y los tres tenientes coroneles, que eran jefes de división, había en total nueve oficiales de Estado Mayor, tres mayores y seis capitanes; además un teniente primero. En consideración a la importancia y gran responsabilidad que incumbía a esta institución, era esto un número extraordinariamente reducido.

Los planes de Moltke se basaron en el estado atrasado del sistema ferroviario francés y en la elevada edad de los soldados franceses, dado que el núcleo del Ejército francés se hallaba compuesto por soldados profesionales con largos años de servicio. Si bien ese ejército estaba armado con las más modernas armas de tiro rápido, su conducción carecía de la enseñanza espiritual suficiente. El plan de concentración francés, descrito a grandes rasgos, se basó en la idea de tomar la ofensiva con dos ejércitos en dirección a la Selva Negra para separar así los Estados alemanes del norte de los del sur. Según el criterio de Moltke, se presentaría a Prusia el caso más desfavorable si los franceses cruzaban el Rin antes del 25 de julio, porque de ese modo perturbarían la concentración prusiana. Si los franceses esperaban con su ofensiva hasta el 1 de agosto, Moltke estimaba posible buscar la decisión en la región al oeste del Rin; si no avanzaban hasta el 4 de agosto, quería buscar la decisión en territorio francés.

El plan de Moltke preveía inicialmente concentrar tres ejércitos en forma separada y llevarlos a través del Palatinado, en el estrecho espacio entre las ciudades de Maguncia, Tréveris y Speyer, para obligar al adversario a librar una batalla decisiva sobre el río Sarre, en la cual debía sufrir un doble envolvimiento. Aunque la concentración francesa se realizó con la deseada lentitud, el plan fracasó por el apresuramiento arbitrario de uno de los comandantes de ejército, el general Von Steinmetz. Debido a esto Moltke se vió en la necesidad de modificar sus intenciones. Los ejércitos prusianos debían efectuar ahora desde la línea formada por Wittich y Landau una conversión a la derecha y cruzar el río Mosa con el objeto de echar a los ejércitos franceses contra la frontera de la Bélgica neutral y cortarlos de ese modo de París. También este plan solamente pudo ser llevado a cabo en parte, debido a la culpa de algunos comandantes de ejército, como Steinmetz y el príncipe Federico Carlos y por la intervención inoportuna del rey y del ministro de Guerra, Von Roon. Las grandes batallas libradas en el mes de agosto

en Metz-Colombey-Nouilly, Vionville y Mars-la-Tour, Gravelotte y St. Privat, produjeron resultados parciales no previstos. Uno de los dos ejércitos franceses mandados por el mariscal Bazaine fué encerrado en la fortaleza de Metz, donde capituló después de un asedio prolongado; el otro, bajo el mando del mariscal Mac Mahon, acompañado por el mismo emperador francés, fué encerrado en campo abierto cerca de Sedán y obligado a rendirse, siendo éste el mayor triunfo de la Escuela del Estado Mayor prusiano. Dos hombres, en aquel entonces todavía desconocidos, que más tarde bajo otras condiciones debían conducir el Ejército alemán, presenciaron este espectáculo imponente: Mackensen, en aquel entonces sargento primero en el 2.º Regimiento de Húsares y Hindenburg, ayudante de un batallón del 3.º Regimiento de Infantería de la Guardia.

En aquel entonces el príncipe heredero tuvo una conversación con Moltke sobre el ulterior desarrollo de la guerra, que demuestra típicamente la forma de pensar del Estado Mayor. El príncipe heredero preguntó qué se haría en caso de tomar a París y Moltke contestó: «Entonces se avanzaría hacia el sur de Francia para quebrar definitivamente la fuerza del adversario.» El príncipe heredero: «¿Pero, que se hará si se agotan las propias fuerzas y no se consiguen éxitos continuamente?» Moltke: «Debemos vencer siempre. Francia debe ser derrotada completamente.» El príncipe heredero: «¿Y qué se hará entonces?» Moltke: «Esto no ocurrirá y en caso de que sea así, habremos obtenido la paz por la lucha.» El príncipe preguntó si Moltke conocía la actual situación política y si sabía si tal modo de proceder era aconsejable. Moltke contestó: «No, pues tengo que ocuparme solamente de los asuntos militares.»

El sitio de una ciudad como París, ocupada por millones de habitantes, que con su cinturón de fortines no era una fortaleza al estilo viejo, sino que se asemejaba a una zona fortificada y, la guerra popular, realizada por milicias nacionales movilizadas y francotiradores, conmovieron profundamente los conceptos de Moltke sobre la guerra. Según su opinión, la guerra debía ser una reyerta entre los ejércitos regulares. Escribió en aquel entonces a su hermano Adolfo, que la guerra, ya desde antes, bastante terrible, ahora estaba adquiriendo un carácter cada vez más odioso. «No hay que conducir los pueblos uno contra el otro; esto no es un progreso, sino un retroceso a la barbarie.» Fué esto el primer presentimiento de una guerra que no obedecía ya a la mano de su conductor. Este viejo hombre de setenta años, para quien la Biblia era la lectura predilecta y quien, coincidiendo con el apóstol Pablo, decía que el amor era el poder humano más puro y más poderoso, se veía de ese modo ya frente a las Gorgonas de una forma completamente nueva de la guerra, a la cual había abierto el camino sin saberlo. Una generación más tarde, un hombre como Ludendorff definió que esta forma de la guerra era la única y verdadera, opinando que la campaña de 1870 con sus batallas clásicas de Gravelotte hasta Sedán no había sido todavía «una verdadera guerra.»

Ahora se desarrollaron violentas discusiones con Bismarck sobre el modo de enfrentar a la nueva guerra popular, quien de todos modos

observaba con desconfianza a los semidioses del Estado Mayor, mientras éstos, al igual que en 1866, lo acusaban de cometer indiscreciones en sus cartas privadas. Dado que la guerra se prolongaba, Bismarck quería terminarla lo más pronto posible, preocupado por una intervención inglesa o austriaca. La condición previa para esto era la conquista de París; pero solamente mediante un bombardeo sin consideración parecía posible quebrar la resistencia de la zona fortificada. Moltke hizo objeciones, pues no disponía de la cantidad necesaria de piezas pesadas y munición, todo lo cual debía ser traído de Alemania. La esposa de Moltke, que había muerto en 1868, había sido inglesa, al igual que la esposa del príncipe heredero que, por razones morales, se oponía a un bombardeo de la ciudad mundial. Con su manera habitual de buscar motivos personales allí donde se trataba de objeciones provenientes de la realidad. Bismarck acusó ahora a Moltke de encontrarse bajo la influencia inglesa. Moltke se defendió y declaró que para él existían solamente consideraciones militares. Esta lucha se agravó tanto que Moltke decidió colocar al rey frente a la alternativa de elegir entre una colaboración de él o de Bismarck. En un memorándum reunió todos sus motivos; pero fué característico, tanto en él mismo como para la escuela que dejó, que nunca entregara este memorándum sino que lo depositara en el archivo, como si ahora hubiese liberado su alma de toda ira.

El 18 de enero de 1871 el rey Guillermo fué proclamado emperador alemán en la Sala de Espejos del castillo de Versalles; el 27 de enero capituló París, después de un bombardeo de varias semanas y después de haber fracasado todas las tentativas de los ejércitos populares de Gambetta de liberarla del sitio. El 1 de marzo entraron las tropas prusianas con su retumbante paso acompasado por las relucientes avenidas de la ciudad del Sena, por tercera vez en este siglo. Seis meses más tarde fueron obligados a rendirse cuatro ejércitos franceses como también veinte fortalezas.

En esta campaña participaron tropas prusianas y alemanas con un efectivo aproximado de un millón de hombres. Francia había recibido una impresión inextinguible del poder y fuerza innata de los germanos, que debía perdurar hasta los días de la Segunda Guerra Mundial.

Las condiciones de paz establecidas por Moltke respondieron al sentimiento del vencedor. Exigió la reunión de los viejos territorios alemanes de Alsacia y Lorena con el nuevo Reich y la constitución de una zona de seguridad estratégica a vanguardia en el oeste, que debía abarcar la Lorena occidental y una parte de Borgoña, con los importantes puntos de Nancy, Luneville, Briey, Belfort y Montbéliard, puntos que más tarde debían transformarse en parte en pilares fundamentales del sistema de fortificación de la frontera oriental de Francia. Moltke hasta pensó en mantener y asegurar la victoria obtenida mediante una nueva guerra franco-alemana, en la cual desde un principio Francia debía encontrarse en situación desfavorable. Pero Bismarck opinó que el Reich estaba satisfecho y deseaba una paz de reconciliación. Aceptó también que la Alsacia-Lorena fuera devuelta al Reich, pero no quiso saber nada de una zona de seguridad estratégica a vanguardia. Moltke solamente consiguió que la gran fortaleza de Metz fuera agregada al territorio alemán.

VIII

El Reich poseía ahora el mejor Ejército y el Estado Mayor más eficaz del mundo. Disponía además de uno de los mejores estadistas de aquel tiempo para la dirección de su política exterior. Lo que le faltaba era un sano y progresivo desarrollo de sus formas jurídicas y constitucionales. La esposa del príncipe heredero escribió a su madre, la vieja reina Victoria de Inglaterra, que Bismarck era un gran hombre, un genio poderoso y que hizo todo lo que era posible, «pero hay que ser justo y honrado; así como no es posible cosechar uvas del espinillo o higos del cardo, tampoco debe esperarse de él lo que actualmente es el hambre y la sed de la Alemania moderna, es decir, la paz entre las clases sociales, razas, religiones y partidos, buenas y amistosas relaciones con los vecinos y libertad y respeto ante el derecho». Su padre, el príncipe Alberto, una vez había soñado con la formación de un libre imperio alemán, que, aliado con Holanda, Bélgica e Inglaterra, debía constituir un contrapeso en la Europa central a los pueblos latinos y eslavos.

En esta situación espiritual el Estado Mayor, glorificado por la aureola de las victorias de 1866 y 1870, obtuvo un poder casi místico, reforzado aún más por la reserva que Moltke guardaba frente a todas las cuestiones de la actualidad. En Berlín se construyó ahora detrás de la puerta de Brandenburgo, frente al Parlamento y al borde del gran parque llamado «Tiergarten», el nuevo edificio de ladrillos rojos, en el cual se encontrarían en el futuro las oficinas del Estado Mayor. El personal de éste aumentó continuamente. En 1857, cuando Moltke se encargó de su jefatura, había 64 oficiales en el mismo. En 1871 eran 135 y en 1888, cuando Moltke se retiró, el número había ascendido a 239, de los cuales pertenecían 197 al Ejército prusiano, 25 al de Baviera, 10 al de Sajonia y 7 al de Wurtemberg. Cabe destacar también el aumento continuo de la clase burguesa en esta rama de la conducción militar. Ya en 1872, la tercera parte de todos los oficiales de Estado Mayor era de origen burgués, encontrándose entre ellos hasta un judío.

La Academia de Guerra, el instituto de educación superior de los oficiales de Estado Mayor. Con entera conciencia se excluyó la posibilidad, lo que significó una ampliación importante en el alcance futuro de su influencia. La instrucción en la Academia de Guerra, el examen final de la misma, un destino de dos años en el Estado Mayor, que terminaba otra vez con un examen, eran los medios para elegir a los nuevos oficiales, fué subordinado ahora al Estado Mayor para los asuntos de la ciencia de que se presentarían los oficiales por propia iniciativa para este servicio; solamente decidía esto el juicio de los superiores. La División Histórica del Estado Mayor se encargó de la tarea de examinar y valorizar las experiencias adquiridas en la campaña de 1870 y 1871, un asunto en que Moltke cooperó personalmente con el mayor interés. Pasajera-

mente se agregó a esta división una sección especial para estudiar las rutas y fortificaciones que los viejos romanos habían construido en territorio alemán. En 1875 todas las secciones trigonométricas y topográficas fueron reunidas en una división especial bajo «el jefe del levantamiento del país, pues desde hacía mucho tiempo este trabajo del Estado Mayor era de gran importancia para la confección de los mapas alemanes. Fueron aumentadas las jefaturas de las líneas ferroviarias que, dentro del marco de la División Ferrocarriles, preparaban los itinerarios militares para el caso de movilización y la misma División Ferrocarriles fué agregada a la segunda División (alemana) del Estado Mayor, que preparaba todos los proyectos de concentración y de operaciones. Para los asuntos personales fué constituida la División Central, subordinada inmediatamente al jefe del Estado Mayor.

La instrucción del Estado Mayor culminaba en un gran viaje anual, que Moltke dirigía personalmente. En 1871 publicó éste un ensayo sobre la estrategia que, en cierto sentido, representó su testamento. El secreto de su doctrina consistía, en el fondo, en el hecho de que no había tal secreto. Al respecto escribió que en la guerra todo es inseguro, con excepción del caudal de voluntad y de energía que posee el conductor. De la estrategia dijo que no era más que un sistema de arbitrios, cuya esencia consistía en hacer lo más oportuno en el caso concreto y cuyos detalles nunca podían determinarse con anticipación.

Moltke dedicó un interés particular a la investigación de la historia de guerra como medio de enseñanza. Exigió de ella la más severa aspiración a la verdad, diciendo que la justa representación histórica contenía al mismo tiempo la crítica más perspicaz. Pero opinó también que era un deber de piedad y de amor a la patria no destruir la fe en ciertos relatos históricos ni rebajar el prestigio de algunos hombres, cuando se atribuirían a éstos las victorias del Ejército. Este concepto de la historiografía, como medio de la instrucción cívica patriótica, fué sin duda un serio error, pues tiene poco que ver con la verdadera investigación histórica. Otra orientación errónea, que reconocen muy pocos a primera vista, residió en la forma de trabajo ideal preconizada por Moltke, que éste caracterizó con las palabras tantas veces citadas: «Ser más que parecer». Esta alta exigencia moral correspondía al severo concepto de exigir a cada uno de los oficiales de Estado Mayor su máximo empeño. Pero esta forma ideal de cumplir sus deberes en el marco de la propia profesión, silenciosamente y sin dejarse influir por otros problemas contemporáneos, bajo los sucesores de Moltke — especialmente bajo Schlieffen, quien lo expresó con estas palabras «hacer mucho y destacarse personalmente poco» — en una época en que la ciencia generalmente se dividía en ramas especiales, forzosamente debía producir un tipo de especialista militar que se sentía inseguro y desamparado fuera del propio medio ambiente, a pesar de todos los conceptos morales justos que pudiera poseer (*).

(*) El autor no condena el aspecto moral de esta orientación (modestia del oficial de Estado Mayor) sino la confusión de la misma con el encierro en el gabinete y el rechazo de todo otro problema que no fuera estrictamente militar. (N. del T.)

Oficiales de los ejércitos de Rumania, Turquía y Grecia estudiaban ahora en Berlín la ciencia del Estado Mayor. El general Miribel nombrado en 1871 jefe de Estado Mayor francés, lo organizó según el ejemplo prusiano como «Etat-Major Général de l'Armée» con cuatro «bureaux»: el primero para la organización y movilización, el segundo para los ejércitos extranjeros, el tercero para las operaciones y la zona de retaguardia y el último para los ferrocarriles y asuntos de transportes. El segundo departamento «deuxième bureau», que se ocupó ante todo del estudio del Ejército alemán, consiguió pronto una fama legendaria similar a la de la División Operaciones del Estado Mayor prusiano. En 1882 una misión militar alemana, dirigida por el general de Estado Mayor Von Kaehler, acompañado por tres expertos de infantería, caballería y artillería, fué enviado a Turquía. Al año siguiente el sultán Abdul Hamid II llamó a Colmar von der Goltz a Constantinopla, como inspector de las escuelas militares de Turquía, donde pronto fué nombrado jefe de la comisión de la reorganización militar, esforzándose en educar a los oficiales del Estado Mayor turco y en movilizar las fuerzas del pueblo en favor del Ejército. También Italia constituyó un Estado Mayor según el modelo prusiano y lo mismo hizo el Japón, que contrató en 1884 al general Meckel como instructor de su Ejército. En los años posteriores a 1890, el teniente coronel Von Falkenhayn se dirigió a China como consejero militar y el capitán Köner a Chile, donde finalmente ascendió a general y fué jefe de Estado Mayor chileno. Más tarde, el hijo de Colmar von der Goltz, también oficial de Estado Mayor, fué pasajeramente profesor en la Escuela Superior de Guerra en Buenos Aires. De todas estas actividades de enseñanza militar, solamente la actividad de Von der Goltz en Turquía tuvo una cierta importancia política, por cuanto fijó el camino a seguir por la política alemana en el Cercano Oriente.

En aquel tiempo Rusia introdujo el servicio militar obligatorio. Uno de los más destacados teóricos militares de Rusia, el general Dragomirow, había acompañado como delegado militar del zar el Ejército prusiano en la campaña de 1866. El «Estado Principal» ruso fué reorganizado según el ejemplo prusiano, agregándose a él también una División Ferrocarriles. En Rusia, las corrientes nacionalistas y paneslavas ganaban siempre más terreno. Dentro de ellas existían peligrosas tensiones sociales, influidas también por ideas nacionalistas. La vieja clase dirigente, en lo esencial de origen alemán-báltico, con su concepto de lealtad dinástica, siempre había sido un elemento ajeno e incomprensible para las obtusas masas de los campesinos rusos. El viejo y malévolos proverbio ruso, que afirmaba que el alemán había inventado el mono, era muy significativo respecto al modo de pensar ruso. De este modo fué debilitada cada vez más la tradicional amistad dinástica entre las casas de Romanow y Hohenzollern.

El complicado sistema de convenios y alianzas mutuas que Bismarck había construido en la política exterior, sirvió para asegurar lo conseguido. Bismarck poseía un instinto infalible en esta rama, reconociendo los límites de lo posible. La alianza bilateral con Austria, que trató de com-

plementar por convenios con Italia y Rumania, debía asegurar al Reich tanto contra un ataque ruso como contra el ataque de otra potencia que ayudara a Rusia, es decir, Francia. De tal modo este país debía ser contenido en caso de querer efectuar un ataque contra el Reich y, por otro lado, debía ser estorbado un ataque ruso contra Austria, cuyos pueblos eslavos aspiraban a la liberación. Este juego de equilibrio fué coronado en 1887 por el llamado convenio de reaseguro con Rusia, en el cual ambas partes se comprometieron a mantener una neutralidad benévola en caso de ataque por parte de una tercera potencia.

La tarea del Estado Mayor consistía, sin embargo, en prepararse para el caso de que todas estas seguridades diplomáticas fallaran algún día. El progreso de la técnica, la eficacia de los nuevos cañones de largo alcance, la introducción de las armas de tiro rápido, la densidad de la red ferroviaria, no sólo exigieron tal alistamiento continuo, sino que lo hicieron también factible.

El aferramiento de Rusia en los Balcanes, producido por la guerra ruso-turca de 1877 a 1878, hizo surgir en seguida en Moltke el temor de que Francia se aliara con Austria. Ordenó el estudio de esa hipótesis bélica y llegó a la conclusión de que en tal caso debía lucharse en forma retardante en el Rin para derrotar primeramente a Austria. En diciembre de 1877 se ocupó nuevamente del peligro de un ataque ruso, porque las relaciones entre Alemania y Rusia empezaron a empeorar. Francia, que no había olvidado la derrota de Sedán, no podía quedar inactiva en tal caso. Esta vez Moltke quiso combatir en forma retardante en el este con 80.000 hombres, llevando 580.000 hombres a forzar una decisión en el frente occidental, al este de París. Después incumbiría a la diplomacia conseguir una paz con Francia sobre la base del «statu quo», lo que permitiría al Estado Mayor concentrar el grueso del Ejército sobre el Vístula. Según su concepto, toda decisión en el este debía ser lograda en la zona polaca, pues la extensión del espacio ruso le infundía un profundo respeto. Tampoco quiso que una victoria obtenida en el territorio de Polonia fuera aprovechada para agregar este país al Reich.

Los esfuerzos de Bismarck de mediar honestamente en el conflicto ruso-turco, en cuyo transcurso los ejércitos del zar habían avanzado hasta las puertas de Constantinopla, tuvieron como resultado un profundo descontento en San Petersburgo. Aunque Inglaterra había amenazado con su intervención, las tropas rusas que ocupaban el estrecho del Bósforo echaron la culpa de no haber alcanzado el gran objetivo solamente a Bismarck y al Reich. Alemania protegía ahora también a Austria, el baluarte antieslavo en los Balcanes. En la época siguiente Rusia reforzó considerablemente sus fuerzas militares estacionadas en la zona fronteriza occidental. Al mismo tiempo Francia creó su frontera militar oriental, construyendo las grandes zonas fortificadas de Verdún, Toul, Epinal y Belfort, unidas entre sí por un sistema de fortines de interceptación. En 1880 se fundó la Academia de Estado Mayor en Francia. Uno de los fundadores, el general Bonnal, publicó una obra fundamental sobre el espíritu de la guerra moderna y él mismo, junto con los generales Lan-

rezac y Maillard, formó una nueva doctrina táctica que derivó su «arte de la victoria» de las campañas de Napoleón. Era una lucha por «la receta de la victoria» que debía caracterizar más tarde también la doctrina militar alemana. La doctrina de Bonnal culminó en la idea de emplear un ejército de protección para inducir al adversario a delatar sus intenciones y pasar después desde esta actitud retardante a un gran golpe ofensivo.

IX

Desde 1879 se prepararon año tras año en el Estado Mayor dos planes de concentración, uno contra Francia y otro contra Rusia. Dada la resistencia del cinturón de fortalezas en la frontera oriental francesa, disminuyeron considerablemente las perspectivas de un rápido éxito en el oeste. Sin embargo, la rápida decisión, esto es, la guerra corta, era el ideal aspirado por Moltke, porque conocía demasiado bien los horrores de la guerra. Por eso, el plan de concentración del año 1879 preveía una conducción defensiva en el oeste y un retroceso en caso necesario hasta la zona de Maguncia y Francfort en la región al este del Rin, mientras al mismo tiempo, junto con las fuerzas austríacas, se atacaba en el este aproximadamente con medio millón de hombres. En caso de que Francia avanzara a través de Bélgica, se proyectaba detener ese ataque de flanco sobre el Rin inferior para echar después el Ejército francés contra la frontera de Holanda. También Bélgica introdujo en aquel entonces el servicio militar obligatorio y el jefe del Estado Mayor belga, general Brialmont, construyó en ese país un gran sistema de fortificaciones. La concentración de la masa del Ejército alemán en el este quedó como solución elegida para el caso de guerra hasta que Moltke se retiró del servicio y aún más allá de esa fecha. Moltke creyó que el ataque principal ruso se dirigiría contra Austria, más débil que Alemania, y quiso avanzar por su parte con tres ejércitos, en total nueve cuerpos de ejército, desde una línea situada entre la Prusia Oriental y la ciudad de Thorn, hacia el arco del río Narew. Para la defensa en el oeste contó pasajeramente también con la ayuda italiana; seis cuerpos de ejército italianos debían ser transportados con tal fin a través de los Alpes hacia el Rin superior.

En 1882 se efectuó el primer gran reforzamiento del Ejército alemán, que consistió en la organización de nuevas unidades, formadas por 34 batallones de infantería, 40 baterías de artillería liviana y 2 batallones de artillería pesada, a los cuales se agregarían otros 30 batallones y 23 baterías. También se formaron dos nuevos cuerpos de ejército con los números XVI y XVII. En el marco de las tropas ferroviarias se formó en 1884 el primer destacamento aeronáutico, dotado de globos cautivos, según el ejemplo francés, que fué subordinado directamente al Estado Mayor. En un memorándum de 1887, Moltke recomendaba ahora un avance

ofensivo contra Rusia, junto con Austria. El comentario de Bismarck respecto a esta propuesta fué: «Lo estimo prematuro.» En sus *Pensamientos y recuerdos* Bismarck escribió, refiriéndose a estos deseos del Estado Mayor de una guerra preventiva, que debían surgir forzosamente de la mentalidad de tal institución; si bien no quería renunciar a ella, reconocía que podía constituir un peligro bajo el gobierno de un monarca cuya política careciera de un criterio claro y que no supiera resistir a influencias unilaterales e injustificadas en el orden constitucional. Con esto decidió la clásica relación recíproca entre el Estado Mayor y la conducción política. Solamente quedó planteado el interrogante de qué debía hacerse si un día un jefe de Estado Mayor agresivo se encontraba frente a un monarca débil e incapaz y un canciller sin criterio político ni autoridad suficiente.

En aquel entonces, cuando Bismarck escribió estas frases, existían ya razones para pensar en tal interrogante. Desde el año 1882 se le agregó al anciano Moltke, quien varias veces había pedido ya su dimisión, como reemplazante, con el título de cuartel maestro general, el general conde Waldersee. Es cierto que en el rojo edificio de la Plaza Real de Berlín determinaba siempre aún el viejo Moltke, de casi noventa años de edad, el rumbo a tomar. Quien veía pasear en el parque del Tiergarten a este hombre viejo, con la cara fina y llena de arrugas, vestido con un largo y oscuro capote de general, y una simple gorra de campaña, tenía la impresión casi de encontrarse con un filósofo de la antigüedad. Con su sabiduría propia de la vejez había declarado que toda guerra, hasta una guerra victoriosa, era una desgracia. Después de las victorias de 1870 había dicho que Dios se manifestaba grande solamente en los débiles. Desde hacía mucho tiempo fué convirtiéndose en un solitario, pues en 1868 había muerto su esposa amada. Durante las últimas décadas de su vida le fué agregado su sobrino Helmuth von Moltke como ayudante personal. En 1888 vió morir a dos emperadores: en el mes de marzo, al viejo emperador Guillermo I, con el cual estuvo profundamente relacionado, y en el mes de junio del mismo año al emperador Federico, el mortalmente enfermo representante del liberalismo alemán.

El 10 de agosto de 1888, el nuevo emperador Guillermo II concedió a Moltke la dimisión, solicitada por éste otra vez. El mariscal se trasladó a su propiedad de Kreisau, en Silesia, que heredó más tarde su segundo sobrino, el conde Guillermo von Moltke. Un nieto de éste, el conde Helmuth von Moltke, más tarde, en la hora más oscura del Reich (*), puso de manifiesto otra vez aquel espíritu que había caracterizado los últimos años de su gran antepasado: la sabiduría, la bondad, la razón y el silencioso equilibrio de las fuerzas mentales.

La conducta inconstante, vanidosa y nerviosa del nuevo emperador hizo nacer en el alma de Moltke el presentimiento de que comenzaba una época difícil para el Reich. En uno de los últimos discursos que pronunció en el Parlamento, en 1890, se ocupó una vez más del cuadro de

(*) Se refiere a la época de Hitler. (N. del T.)

la guerra futura, la cual, en su opinión, era inevitable. El conflicto bélico — **el** **el**jo — pendía como una espada de Damocles sobre la suerte del pueblo alemán y, una vez comenzado, no sería posible prever su fin, porque participarían en él las potencias más fuertes y mejor armadas. Ninguna de estas potencias podría ser derrotada completamente en una o dos campañas; la guerra sería así de 7 o de 30 años; y continuó: «**¡Dadle**hado aquel que origine este incendio europeo.» El anciano había reconocido que el ideal de una guerra rápida y corta había sido una ilusión, y lo vio en forma más perspicaz que todos sus contemporáneos, aunque sus ojos, antes tan relucientes, empezaban ya a velarse.

En la primavera del año siguiente se encontró de visita en Berlín. Durante la mañana del 24 de abril presenció una sesión de la Cámara alta de Prusia y durante la noche asistió a una reunión musical en el círculo de sus familiares. Sintiendo cansado, se fué silenciosamente a la pieza vecina para no molestar a los demás. Como no regresaba, después de un cierto tiempo su sobrino se levantó para ver qué le sucedía. Lo encontró sentado en una silla e inclinado hacia adelante; no contestaba a las preguntas, pero todavía respiraba. Fué llevado al dormitorio y colocado en cama, pero pocos minutos después expiró. Hasta el último momento su mirada quedó fija en un retrato de su esposa colgado en la pared.



Von Waldersee



Von Roon

Von Schlieffen



Von Moltke (El joven)



CAPÍTULO V

GUERRA PREVENTIVA O GOLPE DE ESTADO

Conde Alfredo von Waldersee

Al comienzo del siglo actual fué publicada una novela titulada *Jena o Sedán*, escrita por un joven autor poco conocido, Francisco Beyerlein, la que llamó la atención del público no tanto por su valor literario como por su tema militar. Muy pronto aparecieron un gran número de ediciones. Esta novela puso de relieve en forma notable la destrucción incesante que sufría la estructura interna del Ejército prusiano-alemán.

Desde que Scharnhorst, Gneisenau y Boyen introdujeron el servicio militar obligatorio, el Ejército representaba en gran parte al pueblo mismo. Aquellos hombres siempre habían destacado, y no en vano, que el Ejército debía ser la gran escuela de la nación. Ahora una parte esencial del pueblo abandonaba su simpatía por los ideales monárquicos y religiosos, buscando el derecho, la libertad y la salvación en una doctrina social internacional, que era también un sustituto de la religión. Este peligro fué destacado por Francisco Boyerlein en su novela *Jena o Sedán*. Al igual que la monarquía y la ortodoxia, también la oficialidad, basada en ideales feudales y dinásticos, se había convertido en un anacronismo en la época de la ciencia y de la técnica. Usando como ejemplo un imaginario 80.º Regimiento de Artillería, la novela mostraba la división irremediable que existía en el Ejército. La mayoría de los oficiales del regimiento, entre los cuales los elementos burgueses, con pocas excepciones, se identificaron muy pronto con los tradicionales conceptos feudales, cumplían sus deberes profesionales en forma más o menos aceptable; pero en el fondo se había formado en ellos un gremio de hombres ambiciosos y de profesionales que realizaban sus actividades sin pensar. Había entre ellos también hombres pródigos, elegantes superficiales y vividores. El jefe del regimiento, un hombre que se distinguía por su sentimiento hu-

manitario, moderación y bondad y cuyo carácter mostraba cierta afinidad con el de Moltke, en realidad daba la impresión de ser ya un poco anticuado. El mayor, el idealista más puro de ese grupo de oficiales, se pegó un tiro al ver su fracaso en la esfera puramente humana; otro oficial, representante de los reformadores militares, que sostuvo la opinión de que el acostumbrado sistema de educación militar era un error, abandonó la lucha, se retiró del servicio y buscó un puesto en la industria de armamentos, donde se necesitaban hombres capaces. El tipo del soldado sincero y leal fué caracterizado por el cabo Voingt, hijo de un viejo sargento primero prusiano; la arrogancia de un joven oficial hizo que se incorporara a las filas del Partido Socialdemócrata.

Seguramente la novela describía las circunstancias en forma exagerada, como ocurre en todas las novelas tendenciosas; pero su tesis se basaba en preocupaciones sinceras y en deficiencias que existían realmente. Lo que quería expresar era lo siguiente: Desde hacía cien años los fundamentos de la organización del Ejército invariablemente habían permanecido los mismos, mientras que las circunstancias habían cambiado fundamentalmente. No era suficiente ya la educación patriarcal de la tropa ni la instrucción en el cuartel, que en los largos años de paz era dedicada cada vez más a los desfiles; tampoco era posible admitir, como cosa sobreentendida, que todos estos soldados estuvieran imbuidos de un sentimiento patriótico, mientras que en la vida civil muy a menudo se les quitaba tal sentimiento debido a sus opiniones políticas; tampoco eran oportunas las medidas de control policiales aplicadas a todos aquellos de los cuales se sospechaba que eran partidarios de las ideas socialistas. El cambio realizado en la estructura de la sociedad y en la economía no fué acompañado por una evolución similar en la estructura del Ejército; esto, por otra parte, tampoco parecía ser necesario según la opinión de la mayoría de los generales de la época de la guerra franco-alemana. Cuando uno de los pocos grandes reformadores, el general Von Schlichting, hizo constar en el prefacio del nuevo reglamento de ejercicios, introducido en 1888, que con el viejo reglamento se habían ganado tres guerras, el comandante del Cuerpo de Guardia, el general Von Pape, preguntó ingenuamente: «¿Para qué entonces se necesita un nuevo reglamento?»

Este fué el ambiente en que se encontró Waldersee, quien, en su cargo de cuartel maestro general y jefe de Estado Mayor, presintió el peligro de una revolución, pero como buen militar trató de resolver los problemas que planteaba esta situación solamente con medidas eminentemente militares.

La dinastía de los príncipes de Anhalt-Dessau siempre se había destacado por sus capacidades militares y sus casamientos desiguales. De una de estas relaciones amorosas descendió el cuartel maestro y ayudante general de Federico el Grande, Guillermo von Anhalt; de otra, el teórico militar prusiano Von Behrenhorst. Una tercera relación de esa naturaleza, entre el príncipe Leopoldo Federico Francisco von Anhalt Dessau y la hermosa hija de un alcalde del siglo XVIII, fué el origen de los con-

des de Waldersee, que cosecharon grandes honores como consejeros privados, generales, ministros de Guerra y mariscales al servicio de Prusia.

El conde Alfredo von Waldersee nació el 8 de abril de 1832 en Berlín, como hijo de un general prusiano; también su madre era hija de un general. Siendo joven, vivió Waldersee en el ambiente berlinés de la época anterior a la revolución de 1848, caracterizado por la sociedad noble, estrechamente limitada, cuyos palacios bordeaban la avenida Unter den Linden y la calle Wilhelm. Pasó después por la inevitable escuela de aspirante a oficial y se incorporó en 1850 como teniente a la artillería de la Guardia Real. Durante la campaña de 1866 fué ayudante del príncipe Carlos de Prusia, que ocupó el puesto muy decorativo de general y jefe de cuerpo de la artillería prusiana. En el verano del mismo año fué trasladado al Estado Mayor. El servicio en éste, así como algunos cargos de ayudantía y el destino de agregado militar en París, poco antes de estallar la guerra de 1870 y 1871, fueron los factores que determinaron su carrera y transformaron al hombre, que como joven había sido tímido y débil, en un oficial muy familiarizado con el ambiente de la corte y la diplomacia. Era de muy buena apariencia y se destacaba por la docilidad y flexibilidad de su carácter; era muy hábil y poseía una facilidad de concepción rápida y segura; pero tenía también una cierta inclinación peligrosa a la superficialidad. El hecho de que conociera un mundo tan ajeno al oficial prusiano, aumentó su confianza en sí mismo y le dió finalmente la seguridad de que él, como oficial de Estado Mayor hábil, podía llevar a cabo cualquier tarea y que no había nada que no pudiera resolver. Cuando el rey, que pronto empezó a estimarlo, dijo una vez con sonrisa que Waldersee podía ser empleado para todo—como hombre orquesta—escuchó esto con el mayor orgullo y lo tomó como confirmación de su propio valer. En el Estado Mayor, sin embargo, recibió un sobrenombre de otra índole, pues era denominado en secreto «el zorro».

Los informes que Waldersee envió desde París antes de estallar la guerra, en los cuales caracterizó en forma completamente acertada las ventajas y debilidades del Ejército francés en tiempo del segundo Imperio, llamaron la atención del rey, de Bismarck y de Moltke. Al comenzar la guerra fué nombrado ayudante de campo del rey. En su diario personal, en el que anotaba regularmente sus impresiones, hizo constar en aquel entonces que la guerra en realidad era la mayor villanía imaginable; pero esta ligera inclinación aparente a la filosofía desapareció pronto en él como soldado ante las victorias obtenidas. Había aprendido de Clausewitz, además, que la guerra era un medio indispensable de la política. El rey lo distinguió dándole misiones confidenciales. Un rasgo característico de su afición a la política fué que en el conflicto entre Bismarck y Moltke ayudara al primero sin reserva alguna.

Inmediatamente después de la guerra fué nombrado encargado de Negocios prusiano en París, como persona de confianza de Bismarck. El hecho de que más tarde ocupara también algunas posiciones militares que le ofrecieron la posibilidad de ejercer cierta influencia política, deter-

minó su conducta ulterior. Después de haber sido durante un corto tiempo jefe del noble 13.º Regimiento de Ulanos en Hannover, fué nombrado jefe del Estado Mayor del 10.º Cuerpo de Ejército, cuyo comandante era el príncipe Alberto de Prusia. En aquel entonces, se casó con una rica americana, Mary Esther Lee, la cual en su primer matrimonio había estado casada con el príncipe Von Noer, miembro de una familia de príncipes de Slesvig-Holstein. Este matrimonio fué de gran importancia, pues le facilitó la posibilidad de vivir en gran estilo y desarrollar una intensa vida social, ya que la familia misma de los Waldersee había perdido su antigua fortuna en la crisis que siguió a las Guerras de Liberación.

II

El juicio de Bismarck sobre Waldersee en aquel entonces era muy favorable y Moltke lo estimaba como un hombre de mucho talento. Este hombre amable, dotado de una apariencia brillante, con modales de gran señor, al estilo viejo, con ojos relucientes y un bigote elegante y brioso y una inalterable confianza en sí mismo, transmitía a los demás una ola de optimismo en medio de un ambiente que se había hecho escéptico. Las anotaciones en su diario personal también delatan este optimismo, aunque no oculta a sí mismo que los problemas del tiempo son graves y las tareas difíciles. Como militar, Waldersee deseaba la lucha abierta contra los poderes diabólicos del tiempo moderno, el liberalismo y el Partido Socialdemócrata, pues el rumbo de su propia actuación estaba orientado por conceptos patriarcales, ortodoxos y feudales. En la política exterior también apreció inevitable la lucha contra Rusia y Francia y deseó provocarla mientras el Reich se encontraba aún poderoso y fuerte. En el fondo se consideraba a sí mismo como el hombre fuerte y capaz de vencer los problemas existentes, sintiéndose un nuevo San Jorge que enfrentaba al dragón. En el citado diario personal se nota permanente su convicción de que todo lo que empezó lo hizo bien, sea lo que fuere. En 1878 se creyó candidato para el cargo de embajador en Viena. Después, cuando se efectuaron en Berlín los atentados contra el viejo emperador, deseó el puesto del jefe de policía de Berlín para poder terminar como «general enérgico» con los revolucionarios. Cuando en junio del mismo año el imbécil hojalatero Hoedel efectuó un atentado contra el emperador, anotó en su diario: «Cuán profundamente desprecio a la mayoría liberal del Parlamento, que solamente produce fraseologías y arruina al pueblo y al país de año en año.»

En el año 1881 Moltke, que sentía cada vez más pesada la carga de las actividades de su posición, expresó el deseo de ser aliviado con un reemplazante y pidió el nombramiento de Waldersee como auxiliar.

Aprovechando el prestigio del anciano fundador del Estado Mayor, Waldersee hizo subir esta institución en poco tiempo a una posición

dominante también en el campo político, del cual Moltke se había apartado tan escrupulosamente. Actuó en esto en estrecho acuerdo con el general Von Albedyll y contra las funciones del Ministerio de Guerra. Waldersee y Albedyll aspiraban a la completa independencia de las instituciones que ambos dirigían. En realidad, se produjo de ese modo una creciente descentralización de los poderes militares, como había existido antes del año 1806. En 1883 Waldersee consiguió que se concediera al jefe de Estado Mayor el derecho permanente de informar directamente al emperador, sin que el ministro de Guerra tuviera que ser informado al respecto. Moltke solía decir que el emperador ya lo llamaría, si lo necesitaba; no había tenido el menor interés en tal aumento de sus poderes. Waldersee, quien como substituto del jefe de Estado Mayor debía cuidar también este nuevo derecho, tuvo en él un gran interés, pues perseguía con ello sus propios planes.

Una política militar de esta índole solamente podía ser una política de intrigas y en esta esfera Waldersee era precisamente un maestro ejemplar. Actuando junto con el general Von Albedyll consiguió primeramente que el ministro de Guerra, general Von Kameke, fuera reemplazado por otro general más conveniente para sus intenciones. Aprovechando la institución de los agregados militares, creó además una red de informaciones propia de orden militar-diplomático.

Reconociendo el poder de la Prensa, Waldersee buscó relaciones también en este campo. Bajo la dirección del jefe del Servicio de Informaciones, el mayor Zahn, se instaló en el Estado Mayor una oficina de informaciones. Zahn sostuvo la opinión de que Waldersee debía ser algún día primer ministro del Reich.

III

El plan de concentración de Moltke, con el centro de gravedad en el este, al principio no fué modificado por Waldersee; pero en seguida intensificó todos los preparativos de movilización y exigió un apreciable reforzamiento de los armamentos, desarrollando la tesis de que todos los Estados europeos estaban en condiciones de soportar una derrota, con excepción del Reich, cuya derrota significaría la disolución de Prusia y con esto el desmembramiento del Reich. Moltke había luchado en noches oscuras con la pesadilla del problema de una guerra en dos frentes y Bismarck trató de prevenir este peligro mediante su sistema genial de alianzas. Waldersee pronto pasó a desaprobear esta política de «tira y afloja» y se decidió por la ofensiva. Como tantos otros militares, sucumbió en una situación crítica a la tentación «de huir hacia adelante», esto es, de cortar el nudo gordiano con la espada.

Ya en 1882 Waldersee se ocupó de las posibilidades de un ataque contra Rusia. Intencionalmente buscó un contacto estrecho con el jefe del

aliado Estado Mayor austríaco, el teniente mariscal barón Von Beck. El mismo año conoció al joven hijo del príncipe heredero, el príncipe Guillermo de Prusia y anotó en su diario personal que le hizo una buena impresión. Entre ambos existía cierta afinidad por la igual inclinación a una actitud vigorosa. Al mismo tiempo Waldersee hizo iniciar una campaña en la Prensa contra las medidas que tomaba Rusia para reforzar sus armamentos; por un lado, para crear en el Parlamento un ambiente favorable para las exigencias de armamento alemanas y, por el otro, para influir en forma perjudicial sobre el cambio de los valores y obligaciones rusos mediante maniobras en la Bolsa. Sus relaciones con la industria de armamentos se hicieron ahora también más estrechas; el general Budde, anteriormente jefe de la División Ferrocarriles en el Estado Mayor, fué nombrado en estos años director de la gran fábrica de fusiles Löwe. Teniendo en cuenta todas estas múltiples actividades, ejecutadas con sutileza, Waldersee mismo a veces debía sentirse como un Ulises prusiano.

Waldersee encontró resistencia en dos grupos, en la corte y en el ejército; el primero de ellos se formó alrededor del príncipe heredero, contra cuyo séquito liberal, el general Mischke y el intendente Von Normann, Waldersee inició una virulenta campaña de intrigas; el segundo grupo fué constituido por varios generales del Cuerpo de la Guardia, encabezados por el general Von Schlichting, comandante de la 1.ª División de Infantería de la Guardia y el general Von Winterfeld, comandante de la División de Caballería de la Guardia. Muchas personas de criterio prudente consideraban al general Von Schlichting como el más apropiado sucesor de Moltke, por haber tratado de enseñar en sus libros excelentes las doctrinas de éste. Waldersee, sin embargo, anotó en forma muy ingenua en su diario personal que él mismo era mejor que Schlichting si se hacía tal comparación.

Waldersee puso sus esperanzas en el nieto del emperador, el joven príncipe Guillermo de Prusia, a quien acompañó en 1884 en una visita a la corte del zar. En 1885 anotó en su diario la estrecha amistad que lo unía a este príncipe, tan altivo, pero nervioso en forma alarmante. Lo describió como un hombre de mentalidad despejada, de temperamento activo y laborioso, muy amable y animado por una acentuada ideología prusiana y por firmes e invariables opiniones conservadoras; seguramente no tenía mucho corazón, pero ello le ayudaría en el futuro, pues éste probablemente sería duro. Waldersee apreció en aquellos años que el príncipe Guillermo sería el hombre bajo cuyo gobierno podría realizar sus planes. Al respecto escribió en su diario que esperaba poder prestarle aún buenos servicios.

IV

En 1886 empezó por bajo cuerda a oponerse a «la política de tira y afloja» de Bismarck y a hacer alusiones de que la capacidad del viejo canciller del Reich estaba disminuyendo; pero todavía Bismarck poseía el poder que Waldersee aspiraba para sí. Se produjo así un choque entre ambos. Bismarck se apoyó en una coalición de los partidos del centro, a la cual pertenecían también los nacionalistas liberales; Waldersee a su vez se apoyó en el ala derecha de los conservadores, que eran opositores de Bismarck.

En 1887 aparecieron los primeros síntomas del cáncer laríngeo que, un año más tarde, causó la muerte del príncipe heredero. Waldersee estaba bien informado sobre las consecuencias probables de esta enfermedad, la cual, quizá, le abriría camino para llegar al joven príncipe Guillermo, que lo estimaba mucho. El mismo año Waldersee se alió con el predicador de la corte Adolfo Stöcker, director de la misión evangélica de Berlín, que se esforzaba en quitar las masas de obreros al socialismo y devolverlas al cristianismo. Esta alianza entre el Estado Mayor y la ortodoxia protestante prusiana fué la última manifestación de lucha de los viejos poderes prusianos, representados por el trono y el altar, contra el tiempo moderno; el capitalismo, el liberalismo, el socialismo, los judíos y la Prensa.

Bismarck observó las actividades de Stöcker desde un principio con desconfianza, pues temió que se desarrollara de ese modo un partido protestante, análogo al partido católico que ya existía. No menos desagradable le resultó la propaganda de los partidarios militares de Waldersee en favor de una guerra preventiva. Los partidos del Parlamento en los que se apoyaba Bismarck, eran adversarios tanto de Stöcker como del príncipe heredero y su esposa. La esposa de Waldersee que, como rica americana y piadosa cristiana, consideraba la beneficencia como un deber religioso y social, sin embargo, desde hacía algún tiempo mostraba interés por la misión evangélica de Berlín. Para Waldersee estas actividades en el fondo sólo representaban un medio para subordinar las masas nuevamente a la disciplina de la iglesia ortodoxa y detener el progreso del «descuido moral», todo ello con el fin de evitar un mayor peligro aun para la disciplina militar.

A fines de 1887 Waldersee supo que el príncipe heredero, a quien odiaba tanto, se hallaba enfermo mortalmente. Si el anciano emperador moría, dentro de poco tiempo el príncipe Guillermo ascendería al trono y teniendo en cuenta la naturaleza impulsiva, ególatra y poco equilibrada del príncipe, podía preverse con seguridad un choque entre él y el canciller. En este conflicto Waldersee basó sus planes. Como personas de confianza tenía en el Gabinete Militar al general Von Albedyll y en el Ministerio de Guerra al general Bronsart von Schellendorf. Como adver-

sarios consideró a Bismarck, junto con su hijo Heriberto, a la esposa del príncipe heredero, a todos los liberales y al secretario de Estado de la Marina, el general Von Caprivi. A fines del año se produjo un violento choque entre Bismarck y Waldersee, porque este último arbitrariamente hizo saber en Viena que Austria no debía temer un ataque por parte de Rusia. La política de Bismarck consistía en un juego de equilibrio de todas las posibilidades y en mantener despierta la desconfianza de unos respecto a otros; con toda razón Bismarck se quejó de esta intervención del Estado Mayor en el sistema de su política. Waldersee sabía, sin embargo, que también en Viena existía un partido militar que consideraba la guerra preventiva contra Rusia como el único remedio. En 1888 propuso nuevamente el ataque contra ese país. A fines de 1887 y al comienzo del año 1888 se habían efectuado en Berlín conversaciones militares entre los círculos respectivos de Alemania, Austria e Italia, representados por el cuartel maestre superior del Estado Mayor prusiano, conde Schlieffen, el agregado militar austríaco, barón Steininger y el general italiano D'Ambrosio. En el caso de una guerra en el Este, Waldersee contaba además con la ayuda de Rumania.

V

En marzo de 1888 murió el viejo emperador. El príncipe heredero recibió la noticia del fallecimiento de su padre en San Remo donde vivía mortalmente enfermo y ascendió al trono como moribundo. Si el nuevo emperador hubiera sido un hombre de buena salud y energía, Waldersee sin duda alguna habría sido despedido; pero así éste no tuvo que temer mucho, aunque se acrecentara cada vez más el conflicto entre él y el canciller. Más trágica aún fué la profunda discrepancia que existió entre el nuevo emperador moribundo y su joven hijo, tan impaciente y lleno de actividad. Mientras que la vida del emperador liberal se extinguía, el príncipe heredero efectuaba ejercicios con la Guardia en el campo de Tempelhof (*), invitando a veces a Waldersee a presenciarlos. Después el príncipe y Waldersee regresaban a caballo a Berlín, a la cabeza de las tropas, con sus bandas, tambores y pífanos, aclamados por los curiosos que se apretujaban en la avenida Unter den Linden. Estos espectáculos eran casi como la anticipación de un regreso victorioso de la gran guerra con que soñaba el futuro jefe de Estado Mayor.

Waldersee esperaba ahora ansiosamente su «momento». Hammerstein lo había conjurado a salvar el Reich de una «dinastía de los Bismarck», porque el canciller indudablemente hizo esfuerzos para asegurar la sucesión de la cancillería del Reich a su hijo Heriberto. El mayor retirado Scheibert defendía en la «Kreuzzeitung», con sus artículos, la idea de una guerra preventiva contra Rusia, y Bismarck por su lado hizo atacar «al

partido de guerra» en la Prensa que dependía de él. En su diario personal Waldersee expresó su indignación contra estos «ataques infames» e insultó a «la casa de los Bismarck y sus mamelucos». Trabajó tenazmente para reunir en un frente de oposición a todos los militares, desde Albedyll hasta Caprivi. Pero cuando Bismarck preguntó a Moltke si Waldersee en realidad era el hombre apropiado para su puesto actual, Moltke contestó rotundamente que sí, sea porque no conocía realmente las intenciones secretas ni la política de intrigas de Waldersee, sea porque no quería acostumbrarse a un nuevo auxiliar con la testarudez propia del hombre viejo.

En la primavera del año 1888 los partidos del centro del Parlamento se hallaban convencidos de que se produciría la guerra si el príncipe Guillermo ascendía al trono y si Waldersee llegaba a ser jefe de Estado Mayor. También Bismarck tuvo la impresión de que el príncipe quería la guerra. Pero ni Bismarck ni Waldersee habían reconocido todavía que el príncipe solamente representaba un papel teatral, el del comandante supremo, y que quería impresionar, sobre todo a sí mismo, con esta conducta espectacular.

Ahora empezaba una nueva época. Muchos viejos generales fueron pasados al retiro y Moltke también se retiró el 10 de agosto. Waldersee fué nombrado jefe del Estado Mayor. Anotó en su diario: «El nombramiento no fué sorpresa para mí. Hice una de las carreras más brillantes y todo el mundo me mira. No es mérito mío el de haber ascendido tanto, es solamente la benignidad de Dios... A veces pienso que esto no puede continuar así y que deben producirse reveses.»

El primer acto de Waldersee como Jefe de Estado Mayor fué dar una puñalada por la espalda a la propia camarilla. Cuando el nuevo emperador expresó el deseo de que el general Von Hahnke, comandante de la 1.ª Brigada de la Guardia, a quien estimaba mucho, fuera nombrado jefe del Gabinete Militar, Waldersee hizo despedir a su viejo amigo Von Albedyll, sin defenderlo con una sola palabra. Igualmente hizo cambiar al ministro de Guerra, dado que el general Von Verdy du Vernois le parecía aún más dócil que Bronsart von Schellendorf; éste fué substituído así por aquél, gracias a su protección. El nuevo ministro confesó que su papel, en lo que concierne al mando mismo, era en cierto modo el de un suicida. ¿No tenía razón la esposa del emperador Federico III, al escribir que Waldersee era un hombre desalmado que se entregaba exclusivamente a sus propias ambiciones?

Desde muchos lados pedían a Waldersee que reuniera bajo su mando el Estado Mayor y el Ministerio de Guerra, mostrándose con esto el cambio fundamental producido en la posición del Estado Mayor anteriormente subordinado al Ministerio de Guerra. Waldersee rechazó esta propuesta, en parte también porque Bismarck, que era aún canciller, probablemente nunca habría dado su consentimiento a esta solución. Waldersee aspiraba a un objetivo más alto y ponía su esperanza en el joven emperador, cuyo semblante fascinaba a tanta gente en aquel entonces. El segundo Moltke escribía en 1888 en una carta dirigida a su esposa: «No

(*) En aquel entonces era el campo de ejercicios de la guarnición de Berlín. (N. del T.)

puedes imaginarte cuán agradable es el sentimiento de tener un emperador joven y vigoroso que sabe lo que quiere» y Waldersee sentía en forma semejante.

VI

El nuevo jefe de Estado Mayor tenía un amplio programa, en el cual aspiraba a una reforma del ejército; ésta, sin embargo, no debía referirse a una transformación interna, sino a un aumento de los efectivos. Lo que Waldersee no poseía era la comprensión necesaria por las grandes innovaciones técnicas, como la ametralladora, el teléfono, la aeronáutica y el motor de combustión interna, de las que empezaron a ocuparse los militares de todos los países; es que no podía poseer tal comprensión siendo un defensor acérrimo del antimodernismo. Por otro lado, Prusia nunca había obtenido sus triunfos en la guerra por el empleo de máquinas bélicas, sino gracias al valor y la disciplina, aun cuando Waldersee se hallaba convencido de que «Dios ayudaría a los batallones más fuertes».

Junto con el ministro de Guerra Verdy du Vernois, proyectó un programa para aplicar el servicio militar obligatorio sin consideración alguna; hasta el último hombre debía ser instruido militarmente y el servicio de tres años fué mantenido en el ejército regular para asegurar una enseñanza a fondo. Debía aumentarse también el número de las unidades de infantería y artillería. Al mismo tiempo, Waldersee reorganizó el Estado Mayor. Las distintas divisiones fueron reunidas bajo la jefatura de tres cuartel maestros superiores, lo que tuvo cierta semejanza con el sistema de las «brigadas» del antiguo Estado Mayor del Cuartel Maestre General. Al cuartel maestro superior I fueron subordinadas la División Ferrocarriles y la anterior 1.ª División (alemana), llamada en general «División Concentración», que se ocupó de los asuntos de la organización, movilización y armamentos. Al cuartel maestro superior II fueron subordinados los asuntos de instrucción, de fortificaciones y de cartografía y al cuartel maestro superior III las anteriores Divisiones 1.ª y 3.ª, es decir, los teatros de guerra de Oriente y Occidente, con Rusia, Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia y Suiza. Inmediatamente subordinados al jefe de Estado Mayor quedaron la División Central, la División Histórica y el levantamiento topográfico del país. Todo esto representaba un gran organismo militar de planeamiento bélico. Entre el desarrollo industrial del país y las tendencias imperialistas había una relación recíproca. La cuestión colonial y la construcción de una armada, ambas iniciadas por Bismarck con tanta tardanza, despertaron sueños de conquista de nuevos territorios en África, en Asia y en Oceanía. La actividad de Von der Goltz en Turquía fué en gran parte el fundamento de la política alemana en el Cercano Oriente; también las empresas industriales buscaron con el tiempo relaciones en la Anatolia y Mesopotamia.

El Estado Mayor debía ser considerado ahora como el instrumento necesario para dominar mediante la organización, es decir, mediante un aparato técnico, el enorme espacio limitado. No era una casualidad que ahora casi la mitad de los oficiales de Estado Mayor fueran de origen burgués. La burguesía dominaba el comercio y la industria y los hijos de sus familias llevaban ahora el uniforme militar, que seguía siendo la vestidura más noble del Estado y les aseguraba la consideración social. Precisamente en esta esfera burguesa se hallaban los defensores de las ideas pangermanas. Dos oficiales de Estado Mayor de origen burgués, el capitán Keim y el mayor Liebert, tomaron en estos años el primer contacto con los gremios que apoyaban la adquisición de colonias y la construcción de una armada. Los viejos nobles prusianos en realidad nunca habían sabido para qué podría servir una armada fuerte. Pero la alta burguesía, con sus intereses capitalistas, exigió una flota que pudiera proteger el comercio alemán en el mundo y las posesiones alemanas de ultramar. Una parte considerable de la industria vivía de la exportación y los productos alemanes penetraron en los mercados de ultramar, hasta ahora dominados por Inglaterra, lo que forzosamente produjo nuevas tensiones. El joven emperador, en presencia del cuadro de la flota que pertenecía a su poderosa abuela inglesa, se decidió a construir también una armada no menos importante. En 1889 el Parlamento dió su consentimiento al primer proyecto de construcción de una marina de guerra y ese mismo año se constituyó un Comando en Jefe de la Marina, separado del Departamento de Marina del Reich; el emperador formó también un Gabinete Naval que, junto con el Gabinete Militar, fué reunido en tiempos de paz al Cuartel General imperial, mandado por el general Von Wittich. Durante algún tiempo apareció también el plan de constituir un comando supremo, una especie de superestado mayor o «Estado Mayor del Reich». De todos modos, Waldersee se vió ahora frente a una evolución completamente nueva. Según su criterio, Alemania era una potencia continental y la construcción de una gran armada hacía peligrar sus propios planes de reforzamiento del ejército, sobre el cual se basó siempre la fuerza tradicional de Prusia.

VII

El 15 de abril de 1889 Waldersee escribía en su diario personal que la autoridad y habilidad de Bismarck debían ser aprovechadas aún mientras no hubieran terminado los preparativos en el campo de los armamentos, después debía producirse por propia iniciativa la gran lucha decisiva contra Francia y Rusia y continuaba «hasta este momento con el canceller, pero después sin él y en caso contrario también contra él». Cuando Rusia quiso contratar un empréstito en Berlín para fines armamentistas, el emperador, inspirado por Waldersee, exigió que se impidiera

este proyecto. Bismarck era más reservado al respecto, pero en la Prensa favorable a él hizo atacar a Waldersee y con esto al emperador. Cuando se publicaron francamente acusaciones contra Waldersee que quería provocar la guerra, éste se quejó indignado contra las habladurías sobre «un partido de guerra», declarando que en el Ejército prusiano no existían partidos. En un banquete realizado con motivo de una exposición dedicada a medidas contra accidente, según su propio testimonio, le llegó súbitamente la idea de expresarse en un sentido pacífico; con tal motivo declaró que hasta el peor de los accidentes, la guerra, sería evitable si las aspiraciones representadas por la exposición fueran reconocidas por todos los hombres. En su opinión, este paso constituyó un recurso muy hábil.

En marzo de 1890 estalló abiertamente el conflicto entre Bismarck y el soberano. Con fecha 15 de marzo se encuentra en el diario de Waldersee la siguiente anotación: «Se ha producido el gran escándalo.» Sin consideración alguna pasó ahora al ataque contra Bismarck, diciendo al emperador que toda la política exterior del canciller había sido un solo fracaso; únicamente había alcanzado que Francia y Rusia se hicieran adversarios del Reich. A esto se refiere una anotación muy notable en su diario personal: «No me oprime la vanidad de hacerme canciller», decía, agregando que le gustaría más esperar que «otros dos o tres se hubieran gastado»; pero si el emperador lo llamaba, obedecería como militar. El 20 de marzo de 1890 el hombre de Estado más grande del nuevo Reich abandonó para siempre su puesto. Recordando todas las intrigas precedentes, la conducta de Waldersee en este momento del triunfo, produce una impresión rara, pues tiene cierta semejanza con la lóbrega figura que representó Wallenstein en horas de decisión política. Es probable que en realidad lo dominara en ese momento la misma inseguridad que más tarde dominó también en situaciones difíciles a los generales políticos de la época del ejército de 100.000 hombres (*), Seeckt y Schleicher. Es que el oficial prusiano nunca ha poseído un instinto político.

VIII

Como cortesano hábil, Waldersee expresó en esta hora al emperador, que Dios le ayudaría a elegir el sucesor apropiado. Encontrándose ya en la puerta de la sala de audiencia, el emperador le contestó: «Pienso que esto ya se arreglará.» Tanto Waldersee como Eulenburg habían tratado de convencer al emperador de que en esta hora difícil solamente un general podía ser sucesor de Bismarck. El nuevo canciller fué el general de infantería León von Caprivi, comandante del 10.º Cuerpo de Ejército, anteriormente secretario de Estado de Marina, que descendía de una familia noble de origen italiano que había entrado al servicio de Prusia. En los

años posteriores a 1860 Caprivi había trabajado en el Estado Mayor bajo la dirección de Moltke y fué estimado como oficial muy capaz. Bismarck opinó que sería una lástima que un oficial tan bueno como Caprivi pasara a la política.

Caprivi abandonó la orientación esencial del sistema de la política exterior de Bismarck, el llamado convenio de reaseguro con Rusia, dado que no se sentía capaz de hacer un juego malabar tan difícil. En 1890, por primera vez, el jefe de Estado Mayor reemplazante de Francia, general Boisdeffre, presenció las maniobras rusas y el jefe de Estado Mayor ruso, general Obrutschew, inició una estrecha cooperación con aquel país. En 1891 se concertó un convenio militar franco-ruso, dirigido tanto contra Alemania como contra Inglaterra, la cual observaba con desconfianza las adquisiciones coloniales francesas en África e Indochina. Waldersee ya había apoyado antes la idea de movilizar a Inglaterra contra Rusia; pero el consejero Von Holstein, en cuyas manos se encontraba reservadamente la dirección de la política en el Ministerio de Relaciones Exteriores después de la renuncia de Bismarck, no quiso verse atado. No le gustaba la idea de que Alemania fuera la espada continental de Inglaterra; por otra parte, uno de sus axiomas políticos era que el león inglés y el oso ruso eran adversarios irreconciliables. De este modo no se llegó a un acuerdo anglo-alemán, que habría sido la contestación más natural al convenio franco-ruso.

Waldersee se hallaba preocupado aún por otros asuntos. Cuando Caprivi fué nombrado canciller, inicialmente se había puesto contento, pero pronto tuvo que comprobar que este «hombre bueno», como lo tituló ahora en su diario personal, hacía una política propia de sentido común, que se diferenciaba esencialmente de sus planes inquietos y ambiciosos. Caprivi dispuso en seguida que los agregados militares, en cuanto a sus informaciones, fueran subordinados a los jefes civiles de las legaciones respectivas, destruyendo de esa manera la red militar-diplomática organizada por Waldersee. También tropezó con dificultades la anhelada reforma del Ejército. Para conseguirla, según la opinión de Caprivi, sería inevitable acordar la duración del servicio en el ejército regular. En el otoño dimitió Verdy du Vernois como ministro de Guerra y fué reemplazado por el general Von Kaltenborn-Stachau. Waldersee se puso intranquilo. La pasión del emperador por la marina aumentaba y el ejército había perdido su posición predilecta. En una crítica al final de una maniobra Waldersee se atrevió a defender una solución distinta de la del emperador, aunque la del monarca era más acertada en este caso. La estrella del jefe de Estado Mayor empezaba a palidecer, pues «Su Majestad siempre tenía razón».

Waldersee tenía ahora serias dudas si no había apreciado al emperador en forma totalmente errónea. La vanidad y la tendencia a la popularidad, rasgos que se destacaban tanto en su propio carácter, le eran insoportables en otro. En el otoño de 1890 el emperador, inducido por Caprivi, hizo la primera tentativa de cambiar al jefe de Estado Mayor, tan voluntarioso y molesto, ofreciéndole el cargo de comandante del

(*) Epoca inmediata a la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

12.º Cuerpo de Ejército en Stuttgart, capital de Wurttemberg. En esa ocasión desarrolló durante la conversación ideas muy raras respecto a la misión de los generales comandantes de cuerpo en los Estados federales, los que, según él, debían ser una especie de virreyes prusianos. Waldersee adivinó la intención de querer alejarlo y rechazó esta propuesta. El anciano Moltke, por su parte, que siempre estimaba mucho aún a Waldersee, trató de advertir al emperador, diciéndole francamente que el jefe de Estado Mayor no podía ser cambiado a cualquier hora.

Waldersee comprobó ahora que el monarca había ascendido al trono demasiado temprano. Los días del nuevo soberano estaban ocupados por una continua serie de viajes, paradas, maniobras, inspecciones de tropas e invitaciones de caza, interrumpidas en forma alarmante por discursos altisonantes. El actor se mareaba en su papel. Ya se escuchaba la frase: «Yo os conduzco hacia tiempos magníficos.» El 9 de noviembre de 1890 Waldersee, triste y preocupado, anotó: «Vivimos en medio de una revolución enorme, sin que la mayoría de los hombres se dé cuenta de esto. Ricos y pobres se hallan enfrentados en el más severo contraste; la religión deja de ser cada vez más un medio de reconciliación y las masas se corrompen con un nuevo paganismo.» Algo más tarde el viejo Teodoro Fontane (*) escribía, refiriéndose al nuevo emperador, que éste pretendía conciliar lo nuevo con lo viejo tratando de aplicar remiendos, pero que esto no resultaría. Todos los esfuerzos militares le parecían como si en el año 1400, ante la invención de las armas de fuego, se hubiera tratado de hacer invulnerables las armaduras de los caballeros contra las balas. En su opinión, los armamentos debían ser desechados totalmente, reemplazándolos por otros valores como el dinero, la prudencia y el entusiasmo.

Waldersee quedó totalmente espantado cuando el emperador, en un discurso que pronunció con motivo del juramento a la bandera de los reclutas del Cuerpo de la Guardia, dominado en este momento al parecer por cierto temor a una revolución, declaró que los soldados tendrían que disparar también contra sus padres y hermanos, si él lo ordenaba así y que este deber era triste, pero no podía ser evitado.

IX

A fines de 1890 el emperador desarrolló el proyecto de fortificar el puerto de Memel, para convertirlo en una base naval del mar Báltico. Waldersee era un adversario de las fortificaciones. La guerra que proyectaba debía ser una guerra ofensiva, caracterizada por un avance muy rápido en forma de relámpago, pues la superioridad de la infantería prusiana consistía en el ataque. Precisamente en esa época proyectaba otra

(*) Escritor alemán 1819-1898. (N. del T.)

vez un ataque a Rusia, con el pretexto de una partición de Turquía. Pero el emperador Guillermo II no quería entrar en guerra; le gustaba solamente el juego de la guerra y las grandes maniobras impresionantes, con ataque de coraceos vestidos con uniformes blancos y armaduras flamantes, aunque al mismo tiempo en todos los países los militares estudiaban celosamente los nuevos inventos de las armas automáticas, de la técnica de comunicaciones, del motor y de la incipiente conquista del espacio aéreo. El 15 de enero de 1891 Waldersee anotó en su diario, lleno de oscuros presentimientos, que no era invitado ya a los banquetes del emperador. El 27 de enero, al cumplir años el emperador, éste lo condecoró hipócritamente con la gran cruz de la casa de Hohenzollern, pero al mismo tiempo le dijo que quería nombrarlo comandante de un cuerpo de ejército, lo que significaba la sentencia de muerte para Waldersee. A continuación del banquete del Estado Mayor dado con motivo del cumpleaños del soberano, y después de haber conversado con los cuartel maestros superiores, conde Schlieffen y general Oberhoffer, Waldersee se dirigió al emperador pidiendo su retiro. El soberano, de muy buen humor, le dijo: «El jefe del Estado Mayor para mí solamente debe ser una especie de «amanuense» y para esto necesito a un hombre más joven.» Le repitió que pensaba nombrarlo comandante del 9.º Cuerpo de Ejército, con sede en Altona, diciéndole que este puesto era especialmente importante, pues desde allí podía vigilar a Bismarck en Friedrichsruh, como también la gran ciudad de Hamburgo, con sus millares de proletarios, que estaba muy cerca; además, era necesario observar a los duques de Mecklenburgo. Waldersee no contestó a estas ideas tan raras y continuó pidiendo su retiro. Profundamente conmovido anotó en su diario el 28 de enero: «El emperador quiere ser su propio jefe de Estado Mayor; Dios proteja la patria.»

El monarca rechazó todos los pedidos de retiro, verbales y escritos, de Waldersee y lo recibió de nuevo el 31 de enero, en cuya oportunidad éste le dijo francamente que el valor del ejército había disminuido. Extrañado le contestó el soberano que hasta ahora nadie le había dicho tal cosa. La conversación dió por resultado que Waldersee se fuera a Altona como comandante de Cuerpo de Ejército y que el cuartel maestro superior, conde Schlieffen, fuera nombrado jefe de Estado Mayor.

X

Durante los años 1892, 1893 y 1894 una ola de perturbaciones anárquicas conmovió a España, Italia y Francia. En Andalucía, una de las regiones europeas socialmente más atrasadas, estallaron graves tumultos entre los campesinos, en Cataluña se efectuó un atentado contra el capitán general de Barcelona, en Roma los anarquistas trataron de asesinar al primer ministro Crispi y, en medio de una serie de atentados con explosivos diri-

gidos contra fábricas, iglesias, bancos y otros edificios públicos en Francia, fué muerto finalmente en 1894 por un anarquista el presidente de ese país, Sadi Carnot. El Imperio ruso se estremecía ya desde hacía años bajo el terror de los nihilistas. También en Alemania las clases pudientes empezaron a sentir temor. El llamado «rey del carbón» de la región del Sarre, barón Von Stumm-Halberg, interpretando los desos de amplios círculos, exigió que se tomaran medidas enérgicas. Otra vez Waldersee se imaginó que había llegado su hora; las miradas de todos los reaccionarios se dirigieron a Altona donde el deseado, «hombre fuerte» vivía en el destierro, cambiando de vez en cuando visitas con el otro gran desterrado, Bismarck, en Friedrichsruh; este último, sin embargo, en aquel entonces se había hecho bastante prudente, haciendo advertencias contra cualquier medida fuera del orden constitucional.

Parecía acercarse en la política interna una era tempestuosa. Caprivi había conseguido solamente con graves dificultades que el Parlamento diera su consentimiento a una parte del reforzamiento del ejército proyectado por Waldersee. El emperador declaró en 1893 que haría echar al diablo «a ese Parlamento medio loco», si continuaba haciendo oposición. El segundo Moltke aconsejó en aquel entonces a Waldersee que observara una conducta reservada, pues el monarca mismo lo llamaría un día. El barón Von Hammerstein declaró que ahora quedaba un solo recurso, es decir, provocar a los obreros y disparar después contra ellos. El emperador expresó la rara idea de hacer construir una torre blindada a orillas del río Spree, donde pudiera retirarse con su familia y sus tesoros en caso de revolución para protegerse contra los anarquistas.

Por otro lado, el sistema de aduanas establecido por Caprivi, que permitía la importación de cereales rusos baratos, había producido una nueva crisis agrícola en las regiones situadas al este del río Elba. Numerosas posesiones de la vieja nobleza quebraron y fueron vendidas.

El 26 de octubre de 1894 el emperador, presionado por los terratenientes de la Prusia oriental, relevó a Caprivi. Según la opinión de Stöcker, ahora había llegado el momento de realizar «una gran acción». Waldersee debía ser nombrado canciller, echar el Parlamento, aplastar los partidos revolucionarios y reemplazar la ley electoral común por una representación de los diferentes oficios y profesiones. Pero el emperador no eligió a Waldersee como sucesor de Caprivi, pues esto hubiera significado la lucha. Es cierto que pasajeramente jugó también con la idea de un golpe de Estado, como en aquel tiempo en que Waldersee había sido su consejero predilecto y que en el fondo de su alma no consideró la lucha como una medida errónea, pero la temía. Como sucesor de Caprivi fué nombrado el anciano príncipe Hohenlohe-Schillingsfürst, gobernador de Alsacia-Lorena.

XI

Waldersee era apreciado todavía como uno de los más destacados comandantes de ejército en caso de guerra y en tal emergencia debía encargarse del comando en jefe en el Este; pero rechazó las nuevas teorías de Schlieffen de que la ofensiva debía ser llevada en primer término contra Francia. Apoyado por el anterior ministro de Guerra, Verdy du Vernois, pidió en 1897 otra vez al emperador que solucionara la cuestión social por la fuerza, mientras pudiera confiarse aún en el ejército. Refiriéndose a este asunto, el emperador le dijo con sonrisa durante una revista militar que, cuando fuera necesario disparar, Waldersee lo haría seguramente en forma radical. Waldersee contestó que el emperador no debía esperar hasta que fuera demasiado viejo para emprender tal cosa. Siempre con sonrisa, el emperador le replicó: «Bien, entonces vamos a ver.»

Pero paulatinamente Waldersee abandonó sus esperanzas. Después de haber participado en la recepción del castillo de Berlín el 1 de enero de 1900, se preguntó en su diario personal si esa ceremonia solemne se efectuaría aún cien años más tarde y llegó a la conclusión de que esto no sucedería. Cuando en 1900 estalló la gran rebelión de los boxers en China y el embajador alemán en Pekín fué asesinado, el emperador nombró a Waldersee comandante del cuerpo expedicionario que Alemania envió a ese país y logró que también las demás potencias que mandaron allí tropas, como Austria, Inglaterra, Francia, Rusia, Japón, Italia y Estados Unidos, subordinaran sus formaciones a Waldersee, que ascendió al rango de mariscal. Pero cuando llegó a China, el cuerpo de desembarco de las escuadras europeas reunidas había ocupado ya la capital china. De este modo no le fué posible obtener glorias militares. Los liberales lo tomaron ahora como blanco de sus burlas, denominándolo el «mariscal mundial».

Hasta su muerte, en 1904, Waldersee ocupó el cargo de jefe de la Inspección del Ejército núm. 3 en Hannover, un puesto reservado generalmente para el comandante de uno de los frentes de una guerra futura. Una de las últimas frases que pronunció antes de morir fué: «Pido a Dios no sobrevivir a lo que veo venir.»

Con estas palabras quedó expresado otra vez la intuición de un destacado militar, que durante los últimos escalofríos sintió quizá que había errado en sus intenciones políticas; pero también es posible que muriera creyendo que el derrumbe se hallaba próximo porque nunca se habían escuchado sus consejos.

CAPÍTULO VI

EL GRAN PLAN

Conde Alfredo von Schlieffen

El conde Alfredo von Schlieffen descendía de una línea secundaria de esa estirpe, radicada en Silesia. Nació el 28 de febrero de 1833 en Berlín como hijo de un mayor del 2.º Regimiento de Infantería de la Guardia, conde Magnus von Schlieffen. Por razones de salud, el padre pronto se vió obligado a retirarse del servicio militar. La apariencia del hijo, con su cara de gesto altivo y ligeramente despectivo, de cabello raleado, la boca cansada, escondida detrás de un denso bigote y la mirada melancólica, mostraba rasgos típicos de una nobleza altamente desarrollada, pero también agotada. La mirada turbia tuvo su origen en una extraordinaria miopía que inicialmente puso en duda si podría dedicarse al servicio militar. Después de ser educado por los Herrenhuter (*), primeramente en Niesky y después en el colegio de Joachimsthal, en Berlín, estudió leyes durante un corto tiempo. Algo de la piedad de los Herrenhuter quedó grabada en su alma durante toda la vida; era un hombre profundamente creyente, que buscaba ante todo un sostén que pudiera darle ayuda y consolación, pues en el fondo de su corazón tan cerrado sentía la vida como una pesada carga.

En 1854 se incorporó como subteniente al Regimiento de Ulanos de la Guardia. Durante algunos años, que pasaron rápidamente, este hombre tan serio se hundió en la vida traviesa de los tenientes y fué denominado por sus compañeros «el loco Schlieffen». Pero el desesperado goce de la vida no respondía a su carácter, sino que fué originado más bien por el medio ambiente. Cuando en 1865 fué destinado al Estado Mayor, buscó consolación en el Salmo 23: «El Señor es mi pastor... y si ya estoy reco-

(*) Comunidad protestante dedicada a la enseñanza.

riendo el valle oscuro...» Moltke no había conocido tal necesidad de buscar consolación. Schlieffen se casó con su prima, la condesa Ana Schlieffen, que murió después de un matrimonio feliz de cuatro años. Ana Schlieffen fué una mujer verdaderamente noble y de gran bondad; el esposo nunca pudo consolarse de tal pérdida y el amor a esta mujer fué el regalo más valioso de su vida. Así llegó temprano a la soledad, con la cual se familiarizó demasiado rápido. En lo sucesivo parecía que una pared de vidrio invisible lo separaba de la vida.

El primer acontecimiento bélico en que se encontró, inolvidable para siempre, fué la batalla de Königgrätz, que presencié como oficial de Estado Mayor en el cuerpo de caballería mandado por el príncipe Alberto de Prusia. El sol poniente sobre el campo de batalla; los austríacos caídos, vestidos de guerrera blanca; los cañones destruidos; la faja centelleante del río Elba; las murallas blanquecinas de la pequeña ciudad de Königgrätz y los sonidos de la marcha de Hohenfriedberg, formaron en la mente de Schlieffen aquel cuadro ejemplar de la batalla victoriosa, que como general más tarde aspiró a repetir. ¡Era una batalla envolvente, como si fuera un presagio! Durante la guerra franco-alemana Schlieffen fué oficial de Estado Mayor en el Cuerpo del gran duque de Mecklenburgo-Strelitz, que luchó sobre el río Loire contra las masas populares levantadas por Gambetta. Después fué, en 1884, jefe de la División Histórica, en la cual prestó servicios también el entonces capitán Hindenburg. En 1889 ascendió a general, cuartel maestro superior y reemplazante de Waldersee. Haciendo una comparación con las múltiples actividades de éste, extraña observar cómo el cuartel maestro superior I, sólo se dedicó enteramente al trabajo profesional militar y que el Estado Mayor fuera el único mundo para él. La guerra que Waldersee trató de provocar le pareció un destino inevitable, pero en su opinión el secreto no consistía en preguntar si la guerra podía ser evitada, lo que aparentemente le parecía imposible ya, sino en investigar cómo se podría vencer con inferioridad numérica a un adversario superior.

Uno de los oficiales más capaces de la generación más joven del Estado Mayor, el coronel conde Yorck von Wartenburg, publicó en 1897 en la editorial de Mittler un libro titulado *Lineamientos de la historia mundial. Una vista retrospectiva a fines del siglo XIX*. Este libro, muy leído en Alemania, proporcionó un cuadro muy sugerente respecto a las ideas que reinaban en los oficiales ilustrados de Alemania a fines del siglo XIX, el siglo clásico del Estado Mayor. Al igual que Treitsche, Yorck no aspiraba a la objetividad en sus reflexiones históricas. Basándose en un punto de partida de orden severamente cristiano, protestante y nacionalista, y profundamente preocupado por el porvenir del Reich y del pueblo, quiso enseñar la «historia actual, vestido con los pliegues de una toga histórica». Como la mayoría de los destacados militares, desde Waldersee a Goltz, también Yorck consideró inevitable la lucha mundial de los latinos y eslavos contra el centro germano de Europa, ya augurada por Moltke. No buscó más recursos para evitar esta lucha y desechó la tesis de que el supremo arte de la política consistía en impedir la guerra.

Aceptó a ésta como un hecho fatal, quizá también porque desde la renuncia de Bismarck no existía ya una verdadera política alemana, sino los caprichos variables y ocurrencias insensatas de un soberano de nervios débiles, las oscuras intrigas del huraño consejero Holsten y el trabajo burocrático de un cierto número de altos empleados, honestos pero desamparados, del Ministerio de Relaciones Exteriores. De este modo la guerra se substraía al predominio de la política. Yorck, como soldado, escribió su historia desde el punto de vista militar y la semblanza de su obra respondía naturalmente a un espíritu totalmente militar. Esperaba que la victoria fuese conseguida en la futura guerra y exigía que se la aprovechara sin consideración alguna. Las palabras «vae victis» (*) que Breno, el príncipe galo, gritó a los romanos vencidos, debían regir también para los adversarios del Reich una vez derrotados. En uno de sus discursos pronunciados durante la Primera Guerra Mundial, Lloyd George comparó una vez a los nobles prusianos con aquellos automovilistas desconsiderados que, en medio de densas polvaredas, corren a gran velocidad a pesar del intenso tránsito y sin tener respeto a los demás.

Schlieffen vivía conscientemente en un mundo apartado, que abarcaba exclusivamente la propia esfera profesional, sin tener interés alguno por todo lo que ocurría fuera de la misma. En un viaje de estado mayor, después de un recorrido nocturno fatigoso, el ayudante le hizo una observación sobre el encanto del valle del río Preguel, iluminado en ese momento por el sol naciente. Schlieffen contestó en forma terminante: «sin importancia como obstáculo militar» y volvió a hundirse en el silencio. Uno de sus más íntimos colaboradores, el general Von Kuhl, relata que Schlieffen le enviaba para cada fiesta de Navidad una situación de guerra, cuya resolución debía quedar terminada para el día siguiente. Moltke había tratado a sus colaboradores con toda atención y bondad y todos habían vivido juntos como una gran familia. Schlieffen era arrogante, chocante y a menudo ofendía con su tono sarcástico. Si en un juego de guerra, en tareas especialmente difíciles, conseguía demostrar a sus subordinados que habían cometido errores, dejaba en ellos la sensación de que gozaba por esto con malignidad. El general von Schlichting, defensor de las ideas de Moltke, quien se esforzaba en mantener la libertad espiritual en el ejército, escribió respecto a Schlieffen que era un talento estratégico, pero no un carácter. Al igual que el emperador, tampoco toleraba Schlieffen a hombres originales; personas rectas e independientes como Goltz y Schlichting fueron pasadas al retiro o alejadas de sus cargos importantes y reemplazadas por «receptores de órdenes».

Schlieffen evitaba también la lucha al extremo, hasta en asuntos en que sabía que tenía razón. Esto sucedió tanto en el completamiento de la reforma del ejército como en la ejecución de las grandes maniobras de cada año, en las cuales le gustaba al emperador conducir personalmente; Schlieffen concedía en ello al monarca plena libertad e ignoraba conscientemente los cuadros imposibles que creaba, como, por ejemplo, las

(*) «¡Ay de los vencidos!»

impresionantes cargas de caballería que decidían sus batallas teatrales. En esto mostró cierto bizantinismo, que no parecía corresponder a la naturaleza rígida y arrogante de su carácter. Aquellos que lo conocían en forma más íntima y a los cuales abrió realmente su corazón, como, por ejemplo, su ayudante en los años posteriores a 1890, el capitán Mackensen, más tarde no podían hacer lo suficiente para destacar en sus recuerdos el encanto personal, difícil de describir, que emanaba de él. Sin embargo, también la capacidad de criterio y el ideal se hallan subordinados a la evolución del tiempo. En aquel entonces se había convertido en ideal el especialista genial, que se hundía por completo en su trabajo, que no tenía, al parecer, una personalidad original y que permanecía indiferente frente a la vida multiforme. Lo que aquellas personas admiraron en realidad fué el pensamiento claro e inmovible de este hombre, sin darse cuenta de la peligrosa y mortal unilateralidad de su espíritu.

II

Como Schlieffen se hizo cargo, en 1891, de la jefatura del Estado Mayor, era un desconocido para el mundo militar del interior y exterior. En Francia, donde el jefe del Estado Mayor se hallaba subordinado al ministro de Guerra parlamentario, era costumbre ya en aquel entonces que con el frecuente cambio del gabinete se produjera también un rápido cambio del jefe del «Etat Major Général». Durante un década hubo así en el Ejército francés cinco jefes de Estado Mayor diferentes. Nadie podía suponer que el nuevo jefe del Estado Mayor prusiano orientaría en el futuro durante quince años el pensamiento militar alemán y que su nombre se convertiría en un concepto histórico, no ya por una victoria obtenida, sino únicamente por su gran plan y que sus ideas casi sobrepujarían la herencia espiritual de Clausewitz e influirían decisivamente sobre todos los conductores militares alemanes que se destacaron en las dos grandes guerras mundiales del siglo xx.

La guerra futura en dos frentes fué apreciada en adelante por el Estado Mayor como un hecho fatal e inevitable y todos los planes ulteriores se hallaban influidos por esa terrible pesadilla. Federico el Grande había aprovechado antes con todo éxito la línea interior en una guerra de varios frentes; primero derrotó en Rossbach a los franceses y las formaciones de los Estados alemanes; después se dirigió rápidamente con sólo treinta y dos mil hombres a Silesia, donde derrotó a 82.000 austríacos en Leuthen en una excelente maniobra de flanco. Es cierto que estos triunfos no provocaron el fin de la guerra, el cual se produjo recién seis años más tarde, debido a un cambio en la composición política de la coalición adversaria. Pero Schlieffen vió solamente el aspecto militar del aprovechamiento de la línea interior en una guerra de varios frentes. La separación geográfica de los dos grandes adversarios probables, Francia y Rusia,

favoreció sus sueños seductores. La idea fundamental era sencilla: reuniendo la mayor superioridad posible, debía derrotarse primero rápidamente a uno de los adversarios para dirigirse después con todas las fuerzas disponibles contra el otro. Por algo Moltke había hecho de los ferrocarriles el medio clásico para operar por línea interior. Schlieffen exigió continuamente un reforzamiento del ejército, si bien retrocedía cuando le ofrecían resistencia, convencido de que le correspondía solamente el papel de pedir y de hacer advertencias.

Durante el tiempo comprendido entre 1893 y 1905 fueron organizados tres nuevos cuerpos de ejército y aumentadas la artillería liviana y pesada, las tropas de ferrocarriles, de comunicaciones y la aeronáutica. A pesar de esto, centenares de miles de jóvenes de cada clase quedaron sin instrucción alguna, porque el Parlamento del Reich no concedió los medios financieros necesarios. Schlieffen persiguió con mucho interés el desarrollo de la radiotelegrafía, de la comunicación por destello y de la telefonía militar. La gran innovación que introdujo fué la de organizar una artillería pesada móvil con calibres de 15 a 21 centímetros. Pero, otro invento de importancia militar quedó inadvertido para él casi por completo, esto es, el motor de combustión interna, utilizable como fuerza motriz para vehículos de carga y de combate. Poco después de 1890 las firmas Benz, de Mannheim y Daimler, de Canstatt empezaron a fabricar «vehículos motorizados». El Estado Mayor, que probablemente analizó durante algún tiempo la introducción de máquinas de vapor utilizables en los caminos como medio de tracción para la artillería, observó el nuevo invento con la mayor desconfianza. Francia y Austria procedieron en esto con mayor rapidez. En 1898 se realizaron en Austria las primeras pruebas con motores de tracción para la artillería pesada. En cambio, el Ministerio de Guerra prusiano se decidió recién en 1899 a comprar nueve «vehículos motorizados» para efectuar pruebas militares; después continuaron los esfuerzos para desarrollar un vehículo de carga motorizado utilizable.

Schlieffen dedicó sus esfuerzos principales al perfeccionamiento de lo existente. En 1896 fué mejorada la organización del Estado Mayor, introduciéndose el puesto del cuartel maestro general como reemplazante del jefe y cuatro cuartel maestros superiores. Más tarde escribió Schlieffen que solamente un conductor dotado de una clara intuición, de una gran capacidad de resolución y de una energía inalterable, podría aprovechar con éxito las ventajas de la línea interior; estas cualidades debían ser apoyadas por un aparato organizado e instruido en forma excelente. Clausewitz había augurado la totalización de la guerra en la idea del aniquilamiento. Este concepto impresionó a Schlieffen profundamente. La red de los adversarios solamente podía ser destruida si por lo menos uno de ellos era aplastado completamente de un solo golpe, terrible y mortífero.

El principal problema del momento era averiguar ante todo en qué frente podía darse el primer golpe aniquilador con la mayor perspectiva de éxito. Al comienzo Schlieffen mantuvo aún la concentración proyectada por Moltke y Waldersee con centro de gravedad en el este, pero después se apartó de ella al disminuir progresivamente la posibilidad

de obtener una decisión rápida, tanto en el este como en el oeste. Francia terminó la construcción de su cintura de fortificaciones orientales, según los planes del general Rivière y Rusia, acumulando cada vez mayores cantidades de tropas en su zona fronteriza de Polonia, comenzó a construir un sistema de fortificaciones en la zona de Lomsha, Nowo-Georgiewsk, Iwangorod, Brest-Litowsk, Kowno y Varsovia, cerrando de este modo la dirección del ataque hacia el río Narew, proyectada por Moltke.

Las miradas de Schlieffen se dirigieron así hacia el oeste. Según una vieja regla fundamental militar, la mejor forma de anular el valor de una posición fuertemente fortificada situada delante del propio frente, es rodearla. De tal modo nació en él la idea de avanzar hacia el flanco y espalda del sistema fortificado francés para obligar al adversario a librar una batalla con frente invertido. Moltke y Waldersee habían querido esperar la ofensiva francesa en la Lorena para atacar recién cuando se hubiera producido la decisión en el este y una vez rechazada la ofensiva francesa. Pasando ahora a la concentración con el centro de gravedad en el oeste, Schlieffen inicialmente quiso buscar la decisión al norte de la línea Metz-Estrasburgo. Como base para apreciar a los ejércitos vecinos y sus intenciones, el Estado Mayor poseía las informaciones de los agregados militares, las publicaciones de la Prensa y la literatura militar, así como las divulgaciones oficiales de orden militar de los países vecinos. En contraste con todos los cuentos fantásticos que circularon más tarde referentes a este punto, del lado alemán el espionaje desempeñó un papel muy reducido, hasta por la poca aptitud de los alemanes para esta actividad. Entre tanto, las expresiones semioficiales de los círculos militares franceses no dejaban reconocer una clara voluntad ofensiva; solamente destacaban la solidez de la cintura de fortificaciones francesas.

Este sistema de fortificaciones estaba flanqueado por dos países, Suiza y Bélgica. El primer país, de suelo montañoso y fácil de defender desde el punto de vista militar, no se prestaba para ser atravesado rápidamente, por lo cual podía ser dejado de lado en las reflexiones desde un principio. Quedaba Bélgica, como también la preocupación de que fuerzas francesas pudieran avanzar por este país y rodear la línea alemana del Rin para amenazar la cuenca del Ruhr, centro de la industria de armamentos alemana. Aproximadamente en 1892 surgió por primera vez la idea de avanzar con un fuerte ejército alemán en el ala derecha a través de Luxemburgo y defenderse en forma retardante en la Lorena. Sin embargo, aquella región era demasiado pequeña para concentrar allí fuerzas considerables y tenía, además, muy pocos caminos. Por otro lado, las Ardenas representaban la parte más débil del sistema de fortificaciones francés. «El claro de Luxemburgo» estaba cubierto solamente por dos fortalezas anticuadas, que no habían sido modernizadas, porque se confiaba en la intransitabilidad de las Ardenas con sus bosques densos y sus escasos y malos caminos montañosos.

Schlieffen conocía suficientemente bien la historia para saber que una violación del territorio belga debía producir también el peligro de una intervención inglesa. Napoleón había dicho una vez que Amberes en manos

de una potencia continental representaba una pistola dirigida al pecho de Inglaterra. Este país siempre había luchado por la integridad de la costa del canal, tanto contra España como contra Francia. Schlieffen esperó, sin embargo, que la impresión de una derrota de la fuerza militar francesa conmoviera a la opinión pública inglesa. No consideró muy probable un desembarco inglés en Dinamarca, como tampoco un ataque al canal de Kiel, opinando que sería posible defenderse en esta zona con fuerzas muy reducidas. Pero si por otro lado las fuerzas terrestres inglesas aparecían en Bélgica o en el norte de Francia, debían participar en el inevitable desastre del Ejército francés y podrían ser aniquiladas completamente. En opinión de Schlieffen, el derrumbe de Francia incluiría al mismo tiempo a Inglaterra y a Rusia, cuyos preparativos bélicos se realizaban con la ayuda financiera de Francia.

III

Aproximadamente en 1900 el plan de concentración proyectado por Schlieffen preveía aún la unión de seis ejércitos en la línea St. Vieth-Estrasburgo y otro ejército, colocado en el ala, que debía efectuar la maniobra de rodeo y avanzar en forma escalonada desde el espacio de Aquisgrán y Düren. En 1902 rigió aún en el viaje de Estado Mayor en el oeste la hipótesis de que una violación del territorio de Luxemburgo y Bélgica sería factible solamente en el caso de que Francia tomara la iniciativa al respecto. Este viaje dió, sin embargo, como resultado la conclusión de que sería posible obtener una victoria frontal sobre un ejército francés que avanzara desde la región de los Vosgos, aun cuando no podía conseguirse su aniquilamiento. Pero tal victoria de aniquilamiento rápidamente lograda, era la condición previa para el éxito de la táctica retardante en el este, frente a Rusia. Se presentó así aquella «situación difícil», de la cual Waldersee ya había hablado, pues no podía permitirse que los rusos en su avance cruzaran el Vístula. Schlieffen luchó intensamente con el problema de Bélgica y así no más no se decidió a violar su neutralidad. Pero una victoria de aniquilamiento sólo era imaginable si se hacía un rodeo a través de ese país. No había condiciones previas favorables para concertar una alianza con Bélgica. El mayor general Von Bötticher, uno de los escritores militares alemanes en la época del ejército de 100.000 hombres, juzgó más tarde en su estudio sobre Schlieffen, basándose en una serie de ideas de orden típicamente nacionalistas y militaristas, que había sido más importante salvar a Alemania que respetar la neutralidad de otro país. Pero, en realidad queda planteada la pregunta si el plan de Schlieffen efectivamente fué la salvación y si un mero triunfo militar podía solucionar problemas políticos.

Paulatinamente se formó de ese modo hasta el año 1905 el célebre «plan de Schlieffen», que pasó a ser un concepto histórico. La masa prin-

cipal del ejército del oeste, formada según los proyectos por de pronto con nueve cuerpos de ejército, cinco divisiones de caballería y siete cuerpos de ejército de reserva, subordinados todos al comando del 1.º Ejército, debía concentrarse en el espacio entre Colonia, Düsseldorf y Aquisgrán para avanzar hacia Bélgica. Otros siete ejércitos más débiles, escalonados hasta la región de Saarburgo debían avanzar en el frente situado más al sur; el Rin superior debía ser defendido solamente por fuerzas italianas, diez divisiones de infantería y dos de caballería, con las cuales se contaba todavía en aquel entonces. Un avance francés a través del Rin superior hacia Baden de ningún modo habría molestado las intenciones de Schlieffen, porque en tal caso considerables fuerzas francesas se habrían apartado de su base de defensa. En total, aproximadamente veintitrés cuerpos de ejército, doce cuerpos de ejército de reserva y ocho divisiones de caballería debían ejecutar de este modo, en forma escalonada, al igual que en un ejercicio de batallón en los tiempos federicianos, un gigantesco movimiento de conversión alrededor de la zona de Diedenhofen-Metz como punto de rotación y avanzar a través de Bélgica hacia el norte de Francia, para obligar al Ejército francés a librar una batalla con frente invertido y estrecharlo contra la propia cintura de fortificaciones o contra la frontera suiza. En el este, un débil ejército constituido por tres cuerpos de ejército, cuatro divisiones de reserva, dos a cuatro divisiones de caballería y algunas unidades de milicia, debía cubrir la Prusia oriental, mientras que el Ejército austríaco debía emprender una ofensiva demostrativa en la Galitzia. No se efectuó, sin embargo, una detallada armonización de estos planes con el Estado Mayor austríaco; tampoco se dispuso de seguras garantías respecto a la ayuda italiana. Hasta el comando de la propia marina no fué informado sobre los planes del Estado Mayor, aun cuando una acción coordinada de la armada, dirigida hacia el canal de la Mancha, en realidad hubiera debido cooperar con las operaciones del ejército. Es que el Estado Mayor prusiano nunca había sabido emplear la flota en forma adecuada.

Schlieffen exigió que los comandantes de ejército se identificaran enteramente con la idea fundamental de este plan estratégico, lo que debía tener como consecuencia que los comandantes subordinados en cierto modo renunciaran a la iniciativa propia. Un solo comandante del tipo de Vogel von Falckenstein o Steinmetz, realizando acciones arbitrarias, habría podido hacer fracasar o perder el valor a este plan. Inconscientemente cundió esta tendencia en todo el ejército; debido a ella, en la crítica final de una maniobra el comandante de un cuerpo de ejército dijo a un joven oficial de Estado Mayor que trató de exponer ideas estratégicas propias: «Su Majestad emplea a un solo estratega y ni usted ni yo estamos encargados de este puesto.» Schlieffen exigió que los ejércitos efectuaran sus movimientos como los batallones en el campo de instrucción. No fué una casualidad que en aquella época se instalaran campos de ejercicios de gran extensión, donde podían efectuarse maniobras de unidades mayores sin producir daños en los campos y sin molestar a la población agraria e industrial. Al parecer, el plan de Schlieffen excluyó

también aquel factor que Clausewitz había calificado con el término de «fricciones», es decir, incidente y acontecimientos imprevistos y que, según su criterio, eran propios de toda acción bélica. Anteriormente Grolman había advertido ya contra un «gran plan» proyectado en el gabinete, como receta de la victoria para el futuro. Ahora el plan fué estimado como la suprema sabiduría. Su ejecución exigió que el comandante en jefe responsable de la misma poseyera una voluntad fanática y dispusiera de una energía inalterable, también en el caso de que se produjeran éxitos imprevistos del adversario, sea debido a una eventual operación inglesa desde el territorio danés, sea en el transcurso de una ofensiva rusa en el Vístula. El comandante nominal en el oeste era en todo caso el emperador mismo; habría sido una tarea difícil para Schlieffen como jefe del Estado Mayor oponerse a él en el caso real de una guerra, pues durante el tiempo en que Schlieffen ocupara ese puesto, la exaltada confianza que tenía en sí mismo el soberano, no había sido conmovida aún.

IV

El destino no permitió a Schlieffen comprobar su plan en la práctica. Pero, teniendo en cuenta la capacidad del ejército imperial de 1914, tan excelentemente instruido y, la del Estado Mayor, que trabajó con tanta exactitud y seriedad, sin duda alguna — en lo que se refiere al aspecto militar — se hubiera podido lograr con este plan un aplastante éxito inicial, siempre que hubiera sido ejecutado en su forma primitiva por un gran conductor o por lo menos por un hombre dotado de una energía brutal al modo de Ludendorff; indudablemente Francia habría sido derrotada. En cuanto a la pregunta por qué en la época de Guillermo II no fueron toleradas ya en Alemania tales personalidades en la conducción militar, encuentra su explicación en el hecho de que la modalidad de un soberano débil no permite la presencia de personalidades fuertes o independientes. Otra pregunta, que pertenece ya a la esfera de las conjeturas, es cómo se habrían desarrollado en tal caso los acontecimientos posteriores. Probablemente ni Inglaterra ni Rusia habrían abandonado la lucha. En todo caso la victoria rápida y la guerra corta eran conceptos utópicos en el siglo xx, porque la guerra desarrolló al máximo todas las fuerzas de las naciones, haciendo que se acrecentaran al extremo debido al desarrollo económico o al aumento biológico y numérico de los pueblos. La idea de los profesionales militares de que una victoria puramente militar podría forzar decisiones políticas y solucionar problemas políticos, constituyó así una utopía peligrosa.

Schlieffen mismo recalcó, subrayando esta afirmación, que su plan no debía ser un esquema para lograr el triunfo del más débil sobre un adversario más fuerte. Pero la fe en su plan respondía al espíritu de aquel

tiempo e involuntariamente los partidarios de Schlieffen transformaron el plan en un dogma. Al deliberar sobre la situación bélica para el viaje de Estado Mayor de 1905, Schlieffen tomó ya como base el caso más desfavorable, esto es, de que no solamente se presentarían Francia y Rusia como adversarios del Reich, sino también Inglaterra, Bélgica, Italia, Servia y Rumania. Cuando estalló la primera revolución rusa y los ejércitos rusos derrotados en la Manchuria por los japoneses, pensó por un momento en una guerra preventiva contra Francia. Algunos comandantes de cuerpos de ejército favorecieron también tal idea, ante todo el comandante del 4.º Cuerpo, el general Von Hindenburg y el barón Colmar von der Goltz, en aquel entonces comandante del 1.º Cuerpo, destinado a ser comandante del frente este, en caso de guerra. Pero ni el emperador ni el príncipe Bülow aprobaron esta idea. Si bien Bülow no disponía ya como Bismarck de un gran prestigio en la política exterior, como diplomático extraordinariamente hábil creyó que aun cuando no consiguiera hacer desaparecer las dificultades existentes, por lo menos podría eludirlas en forma hábil.

La campaña modelo para Schlieffen en aquellos años no era todavía la clásica batalla envolvente de Canas, sino la campaña de Napoleón en el sur de Alemania en el otoño de 1805, que había conducido al cerco y rendición del Ejército austríaco de Mack, en Ulm. Pero su plan no nació de ejemplos históricos, sino de una intuición original; en el fondo surgió al comprobar que debido a la forma como la técnica de transportes y de comunicaciones habían vencido el espacio y el tiempo, era posible ahora una concentración de ejércitos de millones en amplios espacios y en forma separada; además, que el flanco y espalda de tales ejércitos eran muy vulnerables y que la ruptura frontal, ejecutada desde la profundidad con fuerzas acumuladas, se había hecho irrealizable en esta época de la guerra de masas. Napoleón en Waterloo y Benedeck en Königgrätz habían fracasado de este modo. Como hijo legítimo del historismo, Schlieffen buscó afirmar sus teorías en la historia militar. Para él la guerra consistía en la aplicación de las leyes fundamentales de la vida a los nuevos fenómenos de las masas y de la técnica. Frecuentemente se veía a este hombre tan alto, con su aspecto aristocrático, encontrarse ya en las primeras horas de la madrugada, antes del habitual paseo a caballo, en la sala de cartografía del Estado Mayor, donde estudiaba las cartas y se hundía en sus reflexiones. No se le ocurrió la idea de que los ejércitos de masas podían llegar a ser demasiado grandes para ser conducidos aun por una sola voluntad central, porque él mismo fué educado en el concepto de obediencia de la oficialidad prusiana. Pero siempre tuvo una cierta inseguridad y un remordimiento interior que le hicieron buscar en toda la historia militar los ejemplos necesarios para procurarles confianza en su plan. Describió estos ejemplos en varios estudios de historia militar que se destacan por su excelente dicción clásica.

V

Al comienzo del año 1904 el Estado Mayor francés fué informado a grandes rasgos por sus agentes sobre el plan de concentración alemán. Ese mismo año se concertó la «entente» entre Inglaterra y Francia. Las dos grandes potencias anglosajonas constituyeron ahora también una organización de Estado Mayor; Estados Unidos, basándose en sus experiencias de la guerra hispano-americana de 1898 y de las luchas en las islas Filipinas contra los nativos sediciosos; Inglaterra, como consecuencia de la reforma de su ejército profesional anticuado. Ya en 1905 la División Operaciones inglesa estudió en un juego de guerra el caso de una invasión alemana en Bélgica. Durante los siguientes años las ideas de Schlieffen influyeron poderosamente sobre la forma de pensar de la generación más joven del Estado Mayor francés. La doctrina del coronel francés de Grandmaison que el ataque era la mejor forma de defenderse, estaba animada por el conocimiento de los planes ofensivos de Schlieffen, aun cuando un ataque francés habría favorecido en realidad dichos planes. Sin embargo, en el Ejército francés la confianza en sí mismo se había acrecentado considerablemente desde la derrota sufrida en 1870.

Poco a poco Schlieffen dejó de destacarse. En agosto de 1905, durante un paseo a caballo en el parque del Tiergarten, fué herido gravemente en la pierna por una coz del caballo de su acompañante, por lo cual no estuvo en condiciones de ejercer su cargo durante varios meses, en la época muy crítica de la crisis marroquí, que estalló entre Francia y Alemania y mantuvo en suspenso el mundo. En consideración a la elevada edad de Schlieffen, se analizaba en el Estado Mayor ya desde 1902, el problema de quién podría reemplazar al maestro de la estrategia. Sin duda la cabeza más capaz del ejército era el general Von der Goltz, aunque tenía ideas utópicas en el campo de la política; pero por su personalidad voluntariosa e inflexible era inaceptable para el emperador. El otro aspirante era el cuartel maestre general Von Bülow; pero en el otoño de 1903 fué reemplazado por un favorito del emperador, el general Von Moltke, el sobrino del gran fundador del Estado Mayor, cuyo ayudante había sido durante largos años. El sólo hecho de llamarse «Helmuth von Moltke» fascinó al emperador; además, el segundo Moltke se destacaba por su extraordinaria apostura militar, pues tenía la figura de un coracero de talle alto y ancho y, el monarca, hombre frecuentemente tan ingenuo, creyó seriamente que un hombre tan gallardo debía infundir temor al mundo.

VI

Moltke, nombrado oficialmente el 16 de febrero de 1904 como cuartel maestre general y reemplazante de Schlieffen, no era un partidario convencido de las ideas de éste. El mismo relató más tarde en sus recuerdos, que en los viajes de Estado Mayor Schlieffen le pedía de vez en cuando su opinión, pero que casi nunca coincidían ambos; no podían imaginarse contraste mayores. En enero de 1905, el canciller, príncipe Von Bülow, al encontrar a Moltke durante un paseo a caballo en Tiergarten, le preguntó si no quería convertirse en sucesor de Schlieffen. Moltke no tenía mucha confianza en sí mismo y le expresó sus escrúpulos al respecto. Pero el canciller creía que Schlieffen era ya demasiado viejo y el emperador ya había dicho que se dispondría de Moltke en el caso de que Schlieffen no estuviera en condiciones ya de cumplir con su cargo. El emperador, acostumbrado a llamar a Moltke solamente con el nombre de «Julio», lo citó. Moltke conocía bastante bien al soberano y trató de asegurarse la necesaria libertad de acción desde un principio. Le dijo francamente que las grandes maniobras en las que el emperador mismo sabía conducir, no tenían valor alguno como preparativos para caso de guerra, porque según las reglas del protocolo, era imposible que fuera vencido. El monarca se puso pensativo. Moltke no le ocultó tampoco las dudas que tenía sobre su propia capacidad. Muchos puntos de esta conversación hacen recordar la manera en que Benedeck fué obligado a hacerse cargo de comando en jefe en 1866. Moltke advirtió también contra una guerra futura, pues ésta, como «guerra de pueblos» no podría terminar con una sola batalla. Es que los juegos de guerra estratégicos, dirigidos por el emperador, siempre habían terminado, con la aprobación de Schlieffen, en una infalible captura del ejército adversario en un «super-Sedan».

Para inaugurar el monumento de Moltke, el 26 de octubre, Schlieffen nuevamente volvió a encargarse de su puesto. Durante su enfermedad, Moltke, que lo había reemplazado, sin informarlo había dirigido a los comandantes de cuerpo de ejército una directiva, recomendándoles la realización de ejercicios de ataque frontal con unidades mayores, lo que ya representaba una reacción contra la unilateralidad de los conceptos de Schlieffen. En un memorándum del 20 de diciembre de 1905, Schlieffen destacó una vez más que en caso de guerra la derrota de Francia podría conseguirse solamente por medio de un ataque de flanco, ejecutado a través de Bélgica, con el fin de apretar de este modo al Ejército francés contra las fortalezas del río Mosela y Suiza y aniquilarlo. Las fuerzas empleadas en el ala derecha alemana debían estar en este caso en una relación numérica de siete a uno aproximadamente, comparadas con las empleadas en el ala izquierda. A fines del año 1905, Schlieffen pasó al

retiro. Habló ahora de sí mismo como de un servidor inútil, de cuyos hombros fué retirada la carga que el cuerpo frágil no podía soportar más. Esto equivalía a la resignación; la misma que había demostrado frente al problema de la guerra en varios frentes, que había aceptado solamente como especialista militar y había considerado como una tarea inevitable, sin que jamás tratara de señalar los peligros de tal conflicto a la conducción política.

Cuando Schlieffen se retiró del servicio, el Estado Mayor se componía de un cuartel maestre general, cuatro cuartel maestres superiores, de los cuales uno, también un Moltke, estaba agregado a la persona del emperador y 102 oficiales. De todos ellos, 44 eran de descendencia burguesa y entre sus nombres se encuentran varios que fueron conocidos más tarde en la Primera Gran Guerra Mundial; el mayor Ludendorff trabajaba en la División Concentración y el capitán Groener en la División Ferrocarriles. En cuanto a la educación de los oficiales del Estado Mayor, era característico ahora que más de la mitad de ellos hubieran aprobado las clases de la enseñanza secundaria (*); solamente un 30 por ciento había sido educado en las escuelas premilitares reales, si bien entre ellos uno de los posteriores conductores de la organización «Casco de Acero» (**), el capitán Düsterberg. Los círculos ortodoxos del Estado Mayor observaban con cierto disgusto que ahora fueran destinados también algunos príncipes para prestar servicio en el Estado Mayor, como el hermano de la emperatriz, el príncipe Ernesto de Slesvig-Holstein y, desde 1905, el príncipe Federico Guillermo de Prusia y el príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen; este último fué enviado a la Manchuria para estudiar el Ejército japonés. El Estado Mayor no quiso convertirse en un plantel de bizantinos. Una de las personalidades más voluntariosas de los oficiales más jóvenes del Estado Mayor era, sin duda, el mayor Ludendorff. Pero Schlieffen no dejó un verdadero heredero. Groener apreció más tarde que el defecto principal de la escuela del Estado Mayor en aquel entonces era la falta de comprensión de las innovaciones técnicas contemporáneas: el automóvil, el avión y la ametralladora. En la novela *Jena o Sedan*, el autor Beyerlein hacía reflexionar del siguiente modo al capitán Von Wegstetten, el tipo del jefe de batería cumplidor de sus deberes: «Bien, ¿por qué el nombre de Schlieffen no debía tener más tarde la misma celebridad que el de Moltke? Es cierto que Schlieffen no creyó en esto, pero en realidad sin razón.»

En los años de su aislamiento, Schlieffen se propuso destacar públicamente el encierro de Alemania como un hecho consumado. Con relación a esto citó la conocida frase humorística de Bismarck de que en una guerra futura se recurriría a la policía prusiana para tomar preso al cuerpo expedicionario inglés. Schlichting, por su parte, preguntaba por qué se irritaba innecesariamente a Inglaterra, eventualmente el más poderoso de todos los adversarios y por qué en lugar de hablar del encierro la di-

(*) Gimnasio. (N. del T.)

(**) Una organización de los ex combatientes alemanes de la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

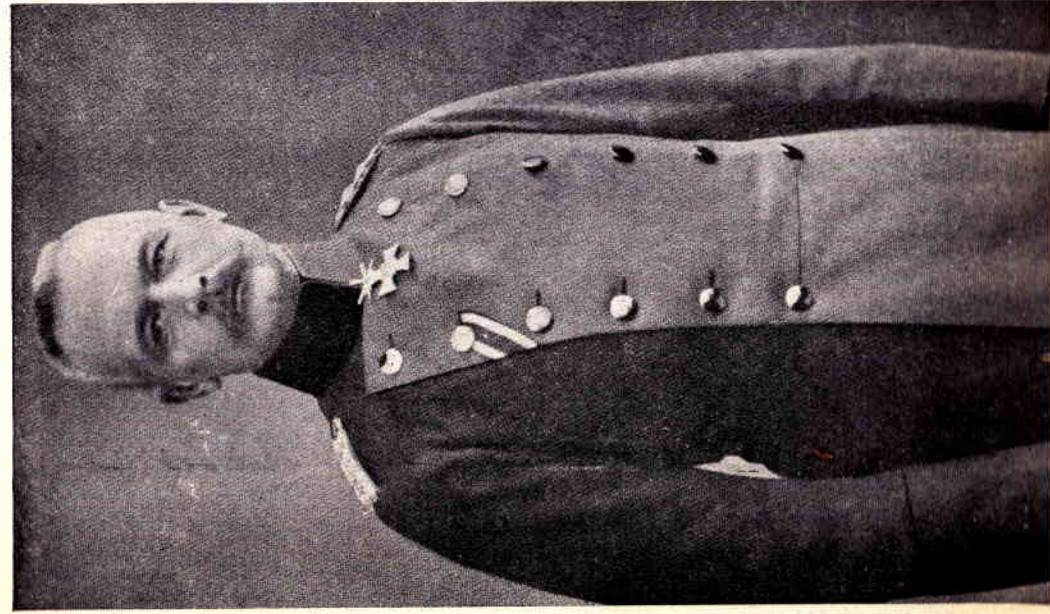
plomacia ~~no se~~ **no se** esforzaba en evitarlo, tomando medidas contrarias. Supuesto el ~~que se~~ **que se** persiguiera una política razonable en Europa y que se extendiera ~~por~~ **por** más la red ferroviaria, Schlichting consideraba la ubicación central de Alemania más bien como una fuente de fuerza, mientras que los partidarios de Schlieffen continuamente estaban dominados interiormente ~~por el~~ **por el** temor de ser aplastados y vivían en un estado de neurosis política. Schlichting era un convencido defensor de la «guerra limitada», en el sentido que Moltke entendió este concepto, desaprobado más tarde por Ludendorff. No era tan ingenuo para suponer que solamente el aniquilamiento del Ejército francés o la toma de Moscú podrían solucionar los problemas de la política europea; las batallas solamente podían preparar el camino para los éxitos políticos.

En su estudio sobre la batalla de Canas, publicado primeramente en una revista militar, Schlieffen tampoco advirtió el hecho de que el éxito del conductor cartaginés en realidad era un ejemplo clásico de la necesidad de que la victoria fuera explotada por una política correlacionada. Los estadistas de Cartago no supieron sacar provecho de este triunfo y la guerra continuó aún catorce años más para terminar finalmente con la derrota de Aníbal en Zama. Como especialista militar, Schlieffen estudió solamente el método militar. Las batallas de Leuthen y Austerlitz fueron transformadas ahora en otras «Canas» y todas las batallas fueron apreciadas desde el punto de vista de su aproximación al ideal y hasta qué grado. Moltke había definido la estrategia como un sistema de recursos; Hindenburg, que poseía una considerable porción de sentido común y de astucia natural, opinó que el servicio de Estado Mayor consistía en aplicar el criterio al caso concreto; la confianza de Schlieffen en un plan, en el fondo significó ahora una oposición directa a todas estas convicciones.

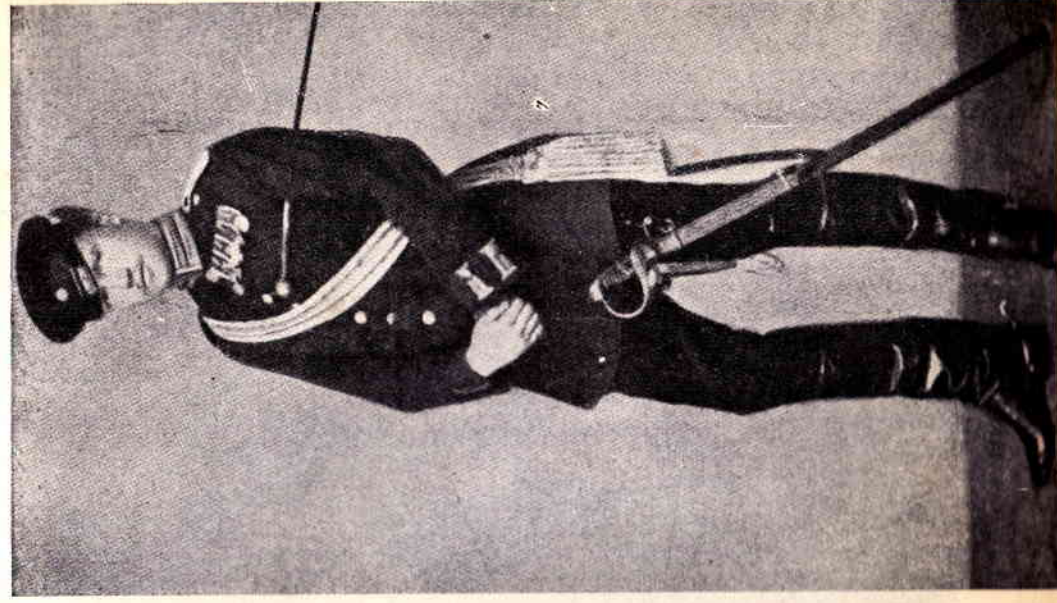
Con todo acierto Schlieffen predijo que la guerra de los ejércitos de masas produciría el vacío del campo de batalla debido a la eficacia creciente de todas las armas, por lo cual la cubierta del combatiente aislado en el combate de fuego era ahora uno de los factores más importantes. Acertadamente pintó también el aspecto del conductor moderno, lejos del frente, en una oficina, reflexionando sobre las cartas de concentración y manteniendo el enlace con los gigantes ejércitos en lucha mediante el telégrafo, teléfono y ayudantes en automóviles y motos, y empleando aviones, globos cautivos y dirigibles como medios de reconocimiento. Pero su creencia de que esta guerra sería corta, porque el mantenimiento de los ejércitos gigantes sobrepasaría el poder económico de los beligerantes y que podría ser decidida en una sola gran batalla, contenía interiormente un contrasentido, que debió haber advertido el autor al escribir todo esto.

Al reconocer el reforzamiento del espíritu ofensivo francés, Schlieffen analizó pasajeramente en sus últimos proyectos, en 1912, la idea de iniciar el ataque simultáneamente en todo el frente entre Bélgica y Suiza; pero estas ideas no pasaron de ser puros proyectos y no tuvieron ninguna influencia en los planes de operaciones. El segundo Moltke nunca

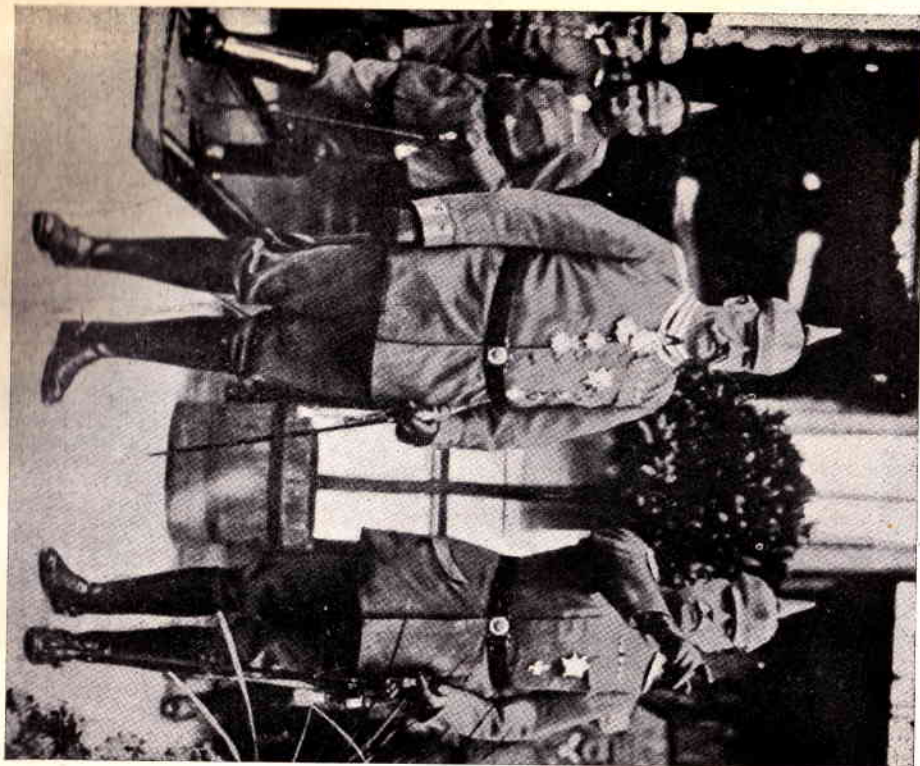
había estado de acuerdo con las opiniones de Schlieffen y evitó también todo contacto con él, porque el viejo hombre había caído en la desgracia del emperador. Schlieffen murió el 4 de enero de 1913. Hallándose aún en sus últimos escalofríos, no luchó por aquella paz que, según había escrito el viejo Moltke, se hallaba por encima de toda razón, sino por el secreto de la victoria terrestre. Sus últimas palabras fueron: «Hacedme fuerte el ala derecha.»



Von
Falkenhayn



Von
Hindenburg
en 1871



CAPÍTULO VII

LA GUERRA SIN CONDUCTOR

El segundo Moltke y Falkenhayn, 1906 a 1916

I

El segundo Moltke se hizo cargo de la jefatura del Estado Mayor el 1.º de enero de 1906, en un momento en que el horizonte político se estaba oscureciendo y había sucedido la primera revolución rusa de 1905 y la crisis franco-alemana de Marruecos. En 1904 Inglaterra y Francia habían concertado un convenio referente a sus esferas de interés en África y en el sudeste de Asia. Marruecos, donde la industria pesada alemana pretendía las minas existentes en la sierra del Atlas, había sido declarado en dicho acuerdo como parte integrante de los intereses de Francia. El triunfo electoral del Partido Liberal en Inglaterra trajo consigo el impulso enérgico de la reforma del Ejército inglés, bajo el muy capaz ministro de Guerra Haldane, quien visitó a Berlín para estudiar la organización del Ejército alemán y especialmente la de su Estado Mayor. La competencia de armamentos navales entre Alemania e Inglaterra adquiría formas cada vez más amenazadoras. Y el Reich mismo estaba enfermo por el problema no resuelto de las masas obreras socialistas, la burguesía liberal que exigía igualdad de derechos y el Estado fosilizado por las formas anticuadas y conservadoras.

Helmuth von Moltke, el heredero, nació en el año de la revolución de 1848 como hijo de Adolfo von Moltke, segundo hermano del vencedor de Königgrätz y Sedán. En su interior sentía una gran admiración y un profundo respeto por su tío, por lo mismo que sabía que no podría responder a las grandes obligaciones de su cargo.

Schlieffen había enseñado que no se nombraba al conductor, sino que éste debía nacer como tal. Moltke no sentía haber nacido con este don. Al igual que el comandante en jefe austriaco en aquella hora fatal de

1866, reconoció que no era capaz de cumplir la tarea que debía tomar a su cargo; como aquél, protestó también, pero obedeció después como soldado cuando el emperador apeló a su honor militar. Como ocurre tantas veces a los herederos de grandes nombres históricos, también Moltke consideraba su apellido como una pesada carga. Era un hombre extraordinariamente ilustrado y sentía mucho interés por la literatura; en los viajes de Estado Mayor tenía siempre consigo el *Fausto* de Goethe; no deja de ser también notable que fuera un jinete muy malo. En las excursiones y cacerías cayó muchas veces del caballo, de modo que hasta por eso debía suponerse en él un sistema nervioso débil. Su casamiento con una lejana parienta de la rama danesa de su familia, la condesa Elisa Moltke Hvitfeld, reforzó en él la inclinación a los problemas culturales, pues su esposa era una mujer extraordinariamente ilustrada y prudente, pero por desgracia entregada a un misticismo enfermizo. Se ocupó también de las doctrinas de la «Christian Science» (*), pues no le satisfizo ya la creencia sencilla y severa de la ortodoxia prusiana. El mismo escribió que su Dios no era el Dios de la venganza, sino el de los pecadores penitentes. La lucha por la paz del alma y las cavilaciones sobre el problema de la salvación y el sacrificio de Jesucristo en la cruz, eran para él una evasión de la vida común.

Pero ¿cómo podía conciliarse esto con su confesión de que el humo de la pólvora de las maniobras era el medio ambiente más grato para él en la vida? Quedaba establecida así una contradicción imposible de aclarar. En esta falta de armonía en la personalidad del nuevo jefe de Estado Mayor se refleja la falta de consistencia y la fragilidad interior del mundo de Guillermo II. En correlación con esta inclinación a las especulaciones de orden religioso y filosófico, existía en Moltke una falta completa de instinto político. Las fuerzas del «espíritu ilustrado» y del materialismo, la democracia y el socialismo, le inspiraron temores.

Frente a las cuestiones de la política exterior, Moltke observó una conducta similar. Aceptó el antagonismo de Francia y Rusia contra el Reich como un hecho inmutable. En cuanto su opinión que sería posible llegar a un entendimiento con Francia más que con Inglaterra, era una simple idea teórica y demostraba al mismo tiempo la orientación de sus sentimientos, que se hallaban influidos por la conducta de su amo imperial frente a todo lo inglés, la cual vacilaba continuamente entre el odio y el amor. El juicio de Moltke sobre Inglaterra y la modalidad inglesa no sobrepasó el marco de frases vulgares y baratas, como la «pérfida Albión», «la cortesía del pueblo de mercaderes» y «la actividad intrigante del rey Eduardo VII». La crisis de Marruecos del año 1905 era, según su modo de ver una tentativa inglesa de lanzar Alemania contra Francia, para poder aprovechar la situación turbia. Se inició en la Casa Roja (*) de la Plaza Real de Berlín bajo la jefatura de Moltke una época de labor silenciosa, caracterizada por una reserva aún mayor que en los tiempos de Schlieffen.

(*) Doctrina de una secta religiosa de origen anglosajón.

(**) Edificio del Estado Mayor alemán. (N. del T.)

No era una señal de fuerza, sino la consecuencia de una cautela temerosa, que Moltke ahora se esforzara — aunque en vano — de introducir la censura por parte del Estado Mayor de todas las publicaciones militares, hasta de las memorias de los oficiales que habían ocupado anteriormente puestos destacados. Año tras año se prepararon nuevamente los dos planes de concentración correspondientes a los frentes Oeste y Este, en medio de un ambiente de la política exterior cada vez más sofocante y cargado de tensiones. Atentamente se observó el desarrollo de los ejércitos vecinos, obteniéndose de este modo un cuadro bastante acertado de los ejércitos de Francia y Rusia. En este último país, debido a las reformas introducidas por el ministro de Guerra, general Suchomlinow, el ejército venció rápida y sorprendentemente las consecuencias de la derrota y de la revolución de 1905 y pronto volvió a ser un respetable instrumento militar. También el ejército regular inglés fué apreciado ahora como un notable factor militar, después de las reformas realizadas por Haldane, pues se había formado en él un verdadero Estado Mayor y constituido un cuerpo expedicionario, siempre listo, compuesto por seis divisiones de infantería y una de caballería. El potencial bélico de Inglaterra y la capacidad militar de Canadá, Australia, Nueva Zelanda e India, sin embargo, fueron menospreciados en Berlín; ante todo se creyó que no sería posible enviar tropas de India a un teatro de operaciones europeo, debido al peligro de que estallaran allí revueltas.

En la rama del armamento se desarrollaron durante la primera década del siglo xx nuevas y cada vez mejores armas automáticas. En la artillería francesa se introdujo una nueva pieza de calibre de 75 milímetros, con retroceso sobre la cureña y dotada de un escudo blindado para cubrir al servicio de pieza, cuya superioridad balística fué innegable hasta el año 1914. La artillería liviana alemana siguió en su desarrollo el mismo camino entre los años 1905 y 1913. En todos los ejércitos la infantería fué dotada de ametralladoras, organizándose además nuevas tropas técnicas y de comunicaciones, así como unidades telegráficas, telefónicas, de destello, formaciones de ciclistas, de aeronáutica, de aviación y motorizadas. En Alemania primeramente se había tratado de utilizar el dirigible del conde Zeppelin para fines militares; pero, cuando en 1909 los hermanos Wright consiguieron atravesar el canal de la Mancha con un avión a motor, Moltke reconoció la importancia de esa máquina, que tenía posibilidades de empleo mucho mayores que el dirigible, pesado y de manejo difícil.

Pero el juicio del jefe del Estado Mayor nunca era decisivo en estos asuntos, pues la adquisición de armamentos incumbía al Ministerio de la Guerra y este «Real Ministerio de la Guerra» prusiano era el paladín de ideas conservadoras. Los oficiales en cuyas manos se halló la decisión de estos asuntos no estaban en condiciones de reconocer claramente la importancia de los nuevos inventos del avión y el automóvil; es que los valores tradicionales prusianos eran la disciplina, el valor y el cumplimiento del deber hasta la muerte, pero no el empleo de las máquinas de guerra. En el año 1870 la infantería prusiana había triunfado, aun sin disponer de

fusiles de repetición ni de ametralladoras ni de globos cautivos. Mientras que el Estado Mayor francés se esforzaba en aprovechar los nuevos inventos en todo su alcance y mientras en Francia se constituían los primeros destacamentos de aviación y la industria automotriz francesa construía los primeros automóviles blindados, en Berlín se vacilaba al respecto. Cuando en las grandes maniobras de 1908 en Alemania se presentaron tres modelos distintos de automóviles blindados, dotados de ametralladoras, nadie supo qué hacer con esta nueva arma. Una suerte semejante sufrió el teniente coronel austríaco Burstyn, que en 1911 ofreció al Ministerio de Guerra prusiano los planos de un vehículo de guerra blindado a motor con cadena-oruga, apto para todo terreno, que fué en realidad el primer modelo de tanque. Ni siquiera se creyó conveniente hacer experiencias técnicas sobre la base de esta idea. En 1914 el Ejército alemán tenía un sólo batallón de transportes automotores; como reserva y de un valor muy dudoso, se disponía de los vehículos del Automóvil Club Imperial, una asociación plutocrática de los grandes terratenientes y financistas. Frente a los nuevos cañones livianos franceses, los célebres «setenta y cinco», la clásica arma del Ejército alemán siguió siendo la artillería pesada móvil, creada por Schlieffen. Sin embargo, no se reconoció la posibilidad de aprovechar en ella la tracción a motor. Al igual que en Rusia, los regimientos de caballería de la Guardia, con su oficialidad feudal, eran siempre las unidades más nobles del Ejército prusiano. Era notable que el porcentaje de oficiales destacados por la caballería de la Guardia al Estado Mayor fuera extraordinariamente reducido. Antes estos regimientos habían sido el arma que decidía las batallas, ahora tenían sólo un valor decorativo. Desde hacía mucho tiempo el predominio del capital en todos los órdenes de la vida había debilitado también decisivamente la base económica de los terratenientes nobles; pero este cambio en la estructura social y económica no trajo consigo ninguna reforma, ni en el ejército ni en el Estado.

II

A todo esto, durante los años 1907 y 1908, dos asuntos escandalosos conmovieron profundamente la confianza en sí mismo que manifestaba en forma tan enfermiza el emperador Guillermo II. En 1907 se descubrió que algunos destacados miembros de la Corte y altos militares habían cometido delitos homosexuales, entre ellos el príncipe Felipe Eulenburg y el comandante de la guarnición de Berlín, el teniente general Kuno von Moltke, un lejano primo del jefe del Estado Mayor. En 1908 la anexión de Bosnia y Herzegovina por parte de Austria hizo aparecer la amenaza de una guerra mundial y el asunto del *Daily Telegraph* llamó la atención pública sobre las declaraciones irresponsables que el emperador alemán hizo en el exterior, siguiendo a sus caprichos variables a cada rato. En una entrevista concedida al representante de dicho diario, había tratado de

presentarse a sí mismo como un amigo de Inglaterra, pero que sus opiniones no eran compartidas por la mayoría del pueblo alemán. Tanto en el Parlamento como en la Prensa alemanes, se levantó por eso una tempestad de indignación y hasta en los círculos conservadores se deliberó si el emperador no debía abdicar o entregar el gobierno a su hijo como regente. El canciller, príncipe Bülow, desmintió al emperador para salvarse a sí mismo. En estos días tan críticos el monarca trató de apartarse de todo, visitando al príncipe Fürstenberg en Donaueschingen; fué aquí donde el mayor general Huelsen Haseler, el sucesor del general Hahnke como jefe del Gabinete Militar, fué atacado de una apoplejía al tratar de divertir al emperador bailando con disfraz de mujer al compás de un vals.

En 1911 estalló la segunda crisis de Marruecos. La industria de tubos de acero, radicada en la cuenca del Rin y en Westfalia, consideraba la explotación de las minas de hierro de Marruecos como un monopolio alemán. Cuando Francia se preparó a ocupar la ciudad de Fez, capital marroquí, el emperador envió el cañonero «Panter» al puerto de Agadir, situado en la costa occidental de Marruecos, para proteger los intereses alemanes. Inglaterra temió en seguida que Alemania estableciera bases navales en la costa atlántica de Marruecos occidental y la publicidad francesa se indignó por «el asalto de la pantera». Moltke favoreció este modo de proceder, opinando que de esa manera se produciría una situación clara y propuso en ese momento medidas enérgicas; de lo contrario quería pedir su retiro. Todavía en 1910 el Estado Mayor había examinado en un juego de guerra el desembarco de un cuerpo expedicionario inglés de 100.000 hombres en el puerto de Esbjerg, situado en la costa occidental de Jutlandia, para estudiar las posibilidades de defensa contra una invasión inglesa en Slesvig-Holstein. Ahora debía reconocer que Inglaterra había abandonado definitivamente la idea de invadir a Dinamarca y que en caso de guerra el cuerpo expedicionario inglés aparecería en Bélgica o en el norte de Francia. Inglaterra empezó a tomar ahora medidas de precaución militares. En el mes de julio el canciller del Tesoro inglés, Lloyd George, pronunció un discurso en el Mansion House de Londres, que permitió reconocer sin duda alguna que, en caso de un choque entre Alemania y Francia, Inglaterra se encontraría al lado de la última. Es que Inglaterra siempre había luchado contra toda potencia continental que fuera demasiado poderosa en el orden militar.

La política alemana echó máquina atrás. Al renunciar el Reich a sus intereses en Marruecos, Francia le concedió compensaciones coloniales insignificantes en el África ecuatorial. Al mismo tiempo, la política perseguida en el Cercano Oriente, defendida por Von der Goltz, sufrió un grave descalabro por la guerra turco-italiana, en la cual se descubrió la debilidad del sistema militar creado por Von der Goltz en el decadente Imperio otomano, situación que tampoco los «jóvenes turcos» pudieron mejorar.

Poco a poco siguió aumentando la tensión. En las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913, en las cuales lucharon Serbia, Bulgaria y Turquía, respectivamente, Serbia, Rumania y Bulgaria, volvió a manifestarse el pe-

ligro de que se mezclaran en estas contiendas locales los conflictos latentes entre las grandes potencias. En estas circunstancias se produjo en Alemania una nueva fase en la vieja cuestión, nunca bien solucionada, del aprovechamiento completo del servicio militar obligatorio. En 1905 y 1911 habían sido aumentadas solamente las unidades de ametralladoras, de zapadores, de artillería pesada, de comunicaciones y de aeronáutica. En 1906 se había introducido un nuevo reglamento de ejercicios para la infantería, que tuvo en cuenta las experiencias de la guerra de los boers y de la guerra ruso-japonesa; las mismas experiencias condujeron en 1910 a la introducción de un nuevo uniforme de guerra, de color gris, por cuanto los viejos uniformes, con sus distintos colores, no respondían ya al carácter del moderno combate por el fuego. Pero todas estas medidas no tocaron la esencia del problema, esto es, de que anualmente muchos millares de reclutas, aptos para el servicio militar, no podían ser incorporados por falta de posibilidades de darles instrucción, mientras que en Francia en esa época se llamaba hasta el último hombre bajo bandera. Esto constituía para todos los adoradores del mero número, un fenómeno muy inquietante.

III

En 1911 Moltke enfermó seriamente, probablemente de una infección general de su organismo, causada por una amigdalitis crónica mal curada. Al parecer se hallaban afectados también su corazón y su hígado; por tal motivo debió trasladarse por un tiempo prolongado a Karlsbad y ya se hablaba de su retiro. En estas circunstancias apareció por primera vez en primer plano un hombre que hasta entonces había trabajado silenciosamente, el jefe de la División Concentración (*), el teniente coronel Ludendorff, el defensor de la «verdadera forma de guerra». Este hombre conscientemente completó (en realidad desvirtuó) la doctrina de Clausewitz, creando una nueva teoría, según la cual la guerra no era ya un medio de la política, sino que ésta era una parte de la conducción de guerra.

Moltke tenía plena confianza en Ludendorff. De ello resultó la situación rara que el jefe del Estado Mayor General, pasando por alto la jerarquía de los cuartel maestros superiores, tolerara durante cierto tiempo la existencia de otro seudojefe del Estado Mayor. Bajo la impresión del aumento de los efectivos franceses y el peligro de guerra durante la crisis de Marruecos, Ludendorff se convirtió también en un adorador del número, al igual que el Estado Mayor francés. Schlieffen había querido compensar la inferioridad numérica en una guerra de varios frentes por la mayor elasticidad en las operaciones y una mayor movilidad de las tropas. Ludendorff quiso lanzar ahora brutalmente toda la potencia del

(*) En tiempo de guerra se transformaba en División Operaciones. (N. del T.)

pueblo alemán en el platillo de la balanza. El número de nacimientos alemanes superaba apreciablemente el de los franceses; pero, mientras que en Francia se llamaba bajo bandera anualmente el 82 por 100 de todos los aptos, en Alemania se incorporaban solamente el 54 por 100. En 1912 había en Alemania aproximadamente 540.000 hombres obligados al servicio militar que nunca habían recibido instrucción alguna. Ludendorff quiso cambiar ahora esta situación, aunque el Estado Mayor podía ejercer su influencia en este problema en forma indirecta.

Por intermedio de Moltke, Ludendorff propuso la formación de tres nuevos cuerpos de ejército en tiempos de paz, una nueva organización de los cuerpos de ejército de reserva, la formación de unidades de reemplazo para el caso de movilización, la creación de una artillería muy pesada de tiro curvo para poder vencer con ella el sistema de fortificaciones franco-belga, el mayor aumento posible de las tropas de aviación, la creación de una defensa antiaérea y la introducción de cocinas rodantes para la infantería, a fin de poder alimentarla en caso de movilización. Hasta la primavera de 1914 debían formarse 55 nuevos batallones de la artillería mediana y pesada y doce baterías de artillería muy pesada 2 tracción mecánica, de calibre 30,5 a 42 centímetros; además, debían formarse 34 nuevos destacamentos de aviación, de modo que todos los comandos de cuerpo de ejército pudieran ser dotados con medios de exploración aérea. Igualmente debían ser ampliadas las grandes estaciones radio-telegráficas ya existentes. Ludendorff se ocupó también del problema de abastecimiento de munición. Junto con los cuartel maestros superiores Von Stein y Von Freytagh Loringhoven estudió la preparación económica y financiera de la guerra y aumentó considerablemente la importancia de la sección técnica del Estado Mayor, dirigida por el mayor Thomsen. En la época inmediata anterior a la Primera Guerra Mundial se efectuaron los primeros ensayos con lanzallamas, granadas de mano y de fusil, así como con bombas de gas lanzadas a mano.

En 1912 se consiguió la formación de dos nuevos cuerpos de ejército, así como el aumento de la artillería pesada y liviana y de las tropas de aviación, aumentando los efectivos del Ejército en 117.000 hombres. Los gastos correspondientes se cubrieron con la «contribución de defensa» que fué aproximadamente de mil millones de marcos. Ludendorff no quedó contento y exigió para los años 1913 y 1914 la formación de otros tres cuerpos de ejército. El general Wandel, director del Departamento de Guerra General del Ministerio de Guerra, le dijo en aquel entonces que con sus exigencias de armamentos incitaría al pueblo alemán a ir a la revolución.

En el Estado Mayor también se levantó una resistencia contra las exigencias de Ludendorff, ante todo en la División Central, que debía tramitar los pedidos financieros a otras instancias. En aquel entonces regía la regla que en caso de guerra el jefe de la División Concentración pasaba a ser jefe de la División Operaciones, es decir, el consejero más íntimo del jefe del Estado Mayor. Éste era el gran sueño de Ludendorff. Pero en el mes de enero de 1913 fué alejado por «molesto» de su cargo y nom-

brado jefe del 39.º Regimiento de Fusileros en Düsseldorf, lo cual significó un triunfo de las tendencias conservadoras. Con ello se retardó el aumento del ejército, por el cual se había luchado tan enérgicamente. En el presupuesto del año 1913 se previó un aumento de los efectivos en 65.000 hombres; en cuanto a la formación de los tres cuerpos de ejército fué postergada para los años 1916 a 1921. La Prensa liberal habló en aquel entonces del proyecto de Ludendorff en favor del aumento del ejército como de una sugestión de las masas.

Lo característico en esta campaña fué la lucha secreta que se desarrolló entre bastidores y la falta de coordinación de todos los organismos. El Estado Mayor y el Almirantazgo procedieron separadamente sin armonizar sus necesidades y exigencias; la marina ni siquiera quiso conceder un intercambio de las noticias obtenidas por los servicios de informaciones de ambas fuerzas, exigencia planteada por el Estado Mayor. El contacto entre el jefe del Estado Mayor y el Ministerio de Relaciones Exteriores se limitó en lo esencial a las relaciones personales que mantuvo el cuartel maestre superior, conde Jorge Waldersee, un sobrino del mariscal, con los funcionarios del mismo.

Si bien el canciller había sido informado a grandes rasgos del proyecto de avanzar a través de Bélgica, no cambió ideas con Moltke sobre esta cuestión tan importante, sino que opinó que sería lo mejor «dejar en paz a los perros que duermen», así como Moltke esperaba secretamente que nunca estallara una guerra que hiciera necesario aplicar esta medida. Es cierto que el emperador mantenía ya en tiempo de paz un «Cuartel General Imperial», pero no sabía hacer un uso acertado de este organismo en el sentido de una coordinación de todos los planes y exigencias. De este modo se desarrolló finalmente una actividad unilateral y arbitraria, fatal tanto en el ejército como en la marina.

Mientras que en la futura dirección suprema de la guerra reinaba así una notable falta de coordinación, sucedía lo mismo, por otro lado, en las relaciones entre el Estado Mayor y los Estados Mayores de las demás potencias de los pactos bipartito y tripartito, respectivamente, a lo cual se agregaba en general una manifiesta desconfianza recíproca. Desde la crisis de Bosnia en 1908 el jefe del Estado Mayor austriaco había recibido la promesa, expresada en términos generales, que después de la decisión en el Oeste, probablemente entre el 35 y 40 días de la movilización, sería posible enviar refuerzos alemanes hacia el Este. Sin embargo, Moltke evitó en esto naturalmente fijar fechas determinadas, sencillamente porque era imposible fijarlas por razones militares. De todos modos, no le parecía conveniente dar informaciones detalladas respecto a sus intenciones y el caso del coronel Redl enseñó que su temor a las indiscreciones no era injustificado. Con Rumania no existía ya ningún convenio militar; cada año los Estados Mayores de Austria y Rumania armonizaban todavía sus planes de concentración para el caso de una guerra con Rusia, pero la probabilidad de su aplicación no era grande, puesto que era dudoso que el viejo rey Carlos I, que favorecía aún la cooperación con Austria y Alemania, estuviese en condiciones de vencer la resistencia de los políticos

rumanos, que eran en general partidarios de Francia. El jefe del Estado Mayor italiano, el general Pollio, era apreciado aún como un defensor de la alianza con Alemania; por otro lado, el rey Víctor Manuel III era un convencido adversario de los Habsburgo; además, era difícil para Italia suponer una guerra en la cual Inglaterra se encontrara del lado de Francia. En agosto de 1913 el general Pollio visitó por última vez a Moltke en Berlín; en marzo del año siguiente una delegación militar italiana se encontró en la capital alemana para fijar los detalles del transporte de tres cuerpos de ejército y de dos divisiones de caballería a través de los Alpes austríacos hacia el Rin superior. Pero este acuerdo tenía como condición previa que Francia fuera el único adversario en el Oeste y que el Reich alemán no declararía la guerra, sino que se colocaría claramente en la situación de un país atacado. En el verano de 1914 murió el general Pollio, desapareciendo con él las últimas esperanzas. En Turquía volvió a desempeñarse una misión militar alemana desde 1913, al mando del general Liman von Sanders, lo que fué observado con la mayor desconfianza, ante todo por Rusia. Sin embargo, no existían convenios militares determinados con aquel país para el caso de guerra; además, el Ejército turco estaba debilitado por las derrotas sufridas en la guerra balcánica. Sin embargo, se creyó en el Estado Mayor alemán que, en el caso de un conflicto mundial, Turquía se encontraría de lado de Alemania.

IV

Esta era la situación político-militar en la primavera del año fatal de 1914.

La balanza empezó a inclinarse. El 28 de junio de 1914 fanáticos nacionalista servios asesinaron en Sarajevo al príncipe heredero austriaco, el archiduque Francisco Fernando y a su esposa, que habían llegado a Bosnia para presenciar las maniobras de verano. Lloyd George resumió más tarde en sus recuerdos la situación reinante en las semanas siguientes, diciendo que en aquel momento nadie quería la guerra, pero tampoco existía en alguna parte un estadista de la talla de Bismarck o de Disraeli capaz de vencer la crisis mortal que se avecinaba. Las relaciones de Alemania con Inglaterra se hallaban enturbiadas por la rivalidad comercial y la competencia naval; con Francia, por el recuerdo de Sedán y la lucha por Alsacia-Lorena; con Rusia, por la creciente propaganda paneslava, que consideraba al imperio de los Habsburgo, apoyado por Alemania, como el obstáculo principal para las tendencias de unificación eslavas; además, había muchos príncipes y militares rusos que creían que sería posible hacer desaparecer el espectro de la revolución social, siempre latente, apelando a la guerra.

En Berlín, el emperador mismo fué el primero que reconoció intuitivamente el peligro de la situación; pero, como siempre, no fué capaz de

sacar las consecuencias de esta apreciación acertada. Moltke, sin tener ningún presentimiento, se trasladó por razones de salud a Karlsbad. El secretario de Estado de la Marina, almirante Von Tirpitz, el fundador de la armada alemana, se fué a la Selva Negra para veranear y el emperador inició su excursión habitual al mar del Norte, a la cual no quiso renunciar para no producir inquietud. Austria, cuya política exterior se hallaba dirigida por uno de los hombres más frívolos y vividores de la alta aristocracia vienesa, entregó a Servia un ultimátum que invadía demasiado los asuntos servios, con lo cual las pasiones nacionales ya exaltadas de ese pueblo, debían sentirse gravemente ofendidas. Mientras que en Belgrado contaban con el apoyo de Rusia y ésta, a su vez, tenía el apoyo de Francia en caso de un conflicto serio, en Viena confiaban en el peor de los casos en la ayuda alemana, es decir, en el apoyo del mejor ejército del mundo. De tal suerte empezó a moverse todo un alud.

Aunque Servia se hallaba dispuesta a satisfacer todas las exigencias austríacas, con excepción de algunas modificaciones y objeciones insignificantes, Austria movilizó ocho cuerpos de ejército. Este Estado feudal, formado por pueblos tan distintos, ante el temor y el presentimiento de que su decadencia era inevitable, quería preservar ahora su prestigio con las armas. Como consecuencia, Rusia movilizó doce cuerpos de ejército en los distritos militares del Oeste y Sur. Un conflicto ruso-austríaco era el «casus foederis» (*) para Alemania; por otra parte, si Rusia era atacada, se presentaba el mismo «casus foederis» para Francia. Moltke opinó, sin embargo, que el conflicto era «puesto en escena» no por los austríacos, sino por los rusos. Temió que los Estados civilizados europeos «fueran desgarrados», pero no se le ocurrió la idea más simple de frenar enérgicamente a los políticos vieneses; imbuído de su romanticismo y misticismo confuso, consideró la «lealtad» alemana frente al aliado como un sacramento. Según su criterio, la guerra era inevitable si no se producía un milagro. Lloyd George dijo una vez que la expresión de inevitabilidad de una guerra era la mayor de todas las tonterías.

En Rusia empezaron a aplicarse desde el 26 de julio varias medidas de precaución militares; Francia siguió este ejemplo el 27 de julio. El presidente francés, Poincaré, visitaba en esos días al zar en San Petersburgo, en cuya circunstancia estallaron en los barrios obreros de la capital rusa graves huelgas. Tuvieron que intervenir los cosacos, los cuales galopando por las calles castigaron a los obreros con sus látigos. El temor de una revolución roja hizo creer al partido de los príncipes rusos que solamente una guerra victoriosa podría apartar a las masas de sus exigencias sociales. El 31 de julio Rusia movilizó, después de haber fracasado todas las tentativas de convencer a Austria que aceptara una transacción. Moltke, Tirpitz y el cuartel maestro superior, conde Waldersee, quien en ese momento debido a sus relaciones sociales con el Ministerio de Relaciones Exteriores era considerado en cierto sentido como el experto en política exterior del Estado Mayor, se expresaron en favor de un avance

(*) Caso de alianza. (N. del T.)

a través de Bélgica hacia la cuenca del Sena, sin declaración de guerra, en el caso de que Francia tomara también la misma medida. El canciller hizo la objeción de que no era posible simplemente invadir a Bélgica sin declarar la guerra a Francia. Moltke escribió más tarde al respecto que en aquel momento no dió más importancia a tales «formalidades». Sabemos ahora, lo que Moltke no pudo saber en aquel entonces, que, aunque Lloyd George y la mayoría de los miembros del Gabinete liberal inglés eran contrarios a una participación de Inglaterra en la guerra, el hecho de hallarse amenazada la neutralidad belga, decidió recién el cambio de opinión de los mismos.

El 1 de agosto, a las 17,00 horas, el emperador Guillermo II ordenó la movilización del Ejército y de la Armada de Alemania a partir del 2 de agosto. Ludendorff, quien, casi olvidado, mandaba como mayor general la 85.ª Brigada de Infantería en Estrasburgo desde abril del mismo año, sintió, como él mismo confesó, en ese momento «una sensación de temor», pero que reprimió en seguida; en el mismo momento tuvo también en su fuero interno la sensación satisfactoria de que su labor en favor del ejército y el pueblo no había sido superada por nadie. Como se ve, la modestia silenciosa que había caracterizado a Moltke pertenecía al pasado. El viejo y retirado barón Von der Goltz, probablemente el hombre más capaz entre los generales, se dirigió en seguida a la casa roja del Estado Mayor para pedir un cargo. Estaba muy preocupado en esa hora, aunque antes, en circunstancias que le parecían más favorables, había exigido tantas veces la guerra preventiva; ahora no veía ninguna posibilidad de obligar a Rusia y eventualmente también a Inglaterra, a hacer la paz. Muy decepcionado recibió la noticia de que no había un cargo para él. Moltke nunca más había escuchado a Schlieffen, como tampoco escuchó a Von der Goltz; es que ambos habían caído en la desgracia del emperador.

En la tarde del 1 de agosto Moltke presenció el consejo de ministros en el castillo de Berlín. Al terminar la reunión se dirigió al edificio del Estado Mayor para despachar las órdenes necesarias. Poco después, mientras las calles se llenaban de una muchedumbre entusiasta que en los largos cuarenta años de paz había olvidado los horrores de la guerra, Moltke fué llamado otra vez por el emperador. Había llegado un telegrama del embajador alemán en Londres, el príncipe Lichnowsky, según el cual sir Eduardo Grey (ministro de Relaciones Exteriores inglés) había expresado que Inglaterra retendría a Francia de una participación en la guerra, si Alemania se comprometía a no efectuar ningún acto hostil contra Francia. En presencia del canciller Von Bethmann Hollweg y el ministro de Guerra prusiano, general Von Falckenhayn, declaró el emperador: «entonces vamos a concentrar simplemente todo el ejército contra Rusia». Moltke se asustó; en su opinión no podía improvisarse la concentración de un ejército de millones, pues su preparación requería un trabajo de varios años. Tembló realmente al pensar que no se cumpliría el plan preparado desde hace tantos años. Por eso replicó al emperador que aquello era imposible. El emperador contestó: «Su tío me habría dado

otra contestación.» Moltke, sintiéndose ofendido, escribió más tarde en sus anotaciones, que nunca había tenido la pretensión de compararse al mariscal. Finalmente consiguió convencer al emperador de que la concentración se efectuara en la forma proyectada, quedando sin embargo la posibilidad de declarar que no se tomaría ninguna medida hostil frente a Francia y de desplazar después las fuerzas respectivas hacia el este. De tal modo se envió un telegrama a Londres expresando que por razones técnicas la concentración militar no podía ser detenida ya, pero que el Reich se comprometía a no efectuar ningún acto hostil contra Francia, siempre que Inglaterra garantizara la neutralidad francesa. Moltke exigió que la ocupación de Luxemburgo se efectuara el primer día de movilización por parte de la 16.^a División de Infantería, como estaba previsto en el plan y que Francia entregara al Ejército alemán las fortalezas de Toul y Verdún como garantía de su neutralidad; el emperador rechazó estas dos exigencias por insensatas.

Moltke volvió al edificio del Estado Mayor como un hombre abatido; según su propia confesión, le aparecieron lágrimas en los ojos al ver amenazada la realización del gran plan. Se negó a firmar la orden que debía impedir la ocupación de Luxemburgo por la 16.^a División. Entonces fué llamado de nuevo al castillo, a eso de las 23 horas. El rey de Inglaterra, Jorge V, había teleografiado al emperador que en Londres no se sabía nada de un ofrecimiento inglés para garantizar la neutralidad francesa, debiendo ser esto un error de Lichnowsky, como lo fué efectivamente. Este diplomático, un hombre muy flojo de nervios, había perdido la cabeza al igual que todos los demás. Resignado dijo el emperador de mal humor a Moltke: «Ahora puede usted hacer lo que quiera.» En sus anotaciones sobre este acontecimiento escribió Moltke que nunca más pudo vencer la impresión de que se había destruido en él algo que no podría restablecer jamás: la seguridad y la confianza.

V

El Ejército alemán movilizado en 1914 se compuso inicialmente de dos millones de hombres y estaba dividido en ocho ejércitos, con veinticinco cuerpos de ejército, once divisiones de caballería, doce y medio cuerpos de ejército de reserva; además, existían a disposición unidades de guardia nacional y de guardia territorial, dieciocho dirigibles, treinta y tres destacamentos de aviación y aproximadamente cuatro mil automóviles y camiones. Junto con el ejército del interior, los efectivos del ejército llegaron a 3,8 millones de hombres. Hasta el otoño de 1914 se formaron cinco nuevos cuerpos de ejército.

Entre Krefeld y Basilea se concentraron siete ejércitos, los cuales junto con las tropas del frente del Rin superior sumaban en total 1,6 millones de hombres. Cinco de estos ejércitos, mandados por los coroneles generales Von Kluck, Von Bülow, Von Hausen, el duque Alberto de Württemberg

y el príncipe heredero Guillermo, se alistaron para avanzar a través de Bélgica y Luxemburgo, agregándose a ellos dos cuerpos de caballería. Seguían más al sur los Ejércitos 6.^o y 8.^o bajo el mando, respectivamente, del príncipe heredero de Baviera y el coronel general Von Heeringen, anteriormente ministro de Guerra, así como tres y media brigadas de guardia nacional que debían aferrar al adversario en la Lorena y cubrir la línea del Rin superior. Un cuerpo de ejército de reserva quedó al principio en Slesvig-Holstein como protección contra eventuales tentativas de desembarco de los ingleses en el canal de Kiel, la ruta vital de la marina alemana, que unía el mar del Norte con el mar Báltico.

Frente a estas fuerzas alemanas se concentraron cinco ejércitos franceses, con veintiún y medio cuerpos de ejército, dieciocho divisiones de reserva y seis divisiones de caballería, en la zona situada entre las Ardenas y la frontera suiza. Colocáronse en primera línea, en forma escalonada desde el norte hacia el sur, los Ejércitos 5.^o, 3.^o, 2.^o y 1.^o mientras que el 4.^o Ejército se colocó detrás del 3.^o, para ser empleado en un avance eventualmente necesario hacia Bélgica. A estas tropas se agregaron un grupo de cuatro divisiones territoriales concentradas en el norte de Francia, en la región de Lille, las tropas de la gran fortaleza de París, el Ejército belga con cinco divisiones de infantería y una de caballería y los dos cuerpos de tropas expedicionarias inglesas, que estaban embarcándose en puertos ingleses para ser transportados hacia el norte de Francia.

En el este, el 8.^o Ejército mandado por el general Von Prittwitz, con el conde Waldersee (hasta ahora cuartel mestre superior) como jefe de Estado Mayor, se encargó de la protección de Prusia oriental. La mayor parte del Ejército austriaco se concentró en Galitzia para iniciar desde allí la ofensiva, cubriendo de este modo tanto la zona de Silesia como la cuenca del Danubio. La concentración rusa se realizó como el Estado Mayor alemán lo había previsto. Dos ejércitos muy fuertes, el 1.^{er} Ejército (del Njemen), mandado por el general barón Rennenkampff, con seis cuerpos de ejército, dos brigadas de fusileros, seis divisiones de reserva y un cuerpo de caballería y el 2.^o Ejército (del Narew), mandado por el general Samsonow, con cinco cuerpos de ejército, se dirigieron en forma concéntrica desde el este y sur contra Prusia oriental. Otro ejército, bajo el mando del general Ewerth, se concentró al este del río Vístula en la zona de Varsovia. Tres ejércitos, mandados por los generales Von Plehwe, Russke e Iwanow, avanzaron hacia Galitzia. El mando supremo en el frente noroeste lo ejercía el general Shilinski y en Polonia el gran duque Nicolás Nikolajewitsch, un maestro en el aprovechamiento brutal de las masas del pueblo ruso.

El ala envolvente del frente occidental, que debía efectuar el movimiento de conversión hacia la línea Bruselas-Namur, pivoteando alrededor de Metz y Diedenhofen como eje de rotación, debía tener según la idea de Schlieffen una fuerza siete veces mayor que el ala de protección en Alsacia y Lorena. Pero Moltke había disminuído la relación entre las fuerzas atacantes y las de protección a tres a uno al temer un riesgo en el sur de Alemania. Su ala operativa atacante era aún bastante fuerte,

pero disponía solamente de reservas reducidas, que podían ser destinadas para sitiar fortalezas y para los servicios de retaguardia. Si no se efectuaba el eventual desembarco inglés en Dinamarca, el cuerpo de ejército de reserva retenido en Slesvig-Holstein debía desplazarse también al frente occidental. La ayuda de Italia que se esperaba en el Rin superior, con la cual Schlieffen en parte había contado aún, no se produjo, porque este país se declaró neutral. Francia ni siquiera necesitó dejar formaciones de seguridad en el frente de los Alpes.

De todos modos la masa de los siete ejércitos empeñados en un frente de centenares de kilómetros era tan grande y pesada, que se imponía intercalar en ella algunos comandos de grupos de ejército, a los fines de las relaciones de mando y dirección del conjunto, para poder asegurar la idea operativa general. El telégrafo y teléfono, así como los automóviles y aviones, empleados como medios para la impartición de órdenes y reconocimientos, no estaban en condiciones de compensar esa deficiencia. De tal suerte la dirección de las operaciones quedó centralizada en el Gran Cuartel General, con lo cual se cometió el primer gran error.

Oficialmente el jefe del Estado Mayor era solamente el consejero del comandante supremo; pero, debido a la conducta discreta observada por el soberano, que no se sentía capaz de cumplir la tarea de la verdadera conducción del ejército, se transformó ahora la corresponsabilidad del Estado Mayor, fundada antes por Gneisenau, en una responsabilidad total. La abdicación voluntaria del monarca como comandante supremo en favor de la suprema institución del planeamiento militar precedió así a la posterior abdicación política. Esta abdicación trajo consigo la transformación paulatina del Ministerio de Guerra en un órgano administrativo del Estado Mayor para los asuntos de la zona del interior y la eliminación completa del Gabinete Militar. En la tradicional rivalidad entre estos tres organismos triunfaba ahora el Estado Mayor, sin que éste presintiera que se trataba de una victoria engañosa. Es que en el fondo el jefe del Estado Mayor se sentía aún menos capaz que el comandante supremo de asumir esta responsabilidad, más aún teniendo en cuenta que físicamente no era un hombre sano; por otro lado, no estaba en condiciones de esquivarla como aquél. En la guerra de 1870-1871 el viejo rey, con la sabiduría propia de la vejez, había sabido actuar como factor armonizador entre la conducción política y la militar. Su nieto abandonó voluntariamente este papel.

El segundo Moltke no fué capaz de cumplir esta misión como tampoco el teniente general Tappen, el sucesor de Ludendorff como jefe de la División Operaciones, que había heredado la terquedad y rusticidad de sus antepasados de Frisia. Ya en 1912 Schlieffen, considerando la falta de experiencia operativa de los comandantes superiores, había expresado el temor de que la operación degenerara y se transformara en una carrera desenfrenada para conseguir el «Pour le Mérite» (*) y en un avance impetuoso sin consideración alguna. En el campo técnico el Estado Mayor tampoco había reconocido la necesidad de dar la mayor movilidad

(*) Condecoración prusiana más alta por méritos de guerra. (N. del T.)

posible al ala envolvente, asignándole unidades de ciclistas y de automóviles blindados y aprovechando el camión como medio de transporte. Se confiaba en el arma histórica de la caballería, sin considerar suficientemente que el rendimiento físico de los caballos era limitado y que la instrucción de esta arma en cuanto a su empleo en grandes unidades era deficiente. Efectivamente, los caballos de los cuerpos de caballería alemanes y franceses sufrieron un agotamiento prematuro, antes de que estas unidades llegaran a empeñarse en conjunto.

VI

Como jefe de la División Concentración desde el año 1908, Ludendorff había preparado también el plan para el golpe de mano contra la fortaleza belga de Lieja, cuya conquista era la condición previa para la rápida invasión de Bélgica. Después de su alejamiento del Estado Mayor, fué destinado para el caso de guerra al puesto de cuartel maestro en el comando del 2.º Ejército mandado por el coronel general Von Bülow. Fué una casualidad que acompañara al principio como oficial de enlace a las seis brigadas de infantería, mandadas por el general Von Emmich, que tenían orden de ejecutar este golpe de mano planeado por Ludendorff mismo. En la confusión que se produjo durante las luchas encarnizadas en el terreno adelantado de la fortaleza, Ludendorff tomó la conducción de las fracciones avanzadas de una de estas brigadas y, creyendo que el cinturón de fortines ya había sido vencido, avanzó en un automóvil, acompañado por un solo ayudante, hacia el interior de Lieja. Con el pomo de su espada golpeó él mismo en la puerta de la ciudadela. El comandante belga se dejó engañar y Lieja capituló en el fondo ante un solo general alemán, sin que los fortines exteriores hubieran sido tomados. En la carrera de Ludendorff la fortaleza de Lieja ocupó el mismo lugar que Tolón en la vida de Napoleón.

Sin embargo, hasta el 20 de agosto las operaciones se desarrollaron aproximadamente en la forma como Schlieffen las había proyectado. El ala derecha envolvente alcanzó la zona de Bruselas, la capital belga y los partes victoriosos llegaban uno tras otro. Los belgas no habían conseguido efectuar mayores destrucciones en la red ferroviaria, lo que alivió el abastecimiento. El 20 de agosto Joffre decidió tomar una medida que Schlieffen habría apreciado como el «mayor favor» al enemigo, pues resolvió emprender una ofensiva con fuerzas considerables, si bien no con todas, en dirección a la zona del envolvimiento, cumpliendo de este modo un acuerdo con el Estado Mayor ruso, que desde 1911 había exigido un alivio eficaz a su situación mediante el aferramiento de fuerzas alemanas en el oeste. Con esto, al parecer, se arrojó en brazos de los alemanes. Entre el 21 y el 24 de agosto la suerte de la guerra estaba en manos de los comandos del 1.º, 2.º y 3.º Ejércitos alemanes, cuyos efectivos en conjun-

to superaban en este momento a los del adversario a su frente aproximadamente en 100 batallones y 1.044 piezas de artillería. Los 1.º y 2.º Ejércitos, mandados por Kluck y Bülow, que se encontraban en la extrema ala derecha, se hallaban reunidos bajo el mando del coronel general Von Bülow, el comandante del 2.º Ejército. Bülow era el más renombrado táctico e instructor del Ejército alemán.

Dos días más tarde llegaron nuevos partes victoriosos del general Von Bülow; el cuerpo expedicionario inglés había sido envuelto también en la catástrofe. El 25 de agosto, el jefe de la División de Operaciones, teniente coronel Tappen, declaró que «toda la historia» terminaría dentro de seis semanas. Pero la lucha encarnizada continuaba dando lugar siempre a nuevas batallas aisladas en la zona situada entre Bélgica y Suiza. Moltke no poseía ya una visión de conjunto del resultado general obtenido hasta ese momento y él también creyó durante un corto tiempo que la campaña estaba ya decidida. Groener habló de una parálisis espiritual que había atacado al Cuartel General en esos días. Mientras tanto, Moltke se decidió a desplazar seis cuerpos de ejército hacia el este, donde la ofensiva rusa amenazaba inundar a Prusia oriental.

Moltke, sin embargo, sintió un pesimismo creciente y disminuyó a dos el número de los cuerpos que debían trasladarse al este. Debido al avance impetuoso de las tropas y como consecuencia de la coordinación deficiente de las operaciones, la ofensiva paulatinamente se desorganizó y el centro de gravedad de la gigantesca batalla se trasladó del ala derecha al ala izquierda. Era el momento en que el conductor supremo no existente debió haber intervenido personalmente, tomando contacto con los comandos de ejército e iniciando un movimiento de desplazamiento de los Ejércitos 6.º y 7.º hacia la derecha. Pero el Estado Mayor se limitó a enviar a los comandantes de ejército una directiva impresa de cinco páginas, respecto a las ulteriores operaciones, firmada por Moltke. Al principio se tuvo la esperanza de que el cuartel maestro general Von Stein y el teniente coronel Tappen, ambas personalidades enérgicas, estarían en condiciones de vigorizar la naturaleza débil de Moltke; pero en este caso se trataba de tener criterio estratégico, que ambos no poseían. Tappen declaró que sólo se necesita «continuar golpeando» para obtener la victoria definitiva. De tal modo se deshizo el movimiento envolvente. En lugar de reforzar en lo posible el ala derecha, que era decisiva, se la debilitó, quitándole los dos cuerpos que se trasladaron hacia el este; además, otros dos y medio cuerpos de esta ala ya estaban aferrados por el cerco de las fortalezas de Maubeuge y Amberes.

Las marchas y luchas ininterrumpidas exigieron los más altos esfuerzos a las tropas. Por eso, el coronel general Von Bülow creyó a fines de agosto que era necesario evitar una ampliación demasiado grande del movimiento envolvente y ordenó al 1.º Ejército, mandado por Von Kluck, que efectuara la conversión más temprano de lo proyectado, con el fin de constituir un frente de ataque común y hacer retroceder a las fuerzas francesas hacia el sudeste de París. En contra del plan preparado, el 3.º Ejército estaba aglomerándose al mismo tiempo en el frente del río

Mosa, entre Namur y Givet. En esta forma venció la idea de Von Bülow de acumular las masas para el ataque frontal, contrariamente a la tendencia de Schlieffen. Moltke fué informado sobre las diferencias de opinión entre los generales Von Bülow, Von Kluck y Von Hausen, pero no intervino y aprobó la directiva impartida por Von Bülow. De este modo fué abandonada la idea de cruzar el Sena aguas abajo de París, quedando ahora la gran zona fortificada de París con sus campamentos de tropas sobre el flanco del 1.º Ejército.

Moltke se trasladó con el Cuartel General a Luxemburgo, teniendo siempre aún una cierta aversión de intervenir personalmente. En su mente aparecía ahora el cuadro de un nuevo «Sedán»; el 1.º y el 2.º Ejércitos debían avanzar hacia los ríos Sena y Oise y los Ejércitos 4.º, 5.º y 6.º, y debían romper el frente fortificado francés entre Toul y Epinal, efectuando de este modo una operación de tenaza contra el ala derecha francesa. «La aventura extemporánea», como Groener la llamó más tarde al condenar la acción arbitraria del 6.º Ejército, se transformó de este modo en la acción principal, pero bajo las condiciones más difíciles, pues exigía la ruptura del frente fortificado francés en el lugar más fuerte. Probablemente había en esta idea algo de la ingenuidad brutal de Tappen, cuya confianza en la fuerza de choque de la infantería, que ya había realizado esfuerzos sobrehumanos, era ilimitada.

De tal suerte se produjo la crisis. Joffre, reconociendo el peligro de que su ala fuera desbordada, se decidió a efectuar un retroceso metódico, «la maniobra de retirada», para iniciar otro contraataque desde una nueva concentración más a retaguardia cuando los ejércitos alemanes hubieran agotado sus fuerzas por el avance continuo. Es cierto que había múltiples indicios del gran agotamiento de las unidades francesas e inglesas, y que en París hasta se produjeron indicios de pánico cuando patrullas de ulanos alemanes se aproximaron a la ciudad; el Gobierno hasta abandonó la capital y huyó a Burdeos, con excepción del intrépido ministro de Guerra Aristides Briand; pero no había un derrumbe ni tampoco divisiones que se disolvieran o se rindieran. Joffre se decidió a perseverar «sin discutir». En cambio, del lado alemán el viejo general Von der Goltz, a quien finalmente se había dado un empleo como gobernador general de Bélgica, encontró a Moltke en un estado nervioso y excitado, viendo espectros por todos lados temiendo un desembarco inglés a espaldas del frente en la zona de Ostende y preocupado por la mala opinión reinante en Berlín debido al avance ruso en el este.

El gobernador militar de París, general Galliéni, emprendió todos los preparativos para defender la ciudad, a cuyo fin fué organizado y puesto a su disposición el 6.º Ejército bajo el mando del general Maunoury. El 3 de septiembre el general Galliéni reconoció la posibilidad de efectuar un ataque contra el flanco del 1.º Ejército alemán, vale decir, la perspectiva de «envolver el envolvimiento». Las vanguardias alemanas se encontraban a una distancia de 18 kilómetros de París y el frente del 1.º Ejército estaba cruzando ya el Marne hacia el sur. Pero las ideas de Joffre se limitaban a ataques frontales, al igual que las de Bülow y la propuesta de Galliéni

fué rechazada. Recién después de grandes disputas otorgó Joffre el permiso para que el ejército de Maunoury avanzara contra el flanco del ala envolvente alemana. Más tarde se gastó mucho tinta en investigar quién en realidad había ganado la batalla del Marne, si Galliéni o Joffre. Este último dió la mejor contestación al respecto, haciendo a su vez la pregunta: «¿A quién habría correspondido la responsabilidad si el Ejército francés hubiera perdido la batalla?»

El 29 de agosto Moltke había escrito a su esposa una carta, en que mostraba su disposición de ánimo sombría al decir que en el Cuartel General nadie comprendía la seriedad de la situación crítica; el emperador vivía un optimismo y entusiasmo exagerado, lo que él, Moltke, odiaba a muerte. El 1 de septiembre el emperador visitó el ejército mandado por el príncipe heredero, convencido de que el triunfo se hallaba cerca ya en forma indudable. Pero las dudas de Moltke aumentaban cada día. El 4 de septiembre el secretario de Estado del Interior Helfferich oyó decir a Moltke: «En modo alguno debemos engañarnos a nosotros mismos: hemos conseguido éxitos, pero todavía no hemos vencido. Vencer significa aniquilar la fuerza de resistencia enemiga. Cuando se enfrentan ejércitos de millones, el vencedor hace prisioneros. ¿Dónde están los nuestros?»

El 5 de septiembre, el mismo día en que el 4.º Cuerpo de Ejército de Reserva, mandado por el general Von Gronau, chocó sorpresivamente en su avance con el ataque de flanco del ejército de Maunoury y detuvo su progreso en luchas graves cerca de Meaux, se decidió Moltke a enviar una persona de confianza, el jefe de la División Informaciones del Estado Mayor, teniente coronel Hentsch, al 1.º y al 2.º Ejércitos para reconocer la situación. Moltke temía desembarcos de tropas inglesas en la costa de Flandes y una intervención de las unidades territoriales francesas que se encontraban en la región de Lille, preocupaciones que en realidad eran fantasmas, tanto más si se tiene en cuenta que llegaba ya a Bélgica un cuerpo de infantería de marina. Más crítico era el hecho de que se hubiera formado un claro, velado solamente por caballería entre el 1.º y el 2.º Ejércitos, dado que el último se había corrido demasiado a la izquierda, mientras que en los 3.º 4.º y 5.º Ejércitos, cada comandante observaba solamente lo que pasaba a su frente y pedía ayuda a los vecinos.

Lo que se necesitaba en este momento era proceder con energía y efectuar un nuevo reagrupamiento de los ejércitos. Pero la resistencia nerviosa de Moltke se había acabado. También el general Von Bülow y su jefe del Estado Mayor, el general Von Lauenstein, estaban fatigados y se hallaban en mal estado físico. El 7 de septiembre Moltke recibió partes del teniente coronel Hentsch según los cuales el 1.º y el 2.º Ejércitos se hallaban en una situación difícil y que debían pasar pasajeramente a la defensa. Estaba desarrollándose el contraataque de Joffre que, en unión con una operación amplia del general Galliéni desde París, podía convertirse en una operación de tenaza. El ataque alemán contra el frente de las fortificaciones orientales franceses se había detenido y a pesar de todas las tentativas desesperadas, no pudo ser reanudado. Moltke había sacrificado la idea de Schlieffen de conseguir un «Canas» a la idea de

efectuar un «Sedán» al estilo de su gran tío; pero ahora desaparecía también este anhelado nuevo «Sedán» y se acercaba otro «Jena». El 7 de septiembre Moltke escribió a su esposa: «Siento que tengo que hacerme responsable de todo esto que es espantoso; pero no pude actuar de otro modo.»

En el Cuartel General, Tappen declaró que ahora las tropas debían salir por su cuenta de la situación, con lo cual trató de substraerse personalmente a la responsabilidad. Lo mismo hizo Moltke, al enviar al teniente coronel Hentsch de nuevo como persona de confianza a otro viaje de reconocimiento, sin darle un mandato claro. Lentamente las fuerzas inglesas penetraban en el claro entre ambos ejércitos del ala derecha alemana. En caso necesario Hentsch debía procurar que el 1.º Ejército retrocediera a la línea de Soissons a Fismes para volver a establecer el enlace con el 2.º Ejército. El mismo día Galliéni mandaba al frente su última reserva, una división argelina, transportándola en taxímetros y omnibuses requisados.

Hentsch se dirigió al 1.º Ejército en la extrema ala derecha. Es cierto que el general Von Kluck hizo retroceder sus fuerzas en su flanco izquierdo, pero la lucha contra el ejército de Maunoury estaba progresando en forma satisfactoria, hallándose amenazados los franceses por un nuevo envolvimiento alemán. Kluck no tenía preocupaciones serias respecto al claro existente en vista de la lentitud del avance inglés. En el comando del 2.º Ejército, Hentsch encontró una disposición de ánimo más desfavorable. Siendo él mismo poco optimista, dió al general Von Bülow una descripción desfavorable de la situación del 1.º Ejército. Bülow temía no estar ya en condiciones de mantener su posición en el Marne, por lo cual decidió el 9 de septiembre iniciar la retirada, impartiendo también a Von Kluck la directiva correspondiente, convencido de que así salvaría la situación. El papel que desempeñó Hentsch quedó poco claro; de todos modos no animó a los que visitó. El general Von Kluck y su jefe de Estado Mayor, el general Von Kuhl, apreciaron la situación en forma totalmente diferente. Cuando Hentsch defendió frente a ellos la idea de retirarse, hubiera debido aprovechar von Kluck ese gran momento que se le presentaba y no respetar la delegación del poder de mando que Hentsch se atribuía, obligando así a Bülow a conformarse con sus intenciones de restablecer la batalla. En forma semejante había actuado Seydlitz en la batalla de Zorndorf y Gneisenau había iniciado por propia iniciativa el avance hacia la derecha en la campaña de otoño de 1813. Pero en la época de Guillermo II no se sabía ya conciliar la obediencia con el cumplimiento del deber y la independencia de espíritu. Kluck obedeció las órdenes de Von Bülow contra su propia convicción y la retirada se inició en el mismo momento en que los generales franceses deliberaban también cuándo estarían obligados por su parte a iniciar la retirada. Nadie quedó más sorprendido del movimiento retrógrado alemán que Joffre, Galliéni y Maunoury.

El mismo día el teniente coronel Tappen confiaba aún en la fuerza brutal para obtener el éxito. Pero el 10 de septiembre el teniente coronel Hentsch comunicó que el 1.º Ejército estaba retirándose detrás del río

Aisne; durante la tarde volvió él mismo en automóvil al Cuartel General y describió la situación diciendo que cuando llegó, la retirada del 1.^{er} Ejército ya se había iniciado y que él le había dado solamente la dirección deseada por el Comando en Jefe. Había fallado la tan renombrada técnica de conducción del Estado Mayor, porque faltaba un gran conductor que animara con su espíritu este mecanismo tan minuciosamente preparado.

Moltke, acompañado por Tappen, se dirigió ahora al coronel general Von Hausen, comandante del 3.^{er} Ejército. Hausen, quien antes poseía un gran prestigio en el ejército, opinó que su propio frente era demasiado débil. Moltke ordenó por eso también la retirada de los 3.^{er}, 4.^o y 5.^o Ejércitos, sin preguntar al emperador. El príncipe heredero, a quien Moltke vió en Varennes, encontró en él un hombre abatido que le dijo, con los ojos preñados de lágrimas, que todo el ejército estaba vencido, que se hallaba retrocediendo y que nadie sabía en qué terminaría esto. En realidad en ese momento el ejército ciertamente estaba agotado, pero de ninguna manera vencido; las tropas se sentían capaces de seguir combatiendo y no podían comprender por qué se les ordenaba detener la ofensiva.

VII

En esta forma llegó la caída de Moltke, como había llegado para todos los favoritos del emperador, desde Waldersee, hasta Eulenburg y el canciller Von Bülow. El 14 de septiembre el general Von Lyncker comunicó a Moltke que Su Majestad creía que estaba demasiado enfermo para poder continuar dirigiendo las operaciones y que el ministro de Guerra, teniente general Von Falkenhayn, sería su sucesor. Resulta curioso que Moltke se aferrara ahora al puesto que antes había aceptado con tanta resistencia. Junto con Falkenhayn se dirigió al emperador, diciéndole que produciría una impresión mala si el jefe de Estado Mayor era relevado inmediatamente después de una retirada. El emperador contestó que entonces Falkenhayn debía hacerse cargo del puesto de cuartel maestro general y dirigir como tal todos los asuntos. Falkenhayn protestó, objetando que no podría dirigir las operaciones si no disponía de plena libertad de acción; Moltke se la concedió. Más tarde Moltke contó que las semanas siguientes fueron para él un martirio. Privado de toda influencia, pidió finalmente permiso al emperador para colaborar con el general Von Beseler en el sitio de Amberes. En octubre enfermó gravemente de una afección al hígado y vesícula y pidió por sí mismo ahora su relevo. El 3 de noviembre Falkenhayn fué nombrado jefe del Estado Mayor. A fin de año, después de su convalecencia, Moltke fué nombrado jefe del Estado Mayor de reemplazo en el interior; uno más en la larga serie de favoritos caídos en la desgracia del emperador.

Erico von Falkenhayn descendía de una vieja familia militar, radicada en el este, en el castillo de Belchau, cerca de Graudenz. Uno de sus

hermanos era comandante de un cuerpo de ejército y otro era consejero en el Ministerio del Interior prusiano. Falkenhayn tenía en aquel entonces la edad de 53 años; era de estatura alta y delgada, de buena presencia, con ojos vivos y un gran bigote y representaba el tipo de un «oficial enérgico» de la época de Guillermo II. Fué educado en el Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial; más tarde prestó servicios en el Estado Mayor; como instructor militar en China, y como oficial de Estado Mayor en el cuerpo expedicionario mandado al Lejano Oriente, había visto también una parte del mundo. Aparentemente era un hombre de naturaleza muy diferente de la de Moltke, menos soñador, posiblemente no tan ilustrado, pero de criterio amplio y claro, dotado de gran energía espiritual y de un sistema de nervios sano. En 1906 fué jefe de una división en el Estado Mayor general, después jefe del Estado Mayor en diferentes cuerpos de ejército y finalmente, en 1913, fué nombrado ministro de Guerra, reuniendo hora, por primera vez en la historia de Prusia, este puesto con el del jefe del Estado Mayor. Su nombre se hizo conocer en amplios círculos por sus fuertes réplicas a los ataques que la Prensa dirigió contra el ejército con motivo del asunto de Zabern. Desde aquel entonces era considerado por mucha gente como el «hombre fuerte» necesario.

El modo de pensar de Falkenhayn se hallaba dominado también por la confianza en el gran plan con que se había iniciado la lucha. Inmediatamente después de haberse encargado de la dirección de las operaciones, al ser nombrado cuartel maestro general, pensó aplicar de nuevo el plan de Schlieffen en el ala izquierda del frente atacante, en la zona entre Verdún y Cambrai. El teniente coronel Tappen, que quedó como jefe de la División Operaciones, declaró que no debía abandonarse ni una pulgada de territorio francés, para no ceder la libertad de acción al adversario; pero esto fué lo que se hizo precisamente. El plan, una vez desacreditado, había perdido su valor intrínseco; los ejércitos atacantes en realidad no estaban batidos, pero se hallaban agotados y ante todo les faltaban reservas y municiones. Los frentes de esos ejércitos de millones se volvían rígidos ahora. Falkenhayn se vió obligado a postergar la iniciación de la ofensiva que proyectaba y a ocupar primeramente posiciones fortificadas en la línea Noyon-Reims-Verdún, para rechazar un eventual contraataque francés. Este fenómeno extrañó ante todo a los generales ingleses, que habían contado con un carácter muy diferente de la guerra. De este modo la ley de acción pasó a manos de Joffre y Alemania se convirtió en una fortaleza sitiada. Habían desaparecido las ideas referentes a una rápida victoria de aniquilamiento y a una guerra corta; Falkenhayn dijo en aquel entonces al canciller que la terminación favorable de la guerra no era dudosa, aunque en el momento no era posible prever cuándo y de qué modo se conseguiría esto. Se inició así la guerra de posición tan temida por Schlieffen y vaticinada por Bernhardt y Yorek von Wartenburg. Una guerra de esta índole, con su duración incalculable y sus esfuerzos continuos, pronto debía poner de manifiesto nuevamente las debilidades de la estructura del Reich, social-

mente tan deficiente por la falta de armonía entre el sistema monárquico prusiano y la época de la técnica y democracia.

Las miradas de todos los militares se hallaban fijas ante todo en la lucha gigantesca que se desarrollaba entre el Escalda y los Vosgos, donde, según la intención de Schlieffen, debía lograrse en una gran batalla la decisión relámpago en el oeste y terminar con ello simultáneamente la campaña. Mientras tanto, el destino quiso que en el este, en aquel territorio que, según Schlieffen, no era apto para conseguir una decisión rápida, se realizara el «Canas» que el autor del plan quiso producir a todo el Ejército francés.

Las fuerzas alemanas disponibles para proteger Prusia oriental se hallaban representadas por el 8.º Ejército, mandado por el general Von Prittwitz, y se componía inicialmente de cuatro cuerpos de ejército, una división de reserva y una división de caballería, además de algunas unidades de guardia nacional. Los rusos avanzaron contra ellas desde el este con el ejército de general Rennenkampff, partiendo de la zona de Vilna y desde el sur con el ejército del general Samsonow, partiendo de la zona de Varsovia. En Galitzia inició al mismo tiempo el general Conrad von Hötendorf una gran ofensiva con cuatro ejércitos, avanzando hacia los ríos Bug y Vístula en dirección al centro de Polonia.

La ofensiva austríaca en Galitzia, emprendida con 750.000 hombres, perdió pronto su vigor, después de haber obtenido algunos éxitos iniciales; lo mismo ocurrió con la ofensiva austríaca en Servia. En estas batallas cayó la flor de la oficialidad activa del Ejército austro-húngaro, la que, fuera de la dinastía misma, era el último lazo que mantenía unida a esta monarquía tan multiforme; tales pérdidas hicieron desaparecer también la cohesión interior del Ejército, compuesto de elementos de tantas naciones distintas, que tenían el deseo de separarse. Muy pronto Hötendorf exigió la realización de una ofensiva demostrativa desde Prusia oriental. Moltke, recargado ya por la tensión de las batallas continuas del oeste, vio aparecer el peligro de una paz por separado por Austria. Paulatinamente llegaban ahora al este de Polonia también los cuerpos de ejército rusos de Siberia, Turquestán y Cáucaso, que formaron en aquella zona un ejército gigantesco.

Moltke había dejado al general Von Prittwitz plena libertad de acción respecto a la conducción en Prusia oriental. Uno de los comandantes de cuerpo de ejército allí concentrados, el muy ambicioso general Von François, sostuvo la idea de que era posible proteger contra los rusos toda la extensa frontera de Prusia oriental también con las débiles fuerzas disponibles. De tal suerte avanzó solo con su 1.º Cuerpo de Ejército contra el ejército de Rennenkampff, dando lugar el 20 de agosto a la batalla de Gumbinnen, que terminó con el resultado de que los rusos quedaran dueños del campo de batalla, sin explotar empero enérgicamente su éxito. Prittwitz retrocedió. En este momento Moltke reveló a Prittwitz y a su jefe de Estado Mayor Waldersee; la posibilidad de que toda la frontera oriental alemana, que abarcaba entre Lyck y Kat-

towitz varios centenares de leguas, quedaba expuesta sin resistencia a un ataque ruso, lo que resultaba demasiado peligroso.

Moltke se acordó de Ludendorff, que había sido antes durante largos años su jefe de la División Concentración y cuyo prestigio había aumentado considerablemente por la toma de Lieja. Lo citó el 22 de agosto, explicándole que tenía para él una tarea mucho más importante que el golpe de mano contra la fortaleza belga y que debía trasladarse al frente del este. El cuartel maestre general Von Stein también lo conjuró, diciéndole que el interés del Estado exigía que se encargara de esta misión. Pero Ludendorff tenía solamente el grado de mayor general por lo cual sólo pudo ser jefe de Estado Mayor del nuevo comandante en jefe de ese frente. Moltke eligió para este puesto al viejo general de infantería Pablo von Beneckendorff y von Hindenburg, antes comandante del 4.º Cuerpo de Ejército, que tenía ahora la edad de 67 años y vivía retirado en Hannover. La personalidad de este hombre, de apariencia y semblante imponentes, al estilo de la vieja Prusia, irradiaba una tranquilidad y una confianza imperturbables. A la pregunta telegráfica de Moltke si estaba dispuesto a encargarse de una misión importante, el viejo hombre contestó lacónicamente: «Estoy dispuesto.» Ludendorff viajó vía Hannover hacia el este, encontrándose con su nuevo comandante en jefe en el tren especial que los llevó a Marienburgo. Ambos no se conocían y eran de naturaleza fundamentalmente distinta. En Hindenburg se personificaba aún la tenacidad, la modalidad conservadora estrecha y la astucia rústica de los nobles prusianos radicados al este del río Elba. Ludendorff representaba, con su energía brutal, su furor de trabajo y su talento de organización extraordinario, el tipo puro del especialista militar, pero sin entender por completo las nuevas fuerzas de la época de masas, porque, al igual que Hindenburg, había sido educado en el aislamiento espiritual del viejo cuerpo de oficiales. En contraste con el segundo Moltke, no tenía inquietudes filosóficas ni era dominado por el escepticismo; su mundo era el del Estado Mayor y nunca había tenido oportunidad de analizar a éste con espíritu crítico.

En sus recuerdos, Hindenburg ha comparado más tarde sus relaciones con Ludendorff con las de un matrimonio feliz. Pero estos recuerdos fueron escritos con un objetivo determinado: el de animar e instruir patrióticamente a la juventud del derrotado Reich, pues hubo que hacer grandes esfuerzos para persuadir al anciano hombre que usara este eufemismo en su descripción. La relación entre ambos de ningún modo fué tan sencilla, porque en el fondo Ludendorff creía que él era el hombre dotado del don de un gran conductor y sentía una envidia amarga contra Hindenburg por la gloria de sus victorias. No era un matrimonio feliz comparado con la relación que había existido entre Blücher y Gneisenau. Considerando la gran ambición y los celos devoradores de Ludendorff, solamente se puede citar de nuevo la contestación dada por Joffre respecto al triunfo de la batalla del Marne, es decir, «a quién habría correspondido la responsabilidad en el caso de una derrota».

El 23 de agosto, Hindenburg y Ludendorff llegaron a Marienburgo.

En Prusia oriental 800.000 soldados rusos con 1.700 piezas de artillería se encontraban frente a 210.000 soldados alemanes con 600 piezas de artillería. La retirada hacia la línea del Vístula ya se había iniciado. El gran príncipe Nicolás Nikolajewitsch soñaba con la marcha hacia Berlín. Teniendo en cuenta la lentitud con que Rennenkampff aprovechaba su éxito en la batalla de Gumbinnen y considerando que los caminos disponibles para la retirada al Vístula ya se hallaban amenazados por Samsonow, Hindenburg y Ludendorff tomaron en seguida la más audaz decisión imaginable: con excepción de algunas unidades de caballería, que debían velar las propias intenciones, todas las tropas que se encontraban frente al ejército de Rennenkampff debían ser desplazadas para rechazar primero con todas las fuerzas disponibles la amenaza del flanco. El objetivo era encerrar el ejército de Samsonow. Ambos habían sido educados en la escuela de Schlieffen. Ya pensaban en otra operación después de haberse eliminado al ejército del Narew. Una vez logrado esto, todas las fuerzas debían cambiar de frente y concentrarse contra Rennenkampff para derrotar también a éste. El comandante en jefe del frente noroeste ruso hizo en aquel entonces todos los esfuerzos posibles para aliviar la situación francesa en el oeste, pero a estas intenciones se opuso la pesadez con que actuaban los comandantes de ejército rusos. La resolución tomada por Hindenburg y Ludendorff fué favorecida por el hecho de que los lagos Masurianos separaban a los dos ejércitos adversarios. A pesar de esto, varios críticos alemanes y franceses denominaron a Ludendorff «un jugador de azar» por haber tomado esta resolución; pero el juicio es injusto, puesto que la escuela operativa del Estado Mayor que lo formó, se hallaba muy lejos de practicar el «juego de azar».

Entre el 27 y el 30 de agosto se decidió la suerte de Samsonow. El 13.º Cuerpo de Ejército alemán apareció sobre su espalda y una tentativa de socorro ordenada por el general Shilinski llegó tarde. Reconociendo que la situación no ofrecía ya esperanza alguna, Samsonow se suicidó; 13 generales y 92.000 hombres se rindieron a los alemanes, que tomaron además 350 piezas de artillería. Intencionadamente Ludendorff dió a la batalla el nombre de Tannenberg, una aldea ubicada detrás de las líneas alemanas, donde en 1410 el rey Jagiello de Polonia y el príncipe Witowt de Lituania habían derrotado y aniquilado al ejército de la Orden Teutónica mandado por el gran maestro Ulrico von Jungingen.

La batalla de Tannenberg eclipsó la gloria del nombre de Sedán. Se había conseguido realizar un «Canas» perfecto, aprovechando la línea interior en un guerra de varios frentes. El general ruso Shilinski se había mostrado tan incapaz como Moltke el joven para realizar una conducción enérgica de los ejércitos confiados a su mando. Pero Hindenburg y Ludendorff se encontraron, después de Tannenberg, en la misma situación que Aníbal después de Canas, pues no produjeron con su triunfo ningún milagro político. No fué más que una victoria parcial, en un teatro de operaciones parcial. El resultado que produjo ésta, junto con la victoria siguiente sobre el ejército de Rennenkampff en la región de los lagos Masurianos, fué solamente la estabilización del frente oriental

en su parte norte. Fué especialmente trágico que los dos cuerpos de ejército que Moltke había enviado hacia el este, que no fueron pedidos ni por Hindenburg ni por Ludendorff, llegaran demasiado tarde para participar en esta decisión. El 9 de septiembre, el mismo día en que los dos conductores del frente oriental derrotaban a Rennenkampff en la región de los lagos Masurianos, se decidía la suerte del Ejército alemán en el oeste. Y al mismo tiempo que se obtenían estos triunfos en Prusia oriental, comenzaba la derrota austríaca en Galitzia. Estaba cerrándose el cerco de la guerra en varios frentes.

VIII

A pesar de todos los éxitos obtenidos en el este, las miradas de Falkenhayn permanecían aferradas en el oeste, por más que, sin duda alguna, el imperio ruso era el más débil de los tres grandes adversarios, porque se hallaba minado por el peligro de la revolución, apenas reprimida en 1905. Pero el coronel Tappen criticaba a aquellos que querían atacar allí donde no había nada. En el otoño de 1914 estaban listos para ser empeñados cuatro cuerpos de ejército de reserva, recién formados con voluntarios de guerra, que representaban la flor de la juventud burguesa alemana, encontrándose en ellos gran parte de los voluntarios aptos para el reclutamiento de oficiales. Falkenhayn lanzó estos cuerpos, colocados bajo un nuevo comando de ejército, al infierno de una nueva ofensiva en Flandes, cuyo primer objetivo debían ser los puertos del canal de la Mancha, la base del cuerpo expedicionario inglés. Durante el mes de octubre los jóvenes voluntarios alemanes, deficientemente instruidos, atacaron en la zona situada entre Ostende, Menín e Ypres, a través del río Yser. Los generales French y Joffre y el rey Alberto de Bélgica, que condujo personalmente los restos de su ejército, hicieron todos los esfuerzos posibles para resistir a este ataque mortífero. Los ingleses combatieron aquí, como quien dice, con la espalda contra la pared y lucharon, como siempre en tales situaciones, con la tradicional tenacidad inglesa. Ocurrió ahora lo que el Estado Mayor alemán había apreciado imposible: en el norte de Francia aparecieron regimientos de la India; las guarniciones coloniales del Imperio británico empezaban a ser evacuadas y Canadá y Australia formaban unidades de voluntarios para ayudar a la madre patria. Los regimientos de asalto alemanes se lanzaron contra el fuego de los soldados profesionales británicos con largos años de servicio y, a pesar de la resistencia tenaz y las terribles pérdidas que sufrieron, estuvieron por conquistar a Ypres. Pero en el último momento los belgas se decidieron a abrir las esclusas, inundando con el mar una parte de la zona de combate. Al comienzo de noviembre terminaba la última ofensiva alemana frente a Ypres, en medio de la sangre y el barro. Faltaban reservas y municiones. Ya no era el conductor el que tomaba las decisiones, sino la producción industrial. Hasta ahora el Estado Mayor había

tenido que calcular sobre la base de batallones, baterías y escuadrones y el planeo de maniobras y marchas; ahora dominaba la producción industrial, con sus cifras de granadas, proyectiles de fusil, piezas de artillería y ametralladoras.

Es curioso que precisamente de la derrota sufrida frente a Ypres, en la cual se sacrificó tan inútilmente la juventud académica alemana, surgió el mito de Langemarck (una localidad que los voluntarios habían tomado por asalto cantando el himno nacional alemán), aquel mito que más tarde debía influir tanto sobre la desheredada juventud burguesa alemana en la postguerra. Un voluntario desconocido, de descendencia austríaca, Adolfo Hitler, que luchó en aquel entonces en Flandes en las filas de los regimientos alemanes, sacó de este acontecimiento una fuerza mística para su actividad futura.

IX

El jefe del Estado Mayor sacó una consecuencia distinta de la ofensiva fracasada; creyó ahora que desempeñaba el papel de comandante de una inmensa fortaleza sitiada, el cual exigía proceder económicamente con las propias fuerzas, pues era imposible prever la duración del sitio; por otro lado, exigía mantener tenazmente las posiciones ocupadas. Falkenhayn escribió en sus recuerdos que nunca había tenido la ambición de «lucirse con el brillo de una victoria», sino garantizar solamente la continuación de la guerra por un tiempo indeterminado, empleando todos los medios disponibles para efectuar golpes eficaces contra los distintos adversarios. De ningún modo pensaba capitular; por otro lado, sabía muy bien que no podía contar con socorro alguno. Visto el problema desde el punto de vista militar, la única esperanza consistía en la posibilidad de que los adversarios quedaran agotados en sus asaltos o se cansaran del sitio.

Debido a la reunión del Estado Mayor y el Ministerio de Guerra, el Comando en Jefe, cuyo Cuartel General mientras tanto se había trasladado a Charleville-Mézières, disponía ahora de un poder enorme. El emperador se limitó voluntariamente al papel de un observador coronado y el canciller del Reich en Berlín pasó cada vez más a segundo plano. El Comando en Jefe de ningún modo había querido llegar a esta posición, pero ésta le fué adjudicada porque todos los demás poderes tradicionales mostraron ser demasiado débiles. El nuevo poder ampliado de Falkenhayn encontró oposición, al igual que su estrategia de economía de fuerzas. La oposición interna fué encabezada por el segundo Moltke, el ex jefe del Estado Mayor, que ahora, como jefe del Estado Mayor de Reemplazo en Berlín, se esforzaba desesperadamente en reparar los propios errores que había cometido. Moltke no creía ya en una decisión en el oeste, sino que veía la única posibilidad de éxito en un aniquilamiento completo de los ejércitos rusos, seguida por una paz particular con Ru-

cia. A este «partido del este» se agregaron Hindenburg y Ludendorff, cuyo prestigio había aumentado enormemente debido a los triunfos obtenidos en Prusia oriental, así como el príncipe heredero y la emperatriz. Con la cooperación de destacados técnicos agrarios, propietarios rurales e industriales, entre ellos el profesor Sering, barón Von Wangenheim-Klein Spiel, Hugo Stinnes y Alfredo Hugenberg. Moltke exigió, además, que se iniciara en seguida la administración estatal de los víveres y materias primas para poderse enfrentar eficazmente al bloqueo inglés. Para sostener el espíritu patriótico fundó la «Sociedad Alemana», una de las tantas asociaciones de políticos e industriales destacados que se fundaron en aquel tiempo. Moltke protestó también contra la unión del Estado Mayor y el Ministerio de Guerra, encontrando en este asunto un aliado en el canciller; igualmente criticó la defensa sin elasticidad que Falkenhayn realizaba en el oeste, donde se defendía cada pedazo de trinchera y se derramaban torrentes de sangre por insignificancias, en lugar de hacer una defensa a través de espacios grandes. Al respecto escribió, refiriéndose a Falkenhayn, que éste solamente «chapuceaba» y que le faltaba la visión de conjunto y el ánimo para tomar decisiones grandes. En una carta dirigida a Hindenburg, Moltke decía que Falkenhayn produciría la pérdida de la patria y de la dinastía, y si no era posible obligar a Rusia a una paz por separado, la guerra debía darse por perdida; además, que el porvenir de Alemania se basaba ahora en Hindenburg y Ludendorff, pues él mismo en vida había sido echado ya a los muertos.

Falkenhayn empezó a sospechar y exigió formalmente a Moltke que abandonara la guerra de notas; además, quiso prohibirle que apareciera en público con proposiciones propias que no fueran autorizadas por el Estado Mayor. Pero Moltke perseveró en defender sus ideas y sostuvo que si se conseguía eliminar a Rusia, se aseguraba también la neutralidad de Italia y Rumania. Lo que proponía era en cierto sentido el ataque contra el lugar más débil de la coalición adversaria. En Londres, el canciller del Tesoro, Lloyd George, luchaba desesperadamente en aquel entonces en forma similar para que se rodeara el sistema de trincheras alemanas mediante la ruptura del «bajo vientre débil» de las Potencias Centrales, sea por un ataque desde Italia contra Austria, sea por la formación de una gran coalición balcánica con Grecia, Bulgaria y Rumania, para apoyar eficazmente a Serbia y avanzar hacia la cuenca del Danubio. Es notable que en ambos casos fueran dos entrometidos los que presentaran estos proyectos y notable también que en ambos casos los militares responsables no quisieran apartarse de su idea de que la decisión debía producirse en el frente en el cual el adversario disponía de mayores fuerzas. Ludendorff dijo una vez, refiriéndose al segundo Moltke, que poseía una notable capacidad estratégica, pero que le faltaba solamente la energía indispensable para ser un buen conductor en campaña.

Las miradas de Moltke se dirigieron aún más lejos. Desde el otoño de 1914 Turquía había entrado en guerra al lado de Alemania y Austria y en noviembre del mismo año el anciano barón Von der Goltz, nombrado ahora mariscal, se dirigió a Constantinopla para actuar allí

como consejero militar alemán. A la solución del este, proyectada por Moltke, se agregó ahora otra solución, la del Cercano Oriente. Goltz mismo proyectó una alianza con Rumania y Bulgaria y la formación de una coalición balcánica dirigida contra Serbia y el sur de Rusia; además, una ofensiva de fuerzas alemanas y turcas contra el canal de Suez y, finalmente, una empresa en Persia para amenazar a India. En Teherán, el agregado militar alemán, conde Kanitz, ayudado por el cuerpo de oficiales sueco de la gendarmería persa, que mostró simpatías por Alemania, se esforzaba en realizar este plan. Una expedición turco-alemana, mandada por el barón Kress von Kressenstein, avanzó a través del desierto del Sinaí hacia el canal de Suez; dos representantes alemanes, el consejero de legación Von Hentig y el teniente coronel Von Niedermayer, viajaron a través de Persia para entrevistarse con el emir de Afganistán y tratar de convencerlo para que efectuara una empresa contra la frontera noroeste de India. Sin embargo, en todas estas «campanas de Alejandro», como fueron llamadas irónicamente, originadas por Von der Goltz, faltaba la base militar, diplomática y financiera; Falkenhayn calificó lacónicamente al autor de las mismas como un «iluso».

Solamente la solución del este, proyectada por Moltke, con el fin de conseguir una paz particular con Rusia, contenía una posibilidad de substraerse al cerco fatal. Los triunfos obtenidos por Hindenburg y Ludendorff en la parte norte del frente habían estabilizado la situación en la región de Prusia oriental.

X

En el invierno de 1914 a 1915, Falkenhayn trató de aumentar los efectivos del Ejército, constituyendo numerosas unidades nuevas. Se formaron aproximadamente de 18 a 20 divisiones y se inició una nueva organización de la división de infantería, disminuyendo el número de los regimientos de infantería de cuatro a tres y agregando a cada batallón una compañía de ametralladoras. También la artillería, el arma decisiva de la guerra de posición, fué aumentada considerablemente, introduciéndose además un nuevo método de puntería, basado en las mediciones acústica y óptica. La guerra de trincheras hizo aparecer nuevas armas, que en 1914 se hallaban aún en experimentación. En las tropas de zapadores se formaron destacamentos de morteros, de lanzallamas y de lucha con gases. Durante algún tiempo el Estado Mayor tuvo grandes esperanzas en la idea de poder vencer el sistema de trincheras enemigas mediante el lanzamiento de gases, pero pronto se vió que el nuevo medio de combate dependía demasiado de las condiciones atmosféricas y que fácilmente ponía en peligro a las propias tropas si el viento era desfavorable. La técnica debía vencer ahora mediante medios técnicos a su engendro: la guerra de posición. La misma técnica hizo desplazar ahora el centro de gravedad de la conducción de guerra de los frentes de combate a otros campos, des-

tacándose ahora la importancia del mantenimiento y dirección de la fuerza productora, la voluntad de perseverar entre los obreros, el aseguramiento de las materias primas y la alimentación de los obreros que estaban trabajando en las fábricas del interior, donde desempeñaban en cierto sentido el mismo papel del soldado que luchaba en las trincheras. Este mundo político y social, que de tal manera obtenía una importancia considerable, hasta ahora había sido un campo extraño para el Estado Mayor y éste se vió obligado a improvisar en él. Frente al arma económica del bloqueo inglés y frente al arma moral, completamente nueva, de la propaganda, manejada por los aliados con tanta maestría como falta de escrúpulos, el Estado Mayor, en el fondo, no supo qué hacer. Mackensen, antes el ayudante íntimo de Schlieffen y ahora uno de los comandantes de ejército más audaces y de criterio más independiente, escribía a fines de 1914 que quedaba solamente «perseverar, tener paciencia, mantener la fuerza de los nervios y confiar en Dios». Considerando la naturaleza de las masas modernas, tan sensibles a factores emocionales, esta exigencia era demasiado exagerada para ellas y, visto desde el punto de vista militar, era la confesión de la impotencia. Es que Mackensen, quien como joven oficial de reserva había vivido la guerra de 1870, comprobaba también extrañado que la guerra había adquirido proporciones totalmente distintas y un carácter completamente nuevo.

La distribución desfavorable de las fuerzas entre los frentes del este y del oeste no permitió a Hindenburg y Ludendorff realizar el proyecto grandioso de una operación de tenaza, sino solamente una ofensiva invernal en la Masuria, que dió como resultado la seguridad definitiva de Prusia oriental. Esto coincidía por completo con la doctrina de Falkenhayn, que buscaba golpes eficaces, parciales y limitados. El jefe del Estado Mayor esperaba que estaría en condiciones así de paralizar generalmente la ofensiva de los rusos mediante la realización de tales ataques parciales durante todo el año 1915, de modo que fuera posible establecer un frente fijo en el este y garantizar de tal manera la seguridad tanto de Prusia oriental como de Silesia, Hungría y Moravia. El objetivo que perseguía con ello era constituir en el este un campo de seguridad estratégico a vanguardia. Pero ya se veía que Italia iba a pasar al lado adversario, dado que Austria se negaba tenazmente a pagar el precio exigido para la neutralidad italiana, es decir, entregar una parte del Tirol poblada por italianos. En vano Falkenhayn trató de conseguir que Viena accediera a este deseo, pues el anciano emperador Francisco José había debido abandonar ya demasiadas provincias durante su larga vida. Servia interceptaba siempre el camino terrestre a Turquía y la conducta de Bulgaria y Rumania dependía esencialmente de la situación en el teatro de operaciones ruso. Mientras tanto, una escuadra anglo-francesa, que llevaba consigo considerables fuerzas de desembarco, trataba de forzar los Dardanelos y conquistar Constantinopla para abrir la ruta marítima hacia el sur de Rusia. También Falkenhayn debió reconocer ahora que el centro de gravedad de las operaciones se había desplazado hacia el este.

Por iniciativa de Falkenhayn, el Gran Cuartel General imperial se

trasladó, al comienzo de 1915, a la Silesia superior, alojándose en el castillo del príncipe Von Pless, uno de los amigos del emperador. Falkenhayn proyectaba ahora el desarrollo de todo el frente ruso en los Carpatos, que debía iniciarse con la ruptura de las posiciones enemigas en la zona de Gorlice-Tarnow, donde doblaba la línea del frente. Para efectuar este ataque, se constituyó un nuevo 11.º Ejército, bajo el mando del general Von Mackensen, formado por tres cuerpos de ejército alemanes, un cuarto de ejército austríaco, dos divisiones de infantería alemanas aisladas y una división de caballería húngara. El coronel Von Seeckt, según el juicio de Ludendorff ya en aquel entonces uno de los más destacados oficiales de Estado Mayor jóvenes, fué nombrado jefe de Estado Mayor de este ejército. Hindenburg y Ludendorff debían apoyar la ruptura del frente mediante una ofensiva simultánea dirigida contra Lituania y Curlandia. El deseo íntimo de Ludendorff fué efectuar otra vez una operación al estilo de «Canas» desde el norte de Polonia, pero Falkenhayn negó su consentimiento a una operación tan amplia, pues su objetivo era solamente ganar una línea de seguridad entre Lituania y la Galitzia oriental.

El 2 de mayo de 1915 se inició la ofensiva en Galitzia, de la cual Seeckt escribió, con su manera irónica, que una operación de ruptura de esta naturaleza hubiera sido «prohibida» antes de la guerra. Cerca de Gorlice empieza la región petrolífera de Galitzia, pero el general Von Mackensen no se dio cuenta de la importancia industrial de esta región, pues, como caballero de antiguo estilo, solamente veía el contraste entre la belleza de la primavera y los horrores del aniquilamiento desencadenado. La operación de ruptura, militarmente preparada en forma excelente, llegó a tener un éxito completo; Mackensen continuó su avance en dirección a Przemyśl y Lemberg y en el norte las divisiones alemanas avanzaron hacia Brest-Litowsk y Varsovia. Los triunfos seguían uno tras otro, pero ninguno produjo una decisión definitiva. Falkenhayn había esperado que la diplomacia aprovechara la conmoción grave de los ejércitos rusos para iniciar una amplia campaña en favor de una paz por separado. Pero las conversaciones respectivas no pasaron de algunas tentativas efectuadas en Estocolmo; es que no había ya una diplomacia alemana buena como en los tiempos de Bismarck. El resultado efectivo de la ofensiva consistió, fuera del debilitamiento ulterior del Ejército ruso y la toma de algunas fortalezas, entre ellas la de Varsovia, en el hecho de que Bulgaria se agregara a la alianza austríaco-alemana, lo que significó, como Ludendorff hizo constar sobriamente, la ganancia de doce divisiones fuertes. Pero, por otro lado, Italia declaró en la primavera la guerra a Austria, iniciando un ataque en Istria. Como resultado de todo esto la balanza ni siquiera osciló, sino que quedó estable.

XI

Todo el año 1915 se caracterizó por ofensivas parciales alemanas en el este y sudeste, alternadas con tentativas franco-inglesas de romper el frente del oeste y en los Dardanelos. Por primera vez en la historia también Inglaterra volcaba ahora toda la potencialidad de su pueblo en la guerra. Quedaron las fricciones continuas entre los Estados Mayores de Alemania y Austria; las preocupaciones por las reservas cada vez menores en hombres, materias primas y víveres; la presión del bloqueo inglés ejecutado desde lejos y una estrategia que se parecía mucho a los esfuerzos desesperados que hace el capitán de un buque gravemente averiado, que trata de tapar los rumbos producidos por la tempestad y mantener gobernable la nave a pesar del fuerte oleaje.

Ludendorff exigió la realización de una gran ofensiva en el este, con el fin de eliminar a los ejércitos rusos y obligar a Rusia a hacer una paz por separado, para poder emplear después las tropas del frente oriental en la lucha decisiva contra Francia e Inglaterra. Von der Goltz, «el romántico de la guerra», por su parte hacía propaganda en favor de la solución del Cercano Oriente. Seeckt, como jefe del Estado Mayor del tercer Cuerpo de Ejército en el oeste, propuso, al comienzo de 1915, el plan de romper el frente adversario en un lugar muy estrecho a ambos lados de Soissons, debiendo efectuarse este ataque en dirección a la línea de separación de los ejércitos ingleses y franceses, cerca de Amiens, para arrollar así el frente aliado. Conrad von Hötzendorff defendió a su vez la opinión de que debía eliminarse primero a Italia, el adversario más débil. Falkenhayn por su parte temía en el este la amplitud del espacio ruso, creía que una ruptura en el oeste no era factible y apreciaba que el frente italiano no tenía importancia. Una operación característica de su criterio estratégico de la economía de fuerzas, fué la eliminación de Servia, en el otoño de 1915, ejecutada bajo el mando del general Von Mackensen con el coronel Von Seeckt como jefe del Estado Mayor. Gracias a la acción combinada de fuerzas alemanas, austríacas y búlgaras, fué abierto de esta manera el camino terrestre a Turquía para los abastecimientos alemanes. Las aventuras particulares de Austria en las cuales ésta, procediendo independientemente, ocupó Montenegro y Albania, ya no le gustaron a Falkenhayn; pero en conjunto éste tampoco estaba en condiciones de decir cuándo terminaría la tempestad que sacudía la nave estatal y cuál era el rumbo que debía tomar ésta para llegar al puerto salvador.

Seeckt caracterizó la situación de la siguiente manera: Alemania había iniciado la guerra con el objeto de aniquilar a las fuerzas de los tres adversarios occidentales; este objeto era alcanzable en aquel entonces, por lo menos existían perspectivas fundadas para conseguirlo; después se había

querido aniquilar a las fuerzas rusas, lo que no pudo ser logrado debido a la distribución errónea de las propias fuerzas y el aprovechamiento deficiente de los éxitos iniciales. Desde entonces las fuerzas disponibles ya no era suficientes para llevar a cabo una estrategia de aniquilamiento. Quedaba en 1915, fuera de los medios químicos, como nueva esperanza la guerra submarina, que debía batir a Inglaterra con su propia arma, la guerra de corso. Indudablemente la lucha para los aliados era una cuestión de transportes, así como para Alemania y Austria era una cuestión de materias primas. Pero era dudoso que la marina alemana y la capacidad de los astilleros alemanes fueran suficientes para conducir una guerra de corso submarina en gran estilo. El emperador había construido una fuerte flota de combate de superficie, pero no una flota de submarinos. Tirpitz, el impulsor del poder marítimo alemán, exigía en vano que se forzara una decisión en el mar y se empeñara la armada, que se encontraba inactiva en los puertos, prescindiendo de unos pocos avances en el mar del Norte, que en 1916 condujeron al encuentro indeciso de Skagerrak.

También la guerra submarina era cuestión de la producción industrial y de este modo dependía también del problema social no solucionado. Desde hacía varias décadas la oficialidad y los obreros habían sido adversarios declarados. Waldersee había soñado en derribar con la fuerza a la clase obrera y con el golpe de Estado contra las masas. Ahora el Estado Mayor se veía ante el problema de explicar el sentido de la guerra a estas masas, que se habían convertido en un factor tan amenazador y cómo podía conservarse en ella el entusiasmo embriagador de los primeros meses de guerra. Empezó así la época del «socialismo de guerra», debido al cual el Estado Mayor y el Ministerio de Guerra se vieron obligados a intervenir en la producción de armamentos y en la economía de alimentación. Pero este «socialismo de guerra» no podía producir éxito, si no se eliminaba ampliamente durante la contienda, la tradicional economía capitalista de las ganancias, favoreciendo así a la economía de guerra y a los obreros que exigían el mejoramiento de su nivel de vida. De este modo Falkenhayn tuvo que abocarse a desempeñar el papel de un Scharnhorst o Gneisenau, es decir, de un iniciador de reformas en el campo social, lo que, hasta por el carácter de su personalidad, era una contradicción y el Estado Mayor, a pesar de todos sus poderes amplios, forzosamente tuvo que fallar en este campo.

El prestigio externo del Estado Mayor fué ampliado aún más en 1915. Es cierto que Falkenhayn accedió a la exigencia del canciller de que fueran separados los cargos de jefe del Estado Mayor y de ministro de Guerra; pero ahora el Estado Mayor hizo ocupar el cargo de ministro por el general Wild von Hohenborn, hasta entonces cuartel maestro general, el cual fué reemplazado como tal en el Comando en Jefe por el general Von Freytagh Loringhoven, que se encargó de la dirección de todos los servicios de retaguardia. Bajo la dirección de éste trabajó en aquel entonces como encargado de los asuntos políticos el capitán Kurt von Schleicher, que había prestado servicios en el 3.º Regimiento de Infantería de la Guardia junto con el hijo de Hindenburg y tenía ya de

este modo algunas relaciones personales. Muy pronto iban a gustarle, al igual que a Waldersee, estas posiciones de doble carácter, es decir, de orden militar y político a la vez. Las personalidades decisivas en el Comando en Jefe no eran, sin embargo, ni el comandante del amplio Cuartel General imperial, el general Von Plessen, ni el jefe del Estado Mayor mismo, ni los jefes de los gabinetes militar, naval y civil del emperador, sino los especialistas burgueses, es decir, los jefes de las divisiones más importantes del Estado Mayor, como el coronel Tappen, de la División Operaciones; el coronel Bauer, de la Sección Técnica y de Artillería, y el coronel Nicolai, el sucesor de Hentsch, como jefe de la División Informaciones. También los grandes jefes de Estado Mayor de los comandos de ejército, Seeckt, Kuhl, Lossberg, Heye, Hoffmann, Wetzell y Reinhardt, a cuyo trabajo intelectual se debía el éxito de tantas acciones preparadas militarmente en forma excelente, obtuvieron una importancia que hizo pasar a segundo plano el cargo de los comandantes de ejército. Empezó así la época del «reinado del Estado Mayor», que no solamente tuvo sus ventajas, sino también sus desventajas, sobre todo porque favoreció la fatuidad y el enaltecimiento del propio «yo», lo que fué criticado ante todo por los jóvenes oficiales del frente.

Pasajeramente apareció la idea de introducir también un grupo de esta nueva generación de jefes de Estado Mayor en la dirección suprema de guerra; según ella, Falkenhayn debía ser nombrado canciller del Reich, Ludendorff jefe del Estado Mayor y Seeckt cuartel maestro general; pero la aplicación de esta idea en la práctica encontró obstáculos hasta por razones de antigüedad. El modo de pensar de esta generación puede ser caracterizado por las pretensiones que Seeckt mostró como jefe del Estado Mayor de Mackensen. Expresamente se opuso a que lo compararan con Gneisenau, destacando que él, Seeckt, era algo propio. En esta conciencia de sí mismo, descontento y ambiciosa, acentuada aún por una parquedad de palabras afectada y una personalidad fría e inaccesible, existía ya el germen de la desaparición de aquella vieja tradición según la cual los oficiales de Estado Mayor debían ser anónimos.

XII

En relación con todo esto resultan muy interesantes las opiniones sobre política interior de Seeckt, porque desde el punto de vista militar podía ser considerado como el hombre más capaz de esta generación más joven de oficiales de Estado Mayor. Poseía una cultura amplia, extraordinaria para un noble prusiano y oficial, basada en una educación humanista y cristiana, tenía muchas inquietudes espirituales y conocía gran parte del mundo, pues había visitado en viajes de licencia antes de la guerra a España, Francia, Inglaterra, el norte de África e India. Como la mayoría de los oficiales de Estado Mayor, Seeckt sentía aversión contra el Parla-

mento y el liberalismo; por ejemplo, Groener, el jefe de la División Ferrocarriles, le pareció siempre sospechoso por ser un «demócrata del sur de Alemania». La democracia se dirigía al hombre mismo; en cambio, en Prusia se conocía solamente la ética del cumplimiento del deber y del servicio para el Estado. Por eso, el ideal de Seeckt no fué en esta hora despertar las fuerzas del pueblo, sino sujetarlas por «un hombre fuerte», un dictador. Dado que el emperador tácitamente podía ser dejado de lado en estas reflexiones, la dictadura debía ser ejercida por el canciller, concepción influida en cierto modo por el ejemplo de Bismarck. A Seeckt mismo le pareció, sin embargo, esta idea muy atrevida, como escribió a su amigo Winterfeld.

Más interesantes aún resultan las reflexiones sobre política exterior contenidas en estas cartas. Seeckt no creía ya que el gran conflicto entre las potencias del viejo mundo, estallado en 1914, podría terminar en un solo combate, sino que debía tener varias fases. En su opinión, la guerra terminaría con el agotamiento de todos los participantes, siguiéndole primeramente una fase de luchas económicas y después otra de combates decisivos. Por eso, debía ser el objetivo de la política alemana prepararse ya desde ahora para la próxima guerra, asegurándose posiciones de partida favorables. Esto debía conseguirse no tanto por la anexión directa de territorios extranjeros, según lo deseaban los pangermanos, como por la creación de un sistema de alianzas, que debía abarcar toda la región situada entre la costa atlántica y el Cercano Oriente, es decir, una federación estatal bajo la dirección alemana, a la cual debían incorporarse Holanda, Bélgica, Suecia, Dinamarca, Noruega, Austria, Hungría, Rumania, Bulgaria, Grecia y Turquía. Respecto a Rusia, Seeckt esperaba que se ofrecería la posibilidad de un entendimiento con ella, desviando sus ambiciones a objetivos asiáticos, ante todo a la India británica. En cuanto al Lejano Oriente, Seeckt exigió que se hiciera un acuerdo con Japón, al cual debía dejarse el este de Asia. Según su opinión, Turquía era la zona de influencia más importante para Alemania en el futuro.

Estas ideas de Seeckt representaban una opinión privada, pero no la del Estado Mayor, cuyo jefe hasta era un adversario de todo proyecto precipitado. Pero las citadas ideas existían en aquel entonces en forma latente. También Stresemann, más tarde el propulsor de un entendimiento franco-alemán y de una cooperación europea, en aquel tiempo tuvo algunas ilusiones de proyectos de anexión, con la idea de crear un Reich que se extendiera desde Flandes hasta Estonia. En 1916 apareció un libro titulado *La próxima guerra*, de autor anónimo, que exigía una amplia preparación económica de la Segunda Guerra Mundial; como autor del mismo fué señalado el coronel Bruchmüller, un destacado constructor de piezas de artillería. Las ideas de Falkenhayn referentes a todo esto eran mucho más sobrias; su objetivo político consistía a lo sumo en la constitución de una región económicamente unida en el centro de Europa, en el sentido de las ideas del político liberal y socialista Federico Naumann. Pero los sueños de Seeckt, en los que participó también Ludendorff, hicieron que se desarrollara cierto acercamiento entre el Estado

Mayor y el movimiento pangermano referente a los objetivos de la guerra que Class y sus acólitos de la industria pesada habían iniciado ya a fines de agosto de 1914. La alta burguesía alemana respondió a la pregunta sobre el sentido de esta lucha mundial evidentemente de una manera materialista. Bassermann y Stresemann, los líderes del Partido Nacional-liberal, detrás del cual se hallaban poderes económicos muy fuertes, coincidieron en sus exigencias extravagantes respecto a la anexión de territorios de Flandes, de Bélgica, del este de Francia y de las provincias bálticas y polacas, con los conservadores del tipo de Hugenberg o de algunos grandes industriales como Stinnes (quien hasta quiso incorporar Normandía) o con miembros del Partido Católico como Erzberger, quien con su actividad incesante fué inicialmente el defensor de las tendencias de los círculos industriales católicos, hasta que reconoció la exageración de tales ideas.

XIII

Lo fatal fué que los deseos de la industria pesada, que iban desde la adquisición de la zona minera de Briey y Longwy hasta el control sobre las ricas regiones mineras e industriales de Bélgica y del norte de Francia, coincidieran con ciertos deseos del Estado Mayor sobre la adquisición de posiciones de vanguardia favorables en el Oeste, en parte ya insinuadas por Moltke en 1871. Todas estas ideas surgieron, por un lado, del materialismo, al que la clase dirigente alemana se había entregado poco a poco y, por otro lado, del viejo sentimiento de una agorafobia política, causada por la desfavorable ubicación central de Alemania desde el punto de vista estratégico y la falta de una verdadera conducción política desde el relevo de Bismarck.

En febrero de 1916 el Estado Mayor recibió los primeros informes de una propaganda subversiva socialista en el frente, la primera manifestación de disolución interna del viejo organismo del ejército. Precisamente, la estrategia perseguida por Falkenhayn de sostenerse durante un tiempo indeterminado y efectuar ataques parciales limitados, exigía forzosamente una conducción política exterior capaz, que buscara continuamente soluciones diplomáticas y una conducción política interior hábil que llevara a cabo la reforma del Estado, tanto en su cabeza como en sus miembros, retrasada desde hacía tanto tiempo y diera a la monarquía una verdadera vida constitucional, satisfaciendo así las pretensiones de la clase obrera referentes a la igualdad de derechos en el orden político y económico. La tesis establecida por Stresemann de que a la grandeza exterior debía corresponder una libertad interior, tuvo en realidad una importancia decisiva. Pero los problemas políticos eran asuntos demasiado extraños para el Estado Mayor, el cual no estaba en condiciones de reconocer acertadamente su importancia y sólo exigía que un «hombre fuerte» suje-

tara a las masas en el interior y mantuviera su voluntad de continuar la guerra.

El movimiento referente a los objetivos de la guerra, iniciado por los círculos de los grandes capitalistas, fué la peor respuesta que la clase dirigente pudo dar a las masas. Ello equivalía a un desafío al hombre sencillo, que pacientemente soportaba en la trinchera una carga sobrehumana y cuya familia en el interior pronto empezó a conocer el espectro del hambre. El cuartel maestro general Von Freytagh Loringhoven manifestó su convicción de que no era posible ya decir a las masas la verdad sobre la situación bélica. Desde 1915 las condiciones de alimentación en el interior estaban empeorando lenta pero continuamente. Al comienzo de 1915 se introdujo un plan para administrar los cereales, que fué seguido en el otoño del mismo año por otro para las carnes y en 1916 también para las papas, la base de la alimentación alemana. En mayo de 1916 se creó un ministerio especial para administrar toda la alimentación. La escasez no pudo compensarse con la explotación económica de los territorios ocupados en el Este, porque el Comando en Jefe había establecido allí una especie de Estado militar con su propia industria, agricultura, administración de impuestos y monopolios, hallándose las administraciones respectivas en general bajo el mando de jefes de origen noble, ayudados por expertos burgueses. En el interior el socialismo celebraba mientras tanto tristes triunfos sobre la pesada organización burocrática creada para la administración de los elementos críticos, lo cual significaba en realidad que el viejo Estado no era capaz de garantizar el mantenimiento de la vida de sus súbditos.

XIV

Después de la conquista de Servia en el otoño de 1915, Mackensen y Seeckt habían esperado que Falkenhayn ordenaría la continuación del avance desde el sur de Servia en dirección al puerto de Salónica, para asegurar definitivamente los Balcanes contra una invasión de los aliados. Pero Falkenhayn apreció demasiado grande el gasto de fuerzas para tal empresa. Ludendorff defendía siempre la idea de que primeramente debía obligarse a Rusia a hacer una paz por separado; Conrad von Hötzendorff quería derrotar a Italia y Falkenhayn opinaba, no sin razón, que Inglaterra era el adversario más peligroso. Como el ejército no disponía de ningún medio para llevar a cabo con perspectivas de éxito un desembarco en las islas británicas y dado que tampoco podía realizar una «campana de Alejandro» hacia Egipto o India, Falkenhayn creyó que, fuera de la guerra submarina, el único medio para obligar a Inglaterra a abandonar la lucha era vencer su espada continental, es decir, a Francia. Pensó conseguir este objetivo atacando al Ejército francés en un lugar donde no pudiera esquivar la lucha sin sufrir una pérdida de prestigio

decisiva y donde pudiera ser desangrado. El lugar más apropiado para esto, pero al mismo tiempo el más fuerte del frente francés, era el sistema fortificado de Verdún.

Verdún era la zona fortificada más moderna de Francia, dotada de dos cinturas de fortines, obras flanqueantes, fortines blindados y refugios de cemento armado. El coronel Tappen, con su crítica contra aquellos que querían atacar allí donde no había nada, había confesado ya antes que era partidario de la idea de hacer triunfar la fuerza sobre el espíritu. Seeckt, una cabeza más inteligente, hizo en vano la advertencia de que el ataque a Verdún tendría que terminar en un fracaso. El 21 de febrero de 1916, el 4.º Ejército alemán, mandado por el príncipe heredero, inició la ofensiva de Verdún, que continuó durante varios meses con terribles batallas de artillería, asaltos con grandes pérdidas y algunos éxitos parciales, consistentes en la toma de algunos fortines. Francia debía ser «desangrada». Efectivamente, esta batalla aniquiló la flor de la excelente infantería francesa, pues aproximadamente setenta divisiones francesas fueron derretidas en el fuego infernal de estas luchas. Pero la infantería alemana no sufrió menos. Las pérdidas alemanas alcanzaron finalmente a 282.000 hombres y las francesas, que fueron un poco más elevadas, llegaron a 317.000 hombres. Pero detrás de Francia se encontraba el Imperio británico, como también el Ejército de millones de los rusos, si bien conmovido pero todavía no vencido, y posiblemente también el enorme poder de los Estados Unidos de Norteamérica. En cambio, detrás del Ejército alemán se encontraba un país amenazado por el hambre y la discordia social y dos aliados, Austria y Turquía, ambos enfermos de consunción.

En el Este, donde Ludendorff quería buscar la decisión, se decidió ahora el destino de Falkenhayn. En la Mesopotamia, el arte de conducción del anciano mariscal Von der Goltz había celebrado aún un último triunfo, pues cerca de Kut el Amara el ejército expedicionario anglo-indio, que debía tomar Bagdad, fué encerrado y obligado a rendirse. Goltz no presenció ya la terminación de esta lucha, pues una enfermedad de estas regiones calurosas lo mató. Durante el funeral, celebrado en el Parlamento de Berlín, el segundo Moltke, jefe del Estado Mayor de Reemplazo, sufrió una apoplejía. Fué una coincidencia rara, pues ambos, Goltz y Moltke, habían sido proscriptos. Ocho días después los ingleses iniciaron su asalto en el río Somme, con una superioridad aplastante ahora de artillería y aviación. Al mismo tiempo se quebró el frente austríaco en Galitzia bajo la presión del último asalto de los rusos, que empezó el 4 de junio. Conrad von Hötzendorff debió abandonar todos sus planes de atacar a Italia. Para salvar por lo menos la línea de los Cárpatos y asegurar la cuenca del Danubio contra la irrupción rusa, fué organizado apresuradamente el comando de un nuevo grupo de ejército austríaco-alemán, bajo el mando del archiduque heredero Carlos y Seeckt como jefe del Estado Mayor. La ofensiva de Verdún se hundió para siempre en un mar de sangre, lágrimas y barro.

La ofensiva rusa produjo otra consecuencia todavía más grave, pues Rumania declaró la guerra a Alemania y sus aliados. Setecientos cincuenta

mil soldados rumanos iniciaron el avance hacia Transilvania y Hungría, dirigiendo su ataque contra la espalda tanto del frente de los Cárpatos como del frente de los Balcanes. La declaración de guerra rumana, el 27 de agosto de 1916, significó la sentencia de muerte de Falkenhayn. Su estrategia de economía y de agotamiento había fracasado. Falkenhayn no se había mostrado ni como gran estratega de ideas amplias, ni como figura de arrastre de masas; había sido solamente un gran trabajador, que actuó en forma silenciosa y sobria, el tipo de oficial de Estado Mayor enemigo de toda popularidad o de destacarse públicamente. Nunca había poseído la confianza del pueblo, como Hindenburg y Ludendorff, los vencedores de las grandes batallas del Este. El coronel Bauer, el hombre más influyente en el Estado Mayor después del coronel Tappen, se dirigió ahora al ministro de Guerra, eludiendo la vía jerárquica y propuso que Falkenhayn fuera reemplazado por Hindenburg y que Ludendorff actuara como cooperador de éste. El 28 de agosto Hindenburg y Ludendorff fueron llamados al Cuartel General de Pless, comunicando el general Von Lynker a Falkenhayn, en nombre del emperador, que Su Majestad había decidido pedir el consejo del comandante en jefe del frente oriental. Falkenhayn, demasiado orgulloso para hacerse despedir, pidió su retiro, que le fué concedido en seguida. El 29 de agosto Lynker comunicó a Ludendorff que el emperador había decidido nombrar a Hindenburg jefe del Estado Mayor General y a él como segundo jefe. A Ludendorff le pareció más conveniente dar a este cargo la denominación de primer cuartel maestre general, consintiendo Lynker en esta proposición. Por primera vez el nombramiento de un jefe del Estado Mayor General fué el resultado de la presión de la opinión pública. Hindenburg se hizo cargo de su nuevo puesto en una hora de gran preocupación e inquietud, mientras que en todos los frentes tronaban los cañones en las batallas de artillería más grandes conocidas hasta entonces en la Historia. Ludendorff, refiriéndose a este momento, escribió en sus recuerdos: «humildemente pedí a Dios, el omnipotente, que me diera fuerzas para cumplir con mi tarea».

CAPÍTULO VIII

LA DICTADURA SILENCIOSA

Hindenburg y Ludendorff (1916 a 1918)

I

Durante la Primera Guerra Mundial, una de las manifestaciones de mal gusto del patriotismo amanerado y falso de la época de Guillermo II consistió en que en las grandes ciudades alemanas fueron levantadas estatuas de madera de Hindenburg, en las cuales cualquier persona podía clavar un clavo de hierro al pagar una contribución en dinero (*). Sin embargo, estas estatuas daban inconscientemente también la sensación de que la figura hercúlea e imponente del último jefe del Estado Mayor General prusiano había sustituido como símbolo al decadente Estado de los Hohenzollern y que era, a la vez, el consuelo de los desanimados y la esperanza de los creyentes. Desde los días del viejo Moltke, el Estado Mayor se había convertido en una institución de la cual todos esperaban que sería capaz de hacer también lo imposible. Seeckt, que poseía un sentido estético muy fino, escribió más tarde que no era posible imaginar la figura de Hindenburg representada según la manera italiana, esto es en bronce o mármol, sino solamente de aquel modo, tal como los grandes tallistas de la época gótica habían creado sus figuras de reyes y santos colocados en las catedrales. Efectivamente, en la faz ancha y tranquila del viejo Hindenburg se hallaba expresada en cierto modo la esencia profunda de la modalidad prusiana, aquella íntima unión de la conciencia alemana del deber, con la mentalidad patriarcal eslava, tan común en las llanuras orientales del Reich de donde provenía este hombre.

(*) Era una forma de reunir donaciones de dinero para la guerra. (N. del T.)

Si Hindenburg podía ser considerado como el símbolo de una época casi pasada — con toda razón él mismo sostenía frecuentemente que pertenecía a la Alemania de Bismarck y del viejo emperador Guillermo I —, por otro lado la personalidad de Ludendorff, con su capacidad de trabajo inmensa y brutal, su unilateralidad y su talento organizador extraordinario, representaba el tipo del gran ingeniero moderno, quien, como experto técnico, necesitaba sin embargo ser dirigido y frenado por la mano de un gran dirigente industrial para hacer valer estas cualidades. Pero Hindenburg no estaba en condiciones de actuar como un dirigente de esta clase porque su alma nunca comprendió las características del tiempo moderno. A pesar de esto, los nombres de Hindenburg y Ludendorff son inseparables, así como los de Blücher y Gneisenau, aun cuando no exista ninguna semejanza en el carácter de ambos binomios conductores.

Hindenburg y Ludendorff tenían algo de común solamente en su descendencia, pues provenían de esa clase de terratenientes empobrecidos y socialmente venidos a menos de las regiones orientales de Alemania. Los Beneckendorff, una familia muy ramificada de la vieja nobleza brandenburghesa, con valiosas posesiones en la Marca Nueva, en Pomerania y en Prusia occidental y oriental, que había reunido su blasón con el de la extinguida familia de los Hindenburg radicada en Prusia oriental, habían perdido casi todas sus posesiones durante la crisis agraria que siguió a las Guerras de Liberación; época en la cual nació Pablo von Beneckendorff y von Hindenburg en Posen, el 2 de octubre de 1874, como hijo de un oficial subalterno y una madre de origen burgués, hija de un médico militar. Su vida, como la de tantos otros oficiales nobles, se desarrolló bajo la ley de la pobreza. El deseo silencioso de recuperar la vieja posesión de la familia en Neudeck se cumplió recién en su vejez, debido a una donación del Estado. La carrera de Hindenburg fué la normal. Se educó en el Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial; durante las guerras de 1866 y 1870-1871 fué teniente en el 3.º Regimiento de Infantería de la Guardia; dos veces prestó servicios en el Estado Mayor; en 1889 fué jefe del Departamento General de Guerra en el Ministerio de Guerra prusiano, la única vez que tomó contacto con cuestiones políticas; en 1896 fué jefe del Estado Mayor de un Cuerpo de ejército; en 1900 fué nombrado comandante de la 28.ª División de Infantería en Karlsruhe, y de 1903 a 1911 fué comandante del 4.º Cuerpo de Ejército en Magdeburgo. Se había casado con felicidad con la hija de un general y el hijo, Oscar von Hindenburg, se incorporó como oficial, al igual que el padre, al 3.º Regimiento de Infantería de la Guardia. Respecto a su nombramiento como jefe del Estado Mayor General, escribió Hindenburg en sus recuerdos, que había tenido la sensación de que necesitaba para ello nervios fuertes. Cuando uno se imagina la personalidad de Hindenburg, cree escuchar aún la grave voz de contrabajo del viejo hombre, cuyo mundo era el Ejército prusiano y el Estado Mayor, que nunca había mostrado debilidad en sus pensamientos, que declaró superflua toda la educación humanista y confesó francamente que desde su juventud no había leído nin-

gún libro bueno, con excepción de obras militares. En este hombre se personificó así la herencia social y psíquica de la vieja nobleza del Este, con su conciencia de casta y elevado sentido de dignidad y tacto, junto con una concepción de la vida fundada en el cristianismo protestante y una sobriedad, ausencia de fantasía y cierta estrechez mental, unidas a una astucia rústica. En el fondo era un hombre sin ninguna aptitud artística, aun cuando sea difícil aceptar la personalidad de un verdadero conductor superior que no tenga a la vez una cierta capacidad imaginativa y artística.

También el jefe de Estado Mayor de Hindenburg, el general de Infantería Erico Ludendorff, era un hombre que carecía de toda aptitud artística. Su padre descendía de una vieja familia de armadores navales y comerciantes de Pomerania, emparentada con familias suecas, que había tratado de radicarse en el campo. La madre descendía de la familia noble prusiana de los Tempelhoff. Al ver que la hacienda de Posen era poco lucrativa, el padre arrendó tres haciendas en el distrito de Koeslin, pero quebró como tantos otros agricultores en la crisis de los años posteriores a 1880 y se hizo empleado de una compañía de seguros contra el granizo, actividad que desempeñó en el resto de su vida. Inconscientemente el hijo heredó mucho de los resentimientos sociales de esta clase decadente de terratenientes. En sus recuerdos describió más tarde el cuarto de trabajo de su padre en la hacienda ubicada en la pobre llanura del Este. No contenía tesoros culturales, sino recuerdos bélicos de la guerra de 1870 y 1871, en la que el padre había participado como oficial de reserva; un sable, un cartucho de ametralladora y un pedazo de tapiz del castillo de Bellevue de Sedán, a lo cual se agregaba un busto de yeso de Federico el Grande.

También Ludendorff pasó la dura y áspera escuela del Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial y prestó servicios después como oficial de infantería, pero no como Hindenburg en un regimiento de la Guardia, sino en una unidad común. En la Academia de Guerra, el general Meckel, el reorganizador del Ejército japonés, que fué su profesor, lo recomendó para el Estado Mayor y Ludendorff quedó así relacionado con esta institución en forma más estrecha que Hindenburg. En 1894 fué destinado al Estado Mayor, donde trabajó al principio en la división encargada de los Estados del norte de Europa, de los países balcánicos y asiáticos. El uniforme de Estado Mayor, de color azul oscuro, con el cuello bordado de plata, las franjas de color carmesí en los pantalones y la estrella de la Guardia en el casco, significaron para él mucho más que un símbolo de su carrera militar; representaban al mismo tiempo la reanudación de su ascenso social. Después de haber ocupado diferentes puestos en el Estado Mayor de los comandos de las tropas, fué nombrado en 1904 jefe de Sección en la División Concentración y en 1908 jefe de la misma. Su labor, que representó para él su mundo, era el estudio de todas las hipótesis bélicas probables y la misión de los oficiales de Estado Mayor en todos los países. El trabajo era en este caso profesionalmente aún más limitado que en otras partes, dado el exclusivismo del cuerpo de oficiales del Esta-

do Mayor, cuyos miembros parecían pertenecer — sin razón alguna — a una congregación misteriosa. Ludendorff conoció el mundo solamente como oficial de Estado Mayor, el propio país en los viajes de Estado Mayor y el exterior en un viaje de estudio militar a Rusia y durante un destino pasajero en un batallón de infantería de la marina, que incluyó algunos viajes marítimos a Inglaterra y Noruega. El joven aspirante a oficial había mirado siempre respetuosamente el edificio rojo del Estado Mayor en la Plaza Real de Berlín y había observado con profunda admiración la delgada figura del anciano Moltke, preguntándose con ansiedad si alguna vez podría hacer tanto como éste. El mismo relató el encanto que sintió al dirigir por primera vez los viajes del Estado Mayor. En su personalidad se mezclaba una gran ambición con una confianza exagerada en sí mismo, basada en una educación y cultura completamente unilaterales. Inmediatamente después del triunfo de Tannenberg, declaró ya en forma ostensible: «Cuando YO gané la batalla de Tannenberg...», lo que era un pecado mortal contra la tradición del Estado Mayor. En este medio ambiente espiritual de orden puramente militar, en el cual le faltó un contrapeso de orden político, surgió el lema de su vida: «La guerra es la política exterior, ejecutada con otros medios, pero la política en conjunto debe servir a la guerra.» Clausewitz había fundado su doctrina en el sentido inverso. Ludendorff se convirtió así en el «Anti-Clausewitz» del Estado Mayor.

El eufemismo de Hindenburg referente a su matrimonio feliz con Ludendorff es conocido. Empero, según las palabras de éste, Hindenburg durante la guerra no era más que una gran figura ideal, el símbolo indispensable para las masas, en otras palabras, un figurón. La relación existente en realidad entre el jefe del Estado Mayor y el primer cuartel maestro general, se reconoce en mejor forma si se sigue de cerca una jornada normal del tercero y último Comando en Jefe del Ejército, cuando se trasladó a Bad Kreuznach. El día empezaba a las nueve con la «situación matutina», expuesta por Ludendorff a Hindenburg, y éste daba generalmente su aprobación con pocas palabras. Una leyenda patriótica ocultó durante largo tiempo la típica pregunta que hacía Hindenburg cuando había que tomar decisiones de mayor envergadura: si Ludendorff sabía algo mejor, porque a él no se le ocurría nada más, terminando la frase con «Dios nos ayude». Después Hindenburg, acompañado por su ayudante personal, hacía un paseo de una hora, a lo cual seguían recepciones de visitantes, exposiciones por parte de diferentes jefes de división, el despacho de notas y «la situación de mediodía», en la cual Ludendorff hacía su exposición ante el emperador, mientras Hindenburg en general permanecía callado. Seguían después el almuerzo, la siesta y otra vez conferencias y exposiciones y, finalmente, a las veinte horas en punto la cena, que duraba una hora y media, después de la cual se exponían aún los últimos partes. Hindenburg cuidaba en forma exagerada que las comidas se realizaran puntualmente, apreciaba mucho un buen sueño y gustaba de la caza; en los retratos que los pintores hacían de él comprobaba exactamente si todos los botones del uniforme se en-

contraban prendidos y en los escritos corregía minuciosamente los errores de puntuación. Su capital mental consistía en una gran porción de sentido común y esta capacidad de juicio, unida a la tenacidad y astucia de sus antepasados de tierra adentro, le hacían ver que su consejero militar era un experto insuperable y que era suficiente que vigilara y dirigiera su trabajo. La modestia personal, que es siempre también la consecuencia de una prudencia natural, Ludendorff nunca supo entenderla en tal sentido.

II

En el Estado Mayor se efectuaron ahora varios importantes cambios e innovaciones de orden personal. El coronel Tappen fué reemplazado como jefe de la División Operaciones por el teniente coronel Jorge Wetzell, en 1914 primer oficial del Estado Mayor (*) del 3.^{er} Cuerpo de Ejército, cuyo jefe era Seeckt. Wetzell, un hombre de amplia cultura general y militar, que conocía bien el mundo y poseía una capacidad especial para entender la modalidad de la guerra moderna, era mucho más hábil e ingenioso que su antecesor.

El organismo del Estado Mayor fué ampliado también considerablemente. A la División Operaciones se agregó una Sección de Asuntos Balcánicos, subordinándose también a ella el abastecimiento de munición, mientras que el puesto del jefe de municiones fué suprimido. Al lado de la División Política fué creada una división especial para los asuntos de ejércitos extranjeros y un puesto de enlace con el Ministerio de Relaciones Exteriores. El cuartel maestro general dispuso desde entonces de cuatro divisiones para todos los asuntos de administración y de abastecimiento; además, de un intendente general, un jefe de transportes motorizados y un comandante de columnas de munición. Las fuerzas de aviación, aumentadas apreciablemente (cuya ambición secreta era independizarse como tercera rama de las fuerzas armadas), fueron subordinadas directamente al Estado Mayor.

Con toda intención Ludendorff colocó ahora la corresponsabilidad de los oficiales de Estado Mayor, en cuanto a las resoluciones que debían tomar sus comandantes, por encima de la responsabilidad de los comandantes mismos, aplicando esto ante todo a los jefes del Estado Mayor de los comandos de grupos de ejército y de ejército. Al producirse a veces en las operaciones algunos descabros, fué más fácil así relevar a los jefes del Estado Mayor que a los comandantes mismos. De este modo la vía jerárquica especial del Estado Mayor obtuvo ahora una gran importancia como medio para asegurar la ejecución de la voluntad del comandante supremo. Por otro lado, las necesidades de la guerra obligaron a acortar esencialmente el tiempo de instrucción para el reem-

(*) Jefe de la División Operaciones.

plazo de los oficiales de Estado Mayor. Los conocidos «cursos de «Señán», que duraban solamente seis semanas, obtuvieron finalmente una triste fama, pues con ellos disminuyó continuamente la posibilidad de hacer una severa elección personal, lo que fué también una consecuencia de la guerra de masas del siglo xx.

En el aspecto exterior del Estado Mayor, que debía ocuparse ahora también de asuntos en realidad ajenos a su modalidad, como la prensa, el cine, la producción de armamentos y la alimentación, ya se mostraba el dilema trágico en que se halló el tercero y último Comando en Jefe del Ejército. En Prusia, la persona del monarca, como comandante supremo en tiempo de guerra, siempre había sido el factor armonizador y mediador entre las funciones opuestas del Estado Mayor, del Gabinete Militar, del Ministerio de Guerra y de la conducción política. Nominalmente el emperador Guillermo II ocupaba siempre aún esta posición, pero cada vez más se veía que no estaba en condiciones de responder a esta tarea. Del mismo modo se mostró incapaz el canciller Von Bethmann Hollweg para limitar la influencia de los militares. Y el otro órgano constitucional, el Parlamento, falló como factor armonizador no menos que el monarca y el canciller. La conducta de la oposición liberal era demasiado moderada y la oposición socialista se hallaba imbuída de sus preocupaciones doctrinarias, faltándole además personalidades sobresalientes, excepto algunos pocos hombres, como Federico Ebert, Augusto Winnig, Gustavo Noske y el dirigente sindicalista obrero Carlos Legien. Stresemann, el líder de los reformadores nacional-liberales, cometió el error de buscar ante todo la alianza con el Comando en Jefe del Ejército. La titánica personalidad de Bismarck había quitado ya al Parlamento sus facultades y el emperador siempre se había negado a tomar contacto con los destacados parlamentarios, pues consideraba al Parlamento solamente como «un grupo de charlatanes molestos». Una situación como ésta, que debía desarrollarse en condiciones tan desfavorables, no podía dar buenos resultados.

Ludendorff se quejó al príncipe heredero de que no se hacía nada y que alguien debía hacer algo. Siendo él mismo una personalidad extraordinariamente autocrática, se decidió a llenar esta brecha personalmente. Las exigencias que trató de aplicar a la vida de la zona del interior fueron muy amplias entre ellas las medidas destinadas a aumentar el número de los nacimientos, con el fin de impedir la disminución de los obligados al servicio militar; las mejoras en el problema de las viviendas; la lucha contra las enfermedades venéreas; las medidas para impedir que la población del campo se trasladara a las grandes ciudades y, finalmente, medidas oportunas para construir viviendas y aprestar campos de cultivo para los millones de soldados que regresarían al interior al desmovilizarse el Ejército. Mediante una ley especial debía asegurarse la instrucción premilitar de la juventud y un ministerio particular del Reich debía iniciar la lucha contra la progresiva agitación de los círculos subversivos del interior y contra la propaganda de los aliados, dirigida con tanta maestría desde el exterior.

Según la opinión de Mackensen, se necesitaba en aquel entonces un canciller militar del Reich y, según el criterio de Seeckt, la solución más oportuna era establecer la dictadura militar. Pero Ludendorff mismo apreciaba que esta dictadura militar, que casi se le ofrecía por sí misma, no podía ser sino una solución de emergencia y buscaba en el fondo ansiosamente entre los políticos y parlamentarios a un «hombre fuerte», un «Lloyd George alemán», que fuera capaz de salvar a los militares del dilema en que se encontraban. Pero no lo encontró en ninguna parte. Muchos parlamentarios como Stresemann apreciaron al contrario la dictadura militar como la solución salvadora, celebrando a Ludendorff como el «Cronwell alemán». La generación más joven de los oficiales de Estado Mayor del Comando en Jefe, los que más tarde ocuparon los cargos directivos en el ejército de 100.000 hombres, sacaron de este espectáculo la consecuencia de que la dictadura militar pura, o sea, el hecho de que asumieran la responsabilidad de tal asunto los militares, era un grave error y que la condición previa para toda dictadura era la opinión favorable de las masas.

La tesis de Ludendorff era llevar la guerra de aniquilamiento a su potencia máxima. Pero esta guerra significaba en realidad también la muerte económica del vencedor, dado que paralelamente a la ampliación desconsiderada de la producción industrial se producía la destrucción del poder adquisitivo y la desaparición de los mercados. Empero, por de pronto, se trató solamente de aumentar la producción. Lógicamente, el primer gran programa del tercer Comando en Jefe fué de naturaleza económica. La producción mensual de ametralladoras subió de 800 a 14.400, la de piezas de artillería de 480 a 2.000. Otro resultado favorable del nuevo programa fué la construcción de nuevas piezas muy pesadas de tiro rasante, de cañones con un alcance de 120 kilómetros, de piezas livianas de acompañamiento para la infantería, de cañones anti-aéreos motorizados y el desarrollo de la tracción mecánica para la artillería pesada. Sin embargo, este programa se inició recién durante el invierno de 1916 a 1917, el primero en que la población sufrió hambre debido al bloqueo. Una ola de pesimismo invadió el ánimo de las masas del interior. La conciencia nacional de los obreros, que estalló en 1914 en forma tan entusiasta, pero que nunca se manifestó en forma clara, fué amainando poco a poco y simultáneamente fué disminuyendo también su capacidad de resistencia a los sufrimientos. Las anexiones que exigía el Estado Mayor y la industria pesada no podían hacer surgir nuevas fuerzas morales.

El arte de improvisación del Estado Mayor podía dominar aún el problema económico de la guerra mientras la situación de materias primas lo permitía. En cuanto a la política, las tentativas de Ludendorff de intervenir en ella terminaron con un fracaso. Su primer paso en la política exterior, la proclamación del reino polaco, fué un grave error, porque la creación de una Polonia independiente bajo la protección de las Potencias Centrales destruyó las últimas perspectivas de conseguir una paz por separado con Rusia. Precisamente el primer ministro ruso, Boris

Stürmer, un reaccionario nombrado por el zar en 1916, podía ser considerado como un hombre que favorecería un entendimiento entre los grandes poderes dinásticos. Pero Ludendorff se dejó persuadir por el gobernador general de Polonia, el general Von Beseler, que ese país, una vez independizado, pondría a disposición del Reich un ejército de quince a veinte divisiones. Ya antes de la guerra Ludendorff había sido un adorador del número; ¡Dios había ayudado siempre a los batallones más fuertes! Así se dejó engañar por las ideas de Beseler, que no correspondían a la realidad, aunque él mismo, como hijo de la provincia de Posen, debió conocer la enemistad tradicional de los polacos contra Alemania.

El segundo paso se refirió a la declaración de la guerra submarina sin restricciones y a la tentativa de iniciar nuevas negociaciones mediante una declaración del Reich en favor de la paz. Ludendorff exigió que en toda publicidad referente a las negociaciones de paz se empleara un lenguaje tan enérgico como fuera posible, para no despertar la sospecha de que se trataba de una señal de debilidad. Simultáneamente insistió en la realización desconsiderada de la guerra submarina, sobre cuyas posibilidades de ejecución se basó totalmente en los cálculos optimistas del Almirantazgo. Como militar no tomó en serio los esfuerzos del presidente norteamericano Wilson de desempeñar el papel de árbitro en el conflicto mundial, apreciándolos como puras fintas, porque según su criterio en la política del Poder no cabían tales soluciones. Por otra parte, para apreciar acertadamente el valor del factor americano faltaba todo elemento de juicio. Hasta un hombre tan conocedor del mundo como Seeckt apreció que la entrada en guerra de Estados Unidos, en la primavera de 1917, no sería decisiva, sino que solamente prolongaría el conflicto.

III

Muy pronto Ludendorff reconoció que la política brutal de una guerra total no podía ser realizada con un canciller como Bethmann Hollweg, quien en el fondo era un partidario de ideas humanitarias. La oposición de los pangermanos contra el curso pacifista del canciller, encontró partidarios hasta en los círculos liberales y progresistas, debido al interés de la industria en una paz con anexiones. Por eso trató Ludendorff en materia de política interior de conseguir en primer término el nombramiento de un «canciller de guerra». Gracias a la lucha que anteriormente había conducido por el presupuesto militar, conocía ya el modo de negociar con los partidos políticos. El coronel Bauer como mediador tomó contacto con la oposición parlamentaria, que abarcaba el Partido Conservador, el Nacional-liberal y parte del Partido Católico, a fin de hacer caer al canciller. Desgraciadamente, muchos parlamentarios vie-

ron la salvación en el nombramiento del jefe del Estado Mayor mismo como canciller, una idea que Ludendorff rechazó, pues no se sentía capaz de cumplir esta doble tarea. Stresemann y Erzberger, entre los partidos burgueses quizá las dos personalidades más destacadas, propusieron entonces la candidatura del príncipe Bülow, esperando que la habilidad diplomática de este hombre pudiera crear las posibilidades de llegar a una solución política. Ludendorff mismo habría preferido a Tirpitz. Pero éste, mientras tanto, debido a diferencias de opiniones sobre la conducción de la guerra marítima, había caído en la desgracia del emperador en forma más seria que Bülow.

A principios de julio de 1917 hubo, por primera vez en la historia del Estado Mayor prusiano, una recepción de parlamentarios en la Casa Roja, para darles una información general respecto a la situación. También el emperador y el príncipe heredero creyeron, por primera vez en la época de Guillermo II, que sería oportuno escuchar a los jefes más importantes de los partidos políticos, hasta a los socialdemócratas inclusive. El emperador repitió en esta oportunidad sus infelices fanfarronadas y el príncipe heredero interrogó a los diputados como si tratara a suboficiales citados para informar a sus superiores. Hindenburg y Ludendorff lograron finalmente el relevo del canciller mediante la amenaza de su propia dimisión.

En 1918 Lloyd George preguntó una vez al generalísimo francés Foch su opinión sobre Ludendorff. Foch le contestó en forma seca «es un buen soldado»; no dijo «un gran general»; de este modo hizo un juicio muy acertado, que fué confirmado por la política de Ludendorff. Como especialista puramente militar no sabía qué hacer en cuestiones políticas e iba a parar forzosamente a medidas erróneas. Ludendorff puso su esperanza primeramente en la diplomacia, apoyada por brutales amenazas militares y en el medio auxiliar técnico de la guerra submarina. La diplomacia le falló; en cuanto al medio técnico, los ingleses lo vencieron después de sufrir grandes pérdidas de naves, que amenazaron su existencia, al conseguir Lloyd George, contra la resistencia del Almirantazgo, que se introdujera el sistema de los convoyes. Muy pronto se vió que el ataque de un submarino aislado no ofrecía ya perspectivas de éxito contra un convoy bien protegido por buques de escolta, estando armado además cada buque mercante con cañones de defensa. Así no quedó más remedio que volver a la estrategia de la guerra terrestre, que parecía hallarse paralizada sin esperanza alguna.

En la conducción de guerra terrestre, en la rama verdaderamente tradicional del Estado Mayor, Hindenburg y Ludendorff obtuvieron al comienzo un gran éxito, al conseguir que se estableciera la dirección de la guerra austriaco-alemana en común bajo el mando supremo nominal del emperador alemán. Sin embargo, esta institución terminó pronto al morir el viejo emperador Francisco José, en noviembre de 1916 y al ser reemplazado Conrad von Hötzendorff como jefe del Estado Mayor austriaco por el teniente mariscal Arz von Straussenberg. El nuevo monarca,

el emperador Carlos, había reconocido que la situación de Alemania y Austria no ofrecía ya perspectivas de éxito y estaba decidido a proceder por cuenta propia para salvar a su imperio, en caso necesario también abandonando a su aliado «prusiano».

IV

Durante los últimos meses de 1916 se efectuó otra vez una acción aislada limitada, la eliminación de Rumania, cuya ejecución mostró evidentemente que el arte de conducción del Estado Mayor era sin igual dentro del marco de los acostumbrados conceptos de espacio y de la acostumbrada táctica de guerra de movimiento. Falkenhayn, quien como conductor del 9.º Ejército alemán avanzó desde Transilvania hacia la llanura rumana, se destacó en esta campaña junto con Mackensen, que invadió a Rumania desde la Dubruscha con unidades alemanas, turcas y búlgaras. El 6 de diciembre de 1916 Mackensen entró en Bucarest. Los restos del Ejército rumano fueron obligados a retirarse a Besarabia. Falkenhayn se dirigió después como mariscal turco a Palestina, en cuya circunstancia lo acompañó como jefe de la División Operaciones un hombre que debía desempeñar más tarde en la Historia alemana un papel muy discutido, el mayor de Estado Mayor Francisco von Papen, anteriormente agregado militar alemán en Washington. Sin embargo, el viejo Hindenburg reconoció claramente con su juicio sobrio que todos estos éxitos eran solamente éxitos parciales y en sus recuerdos escribió más tarde que Alemania y sus aliados habían conseguido en un solo caso, el de Montenegro, eliminar por completo a un adversario. Si bien el círculo del encierro se había desplazado más afuera, no se había roto realmente en ningún lugar. El Ejército belga se había retirado a través del río Yser, el Ejército servio a Corfú y el Ejército rumano a Besarabia.

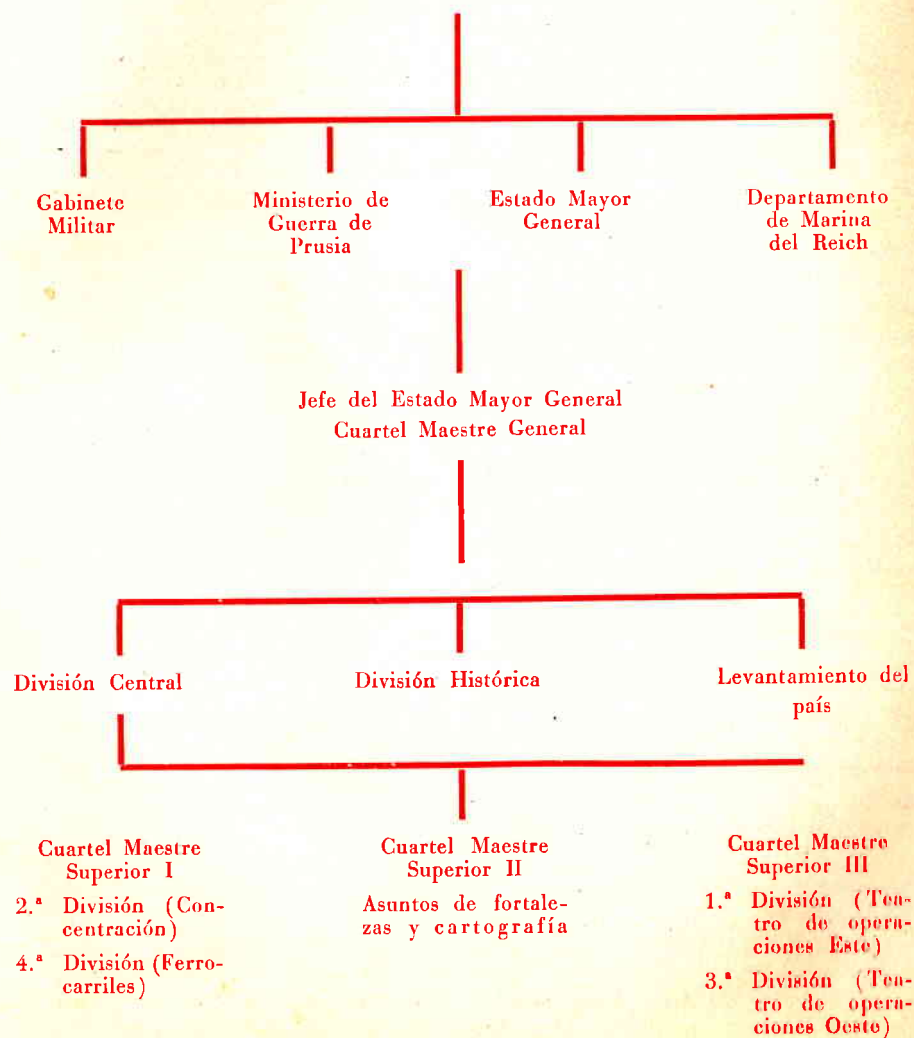
Desde el punto de vista estratégico, el año 1917 se convirtió de este modo en un año de defensa, de «estancamiento operativo», como escribió Seeckt, aunque en febrero había estallado la revolución en Rusia. Pero ahora se vió que el modo de proceder ciego de la clase dirigente prusiana había colocado a los elementos conservadores y dinásticos de Rusia en una situación desesperada. El derrumbe del viejo orden feudal moscovita, de estilo europeo occidental, se inició cuando los más altos conductores del ejército se separaron del zar, al que hicieron el reproche de estar persiguiendo clandestinamente tendencias de paz. Ludendorff apreció la Revolución rusa al comienzo exclusivamente desde el punto de vista del oficial, lamentando la caída de la casta de oficiales rusa. Seeckt creyó que la revolución en lo esencial era «el resultado de agitaciones secretas inglesas», porque el Gobierno inglés favoreció inicialmente el nuevo rumbo liberal en Rusia. Cuando este régimen se esforzó en continuar la guerra, Ludendorff permitió a varios agitadores sociales revolucionarios como Lenin, que se trasladaran a Rusia. Con ello buscó solamente la posibilidad

ORGANIZACIÓN
DEL
ESTADO MAYOR

Cuadro III

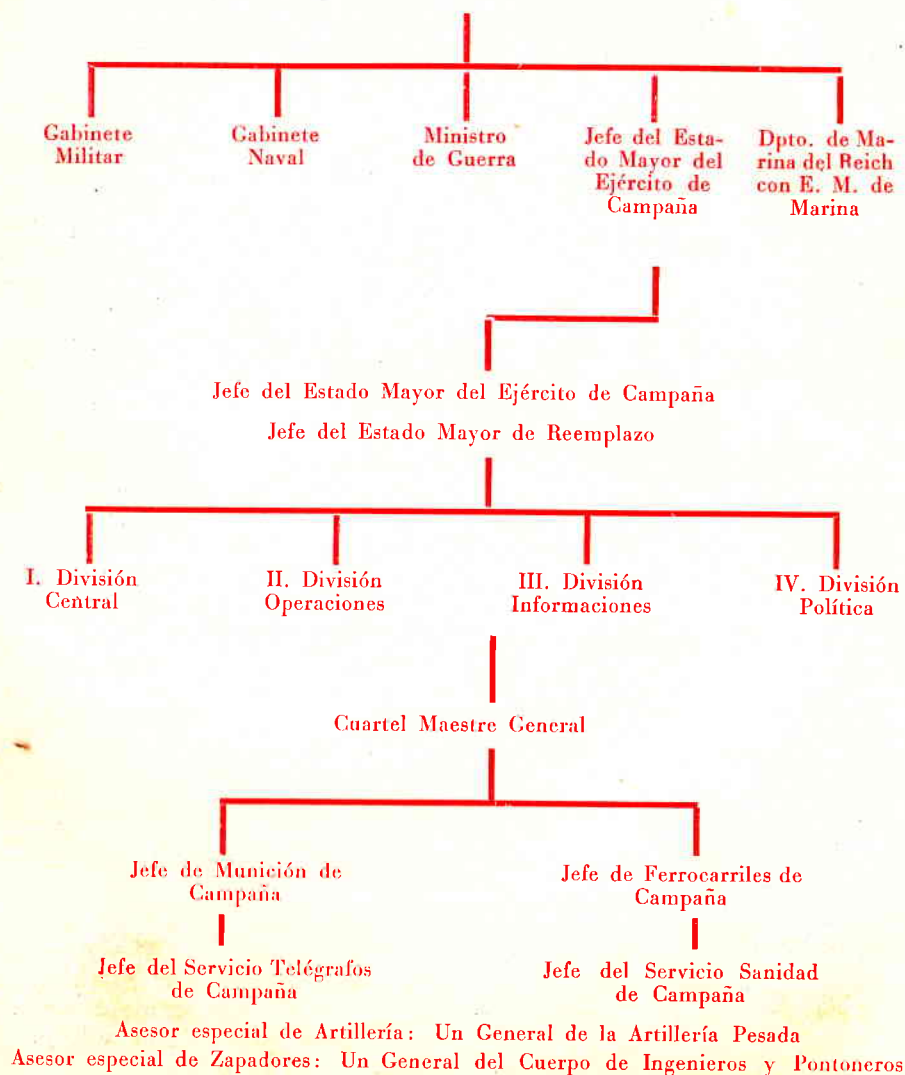
ÉPOCA DE WALDERSEE. 1890

El Rey de Prusia y Emperador de Alemania como
Comandante Supremo



ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE CAMPAÑA. 1914

El Rey de Prusia y Emperador de Alemania como
Comandante Supremo



de que el imperio gigantesco se desmoronara, sin ver otra cosa, pues para él la terminación de una guerra consistía en el aniquilamiento del adversario.

En el teatro de operaciones del oeste correspondió a Ludendorff el mérito de haber creado una nueva táctica defensiva móvil, que no se aferraba ya a las trincheras más adelantadas y disminuía a la vez las pérdidas humanas y de introducir los comandos de grupos de ejército como órganos intermediarios entre el Comando en Jefe y los comandos de ejército. En el año 1917 se encontraban en este frente 190 divisiones aliadas frente a 154 divisiones alemanas. En la operación «Alberico» se abandonaron posiciones a vanguardia desfavorables, replegándose esta parte a la «posición Sigfrido», más corta y bien preparada de antemano. Debido a la iniciativa del coronel Bauer, se había iniciado desde 1916 la dotación de la infantería alemana con cascos de acero, a fin de protegerla contra heridas en la cabeza, tan frecuentes en la guerra de trincheras. Aconsejado por Seeckt y numerosos otros expertos, Ludendorff modificó la división de infantería, que se organizó ahora con tres regimientos de infantería, dotados abundantemente de armas automáticas, y un comando de artillería para conducir en forma centralizada la artillería reforzada de la división. Un nuevo reglamento de combate para la batalla defensiva terminó con el viejo sistema de la defensa rígida. La artillería llegó a tener ahora la misma jerarquía de la infantería, como arma de igual valor, lo que se expresó también al formar los regimientos especiales de la artillería de ejército, para emplearlos como unidades de refuerzo al lado de las unidades de reserva de infantería. La caballería desapareció casi por completo en el oeste y fué transformada en unidades de tiradores.

En esta situación, apreciada más tarde por los teóricos militares soviéticos como el colmo de la decadencia en el arte de la guerra, la técnica ofreció un nuevo medio para vencer el estancamiento operativo. En 1916 los ingleses habían empleado por primera vez en el Somme algunos vehículos blindados sobre orugas, aptos para todo terreno y armados con cañones ametralladoras, los llamados «destruidores de ametralladoras», para romper las alambreadas y el sistema de fortificaciones alemanas. La invención del teniente coronel austríaco Burstyn, rechazada antes por el Ministerio de Guerra prusiano, había sido olvidada. El nuevo medio de guerra, denominado «tanque» por los ingleses por razones de enmascaramiento, se basó en los planes de construcción de un oficial de zapadores inglés, el teniente coronel Swinton. Al mismo tiempo el coronel de artillería francés Etienne, influido por el aspecto de las máquinas cortadoras de alambre instaladas sobre chasis de oruga y de los tractores de oruga ingleses empleados para la tracción de artillería, desarrolló la construcción de una pieza de asalto blindada.

Los ministros ingleses Churchill y Lloyd George se entusiasmaron con la nueva idea, mientras que el Estado Mayor Imperial y el Ministerio de Guerra inglés permaneciera escépticos. En forma similar el Estado Mayor alemán guardó inicialmente una cierta reserva al respecto; es que la capacidad de adaptarse a los progresos técnicos nunca había sido muy

grande en el Ejército prusiano. Después del primer empleo de los tanques ingleses, que mostraron aún deficiencias considerables al moverse en el terreno solamente en forma muy lenta, como enormes tortugas, Hindenburg opinó que la infantería alemana podría superarlos y Ludendorff confió en los tradicionales valores del soldado prusiano, la valentía y la disciplina. Lo más importante era al parecer dotar a la infantería con nuevos medios de defensa, esto es, con una abundante artillería de acompañamiento liviana, ametralladoras superpesadas y fusiles especiales, cuyos proyectiles pudieran perforar el blindaje de la nueva arma de ataque. Solamente el coronel Bauer reconoció la importancia revolucionaria de la nueva arma y ordenó la construcción de algunos modelos alemanes. En mayo de 1917 los representantes del Comando en Jefe inspeccionaron en Maguncia un modelo de tanque alemán, que no satisfizo. Recién en el otoño de 1917 el Ministerio de Guerra prusiano ordenó, después de mucha tardanza, la construcción de cierto número de tanques pasados del tipo «A7V», mientras que el coronel Bauer por propia responsabilidad ordenó a Krupp el desarrollo de los planes de un tipo liviano y rápido, armado con ametralladoras. Una producción en masa de los tanques, como fué iniciada ahora en Inglaterra y Francia, era prohibitiva en Alemania, debido a la situación crítica de materias primas, que hasta ponía en peligro la realización del programa de construcciones de camiones y motores de aviones. En 1918 aparecieron finalmente nueve grupos de tanques alemanes en el frente occidental, de los cuales la mayoría no estaban formados con el propio tipo «A7V», sino con tanques ingleses capturados.

Nadie reconoció en aquel entonces las posibilidades operativas revolucionarias de la nueva arma, dado que ésta se hallaba aún en pañales. En la primavera de 1917 las miradas de los Estados Mayores de Alemania, Inglaterra y Francia se hallaban fijas aún en las inmensas líneas fortificadas del frente occidental, buscando en ellas desesperadamente algunos puntos favorables para la ruptura. En abril, el generalísimo francés Nivelle, el sucesor de Joffre, emprendió la última gran tentativa francesa de romper el frente alemán, haciéndolo a ambos lados de Reims; el ataque fué ejecutado con una considerable concentración de artillería y empeñando enormes masas de infantería. La ofensiva fracasó, con terribles pérdidas ante la nueva táctica defensiva elástica introducida por Ludendorff y debido a la oportuna retirada alemana a la posición de Sigfrido. Con esto la fuerza ofensiva de la infantería francesa quedó paralizada definitivamente. En no menos de 16 cuerpos de ejército hubo graves casos de desobediencia, surgiendo el peligro de una revolución también en el pueblo francés, agotado y desangrado por la guerra. Pero, mientras que la crisis de confianza en Alemania era de carácter político, en Francia se dirigió manifestamente contra la conducción militar. La autoridad política de Clemenceau restableció finalmente el equilibrio amenazado. La oposición del Parlamento alemán en cambio no se dirigió contra la preponderancia del Comando en Jefe, sino contra la debilidad del canciller. El resultado de la guerra enseñó finalmente que el mejor Comando en Jefe no puede compensar una esterilidad de la acción política.

A fines de verano también el Ejército inglés inició su último gran asalto en la zona de la colina de Paschendaele, empeñando grandes masas de infantería y de artillería, con el fin de eliminar las bases submarinas en la costa de Flandes. También aquí el resultado no fué más que un desangramiento definitivo y la ofensiva quedó paralizada bien pronto. Es que la infantería alemana era siempre aun la reina del campo de batalla. Es cierto que esta superioridad fué puesta en duda seriamente por el primer empleo en masa de tanques por los ingleses, al atacar éstos con tres brigadas de tanques (aproximadamente 400 vehículos) cerca de Cambrai; pero la conducción inglesa no supo aprovechar el éxito que la nueva arma obtuvo en forma tan sorprendente.

El resultado del año 1917 para Alemania no fué satisfactorio; consistió en un aumento de la eficacia del bloqueo inglés; en la entrada en guerra de Norteamérica; en pérdidas y hambre; en la amenaza tenebrosa de una revolución social, después que los emisarios bolcheviques de Ludendorff se habían adueñado en noviembre del poder en San Petersburgo y en el acercamiento inevitable de la intervención americana en el teatro de operaciones occidental. Las crecientes dificultades de alimentación confirmaron aún más las ideas de Ludendorff de que solamente amplias conquistas de territorios en el este podrían salvar al Reich. Sus miradas se dirigieron a la Ucrania, la región de la tierra negra al sur de Rusia. El Gobierno soviético se declaró dispuesto a iniciar negociaciones de paz; pero ahora aparecieron las exigencias exorbitantes del Comando en Jefe en materia de anexiones. Lituania, Curlandia, Estonia, Polonia y Ucrania debían quedar bajo influencia alemana. Ludendorff consideró que ahora se podría disponer de una gran parte del ejército del este para buscar la decisión en el oeste. En el otoño de 1917 el coronel Wetzell, jefe de la División Operaciones, propuso la idea de eliminar radicalmente a Italia, el más débil de los adversarios aliados, argumentando en forma semejante a Lloyd George, que durante el año 1917 había perseguido con tenacidad desesperada la idea de iniciar desde Italia una gran ofensiva contra Austria. Pero Ludendorff no permitió en los teatros de operaciones secundarios más que acciones aisladas, que en este caso condujeron sin embargo a la derrota aniquiladora del Ejército italiano en Caporetto. Pero este éxito no fué explotado; Ludendorff al igual que el jefe del Estado Mayor Imperial inglés, con quien Lloyd George luchó tan tenazmente, no pudo familiarizarse con la idea de que un teatro de operaciones secundario podría transformarse en un teatro de carácter principal. Todos los Estados Mayores se habían aferrado tanto a las luchas del frente occidental, que perdieron de vista el panorama del conjunto. En esa época el Estado Mayor inglés, ante las interferencias continuas del primer ministro en la conducción de la guerra, hizo la tentativa de establecer una dictadura del Comando en Jefe semejante al ejemplo de Hindenburg y Ludendorff.

En el Cercano Oriente se anunció mientras tanto con un prelude el futuro derrumbe de Turquía. Tropas anglo-indias tomaron Bagdad, la vieja capital de los califas. También el frente de Palestina empezó a tamba-

lear. En el mes de diciembre Seeckt fué agregado como jefe de Estado Mayor alemán al comando en jefe turco, siendo esto un ejemplo típico del papel que desempeñaban ahora los grandes jefes de Estado Mayor; el envío de un especialista militar de primera categoría equivalía ahora casi al envío de un cuerpo auxiliar, por lo menos teóricamente. Seeckt, a cuyo Estado Mayor en Constantinopla pertenecían varios destacados oficiales alemanes, entre ellos el mayor Koestring, los capitanes Fischer y Tschunke, que en el futuro debían desempeñar papeles importantes, pensó otra vez en grandes proyectos; una ofensiva a través del norte de Persia para recuperar la Mesopotamia, una ruptura del Cáucaso y quizá también, como objetivo lejano, una «campana de Alejandro» al estilo de Von der Goltz en dirección a India. Agentes alemanes y turcos trabajaban en aquel entonces en Persia, en Georgia, en el norte de África y en el oeste del Sudán. Pero a todos estos proyectos faltaba una base sólida y concreta.

Por otro lado, aumentaban los indicios de que la estructura interna del Estado y las fuerzas armadas no podían soportar ya una carga tan pesada durante mucho tiempos más. En 1917 se produjeron en la armada, que se encontraba inactiva en los puertos, los primeros casos de desobediencia. El canciller doctor Michaelis, elegido por el Comando en Jefe, se mostró completamente incapaz de dominar esta situación difícil. Su sucesor, el conde Hertling, fué presentado al Estado Mayor por el emperador, pues Ludendorff había renunciado a presentar a otro candidato después de las experiencias hechas con Michaelis. Hertling a su vez inició la lucha contra el Comando en Jefe por la primacía de la política en las negociaciones de paz en Brest-Litowsk, donde se negociaba con los rusos una paz por separado. Hindenburg y Ludendorff debieron conformarse con desempeñar allí solamente el papel de consejeros. Tampoco ahora se reconoció la gran oportunidad que ofrecían estas negociaciones, al conceder una paz moderada a Rusia, de que Alemania tuviera asegurada su espalda en el este. Es cierto que la situación en Rusia parecía aún bastante dudosa. En la región del Don, en el Cáucaso y en Siberia se habían formado movimientos contrarrevolucionarios y los aliados, por otra parte, trataban de constituir un nuevo frente antialemán más allá de los Urales, basándose en los restos del cuerpo de oficiales zaristas y en la legión checa, formada ya anteriormente en el Ejército ruso con desertores austríacos. Los rusos, ante la amenaza de que de otra manera se tomarían medidas violentas, tuvieron que firmar finalmente la paz de Brest-Litowsk. Al mismo tiempo se iniciaron nuevas empresas en el Báltico, en Finlandia y en Ucrania, ante todo para ocupar las ricas zonas productoras de cereales en el sur de Rusia y formar reservas para la propia alimentación. Coincidiendo con los proyectos de Seeckt respecto a Persia, Ludendorff ordenó ahora un avance hacia el Cáucaso, con el fin de asegurar los pozos de petróleo de esta zona para el abastecimiento de combustibles de Alemania. En Ucrania y Georgia fueron establecidos gobiernos títeres, simpáticos de Alemania, formados generalmente en los elementos más reaccionarios de la vieja clase gobernante rusa. En Ucrania se hizo también la tentativa de reorganizar un núcleo de tropas propias del país, esperando

emplearlas en el frente occidental; dos divisiones formadas de esta manera se dispersaron sin embargo bien pronto. Un éxito mejor tuvieron los esfuerzos del hetman de cosacos del Don, el general Krasnow, que organizó con el apoyo alemán un ejército de cosacos contrarrevolucionario para eliminar el Gobierno bolchevique en Moscú.

Mientras las Potencias Centrales y los aliados trataban en esta forma de organizar en el mismo territorio ruso las fuerzas del vacilante imperio en favor de su propia causa, la desmoralización revolucionaria empezaba a invadir también a las tropas alemanas. En Graudenz se amotinaron transportes de prisioneros alemanes que regresaban de Rusia, al enterarse que debían ser empleados otra vez en el frente oriental. En el campo de instrucción de Beverloc en Bélgica se descubrió una conspiración de reclutas alsacianos, que querían huir a Holanda para substraerse al servicio militar. Detrás de los frentes aumentó el número de desertores. En el interior se dividió el Partido Socialdemócrata en una ala derecha reformista y en una ala izquierda revolucionaria, que pasó a denominarse Partido Independiente Socialdemócrata y empezó a hacer propaganda francamente en favor del derrocamiento de los poderes viejos. En la industria de armamentos se produjeron grandes huelgas. Ludendorff exigió que se tomaran «medidas enérgicas»; pero, sin duda alguna, la medida de incorporar al ejército a los obreros huelguistas y de llevarlos al frente fué a todas luces inconveniente, pues los agitadores revolucionarios llegaron así al frente y el servicio militar, empleado como medio penal, fué despreciado moralmente. Scharnhorst, al introducir antes el servicio militar obligatorio, le había dado en cambio el carácter de un servicio de honor.

V

Seeckt, que veía más lejos que Ludendorff, escribió en aquel entonces que el desmembramiento de Rusia favorecía en el fondo los intereses de los aliados. Apreció que este país debía ser considerado como un aliado potencial para la segunda fase de la gran contienda y deseó que se iniciara con él una verdadera política de entendimiento, sin que en su opinión la ideología bolchevique fuera un obstáculo para ello, puesto que no creía todavía un peligro de orden social. Pero la estrategia de Ludendorff se caracterizó por la tendencia de mantener lo conquistado. El general austríaco Von Kraus escribió más tarde sobre Ludendorff que éste representaba un genio en el orden táctico, pero que le faltaba talento operativo; este juicio parece ser algo parcial, recordando las grandes batallas en el este, pero, a pesar de esta objeción, debe reconocerse que contiene un fondo de verdad. Por las mismas razones Ludendorff no vio la segunda gran posibilidad o sea, la de iniciar conversaciones con las potencias occidentales y, mediante el ofrecimiento de Bélgica y Alsacia-Lorena como prenda en las negociaciones, conseguir

de este modo plena libertad en el este. En 1917 no faltaron tentativas de paz privadas o semioficiales. El presidente Wilson, el Papa, el emperador austríaco Carlos, el secretario de Estado alemán Von Kühlmann, el conde Mensdorff-Pouilly, anteriormente embajador austríaco en Londres, el marqués de Villalobar, embajador español en Bruselas, Aristides Briand, antes ministro de Guerra francés, habían tratado de comprobar las perspectivas de una paz de compromiso. Pero, cada vez que esto sucedía, no se quería reconocer del lado alemán que era imposible mantener todo lo conquistado; por tales causas se perdió finalmente todo. Ludendorff conocía una sola clase de paz, el triunfo, en otras palabras, el aniquilamiento del adversario. Groener, por otro lado, había opinado ya en 1916 que un «empate» podría ser la terminación más favorable de la guerra. Cuando dió a entender esto al rey del carbón Hugo Stinnes, éste hizo que fuera relevado del cargo de director del Departamento de Guerra.

Los Estados Mayores de Francia e Inglaterra mientras tanto habían reconocido que era inútil continuar los asaltos ciegos en el frente occidental y se preparaban para el año 1918, a la espera de la llegada de los americanos, para efectuar nuevas ofensivas. Pero ahora Ludendorff recurrió también a la «estrategia de búfalo», como Foch había denominado el método de atacar las posiciones adversarias sin ningún objetivo trascendental. Su temor era que con la intervención de las divisiones americanas desapareciera toda perspectiva de lograr una paz basada en una victoria, porque entonces la relación numérica se modificaría decisivamente en perjuicio de Alemania. La última esperanza parecía consistir así en la destrucción y el arrollamiento del frente adversario mediante un golpe único y poderoso, concentrando a ese fin todas las fuerzas disponibles. Del frente este fueron sacadas un considerable número de divisiones, dejando para la empresa de la Ucrania solamente algunas fuerzas insuficientes. También del frente italiano se sacaron tropas. Inicialmente Ludendorff pensó en concentrar en Francia también algunas divisiones austríacas, búlgaras y turcas, pero esta intención fracasó debido a la debilidad y la política separatista de los aliados de Alemania.

La «gran batalla» en el oeste, proyectada por Ludendorff, representó la última posibilidad de conseguir la victoria y fué en el fondo una continuación lógica de la fe en el plan de Schlieffen. En un memorándum Ludendorff expuso al emperador que no se trataba de una sola batalla, sino de una serie de batallas; sin embargo, se comprometía a garantizar el éxito siempre que la paz trajera consigo el premio necesario; una serie de ideas bien raras. Tanto Ludendorff como Hindenburg y Wetzell pensaron acompañar la ofensiva militar con una ofensiva diplomática, a fin de iniciar así negociaciones de paz. Desde la crisis de 1916 y 1917 había siempre aún en Inglaterra y Francia algunos círculos dispuestos a llegar a un entendimiento, pues tanto en París como en Londres se temía el peligro de una revolución social. Pero la ofensiva diplomática no se realizó, porque faltaba una verdadera cooperación entre el Comando en Jefe y el Ministerio de Relaciones exteriores; ni Ludendorff comprendía las argumentaciones de Kühlmann, ni éste a su vez las ideas de aquél.

VI

Desde el otoño de 1917 todos los trabajos del Estado Mayor se dedicaron al plan de la «gran batalla». La buena idea de Wetzell de efectuar el ataque primeramente en el lugar más débil del frente adversario, esto es, en Italia, fué rechazada totalmente. Que tenía razón con esta tesis, lo demuestra el pánico que cundió entre los estadistas aliados cuando llegó la noticia del derrumbe del Ejército italiano en Caporetto. Pero Ludendorff se indentificó con la conocida frase de Federico *el Grande*, con la cual éste hizo avanzar nuevamente en la batalla de Torgau a sus batallones cansados y vacilantes contra el fuego enemigo: «Pícaros, ¿queréis vivir eternamente?» Según su criterio, solamente el ataque contra el lugar más fuerte del frente podría producir aún el éxito necesario y su efecto debía mostrarse instantáneamente. Volvió a resurgir con este concepto la idea de la victoria rápida e instantánea, aquella que Schlieffen había inculcado tanto a los jóvenes oficiales de Estado Mayor y en cuya escuela habían sido educados también Ludendorff e Hindenburg. Wetzell recomendó a tal fin el ataque contra Verdún. Pero aquí asustaban las experiencias hechas por Falkenhayn. El general Von Kuhl, jefe del Estado Mayor del grupo del ejército mandado por el príncipe heredero de Baviera (bajo el cual prestaban servicios como oficiales de Estado Mayor el posterior mariscal Von Leeb y el posterior jefe del Estado Mayor Halder), recomendó el ataque en Flandes. Kuhl era estimado como uno de los más destacados jefes de Estado Mayor y también su comandante, el príncipe heredero de Baviera, gozaba de un prestigio apreciable. Pero Ludendorff se decidió a ejecutar el ataque en un lugar donde el frente anglo-francés formaba un codo, a ambos lados de St. Quentin, en las cercanías de Amiens. Aquí, en el lugar de juntura de los ejércitos de Inglaterra y Francia, las posiciones francesas partían en un ángulo saliente hacia el este con respecto al frente inglés, que corría de dirección norte al sur. Si se conseguía efectuar la ruptura en dirección a Amiens, sería posible arrollar las posiciones del Ejército inglés hacia la costa del canal de la Mancha y obligarlo a reembarcarse.

Al comienzo del año 1918 se inició el alistamiento de las enormes masas de tropas y municiones para el ataque, siendo concentradas solamente para la preparación de artillería 1.700 baterías livianas y pesadas, con un total de 6.800 piezas. La artillería fué instruída con un nuevo método de tiro, porque suprimía el reglaje, tan largo y penoso, y al mismo tiempo evitaba delatar las intenciones del atacante. El Cuartel General se desplazó a Spa; Hindenburg, Ludendorff y Wetzell se adelantaron con la División Operaciones aún más y se ubicaron en Avesnes, con la intención de evitar el error cometido por el segundo Moltke y estar en contacto estrecho con los acontecimientos. El 21 de marzo, a las 4,40 horas, se inició la «gran batalla», denominada «empresa Miguel», con un poderoso golpe de fuego

de la artillería en los sectores de los Ejércitos 2.º, 17.º y 18.º La ruptura fué conseguida y el 5.º Ejército inglés, que se encontraba frente al sector de ataque, fué aniquilado por completo.

Sin embargo, no se consiguió ensanchar el ataque, es decir, arrollar el frente inglés, aunque la toma de Amiens parecía inminente y el comandante supremo inglés pasajeramente pensaba ya en la retirada hacia la costa, mientras el gabinete inglés en Londres vivía días de angustia. La batalla de material siguió sus propias leyes y se desmembró debido a la falta de unidades operativas móviles, transformándose en una simple batalla de infantería y de artillería. La brecha no fué ampliada en la profundidad, sino en ancho, pues el proyectado sector de irrupción aumentó de 70 a 140 kilómetros de ancho. Aproximadamente 90 divisiones fueron lanzadas a la hoguera de la batalla sin que se mostrara un éxito decisivo y el centro de gravedad de la operación se desplazó no hacia la derecha, en dirección a la costa del canal de la Mancha, sino hacia el centro de Francia. La ofensiva terminó el 4 de abril de 1918 cuando se agotó la fuerza ofensiva de la infantería, sumamente fatigada. Hindenburg escribió más tarde en sus recuerdos: «La labor humana es siempre fragmentaria.»

VII

Ludendorff ordenó para el 9 de abril la reanudación del ataque y la iniciación del segundo acto, una ofensiva entre Armentières y La Bassée, en la zona de Flandes y el norte de Francia. Toda su testarudez y brutalidad enorme la demostraba ahora con este método de asalto continuo, que costó torrentes de sangre. El frente del río Lys, defendido por tropas auxiliares de Portugal, fué una presa fácil para la infantería alemana, ante la cual el enemigo huyó en seguida sin tratar de resistir. Las líneas de abastecimiento inglesas quedaron en peligro de ser cortadas y la altura del monte Kemmel, por la cual se había luchado tanto, fué tomada al asalto por la infantería alemana. Pero el 25 de abril la ofensiva de la infantería se agotó y las pérdidas alemanas superaron a las aliadas en un tercio. El general Von Lossberg, en aquel entonces jefe de Estado Mayor del 4.º Ejército alemán en Flandes, se volvió escéptico respecto al éxito definitivo. La matanza empezaba a perder sentido y se transformaba paulatinamente en un crimen contra el espíritu de la verdadera conducción de guerra.

Pero Ludendorff ordenó impasiblemente la iniciación del tercer acto, luchando siempre aún por la recuperación de la libertad operativa. Esta vez se trataba de ejecutar una ofensiva de diversión en la zona del «Chemín des Dames», por cuya posesión se había luchado tanto tiempo y a la cual debía seguir otro ataque en Flandes. Las fuerzas disponibles disminuían rápidamente y Ludendorff exigía en vano que le enviaran del interior 200.00 hombres de reemplazo. Además, muchas unidades estaban

paralizadas por una epidemia de gripe. En el interior la gente sufría hambre y el descontento social aumentaba contra esa guerra de los capitalistas, que se realizaba por la posesión de zonas mineras y carboníferas, como el «Partido de la Patria» había declarado torpemente con demasiada franqueza. Ya marchaban por las calles de las ciudades francesas, situadas en las zonas de retaguardia, las primeras divisiones de infantería norteamericanas, excelentemente armadas y alimentadas y de elevada moral, que debían relevar a las agotadas divisiones inglesas y francesas. El tercer ataque alemán comenzó con 50 divisiones y 1.150 baterías. Soissons fué tomada y a fines de mayo Ludendorff ordenó el envolvimiento de Reims, mientras que la lucha se extendía ya a los suburbios de esta ciudad. Cerca de Chateau-Thierry, a una distancia de 70 kilómetros de París, unidades alemanas volvieron a llegar al río fatal del Marne; cañones de largo alcance alemanes tiraban ya sobre París; aviones alemanes aparecían en el cielo de la ciudad del Sena y otra vez una ola de pánico se apoderó de Francia. Pero de nuevo se agotó la fuerza ofensiva alemana; según la opinión del general Von Kuhl, el motivo decisivo fué la falta de unidades de tanques.

El príncipe heredero de Baviera reconoció ahora que era imposible obtener una victoria decisiva en el campo de batalla. El coronel Von Haefsten, el hombre de enlace entre el Estado Mayor y el Ministerio de Relaciones Exteriores, propuso la idea de una ofensiva política; en una campaña de propaganda que debían ejecutar los hombres más destacados de la vida pública, Alemania debía presentarse al mundo occidental como la potencia preponderante contra el bolcheviquismo, esperando Von Haefsten que de este modo pudieran salvarse por lo menos las conquistas orientales. Pero las relaciones entre el Comando en Jefe y el Ministerio de Relaciones Exteriores eran las peores imaginables; ya desde hacía mucho tiempo Ludendorff sospechaba que Von Kühlmann era un pacifista. El emperador se mantenía resignado en el Cuartel General, expresando una vez con sonrisa triste que se sentía colocado en las ruedas de molino del Comando en Jefe, del Parlamento y de la cancillería. El secretario de Estado Von Kühlmann sabía muy bien que la piedra angular de cualquier tentativa de paz era la buena voluntad de restablecer la independencia belga. Pero a lo sumo el coronel Von Haefsten, un hombre que pensaba en forma prudente y moderada, estaba dispuesto a abandonar a Bélgica, pero en modo alguno Ludendorff y menos aún Hindenburg. El 24 de junio Kühlmann declaró en un discurso en el Parlamento que no era posible terminar militarmente una guerra de coalición sin llegar a un cambio de ideas políticas. Ludendorff estaba indignado y calificó esta conducta casi como derrotismo. Junto con Hindenburg exigió al emperador el relevo de Kühlmann. Como nuevo secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores fué nombrado el almirante Von Hintze, anteriormente delegado militar en San Petersburgo. Ludendorff siempre aún opinaba que se podría «escuchar» a Inglaterra recién cuando ésta por su parte estuviera buscando el contacto

con Alemania. La conciencia de poder de Ludendorff se había reforzado nuevamente por la ampliación de las conquistas en el este, al ocupar Alemania, Ucrania y el Cáucaso.

VIII

Para el 25 de julio, Ludendorff ordenó un nuevo ataque a ambos lados de Reims, que debían efectuar 47 divisiones con 2.000 baterías, para apartar de nuevo la atención enemiga de la gran ofensiva proyectada en Flandes. Esta vez la empresa fué traicionada por desertores y el ataque fracasó a los dos días; Ludendorff ordenó su cesación el 17 de julio. Ahora llegó la hora que Foch había esperado. El 18 de julio unidades de reserva francesas, ayudadas por 350 nuevos tanques livianos y rápidos del tipo *Renault*, avanzaron desde la zona boscosa de Villers-Cottêrets e irrumpieron en el frente alemán en un ancho de 45 kilómetros; 10 divisiones alemanas fueron aniquiladas completamente. A este primer éxito sorprendente siguieron luchas de retirada encarnizadas en el arco entre Soissons y Reims, que continuaron hasta el 2 de agosto. Anticipándose a los acontecimientos, Hindenburg escribió a sus familiares en varias cartas que si no se ganaba la guerra no era por su culpa, sino por el hecho de haber fallado el interior, el cual no había prestado al frente combatiente el apoyo moral necesario. Hasta las preocupaciones referentes a la alimentación solamente parecían justificadas en parte. Al igual que Ludendorff, había perdido considerablemente el sentido de la realidad y vivía en el Comando en Jefe un mundo que no se hallaba ya de acuerdo con los hechos.

El 8 de agosto, el 4.º Ejército inglés, mandado por el general Rawlinson, atacó entre Albert y Moreuil, a ambos lados del camino de Amiens a St. Quentin. El ataque fué precedido por 600 tanques livianos y pesados, seguidos por caballería apoyada por automóviles blindados. Seis o siete divisiones alemanas fueron llevadas por delante completamente y parte de los tanques ingleses aparecieron en los puestos de combate de los comando de división, que fueron capturados. La infantería alemana en fuga recibió a las tropas de refuerzo con el grito de «rompehuelgas». Había llegado el fin; éste se iniciaba con la sublevación de los hombres, desesperados y agotados hasta la muerte. En las batallas defensivas que siguieron en la zona entre los ríos Scarpe y Somme, el frente alemán volvió a restablecerse y las divisiones alemanas retrocedieron aún paso a paso en dirección a Bélgica y ofrecieron en general todavía una resistencia tenaz. Pero la superioridad aliada en aviones y tanques era aplastante. El plan de producción de la industria inglesa preveía para el año 1919 la construcción de 7.000 tanques y el de la industria francesa 10.000. Churchill, en aquel entonces ministro de Municiones inglés, desarrolló la idea de una batalla de tanques, en la que tanques pesados de ruptura, armados con piezas de artillería liviana, debían abrir el camino a la infantería, a su vez acompañada por tanques livianos, mientras que

vehículos de munición blindados se encargaban del abastecimiento y tanques de zapadores eliminaban los obstáculos.

Ludendorff denominó el 8 de agosto «el día negro del Ejército alemán»; de golpe le llegó el convencimiento — por eso mismo con fuerza imponente — de que la guerra se había perdido y que el Ejército alemán necesitaba cuanto antes un respiro, es decir, un armisticio, que le permitiera cobrar nuevas fuerzas y reorganizar las unidades desangradas y desmembradas. Su primera idea fué ofrecer su dimisión. La guerra había destruido la espina dorsal del Ejército prusiano, la disciplina y como todas las guerras de larga duración estaba consumiendo ahora su propio instrumento, el ejército. Por iniciativa de Ludendorff se reunió el 13 de agosto en Spa un consejo, presidido por el emperador, en el que participaron Hindenburg, Ludendorff, Hertling, Plessen, Hintze y los jefes de gabinete imperiales. Ludendorff recomendó la más estricta defensiva, pero quiso mantener aún a Bélgica. Hindenburg declaró que a lo sumo podrían efectuarse tentativas de paz no oficiales y que, para hacer un ofrecimiento de paz general debía esperarse un mejoramiento de la situación militar. Pero ambos dieron su consentimiento a la propuesta del emperador de pedir la mediación de la reina de los Países Bajos o del rey de España.

Para Ludendorff, sin embargo, no era concebible una guerra que no estuviera ligada al concepto de aniquilar al adversario. Así, después, de haber vencido su depresión, trató de llegar a un armisticio, a fin de conocer las condiciones adversarias y aprovechar después eventualmente la oportunidad para «incitar» al pueblo y al ejército a que hicieran un último gran esfuerzo. Tal amenaza de una lucha desesperada habría podido ser un medio de presión en manos de una diplomacia hábil; pero, en realidad, no había tal diplomacia. Según el juicio de Ludendorff, la voluntad de las masas de llegar a la paz estaba ahogando ahora la voluntad de vencer del Comando en Jefe. Las masas no obedecían ya y deseaban únicamente el fin de todo su martirio, sin considerar el aspecto que tendría este fin. Ludendorff estaba dispuesto a consentir en una reforma del Estado, tanto en su cabeza como en sus miembros, si el nuevo Gobierno — hasta admitiendo en él a los socialdemócratas — estaba dispuesto a provocar el levantamiento de las masas para la última batalla.

Pero ni Ludendorff ni Hindenburg se percataron que en este momento no eran ya dirigentes, sino que debían someterse a las decisiones tomadas por otros.

IX

Mientras que el frente occidental se sostenía aún, se quebraba el frente más débil del sudeste en la Macedonia, donde fuerzas inglesas, francesas, serbias y griegas, bajo el mando del mariscal Franchet d'Esperey, atacaban desde Salónica. El 15 de septiembre el emperador austríaco anunció oficialmente su pedido de paz. El Ejército búlgaro fué derrotado y se amotinó.

El Ejército alemán que luchaba en el frente de Salónica inició la marcha hacia el Danubio. El 18 de septiembre fué quebrado también el frente de Palestina; tropas anglo-indo-australianas avanzaron hacia Siria, precipitando con ello el fin del Imperio turco. Seeckt, el jefe alemán agregado al Estado Mayor turco, creyó todavía en la posibilidad de llegar a una paz al estilo de aquella que había terminado con la Guerra de Siete Años, restableciendo el «statu quo». Otra vez propuso un entendimiento con el actual Gobierno ruso, pero el 25 de septiembre Bulgaria ofreció la paz.

Al llegar las noticias de los Balcanes y de Austria, una ola de pesimismo inundó al Comando en Jefe, pues roto el flanco de Alemania y sus aliados, no existía ya medio alguno para parar esta amenaza. Ludendorff exigió urgentemente, el 28 de septiembre, que se concertara en seguida un armisticio; de este modo perdió la cabeza ahora también este hombre, que había dado siempre la impresión de tanta energía y tanta seguridad de sí mismo. Hindenburg quería mantener aún a Bélgica y la región minera de Briey y Longwy; pero Ludendorff le replicó violentamente que esto ya no era oportuno. El conde Hertling dimitió como canceller.

Ludendorff mismo declaró que debía proponerse como base de las negociaciones el programa de catorce puntos, establecido por el presidente Wilson, como condición previa para el restablecimiento de la paz mundial, incluyendo en ellos no solamente la libertad de las naciones pequeñas, sino también la libertad de los mares; esto representaba una exigencia peligrosa para la relación anglo-americana. Ludendorff se alejó ahora definitivamente de los políticos; solamente en el caso extremo de que las exigencias adversarias fueran demasiado exageradas, pensaba aún en una lucha desesperada. Tanto Hindenburg como Ludendorff creyeron que en este momento era para ellos un deber de honor firmar con sus nombres el ofrecimiento del armisticio. Según el criterio de Ludendorff, sólo los territorios ocupados en el este (Curlandia, Polonia y Ucrania) todavía podían ser salvados. Rechazó la idea de atacar desde el aire a Londres y París con una nueva bomba liviana incendiaria, cuya producción en masa se había iniciado hacía poco, pues la superioridad aliada en el aire era ya demasiado evidente y aumentaba con los ataques dirigidos contra los centros de producción de la industria alemana.

El emperador nombró ahora como sucesor del conde Hertling al príncipe Max de Baden, un hombre de buenas intenciones, liberales y humanitarias, pero de poca salud. Éste se encargó de la tarea difícil y urgente, planteada por Ludendorff, de concertar un armisticio y de introducir en último momento el sistema parlamentario en el Estado imperial, ante la amenaza de una revolución de las masas. En vano el príncipe declaró a Ludendorff que la preparación diplomática de un pedido de armisticio necesitaba cierto tiempo si no quería producirse la impresión de una debilidad desesperada. Ludendorff mantuvo su exigencia, declarando que no debía perderse más tiempo pues el frente occidental podía derrumbarse cualquier día. Como había exigido antes lo imposible a los soldados, lo exigía ahora a los políticos. Rathenau, el

director más autorizado de la economía de guerra alemana, propuso la idea de continuar la guerra en caso necesario al estilo de Gambetta, desencadenando la guerra popular por un levantamiento de las masas, pero el Estado Mayor rechazó esta idea en forma decidida.

No había ya posibilidades de mantenerse y Austria y Turquía iniciaron las negociaciones para su capitulación.

Ludendorff no quería admitir todavía que en caso extremo la «suerte militar» no favorecía ya a Alemania. Contestando al pedido de armisticio del nuevo Gobierno del Reich, en el cual figuraban ahora por primera vez también los socialdemócratas como secretarios de Estado imperiales, el presidente Wilson exigió la capitulación militar incondicional y la evacuación de los territorios ocupados. Pero Hindenburg y Ludendorff emitieron a fines de octubre una proclama al ejército oponiéndose a esta exigencia, dado que privaba al Comando en Jefe de la libertad de acción. Ludendorff dijo ahora al coronel Von Haeften que Alemania estaba perdida. El nuevo canceller del Reich consideró que se había pasado por encima de su persona al emitir el Comando en Jefe arbitrariamente una proclama y exigió que fuera anulada. Entonces Ludendorff presentó su dimisión, el 26 de octubre, alegando que no podía cooperar con un gobierno que se negaba de antemano a aceptar también la alternativa de una lucha desesperada hasta el fin. El emperador recibió a Ludendorff por última vez en el palacio de Bellevue en Berlín, diciéndole que le hacía un favor si se iba, porque necesitaba edificar ahora un nuevo Estado con el apoyo de los socialdemócratas. Ludendorff pidió de nuevo su relevo y el emperador inclinó la cabeza. Profundamente ofendido, pero mostrando siempre su porte inflexible y su testarudez, Ludendorff volvió a Spa para despedirse de sus colaboradores en el Cuartel General.

Para el Estado Mayor era decisivo, a los fines de los acontecimientos ulteriores, que Hindenburg quedara en su cargo. Después que la proclama de Ludendorff fuera desaprobada por el Gobierno, Hindenburg llegó a la convicción de que la conducción de las negociaciones del armisticio correspondía solamente al Gobierno y no a los militares, apartando entonces conscientemente al Comando en Jefe de las mismas. Si alguien capitulaba, no era la conducción militar.

Cuanto más progresaban las negociaciones de armisticio, tanto más se hacía evidente después de la caída de Ludendorff que para los aliados, fuera de la cesación de las hostilidades, el problema central era la supervivencia de la monarquía de los Hohenzollern. El ideal de Groener era la monarquía constitucional, a cuyos partidarios pertenecían también la mayoría de los representantes de los partidos burgueses del centro y una parte de los líderes reformistas del Partido Socialdemócrata encabezados por Ebert. Es que a la monarquía estaban ligados inseparablemente el Ejército prusiano, el Estado Mayor, el Gabinete Militar y todas las instituciones colocadas fuera del marco de la Constitución. Pero su destino no estaba ya en sus manos, sino en las de sus enemigos, cualquier-

ra que fuese la decisión de los generales, oficiales del Estado Mayor y políticos conservadores o liberales.

En este momento las masas movilizadas se negaron a obedecer a la vieja clase gobernante. Cuando el Comando en Jefe de la marina se decidió a empeñar la armada en una última lucha desesperada contra la flota inglesa, los marineros de las bases navales de Kiel y Wilhemshafen se amotinaron. La chispa de desobediencia pasó a las guarniciones del ejército del interior, empezando de este modo la revolución con una gigantesca huelga de soldados, frente a la cual los viejos poderes mostraron una completa incapacidad, cobardía y confusión. Nadie impartió ya órdenes y, por consiguiente, nadie supo ya qué hacer. Se esbozaba ahora el cuadro de un nuevo «Jena»; así como en aquel entonces los generales prusianos capitularon ante una docena de húsares franceses, así capitularon ahora frente a algunos marineros con brazales rojos, porque no se sintieron ya apoyados por ninguna autoridad. Un solo comandante de un comando de cuerpo de reemplazo, el viejo general Hänisch en Hannover, tuvo el coraje de oponerse personalmente a los amotinados. Millares de oficiales subalternos, que prestaban servicios en Berlín, suplicaron urgentemente que se les diera armas y se los reuniera en regimientos de oficiales para emplearlos contra la revolución. Pero no hubo ningún general que respondiera a sus pedidos.

Hindenburg escribió más tarde en sus memorias que el derrumbe del frente se produjo porque el interior le había dado el golpe fatal.

De los viejos poderes sólo se mantenían aún en Spa, como una roca en el mar, el Comando en Jefe, o sea, el Estado Mayor General, considerado aún como una autoridad mística. El prestigio de Hindenburg permanecía inalterado y esto tanto más, porque se apartó prudentemente de todas las negociaciones con los aliados. También el emperador sintió intuitivamente que aquí se hallaba el último baluarte; sin ser llamado por el Estado Mayor, abandonó la capital en la hora de decisión política y se refugió bajo la protección del ejército.

El 8 de noviembre, cuando la bandera roja revolucionaria había sido izada ya en casi todas las grandes ciudades alemanas, cuando las tropas en las zonas de retaguardia estaban eligiendo ya sus consejos de soldados al estilo ruso y mientras el comandante de cuerpo de reemplazo de Berlín, el general Von Linsingen, estaba preparándose con muy poca fe para el último choque con las masas obreras, Groener, para tener una base segura, hizo transmitir por el coronel Heye las siguientes preguntas confidenciales a los comandantes de los grupos de ejército y de los ejércitos del frente occidental: si estaban dispuestos a marchar contra el interior bajo la conducción del emperador o si estaban dispuestos a emplear sus tropas contra una revolución bolchevique. ¿En qué grado sus tropas eran leales o no en ambos casos?

A la primera pregunta, si las tropas lucharían para el emperador contra el interior; veintitrés comandantes contestaron que «no»; quince estaban en duda; uno solo, el jefe del Estado Mayor del grupo de ejército mandado por el príncipe heredero Guillermo, el general conde

Von der Schulenburg, respondió en forma absolutamente afirmativa, insistiendo en una acción inmediata. La segunda pregunta, si la tropa podía ser empleada contra una tentativa revolucionaria bolchevique, fué contestada afirmativamente por doce generales; diecinueve no estaban en claro sobre la moral de las tropas; ocho contestaron que «no». El coronel Heye, un hombre que con su gran bigote tenía la apariencia de un viejo y rígido sargento primero y que ocasionalmente, si la situación lo exigía, también sabía adoptar la conducta enérgica debida, comunicó el resultado al emperador. Antes Waldersee había apreciado como un pecado mortal cualquier pregunta referente a la obediencia. El príncipe heredero declaró que el modo de proceder de Groener era alta traición. Pero Groener, Heye y Schleicher actuaban como hombres que habían reconocido ya que estaba en juego mucho más que la corona imperial, dado que veían el peligro inminente para el ejército y el Estado mismo. Groener no tenía la convicción de que la persona del emperador, con sus debilidades de carácter, era digna de grandes sacrificios. En el consejo decisivo presidido por el emperador, el 9 de noviembre, el conde Von der Schulenburg otra vez insistió en una acción rápida; pero hasta la actitud del batallón de asalto encargado de la protección del Cuartel General parecía ya ser insegura. Hindenburg se mantuvo callado en el consejo; esta actitud le hizo luchar más tarde durante largos años con la duda si no hubiese podido salvar al emperador a través de la revolución, como se había hecho con Federico Guillermo IV, el monarca romántico y tan débil como éste a través de los meses revolucionarios de 1848. El emperador mismo, antes tan presuntuoso, ahora buscaba consejo y ayudaba en todas partes y apeló al juramento a la bandera. Groener le replicó fríamente que éste representaba en la época nueva nada más que un concepto ficticio. Con esta declaración se derrumbaba un mundo entero para un prusiano, especialmente para un oficial prusiano. Mientras tanto en Berlín las masas obreras salían a la calle. El general Von Linsingen recibió orden del Ministerio de Guerra de no emplear medidas de fuerza. Pero había que hacer algo en esta situación. El canciller, el príncipe Max de Baden, gravemente enfermo de gripe, trató de conseguir una decisión del Cuartel General, donde el soberano siempre discutía aún sobre lo que debía o no debía hacerse. Entonces el canciller publicó por propia responsabilidad que Su Majestad el emperador estaba decidido a abdicar. La decisión fué tomada prescindiendo de la persona del monarca. Ahora Guillermo II declaró que estaba dispuesto a abdicar como emperador alemán, pero no como rey de Prusia y de trasladarse al territorio holandés para evitar una internación por parte de los aliados. Recién bajo la presión inglesa renunció el 28 de noviembre también al título del rey de Prusia, el que, entre tanto, había perdido ya todo su valor.

Mientras que en Berlín el diputado socialdemócrata Scheidemann proclamaba la República desde la escalera del Parlamento, empleando en este acto las palabras «de que el pueblo alemán había vencido enteramente», el Estado Mayor General permaneció impávido en Spa, mandado por su

gigantesco jefe y su prudente primer cuartel maestro general. Ninguno de ellos pertenecía a la delegación que la joven República formó para negociar el armisticio, como en realidad hubiera sido indispensable. De los oficiales de Estado Mayor fué agregado a la misma solamente el general Von Winterfeld, anteriormente agregado militar en París. Erzberger, el líder del Partido Católico, un hombre solícito, hábil y dispuesto a cargar con cualquier responsabilidad, que fué nombrado jefe de esta delegación, creyó que los aliados negociarían con más agrado con representantes civiles. Sin querer, prestó de ese modo el mayor servicio al Estado Mayor, pues Hindenburg estaba en condiciones así de decir de buena fe en sus memorias que la capitulación no correspondía a la dignidad de un general prusiano. El ejército no había capitulado. Fué ésta una de las tesis más importantes y más funestas de la postguerra. Su consecuencia lógica fué que Alemania «en realidad» no había sido vencida y que las manos sucias de los demócratas y socialistas habían quitado al Ejército los laureles de la victoria. La nueva generación de destacados oficiales de Estado Mayor entendió perfectamente que esta tesis tan funesta no estaba de acuerdo con la realidad, comprendiendo al mismo tiempo que otra guerra mundial podría terminar solamente con el ocaso del Reich; lo trágico fué que pronto los demagogos y agitadores nacionalistas se apropiaran de esta tesis, tratando de sacar provecho de la miseria y pena que siguieron a esta guerra, que en realidad había sido perdida.

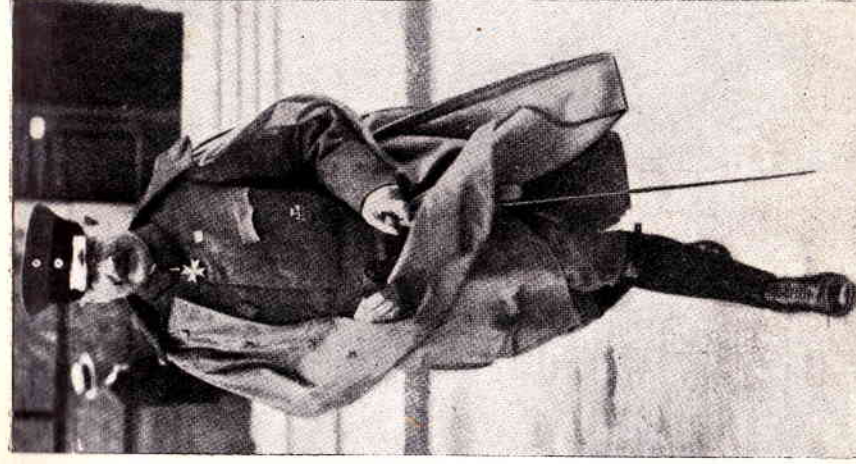
La noticia de la abdicación del emperador fué naturalmente al principio, para todos los oficiales de Estado Mayor, un golpe mortal. Seeckt, quien era la gran esperanza de muchos, recibió la noticia en el tren, cuando regresaba de Constantinopla y pasaba por Ucrania. Este hombre, que en otros momentos se destacó por el completo dominio de sí mismo y un porte frío y reservado, quedó callado durante horas, sentado en su camarote, con los ojos preñados de lágrimas. Para él, como para todos los oficiales, era ésta la hora en la que el Ejército había perdido su «escudo real», como Seeckt una vez había caracterizado la importancia simbólica de la monarquía para el Ejército. Para todos ellos empezó ahora la búsqueda de un nuevo símbolo que representara el poder del Estado, cuyas bases, según el criterio de la mayoría de los oficiales, podían ser solamente la autoridad y el orden. En este sentido escribió más tarde el general Von Rabenau, uno de los colaboradores más íntimos de Seeckt, de «la vileza de la revolución de noviembre» que había eliminado estas bases. Ludendorff, el titán caído del Estado Mayor, recibió la noticia de la abdicación del emperador sin sorpresa, en una modesta casa de pensión en Berlín; ella no despertó su tristeza, sino su ira. No conociendo ningún escepticismo y no admitiendo ninguna acusación contra sí mismo, empezó a buscar ahora los poderes ocultos que habían minado los planes del «conductor». Según él, su conducción de guerra había sido justa, por eso otros debían ser los culpables. Empezó a apartarse de la cultura y a cavilar sombríamente sobre los poderes ocultos de los judíos, masones y jesuitas y a jugar con una mística de números que pronto adquirió un aspecto morbosos. En seguida empezó a escribir sus memorias

de guerra, porque «el alemán» debía aprender de los acontecimientos. Con su acostumbrada presunción declaró que la mayor tontería de los revolucionarios fué dejarlo con vida. Pero cuando ciertas figuras dudosas empezaron a rondar cerca de su domicilio en Berlín, profirió buscar refugio en Suecia, en la hacienda de un viejo amigo.

Poco antes de su salida de Berlín lo visitó el general inglés sir Neil Malcolm, uno de los miembros de la Comisión aliada encargada de vigilar el cumplimiento de las condiciones del armisticio. Ludendorff acusó violentamente al Gobierno y al pueblo de haberlo abandonado, diciendo que los alemanes no se habían mostrado dignos de la herencia guerrera de sus antepasados. El general Malcolm le dijo entonces: «General, ¿quiere usted decir con esto que recibió una puñalada por la espalda?» Ludendorff gritó entusiasmado: «¡Así es! ¡Nos han dado una puñalada por la espalda, una puñalada por la espalda!»



General Wilhelm Heye



General Groener
Sucesor de Ludendorff, después de la abdicación
del Kaiser



Von Hassell

Von Hammerstein-Equord



Von Schleicher



CAPÍTULO IX

LA ESFINGE

Seeckt y el "truppenamt"

I

Cuando en las primeras horas del 11 de noviembre de 1918, la delegación de armisticio alemana firmó en Compiègne las condiciones del armisticio y cuando a las once horas las piezas de artillería callaron en todos los frentes, había, del lado alemán, cuatro poderes dominantes: el Estado Mayor prusiano, representado por el Comando en Jefe; el ejército de millones, que estaba deshaciéndose paulatinamente, en el cual en muchas partes del interior y de las zonas de retaguardia ya se había izado la bandera roja, se habían eliminado los privilegios del cuerpo de oficiales y elegido Consejos de soldados según el ejemplo ruso; el Consejo de Delegados del Pueblo de Berlín, encabezado por Ebert y Scheideman, como gobierno provisional, al cual se adherían todas las fuerzas democráticas y reformistas; finalmente, el grupo, numéricamente no tan grande, de los revolucionarios decididos, el Partido Socialdemócrata Independiente, grupo bolchevique que todavía no había obtenido una forma y organización concretas, junto con los marineros de la armada ex imperial como guardia armada de la subversión. Entre estos bloques más o menos consolidados se hallaban vacilantes la masa de la burguesía perpleja y la nobleza, viviendo esta última intimidada en sus posesiones rurales bajo el temor de que, al igual que en la revolución rusa, las grandes posesiones agrarias fueran distribuidas. El Ejército, cuya existencia misma era dudosa debido a las exigencias de los vencedores referentes al desarme y cuyas unidades se deshacían en forma rápida y progresiva porque

la mayoría de los soldados no deseaban otra cosa que regresar a sus hogares, se vió ante problemas completamente nuevos. Los grupos bolcheviques, que poco después se organizaron en la «Asociación de Espartaco» (*), uno de los núcleos generadores del posterior Partido Comunista, exigieron la eliminación del cuerpo de oficiales y la formación de un ejército de cuadros proletarios al estilo ruso. El viejo Partido Socialdemócrata Reformista exigió a su vez la realización del programa de Erfurt, es decir, una organización militar en forma de milicia y pensó también en una eliminación completa del ejército al manifestar algunos partidarios ciertas ideas pacifistas.

Según el modo de pensar del Estado Mayor, el nuevo gobierno estaba marcado con el estigma de la deshonra, por haber firmado el armisticio. Si bien los más prudentes entre los oficiales reconocieron que Alemania de ningún modo hubiera estado en condiciones de soportar la continuación de una guerra en varios frentes, apreciaron la derrota en lo esencial como una decisión de orden político y económico. Su orgullo militar se mantuvo incólume, representando esta forma de pensar tanto una fuente de fuerza como un peligro. Por otro lado, también Hindenburg, Groener y Schleicher temían el espectro del bolcheviquismo que, según su criterio, produciría la disolución en todos los órdenes. Así llegó a concertarse la rara alianza entre el Estado Mayor y el Consejo de Delegados del Pueblo, que asumió el padrinazgo de la república recién nacida. Ebert, que se encargó de los asuntos del Interior y de los problemas militares, ya en la noche del 9 de noviembre habló por teléfono con el Comando en Jefe, preguntando si podría contar con su ayuda en la lucha contra el bocheviquismo. Schleicher contestó afirmativamente. El 10 de noviembre se concertó la nueva alianza; si bien fué observada de ambos lados con cierta desconfianza y desagrado, tuvo que ser aceptada como un mal necesario.

Hindenburg se mantuvo en segundo plano. En representación del Estado Mayor actuaron Groener, el partidario de una democracia de carácter burgués, y Schleicher, que era suficientemente inteligente como para reconocer la gran perspectiva que se ofrecía de conservar el viejo ejército vistiéndolo a la moderna.

Pero Ebert, el nuevo canciller, parecía estar indeciso; como viejo conductor obrero sentía naturalmente dolorosos cargos de conciencia de hacer disparar sobre las masas de obreros, como los oficiales le exigían, inmediatamente después de esa revolución en la cual la misma clase obrera había luchado y sufrido bajo su conducción. Temía una guerra civil con todas sus consecuencias terribles, la misma guerra civil que el Estado Mayor consideraba indispensable para crear relaciones de autoridad claras y para restablecer el orden. El 11 de diciembre de 1918, los primeros regimientos regresaron a Berlín, entre ellos algunos de la vieja guardia prusiana. Ebert los recibió en presencia del general Lequis, en el portal de Brandeburgo, saludándolos con las palabras «que no habían sido

vencidos en campaña». Hasta este momento el Estado Mayor había tenido éxito; pero ahora venció la necesidad de descanso en las masas agotadas y la propaganda de los Consejos de obreros y soldados contra la vieja oficialidad.

Por de pronto, se destacó solamente lo que tenían en común, la necesidad de constituir un ejército de voluntarios. Ya el 24 de noviembre, Hindenburg había ordenado desde Wilhelmshöhe que los comandos de tropas formaran una protección de fronteras voluntaria en el este. El 9 de enero de 1919, el gobierno provisional de Berlín publicó su primera proclama oficial, disponiendo en ella la formación de unidades de voluntarios. Por iniciativa del general Lequis, el general Von Hofmann, ayudado por el capitán de Estado Mayor, Pabst, formó en los alrededores de Berlín una división de tiradores, a la cual se incorporaron oficiales y soldados de la anterior caballería de la Guardia. Estos fueron solamente los primeros cuerpos de voluntarios, a los que se agregaron después numerosos otros, en general no mandados por oficiales de Estado Mayor, sino por jóvenes e impacientes oficiales de tropas, que durante la guerra se habían hecho profesionales.

Todas estas unidades tenían efectivos y armamentos diferentes; algunas disponían también de artillería pesada, tanques, automóviles blindados y aviones. Si bien el Estado Mayor había tomado la iniciativa de formar tales cuerpos de voluntarios, se desarrolló bien pronto entre sus conductores, como el capitán de navío Ehrhardt, el coronel Hierl, el general Epp, el capitán Röhm, el teniente primero Rossbach, etc., un tipo de modalidad militar irregular, que podía volverse peligroso para las tendencias tradicionales perseguidas por el Estado Mayor. Mientras que Schleicher y Seeckt anhelaban una consolidación de las condiciones reinantes, se formaron en estos cuerpos ciertos focos de perturbación políticos, de un nuevo radicalismo derechista, cuya base espiritual era, por un lado, el hecho de que todos estos hombres se hallaran unidos por el compañerismo que habían vivido en el frente durante la guerra, y por el otro, los resentimientos de una generación de jóvenes, hijos de familias burguesas desarraigadas, que se habían hecho oficiales en la guerra y se sentían desamparados ante el futuro, debido a la decadencia económica de la clase media. En estos círculos se amalgamaron por primera vez las ideas nacionalistas con las socialistas. Aquí encontró sus defensores más apasionados la leyenda de la puñalada recibida por el ejército en la espalda y aquí se formó también un tribunal secreto ilegal contra los renegados y traidores. En tales unidades trabajó, durante los primeros meses de 1919, el cabo Adolfo Hitler, como «oficial de instrucción», es decir, como agente político, siendo su tarea reunir informes acerca de todos los partidos políticos.

(*) Célebre agitador de los esclavos romanos sublevados. (N. del T.)

II

El año 1919 se caracterizó por la fundación de diversas asociaciones de ex combatientes y de unidades de protección de orden local. En la Alemania central, una organización correspondiente al anterior 66.º Regimiento de Infantería fué ampliada por un oficial de reserva, el capitán Francisco Seldte, que había perdido un brazo, y el teniente coronel Teodoro Düsterberg, anteriormente oficial de Estado Mayor, dando lugar así al nacimiento de la conocida entidad «Casco de Acero — Asociación de Soldados del Frente», que se convirtió en la organización central de todos los ex combatientes. Ludendorff regresó de Suecia. Los ex oficiales se reunieron en dos organizaciones denominadas «Asociación de Oficiales Alemanes» y «Liga Nacional de Oficiales Alemanes», persiguiendo la última tendencias manifiestamente monárquicas. Ya en la primavera de 1919, el último jefe de Estado Mayor de Reemplazo, el general Von Freytagh Loringhoven, había publicado un folleto titulado: «¿Qué debemos a nuestros oficiales?» En los años siguientes también los ex oficiales de Estado Mayor se reunieron en la llamada «Asociación de Schlieffen», presidida primeramente por el viejo mariscal Hindenburg y más tarde por el mariscal Von Mackensen. Una vez por año, el 28 de febrero, los ex oficiales de Estado Mayor se reunían en un banquete, en uno de los grandes hoteles de Berlín, el «Kaiserhof» o el «Esplanade», después del cual seguía una conferencia de orden científico-militar.

Mientras tanto, el centro de gravedad militar, desde fines de 1918, se había trasladado hacia el este, manifestándose esto también en el hecho de que el Comando en Jefe del Ejército se desplazara, en 1919, a Kolberg. Paralelamente a la evacuación militar de los territorios rusos, polacos y ucranianos, se estableció en los países bálticos, en Lituania, Prusia oriental y en aquellas partes de Polonia y Prusia occidental, donde las autoridades alemanas se mantenían aún, una organización de protección de fronteras, con el fin de defender estas regiones contra las pretensiones de la joven república polaca. José Pilsudski, quien antes tuvo que constituir una legión polaca a favor de Alemania y Austria, y el general Haller, que había formado un cuerpo auxiliar polaco al servicio de los aliados, fueron los creadores del nuevo Ejército polaco. Numerosos oficiales de descendencia polaca que anteriormente prestaron servicio en el Ejército austríaco, varios oficiales del Ejército imperial ruso de descendencia polaca y algunos oficiales prusianos descendientes de la nobleza polaca, formaron el primer cuerpo de oficiales de la nueva república, la que en seguida, con el típico ilusionismo polaco, empezó a tener los más extravagantes sueños de su transformación en una gran potencia.

Por orden del Comando en Jefe alemán, se organizaron, en 1919, dos Comandos de Ejército en el frente oriental, el «Comando de Protección de Fronteras Norte» y el «Comando de Protección de Fronteras Sur»,

orientando fuera de ellos aún, en Lituania, los restos del anterior décimo Ejército y del anterior Grupo de Ejército de Kiew, que se había retirado de Ucrania. Para asegurar la provincia de Posen, Hindenburg y Groener pensaron inicialmente en realizar una ofensiva en forma de una maniobra de tenaza, que debían efectuar ambos comandos superiores de protección de frontera.

III

El Comando de la «Protección de Fronteras Norte» disponía inicialmente de fuerzas considerables: 4 cuerpos de ejército, restos de otros 2 cuerpos de ejército, y 4 divisiones de voluntarios. El ejército del Báltico, mandado por el general Von der Goltz, desempeñó pasajeramente hasta un papel importante en los planes de los aliados, mientras la política inglesa tuvo la idea de ayudar a las fuerzas de los rusos blancos, que estaban concentrándose en Estonia, bajo el mando del general Judenitsch. Por otra parte, en Königsberg se encontraba un oficial de enlace ruso que, sin embargo, no pertenecía al ejército del general Judenitsch sino a otro ejército contrarrevolucionario ruso, mandado por el príncipe Awallow-Bernondt, que se apoyaba también en las fuerzas antibolcheviques alemanas del Báltico. Todo este juego complicado y ambiguo entre fuerzas tan distintas terminó, sin embargo, muy pronto, cuando los ingleses decidieron renunciar a una intervención en Rusia y apoyar en su lugar la organización de Estados nacionales de tendencia antibolchevique a lo largo de la frontera occidental rusa, es decir, Letonia, Estonia, Lituania y Polonia. En mayo de 1919, el gobierno del Reich se vió obligado a ordenar oficialmente la evacuación de los países bálticos.

Seeckt actuó en esta situación en forma completamente leal, reconociendo que la misión de la oficialidad era mantener la noción del nuevo Reich. Fritsch tuvo la misma convicción y escribió al jefe del Estado Mayor del barón Von der Goltz, que debía hacerse todo lo posible para evitar que los cuerpos de voluntarios, que por propia iniciativa continuaban la guerra en el Báltico, pudieran dirigirse con intenciones hostiles contra Alemania. Ante todo había que luchar contra la idea de que estos cuerpos pudieran intentar una contrarrevolución, pues les faltaba toda visión de conjunto respecto al alcance de tal acción; una contrarrevolución aumentaría solamente las dificultades económicas y provocaría, además, una intervención por parte de los aliados. Para Seeckt, el Ejército representaba el puente hacia el futuro y la cuestión de la forma del Estado debía pasar a segundo plano, con tal que se mantuviera el Reich y el Ejército. Citó en aquel entonces la frase de Bismarck, según la cual era imaginable que alguna vez no hubiera más reyes en Prusia, pero no que se extinguieran en este país los partidarios de la monarquía. La desconfianza frente al régimen republicano continuaba y éste, por otra parte, observaba también con recelo a las propias fuerzas armadas. Esto coincidía

con las intenciones de Seeckt, el cual quería que el Ejército se distanciara del Estado actual. La vieja madre de Seeckt escribió en aquel entonces a su hijo, advirtiéndole que un Ejército no podía mantenerse solamente por el sentimiento del deber; ella reconoció en forma perspicaz, que era necesario abandonar esa conducta sostenida artificialmente, a la cual le faltaba una substancia interna. También el Ejército francés, durante varias décadas posteriores a la derrota de 1871, había sido el baluarte de las tendencias conservadoras y clericales. Hasta uno de los hijos de la ex casa reinante de Orleáns, el duque de Aumale, había ocupado un alto cargo en este Ejército republicano; su ídolo militar, el mariscal MacMahon, había sido elegido presidente del Estado y al mismo tiempo era defensor de los intereses de los Borbones. Pero finalmente la república, al consolidarse, transformó la mentalidad del Ejército, porque a la larga ninguna institución armada puede sostenerse en contraposición a la forma de vida reinante en el orden político y social. De este modo, en Alemania todo dependía, en el fondo, de la fuerza de convicción de las ideas democráticas.

IV

Por de pronto, todos los pensamientos de Seeckt estaban absorbidos por los acontecimientos en el este. Una ofensiva comenzada contra los insurrectos polacos en la provincia de Posen, tuvo que ser detenida, por orden de los aliados, cuando produjo éxitos iniciales demasiado grandes, sufriendo la misma suerte las empresas arbitrarias de los voluntarios del Báltico. Resignado Seeckt comprobó que la política era el arte de hacer lo posible, pero las posibilidades ahora estaban estrechamente limitadas. El resultado de la conferencia de paz de los aliados todavía estaba indeciso, porque los estadistas dirigentes de las cuatro grandes potencias, Inglaterra, Francia, Italia y Estados Unidos, no se ponían de acuerdo entre sí y entraban en conflicto, además, con los deseos de los nuevos Estados satélites, fundados en el este de Europa y en la zona del Danubio, es decir, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia y Gran-Rumania. De las potencias que en 1914 habían iniciado la guerra contra Alemania faltaba Rusia, aun cuando Lloyd George se esforzaba en hacer participar en estas negociaciones por lo menos a un gobierno ruso en exilio. Seeckt apreció que la proscripción del nuevo gobierno soviético ruso ofrecía perspectivas favorables para Alemania en el porvenir. Mientras que el mariscal Foch exigía en el oeste que el Rin fuera la frontera de seguridad de Francia, Seeckt destacaba nuevamente la conveniencia de una futura alianza militar entre Alemania y Rusia. Seguía convencido aún de que la gran lucha por las regiones económicas del mundo debía realizarse por etapas. Si bien había perdido el primer asalto, debía volver ahora a recuperar su capacidad de alianza. Mientras tanto, a pesar de todos los planes idealistas del presidente Wilson, el porvenir del mundo no mos-

traba perspectivas de paz. En el Cercano Oriente se enfrentaban los intereses ingleses y franceses, donde Inglaterra favorecía la constitución de un gran imperio griego, mientras que los franceses apoyaban la resistencia turca. En el noroeste de India estallaba una nueva guerra de los afghanes; en Rusia avanzaba desde el sur un ejército blanco apoyado por los aliados, mandado por el general Denikin, en dirección a Moscú; Polonia iniciaba la conquista de Ucrania; en Estonia, el general Judenitsch se preparaba para avanzar sobre San Petersburgo; en Irlanda reinaba la guerra civil; finalmente, en Egipto, así como en India, estallaron sublevaciones contra el dominio inglés. Según el criterio de Seeckt, la condición previa para la realización de sus planes de alianza entre Alemania y Rusia era la consolidación de los regímenes políticos y organizaciones militares de ambos países; al respecto escribió en aquel entonces que nada podría hacerse con «cuerpos de voluntarios y bandas bolcheviques».

El gobierno del Reich, cuya dirección había asumido Scheideman como canciller, tuvo en abril de 1919 la perspectiva de poder exponer sus opiniones ante la conferencia de paz. El ministro de Guerra prusiano y el Estado Mayor formaron dos comisiones, que debían acompañar la delegación alemana a Versalles. Groener nombró a Seeckt, por ser el oficial de Estado Mayor más experto, como jefe de la comisión de Estado Mayor, la cual finalmente fué reunida con la del Ministerio de Guerra. Seeckt presentó ahora las exigencias del Estado Mayor referentes al futuro Ejército alemán en una forma modificada, favoreciendo la creación de un Ejército de 300.000 hombres, con fuerzas aéreas, tanques y artillería pesada, formado por voluntarios y complementado con una milicia basada en el servicio militar obligatorio; debía rechazarse cualquier control extraño, proyectado por los aliados, cualquier obligación de un desarme unilateral y la desmilitarización de la zona situada en el margen oriental del Rin. En el mismo sentido Groener trató de exponer ante la Asamblea Nacional, en el mes de abril, que el mantenimiento de la capacidad de alianza del Reich era la misión más importante de la política exterior alemana. Hasta opinó que debía tratarse de conservar por lo menos partes de Alsacia-Lorena como zona de vanguardia estratégica.

En el gabinete del Reich, el ministro de Finanzas. Erzberger, se opuso energicamente, hasta por razones meramente económicas, al mantenimiento de un costoso ejército de 300.000 hombres y su complemento por una milicia, en vista de las enormes reparaciones a pagar a los aliados. En Versalles, el primer ministro francés, Clemenceau, exigía que se concediera a Alemania solamente un pequeño ejército profesional, formado por hombres contratados por largo tiempo, mientras que Foch deseaba una milicia, convencido que de este modo las ideas socialistas y pacifistas, que reinaban en amplias partes de la clase obrera, influirían también sobre el ejército. Muy acertadamente Foch predijo que un pequeño ejército profesional, de carácter exclusivo y aristócrata, estaría en mejores condiciones de salvar la vieja tradición prusiana. En esta diferencia de opiniones venció finalmente la de Clemenceau, creyendo también Lloyd George que era más razonable excluir el peligro de una utilización militar del poten-

cial humano alemán y prohibir completamente el servicio militar obligatorio. Ambas partes estaban de acuerdo en su convicción de que el Estado Mayor debía ser eliminado. Es que el Estado Mayor prusiano se había convertido en un espectro terrible para la publicidad mundial, la cual le atribuía las intenciones más monstruosas y le concedía a la vez una capacidad imposible.

Cuando la delegación de paz alemana, conducida por el ministro de Relaciones Exteriores, conde Brockdorff Rantzau, con el general Von Seeckt como consejero militar, llegó a Versalles, en realidad lo encontró ya todo decidido. Recibió un proyecto de paz, definitivamente redactado, con la observación simultánea que el plazo para formular objeciones eventuales no era ilimitado. En el campo militar, el proyecto significaba el completo desarme alemán. Los efectivos del ejército se hallaban fijados en 100.000 hombres, el servicio militar obligatorio quedaba eliminado y el Estado Mayor prohibido. El nuevo ejército alemán no debía disponer de fuerzas aéreas ni de tanques ni de artillería pesada. Para impedir la formación de reservas, el tiempo de servicio para los soldados quedó fijado en 12 años y para los oficiales en 25 años. La mayoría de las fortalezas debían ser destruidas; los efectivos de la Marina debían reducirse a unos pocos viejos acorazados y cruceros y a un total de 15.000 hombres; el empleo y la construcción de submarinos quedaron prohibidos. El emperador y varios conocidos comandantes del ejército debían ser entregados a los aliados como criminales de guerra. Los grandes ríos alemanes debían ser subordinados a un control internacional; la provincia de Posen y la mayor parte de Prusia occidental debían ser entregadas a Polonia, de modo que quedaba separada del Reich por un corredor terrestre. Dantzig fué convertida en una ciudad libre; la margen izquierda del Rin y una zona al este del mismo río debían ser desmilitarizadas como zona de seguridad, permaneciendo en la Renania tropas francesas, inglesas, belgas y norteamericanas como ocupación militar. Una comisión de control internacional debía vigilar la ejecución de todas las estipulaciones de desarme en el territorio del Reich. El problema más importante, el monto de las reparaciones y el modo de pagarlas, quedó aún dudoso, porque los aliados mismos todavía no podían ponerse de acuerdo al respecto.

Era inútil que Seeckt reprochara al ministro de Relaciones Exteriores alemán de no empeñarse en la medida necesaria en favor de los intereses del Ejército; el desarme alemán había sido decidido irrevocablemente. A pesar de esto, Seeckt se esforzó en conseguir un ejército de 200.000 hombres, con fuerzas aéreas, mientras que Groener opinaba que 350.000 hombres eran los efectivos mínimos posibles. El conde Brockdorff Rantzau se negó a firmar el tratado. Surgió ahora la pregunta de qué ocurriría en el caso de que el Gobierno alemán se negara a firmar el tratado. Lloyd George mismo contó con tal medida de desesperación alemana, pues la política inglesa no estaba conforme con mucha de las condiciones rigurosas impuestas por el intenso odio de Clemenceau y la política de

seguridad francesa que, pensando exclusivamente en la propia seguridad, olvidaba su misión europea.

A mediados de mayo de 1919, Groener analizó con Seeckt y el general Von Lossberg, las posibilidades de una resistencia alemana en el caso de que se rechazara el tratado. El general Von Lossberg, ahora jefe del Estado Mayor de la Agrupación número 1 y el mayor Joaquín von Stülpnagel, jefe de la División Operaciones, exigieron que se efectuara un levantamiento del pueblo en el este contra Polonia. Por otro lado, Seeckt y Groener reconocieron claramente que no era posible mantener militarmente en el oeste ni la línea del Rin, ni la región del Ruhr, ni Hesen, ni Baden. Groener opinó que, a lo sumo, podría defenderse la línea del río Elba. Hindenburg quería arriesgar una campaña contra Polonia si Seeckt era nombrado primer cuartel maestro general. Oficialmente el Gobierno del Reich dirigió a Hindenburg la pregunta de cómo apreciaba las perspectivas de una resistencia por las armas. Hindenburg contestó que en el este podrían conseguirse éxitos, pero que en el oeste no había posibilidades de resistir; esto sin discutir la conducta de las masas obreras revolucionarias. Terminó su exposición haciendo constar que, como militar, prefería un hundimiento honrado a una capitulación.

Según el juicio de Seeckt, que calculaba en décadas, el mantenimiento del ejército y la conservación de la posibilidad de un renacimiento militar, eran más importantes que la iniciación de una lucha desesperada, según los dictados de honor prusianos.

El artículo 160 del tratado prohibió el mantenimiento del Estado Mayor General, pero no los estados mayores de los comandos de tropas. El 28 de julio de 1919, el mismo día que el tratado fué firmado en Versalles, el general Reinhardt pidió a Seeckt que se encargara de la dirección del Estado Mayor General hasta su disolución definitiva, dado que Hindenburg había renunciado. Seeckt accedió a ello. En una carta del 7 de julio de 1919 dirigida a Hindenburg, expone las ideas que le animan en este momento. En ella escribe que su actividad debe ser apreciada no como la de un simple «sepulturero» del Estado Mayor sino que trataría de conseguir que se mantuviera si no la forma, por lo menos el espíritu del mismo. El general Wetzell, anteriormente jefe de la División Operaciones, se dirigió a Seeckt conjurándolo a que salvara por lo menos el núcleo de «la excelente y gran institución» para el nuevo ejército. Precisamente ésta era la intención de Seeckt.

El prestigio de la organización del Estado Mayor en el fondo había quedado incólume. El Gobierno del Reich, apoyado fuertemente por Seeckt, se negó a cumplir la exigencia de los aliados de entregar a Hindenburg, Ludendorff y otros comandantes de ejército como criminales de guerra. En lugar de esto, una comisión formada por parlamentarios alemanes, empezó a examinar las causas de la derrota y la conducta de los más destacados militares y estadistas alemanes. Hindenburg, citado ante esta comisión, se presentó con la plena convicción de que había sido la víctima de una «puñalada por la espalda» de los mismos hombres que ahora formaban la comisión de investigación, mostrando una actitud de dignidad

ofendida. Es que la leyenda de la «puñalada» poseía una fuerza enorme, fatal y sugestiva. Se negó a dar la mano al presidente de la comisión, el diputado demócrata Gothein y consiguió transformarse hábilmente de acusado en acusador, gracias a su personalidad imponente. Con su voz profunda y enérgica echó en cara a la comisión que Alemania no habría sido vencida si no hubieran existido «pesimistas y agitadores» en el interior. Lo que dijo fué su convicción sincera, si bien mostró que en ello existía el defecto inherente a cualquier ilusión.

V

De los grandes jefes de Estado Mayor que habían quedado en servicio, Seeckt indudablemente era la personalidad más fina y más inteligente.

El objetivo de Seeckt fué conservar el Estado Mayor y un Comando en Jefe unificado y sólido, prohibido también por el Tratado de Versalles, revistiendo a ambos de nuevas formas. El nuevo ejército debía ser no sólo el representante de la idea del Reich, sino al mismo tiempo el núcleo de un futuro ejército nacional. Se inició ahora una lucha larga y reñida por el dominio del ejército, en la cual se hallaban, de un lado, los especialistas del Estado Mayor, hombres circunspectos y prudentes, que habían aprendido mucho por las experiencias adquiridas en la pérdida guerra de masas, y del otro lado, la mentalidad mercenaria, feroz y desordenada de los cuerpos voluntarios, que se manifestaba en planes de guerra arbitrarios, en atentados y pronunciamientos.

VI

El anterior Comando en Jefe en Kolberg podía continuar aún en sus funciones hasta el 1 de enero de 1920, fecha en que entraba en vigor el Tratado de paz. Pero tanto este Comando como el ministro de Guerra prusiano ya habían perdido toda razón de ser y el deseo de todos era llegar lo más pronto posible a una organización firme en el mando del nuevo ejército. Seeckt esbozó un nuevo sistema de organización horizontal para las autoridades supremas del ejército, en la cual debían existir, bajo el ministro de Defensa, tres autoridades coordinadas: un Departamento del Ejército, que debía encargarse de las facultades y tareas del anterior Ministerio de Guerra prusiano; un Departamento de Tropas, que debía continuar las tareas del Estado Mayor General y un Comando en Jefe y Generalísimo del Ejército. En la posterior organización del ejército, el Departamento de Ejército y el de Tropas salieron de este pro-

yecto. Seeckt propuso, además, la creación de un Consejo de Ejército según el ejemplo inglés (Army Council), formado por los generales más antiguos y el puesto de un secretario de Estado parlamentario al lado del ministro para representar los intereses del ejército en el Parlamento. En su concepto, el mando supremo efectivo de las tropas no debía estar en las manos del ministro de Defensa, sino en las del comandante en jefe, para poder limitar las influencias variables del Parlamento y también las posibilidades de control por parte de éste. Groener apoyó las tendencias de Seeckt, pero el general Reinhardt apoyó a Noske, quien trató de oponerse en toda forma a una limitación de las facultades del ministro.

Todavía existían algunas tendencias que trataban de democratizar fundamentalmente la estructura del ejército, esforzándose en este sentido dentro del mismo ante todo la Asociación de Conductores Republicanos. Francisco Carlos Endres, anteriormente oficial de arsenales en Baviera y durante la guerra mayor en el Ejército turco, publicó un folleto titulado *El ejército y la democracia*, en el cual, conforme a las simpatías democráticas que siempre habían existido en el sur de Alemania, exigía la creación de un verdadero «ejército del Parlamento», cuyos oficiales debían sentirse sinceramente como «delegados del pueblo, ahora soberano»; exigió que desapareciera la vieja y exclusiva conciencia de casta, pues, según su modo de ver, al nuevo ejército, manteniendo la disciplina acostumbrada, debía ser una nueva escuela de la moral y conceptos de justicia de la joven república. Pero este hombre no fué más que un predicador en el desierto.

En la lucha de competencias se produjo una situación difícil para los defensores de la tradición al enfermar Seeckt gravemente del corazón en el verano de 1919; sólo pudo reanudar sus actividades recién en el otoño de ese año sofocante, en cuyo transcurso todavía estallaron algunos disturbios comunistas. El 1 de octubre de 1919 se organizó el nuevo Ministerio de Defensa, que fijó su sede en la calle Bendler, de Berlín. El anterior Ministerio de Guerra prusiano fué disuelto, como también el anterior Comando en Jefe. Groener pidió el retiro y pasó ahora a la política. Parecía que Seeckt poseía las mejores perspectivas como candidato para el nuevo cargo de jefe de la Dirección del Ejército. Pero Noske logró que Ebert nombrara en su lugar al general Reinhardt, opinando, y no sin razón, que Reinhardt, como hombre del sur de Alemania, era un partidario más sincero del nuevo régimen. El proyecto horizontal, esbozado por Seeckt para la organización de las supremas autoridades del ejército, se transformó ahora en un sistema vertical. Bajo el ministro de Defensa se creó la posición del Jefe de la Dirección del Ejército como comandante supremo de todas las tropas, a quien quedaba subordinada la Dirección del Ejército, formada por varios departamentos, siendo los más importantes de ellos el Departamento del Ejército y el Departamento de Tropas (el Estado Mayor clandestino) formado ahora, aproximadamente, por sesenta oficiales. Como jefe de la Plana Mayor fué nombrado el coronel Heye y jefe de la 1.ª Sección del Departamento de Tropas, la llamada «T 1» (encargada de las tareas de la anterior División Concen-

nación), el teniente coronel Hasse, oficial de Estado Mayor, que había iniciado su carrera en la Inspección de Transportes Militares y que en el año 1918 había sido jefe del Estado Mayor del 1.º Ejército.

Groener había deseado que la posición inmediata (*) del anterior Estado Mayor fuera mantenida también para el Departamento de Tropas; pero esto no fué posible dentro de la nueva organización centralizada de las autoridades supremas del ejército, quedando suprimida así dicha posición al igual que la corresponsabilidad de los oficiales de Estado Mayor. Una parte considerable de las misiones del anterior jefe del Estado Mayor fueron asignadas ya al jefe del Departamento de Tropas, sino al jefe de la Dirección del Ejército, que era así no sólo el comandante supremo, sino a la vez el más alto oficial de Estado Mayor.

Seeckt logró en seguida en su nueva posición tres asuntos muy importantes: la fundación de un Archivo del Reich, con la misión de reunir los documentos de guerra existentes y continuar los trabajos de investigación científica de la historia militar; el mantenimiento de los comisarios de distrito, como encargados de la protección de fronteras y la introducción de una nueva ley militar. El último jefe de la División Histórica del Estado Mayor General, el general Arminio Merz von Quirnheim, fué nombrado presidente del nuevo Archivo del Reich. El mayor general Juan von Haeften, en 1918 agregado al canciller como representante del Estado Mayor, fué nombrado director de la División Histórica del Archivo y quedó a cargo de la publicación de la obra oficial sobre la Guerra Mundial. Un tercer oficial de Estado Mayor, el teniente coronel Wolfgang Foerster, al final de la guerra jefe del Estado Mayor del 66.º Cuerpo de Ejército, fué designado consejero superior en el mismo Archivo. En forma semejante el último jefe de la División Cartográfica del Estado Mayor General, el mayor general Ricardo von Müller, pasó a ser director de la Sección Cartográfica del Departamento de Levantamiento Topográfico del Reich, llegando finalmente en 1924 a ocupar el puesto de presidente de dicho departamento, de modo que también esta rama tan importante quedó asegurada en cierto grado. La institución de los comisarios de distrito, que finalmente se convirtió en el núcleo de una organización disimulada de reemplazo militar, se extendió a todo el territorio del Reich, empleándose en estas funciones en general a oficiales retirados, contratados como personas civiles. La nueva ley militar, esbozada por Seeckt mismo, se publicó en 1921 y fué de tal carácter que la tropa quedó separada de cualquier asunto político de actualidad, excluyéndose de este modo no sólo todas las posibilidades de influencia comunista, sino también las de orden democrático, con lo cual quedó eliminada definitivamente la idea del «ejército del Parlamento», defendida por el mayor Endres y la Asociación de Conductores Republicanos.

(*) Posición que le permitía informar y estar en contacto directo con el gobernador supremo. (N. del T.)

VII

Empero, ni la nueva Dirección de Ejército representaba todavía organismo unificados. Había fricciones aún entre Reinhardt y Seeckt, así como entre demócratas y conservadores. El comandante de la Agrupación núm. 1 en Berlín, el teniente general Von Lüttwitz, mantenía por otro lado una oposición latente tanto contra el jefe de la Dirección del Ejército como contra el jefe del Departamento de Tropas; siendo un reaccionario convencido, hacía a ambos el reproche de mostrar una «conducta floja». Además, existía la tensión entre la Dirección del Ejército y los cuerpos de voluntarios, que debían disolverse, pero todavía no lo habían hecho. En el otoño de 1919 regresaron «los bálticos», aumentando con ello el número de los pretorianos descontentos de la república. La disminución del ejército pudo efectuarse sólo por etapas; en el otoño recién fueron dados de baja unos 200.000 hombres.

Los mercenarios despedidos, que se sentían engañados por la república, se reunían en general en organizaciones secretas de orden nacional-revolucionario. Por otro lado, los círculos del anterior Partido de la Patria, encabezados por el director de la provincia de Prusia oriental Kapp, desarrollaron un nuevo programa para reorganizar toda la vida estatal y social sobre una base prusiana. Los planes de Kapp, una mezcla de ideas conservadoras, nacionalistas y sociales, se basaban jurídicamente en el hecho de que no se había elegido un nuevo Parlamento, continuando la Asamblea Nacional en funciones y que el presidente del Estado había sido elegido por esta Asamblea y no, como se había establecido en la Constitución, por el pueblo. Además, el prestigio de la joven república fué conmovido gravemente por un pleito escandaloso dirigido contra el ministro de Finanzas, Erzberger. Por eso Kapp tuvo la idea de efectuar un golpe de Estado derechista.

Algunos jefes experimentados como Lossberg y Fritsch opinaron que cualquier pronunciamiento sólo podría producir un debilitamiento del prestigio del Estado, apenas consolidado, el cual, además, siempre estaba amenazado aún por una revolución bolchevique. El yerno de Lüttwitz, a la vez primer oficial de Estado Mayor en su comando, el mayor Kurt von Hammerstein Equord, un hombre con eminente talento político, calificó el plan como «una tontería». En esa época Seeckt y sus colaboradores en el Departamento de Tropas, Heye y Hasse, sufrieron un golpe rudo al recibir la orden de que los países Bálticos debían ser evacuados, pues desde allí Seeckt había querido efectuar el contacto con Rusia. Ahora, «el cordón sanitario» de los Estados satélites de los aliados, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia, se intercalaba definitivamente entre el Reich y Rusia y los voluntarios que regresaban de los países Bálticos aumentaban los elementos descontentos en el ejército.

En esta situación tan crítica, el 13 de marzo de 1920, estalló el pronunciamiento de Kapp y Lüttwitz con el objeto de proclamar la dictadura nacional. Con una insensatez caballerescas, Lüttwitz había hecho antes la tontería de dirigir al Gobierno un ultimátum, con lo cual los miembros del mismo fueron advertidos y pudieron huir, substrayéndose así a la detención. En el fondo el pronunciamiento de los cuerpos de voluntarios descontentos, que se oponían a su disolución, se dirigía tanto contra la autoridad del Estado Mayor como contra la del Gobierno, representando así este pronunciamiento, tan mal preparado, una prueba muy peligrosa para la unidad del nuevo ejército. En la noche antes de que los cuerpos de voluntarios penetraran en Berlín, cuando se conocía el ultimátum de Lüttwitz, Noske, Reinhardt y Seeckt discutieron sobre la conveniencia de una resistencia por las armas. Noske y Reinhardt exigieron que las unidades del ejército se empeñaran contra los cuerpos de voluntarios amotinados, los que, según el modo de ver de Seeckt, representaban sin embargo los precursores del nuevo ejército. Estaba en juego el «*impérium in imperio*» que Seeckt quería establecer; por eso contestó en forma muy lacónica que una tropa no dispararía sobre la otra y preguntó si el ministro de Defensa quería librar una batalla en los alrededores de la puerta de Brandeburgo. Noske le hizo el reproche de que quería proteger a los insurrectos. Seeckt contestó: «De ningún modo, pero conozco las consecuencias trágicas.» Noske replicó que entonces movilizaría a los obreros. Seeckt calló. Noske: «Todos ustedes me abandonan, me queda solamente el suicidio.» Seeckt contestó a este desahogo desesperado de un hombre sincero con una sonrisa sarcástica, respecto a la cual escribió más tarde el general Von Rabenau que «gozó contento con un triunfo». El jefe del Departamento de Tropas se había convertido en el árbitro de la situación. Cuando la Brigada de la Marina, mandada por el capitán de navío Ehrhardt, y algunas otras unidades de los cuerpos de voluntarios, todas con equipo de campaña, penetraron en Berlín, el Gobierno se retiró primero a Dresden y después a Stuttgart, dejando en Berlín al vicescanciller Schiffer como hombre de enlace. Kapp nombró como jefe del Estado Mayor al mayor general Rüdiger von der Goltz. Seeckt presentó tácitamente su dimisión, dejando al coronel Heye como reemplazante en el Departamento de Tropas. El general Von der Goltz no se atrevió a hacerse cargo de su nuevo puesto. El presidente y el Gabinete del Reich proclamaron la huelga general y después de cuatro días el nuevo dictador militar no supo ya qué hacer, entregando sus funciones al general Von Lüttwitz. La mayoría de los comandantes de unidades del ejército se habían mantenido a la expectativa. El reiterado fracaso de una dictadura puramente militar, a la cual faltaba la base de las masas, fué una nueva experiencia para el Estado Mayor. Acertadamente Seeckt había previsto este fracaso; por eso dejó realizar el pronunciamiento sin que se derramara sangre dentro del ejército. Cuando fué preguntado por qué no había participado, contestó que un general prusiano no faltaba a su juramento; fué una declaración rara y a la vez un hermoso pretexto, pues no había hecho nada para cumplir con su deber jurado. Lo único que

interesaba a Seeckt era el mantenimiento del ejército como cuerpo particular, como un instrumento. Es notable que impidiera la detención del capitán de navío Ehrhardt y del general Von Lüttwitz y que prometiera a los altos militares participantes que no serían castigados. No menos característica fué la conducta de Seeckt en el futuro frente a la nueva bandera alemana de colores negro, rojo y oro. Según sus propias palabras, la aceptó porque deseaba que los colores anteriores, negro, blanco y rojo, no fueran «ensuciados» por la república. Por las mismas razones sabotó toda tentativa de introducir en el ejército las condecoraciones republicanas cuyas cintas tenían los colores nuevos. La república no debía tener ninguna fuerza atractiva para el ejército. Quizás escuchara con secreto orgullo que en los corredores del Parlamento lo llamaran «la esfinge».

El 17 de marzo, el mismo día en que Kapp por la mañana y Lüttwitz por la tarde presentaron su renuncia, Noske nombró telegráficamente a Seeckt comandante de todas las tropas existentes en la región de la Agrupación núm 1. El vicescanciller Schiffer le confió además provisionalmente las facultades de jefe de la Dirección del Ejército y de ministro de Defensa; el general Reinhardt renunció ahora como jefe de la mencionada Dirección. En nombre de la vieja oficialidad imperial, el coronel general Von Plessen se dirigió ahora a Seeckt, como ex oficial del Regimiento de la Guardia «Emperador Alejandro», reprochándole de haberse entregado a la democracia y el coronel Bauer hizo constar que Seeckt había sido condenado por el juicio de todos los oficiales; pero esta declaración hizo ver solamente la completa cortedad de vistas políticas de los reaccionarios.

El pronunciamiento de Kapp, que fué un golpe mortal para la confianza de la clase obrera en las fuerzas armadas del nuevo Estado democrático, fué seguido por nuevas explosiones peligrosas de descontento social en tres lugares: en la capital del Reich, en Sajonia y en la región del Ruhr, donde estalló una sublevación general de los mineros bajo la dirección comunista. Varios cuerpos de voluntarios fueron desarmados y sus miembros en gran parte asesinados. Artillería, morteros y automóviles blindados cayeron en manos de los insurrectos, los cuales formaron allí un verdadero ejército rojo. Para derrotarlos, tuvieron que ser empeñados considerables efectivos de tropas, mandadas por el general Von Watter. Durante las operaciones de las unidades del ejército empleadas en esta empresa, se produjeron varios casos de violación de la zona desmilitarizada, en la cual los insurrectos buscaron protección. Como medida de sanción Francia ocupó entonces las ciudades de Francfort del Mein y Maguncia, situadas ambas sobre la vieja línea de operaciones del Estado Mayor francés del río Mein.

VIII

En esta situación Seeckt empezó la reorganización definitiva del ejército. La posición del jefe de la Dirección del Ejército era contraria a las estipulaciones del Tratado de Versalles, que prohibía no solamente el Estado Mayor General, sino también la posición de un generalísimo, pues la conducción del Ejército alemán debía encontrarse en manos de un ministro de Defensa civil y de dos comandos de agrupación con iguales facultades de mando. El primer objetivo de lucha de Seeckt, en su nueva posición como jefe de la Dirección del Ejército, fué por eso la consolidación del propio mando supremo.

El Tratado de Versalles no había solucionado el problema económico más difícil de la postguerra, esto es, la cuestión de las reparaciones y los gastos de guerra a pagar por Alemania. Como consecuencia de esta omisión, durante los años 1920 a 1923 varias conferencias tuvieron que ocuparse de este asunto, sin poder conseguir una solución satisfactoria, mostrándose en ellas solamente que el contraste entre la política de Inglaterra y Francia era cada vez mayor. En la primera de estas conferencias realizada en Spa, la delegación alemana, encabezada por el canciller Fehrenbach y el ministro de Relaciones Exteriores Simons, fué acompañada también por Seeckt, porque en esta oportunidad debía tratarse otra vez la cuestión de la disminución definitiva del ejército a 100.000 hombres. Posiblemente una política más hábil habría conseguido un ejército de 200.000 hombres o, por lo menos, de 150.000, dado que el primer ministro inglés, Lloyd George, estaba dispuesto a hacer concesiones. Visto del lado inglés, se veía ya que Francia, con su poder militar preponderante, hacía el papel del anterior Estado imperial militar de Alemania. Pero Lloyd George tenía un sentimiento de odio contra los generales, porque tuvo que luchar continuamente durante la guerra con sus propios militares y la modalidad arrogante de Seeckt no era la más apropiada para convencerlo de que los generales prusianos eran mejores que los ingleses.

En la nueva estructuración la Dirección del Ejército se organizó en varios departamentos: el Departamento General del Ejército, el Departamento de Tropas, el Departamento de Personal, el Departamento de Administración y el Departamento de Armamentos. El primer escalafón del nuevo ejército, publicado en 1923, mostró claramente la tendencia de mantener en las posiciones destacadas del ejército republicano el mayor número posible de experimentados oficiales de Estado Mayor del anterior ejército imperial, en tanto éstos fueran al mismo tiempo representantes de la vieja tradición prusiana. El jefe del Departamento General del Ejército, el teniente coronel Joaquín von Stülpnagel, era hijo y nieto de generales prusianos y por su madre también nieto del anterior ministro de Guerra prusiano, Bronsart von Schellendorf; el mayor general, Hasse del Departamento de Tropas y el teniente general Heye, jefe del Departa-

mento del Personal, eran oficiales del anterior Estado Mayor; igualmente el primer oficial de Estado Mayor en el Departamento General del Ejército, mayor Von Schleicher, los jefes de las Secciones de Organización y de Transportes y los jefes de Estado Mayor de los dos Comandos de Agrupación, así como de las Divisiones de Infantería 1.^a, 2.^a, 3.^a, 6.^a y 7.^a. El coronel Wetzell pasó a ser inspector de las tropas de Comunicaciones y el general Von Lossberg, comandante de la 6.^a División en Münster. Dos de los otros comandantes de división, seis de los veintiún jefes de regimiento de infantería, dos de los jefes de regimiento de caballería y los comandantes de las fortalezas de Königsberg, Küstrin y Glogau eran todos antiguos oficiales de Estado Mayor.

En este cuerpo de oficiales ya se encontraba gran parte de los conductores del futuro gran ejército del III Reich.

Es notable que todos los comandos superiores fueran organizados en forma doble. Seeckt disponía, al lado del Departamento de Tropas como Estado Mayor, de un propio jefe de plana mayor, el mayor general Federico von Haack, proveniente del Estado Mayor bávaro. Todos los comandos de agrupación, de división (siendo los de las divisiones de infantería al mismo tiempo comando de regiones militares), así como los comandantes de infantería y de artillería de las distintas divisiones poseían un Estado Mayor y una plana mayor. Por ejemplo, en el Comando de la División de Infantería en Stettin, que a la vez era el Comando de la región militar constituida por las provincias de Pomerania y la Marca Fronteriza (formadas por los restos de las anteriores provincias de Prusia occidental y de Posen), había bajo el jefe del Estado Mayor un Estado Mayor con nueve oficiales y una plana mayor con diez oficiales; el comandante de infantería de esta división tenía un Estado Mayor con dos oficiales y una plana mayor con un oficial. Este método de mantener un personal experimentado en servicio en los comandos fué abandonado más tarde, probablemente porque la Comisión de Control reclamó contra los efectivos demasiado altos de los comandos, siendo esta cuestión una de las preocupaciones constantes de los oficiales de dicha comisión.

IX

Desde el punto de vista sociológico, el aspecto del cuerpo de oficiales del nuevo ejército mostraba una notable preponderancia del elemento burgués, prescindiendo de algunos regimientos de caballería y del 9.º Regimiento de Infantería de Potsdam, unidad que mantenía la tradición de la Guardia prusiana, por lo cual de los setenta y dos oficiales de este regimiento, cuarenta eran de descendencia noble, en general hijos de las familias nobles de Prusia. En cuanto a los miembros de las anteriores familias reinantes o similares no había ninguno que prestara servicios como oficial en el nuevo ejército; probablemente el régimen republicano les repug-

naba; por otro lado, se habría producido una fuerte oposición en el Parlamento si algunos miembros de las familias anteriormente reinantes hubieran sido incorporados.

Para mantener la tradición militar, Seeckt había logrado que toda unidad se encargara de la tradición particular de cada uno de los célebres regimientos de los ejércitos de Prusia, Baviera, Württemberg y Sajonia. Las compañías y escuadrones aislados continuaron así la tradición de regimientos enteros. En este sentido el Departamento de Tropas continuó la tradición del Estado Mayor General. Efectivamente, este Departamento muy pronto volvió a ser una escuela de conducción operativa al igual que aquél, si bien el efecto de su enseñanza quedó limitado, debido al número reducido de los oficiales que prestaban servicios en él. Oficialmente tampoco se habló más de «oficiales de Estado Mayor», empleándose las expresiones de «plana mayor de conducción», «oficiales de plana mayor de conducción» e «instrucción de oficiales auxiliares de conducción». Pero el espíritu quedó el mismo. En las nuevas instrucciones que Seeckt escribió para los oficiales de Estado Mayor decía: «La forma cambia pero el espíritu queda el mismo. Es el espíritu del cumplimiento de deber silencioso y desinteresado. Los oficiales de Estado Mayor no tienen nombre... No tenemos tiempo ahora para deplorar o acusar de ningún modo para descansar, debemos trabajar. Un hombre, una palabra. Sobre esa base hemos de continuar nuestro trabajo... Nuestro honor saldrá ileso mientras cumplamos con nuestro deber.»

El Departamento de Tropas se compuso de cuatro secciones: «T 1», la llamada sección «Defensa del País», encargada de las tareas de la anterior División Concentración y más tarde de Operaciones; «T 2», la Sección Organización; «T 3», la Sección de Asuntos de Ejércitos Extranjeros y «T 4», la Sección Instrucción. Las demás tareas características del Estado Mayor, la investigación de la historia militar y el levantamiento topográfico, como ya se mencionó, fueron entregadas a instituciones civiles del Reich, participando en la continuación de sus trabajos destacados especialistas del anterior Estado Mayor. Tampoco se restableció la División Central del anterior Estado Mayor, que se había ocupado de los asuntos personales, encargándose de esta tarea ahora el llamado grupo de personal en el Departamento del Personal. Las tareas del nuevo Departamento de Tropas abarcaron: la investigación y aplicación de las experiencias adquiridas en la guerra; los asuntos de la protección de fronteras, que representaban la única tarea operativa; la preparación de nuevos planes referentes a la instrucción y organización y la observación de los ejércitos extranjeros. En los comandos de las agrupaciones, de las regiones militares, de los comandos de infantería y artillería y de las divisiones de caballería, el Estado Mayor continuaba subsistiendo en la forma anterior. En reemplazo de la instrucción de la Academia de Guerra, también eliminada, se introdujeron los llamados «exámenes regionales militares» para la enseñanza de los jóvenes oficiales. Los conocimientos exigidos en estos exámenes no se referían solamente a las ciencias militares puras, sino también a otros idiomas, ciencia política, historia, asuntos técnicos refe-

rentes a ferrocarriles y medios de comunicación, economía de guerra y conocimiento del extranjero. Conscientemente Seeckt exigió que los futuros oficiales de Estado Mayor poseyeran no solamente un carácter íntegro, sino también una cultura general muy amplia, fuera de los mayores conocimientos profesionales posibles; el número muy reducido de las vacantes existentes para «oficiales de plana mayor de conducción» obligaba a hacer la más severa elección. En la primavera de 1922, por ejemplo, dieron examen en la VI Región Militar ciento sesenta y cuatro oficiales, de los cuales fueron elegidos solamente veinte para empezar en el otoño la instrucción de «oficiales auxiliares de conducción». De ellos pasaron seis al segundo curso de instrucción del año siguiente y, finalmente, uno solo de ellos fué destinado en 1925 al Departamento de Tropas en Berlín. Cuando más tarde Hitler exigió la formación precipitada de un gran ejército, se hizo sentir en forma especialmente molesta la escasez de oficiales de Estado Mayor preparados de ese modo.

Había, sin embargo, diferentes opiniones respecto al problema de si este sistema realmente ofrecía la garantía de que solamente los mejores oficiales fueran elegidos para el Estado Mayor. Frente al número reducido de los puestos disponibles y considerando también las malas posibilidades de ascenso, era comprensible que la lucha por el ascenso se efectuara no solamente en forma correcta, sino empleando también otros medios muy humanos. Una cierta importancia tuvo, además, el hecho de que los asuntos personales en los Departamentos de Ejército, de Tropas y de Personal, estuvieran en manos de un determinado grupo de oficiales, de los cuales todos habían pertenecido al anterior Comando en Jefe del Ejército, como Schleicher, Joaquín von Stülpnagel, Mammernstein Equord y el barón Von der Bussche Ippenburg, quien fué jefe del Departamento de Personal en los años posteriores a 1930. Entre los oficiales jóvenes, los hombres altamente capaces, pero de gran carácter, se encontraron en este sentido en una situación difícil para competir con los especialistas bien calificados, pero bastante hábiles y flexibles como para adaptarse al sistema reinante.

Según Hesse, las masas se hallan animadas por el odio y están expuestas al pánico. Si bien la guerra es un acto de destrucción, es también un elemento de la historia humana. Dentro de ese orden de ideas, conscientemente no quiso aceptar la consecuencia lógica de que algún día la guerra podría desaparecer al igual que el canibalismo y opuso a ello el amor a la patria. No fué una casualidad que un año antes de aparecer *El conductor psicológico* saliera a publicidad el libro del ex teniente Ernesto Jünger *En la tempestades de acero*, la epopeya del eterno combatiente del frente imbuído de ideas antiburguesas. Jünger glorificó la batalla del material técnico, el aniquilamiento en gran escala en la lucha total, viendo el sentido de la guerra en la transformación de la vida en fuerza y el sentido de la vida en sacrificio mortal en la guerra. Tanto Hesse como Jünger pertenecían a aquella desarraigada juventud burguesa que se había separado del mundo burgués y que dudaba de todo debido a lo que había vivido en la guerra. Según los conceptos de Hesse y Jünger, se necesita-

ba para la guerra un nuevo tipo de conductor, precisamente aquel que Hesse había glorificado en su libro como «conductor psicólogo». Este hombre, cuya llegada Hesse predijo, un soberano sobre las almas, era «brutal» y a la vez «bueno»; podía ordenar todo, la guerra, la huelga, el ateísmo y la adoración de Dios, la mortificación y el trabajo; todos harían lo que él ordenara, creyendo que era justo. En su libro, Hesse hace decir a su conductor: «Llegué, cuando no había nadie — me iré, cuando no haya nadie.» Esta mezcla de un exaltado anabaptismo nacionalista con el nihilismo técnico más radical, que se destacó en Hesse y Jünger, se convirtió también en el lema del movimiento nacionalsocialista fundado por Adolfo Hitler, que en aquel entonces conseguía en Baviera continuamente nuevos adeptos. El comentario de Seeckt sobre el libro de Hesse fué corto y condenatorio; dijo que se había descubierto un nuevo gran conductor denominado «psicólogo».

En estas tendencias espirituales ya se mostraba evidentemente la diferencia profunda que existía entre la joven generación de oficiales del grado del teniente a capitán, que había vivido la guerra en el frente, por un lado y los jefes y generales conservadores, por el otro. Era la misma diferencia que se destacaba en el Ejército italiano frente al movimiento fascista. El Estado Mayor se esforzaba en aprender de las experiencias de guerra y en hacer nuevos cálculos sobrios sobre estas bases; la juventud se embriagaba con una vivencia (*) de un valor completamente irreal; no quería aprender ni calcular sino que buscaba el contenido de una nueva fe. Las sombrías circunstancias del momento, la decadencia de la clase media burguesa alemana en el vértigo de la inflación, la nueva y enorme crisis agraria que amenazaba destruir también los restos de las posesiones de la nobleza, todos estos acontecimientos aumentaron las esperanzas y deseos quiliastas (**) de una generación que se sentía engañada y desheredada. De por sí ya la mayoría del pueblo alemán fué propensa siempre al misticismo más que a la realidad. Mucha gente, también los jóvenes oficiales, empezaron a desear la aparición de un «conductor psicólogo». Quizás haya sacado Seeckt del libro de Hesse la conclusión de que los límites de la acción profesional debían ser trazados aún más estrechamente y que el hallazgo del salvador debía ser dejado a cargo de la conducción.

X

El problema militar-político que tocó por de pronto a la joven república, la cuestión polaca, exigía, en opinión de Seeckt, ante todo una labor sobria e intensa del Estado Mayor. Polonia, que se había intercalado entre

(*) Corresponde a la palabra alemana «Eslebniss» que expresa un acontecimiento vivido en forma total, esto es, en el orden del sentimiento, pensamiento y voluntad. (N. del T.)

(**) Herejes milenarios que creían que Jesucristo reinaría sobre la tierra mil años antes del juicio final. (N. del T.)

Prusia oriental y Pomerania con un corredor terrestre que le daba acceso al mar, disponía de un fuerte ejército, dotado de armamentos franceses y era apreciada por los franceses tanto como un órgano de control frente a Alemania como un baluarte contra el bolcheviquismo. Durante 1920 y 1921 el destino todavía no solucionado de Silesia superior representó el primer gran foco de conflicto. Mientras Seeckt se hallaba en Spa, la ofensiva polaca en Ucrania fracasó y el Ejército rojo empezó a avanzar hacia Varsovia. El generalísimo y primer ministro de Polonia, Pilsudski, pidió ayuda a los aliados. Una misión militar francesa, encabezada por el general Weygand, se trasladó a Varsovia y consiguió restablecer la fuerza combativa de las tropas polacas, con lo cual la batalla decisiva librada delante de las puertas de la capital polaca terminó desfavorablemente para el Ejército rojo. Cuando la ola ofensiva rusa empezó a retroceder, se habló en las capitales de occidente del «milagro del Vístula». Para Seeckt este milagro fué una grave decepción, pues la amistad con Rusia era un elemento indispensable de su política. Ésta, según su modo de ver, no sólo correspondía a la vieja tradición prusiana, sino que se basaba además en hechos imperiosos comunes. El Gobierno soviético no pertenecía a las potencias que habían firmado el Tratado de Versalles y al igual que el Reich, estaba proscrito y excluido de la Liga de Naciones, fundada por Inglaterra y Francia según las ideas del presidente Wilson. Existía finalmente el recuerdo del Tratado de Tauroggen, con el que se había iniciado en 1813 la lucha de liberación.

El 9 de septiembre de 1920, el general polaco Zeligowski se apoderó mediante un golpe de mano de la capital de Lituania, Wilna, enexándola a Polonia. Desde entonces el Comando en Jefe alemán estaba dominado por el temor de que Polonia pudiera emprender empresas similares contra Prusia oriental y Silesia superior. Otra vez Seeckt pensó en un contacto con Moscú. Según su convicción, una nueva política de alianzas debía ser el fundamento de toda acción política internacional futura de Alemania. Los desórdenes comunistas, que siempre aún volvían a estallar en el centro y oeste de Alemania, hicieron aparecer especialmente peligrosa la amenaza de un golpe de mano polaco. En agosto de 1919 las tropas alemanas habían sofocado una tentativa de sublevación polaca en Silesia superior; en agosto de 1920 se efectuó una segunda tentativa de esta naturaleza. Si se conseguía realizar un acuerdo con Rusia, no sólo se debilitaba de este modo la posición de los comunistas en Alemania, sino que se obtendría, al mismo tiempo, una seguridad a retaguardia contra Polonia. Por otra parte, la propia tropa alemana todavía no era inmune por completo a la propaganda comunista, como lo demostraron algunos casos de desobediencia.

En mayo de 1921 se inició la tercera sublevación polaca en Silesia superior, que coincidió con una grave crisis en el problema de las reparaciones. Seeckt contó con la posibilidad de una guerra con Polonia. En este caso quería triplicar el ejército existente, organizando las veintiuna divisiones propuestas en su memorándum. Ya en 1920 había esbozado un plan de concentración para tal caso en el cual proyectaba en el Oeste

la ocupación de una posición defensiva detrás del río Weser y en el Este (apreciando en realidad demasiado elevadas las posibilidades de las fuerzas propias), una ofensiva en forma de tenaza, que debía partir desde la zona de Schneidemühl en Pomerania y desde la de Glogau en Silesia. Bajo la dirección del teniente general Heye, se efectuó a tal fin en 1921 un juego de guerra en el Ministerio de Defensa para estudiar esta hipótesis. Seeckt opinó que la existencia de Polonia en su forma actual no podría ser soportada a la larga; por otro lado, era bastante prudente como para reconocer que un procedimiento violento por parte de Alemania para solucionar este problema, quedaba excluido por largo tiempo. La presencia de comisiones aliadas y de tropas de protección inglesas, francesas e italianas, que debían asegurar la realización del plebiscito en Silesia superior, no permitió el empleo de tropas alemanas para sofocar la sublevación polaca. En mayo de 1921 el canciller doctor José Wirth, miembro del Partido Católico, apoyado por los partidos burgueses del centro, formó un nuevo gabinete. De acuerdo con él, Seeckt se limitó a ayudar extraoficialmente a la protección de fronteras voluntaria de Silesia, entregándole armas y destacando oficiales del Estado Mayor para que prestaran sus servicios en ropa civil. El 23 de mayo las fuerzas de protección mencionadas asaltaron el monte de Santa Ana. Los mercenarios de los cuerpos de voluntarios disueltos, encontraron allí un nuevo campo de actividad. Finalmente, la intervención de Lloyd George salvó por lo menos una parte modesta de Silesia superior para el Reich. Después paulatinamente las fuerzas de protección se disolvieron; muchos de sus miembros se reunieron en los llamados «grupos de trabajo», que se alojaron en las grandes posesiones de los terratenientes de Silesia y fueron incorporados en parte a la «Protección de Fronteras Este», establecida por la Dirección del Ejército.

Las sublevaciones polacas en Silesia superior, el golpe de mano del general Zeligowski contra Wilna y las exigencias territoriales exorbitantes proclamadas por asociaciones patrióticas polacas, como la llamada «Unión de las Marcas occidentales», que exigía la anexión de Pomerania y Prusia oriental a Polonia, dieron a la Dirección del Ejército y al Departamento de Tropas un pretexto para mantener las formaciones de protección de fronteras ilegales en Pomerania, en la Marca Fronteriza, en Prusia oriental y en Silesia, a pesar de las dudas del Gobierno del Reich y la desconfianza del Gobierno de Prusia. Los comisarios de distrito y los comandos de regiones militares se apoyaban para esto ante todo en la organización del «Casco de Acero» y en las asociaciones de ex oficiales. Esto precisamente despertó la desconfianza del ministro del Interior prusiano, el socialdemócrata Severing, porque el «Casco de Acero» y las asociaciones de ex oficiales en el fondo tenían tendencias monárquicas y antirrepublicanas, de modo que nunca podía reconocerse claramente si las armas puestas a disposición de la protección de las fronteras por el Ministerio de Defensa y depositadas en su mayor parte en las posesiones de los terratenientes del Este, no serían empleadas un día en favor de una acción contra la república.

XI

La cuestión polaca hizo nacer también la alianza entre el Ejército alemán y el Ejército rojo, la cual debía tener después tanta repercusión entre la oficialidad alemana. Al igual que Moltke el viejo, también Seeckt estaba convencido de que la paz eterna sólo era un sueño y la situación mundial de la postguerra justificaba cualquier pesimismo de esta índole.

La idea de que en caso extremo los ejércitos soviéticos podrían aparecer en la cuenca del Rin era en su opinión nada más que un «cuento terrorífico» para asustar a los burgueses. Fríamente escuchó las proposiciones de los representantes bolcheviques para que cooperara en la preparación de una revolución mundial; la alianza que buscaba entre el Ejército alemán y el Ejército rojo, en su opinión, no debía servir para desencadenar una guerra de desquite en común.

Las circunstancias económicas facilitaron el acercamiento entre los dos miembros tan diferentes de esta alianza poco natural. Lenin y sus cooperadores en el Consejo de Comisarios necesitaban el apoyo de una industria de máquinas capaz de realizar sus planes referentes a una industrialización de Rusia. No tenían ninguna relación diplomática de carácter normal con Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Por otro lado, existían excelentes relaciones entre el Gobierno soviético y el de Kemal Bajá en Angora, cuya sublevación contra el tratado de paz impuesto por los aliados impresionó profundamente a muchos nacionalistas alemanes. El anterior generalísimo turco Enver Bajá, que se había trasladado a Moscú, fué la persona que estableció el primer contacto con Seeckt, a quien conocía muy bien desde la guerra. En marzo de 1921 se iniciaron negociaciones para el traslado de las industrias prohibidas alemanas a Rusia. El comisario de guerra ruso, Trotski, que todavía en 1920 había acariciado la idea de tomar por sorpresa no solamente a Polonia, sino también a todo el territorio alemán, favoreció ahora un entendimiento con el Gobierno y el Ejército de Alemania. Seeckt reconoció la gran perspectiva que se ofrecía a la industria alemana al realizar el rearme ruso. Destacados miembros del Consejo de Comisarios ruso, el comisario del Comercio Krassin y Radek, llegaron a Berlín para entablar negociaciones respectivas. Seeckt logró convencer al canciller doctor Wirth y al ministro de Relaciones Exteriores, Von Maltzahn, de las ventajas de esta vinculación política con Rusia. Seeckt hasta recibió a Radek, que en 1920 había sido una de los instigadores de la sublevación del Ruhr y empezó una refida lucha de notas contra el ex ministro de Relaciones Exteriores, conde Brockdorff Mantzau, quien, si bien favorecía un acercamiento económico a Rusia, advertía por otro lado con insistencia contra cualquier otro compromiso.

En el Ministerio de Defensa fué constituido en 1921 el grupo especial «R» (Rusia), en el cual cooperaban especialmente el capitán Federico

Tschunke, uno de los ex auxiliares de Seeckt en Turquía (que ahora prestaba servicios en la sección estadística del Departamento del Ejército), el teniente coronel Von Schleicher y el jefe del Departamento de Tropas, el mayor general Hasse. Schleicher puso a disposición también su domicilio privado para las entrevistas con los políticos soviéticos. Dado que Enver Bajá en esa época abandonó a Moscú y se trasladó al Asia central para realizar allí sus planes fantásticos (*), el capitán Tschunke, el coronel retirado Nicolai (ex jefe de la División Informaciones del Estado Mayor General) y algo más tarde también el teniente coronel Von Niedermayer (durante la guerra jefe de la expedición al Afganistán) fueron destinados a Moscú como representantes secretos del Ministerio de Defensa. En épocas posteriores también el jefe del Departamento de Tropas visitó varias veces al Comando en Jefe del Ejército rojo. En una entrevista que mantuvo Seeckt en el otoño de 1921 con Radek, éste exigió que Alemania ayudara militarmente al Gobierno soviético en el caso de un nuevo ataque polaco contra Rusia. Seeckt eludió este asunto, declarando que esto era imposible para el Ejército alemán, porque todo conflicto con Polonia produciría instantáneamente una intervención militar por parte de Checoslovaquia y Francia; prometió, sin embargo, una neutralidad benévola y un asesoramiento militar bajo la condición de que fueran mutuos.

De este modo los rusos tuvieron la posibilidad de instruir el cuerpo de conductores de su nuevo ejército según los métodos del Estado Mayor alemán, mientras que el Departamento de Tropas, a su vez, tuvo la posibilidad de estudiar los problemas referentes a las armas prohibidas, ante todo de los tanques y la aviación, en territorio ruso y de instruir allí sus especialistas en estas armas. Seeckt había destacado siempre que la condición previa para una cooperación entre Alemania y Rusia era la consolidación del Ejército ruso. Dentro de esta mutua cooperación, ya en 1922 el Comando en Jefe rojo pidió a Seeckt que le preparara un memorándum sobre la situación militar de los Dardanelos. El «Reglamento Provisional para el Servicio en Campaña» publicado en Rusia en 1925 se basaba esencialmente en el reglamento similar alemán (**).

Para reforzar esta cooperación militar económica, se fundó bajo la dirección del capitán Tschunke la «Sociedad de Fomento de Empresas Industriales» (GEFU), con sede en Berlín y Moscú y además la «Sociedad Anónima Bersol» para la fabricación de gases de combate en Rusia. Con la ayuda de técnicos alemanes se inició la producción de munición de artillería para el Ejército alemán en fábricas de munición rusas y el constructor de aviones profesor Junkers instaló sucursales en Fili, cerca de Moscú y en Charkow, que pronto empezaron a producir aviones de combate. En 1922 el ministro de Relaciones Exteriores alemán, Walther Rathenau, concertó en forma sorprendente en Rapallo un tratado de amistad con el comisario de Relaciones Exteriores ruso Tchitscherin, al considerarse desairado por las potencias occidentales en la conferencia mun-

(*) Enver Bajá tuvo la fantástica idea de fundar un gran imperio, formado por todos los pueblos turcos (turanos) que debía abarcar gran parte de Asia. (N. del T.)

(**) Conducción y combate de las armas combinadas. (N. del T.)

dial que se efectuaba al mismo tiempo en Génova. Con esto la alianza económica entre Alemania y Rusia obtuvo un carácter oficial, convirtiéndose en una pesadilla secreta para la política inglesa. Aunque Seeckt no estimaba a Rathenau por ser éste judío, saludó entusiasmado este tratado como a iniciación de una «política activa». Talleyrand, que en el congreso de Viena destruyó las cadenas de un tratado de paz impuesto a Francia; Kemal Bajá, el nuevo dictador turco, que hizo lo mismo con su país y que en 1922 aniquiló en Afium Karahissar al Ejército griego, armado por Inglaterra y los comisarios soviéticos, que habían rechazado las tentativas contrarrevolucionarias de los blancos, apoyados por los aliados, se convirtieron en los modelos secretamente admirados por Seeckt. En todas estas formas el Estado Mayor operaba, por decir así, contra el oeste.

En 1922 el grupo especial «R» envió a los primeros oficiales alemanes a Rusia para ser instruídos allí. Durante los años siguientes se fundó una escuela de tanques en Kasán, en la cual conocidos especialistas de esta arma recibieron su primera instrucción. En Charcow se organizó una escuela de aviación de caza para oficiales alemanes y además una escuela de defensa antiguas. En los campos de instrucción de Kiew y de Lipetsk en Rusia y de Arys en Prusia oriental los oficiales alemanes y rusos trabajaron juntos. El empleo de tanques simulados de madera en las maniobras del Ejército alemán, con el objeto de familiarizar a las tropas con el empleo de fuerzas blindadas, tuvo recién un sentido cuando se supo que con la ayuda rusa se hacían preparativos para proveer en caso de guerra también a las unidades alemanas de esta arma.

Así como la comunidad de intereses entre los ejércitos de Alemania y Rusia ayudó a la Dirección del Ejército alemán a sobrellevar los años más críticos, así también las exportaciones a Rusia permitieron a la industria pesada alemana vencer sus dificultades en estos años sombríos, contribuyendo también, hasta cierto punto, a mantener la capacidad de producción de la industria de armamentos alemana. Esta política propia de la Dirección del Ejército, se extendió también hasta el Lejano Oriente, cuando algunos destacados oficiales del anterior Estado Mayor se trasladaron a China como consejeros militares. El primero de ellos fué el coronel Bauer, al que siguió en 1930 el general Wetzell y más tarde Seeckt y Falkenhausen. Baur organizó en los años anteriores a 1930 un ejército modelo para el mariscal chino Chiang Kai Shek. Si bien hubo allí un cruzamiento de las influencias alemanas y rusas, gracias a la objetividad e imparcialidad de los consejeros alemanes, su trabajo finalmente llegó a tener éxito. Sea cual fuere el punto de vista teórico respecto a este asunto, hay que aceptar que una política cautelosa y a la vez realista tenía de este modo buenas perspectivas para desarrollar sobre esta base una expansión de orden político y económico. Si bien Seeckt mismo hablaba siempre en forma algo sarcástica de «nuestros amigos bolcheviques», pues sentía al parecer lo extraño de esta alianza militar, se esforzaba por otro lado cuidadosamente en conservar esta vinculación política con Rusia, convenciendo de ello no solamente al

presidente del Reich, que se asustó al comienzo, sino también a todos los cancilleres de los años posteriores como Wirth, Cuno, Stresemann, Marx y Luther.

XII

Cuando Stresemann, el más importante estadista de la república, se encargó del puesto de canciller y de ministro de Relaciones Exteriores, en realidad el tratado oficial de Rapallo con Rusia y los convenios secretos de la Dirección del Ejército, fueron los únicos saldos activos de la política exterior alemana. Dado que la cuestión de las reparaciones no había sido solucionada, las relaciones del Reich con las potencias occidentales no ofrecían ninguna perspectiva de mejoramiento. La crisis económica que siguió a la guerra mundial tocó tanto a los vencidos como a los vencedores. En ella fué arruinado no solamente el valor de las monedas de Alemania, Austria y Hungría, sino que Francia también se vió frente al mismo peligro. En todas partes los fundamentos del orden social se hallaban conmovidos. Durante los años 1922 y 1923 se produjeron hechos análogos alarmantes. Mientras que en Alemania Adolfo Hitler preparaba su primer pronunciamiento, Mussolini marchaba sobre Roma en octubre de 1922, triunfando así en Italia el primer motín de orden militar provocado por las clases medias en decadencia, la revolución de los «Fasci di combattimento». En ésta los oficiales del frente se amotinaban contra los generales. El jefe de Estado Mayor italiano, el general Badoglio, pidió en vano al rey Víctor Manuel III que le permitiera emplear algunos batallones, bajo cuyas salvas, en su opinión desaparecería todo este «fantasma»; pero el rey sancionó la dictadura. En España, en 1923, el ejército se apoderó de las riendas del Gobierno. Con el consentimiento del rey Alfonso XIII, el general Primo de Rivera estableció una dictadura militar como desahogo de todas las dificultades existentes. Un año más tarde, en Rusia, la vieja guardia de los revolucionarios adictos a Trotzki fué excluida del comité general del Partido Comunista, siendo esto el primer indicio de la intención de Stalin de convertirse en dictador.

Esta situación hizo surgir también en Alemania varios planes de dictadura, no solamente en el círculo de Hitler. Schleicher anduvo con la idea de implantar una dictadura de Seeckt. En el norte de Alemania el consejero de justicia Class, miembro prominente de la Asociación Pangermana, ayudado por el ex general Von Below, se esforzó en unir a todas las asociaciones nacionalistas de ex combatientes, siendo su candidato en primer lugar el conde Von der Goltz, ex comandante de los cuerpos voluntarios de Finlandia y en segundo lugar Seeckt.

En esta situación, cargada de tantas tensiones internas, Francia trató de resolver las dificultades de las reparaciones mediante la ocupación del Ruhr como prenda. El 11 de enero de 1923 un ejército francés, mandado

por el general Degoutte, con equipo de guerra, tanques y artillería pesada, invadió la región del Ruhr. Hasta hubo en el Estado Mayor francés ciertos planos de mayor alcance, pues se analizó en él la ocupación de las regiones industriales del centro de Alemania por el Ejército checoslovaco en el caso de una resistencia armada alemana. El mariscal Foch visitó poco más tarde al Estado Mayor polaco. Ciertos círculos franceses favorecían además los planes de los separatistas bávaros, que trataban de constituir un «Estado de los Alpes» bávaro-austríaco y las tendencias de los federalistas de la Renania, Hesse y Hannover de crear un Estado independiente, separado de Prusia. El Gobierno del Reich, presidido por el canciller Cuno, sucesor de Wirth, proclamó la resistencia pasiva. En la región del Ruhr todos los empleados de Gobierno se negaron a cooperar con el ejército de ocupación y los obreros de las minas de carbón abandonaron su trabajo. Esta resistencia pasiva interrumpió al mismo tiempo las actividades de la Comisión Internacional de Control Militar, que ya antes había encontrado dificultades en muchas partes, dado que las tropas alemanas frecuentemente no toleraban ser vigiladas por los oficiales aliados.

En la región del Ruhr se inició una intensa actividad semilegal del sabotaje, tratando el Departamento del Ejército de centralizarla en sus manos. Se produjeron voladuras de puentes, atentados con explosivos y tentativas de asesinato contra miembros del ejército de ocupación. Ayudado por el general retirado Von Watter, el vencedor del «ejército rojo del Ruhr», Federico Thyssen, uno de los magnates industriales, proyectó la formación de «cuerpos de voluntarios del Ruhr» para iniciar una resistencia por las armas. Pero Seeckt no aprobó estas intenciones rechazando cualquier experimento con formaciones que tuvieran el carácter de una milicia; además, tal medida probablemente habría significado la guerra no solamente con Francia sino también con Polonia y Checoslovaquia, lo que sobrepasaba las posibilidades alemanas. Seeckt y Hasse estaban decididos a realizar una resistencia con las armas solamente en el caso de que las tropas francesas penetraran más profundamente en Alemania central.

A fin de orientarse sobre la cooperación que podrían prestarle en este caso las asociaciones nacionalistas semimilitarizadas, al comienzo de 1923 Seeckt tomó contacto con Ludendorff, que vivía en Munich y gozaba allí de un gran prestigio, así como con Hitler, que se había formado un ejército privado de notable fuerza combativa mediante los «destacamentos de asalto» (SA). Ludendorff declaró estar dispuesto a poner a disposición su «nombre histórico» — así se expresó — bajo la condición de que se le entregara en la guerra el comando supremo, lo que Seeckt, sin rechazarlo oficialmente, aceptó con cierta reserva. La conversación con Hitler, que se realizó en Munich el 11 de marzo de 1923, fué de mayor importancia e impresionó extraordinariamente al jefe de la Dirección del Ejército, tan sarcástico en otras oportunidades. Es cierto que la forma alocada en que ya en aquel entonces Hitler exigía la conducción del movimiento nacional para sí y su partido provocó en Seeckt ciertos escrúpulos; pero, según dijo más tarde, se pusieron de acuerdo respecto al camino a seguir. Era la primera entrevista entre el conductor del futuro

presidente del Reich, que se asustó al comienzo, sino también a todos los cancilleres de los años posteriores como Wirth, Cuno, Stresemann, Marx y Luther.

XII

Cuando Stresemann, el más importante estadista de la república, se encargó del puesto de canciller y de ministro de Relaciones Exteriores, en realidad el tratado oficial de Rapallo con Rusia y los convenios secretos de la Dirección del Ejército, fueron los únicos saldos activos de la política exterior alemana. Dado que la cuestión de las reparaciones no había sido solucionada, las relaciones del Reich con las potencias occidentales no ofrecían ninguna perspectiva de mejoramiento. La crisis económica que siguió a la guerra mundial tocó tanto a los vencidos como a los vencedores. En ella fué arruinado no solamente el valor de las monedas de Alemania, Austria y Hungría, sino que Francia también se vió frente al mismo peligro. En todas partes los fundamentos del orden social se hallaban conmovidos. Durante los años 1922 y 1923 se produjeron hechos análogos alarmantes. Mientras que en Alemania Adolfo Hitler preparaba su primer pronunciamiento, Mussolini marchaba sobre Roma en octubre de 1922, triunfando así en Italia el primer motín de orden militar provocado por las clases medias en decadencia, la revolución de los «Fasci di combattimento». En ésta los oficiales del frente se amotinaban contra los generales. El jefe de Estado Mayor italiano, el general Badoglio, pidió en vano al rey Víctor Manuel III que le permitiera emplear algunos batallones, bajo cuyas salvas, en su opinión desaparecería todo este «fantasma»; pero el rey sancionó la dictadura. En España, en 1923, el ejército se apoderó de las riendas del Gobierno. Con el consentimiento del rey Alfonso XIII, el general Primo de Rivera estableció una dictadura militar como desahogo de todas las dificultades existentes. Un año más tarde, en Rusia, la vieja guardia de los revolucionarios adictos a Trotzki fué excluida del comité general del Partido Comunista, siendo esto el primer indicio de la intención de Stalin de convertirse en dictador.

Esta situación hizo surgir también en Alemania varios planes de dictadura, no solamente en el círculo de Hitler. Schleicher anduvo con la idea de implantar una dictadura de Seeckt. En el norte de Alemania el consejero de justicia Class, miembro prominente de la Asociación Pangermana, ayudado por el ex general Von Below, se esforzó en unir a todas las asociaciones nacionalistas de ex combatientes, siendo su candidato en primer lugar el conde Von der Goltz, ex comandante de los cuerpos voluntarios de Finlandia y en segundo lugar Seeckt.

En esta situación, cargada de tantas tensiones internas, Francia trató de resolver las dificultades de las reparaciones mediante la ocupación del Ruhr como prenda. El 11 de enero de 1923 un ejército francés, mandado

por el general Degoutte, con equipo de guerra, tanques y artillería pesada, invadió la región del Ruhr. Hasta hubo en el Estado Mayor francés ciertos planos de mayor alcance, pues se analizó en él la ocupación de las regiones industriales del centro de Alemania por el Ejército checoslovaco en el caso de una resistencia armada alemana. El mariscal Foch visitó poco más tarde al Estado Mayor polaco. Ciertos círculos franceses favorecían además los planes de los separatistas bávaros, que trataban de constituir un «Estado de los Alpes» bávaro-austríaco y las tendencias de los federalistas de la Renania, Hesse y Hannover de crear un Estado independiente, separado de Prusia. El Gobierno del Reich, presidido por el canciller Cuno, sucesor de Wirth, proclamó la resistencia pasiva. En la región del Ruhr todos los empleados de Gobierno se negaron a cooperar con el ejército de ocupación y los obreros de las minas de carbón abandonaron su trabajo. Esta resistencia pasiva interrumpió al mismo tiempo las actividades de la Comisión Internacional de Control Militar, que ya antes había encontrado dificultades en muchas partes, dado que las tropas alemanas frecuentemente no toleraban ser vigiladas por los oficiales aliados.

En la región del Ruhr se inició una intensa actividad semilegal del sabotaje, tratando el Departamento del Ejército de centralizarla en sus manos. Se produjeron voladuras de puentes, atentados con explosivos y tentativas de asesinato contra miembros del ejército de ocupación. Ayudado por el general retirado Von Watter, el vencedor del «ejército rojo del Ruhr», Federico Thyssen, uno de los magnates industriales, proyectó la formación de «cuerpos de voluntarios del Ruhr» para iniciar una resistencia por las armas. Pero Seeckt no aprobó estas intenciones rechazando cualquier experimento con formaciones que tuvieran el carácter de una milicia; además, tal medida probablemente habría significado la guerra no solamente con Francia sino también con Polonia y Checoslovaquia, lo que sobrepasaba las posibilidades alemanas. Seeckt y Hasse estaban decididos a realizar una resistencia con las armas solamente en el caso de que las tropas francesas penetraran más profundamente en Alemania central.

A fin de orientarse sobre la cooperación que podrían prestarle en este caso las asociaciones nacionalistas semimilitarizadas, al comienzo de 1923 Seeckt tomó contacto con Ludendorff, que vivía en Munich y gozaba allí de un gran prestigio, así como con Hitler, que se había formado un ejército privado de notable fuerza combativa mediante los «destacamentos de asalto» (SA). Ludendorff declaró estar dispuesto a poner a disposición su «nombre histórico» — así se expresó — bajo la condición de que se le entregara en la guerra el comando supremo, lo que Seeckt, sin rechazarlo oficialmente, aceptó con cierta reserva. La conversación con Hitler, que se realizó en Munich el 11 de marzo de 1923, fué de mayor importancia e impresionó extraordinariamente al jefe de la Dirección del Ejército, tan sarcástico en otras oportunidades. Es cierto que la forma alocada en que ya en aquel entonces Hitler exigía la conducción del movimiento nacional para sí y su partido provocó en Seeckt ciertos escrúpulos; pero, según dijo más tarde, se pusieron de acuerdo respecto al camino a seguir. Era la primera entrevista entre el conductor del futuro

Partido Nacional-socialista y el conductor del ejército, que debía tener más tarde grandes consecuencias, aunque no pareciera en ese momento. Hitler no se negó a ayudar a Seeckt en el caso de un conflicto armado con Francia, pero poco después prohibió a sus partidarios cualquier participación en las acciones de la resistencia pasiva organizada por el Gobierno republicano. Un miembro de la SA, que huyó más tarde al exterior, Kurt G. Luedecke, afirmó más tarde que en aquel entonces entraron también ciertas cantidades de dinero francés en la caja del «salvador», que siempre necesitaba ayuda financiera, sin que fuera posible hasta ahora confirmar esta afirmación.

XIII

Fuera de estas conversaciones, Seeckt inició también medidas preventivas concretas. En cursos breves fueron instruídos en las unidades del ejército los llamados «voluntarios de tiempo breve», para aumentar el número de los reservistas y en marzo se iniciaron en todas las regiones militares preparativos secretos de movilización, que fueron, sin embargo, muy defectuosos. Además, se compraron en el exterior 100 aviones de caza, cuya entrega empero se retrasó por un tiempo muy largo. En el Departamento de Tropas se preparaban, mientras tanto, los planes para la ocupación de una posición defensiva del río Weser. Al mismo tiempo se produjeron graves conflictos con el ministro del Interior de Prusia, Severing, que ante el aumento de las organizaciones radicales derechistas exigía una investigación policial para comprobar cuántos oficiales del ejército, en realidad, estaban ocupados en la legendaria «Protección de Fronteras Este». En este ambiente ambiguo encontró aplicación ahora y también en el futuro, la frase formulada por el general Von Blomberg, «de que el honor del oficial prusiano había consistido en ser correcto, pero que ahora el honor de todo oficial alemán era ser astuto».

Esta tensión intensa se mantuvo durante todo el verano. La economía alemana parecía hundirse en el vértigo de la inflación; la financiación de la lucha en el Ruhr consumió las últimas reservas del Banco del Reich y el marco perdió todo valor. Entre tanto, aumentaban las tendencias separatistas en la Renania, Baviera y Prusia oriental. Durante el mes de agosto se produjo en todo el Reich una ola de disturbios a causa de la carestía y el hambre. El Partido Comunista preparaba una nueva sublevación general y en forma semejante aumentaba en los partidos derechistas el descontento por las circunstancias reinantes y el deseo de que apareciera un salvador capaz de vencer la miseria. Baviera se convirtió en el centro de todas las tendencias radicales y separatistas. Surgió allí la idea de establecer un contragobierno, opuesto al «corrupto» régimen socialista de Berlín, así como Kemal Bajá había constituido en Angora su gobierno de resistencia nacional en oposición al decadente y corrupto régimen del sultán en Cons-

tantinopla. En Munich se formaron dos círculos de conspiración; uno de orden conservador y clerical, alrededor del presidente del Gobierno, Gustavo von Kahr, ayudado extraoficialmente por el príncipe heredero de Baviera, Ruperto y el jefe de su gabinete muy hábil, el conde Von Soden-Fraenhofen y otro círculo de orden nacionalsocialista y revolucionario alrededor de Hitler y su séquito, los conductores de la SA., Goering, Pfeffer e Hierl, los cuales mantenían relaciones por intermedio del coronel Haselmayer y el capitán Röhm con los círculos de oficiales más jóvenes, ante todo con los de la Escuela de Infantería, que en parte se habían identificado con las ideas de Hitler.

En agosto el gobierno presidido por Cuno no sabía ya qué hacer. En esta situación crítica Ebert recurrió como salvador al líder del «Partido Popular Alemán», Gustavo Stresemann, nombrándolo canciller. Este constituyó un gobierno de coalición, apoyado por todos los partidos republicanos de derecha e izquierda. Por primera vez el camino de Seeckt fué cruzado ahora por un canciller que poseía un notable talento de estadista. Stresemann, que antes había fracasado como político al perseguir tendencias de anexión en el sentido de Ludendorff, sacó de este fracaso de la política de poderío alemana la conclusión que era errónea y que, teniendo en cuenta la situación desesperada de todas las potencias europeas después de la Guerra Mundial, las dificultades actuales sólo podrían ser vencidas mediante una cooperación internacional. Su gran objetivo fué la reconciliación de Alemania y Francia, como fundamento de un porvenir europeo mejor. Por otro lado, correspondía también a Seeckt lo que Stresemann dijo una vez respecto a Hindenburg; que no era contrario en principio a una política de entendimiento, pero que, como viejo militar, ponía en duda que existiera un substituto razonable de la guerra. Cuando en esa época el diputado demócrata Eugenio Fischer-Baling pronunció conferencias sobre la política de entendimiento ante altos oficiales del Ministerio de Defensa, uno de éstos después de una conferencia observó: «Esto no puede ser, señores, cada uno debe tener su enemigo.»

Las relaciones entre Stresemann y Seeckt pronto se pusieron tirantes, mucho más que entre Wirth y Seeckt, porque éste empezó a tener preocupaciones respecto a la continuación de su política frente a Rusia. Stresemann dijo pronto que Seeckt era su «amor desgraciado» y en las cartas de Seeckt aparecía cada vez de nuevo la frase de que por de pronto lo más importante era alejar al «señor Str». Pero en realidad el ejército era para el Gobierno un factor más indispensable que nunca. Cuando Seeckt fué preguntado si el ejército era leal, contestó en aquel entonces que no lo sabía, pero que por lo menos le obedecería a él. Y cuando Ebert le preguntó a quién apoyaba el ejército en realidad, recibió la contestación: «El ejército me apoya a mí.» Era el triunfo de la política de aislamiento sostenida por la Dirección del Ejército.

XIV

Un año antes ya Seeckt había declarado en una sesión del Gobierno que en Alemania un solo hombre estaba en condiciones de hacer un pronunciamiento, él mismo y que no haría tal cosa. Los militares y los grandes industriales, en general, estaban convencidos de que los partidos políticos habían «fracasado». Stresemann, sin embargo, reprochó a los grandes industriales que en general se habían negado a cooperar verdaderamente en la vida política. El candidato de Seeckt para el puesto de jefe del «directorio» era el embajador alemán en Washington, el consejero privado Wiedtfeld, antes director de las fábricas de Krupp. En el fondo existía de este modo, fuera de Kahr e Hitler, un tercer foco de conspiración, el de la Dirección del Ejército.

Seeckt, que observaba el separatismo bávaro con gran preocupación, trató de tomar contacto con los círculos aristocráticos de Munich por intermedio de su esposa, socialmente muy hábil, para evitarla de este modo. Pero la crisis no pudo ser detenida y estalló cuando Stresemann se vió obligado a terminar la lucha en el Ruhr debido al derrumbe de la moneda alemana. El primer ministro de Baviera, Von Knilling, proclamó el estado de sitio y nombró a Von Kahr, «reemplazante del rey Ruperto», comisario general del Estado bávaro. El Gobierno del Reich contestó a esto declarando el estado de sitio en todo el territorio del Reich, con el cual el Poder Ejecutivo pasó a manos del ministro de Defensa. Los círculos de los terratenientes del este presionaron a Seeckt, en forma insistente, para que se apoderara del poder. Pero les contestó que no se dejaba presionar y que no necesitaba ser impulsado por nadie.

El *Observador Popular*, el órgano periodístico de Hitler, atacó a Seeckt afirmando que quería establecer una dictadura reaccionaria bajo el ex general conde Von der Schulenburg, anteriormente jefe de Estado Mayor del grupo de ejército del príncipe heredero Guillermo; además, declaró que la esposa de Seeckt era judía. Refiriéndose a estas acusaciones insensatas, Seeckt exigió al comandante de la Región Militar número VII, el general Otto von Lossow, que prohibiera la aparición del diario mencionado. Pero Lossow se negó, pues había un número demasiado grande de partidarios de Hitler entre los oficiales jóvenes. Hitler declaró ahora francamente al jefe del Estado Mayor de la 7.ª División de Infantería, teniente coronel Von Berchem, que su misión era salvar a Alemania. Los frentes ahora se confundieron. El 19 de octubre Seeckt relevó a Lossow de sus funciones por desobediencia, convirtiéndose para él la cuestión bávara en una cuestión de disciplina. Estaban en juego sus palabras arrogantes de que el ejército le obedecía sólo a él.

A raíz de esto, el comisario general del Estado bávaro, Von Kahr, el 22 de octubre, obligó ostensiblemente a la 7.ª División de Infantería, in-

clusive a su comandante, general Von Lossow, a que se pusiera al servicio del Gobierno de Baviera, quedando dudosa, empeno, la conducta del comandante de artillería de la división, mayor general Kress von Kressenstein, quien era un partidario convencido de Seeckt. Se acercaba la proyectada proclamación del príncipe heredero Ruperto como rey de Baviera. El mismo día, por orden del Gobierno del Reich, la 4.ª División de Infantería, bajo el mando del teniente general Von Müller, reforzada con partes de la 3.ª División de Caballería, mandada por el teniente general Pablo Hasse (hermano del jefe del Departamento de Tropas) ocupó a Sajonia, a fin de separar al Gobierno sajón de sus funciones e impedir la formación de guardias armadas de obreros. En Dresde, Zeigner abandonó su puesto frente a la amenaza de las ametralladoras en posición; en Freiberg la tropa disparó sobre la muchedumbre produciendo allí muertos y heridos. Ebert lamentó haber perdido ahora definitivamente la confianza de la clase obrera y la gran coalición del Partido Socialdemócrata con los partidos burgueses y cristianos del centro, fundada por Stresemann quedó rota.

Ahora el mayor general Hasse, jefe del Departamento de Tropas y los tenientes coroneles Von Stülpnagel y Von Schleicher del Departamento de Ejército, declararon a Seeckt que no había más solución que proclamar la dictadura militar, a fin de evitar así una revolución derechista, aunque el Departamento de Tropas temía que se produjera en este caso una intervención franco-checo-polaca, con todas sus consecuencias imprevisas. Pero Seeckt, más cauteloso debido a sus experiencias de la Guerra Mundial y del pronunciamiento de Kapp, tenía la misma convicción de Talleyrand, es decir, «que se podían hacer muchas cosas con las bayonetas, menos sentarse sobre ellas». A lo sumo Seeckt estaba dispuesto a encargarse de la organización de un nuevo gabinete, nombrado por el presidente del Reich o de sancionar la formación de un directorio nacional. De todos modos esbozó, en calidad de un posible canciller o vicescanciller futuro, un programa de gobierno de 16 páginas.

Hasse, Stülpnagel y Schleicher habían hecho su proposición a Seeckt el 2 de noviembre de 1923. El día siguiente Seeckt se entrevistó con Ebert. Este estadista, tan circunspecto y prudente, convenció en esa hora a Seeckt definitivamente de que un gobierno o una dictadura militar presidida por Seeckt, no encontraría ninguna resonancia en las masas y conduciría forzosamente a una sublevación tanto de la clase obrera como de las asociaciones radicales derechistas. Con mucho tino le dió a entender esto, diciéndole que no estaba en condiciones de renunciar a su ayuda como jefe de la Dirección del Ejército y que por eso no podría emplearlo como canciller. Desde este momento Seeckt en realidad empezó a buscar un conductor político apropiado que pudiera servir como solución de los deseos del ejército. Por de pronto puso sus esperanzas en el consejero privado, Wiedtfeld, como jefe de un directorio nacional, escribiéndole, por encargo de Ebert, si estaba dispuesto a encargarse en esta situación crítica de la constitución de un gobierno nacional. Seeckt llamó a Berlín a los dos comandantes de agrupación de ejército, los generales Von

Tschischwitz y Von Behrendt. Ambos creían que se trataba de la proclamación de la dictadura de Seeckt y estaban dispuestos a ayudarlo; pero regresaron después decepcionados, pues Seeckt les expuso solamente en forma fría y sobria, un cuadro de conjunto de la situación. Recién más tarde reconoció Tschischwitz, por lo menos, que Seeckt había actuado con acierto.

CAPÍTULO X

EL OCASO DE SEECKT

Schleider

I

Después que el consejero privado, Wiedtfeld, hubiera declinado el ofrecimiento de Seeckt y mientras Stresemann se dedicaba a formar un nuevo gabinete burgués sobre la base de un elenco reducido, Hitler tomó la iniciativa y en la noche del 8 de noviembre proclamó en Munich la dictadura nacional, temiendo que Kahr se le anticipara con la proclamación del príncipe heredero Ruperto como rey de Baviera. Con cierto disgusto Ludendorff aceptó de Hitler el nombramiento de comandante en jefe del Ejército nacional alemán. Ante la amenaza violenta de los nacionalsocialistas, el general Von Lossow y el jefe de policía de Baviera, el coronel Von Seisser, ex oficial de Estado Mayor, se declararon dispuestos a cooperar con ellos. La Escuela de Infantería se amotinó, poniéndose a disposición de Hitler. En la misma noche del 8 al 9 de noviembre Ebert y Stresemann confiaron a Seeckt el Poder Ejecutivo del Reich. Instantáneamente Seeckt encargó al mayor general Kress von Kressenstein, que dirigiera la acción contra los conspiradores de Munich. Pero ya el 9 de noviembre también Kahr, Lossow y Seisser, después de haber vencido la sorpresa, iniciaron la acción contra los nacionalsocialistas. La gran marcha demostrativa de éstos encontró, cerca del monumento a los conductores militares, un cordón de la policía que abrió el fuego. Hitler huyó y varios de sus partidarios cayeron. Al parecer se había desvanecido un fantasma.

El destino de la república se encontraba en este momento en manos de Seeckt. Pero los hechos habían desbaratado también sus planes propios respecto a la organización del Gobierno.

Por de pronto Seeckt prohibió los dos partidos más radicales, el comunista y el nacionalsocialista. Pero sus medidas para restablecer la disciplina en Baviera hicieron reconocer su conducta discrepante frente al problema del radicalismo derechista. Fueron nombrados como comandante y como jefe del Estado Mayor de la 7.^a División de Infantería dos representantes convencidos de la tendencia conservadora, el mayor general Von Kressenstein y el coronel Von Leeb, ambos católicos y nacidos en Baviera. La Escuela de Infantería fué trasladada de Munich a Dresde y los elementos inseguros entre los oficiales, como el capitán Röhm, fueron pasados a retiro. Pero, a pesar de esto, Seeckt que había llegado a Munich, dijo a la vuelta a su ayudante, el capitán Von Selchow, que sería desesperante si los jóvenes oficiales no hubieran participado en la revuelta; dijo que era un «asunto muy feo», pero que la disciplina estaba ante todo.

Algunos fanáticos nacionalsocialistas proyectaron en aquel entonces asesinar a Seeckt durante su paseo matutino a caballo en el picadero de Beermann. Durante los años siguientes un político militar nacionalsocialista, el ex coronel Hierl, lo atacó violentamente en su libro *Los fundamentos de la política militar alemana*, porque se puso al servicio de la política interior perjudicial a los intereses alemanes. Cuando por otro lado el ministro del Interior prusiano, Severing, trató de reforzar la policía prusiana con elementos sindicalistas, Seeckt amenazó con tomarlo preso. El consejero de Justicia, Class, se dirigió a Seeckt, invitándolo a que fuera el «general Monk» alemán, el hombre que restableciera la monarquía, como Monk lo había hecho en Inglaterra después de la dictadura de Cromwell. Seeckt replicó que lucharía hasta el último cañucho contra cualquier rebelión, sin considerar de qué lado se produjera. El «Partido Nacional Popular alemán», sucesor del Partido Conservador, con el cual poseía relaciones personales a través del director de provincias Von Winterfeld-Menkin, le hizo preguntar por intermedio de Tirpitz qué podría hacer en su favor. Seeckt contestó lacónicamente «nada».

II

Bajo la protección del Poder Ejecutivo en manos del jefe de la Dirección del Ejército, se realizó a fines de 1923 la estabilización del valor de la moneda alemana. En esa misma época Stresemann, como ministro de Relaciones Exteriores del nuevo gabinete formado por Marx, dió los primeros pasos para solucionar la cuestión de las reparaciones y para mejorar las relaciones con Francia, observando Seeckt esta política con la mayor desconfianza, porque por de pronto trajo consigo una reanudación del control militar. El dictador militar español, el general Primo de Rivera, había creado la expresión de que una dictadura militar no debía ser más que un paréntesis en la frase. A diferencia de él, Seeckt supo determinar

en forma más acertada la duración del paréntesis; éste sólo podía ser corto. La administración del Estado no podía ser tarea del ejército. Ya en enero de 1923 el mayor general Hasse anotaba en su diario personal que Seeckt estaba «harto de este asunto». También Schleicher era partidario de reducir la dictadura. El 13 de febrero de 1923 Seeckt hizo comunicar a Ebert que, según su opinión, la misión del estado de sitio se había cumplido. Con la introducción de una nueva moneda alemana la situación interna se había normalizado notablemente y el radicalismo derechista había sufrido una grave derrota por la detención de Hitler después del pronunciamiento de Munich. Cuando alguien preguntó a Seeckt si no consideraba la devolución del poder como un grave error, contestó solamente en forma ambigua: «quizá».

La política de entendimiento de Stresemann produjo en 1924 el «convenio de Dawes», que solucionó provisionalmente la cuestión de las reparaciones, asegurando al mismo tiempo a la economía alemana una ayuda de créditos norteamericanos para pagar las cuotas de reparación. En 1925 Stresemann consiguió una normalización de las relaciones franco-alemanas mediante el tratado de Locarno, en el cual Alemania renunciaba definitivamente a Alsacia y Lorena y reconocía las actuales fronteras occidentales del Reich, garantizadas por Inglaterra e Italia. En 1926 Stresemann consiguió que Alemania fuera admitida como miembro de la Liga de las Naciones. Con esto se enfrentó a la política favorable a Rusia, seguida por Seeckt, un componente completamente nuevo en la política exterior del Reich. Si bien Stresemann concertó en 1925 un nuevo tratado de amistad con Rusia, complementado así el tratado de Locarno y si bien renunció conscientemente a las fronteras polaco-alemanas al estilo de Locarno, colocó evidentemente la reconciliación franco-alemana en primer lugar con respecto a todos los demás problemas. Seeckt observó en forma crítica y escéptica este nuevo rumbo, tanto cuanto la política del ministro francés de Relaciones Exteriores, Briand, que perseguía las mismas intenciones de Stresemann, encontraba fuerte resistencia en los círculos del Estado Mayor y de los patriotas exaltados franceses. Seeckt opuso resistencia a la reanudación del control militar, concedida por Stresemann por razones diplomáticas como medida pasajera. En lo concerniente a la Liga de las Naciones, Rabenau escuchó que un oficial del Departamento de Tropas, cuyo nombre no indica, dijo cínicamente que la mejor forma de arruinar a un club era incorporarse al mismo. Seeckt en último momento siempre cedía a las intenciones de Stresemann, porque era un táctico no menos hábil que aquél. Después de una revisión general el control militar fué suprimido definitivamente en 1927, porque se había hecho un anacronismo después de la incorporación de Alemania a la Liga de las Naciones. Este hecho produjo la supresión de la ocupación de la Renania, que continuaba aún, mientras que la región del Ruhr había sido evacuada ya al concertarse el convenio de Dawes. Sin embargo, este método de Stresemann de obtener triunfos sin derramar sangre era una cosa demasiado extraordinaria para todos los viejos soldados. El que replicó a Fischer-Baling en la conferencia anteriormente mencionada había

dicho con un movimiento de cabeza negativo que «cada uno debía tener su enemigo».

De aquí en adelante habría continuamente dos orientaciones diferentes en la política exterior alemana; una occidental, representada por los políticos demócratas y socialistas, y otro oriental, representada por los militares. Otro círculo muy ambiguo formado alrededor del rey de la potasa y escultor Arnoldo Rechberg y el ex general Hoffmann, anteriormente cuartel maestro general del Comando en Jefe del frente oriental, defendía la idea (según se dijo con el consentimiento del mariscal Foch y de sus sucesores en el Estado Mayor francés) de convertir el entendimiento franco-alemán en una alianza militar dirigida contra Rusia, con el fin de iniciar una cruzada antibolchevique con los ejércitos de Francia y Alemania. Otras ideas referentes a una cruzada de esta índole fueron propagadas también por otro hombre muy influyente, el gran industrial anglo-holandés y rey del petróleo, sin Enrique Deterding, que se había instalado en Mecklenburgo y mantenía relaciones estrechas con los emigrados antibolcheviques agrupados alrededor del pretendiente al trono ruso, el gran príncipe Kyrill Wladimirowitsch. Pero estas ideas fueron rechazadas enérgicamente por la Dirección del Ejército y el Departamento de Tropas. Seeckt estableció el lema de que Alemania no debía humillarse en hacer el papel de mercenario de las democracias occidentales. Tal política de alianzas se encontraba también en contraste directo con las ideas de Stresemann. Con no menos energía fué rechazado en 1925 un ofrecimiento de Mussolini, dirigido por intermediarios al general Von Cramon, representante alemán en la Comisión Internacional de Control Militar. Refiriéndose a la grave tensión franco-italiana que reinaba durante aquel año en el Mediterráneo, Mussolini hizo preguntar si el Ejército alemán aceptaría una alianza con Italia para realizar una campaña de desquite contra Francia. Esta proposición despertó interés en los círculos del «Casco de Acero», pero no en la Dirección de Ejército, que consideró esta idea como utópica, apreciando además como nulo el valor del Ejército italiano. Con respecto a esto Stresemann hizo la observación laconica que cuando un país concertaba alianzas, debía tener la capacidad necesaria para ello y esto precisamente no sucedía.

III

En febrero de 1925 murió sorpresivamente el presidente del Reich, Ebert. Antes Seeckt había acariciado la idea de hacerse proclamar él mismo como candidato al cargo de presidente y había encargado a Schleicher que preparara la propaganda de esta candidatura; pero su esperanza fué destruída por la muerte inesperada de Ebert. Debido a la multitud de los partidos y la presentación de numerosos candidatos aislados, el primer escrutinio no dió ningún resultado. Para la segunda elección los

partidos de la derecha y los pequeños partidos burgueses, como el Partido Economista y el Partido Popular Bávaro, concertaron un acuerdo, eligiendo como candidato común a Hindenburg, cuya personalidad siempre conservaba una considerable fuerza atractiva como símbolo. La elección de Hindenburg significó un notable reforzamiento de la autoridad estatal como también de la posición del ejército, que ahora disponía otra vez de un sustituto del desaparecido «escudo real». Frente a esto la idea de la democracia pasó al segundo plano.

Una revista de tendencia izquierdista escribió en aquel entonces que la república no era más que la continuación del Estado imperial pero con otros medios. Esto no debe entenderse literalmente, pero precisamente, en lo que atañe a la historia del Estado Mayor, no deja de ser notable que el último jefe del ex Estado Mayor General prusiano, el venerable mariscal de la guerra, se hubiera convertido en presidente de la República. Schleicher concibió instantáneamente la idea de agregar al viejo presidente como ayudante personal a su hijo, que junto con él había sido oficial en el 3.º Regimiento de Infantería de la Guardia Imperial y que ahora era teniente coronel en el ejército, estableciéndose de este modo una estrecha relación personal entre el ejército y el Jefe del Estado.

Probablemente no fué una casualidad que en 1925 se hicieran los primeros esfuerzos serios para eludir, no solamente en el este, sino también en el resto del territorio del Reich, las limitaciones del tratado de Versalles referentes a armamentos. Solamente con disgusto Seeckt, Hasse y su sucesor en el Departamento de Tropas, el mayor general Wetzell (antes primer oficial de Estado Mayor del 3.º Cuerpo de Ejército, cuyo jefe de Estado Mayor fué Seeckt en aquel tiempo) reconocieron el valor militar y político del pacto de Locarno en el oeste. En el caso de un eventual golpe de mano polaco en el este, la integridad de las fronteras alemanas occidentales, se hallaba garantizada ahora por una obligación anglo-italiana, cuyo valor era mayor que el de varios millares de voluntarios superficialmente instruídos.

Algunos generales alemanes como Blomberg y Blaskowitz declararon más tarde ante las autoridades internacionales de investigación en Nuremberg, cuán importantes habían sido las preocupaciones de los oficiales alemanes referentes a una resistencia contra un ataque polaco. El asunto del Corredor, que separó a Prusia oriental del Reich, a la larga era insostenible para un gran país y el arreglo pacífico de esta cuestión mediante compensaciones económicas, que pertenecía al programa de Stresemann, no pudo realizarse debido a la muerte prematura de éste.

IV

La determinación de las fronteras orientales por el tratado de Versalles fué el origen de todos los esfuerzos para eludir, la prescripciones del mismo que limitaban el armamento. Prescindiendo de las relaciones con

Rusia, estos esfuerzos abarcaron los siguientes puntos: la organización de una protección de fronteras en el este; las medidas ilegales para aumentar los efectivos de las tropas y la preparación de la movilización; medidas, orgánicas ilegales en el campo de la economía militar; la construcción de armas prohibidas como la artillería pesada y tanques y de otras armas completamente nuevas, todo mediante la ayuda de la industria alemana; la organización de una aviación militar secreta y las medidas ilegales de la Dirección de la Marina referentes a las armas prohibidas, como los submarinos, las lanchas veloces y la aviación naval.

La protección de fronteras en el este fué fundada por Seeckt en 1919, cuando era oficial de enlace del Comando en Jefe del Ejército en Königsberg. Fué apoyada hasta por los círculos socialdemócratas y el ala izquierda del Partido Católico; ante todo se empeñó en sostenerla el anterior canciller Wirth; también Stresemann estaba informado de estas medidas y las aprobó tácitamente mientras no pudo lograr una solución diplomática de la cuestión polaca. El esqueleto de esta organización de protección de fronteras se hallaba constituido por los llamados «comandos negros» de las regiones militares orientales y los comisarios de distrito, que vigilaban la preparación de las matrículas y los depósitos de armas; en ambos casos se trataba de un personal considerado oficialmente como empleados civiles, que hacía su servicio también con ropa civil. Trabajaba en común con las autoridades administrativas prusianas, aunque el Gobierno prusiano mismo continuamente trató de lograr la supresión de todas estas medidas. Schleicher, que durante largos años estaba encargado de la dirección orgánica de la protección de fronteras en el Departamento del Ejército, contestaba a todas las protestas con la afirmación ya habitual de que todas estas medidas habían sido suprimidas, lo que naturalmente nunca se realizó. Los efectivos de la protección de fronteras alcanzaron a unos 30.000 hombres. Los llamados «grupos de trabajo», formados frecuentemente por anteriores miembros de los cuerpos de voluntarios o del «Casco de Acero», custodiaban los depósitos de armas. Había, sin embargo, un aspecto oscuro y criminal en estas actividades: los llamados asesinatos por tribunales secretos e ilegales, que castigaban de este modo a veces las tentativas de traición. En algunos casos aislados se había conseguido esconder piezas de artillería y automóviles blindados, pero en la gran mayoría de los depósitos secretos había solamente armas portátiles con la munición correspondiente.

En estrecha relación con la protección de fronteras en el este, se realizaban los preparativos ilegales de movilización y la formación de reservas instruidas para el débil ejército. En no menos de tres amplios memorándums referentes a este asunto, entregados al Gobierno del Reich, Seeckt trató de fundamentar, por de pronto teóricamente, la misión del ejército como protector de las fronteras del Estado. Debido a su directiva, el Departamento de Tropas empezó en 1925 a ocuparse del problema de lograr un aumento del ejército por encima de los efectivos permitidos, preparando un plan de movilización para 21 divisiones. El capitán Von Sodenstern del Departamento de Tropas, aconsejó también a la Dirección

de la Marina las medidas ilegales necesarias para instruir a sus voluntarios, cuyo número en realidad era ridículo, en total 600 hombres. Schleicher se encargó de velar políticamente estas medidas frente al Parlamento y el Gobierno. Ante todo Stresemann observaba estas medidas con disgustos, temiendo que su descubrimiento pudiera producir un empeoramiento de las relaciones franco-alemanas. Pero el ejército poseía ahora un sostén notable en la persona del presidente Hindenburg. Así empezó ahora a formarse paulatinamente un núcleo modesto de reservistas instruidos, aumentando la cuota anual de las bajas de 13 a 25 por ciento. Se analizó además la organización de un Departamento de Deportes del Reich, con el fin de impulsar la instrucción preliminar de la juventud. Desde el año 1927 todos estos trabajos fueron reunidos bajo la denominación de «medidas para la defensa del país», que incluyeron también los preparativos para una evacuación metódica de las zonas fronterizas occidentales en el caso de que se produjeran sanciones por parte de Francia.

En todas estas medidas desempeñó durante largos años un papel importante el «Casco de Acero», aquella organización que reunió en su seno a los ex soldados experimentados y bien instruidos. Durante los años de 1920, 1922 y 1926 el Parlamento trató de procurarse un cuadro real de las actividades del ejército mediante investigaciones confiadas a comisiones parlamentarias especiales. Pero en todos estos casos Seeckt y Schleicher supieron sabotear con maestría las intenciones del Parlamento. Hasta la elección del reemplazo de los voluntarios se efectuaba en todo el país en su mayor parte con la ayuda de personas de confianza, miembros del «Casco de Acero» o de cualquiera de las asociaciones de ex oficiales. Por ejemplo, un joven que quería incorporarse como recluta al ejército de ningún modo debía contar que por el hecho de haber sido miembro del «Estandarte del Reich», la organización de protección de los republicanos, esto le iba a servir como recomendación. Por otro lado, debía tenerse en cuenta que la república, a pesar de varias tentativas, nunca había establecido tampoco relaciones cordiales con la generación de los ex combatientes, de modo que los hombres que se incorporaban al ejército, raras veces llegaban de las filas republicanas; en éstas, por otra parte, las fuerzas armadas no eran estimadas.

Las medidas preparatorias en el campo de la «economía militar» se basaron en las experiencias que el Estado Mayor había adquirido durante la Guerra Mundial respecto a la importancia de la producción industrial en la conducción de guerra moderna. Esta tarea fué encargada a una sección del Departamento de Armas de la Dirección del Ejército, denominada por de pronto «Plana Mayor de Abastecimiento» y más tarde «Plana Mayor de Economía Militar». En cooperación con la «Asociación General de la Industria Alemana», la que hasta por razones de provecho propio estaba interesada en un nuevo rearme, esta plana mayor elaboró paulatinamente un programa sin fecha para el suministro de materias primas y la construcción y producción, que debía entrar en vigor recién en el caso de un conflicto serio. Además, se instalaron varios lugares de producción de armamentos «negros», es decir, no conocidos por la Co-

misión de Control Militar, encargándose, por ejemplo, a una oficina de construcción de vagones de la firma «Rheinmetal» el desarrollo de la construcción de piezas de artillería. En todas estas medidas la firma de Krupp desempeñó un papel importante. Desde 1926 también los comandos de regiones militares disponían de encargados especiales para los asuntos de la economía militar. Por iniciativa del Departamento de Armas se fundó además una «Sociedad de Estadística», una asociación de industriales alemanes encabezados por el consejero privado Von Borsig, que debía fomentar los trabajos de la economía militar.

Debido a las dificultades del presupuesto, Schleicher fundó en 1926 la «Sociedad Alemana para Política Militar y Ciencias Militares», una sociedad mercantil con responsabilidad limitada, obteniendo de este modo una ayuda financiera por parte de varias grandes firmas industriales a los fines de defensa ilegales. Fuera de esta sociedad, había un número considerable de otras asociaciones científico-militares, fundadas con carácter privado por algunos ex oficiales.

Una de las ramas más importantes de los preparativos ilegales fué el desarrollo progresivo de los planes de construcción de las armas prohibidas, aunque se limitó casi exclusivamente a la esfera teórica. Este asunto se basó en un convenio concertado en 1922 entre el Ministerio de Defensa y la firma Krupp para el desarrollo de la artillería. La sección de Krupp que se ocupaba de estas construcciones tenía relaciones con la fábrica de armamentos sueca de Bofors, permitiendo este hecho a Krupp cumplir algunos convenios concertados antes del tratado de Versalles con Holanda y varios Estados sudamericanos para el suministro de piezas de artillería, como por ejemplo, la entrega de un nuevo modelo de obús de montaña al ejército colonial holandés. Por intermedio de Krupp, algunos oficiales del Ejército alemán pudieron presenciar las pruebas de tiro realizadas con nuevos modelos de piezas en los campos de tiro de artillería de Suecia. Gracias a la ayuda de Bofors, Krupp desarrolló el obús de montaña mencionado, otra pieza liviana automotora, un mortero moderno de 21 cm. y un nuevo tipo de cureña biflecha. Sin embargo, todas estas armas existían solamente en planes de construcción o en algunos pocos modelos experimentales. En 1925 Seeckt visitó a Krupp y a las demás firmas grandes del Ruhr y tuvo entrevistas con todos los grandes industriales, como Gustavo Krupp von Bohlen Halbach, Wiedtfeld, Thyssen, Borbet y Vögler. Como consecuencia Krupp fué encargado de construir una pieza sobre chasis automotor y otra de 7,5 cm. destinada a un «tractor grande», nombre supuesto para el tanque.

Al lado de estos trabajos preparatorios de la Dirección del Ejército y del Departamento de Tropas, también la Dirección de la Marina desarrollaba en forma independiente una gran actividad, continuando el desarrollo secreto del arma submarina, de las lanchas veloces y de la aviación naval. En Holanda se instaló una oficina secreta para la construcción de submarinos; en Turquía y Finlandia trabajaban asesores de la marina alemana, recogiendo nuevas experiencias; Japón recibió nuevos planes de construcción de submarinos. Con la ayuda del rey Alfonso XIII y del ge-

neral Primo de Ribera se inició la construcción de submarinos en astilleros españoles, efectuando en gran parte las negociaciones el posteriormente tan célebre almirante Canaris, que al mismo tiempo se esforzó en establecer un servicio de informaciones en el exterior. Una rama especialmente característica en toda esta esfera de los armamentos secretos fueron las amplias empresas económicas de orden privado, fundadas por el jefe del Departamento de Transportes Marítimos, el capitán de navío Lohmann, hijo de un gerente del «Lloyd Alemán», con el fin de conseguir medios financieros para la construcción clandestina de submarinos y lanchas veloces, mediante la fundación de varias compañías mercantiles con responsabilidad limitada. Lohmann realizó el primer contacto con armadores españoles, por ejemplo, con el millonario Echevarrieta. Todas sus compañías mercantiles y de transporte marítimos, la Navis SRL., la Empresa Naviera Báltica de Buques a Vela, la Compañía de Vapores Pesqueros Sirius, la Sociedad del Aeropuerto de Travemünde, servían únicamente a los fines del armamento secreto, evitando Lohmann como patriota escrupuloso procurarse cualquier ventaja personal para sí mismo. En 1924 adquirió también la Compañía Phoebus SRL., que poseía varios de los mayores cines de Berlín, para realizar propaganda nacional mediante películas. En todas estas medidas también la Dirección de la Marina partía de la base de un probable conflicto con Polonia; en tal caso por lo menos quería asegurarse el mar Báltico contra una invasión por parte de la flota francesa.

Toda esta actividad de los armamentos secretos tuvo dos consecuencias principales; por un lado, se colocaron de ese modo las bases para un posible aumento futuro del ejército, aun cuando eran tan modestas que el aumento sólo podía efectuarse paso a paso, si no se quería producir un grave perjuicio en la estructura interna del ejército; por otro lado y ésta fué una consecuencia fatal, todos los oficiales destinados por el Ministerio y el Estado Mayor a esta actividad secreta se familiarizaron con el empleo de métodos conspiratorios, acostumbrándose a mantener un contacto continuo con organizaciones que, en el fondo, eran adversas al régimen existente, como el «Casco de Acero» y mostrando a pesar de ello, exteriormente, una conducta que en realidad no correspondía a su mentalidad. Así se educó una generación de oficiales de Estado Mayor que poseían cierta flexibilidad, que estaban acostumbrados a conservar el tino y el porte también en situaciones difíciles, pero que también debían llegar a la convicción de que la rigidez y la tenacidad testaruda eran un error y que las situaciones difíciles podían ser vencidas en mejor forma, empleando una táctica hábil.

V

Las relaciones entre Seeckt y Gessler, el permanente ministro de Defensa de todos los gabinetes alemanes entre 1920 y 1930, desde el comienzo se desarrollaron con dificultades por esta política secreta. En el Parlamento el ministro tenía que cargar con la culpa de todas las extravagancias y arbitrariedades de Seeckt, tan arrogante y reservado y al mismo tiempo tan hábil. Sus arbitrariedades continuas condujeron finalmente a que Gessler tratara de constituir una oficina dependiente directamente de él, un órgano con el cual pudiera obtener influencia directa sobre el ejército. Esta intención coincidió con un enojo creciente de Schleicher por el rumbo que Seeckt imprimía a su acción. Desde el fracaso de la candidatura de Seeckt para presidente del Estado, Schleicher se quejaba de que aquél lo trataba mal. Por tal causa favoreció vivamente la idea de Gessler de organizar una nueva oficina, que debía trabajar directamente a las órdenes del ministro mismo e independientemente del jefe de la Dirección del Ejército.

En 1926 se fundó así dentro del Ministerio de Defensa la «Sección Política (de las fuerzas armadas)» como oficina del ministro, siendo encargado de su dirección el coronel Von Schleicher. Éste resultó así, si bien extraoficialmente, el ayudante general omnipotente, reemplazante y consejero del ministro. El blasón de la familia Von Schleicher muestra irónicamente una escalera oblicua; lentamente, pero con toda seguridad, ascendió al poder supremo. Hasta entonces el ministro de Defensa había dispuesto de tres ayudantes, personales, dos oficiales para el servicio técnico de comunicaciones y tres oficiales para el servicio de informaciones, quejándose Gessler continuamente de la terquedad de Seeckt, que hacía reemplazar a estos oficiales, aun cuando cooperaban con el ministro sin dificultades, para aislarlo de los asuntos del ejército. Cuando Schleicher se encargó de la jefatura de la Sección Política, aspirando conscientemente a un aumento de su influencia, todo esto cambió. En 1929 la Sección Política se transformó en un «Departamento Ministerial» que se compuso finalmente de la plana mayor del jefe, la ayudantía del ministro y cuatro secciones. En tiempos normales el jefe de tal oficina probablemente no habría podido tener otras funciones que las de un coordinador entre el ministro y la Dirección del Ejército. Pero en esta época de la política militar entre bastidores, un hombre capaz y ambicioso como Schleicher debía convertirse inevitablemente en una especie de jefe de Estado Mayor político; y éste ya desde hacía mucho tiempo se había acostumbrado a considerar la política como un teatro de títeres, en el cual se podían mover las figuras perfectamente mediante hilos ocultos.

Rápidamente Schleicher se apoderó del estudio de todas las cuestiones políticas, asuntos de la Prensa, problemas del presupuesto, asuntos

jurídicos, del contraespionaje y todo lo referente a la Liga de las Naciones, logrando, además, que los comandos de tropas le informaran directamente, es decir, no por intermedio de la Dirección del Ejército, sobre acontecimientos particulares, ante todo en el campo político. Pronto Seeckt comprobó que habría sido mejor entregar la jefatura de la Sección Política a un hombre realmente adicto a él, como Joaquín von Stülpnagel. Schleicher con su juego estaba superando a Seeckt, máxime cuando existían entre ellos en el fondo también diferencias de opinión políticas. Gessler probablemente no sospechaba todavía que Schleicher también lo superaría a él, porque el hombre que Schleicher prefería como ministro de Defensa era Groener, anteriormente su superior como primer cuartel maestro general, a quien consideraba como una de las capacidades políticas más eminentes de aquel tiempo.

A fines de septiembre de 1929 la Prensa socialdemócrata y la democrata llegaron a saber algo respecto a la participación del príncipe Guillermo de Prusia de uniforme en los ejercicios del ejército en el campo de Münsingen, estallando ahora una campaña de indignación por esta causa. La desconfianza contra la casa los Hohenzollern era mucho mayor de lo que Seeckt se había imaginado y de lo que éstos merecían. Según el criterio de Gessler, las arbitrariedades de Seeckt habían pasado el límite admisible. Schleicher con su habitual manera atrevida opinó al principio que solamente era necesario desmentir todo para que el asunto se arreglara solo; pero pronto reconoció que esta crisis ofrecía la posibilidad de alejar a Seeckt de su puesto y entonces ayudó a Gessler. Intencionalmente no informó a la Dirección del Ejército en forma oficial sobre el desarrollo de la crisis.

La opinión pública exigió enérgicamente la dimisión de Seeckt, el cual con su política ambigua y adaptándose en forma inmutable a cualquier situación, nunca había podido adquirir la confianza de los políticos. El canciller Marx explicó a Hindenburg que si Seeckt no dimitía se produciría una crisis de gabinete. Gessler declaró francamente que estaba harto de «cargar con la culpa» de las actividades de Seeckt; el hecho de que hubiera permitido a un príncipe de Prusia vestirse con el uniforme de la república le parecía, frente a todas las demás dificultades que el ejército sufría por los partidos republicanos, lo más insensato e innecesario, precisamente porque en el fondo se trataba de una cosa sin importancia. Por otro lado, Fritsch aconsejaba ahora a Seeckt que ofreciera una resistencia con las armas en el caso de que los partidos exigieran su renuncia. Apareció así otra vez la idea de una dictadura de Seeckt, e igualmente la pregunta si el ejército era una guardia de pretorianos o el instrumento leal de la Constitución para defender el Estado.

Seeckt mismo era un hombre demasiado realista y un estratega demasiado cauteloso para no saber que un golpe de mano del ejército en favor de su persona y contra la voluntad de Hindenburg era una cosa imposible. Fritsch mismo aprendió mucho en estos días de la conducta de Seeckt, como debía mostrarse más tarde en 1938. Todavía con motivo del sexagésimo aniversario del día en que Hindenburg había iniciado

su carrera militar, Seeckt ostensiblemente lo había celebrado no como presidente de la República, sino como el venerable mariscal de la Gran Guerra. Un pronunciamiento contra Hindenburg era una cosa imposible. En la historia de Prusia había habido muchos planes de golpes de Estado por parte del ejército, pero todos ellos siempre debían llevarse a cabo con el consentimiento del comandante supremo, nunca contra él.

El 7 de octubre de 1926 Hindenburg recibió a Seeckt e inmediatamente después a Gessler. Al día siguiente Seeckt dijo al jefe del Departamento de Tropas que la situación no ofrecía ya esperanza alguna. Como presidente constitucional Hindenburg podía actuar solamente en la forma que el canciller le aconsejaba y éste opinó que el mantenimiento de Seeckt no era tan importante como para arriesgarse a una crisis de gabinete. A las 12 horas de este día Hindenburg recibió otra vez a Seeckt para despedirlo, aunque con toda pena. El *Diario de Woss*, órgano del Partido Demócrata, caracterizó del mejor modo la situación al decir que también la paciencia de los republicanos tenía un límite, el cual regía también para hombres tan destacados como Seeckt.

VI

Con respecto al sucesor de Seeckt hubo al parecer al principio ciertas dudas, mencionándose los nombres de Hasse, Lossberg, Kress von Kresenstein y Reinhardt. Pero Seeckt mismo, con relación a sus planes anteriores de candidatura para presidente del Estado, había recomendado ya en 1925 como su sucesor más apropiado al último jefe de la División Operaciones del anterior Estado Mayor General, el teniente general Heye, ahora comandante de la I Región Militar en Prusia oriental, cargo estimado como muy importante y difícil. También Schleicher favoreció al nombramiento de Heye, el ex cooperador de Groener, por ser además un hombre mucho menos altivo y conservador que Seeckt. Así este hombre, con su rígido bigote de sargento primero, descendiente de una familia de agricultores de Frisia, que disponía de una inteligencia un poco sencilla, pero clara y sobria, llegó a ser el segundo jefe de la Dirección del Ejército. También Heye había pasado la escuela del Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial y había prestado servicios en el anterior Estado Mayor General; pero era mucho más apropiado para adoptar una conducta conciliadora frente al tiempo moderno, que Seeckt. Como jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Guardia Nacional mandado por Woyrsch en 1914, más tarde como jefe del Estado Mayor del grupo de ejército mandado por el duque Alberto de Württemberg y, finalmente, como sucesor de Wetzell en el Comando en Jefe del Ejército, pertenecía a aquellos grandes jefes de Estado Mayor de los comandos superiores que se habían destacado en la Primera Guerra Mundial como excelentes especialistas militares.

A pesar de su dimisión, Seeckt siguió siendo aún el gran hombre, al

cual le atribuían misteriosas posibilidades políticas y cuyo prestigio sólo disminuyó lentamente, aunque Schleicher trató de desacreditarlo, logrando, por ejemplo, que no participara más como huésped en las maniobras. Ya en 1925 el Ministerio de Guerra húngaro había pedido su consejo en asuntos de reorganización del Ejército de Hungría. Después de su dimisión, el Estado Mayor rumano pidió su asesoramiento profesional respecto a la misma cuestión. En el futuro afirmó su fama internacional como experto en asuntos de organización de ejércitos modernos, publicando varios libros de orden militar y político-militar, todos escritos en un estilo excelente. Sus obras más conocidas son *Pensamientos de un soldado* y *Moltke, un modelo*; en realidad son ensayos ingeniosos, excelentemente escritos; el libro sobre Moltke de ningún modo es una biografía completa. En el fondo, toda la vida de Seeckt representa un «ensayo» nunca terminado, que deja la ejecución de sus grandes ideas esbozadas a otros, los que, por supuesto, finalmente las realizan en un sentido muy diferente. Para remediarlo era tarde ya, porque mientras tanto Seeckt se había convertido en un anciano.

VII

El hombre que por de pronto se halló más preocupado por la caída de Seeckt fué el embajador soviético en Berlín, Krestinski; pero pronto Schleicher pudo tranquilizarlo. La orientación política anterior frente al este fué mantenida, aunque estuvo expuesta a una grave prueba de resistencia. En 1926 los obreros comunistas se negaron a descargar en el puerto de Stettin un vapor con munición, sin darse cuenta que se trataba de municiones que «el Ejército rojo de los obreros y campesinos», la vanguardia de la revolución mundial, suministraba al Ejército alemán, «la guardia de protección de la burguesía alemana». La Prensa inglesa empezó a sospechar de estos transportes de munición procedentes de Rusia, máxime cuando se produjo, además, en 1926, una grave crisis en las relaciones entre Inglaterra y Rusia, debido a la huelga general inglesa. En Alemania, el ex canciller Scheidemann volvió sobre este tema. El 1.º de diciembre de 1926 se deliberó en el Ministerio de Relaciones Exteriores sobre las relaciones arbitrarias del Ejército alemán con el Ejército rojo y con las llamadas asociaciones patrióticas alemanas, presenciando esta conferencia Stresemann, el canciller, el ministro de Defensa y varios líderes del Partido Socialdemócrata.

A duras penas Gessler logró calmar a Stresemann y a los políticos socialdemócratas, declarando contra su propia conciencia que no llegarían más transportes de munición de Rusia. Aseguró, además, que con Heye se conseguiría una cooperación mejor y que se esforzaría en rejuvenecer a los generales. Otra vez los socialdemócratas hicieron objeciones contra la protección de las fronteras en el este, pero en este asunto Gessler no re-

trocedió y Stresemann probablemente también le ayudó en ello tácitamente. Pero Schleicher, que no había participado en esta sesión, no estaba satisfecho. En un gran discurso en el Parlamento atacó las relaciones con Rusia. Al mismo tiempo el presidente del Parlamento, el socialdemócrata Loebe, exigió el control parlamentario en el reemplazo de los oficiales mediante una comisión política que debía formarse con este fin. La lucha reñida que hubo que sostener simultáneamente por la construcción del crucero acorazado «A», el primer reemplazo de un acorazado viejo permitido por el tratado de Versalles, mostró otra vez que el Parlamento poseía poco entendimiento para los asuntos militares. Todas estas cosas tuvieron como único resultado que la Dirección del Ejército y el Departamento de Tropas procedieran ahora en forma más cautelosa, reforzándose con ello secretamente la oposición frente a un Estado que quería conceder a las fuerzas armadas solamente una posición muy modesta, no compatible con la tradición prusiana. Precisamente Schleicher, el inspirador político del nuevo mundo, supo manejar con maestría la táctica de calmar y de desmentir, así como la de continuar a la vez con los procedimientos ilegales. Durante los años 1927 y 1928 varios oficiales rusos fueron instruidos otra vez en el Departamento de Tropas. En 1931, el jefe de la Dirección del Ejército, en aquel entonces ya el general de infantería Von Hammerstein-Equord, participó oficialmente como huésped de las maniobras rusas cerca de Kiew y presenció las primeras exhibiciones rusas de tropas paracaidistas y transportes por el aire.

En su conducta exterior, el teniente general Heye observaba un porte democrático. En una revista de tropas en Stettin procedió de una manera que hizo indignar a todos aquellos oficiales que pensaban en la forma anticuada habitual; se acercó a la formación, saludó a varios soldados dándoles la mano y les preguntó si tenían quejas, asegurándoles que podían dirigirse en cualquier momento directamente a él, el jefe de Dirección del Ejército, en caso de reclamos, lo que significaba nada menos que la supresión de la vía jerárquica prescrita para las quejas. En 1927 visitó a los Estados Unidos, los que, como se sabe, no habían firmado el tratado de Versalles y que por eso desde antes había observado una conducta mucho más objetiva frente a todas las cuestiones referentes a Alemania. En 1929 Heye visitó a Argentina y Chile, cuyos ejércitos habían sido instruidos anteriormente por oficiales alemanes. Por su parte, Blomberg visitó no solamente a la Rusia soviética, la cual le impresionó tanto, sino también a los Estados Unidos. Pasajeramente se mostró muy impresionado por la poderosa democracia americana, obedeciendo su mentalidad muy viva siempre a impresiones momentáneas. El segundo ayudante del jefe del Departamento de Tropas, el capitán Warlimont, fué enviado a Estados Unidos para estudiar allí los problemas de la movilización económica y otro oficial para estudiar la organización de las fuerzas aéreas. Por otro lado, oficiales de los ejércitos de Lituania y Letonia participaron en cursos de instrucción en Alemania y también el Ejército norteamericano envió oficiales a Alemania.

En el campo de la política militar, la situación se hallaba dominada por

de pronto por la cuestión de la Liga de las Naciones y el problema del desarme. En el oeste, en Francia, se construía desde 1929 una poderosa línea fortificada, desde las Ardenas hasta la frontera suiza, según los planes del primer ministro Painlevé y del ministro de Guerra, Andrés Maginot, mostrándose con esto señaladamente la tendencia de seguridad reinante en Francia; por otro lado, podía deducirse también que Francia se sentía ampliamente satisfecha. Stresemann, ya mortalmente enfermo, se esforzaba en conseguir la solución definitiva del problema de las reparaciones, tratando de que la evacuación de Renania por las tropas de ocupación fuera el equivalente del cumplimiento sincero de las obligaciones impuestas por las reparaciones. Igualmente Stresemann había reconocido la importancia de la cuestión polaca en el este, esperando que fuera posible solucionar el problema del Corredor mediante compensaciones económicas; pero la muerte no le dió tiempo a realizarlo. En 1927 el coronel Von Fritsch, jefe de la Sección Concentración, elaboró un plan para una intervención rápida en el caso de una sorpresa polaca, debiendo efectuarse en tal caso una táctica retardante en el oeste. Pero esta idea fué abandonada en favor de una conducción puramente defensiva, suponiéndose que en tal caso intervendría la Liga de las Naciones.

A fines de 1927 llegaron a ser conocidas por el público las amplias empresas mercantiles del capitán de navío Lohmann, exigiéndosele la rendición de cuentas sobre el empleo de los fondos secretos de la Dirección de la Marina. Schleicher aprovechó este escándalo, que produjo la dimisión de Lohmann, para alejar de su cargo a Gessler, procurando ahora que el puesto de ministro de Defensa fuera ocupado por su candidato Groener. Así se produjo, en enero de 1928, la extraña situación de que el último jefe del Estado Mayor General anterior, ahora presidente del Estado, nombraba como ministro de Defensa a su último primer cuartel maestro general. Cuando en 1929 Blomberg fué nombrado comandante de la Primera Región Militar, Schleicher logró también que el puesto de jefe del Departamento de Tropas fuera ocupado por un hombre perteneciente a su círculo, el mayor general Kurt von Hammerstein-Equord, que, junto con Schleicher, había sido oficial en el 3.º Regimiento de Infantería de la Guardia, después, en 1914, ayudante del cuartel maestro general Von Stein y finalmente jefe del Estado Mayor de la Agrupación Primera en Berlín. Schleicher y Hammerstein-Equord estaban convencidos de que el problema de las masas sólo podría solucionarse tomando contacto con la clase obrera. Pero, mientras que la conducta de Schleicher en ese sentido continuaba siempre vacilante, Hammerstein-Equord siguió decididamente un nuevo rumbo a la izquierda, tratando de establecer relaciones con destacados socialdemócratas, lo que produjo estupor en muchos oficiales. También Hammerstein estaba fuertemente impresionado por el ejemplo del Ejército rojo y en el Ministerio de Defensa se le dió finalmente el sobrenombre de «general rojo». Era extraño que ese hombre tan ingenioso, que en la vida social fascinaba a todos por su modalidad aguda y chispeante, no poseyera ningún talento oratorio para hablar en público. Hasta frente a la tropa le faltaba toda elocuencia. Y había muchos que pensaban que

su amplitud mental era exagerada, como ocurre a veces precisamente entre los descendientes de las viejas familias. Por ejemplo, para él no había motivos de reproche en el hecho de que sus dos hijas se declararan francamente partidarias del Partido Comunista.

En el Departamento de Tropas, Hammerstein-Equord desarrolló por eso la táctica de la resistencia retardante, la cual tenía por fin ganar tiempo en el caso de un ataque de una potencia extranjera, hasta que la Liga de las Naciones pudiera intervenir. Tal situación fué estudiada también por primera vez en 1930, mediante un juego de guerra realizado en el Departamento de Tropas. Para el 1.º de abril de 1930 se preparó, por primera vez, un plan de movilización concreto, según el cual debía constituirse, en caso de guerra, un ejército de 21 divisiones, mediante la incorporación de voluntarios y de las débiles reservas instruídas. Se creyó que en tal caso podría contarse con un total de 150.000 reservistas, sin incluir en este número los 30.000 hombres aproximadamente de la protección de fronteras orientales. Groener consideró que esta protección de fronteras, desde el punto de vista militar, no servía mayormente; tampoco el Departamento de Tropas la apreciaba mucho, debido a la aversión tradicional del Estado Mayor contra los experimentos con milicias; pero, por otra parte, creyó que no era posible renunciar a ella por la necesidad de dar más confianza a la población de las zonas fronterizas. Cooperando con los demás Ministerios del Reich se formó, además, una comisión de delegados de los mismos como órgano para la preparación de la movilización en caso de guerra. En esa emergencia el Ejército no debía encargarse más de la protección de las líneas ferroviarias ni de las comunicaciones. Además, dicha comisión debía efectuar también las medidas preparatorias para la evacuación oportuna de las zonas fronterizas amenazadas. A los fines mencionados, tuvo cierta importancia que los ferrocarriles alemanes formaran una protección de las líneas férreas de 30.000 hombres y 19 trenes blindados. Cuando en 1931 se consiguió, con la ayuda rusa, el plan de concentración proyectado por el Estado Mayor polaco, fueron confirmadas de nuevo las viejas preocupaciones respecto a la seguridad de las fronteras orientales, pues el plan permitía reconocer los preparativos de un golpe de mano contra Silesia. Por eso el Departamento de Tropas se decidió a preparar una evacuación militar pasajera de Silesia en el caso de un conflicto con Polonia, lo cual fué aprobado también por Hindenburg.

VIII

El 1.º de diciembre de 1930, el general Heye pasó al retiro por razones de edad. En su reemplazo fué nombrado el general de infantería Von Hammerstein-Equord, el cooperador de Schleicher y como sucesor de aquél en el cargo de jefe del Departamento de Tropas el mayor general Guillermo Adam. Cuando Hammerstein-Equord se hizo cargo de su nuevo

puesto, el cielo político otra vez se había oscurecido. El destino del Ejército y en gran parte también el del Estado se encontraba ahora en manos del jefe del Departamento Ministerial, el coronel Von Schleicher, que ascendió al rango de mayor general. Era el general más político de todos los que habían salido del Estado Mayor.

En octubre de 1929 se produjo en la bolsa de Estados Unidos una catástrofe financiera de amplia repercusión, debida a la desproporción entre la superproducción y el poder administrativo. La crisis económica mundial que se inició de esta manera coincidió con el momento en que Stresemann, después de luchas reñidas con la oposición derechista alemana, había logrado solucionar definitivamente el problema de las reparaciones mediante el plan de Young y asegurar de este modo la evacuación militar de la Renania. El 3 de octubre de 1929, Stresemann, ya mortalmente enfermo, murió sorpresivamente por un ataque de apoplejía, desapareciendo con él el último estadista de la república alemana que gozaba de un prestigio internacional. Poco después se desvaneció el simulacro engañoso de la favorable situación económica alemana, basada en empréstitos americanos del plan Young, viéndose así que tal economía era especialmente sensible a cualquier clase de crisis. Nuevamente se presentó el espectro de una desocupación de las masas en proporciones inauditas y el peligro de la miseria. A fines del año 1929, Seeckt publicó, en el *Diario de Colonia*, un artículo con el significativo título de «Marea de tormenta», en el cual decía que ante la tempestad inminente era necesario buscar un hombre capaz de prevenir sus peligros y remediar sus daños. Poco después se incorporó al Partido Popular Alemán, que había perdido a su líder Stresemann. Posiblemente creía aún que él mismo podría ser el hombre capaz mencionado en su artículo.

IX

En marzo de 1930, cuando debían promulgarse las primeras leyes de emergencia, se deshizo el último gabinete de coalición de los partidos republicanos, formado por el canciller socialdemócrata Hermann Müller. Debido a ello surgió la idea de que un canciller socialdemócrata promulgara los decretos de emergencia mediante el artículo 48 de la Constitución (declaración del estado de sitio). Pero Groener y Schleicher se opusieron a esta medida. Por primera vez Schleicher propuso ahora al presidente del Reich un candidato para el puesto del canciller, el líder del partido católico en el Parlamento, Enrique Brüning. Schleicher había conocido a éste en las negociaciones referentes al presupuesto y había quedado muy impresionado por su sinceridad y su gran talento político. Pero al mismo tiempo hablaba en favor de Brüning (y esto era significativo para el papel que empezó a desempeñar la generación que durante la guerra había luchado en el frente) que hubiera cumplido en aquel tiempo con su deber

como simple teniente en el frente. Hubo realmente ciertos altos oficiales que declararon que Brüning debía ser un hombre honrado, porque había sido condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase... Al comienzo Brüning pudo gobernar aún según las reglas parlamentarias; pero pronto no pudo reunir ya una mayoría en el Parlamento para su política de restricciones, surgiendo en esta forma la idea de implantar gabinetes presidenciales, los cuales, apoyados por la confianza del presidente del Reich y las bayonetas del Ejército, representado por Schleicher, debían vencer la crisis mediante una serie de medidas restrictivas. Se inició así una política de emergencia, favorecida ante todo por Hindenburg, que estaba harto de la «charla parlamentaria». Las medidas restrictivas impuestas por necesidades nacionales aparentemente hicieron recordar al viejo hombre los tiempos de 1813, cuando en Prusia el oro era entregado al Estado y éste devolvía por él cruces de hierro.

La crisis económica destruyó también la estructura interna de los partidos burgueses del centro y del ala derecha; nuevamente empezó el ascenso del Partido Nacionalsocialista de los obreros alemanes, que después de su derrota en 1923 al principio había desaparecido casi por completo. La crisis de confianza que reinaba en las clases de la pequeña y gran burguesía, desde antes ya profundamente conmovidas, y la nueva crisis agraria que amenazaba a la nobleza de las provincias del este, fué el momento de oportunidad de Adolfo Hitler, el hombre que había fracasado como ciudadano y como pintor, y cuya vida se hallaba dominada por un amor desgraciado a la burguesía.

Ya en 1929, en una conversación con Brüning, Schleicher había expresado su gran preocupación por el aumento del movimiento nacionalsocialista, que en aquel entonces encontraba partidarios ante todo entre los oficiales más jóvenes de la Marina y entre los obreros de las bases navales de Kiel y Wilhelmshaven. Como Brüning declaró más tarde, Schleicher temía sobre todo que Polonia pudiera aprovechar las dificultades internas de Alemania, producidas ya sea por los comunistas, ya por los nacionalsocialistas, para efectuar el golpe de mano contra Silesia, proyectado en el plan de concentración polaco. Después que Brüning fuera nombrado canciller, Schleicher le insinuó que pidiera confidencialmente informes a París y Londres sobre si las potencias firmantes del tratado de Versalles estaban dispuestas a conceder a Alemania un reforzamiento de su Ejército en el caso de estallar una guerra civil. El resultado de esta toma de contacto fué negativo. Schleicher tuvo también una entrevista con Hitler, pero, en contraste con Seeckt, de ningún modo quedó entusiasmado del hombre, sino que éste más bien le repugnó. La manera de Hitler de exponer sus ideas en forma de monólogos ilimitados y altisonantes, sin dejar hablar al otro en ninguna forma, hizo que Schleicher tuviera la convicción de que se trataba de un desequilibrado. Cuando más tarde se hablaba de la exigencia de Hitler de que le entregaran el poder, Schleicher siempre decía que, por su parte, cualquier persona podía ser canciller menos «aquel hombre». También el viejo Hindenburg tenía una aversión instintiva contra el «cabo bohemio», como denominó a Hitler; según su opi-

nión, los cabos no estaban en condiciones de dar órdenes. Mediante una colecta iniciada por el «Casco de Acero», reforzada por la industria alemana, se había regalado a Hindenburg, con motivo de su octogésimo cumpleaños, la vieja posesión de la familia en Neudeck; con esto, el presidente del Reich volvió a radicarse en el campo, como lo habían hecho sus antepasados y relacionarse en forma más estrecha aún que antes con la nobleza del este. Sus vecinos y amigos, encabezados por el viejo chambelán de la corte, Von Oldenburg, apoyaron vivamente la idea de una nueva dictadura, pero ésta debía ser encabezada por una persona de su clase social y de ningún modo por un hombre de descendencia oscura como Hitler.

Schleicher y uno de sus colaboradores más íntimos, el coronel Fernando von Bredow, nombrado jefe del Departamento de Contraespionaje, empezaron a recoger material sobre Hitler. Muy probablemente llegaron a sus manos los documentos militares personales de Hitler y el relato oficial respecto a su enfermedad, cuando en 1918, al quedar ciego, había sido internado en el hospital de Pasewalk, según se dijo, debido a un envenenamiento con gas. En esos documentos, que después desaparecieron, el nuevo salvador era caracterizado como un histérico incurable, cuya ceguera fué causada por una fase de esta enfermedad y no por un envenenamiento con gas; figuraba allí también que Hitler no era apto para ningún ascenso al grado inmediato superior. Por otro lado, Schleicher estaba fascinado por el hecho de que muchos oficiales jóvenes y soldados de los ex combatientes se hubieran incorporado al nuevo partido y encontraran cabida en él, ante todo en sus formaciones combatientes, esto es, en la organización de los destacamentos de asalto (SA) y en la de los escalones de protección (SS). El jefe de la plana mayor de la SA era el ex capitán Röhm, que pasajeramente debió abandonar el país debido a su disposición homosexual y que, como instructor militar en el Ejército boliviano, había ascendido al grado de teniente coronel. El jefe de la SS era el ex aspirante a oficial Enrique Himmler. Entre los jefes de la SA había muchos miembros de los anteriores cuerpos de voluntarios. En Prusia oriental se había desarrollado, dentro del marco de la protección de fronteras, una cooperación muy estrecha entre los jefes de los estandartes (*) de la SA, por un lado, y el comandante de la 1.ª Región Militar, el general Von Blomberg y su jefe de Estado Mayor, el coronel Reichenau, por el otro. Blomberg y Reichenau defendieron la opinión de que el Ejército debía cooperar con estos hombres animados de un gran entusiasmo nacional, el cual, indudablemente, existía en el nuevo movimiento. El «Casco de Acero», que hasta entonces había sido el centro de reunión de las asociaciones ilegales, llegó a ser cada vez más un centro de carácter burgués, escurriéndose la juventud de sus manos; estaba sufriendo la evolución natural del envejecimiento. En 1930, en algunos casos aislados, las unidades de la SA recibieron una instrucción militar ilegal, por ejemplo, en el campo de instrucción de Doberitz. Más tarde, Röhm exigió también que la SA pudiera participar en la organización ilegal de la aviación militar, declarando que

(*) «Estandarte» era una unidad de la SA equivalente al regimiento. (N. del T.)

ésta no debía ser monopolizada por el «Casco de Acero». Por otro lado, Hitler prohibió a la SA en Pomerania cualquier participación en la protección de frontera oriental, lo que indignó a Hindenburg, porque ella cooperaba con las autoridades de la república. El cuadro empezó a ponerse confuso, por lo cual el rumbo de Schleicher también empezó a vacilar. Este empezó a cavilar ahora de qué modo podía ganar influencia sobre los elementos del nuevo movimiento que simpatizaban con todo lo militar.

Cuando en 1930, en el 5.º Regimiento de Artillería en Ulm, cuyo jefe era el futuro jefe del Estado Mayor, coronel Luis Beck, dos jóvenes tenientes trataron de formar una célula nacionalsocialista, el jefe de la Dirección del Ejército, Von Hammerstein-Equord, intervino enérgicamente, ordenando que los referidos oficiales fueran castigados y echados del Ejército. Cuán confusas eran las ideas de estos jóvenes oficiales lo muestra el hecho de que uno de ellos, el teniente Scheringer, en la prisión se separó después de las ideas nacionalsocialistas y se convirtió en un partidario de las doctrinas comunistas. En el Ejército había en aquel entonces, en algunos lugares, una fuerte reacción, declarando, por ejemplo, el jefe del 6.º Regimiento de Artillería que los nacionalsocialistas no tenían nada que hacer en los casinos de oficiales alemanes.

X

Mientras tanto, en las elecciones de 1930 el Partido Nacionalsocialista obtuvo 107 diputados, pasando a ser así el partido más fuerte del ala derecha. El Partido Nacional Popular Alemán se desmembró, debido a la formación creciente de una oposición conservadora contra su jefe, Hugenberg, que había emprendido un rumbo reaccionario. Los hombres más capaces abandonaron el partido y se reunieron en la Unión Popular Conservadora. El Partido Popular Alemán, al cual Seeckt se había incorporado, desapareció casi por completo. Después de las elecciones, Schleicher dijo confidencialmente al gran industrial Arnoldo Rechberg, que seguía defendiendo la idea de una alianza militar entre Alemania y Francia, que sus fondos secretos no dejaron de influir en el éxito de los nacionalsocialistas, lo que, al parecer, representaba una contradicción respecto a las preocupaciones que mostró frente a Brüning. Rechberg le preguntó si este modo de proceder no era peligroso. Schleicher negó esto. Correspondía a los métodos de su política procurarse influencia en todas partes. Su tentativa de atraer el nuevo movimiento mediante una ayuda financiera, aparentemente tuvo como origen la idea de frenarlo paulatinamente y orientarlo en la dirección más conveniente para él. El tipo del «soldado político», proclamado como ideal por la SA, significaba al fin y al cabo la militarización de las masas, como el Partido Comunista lo había hecho ya en Rusia.

Llama la atención que Seeckt, en la primavera de 1931, volviera a buscar el contacto con Hitler. Después de una entrevista con éste, Seeckt declaró que el Partido Nacionalsocialista de todos modos debía ser empleado

como «factor salvador»; pero al mismo tiempo había recalcado a Hitler que él mismo, Seeckt, debía quedar siempre como «Seeckt», es decir, que debía disponer de la posibilidad de conservar su propia modalidad. Por supuesto, Hitler le prometió todo; nunca tuvo reparos en hacer promesas. Más tarde, una vez le oyó decir el general Halder que, cuando se dicen mentiras, siempre hay que exagerarlas, porque de lo contrario nadie las cree. Las ideas de Seeckt se basaban en aquel entonces en la nueva idea de formar un gobierno de concentración nacional, aprovechando el entusiasmo nacionalista del movimiento de Hitler, reuniéndolo con las tendencias conservadoras, mientras que el Ejército debía mantener su posición independiente. En el fondo, esta idea demostraba solamente la confusión desesperada que se iba extendiendo entre la mayor parte de los hombres destacados de la vieja clase dirigente de descendencia prusiana.

Con la sabiduría propia de la ancianidad, el viejo Hindenburg apreció la situación en forma más acertada. Temía que si Hitler llegaba al poder se produjeran complicaciones bélicas con Francia, Polonia y Checoslovaquia y estaba decidido a evitar que el pueblo alemán sufriera los horrores de una nueva guerra. Por otro lado, esperaba que el mantenimiento del rumbo político actual pudiera conducir a una solución satisfactoria de la cuestión del desarme, lo cual, junto con el vencimiento de la crisis económica, posiblemente podría tener como consecuencia que el número de los partidarios de Hitler, tan aumentado por las circunstancias actuales, disminuiría automáticamente. Brüning trató por eso de conseguir la suspensión del pago de las cuotas de reparaciones y el reconocimiento moral de la igualdad de derechos de Alemania en el orden militar, para el caso de que las negociaciones sobre el desarme fracasaran; sin embargo, tuvo que luchar con enormes dificultades en el campo de la política interior, debido al aumento enorme del número de desocupados y las grandes disminuciones en todos los sueldos y salarios, aun cuando en el campo de la política exterior parecía conseguir éxitos inminentes. En cuanto a su tentativa de lograr un éxito mediante el anuncio de la unión aduanera de Austria con Alemania, fracasó debido a la preparación diplomática insuficiente y la irreductible desconfianza de la política francesa, tan corta de vista.

Debido a la rivalidad creciente entre el «Casco de Acero» y la SA, se efectuó en otoño de 1931 una entrevista entre los dirigentes del «Casco de Acero» (Seldte y el ex teniente coronel Dusterberg) y el canciller Wagner con Hitler. En esta entrevista Hitler declaró: «Si llego ahora al poder, llamaré al ministro de Guerra y le preguntaré: «¿Cuánto cuesta el rearme total? Y si pide 20.000, 40.000, 60.000 o hasta 100.000 millones, los tendrá sin más y entonces Alemania se armará, se armará — se armará hasta que quedemos listos y entonces, entonces...» Dusterberg le interrumpió diciendo: «Entonces otra vez todo el mundo contra Alemania, usted tendrá la Segunda Guerra Mundial que perderá de la misma manera que hemos perdido la primera.» Hitler replicó: «Haré fusilar a cualquiera que hable del rearme.» Dusterberg trató de interrumpirlo nuevamente pero Hitler gritaba «Fusilar, fusilar...» Entonces los dirigentes del «Casco de Acero»

abandonaron la reunión, teniendo Dusterberg sus serias dudas si no se había entrevistado con un hombre desequilibrado. Un año más tarde el presidente del senado de Dantzig, Hermann Rauschning, en aquel entonces todavía un partidario del nuevo movimiento, aunque como conservador estaba luchando con graves dudas, escuchó a Hitler en su casa de campo de Obersalzberg, mientras estaba tomando el té, cómo se desató frente a sus confidentes en manifestaciones desenfrenadas sobre la guerra de desquite que pensaba conducir una vez llegara al poder. Destacó especialmente que él mismo conduciría esta guerra, para lo cual no necesitaba generales. Dijo que Alemania nunca más capitularía y que si la guerra se perdía, arrastraría consigo en el derrumbe a todo el mundo. Inmediatamente después musitó el motivo musical del incendio mundial de la ópera *El crepúsculo de los dioses*. Por de pronto nadie estaba por decir si tales manifestaciones se basaban en concepciones sólidas o si eran palabras producidas por su viva fantasía y la emoción de un momento fugaz.

XI

Rápidamente la situación se complicó aún más. En el mismo otoño de 1931, cuando realizó la entrevista mencionada anteriormente, el Partido Nacional Popular Alemán, en una reunión en Bad Harzburg, concertó una alianza con Hitler, a pesar de todas las objeciones. Seeckt y varios príncipes de Prusia presenciaron esta reunión. Grandes industriales como Thyssen empezaron a ayudar financieramente al movimiento hitlerista. La miseria económica general hacía no sólo que aumentara continuamente el número de los partidarios de Hitler sino también el de los comunistas. En las calles de las grandes ciudades los miembros de la SA y de la «Asociación de ex combatientes rojos» luchaban entre sí en forma cada vez más abierta, desarrollándose así una guerra civil latente. A pesar de las buenas relaciones del Ejército alemán y el Ejército rojo, que continuaban inalteradas, la propaganda revolucionaria comunista era forzada de día en día. Al parecer, el Estado estaba desmembrándose en dos grandes campamentos, ambos formados por masas desesperadas. En el otoño de 1931 Brüning deliberó con Schleicher, Hammerstein-Equord y algunos miembros del Partido Socialdemócrata sobre las posibilidades de un proceder enérgico contra los nacionalsocialistas. Schleicher tomó contacto con el mayor Mayr, ex oficial del ejército, que se había incorporado a los dirigentes del «Estandarte del Reich» (*). Hammerstein-Equord estaba convencido de que era necesario apoyarse ahora en todos los círculos republicanos; pero lamentablemente éstos estaban dominados por una gran desconfianza contra cualquier general, sin tener en cuenta la forma de pensar del mismo. De todos modos Schleicher y Hammerstein-Equord informaron también a Hindenburg, por intermedio del general Von dem Bussche-Ippenburg, que

(*) Organización parecida al «Casco de Acero» pero de tendencia socialdemócrata.

era indispensable proceder ahora, junto con los sindicatos obreros, a detener la radicalización creciente. Pero Hindenburg no estaba dispuesto a realizar una acción unilateral contra el radicalismo derechista; según su opinión, una prohibición del Partido Nacionalsocialista debía ser acompañada por otra simultánea del Partido Comunista. Hindenburg sufrió por desgracia por primera vez durante este otoño fatal un colapso psíquico, debido al cual empezó a tener desde entonces, según los relatos de Brüning, en forma alterada, períodos de apatía mental con fases de la anterior claridad y vigor espirituales. Antes, cuando fué elegido presidente, había dicho a Luther, en aquel entonces canciller, que esperaba no tener que quedar en este puesto hasta que «chocheara», cosa que en aquel entonces no se podía observar. Ahora se había producido una situación en que el anciano general representaba el último baluarte contra el nuevo fanatismo nacional de Hitler y no había más remedio que aferrarse a él.

Si bien las perspectivas en el campo de la política interior eran sombrías, los esfuerzos tenaces de Brüning en la política exterior parecían tener éxito. Para el caso que fuera reconocida la igualdad de derechos militares de Alemania, Brüning esbozó con Schleicher el plan de transformar el ejército según el ejemplo de la milicia suiza, renunciando en él a las armas pesadas ofensivas. Este viejo concepto correspondía al programa del Partido Socialdemócrata; las negociaciones con el ex mayor Mayr se encontraban en el mismo plano y el jefe del «Estandarte del Reich». Hoeltermann, apoyaba también la idea de constituir una milicia. Con esto Schleicher tomó un rumbo directamente opuesto al Estado Mayor, pues esta conducta era sobre todo peligrosa para su propia posición, dado que se había acostumbrado a tratar con el ejército como si fuera su instrumento y como si no tuviera una voluntad propia, sin hacer jamás la tentativa de tomar contacto personal con las tropas, en la forma como Seeckt lo había hecho tan cuidadosamente. La idea de formar una milicia, que fué discutida en 1932 también en la literatura militar, fué rechazada decididamente en el Departamento de Tropas por los partidarios de Seeckt. En el *Militär Wochenblatt* apareció un artículo anónimo referente a los peligros que corrían los ejércitos de millones cuando pasaban a depender de la acción de las masas. En el artículo se decía que en la guerra de 1813 a 1814, de 1864 a 1866 y de 1870 a 1871 la victoria había sido conseguida siempre por el ejército regular y que en la guerra de 1914 a 1918 se había demostrado que tanto el capitalismo como el marxismo representaban ideas destructivas.

Por eso la Dirección del Ejército apoyaba con pocas ganas las tentativas, aumentadas desde 1932, de fomentar fuera del marco del ejército, la instrucción militar en «campamentos», organizados por los partidos políticos o el servicio de trabajo voluntario. Si bien el Gobierno nombró como director del consejo creado por el Reich para educación de la juventud a un oficial del ejército, el general retirado Edwin von Stülpnagel, el servicio de trabajo voluntario organizado tanto por el «Casco de Acero» como por la SA, quedó muy substraído el control del ejército. La instrucción que recibían los jóvenes reunidos en estas organizaciones frecuentemente no correspondían a las exigencias de los militares profesionales.

Gayl, un excelente especialista en asuntos administrativos, defendió la tesis de mantener una estricta defensiva frente al Partido Nacional-socialista. El nuevo ministro de Relaciones Exteriores, el barón Constantino von Neurath, hasta 1918 jefe del Gabinete del rey Guillermo II de Wurtemberg y finalmente embajador alemán en Roma y Londres, se mantuvo más o menos neutral frente a este problema. Schleicher mismo siguió un curso vacilante. Por de pronto estaba dispuesto a apoyar la tesis del ministro del Interior. La causa de su irresolución era la preocupación constante de que Polonia pudiera aprovechar las dificultades internas del Reich, que paralizaban las fuerzas del ejército, para efectuar golpes de mano en el campo de la política exterior. A esto se agregaron otras preocupaciones referentes a un posible distanciamiento entre el ejército y el pueblo, y finalmente el problema de orden técnico-militar si las fuerzas del ejército eran suficientes para rechazar no solamente un golpe de Estado derechista, sino también un pronunciamiento izquierdista. Había siempre el peligro de que en caso de una intervención contra los nacional-socialistas, los comunistas por su parte iniciarán una sublevación. Fuera del ejército, sólo podía contarse en tal caso con seguridad, a lo sumo, con las fuerzas de la policía militarizada, unos 60.000 hombres instruidos en los métodos de la guerra civil, que disponían de un cierto número de automóviles blindados. El jefe de la Dirección del Ejército, el barón Von Hammerstein-Equord, mantuvo su conducta estrictamente adversa frente al nacional-socialismo, pronunciando en la crítica final de las maniobras de la 2.ª División de Infantería en Mecklenburgo palabras severas contra el mismo.

El primer golpe que Papen efectuó fue la eliminación del Gobierno socialdemócrata de Prusia, acusándolo de haber buscado contacto con los círculos comunistas. Efectivamente, Schleicher había recibido informaciones al respecto. Por tal causa fue proclamado el estado de sitio en la 3.ª Región Militar, encargándose al general Von Rundstedt del poder ejecutivo; el Gobierno prusiano fue separado de sus funciones por un capitán del 9.º Regimiento de Infantería acompañado por algunos soldados. Schleicher aprobó esta acción, temiendo que en el caso de una eventual transformación de ese Gobierno, la fuerte fracción nacional-socialista del Parlamento prusiano pudiera ganar influencia sobre la política prusiana.

En el otoño de 1932 se realizó, además, un cambio apreciable entre los comandantes superiores del ejército en Berlín. El general Hasse se retiró del servicio. Rundstedt fue nombrado comandante de la Agrupación núm. 1 y Fritsch comandante de la 3.ª División de Infantería. Schleicher hizo pasar al retiro a varios generales, de los cuales sospechaba que eran partidarios del nacional-socialismo, pero no se atrevió a tocar ni a Blomberg ni a Reichenau. El rumbo que siguió Schleicher en adelante fue vacilante, siendo la situación de conjunto confusa y difícil en el futuro para los dirigentes militares. Por un lado, se ofrecía la posibilidad de cooperar con el partido de las masas, que mostraba notables simpatías por los asuntos militares, si bien sus exigencias totalitarias eran inquietas.

miento precipitado e inoportuno, seguido pronto por el nacimiento de Brüning, el que perdió definitivamente la confianza de Hindenburg; al esbozar un plan de colonización para las posesiones de los terratenientes en los alrededores del Este, que económicamente no daban ya resultado. En los círculos de la nobleza radicada en el Este se mostraban señales inequívocas de una decadencia inminente. La crisis agraria, que desde los días del canciller Caprivi nunca había desaparecido por completo, había llegado a una nueva fase peligrosa. Para ayudar a la agricultura en el Este, el Gobierno del Reich había empleado medios financieros bajo el nombre de «Ayuda del Este»; pero muchos miembros de las viejas familias prusianas habían malgastado las sumas que recibieron o las emplearon para comprar nuevas propiedades, en lugar de sanear las existentes. El chambelán de la corte, Von Oldenburg, confesó esto con gran franqueza en sus memorias, diciendo que «el gato no deja de robar» y que por eso también él, al recibir la «Ayuda del Este», se había comprado nuevas propiedades. Este hombre pertenecía a los amigos más íntimos de Hindenburg y, según la confesión de éste, era una de las personas que le exigía continuamente que estableciera una dictadura. De tal modo, cuando Hindenburg acusó a Brüning de que quería emplear «métodos bolcheviques» para solucionar el problema agrario, éste renunció. En cierto sentido la nobleza del Este estaba actuando ahora como en una especie de pánico antes del derrumbe, presintiendo, quizás inconscientemente, que en esta región ya estaba minada profundamente la base vital no solamente de los terratenientes alemanes, sino también del pueblo alemán en general, debido al aumento de la población eslava.

La idea de constituir un gabinete autoritario formado por conservadores, en su mayoría con nombres altisonantes, correspondía precisamente a la ideología de esta nobleza, cuya posición social se había hecho tan insegura. Schleicher presentó como nuevo candidato al ex mayor de Estado Mayor Francisco von Papen, que pertenecía al ala derecha del Partido Católico y disponía, además, de buenas relaciones en los círculos franceses debido a su esposa, hija de un gran industrial del Sarre. Schleicher llamó telefónicamente a Papen a su casa de campo del oeste de Alemania, comunicándole su nombramiento como canciller con las palabras clásicas siguientes: «Estamos buscando a un canceller, el presidente del Reich quisiera tenerlo a usted.»

En el nuevo gabinete Schleicher se hizo cargo del Ministerio de Defensa, mientras que el coronel Von Bredow fue nombrado jefe del Departamento Ministerial. El Gabinete, sin embargo, desde un principio no estaba de acuerdo respecto a la cuestión decisiva, o sea, la solución del problema nacional-socialista. Los nuevos ministros de Finanzas, de Justicia y de Agricultura, el conde Schwerin von Krosigk, doctor Gütner y el barón Von Braun, al igual que Papen mismo, estaban convencidos de que había que encontrar un camino para permitir la colaboración práctica de los nacional-socialistas, hasta entregándoles algunas carreteras de ministros. En realidad, solamente el ministro del Interior, el barón Von

tares; por otro lado, debía reconocerse el derrumbe completo de los conservadores prusianos y la existencia de millones de desocupados, así como de un Partido Comunista que poseía seis millones de electores. La violencia de las batallas callejeras entre los partidarios de Hitler y sus oponentes aumentaba continuamente, produciéndose en muchos lugares cuadros de la guerra civil. Según las declaraciones posteriores del coronel general Jodl, como acusado ante el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, el Departamento de Tropas se ocupó en 1932 exclusivamente de la preparación de planes para el empleo de las tropas en el caso de un conflicto interno. Tales situaciones eran estudiadas también en juegos de guerra.

En agosto el viejo Hindenburg recibió a Hitler y después de haber escuchado sus exposiciones ampulosas, trató de explicarle en forma categórica que debía evitarse en cualquier forma el peligro de complicaciones exteriores y que la participación en el gobierno que Hitler exigía, sólo se realizaba bajo la condición de que éste se adaptara a un gobierno de coalición con tendencias derechistas. Hitler rechazó esta demanda, porque estaba convencido de que, siendo su partido numéricamente ya el segundo en el Reich, finalmente llegaría al Poder. En el otoño, Papen, con su «gabinete de barones», como la prensa nacionalsocialista denominaba al Gobierno, se vio abandonado por todos los partidos, con excepción de los pocos miembros del Partido Nacional Popular Alemán, los partidarios de Hugenberg. El Parlamento fue disuelto. Si bien en las nuevas elecciones el número de electores del Partido Nacionalsocialista quedó disminuido, en esencia la situación no había cambiado. Papen reconoció ahora que no quedaba más que un solo recurso, el de gobernar sin el apoyo de los partidos políticos y de efectuar una reforma de la Constitución. Pero tal solución involucraba el riesgo de una guerra civil y la lucha por lo menos contra los nacionalsocialistas, quizá también contra los comunistas y los sindicatos de los obreros. Ni Schleicher ni Hammerstein-Eggenord querían reconocer, sin embargo, que había aún una tercera solución.

Schleicher propuso ahora una nueva idea, que se basaba en parte en su aversión personal contra Hitler y en parte en la intención de atraer los elementos valiosos del nuevo movimiento. En la conducción del Partido Nacionalsocialista, este gremio de individuos mas o menos deserritados, podían diferenciarse tres grupos distintos: los adictos inmediatos de Hitler; la camarilla de los mercenarios y miembros anteriores de los cuerpos de voluntarios, encabezados por el jefe de la plana mayor de la SA Röhm, que se burlaba del «Adolfo legal», porque Hitler se negaba a efectuar una solución violenta y, finalmente, el grupo de los verdaderos socialistas nacionales agrupados alrededor de Gregorio Strasser. Las tensiones dentro de la conducción del partido habían aumentado desde que Hitler había sido vencido en las elecciones de presidente del Reich y desde que había aceptado sin resistencia la prohibición de la SA. Strasser sospechaba, además, que Hitler no se interesaba tanto por la doctrina socialista como por su poder personal. Schleicher resolvió ahora

aprovechar estas dificultades, buscando atraerse a los partidarios de Strasser y con ellos a la masa de los obreros partidarios de Hitler, así como a los elementos simpatizantes del ejército. Con la ayuda de Strasser y de los representantes de los sindicatos socialdemócratas y cristianos quiso constituir un nuevo gobierno sobre la base amplia de las masas. Indudablemente fue este plan el más importante que el «jefe de Estado Mayor político» jamás había concebido.

Por este motivo Schleicher negó intencionalmente su cooperación, cuando a fines de noviembre Papen quiso iniciar la lucha contra el Partido Nacionalsocialista, declarando que, desde el punto de vista militar, el ejército no estaba en condiciones de arriesgar una guerra civil simultánea contra la derecha y la izquierda, por no estar suficientemente motorizado. Hindenburg mismo estaba en duda si una reforma de la Constitución, como Papen la exigía—sin poseer un mandato del pueblo al respecto—no representaba una violación de la Constitución existente, jurada por él mismo; el viejo hombre temía los horrores de una guerra civil. En una huelga de los obreros de transporte en Berlín los nacionalsocialistas y los comunistas ya habían cooperado entre sí. Según las declaraciones de Meißner, en aquel entonces secretario de Estado de la cancillería, Schleicher era considerado por todos como el salvador en esta situación.

Papen dimitió, manteniendo, sin embargo, una oficina en la cancillería como consejero extraoficial del presidente. El 1 de diciembre de 1932, el teniente general Von Schleicher fue nombrado canceller del Reich, con lo cual quedó reunido ahora en manos del hombre más destacado del ejército todo el Poder.

XIII

Schleicher esbozó ahora un nuevo programa amplio, proyectando en la política exterior el reforzamiento de las relaciones con el Gobierno soviético y en la política interior amplias medidas para solucionar la desocupación, entre ellas una colonización y el aumento de los efectivos del ejército sobre la base de una milicia. Como jefe de su oficina de informaciones Schleicher eligió a uno de los jóvenes oficiales de Estado Mayor más capaces, el teniente coronel Erich Marcks, hijo del renombrado historiador, a quien había conocido en el anterior Comando en Jefe del Ejército. En una carta dirigida al presidente del Reich con motivo de realizarse la instrucción militar de la juventud alemana al estilo de una milicia. En la editorial militar de Mittler se publicó un folleto anónimo titulado *El futuro milicia alemana*, que proponía una nueva organización militar, constituida por una instrucción premilitar de la juventud, la introducción de un servicio de trabajo obligatorio, una instrucción de seis meses para los reclutas y ejercicios de repetición anuales.

Los planes de organización de una milicia aumentaron la desconfianza contra Schleicher en los círculos de los generales; por otra parte, los planes de colonización reanudaron la desconfianza de la nobleza del Este, que, con la cortedad de vista típica de las clases sociales decadentes, pensaba siempre que podía salvar aún todo y que por eso finalmente debía perder todo. Con orgullo Schleicher se calificaba a sí mismo como un «general social»; Hammerstein-Equord, que lo seguía incondicionalmente en este curso, desde hacía tiempo era denominado ya el «general rojo». Todo dependía ahora de la pregunta si ambos generales reformadores conseguirían la adhesión de las masas. Schleicher negociaba febrilmente en todas partes, hablando con Gregor Strasser y sus partidarios, con los líderes del Partido Nacional Popular Alemán, del Partido Popular Alemán y del Partido Católico, el consejero privado Hugenberg, el doctor Eduardo Dingeldey y el prelado Kaas y con los líderes de los sindicatos cristianos y socialdemócrata, Adam Stegerwald y Guillermo Leipart. Pero para estas negociaciones se necesitaba tiempo y esto precisamente era lo que faltaba. Además, los dirigentes del Partido Socialdemócrata cometieron un grave error al negarse a tratar con un «general reaccionario». Hombres prudentes como Noske, que de ningún modo consideraba a Schleicher como un estadista ideal, pero que reconocía que este momento era la última posibilidad de salvar la situación, quedaron consternados ante esta conducta, pero no la pudieron remediar. En esta forma el momento oportuno se escurrió de las manos del «canciller del ejército», demostrando, además, que Schleicher había apreciado en forma exagerada la influencia de Gregor Strasser en el Partido Nacional-socialista. A mediados de enero se vió claramente que el plan de Schleicher de romper la unión del Partido Nacionalsocialista era una utopía. La personalidad demoníaca de Hitler era más fuerte.

Mientras tanto, Papen apoyaba nuevamente la idea de constituir un gabinete de coalición; por intermedio del banquero Von Schroeder de Colonia había tenido una entrevista con Hitler. Los nacionalsocialistas lograron además que el hijo y ayudante del presidente del Reich, el coronel Oscar von Hindenburg, hasta entonces uno de los adversarios más decididos de la idea de que Hitler fuera canciller, tuviera una entrevista con éste, que se realizó sin la presencia de otras personas, en la casa del asesor de política exterior del Partido Nacionalsocialista, Joaquín von Ribbentrop. También el viejo chambelán de la corte, Von Oldenburg, apoyaba la idea de Papen de que era posible «encuadrar» a Hitler en un gobierno de coalición por hombres conservadores de confianza. A fines de enero, después de haber reconocido que todos sus planes habían fracasado, Schleicher se decidió a entablar la lucha. Hammerstein-Equord estaba dispuesto a empeñar el ejército contra los nacionalsocialistas. Schleicher visitó a Hindenburg, exigiendo de él los poderes necesarios para continuar su gobierno mediante el estado de sitio. Hindenburg se hallaba impresionado por el peligro de un escándalo inminente, que amenazaba a la nobleza radicada en el este, dado que el Parlamento exigía la rendición de cuentas sobre el empleo de los fondos para la «Ayuda del Este».

Cuando exigió a Schleicher que «metiera en razón» al Parlamento, porque de otra manera sería «ensuciado» el prestigio de muchas familias viejas prusianas, Schleicher le contestó que esto sólo podría efectuarse mediante un golpe de Estado, que exigía también por otras razones. Pero Hindenburg temía que en tal caso fuera acusado ante el Tribunal Supremo del Reich por los nacionalsocialistas de haber violado la Constitución; ya durante la eliminación del Gobierno prusiano ese partido había amenazado con lo mismo. Hindenburg no pudo decidirse a tomar una medida tan grave, apreciada por Schleicher ahora como inevitable, aunque hacía apenas ocho semanas había hablado en forma completamente diferente. También Hammerstein-Equord visitó al viejo presidente del Reich para explicarle las consecuencias peligrosas que se producirían si Hitler llegaba al Poder. Hindenburg le contestó enojado que no deseaba tener generales políticos y que Hammerstein-Equord se ocupara de la preparación de las maniobras de otoño.

En ese momento Papen presentó su idea de un «gobierno nacional» con Hitler como canciller, él mismo como vicescanciller y primer ministro de Prusia, cuyo carácter conservador debía ser asegurado por el hecho de que los puestos de ministros de Relaciones Exteriores, de Defensa, de Finanzas y de Economía serían ocupados por conservadores. Hindenburg ahora abandonó su resistencia y el 28 de enero Schleicher dimitió, continuando en sus funciones hasta que fuera nombrado su sucesor. Con esto terminaba la intervención del ejército en los problemas de gobierno y sociales, al igual que habían terminado sin resultado todas las tentativas anteriores de hacer una política militar, la dictadura silenciosa de Ludendorff y el fracasado golpe de Estado de Kapp y Lüttwitz.

Los candidatos principales de Papen eran: Neurath como ministro de Relaciones Exteriores, el general Von Blomberg como ministro de Defensa; Hugenberg como ministro de Economía; el conde Schwein von Krosigk como ministro de Finanzas (que ya en el gobierno de Schleicher había ocupado este puesto) y Gürtner como ministro de Justicia. Hindenburg conocía bien a todos estos hombres. Papen quiso ofrecer también a Dösterberg un puesto en el nuevo Gabinete, pero éste rechazó el ofrecimiento. El 30 de enero el nuevo Gabinete debía prestar juramento ante el presidente del Reich. Blomberg, que mientras tanto había regresado a su puesto como comandante de la 1.ª Región Militar en Königsberg, fué llamado a Berlín. Aparentemente, Schleicher y Hammerstein-Equord creían que existía aún una última posibilidad de ganar la ayuda de Blomberg y de expresar al presidente del Reich por intermedio de él que el ejército no aceptaría el nuevo Gobierno encabezado por Hitler. Schleicher mandó a su ayudante, el capitán Noeldechen, a la estación ferroviaria con la orden de que Blomberg se presentara primero a él.

Mientras tanto, Papen deliberaba febrilmente en la cancillería con Hitler y Hugenberg sobre la formación del nuevo gabinete. Estaban presentes también Dösterberg y el ex capitán de aviación Goering, que debía encargarse del Ministerio del Interior de Prusia y de una futura comisaría del Reich para la aviación. Según el relato de Dösterberg, Pa-

pen ejercía cierta presión con la amenaza de que el gabinete debía estar formado a las once horas, porque de lo contrario marcharía el ejército bajo Schleicher y Hammerstein-Equord. Dusterberg preguntó a Papen de qué fuente había obtenido esta versión y Papen le contestó que se lo había dicho el hijo de Hindenburg. Entonces Dusterberg visitó a éste, encontrando colocado un centinela militar delante de la puerta de su oficina; estaba muy excitado y dijo a Dusterberg que debía recibir a Blomberg en la estación ferroviaria agregando que «ya le pagaría el traidor Schleicher». Al parecer, temía efectivamente que el canciller y ministro de Defensa caído emprendiera una acción contraria, pues hasta entonces había creído que Schleicher estaba de acuerdo con la idea de Papen de «encuadrar» a Hitler. Cuando Blomberg llegó a Berlín, encontró en la estación ferroviaria tanto al capitán Noeldechen como a Oscar von Hindenburg. Aunque era costumbre presentarse primero al superior militar inmediato, en este caso el jefe de la Dirección del Ejército, Blomberg se dirigió directamente al domicilio de Hindenburg, su comandante supremo. Schleicher perdió así la última batalla.

El 30 de enero, a las 11,15 horas, el nuevo canciller del Reich, Adolfo Hitler, hijo de un guarda aduanero austriaco y nieto de un vagabundo, que recién en 1931 había adquirido formalmente la nacionalidad alemana, se dirigió al despacho del presidente del Reich con sus ministros conservadores para prestar juramento.

Poco más tarde, en una reunión social, Papen, convencido de que había obtenido un triunfo, expresó que era un error la creencia de que Hitler había llegado al Poder. Dijo en tal sentido a una persona: «Usted está equivocado, lo hemos contratado para nuestros fines.» Según las declaraciones posteriores de Jodl en Nuremberg, en aquel entonces mayor en el Departamento de Tropas, éste había tenido la impresión de que se había realizado una revolución, pero que se calmaba con la idea de que el venerable mariscal de la Gran Guerra la había aprobado. En su libro *Hombres del caos* el presidente del Senado de Dantzig, Hermann Rauschning, cuenta que en aquellos días encontró en una calle de Berlín a un jefe del Ministerio de Defensa, cuyo nombre no indica, quien estuvo con él en el Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial. Este hombre le preguntó en forma cínica, si también él, Rauschning, se había entregado al «Gran Manicé» (*). Agregó que se necesitaba tal tipo de «domador de leones» o «director del circo» que hiciera chasquear el látigo para dominar las masas. Continuó diciendo que no era misión del ejército proteger a los reaccionarios y que la revolución exigía que uno siguiera la corriente, al igual que en la instrucción de natación, cuando el profesor ordenaba tirarse de cabeza. Finalmente preguntó si Rauschning no estaba convencido también de que se había elegido el hombre adecuado para ese fin.

(*) Expresión de los indios norteamericanos respecto a un personaje misterioso e incomprensible. (N. del T.)



Günther Blumentritt



Von Kluge

Von Stülpnagel
Comandante de las Fuerzas de Ocupación en Francia



General Ludwig Beck



CAPÍTULO XI

UNA COMPANIA DIFÍCIL

El general Luis Beck. — Reichenau

I

Los sucesos más notables del primer año de la dictadura nacionalsocialista fueron: el incendio del Parlamento; la eliminación de la oposición izquierdista; la ley que otorgó al Gobierno poderes extraordinarios; la ceremonia de Potsdam, en la cual el nuevo régimen fué entronizado solemnemente, queriendo reconciliar al parecer en este acto la modalidad prusiana con la revolución; la creación de la policía secreta del Estado (*); la eliminación y autodisolución de los partidos anteriores; la firme consolidación del partido único y la separación del país de la Liga de las Naciones. Muy pronto se confirmó la vieja ley de que toda revolución posee un poder dinámico mayor que la idea conservadora opositora. Después de un año Hugenberg y su «Partido Nacional Popular Alemán», habían perdido toda influencia y Papen había sido reemplazado como primer ministro de Prusia por Goering. En el círculo de sus confidentes Hitler expresó que los reaccionarios deberían estar contentos de que no los hiciera fusilar sencillamente, como habían procedido en Rusia.

Dentro de este cuadro se desarrolló también la historia del Comando en Jefe del Ejército y del Estado Mayor, proyectada sobre un fondo de colores rojos producidos por las llamas del Parlamento, que Goering hizo incendiar con el pretexto de que se trataba de un atentado de los comunistas, a fin de asustar a la burguesía y obtener así la excusa para prohi-

(*) Se trata de la Gestapo, en lo sucesivo se la citará de esta forma. (N. del T.)

bir el Partido Comunista. La gran mayoría del cuerpo de oficiales, por de pronto, tuvo la impresión de que «la cuestión parda» (*) no les interesaba mayormente, aunque por otro lado veían con satisfacción la perspectiva del restablecimiento probable de la soberanía militar. Los generales, que en su mayor parte apreciaban la revolución como un «levantamiento nacional», la habían aprobado; pero esto de ningún modo significaba que el ejército abandonaría su tradicional posición particular. Lo que se realizaba a la vista del jefe de la Dirección del Ejército y del jefe del Departamento de Tropas, efectivamente era una revolución, un fenómeno extraordinario, pues en todas partes y en todas las clases del pueblo se veían ejemplos de verdadera abnegación y de sincero entusiasmo. En las grandes masas, los elementos amantes del orden eran precisamente los que saludaban el aparente renacimiento de las virtudes típicamente alemanas, es decir, el orden y la disciplina. Con maestría Hitler supo inspirar al pueblo alemán, que casi había perdido toda esperanza y estaba hambriento de ilusiones, nuevas esperanzas e ilusiones, procurándose así un caudal de amor y de respeto que le aseguró una enorme popularidad. El prestigio que adquirió de este modo en las masas populares fué uno de los elementos decisivos de la política que habría de seguir más tarde con respecto al ejército.

Con el nombramiento del teniente general Werner von Blomberg como ministro de Defensa, se inició una nueva fase en la evolución del Ministerio de Defensa, que logró un poder tan grande como nunca lo había poseído antes el Ministerio de Guerra en la historia prusiano-alemana. Blomberg llamó a Berlín al jefe de su Estado Mayor de Prusia oriental, el coronel Walter von Reichenau, que fué nombrado jefe del Departamento Ministerial, ascendiendo simultáneamente, al grado de general. Schleicher había renunciado y junto con él también su colaborador más íntimo, el general Von Bredow. Reichenau, hijo de un general muy conocido como experto de balística, fué inicialmente oficial de artillería en la Guardia Imperial y durante la guerra oficial del Estado Mayor. Era un hombre dotado de una ambición napoleónica e íntimamente también estaba convencido de que poseía un talento napoleónico. En su personalidad había algo de la modalidad brillante y rígida de Waldersee. Con su cara aristocrática, cuya distinción aumentaba el monóculo, representaba probablemente para los dirigentes del Partido Nacionalsocialista, en su gran mayoría descendiente de la clase baja de la burguesía, el típico noble de estilo antiguo. Pero, en realidad, poseía una notable aptitud para entender los factores del tiempo moderno — la técnica y las masas — y admiraba a Hitler como el hombre que sabía manejar estos factores, haciendo posible así que pudieran ser empleados a los fines militares. En lo concerniente al Partido mismo y a la SA, opinaba, sin embargo, que ante todo era necesario enseñar disciplina a «los pardos».

Pero Reichenau no era todavía jefe de la Dirección del Ejército, pues-

(*) Se refiere a la organización SA, cuyas camisas eran pardas. En realidad se refiere aquí a todo el Partido Nacionalsocialista. (N. del T.)

to al que aspiraba, porque éste se hallaba aún ocupado por Hammerstein-Equord, cuyos amigos políticos anteriores, Schleicher, Brüning y los líderes socialdemócratas, estaban proscriptos y en parte también detenidos. Aparentemente Reichenau sintió la necesidad de reconocer primero el terreno; por eso, poco después de la fecha en que Hitler asumió el poder, invitó a éste, a los jefes de departamento del Ministerio de Defensa y a los comandantes de agrupación y de regiones militares a una comida en el Ministerio de Defensa. Hitler se mostró en esta oportunidad muy moderado, expresando en un discurso extenso su veneración personal para Hindenburg y su voluntad de mantener la paz con Inglaterra. La mayoría de los generales tuvieron la impresión de que era posible cooperar con este hombre y que de ningún modo perseguía planes extravagantes en el campo de la política exterior, como se le había reprochado tantas veces. En muchos quedó latente, sin embargo, un cierto escepticismo; el general Von Leeb expresó esto más tarde con las palabras siguientes: que había pensado que un comerciante cuya mercadería era buena no tenía necesidad de pregonarla en forma tan ruidosa y con tanta charla.

II

En seguida comenzaron varias innovaciones revolucionarias, que pronto debían aumentar en intensidad. El Departamento de Tropas recibió la orden de preparar la organización de paz del ejército aumentándolo a 21 divisiones, proyectadas hasta entonces sólo para el caso de una movilización; además, debía iniciarse la formación de una organización de reemplazo y la adquisición de artillería pesada y de tanques.

El primer plan preparado al respecto preveía un ejército de trescientos mil hombres con armas pesadas y fuerzas aéreas, lo que en el fondo correspondía también a las ideas de Seeckt. En julio de 1933 se inició en la fábrica Krupp un programa de fabricación de tanques, bajo la denominación de «tractores de agricultura». Empleando los planes de construcción preparados anteriormente, podían fabricarse hasta el otoño los primeros cinco tanques, seguidos por otros cien hasta la primavera de 1934. Como ensayo se formó el primer batallón de tanques, denominado «Destacamento de Instrucción de Motores». Bajo el mando del general de infantería Jorge Thomas, se organizó una Plana Mayor de Economía Militar (una continuación de la Plana Mayor Económica ya existente) para dirigir todas las medidas de preparación defensiva del ejército, con secciones de economía militar, de armamento, de materias primas y de control de precios, representando este órgano, en cierto sentido, un Estado Mayor económico. Cada comando de región militar recibió agregada una inspección de economía militar, encabezada por un general con el rango de comandante de división. Todavía Alemania era miembro de la Liga de las Naciones y el tratado de Versalles oficialmente aún no estaba derogado,

por más que en las conferencias de desarme ya se había declarado repetidas veces que no era posible mantener las exigencias del tratado referentes al desarme alemán, visto el fracaso de todos los esfuerzos para llegar a un desarme general. Por eso, todas las medidas señaladas anteriormente debieron efectuarse, por de pronto, en forma secreta.

También se inició en seguida la ampliación de las fuerzas aéreas. En el Ministerio de Defensa se formó un Departamento de Aviación; pero pocos meses después fué substraído a la jurisdicción de este ministerio y subordinado a Goering, el nuevo comisario del Reich, para la aviación. Empezó así la organización de la aviación como tercera fuerza armada independiente, dirigida por un hombre que no pertenecía a la clase de los generales anteriores, aunque logró que Hindenburg lo nombrara general de infantería. Los oficiales de Estado Mayor del ejército que habían trabajado en la Central de Aviación del Departamento de Tropas, dirigieron las primeras medidas orgánicas de la nueva arma. Pero a su lado aparecieron otros hombres, que en seguida ascendieron al rango de general como el director de la «Hansa Aérea», Milch; y pronto también se entabló una lucha reñida por la posición de la aviación como tercera fuerza armada. Los ex oficiales de Estado Mayor favorecían en general la idea de constituir una aviación del ejército; los conductores del arma aérea, procedentes de profesiones civiles y en parte ex aviadores de la guerra, que se habían hecho nacionalsocialistas convencidos, exigían la formación de una aviación independiente.

En el grupo de los dirigentes superiores del Partido Nacionalsocialista, Goering, Röhm y Himmler eran «los tres grandes», que en una lucha entre bastidores y cada uno por separado, se esforzaban en crearse una fuerza privada; Goering lo hizo primero, pues, como ministro del Interior de Prusia, aprovechó para este fin la policía militarizada prusiana; Röhm hizo lo mismo con la SA y Himmler con la SS. Pronto se vió que Goering trataba de incluir también a la aviación en este dominio privado suyo.

Para satisfacción de los militares fueron suprimidas ahora varias instituciones de la época republicana, consideradas como extrañas a la modalidad del ejército; así fué suprimida la institución de las personas de confianza, elegidas por los soldados y restablecida la justicia militar, substraendo así el ejército otra vez a la justicia civil. El 1 de abril de 1933 fueron nombrados, además, agregados militares a las embajadas de París, Londres, Roma, Moscú y Washington. En el campo de las ciencias militares, que recibieron un impulso considerable, el ex general Von Cöhenhausen, que se había incorporado a la nueva arma aérea, fundó la «Sociedad Alemana para la Política y Ciencia Militar», eligiendo a propósito como fecha de fundación de la sociedad el 28 de junio de 1933, aniversario de la firma del tratado de Versailles. En esta sociedad se reunió un conjunto de destacados militares, que estudiaron los problemas de la guerra total según los métodos de una ciencia universal, que abarcaba también la psicología militar, la técnica militar, la economía militar,

la geografía militar y la geología militar. Fué en este organismo también donde la doctrina del ex mayor general Haushofer sobre el papel dominante del espacio en la historia y política encontró muchos partidarios.

III

Todas estas innovaciones representaban un cierto peligro para la posición del Estado Mayor, teniendo en cuenta el papel dominante que éste había ocupado antes en la vida militar. Por supuesto, los viejos oficiales de Estado Mayor esperaban que la organización anterior sería restablecida y que aquél volvería a tener los mismos derechos de antes, por lo cual estaban dispuestos a aguantar muchas singularidades del nuevo régimen. Muy lentamente reconocieron, sin embargo, que existía una diferencia fundamental entre el «principio de conducción autoritaria» (*) introducido ahora y el principio del Estado Mayor antiguo, basado en el asesoramiento responsable del conductor. Al considerarse seriamente la reimplantación del servicio militar obligatorio o la constitución de una milicia, se presentó en seguida el problema meramente técnico, de qué modo podría realizarse con el reducido personal disponible, la tarea de instruir a las 14 clases que no habían recibido ninguna instrucción militar. Faltaban para ello, además, hasta los medios financieros, pues en 1933 las maniobras de otoño tuvieron que ser suprimidas por razones de economía. La aviación, cuya organización fué adelantada bajo el impulso fuerte de Goering, sin considerar las necesidades del ejército, subtrajo a éste un gran número de excelentes oficiales de Estado Mayor, como por ejemplo, el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, general Wever, el jefe del Departamento del Personal de las Fuerzas Aéreas, coronel Stumpff, el jefe del Departamento de Administración de las Fuerzas Aéreas, coronel Kesselring, los generales Felmy, Wilberg, Wachenfeld y otros más. Sin embargo, estos oficiales no lograron inspirar al nuevo y muy heterogéneo cuerpo de oficiales que se formó en la aviación, el espíritu tradicional del ejército.

En el grupo de dirigentes de la SA había muchos ex miembros de los cuerpos de voluntarios, eliminados del ejército por el Estado Mayor en los años 1919 y 1920. Este nuevo ejército político, que no quería prestar servicios al Estado sino a una idea — a una doctrina de salvación social e ideológica — contaba con unos 400.000 hombres armados, reunidos en 24 agrupaciones, que correspondían en cierto modo a los cuerpos de ejército. Durante aquellos días en que Hitler llegó al poder, la SA muchas veces fué empleada como policía auxiliar, en cuya tarea desarrolló un régimen de terror de carácter singular. Varios dirigentes de la SA, que en parte eran tipos de mercenarios feroces con antecedentes penales, por

(*) Principio del Führer. (N. del T.)

haber cometido asesinatos dispuesto por los tribunales secretos ilegales y en parte relacionados entre sí por la infeliz pasión homosexual, como Röhm mismo, Carlos Ernst en Berlín, Edmundo Heine en Breslau y Juan von Heydebreck en Stettin, organizaron para su uso las llamadas «guardias de plana mayor» y empezaron a gobernar por su propia cuenta. Röhm organizó unidades de caballería, de aviación, de zapadores y de comunicaciones. El «Casco de Acero», considerado hasta entonces en cierto modo como una organización de reserva del ejército, fué destruído metódicamente por su tendencia conservadora y quedó subordinado al comando de la SA. El jefe del «Casco de Acero», Seldte, que había sido nombrado ministro de Trabajo, transigió con esto. El segundo jefe, Dusterberg, que protestó desesperado ante Blomberg y Reichenau contra la subordinación de los ex combatientes a un pederasta, recibió como contestación que tales cosas ahora no eran de importancia y que solamente un jefe anticuado podía sentirse escandalizado por esto.

Había en todo esto muchas analogías con los primeros años del gobierno de Mussolini en Italia. También los «squadristi» fascistas, las tropas de asalto del nuevo movimiento, combatientes desarraigados y descarriados (formaciones que fueron más tarde el núcleo de la milicia fascista), conducidos por ex oficiales, se habían enfrentado en una oposición hostil a los viejos generales del reinado. Al igual que Goering en Alemania, Balbo había creado como ministro de Aviación fascista una nueva arma aérea, que pronto se puso en oposición al Estado Mayor y exigió para sí la conducción de todas las fuerzas armadas. Al igual que Mussolini, pero en una medida mucho mayor Hitler, dictador de un moderno Estado industrial, poseía una intuición superior para aprovechar totalmente los modernos progresos de la técnica en materia de radio, del automóvil y de la aviación.

Ludendorff había enseñado que el lema de un futuro rearme alemán debía ser no sólo la reimplantación del servicio militar obligatorio sino también la creación de una concepción mundial alemana, de una «ideología alemana». Los miembros de la SA se consideraron como los predestinados a difundir tal ideología, aunque la suya no coincidiera en todo con la de Ludendorff respecto a la supuesta existencia de una conspiración mundial de masones, judíos y jesuitas contra Alemania. Tal proceder llevaba en el fondo a una completa militarización de la política, lo que no es extraño si se recuerda que también Hitler se consideraba un «soldado político». Esta ideología revolucionaria se enfrentaba ahora con la modalidad del oficial, representada por la Dirección del Ejército, que, guardando conscientemente la tradición prusiana y la base cristiana, se apartaba completamente de todas las ideas políticas, fiel a la educación inculcada por Seeckt al cuerpo de oficiales. Éste era el motivo por el cual Seeckt siempre había insistido en forma decidida ante Hitler que él mismo debía «ser Seeckt», lo cual equivalía tanto al mantenimiento de la conducta tradicional del cuerpo de oficiales, como al sostenimiento de los valores conservadores prusianos, desarrollados en una larga educación. Pero a la larga, ningún ejército del mundo puede vivir apartado por com-

pleto de su época y del régimen de gobierno contemporáneo; debe asimilarse a éstos o de lo contrario tratar de modificar el carácter del régimen gubernamental existente.

Aunque los oficiales veían con satisfacción el entusiasmo nacional y las intenciones de restablecer la soberanía en el orden militar, en el fondo se hallaban desconcertados ante el fenómeno de la revolución nacionalista. Hammerstein-Equord trató de restablecer sus relaciones anteriores y empezó a estudiar la situación con Schleicher y Brüning, que se había refugiado en el hospital de Santa Hedvigia de Berlín y vivía allí para protegerse contra las persecuciones de los nacionalsocialistas. Ya en la primavera de 1933 Brüning fué informado sobre un gran plan de acción contra el nuevo régimen, declarando más tarde que fué preparado con forma muy deficiente. Cuando Seeckt supo que Schleicher se deshacía en ataques de rabia y expresiones maliciosas contra los nuevos potentados, opinó melancólicamente que todo esto era un «juego inútil». Pero Hammerstein y Schleicher de ningún modo querían dejar seguir las cosas. Schleicher estaba convencido firmemente de que podría recuperar la confianza del presidente del Reich y que entonces tendría nuevas posibilidades de actuar. El terror del nuevo régimen contra los partidos de la izquierda y los judíos ya había llamado la atención de la publicidad mundial, pero muy pronto fué dirigido también contra los ex aliados de la derecha.

En el ejército el problema era saber cómo pensaban los comandantes de las regiones militares. Rauschning, muy preocupado por el desarrollo de la situación, habló en aquel entonces con el ministro de Defensa mismo y con el general Von Brauchitsch, el sucesor de Blomberg como comandante de la primera Región Militar. Brauchitsch declaró que el rearme exigía que el ejército no fuera molestado con otros asuntos; por eso, una dictadura militar era imposible; además, no debía repetirse nunca el error de Ludendorff de cargar con la responsabilidad total. El ejército debía mantenerse neutral. Ni los viejos sindicatos obreros ni el «Casco de Acero» ni tampoco el Partido Nacional Popular Alemán tenían ya la confianza de las masas, pues estas organizaciones se habían vuelto estériles y por eso el ejército no había estado dispuesto a apoyar ni a Hugenberg ni a Papen. En forma muy semejante se expresó Blomberg, a quien antes había impresionado tanto en la Unión Soviética la conducta del proletariado y sus simpatías por los asuntos militares. En la literatura militar alemana se propagó la idea de una alianza entre la modalidad prusiana y el socialismo, expresado como «la unión del frente de combate y del frente de trabajo», de lo cual resultaba el triunfo del soldado sobre el ciudadano. Frente a semejante ideología, fracasaron todas las tentativas de los militares responsables del Ministerio de Defensa sobre los horrores y medidas de terror que el nuevo régimen cometía contra los judíos y contra todas las personas que pensaban en forma distinta al partido del gobierno. Cuando el secretario de Estado en el Ministerio del Interior prusiano, Heriberto von Bismarck-Lasbeck, de filiación conservadora, visitó a Blomberg con esta intención, éste le contestó que era oficial y que tenía que obedecer. Cuando Bismarck le dijo entonces que no había

venido a hablar con el general sino con el ministro Von Blomberg, que, como tal, tenía también una responsabilidad política según la Constitución, Blomberg golpeó con el puño sobre la mesa y declaró que no admitía tales conversaciones en su oficina.

IV

Hasta entonces todos los planes del Departamento de Tropas se habían basado en la buenas relaciones con la Unión Soviética y en el hecho de que Alemania era miembro de la Liga de las Naciones. Seeckt había advertido constantemente de que se mantuviera libre la espalda. Las viejas preocupaciones respecto a Polonia se vieron confirmadas cuando Pilsudski, en abril de 1933, hizo preguntar en París si Polonia podría contar con la ayuda militar francesa para derribar el régimen hitlerista mediante una guerra preventiva. Pero Francia se negó a esto. En 1933 Seeckt publicó su libro *Alemania entre el este y oeste*, que representaba una advertencia silenciosa. En su opinión el destino militar y político del Reich dependía de las buenas relaciones con Rusia; por otra parte, las relaciones con ésta y China podían producir también ventajas económicas. En 1933 el general Thomas hizo un viaje a Rusia y a su regreso trató de explicar a Hitler la necesidad de mantener buenas relaciones económicas con el este, las cuales eran indispensables para el rearme alemán. Hitler le contestó que todo esto eran «aldeas de Potemkin» (*) y que todo contacto con Rusia sólo podía tener consecuencias destructivas. Al comienzo de 1934 el mariscal Chiang Kai Shek contrató a Seeckt como supremo consejero militar de su país, donde comenzó a organizar las unidades de instrucción chinas. También esto fué observado por Hitler con escepticismo. Cuando el general Thomas propuso a Hitler la intensificación de las relaciones económicas con China, cuyo ejército en aquel entonces era dirigido exclusivamente por consejeros militares alemanes, tuvo que escuchar de él que sólo haría una «política realista». La idea que tenía Hitler de tal política realista se basaba en las impresiones que había recibido durante su juventud en Austria, donde presencié la lucha entre alemanes y eslavos dentro de la monarquía habsburguesa. Desde este punto de vista, los eslavos eran el enemigo número 1 e Inglaterra, Italia y Japón los aliados naturales. Así fué abandonada la amistad política con Rusia y China perseguida hasta entonces por el ejército, aunque el Gobierno soviético se mostraba dispuesto a continuar las buenas relaciones con Alemania, hasta con el Gobierno nacionalsocialista, a pesar de todas las diferencias de opinión de orden ideológico. En noviembre de 1934, en el banquete tradicional que se celebró en Berlín con motivo del aniversario de la revolución de octu-

(*) Son las célebres aldeas teatrales que el favorito Potemkin hizo construir durante el viaje de la emperatriz Catalina por el interior del país para engañarla. (N. del T.)

bre ruso, el ministro de Defensa, general Von Blomberg brindó por última vez por el Ejército rojo en la forma hasta entonces habitual.

Igualmente cambió la política con respecto a la Liga de las Naciones, en la cual se habían basado en parte los planes defensivos del Departamento de Tropas, cuando las negociaciones sobre el desarme fracasaron y cuando se pudo lograr un reconocimiento claro de la igualdad de derechos de Alemania. En el otoño de 1933 Hitler decretó la separación de Alemania de la Liga de las Naciones. Ya en la primavera del mismo año, Blomberg había emitido una orden secreta, según la cual, en caso de que Francia aplicara sanciones contra el nuevo régimen alemán, debía prestarse resistencia militar sin considerar las perspectivas de éxito. Después de la separación de la Liga de las Naciones, se dió al Departamento de Tropas una directiva en el mismo sentido, ordenándole preparar medidas de resistencia en el oeste contra eventuales sanciones francesas, en cuyo caso se pensaba realizar una defensa en la línea del Rin y de la selva Negra; en el este debía defenderse el territorio de Prusia oriental y la línea de los ríos Obra y Netze. Bajo el nombre (de encubrimiento) de «Empresas de Enseñanza» fué preparada, además, la intervención de las tropas de policía, de la protección de ferrocarriles y del servicio aduanero fronterizo, todos bajo la conducción militar, para cubrir las medidas de evacuación en el oeste. Expresamente Blomberg se reservó el derecho de dar su autorización para el empleo de las tropas en cada caso, pues trataba de evitar lo más posible una complicación internacional, en vista de que el ejército en realidad era demasiado débil para ofrecer resistencia en un conflicto serio.

Sin informar de ello a la Dirección del Ejército, Hitler inició, por su parte, negociaciones con Pilsudski, que en enero de 1934 condujeron a un tratado de amistad entre Alemania y Polonia; este pacto, según el concepto de Hitler indudablemente representaba una compensación a la pérdida de la amistad con Rusia. Resultó raro que, precisamente en esta fase, cuando terminaron las viejas relaciones amistosas entre el Ejército alemán y el Ejército rojo, un agente del servicio secreto polaco, el capitán Von Sosnowski, se posesionara de los planes que fijaban la cooperación ruso-alemana en el caso de un ataque polaco. Logró esto con la ayuda de algunas de las secretarías prolijamente elegidas, de descendencia noble, que trabajaban en el Ministerio de Defensa. Los informes que consiguió al parecer eran muy importantes. Pero el momento no era apropiado para hacer revelaciones sensacionales; más bien estos documentos demostraron al Estado Mayor polaco el valor de la amistad que había establecido recientemente con Alemania.

V

Mientras tanto, se realizó en el otoño de 1933 un notable cambio en los puestos superiores del ejército. El teniente general Adam debió abandonar su cargo de jefe del Departamento de Tropas por haber ofrecido resistencia a ciertas medidas nacionalsocialista y fué nombrado comandante de la 7.^a División de Infantería en Munich, cuyo titular anterior, el general Von Leeb, fué nombrado comandante de la Agrupación número 2, en Cassel. Como nuevo jefe del Departamento de Tropas fué nombrado el teniente general Beck, hasta entonces comandante de la 1.^a División de Caballería. Poco después Hindenburg ascendió a Blomberg a coronel general, nombrándolo comandante en jefe de las tres fuerzas armadas. De este modo quedaba reunido ahora en sus manos un poder tan grande como nunca lo había tenido antes un ministro de guerra prusiano, ante todo si se consideraba su posición no sólo desde el punto de vista militar sino también político. También Goering quedó ahora subordinado a Blomberg en su calidad de comandante en jefe de las fuerzas aéreas, aunque no como comisario del Reich para la aviación.

Debido a la complicación de las facultades del Ministerio de Defensa, Blomberg se vió en la necesidad de transformar el anterior Departamento Ministerial en un órgano de dirección y de coordinación, el cual fué colocado jerárquicamente por encima del Departamento de Tropas del ejército, de la Dirección de Guerra Naval de la marina y el Estado Mayor de las fuerzas aéreas, a fin de garantizar una cooperación oportuna entre las tres fuerzas armadas y armonizar sus intereses particulares. Recordando la falta de cooperación operativa entre el Estado Mayor General y el almirantazgo durante la Primera Guerra Mundial, la creación de tal órgano le pareció indispensable. El general Von Reichenau favoreció esta idea, convirtiéndose él mismo así en cierto sentido en el jefe de Estado Mayor de las fuerzas armadas. La denominación del Departamento Ministerial se modificó en «Departamento de Fuerzas Armadas», constituyéndose dentro del mismo una división operativa propia, la llamada «División de Defensa del País», formada por varios oficiales de Estado Mayor del ejército, de la marina y de la aviación. Esta evolución sin precedentes representó en el fondo el comienzo de la decadencia del Estado Mayor. Para hacer una comparación, por ejemplo, con los años 1914 a 1918, de haberse formado este órgano en aquella época, habría tenido que constituirse dentro del anterior Ministerio de Guerra prusiano un Estado Mayor especial, como órgano coordinador entre los comandos en jefe del ejército y de marina, al lado o por encima del Comando en Jefe del Ejército.

En esta situación el teniente general Luis Beck, considerado desde hacía mucho tiempo como uno de los mejores estrategas del ejército, inició sus funciones como jefe del Departamento de Tropas, el 1 de

octubre de 1933. El cargo de jefe del Estado Mayor era ocupado ahora por un hombre que no descendía de las viejas familias prusianas radicadas en el campo, sino de una de las familias de la industria alemana. Su abuelo había sido secretario en el Ministerio de Guerra de Hesse-Darmstadt y la abuela hija de un profesor de medicina en la Universidad de Giessen. De los dos hermanos del padre uno fué oficial de artillería y después pasó a la gendarmería de Hesse-Darmstadt, ascendiendo al rango de general; el otro fué fabricante de máquinas y al mismo tiempo profesor de la Escuela Superior Técnica de Darmstadt. El padre mismo, Luis Beck, fundó en Biebrich, cerca de Wiesbaden, la firma «Luis Beck y Compañía», a la cual perteneció una gran fundición de hierro, la llamada «Herrería del Rin». Además adquirió fama como sabio, pues editó una obra de cinco tomos sobre la historia del hierro. El hijo, nacido en Biebrich en 1880, se inició en la carrera de oficial en el arma de artillería, se incorporó en 1913 al Estado Mayor General y al fin de la guerra, en 1918, era mayor en el comando de grupo de ejército mandado por el príncipe heredero Guillermo, cuyo jefe de Estado Mayor era el general Von der Schulenburg. Beck poseía muchos rasgos de la personalidad de su padre, en el cual se habían reunido — un caso raro en la industria alemana — el talento técnico y la capacidad comercial junto con las virtudes de un hombre sabio. Los retratos del general Beck, que muestran una faz fina y bien perfilada, hacen reconocer sin embargo, algo más, la existencia de una sabiduría filosófica, casi sobrehumana y la actitud de un Séneca frente a un mundo que se derrumba. Con Beck se encargó de la jefatura del Estado Mayor nuevamente un hombre cuya modalidad era muy semejante a la del viejo Moltke; sólo que debió actuar bajo condiciones totalmente distintas.

Moltke había llevado al Estado Mayor a su posición dominante; Beck debió enfrentar el hecho consumado de su decadencia irremediable. El Departamento de Tropas ocupaba en 1933 el cuarto lugar de la jerarquía militar, pues se hallaba subordinado al ministro de Defensa, al jefe del Departamento de Fuerzas Armadas y al jefe de la Dirección del Ejército. Beck se vió frente al conflicto inevitable entre la tradición del Estado Mayor y la modalidad revolucionaria del «soldado político», que había encontrado su expresión militar ante todo en el ambicioso y talentoso jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, el general Von Reichenau. A esto se agregó otro conflicto latente con Goering, que trataba de lograr la primacía de la aviación sobre el ejército. Beck no estaba en condiciones de conducir todas estas luchas en forma directa, dado que el jefe del Departamento de Tropas no poseía ya una posición inmediata (*); sólo podía actuar por intermedio del jefe de la Dirección del Ejército, del cual era el primer consejero. Desde un principio Beck defendió la tesis de que todo conflicto futuro de Alemania tendría que ser una guerra terrestre y que, por eso, el papel decisivo en la misma correspondería al

(*) Posición que permitía antes al jefe de Estado Mayor informar directamente al soberano. (N. del T.)

ejército y a sus tradicionales armas principales, la infantería y la artillería y no al arma blindada, cuyo apóstol era el coronel Guderian, como tampoco al arma aérea, cuya importancia operativa decisiva era destacada por Goering según las ideas del general italiano Douhet. No deja de ser significativo, tanto porque la artillería había llegado a ser la segunda arma en el Ejército alemán después de la guerra 1914 y 1918, como por una especie de camarilla nacida dentro de la oficialidad, que los dos jefes de Estado Mayor y de la Dirección del Ejército durante los años 1934 a 1947, los generales Beck y Halder y Fritsch y Brauchitsch, respectivamente, así como los más destacados oficiales del Departamento de Fuerzas Armadas, Reichenau, Keitel, Jodl y Warlimont, fueran todos oficiales de artillería. Beck de ningún modo estaba convencido del valor del «soldado político» tan apreciado por Blomberg y Reichenau. Tampoco creyó en la necesidad de separarse de la Liga de las Naciones y de romper las relaciones con el Ejército rojo; apreció estos hechos como el comienzo de un aislamiento fatal en el campo de la política exterior.

Pero Reichenau, el gran opositor de Beck en estos primeros años, poseía la simpatía y confianza de Blomberg que, por su parte, se esforzaba en reunir en sus manos todo el poder de mando sobre el ejército.

VI

Hammerstein-Equord, como conocido adversario del nacionalsocialismo, privado ya de toda influencia y vigilado por la Gestapo, no hizo nada en realidad para apoyar a Beck. Quizá confiaba en los trabajos de Schleicher para derrocar el régimen nacionalsocialista, o quizá se comportara así porque era su defecto más grave. A fines de 1933 fué pasado a retiro. Hitler dijo más tarde que lo consideró como su adversario más peligroso.

Posiblemente creyó Reichenau que ahora había llegado el momento para él como «general adicto al Partido»; pero la influencia de la vieja escuela de Seeckt era todavía más poderosa. Los dos comandantes de agrupación, Rundstedt y Leeb, así como todos los jefes de división de la Dirección del Ejército, no estaban dispuestos a trabajar bajo las órdenes de Reichenau. Tampoco gustaba su modalidad inquieta y brillante al anciano presidente del Reich. Como sucesor de Hammerstein-Equord fué nombrado el teniente general Von Fritsch, hasta entonces comandante de la tercera Región Militar. En este cargo le sucedió el coronel Von Witzleben, anteriormente comandante de infantería de la 6.ª División, un típico noble prusiano, que dijo de Hitler en forma despreciativa que «este tipo» nunca le había merecido respeto alguno. Como jefe de su Estado Mayor fué nombrado el coronel Von Manstein, uno de los jóvenes oficiales de Estado Mayor más capaces.

Fritsch descendía de una familia sajona. El antepasado, hijo de un librero de Leipzig, fué ennoblecido como consejero de la corte de Sajonia,

pues había defendido como ministro los intereses sajones al negociarse en 1763 la paz de Hubertusburgo. Varios otros miembros de la familia habían prestado servicios como ministros o altos funcionarios en los principados sajones de Turingia. El padre de Fritsch fué general. Su madre descendía de la familia de Bodelschwingh de Westfalia y era una parienta del célebre teólogo de ese apellido. De esta descendencia provenía el aspecto conservador y cristiano de su personalidad, pero también una cierta modalidad de epígono y una actitud penosamente mantenida en medio de un mundo tambaleante.

Cuando Fritsch, el 1 de febrero de 1934, asumió su nuevo cargo como jefe de la Dirección del Ejército, después de haber tenido una entrevista con su ex superior Seeckt, todos los jefes de Departamento de esta Dirección eran aún hombres del tipo antiguo. No solamente Beck, el jefe del Departamento de Tropas, sino también el jefe del Departamento de Personal, general Von Schweler, el jefe del Departamento de Administración, general Karmann, el jefe del Departamento General del Ejército, teniente general Federico Fromm — quien durante largos años había sido el encargado del presupuesto en el Ministerio de Defensa — y el jefe del Departamento de Armas, general de infantería Federico Liese. Todos eran típicos representantes del ejército profesional y todos eran oficiales de Estado Mayor que habían ascendido a su grado y cargo en una época turbulenta, en la cual habían aprendido a vencer con tino y dignidad, las dificultades de toda índole y conservar así mediante un método de adaptación, la integridad del ejército a pesar de todo.

En el campo de la política militar la situación se había aclarado un poco, al admitir el ministro de Relaciones Exteriores inglés, sir John Simon, ante la Cámara de los Comunes que el Reich moralmente podría exigir la igualdad de derechos, dado que todas las intenciones de desarme habían fracasado. Todo dependía ahora de la forma en que el Gobierno alemán explotaría estas declaraciones y si sabría hacerlo con la suficiente habilidad y el debido tino. Según el criterio de Fritsch y Beck, la realización práctica de la igualdad de derechos militares no podía significar otra cosa que la organización de un ejército capaz de asegurar la integridad del Reich frente a sus vecinos fuertemente armados, esto es, Checoslovaquia, Polonia y Francia. Basándose en las experiencias adquiridas en la guerra de 1914 a 1918, ambos estaban convencidos de que cualquier guerra en varios frentes en el futuro sobrepasaría las fuerzas del Reich. Beck desarrolló, además, la teoría de que la época de los duelos con dos participantes solamente había pasado a la historia y que en esta nueva época de la economía mundial cada contienda forzosamente debía convertirse en una guerra de coalición, por lo cual un avance preventivo contra uno u otro de los vecinos tampoco ofrecía ya perspectivas de éxito, dado que cualquier contienda debía transformarse en una guerra en varios frentes. Beck rechazó enérgicamente la tesis de Ludendorff referente a la guerra total. De este modo, la suprema exigencia que el nuevo jefe del Estado Mayor presentó a la conducción política fué que siguiera una orientación tendente a evitar complicaciones exteriores, lo que, por supuesto, no excluía el de-

recho de defenderse en caso de ser atacado. Todos los militares inteligentes sabían muy bien que la organización de un nuevo ejército exigía un período tranquilo. Es cierto que, por de pronto, no había ningún indicio de que Hitler estuviera preparando planes que pudieran conducir a una guerra. Al contrario, sus numerosas propuestas de paz y proyectos de pactos, producían la impresión de que hacía sinceros esfuerzos para llegar a una política de entendimiento. Los generales no tenían conocimiento en aquel entonces de los monólogos desorbitados que desarrollaba ante sus invitados a la hora del té, pues ninguno era admitido allí en tal circunstancia. Aparentemente el ex cabo sentía complejos de inferioridad frente a ellos; de otro modo no es comprensible que contara más tarde a Keitel y Halder que había sido teniente en un regimiento de infantería bávaro, interpretando así con demasiado eufemismo su posición de «oficial de instrucción» (*) y agente político en una unidad militar.

Fritsch, como jefe de la Dirección del Ejército, se dedicó por de pronto no tanto a los problemas exteriores como a los interiores, es decir, al conflicto con el Ejército políticorrevolucionario de la SA y sus exigencias. Al igual que Beck, Fritsch se vio frente a un hecho consumado; la revolución y al organizar el nuevo ejército no estuvo en condiciones de ejercer simultáneamente una influencia decisiva sobre el desarrollo de la política, como pudieron hacerlo Scharnhorst y Gneisenau, sino que se vio en la necesidad de defenderse contra las tendencias abusivas de la misma. Los celos de la SA y del Partido Nacionalsocialista forzosamente debían dirigirse contra el ejército, ya que éste representaba el instrumento de educación tradicional del pueblo en el sentido nacional y que, al reimplantarse el servicio militar obligatorio, podía recuperar una gran influencia por tal actividad, mientras que, por otro lado, la SA y el Partido, se consideraban a sí mismos como los predestinados a difundir una nueva educación ideológica. El primer conflicto en el orden espiritual se produjo al tratarse la conveniencia de mantener o abolir a los capellanes militares, defendidos por Fritsch y Beck, como también por los generales católicos, como Leeb y Kress von Kressenstein.

En una de las anotaciones que Fritsch escribió posteriormente en los días de su caída en 1938, él mismo había encontrado un «montón de escombros».

VII

Al mismo tiempo se hizo evidente que la vida del anciano Hindenburg se acercaba a su fin. Para entonces se discutía en los círculos conservadores la posibilidad de establecer una «regencia» o restablecer la monarquía, siendo favorecida la segunda solución por una parte de las anteriores asociaciones de ex oficiales, reunidos ahora en la «Unión de Oficiales Ale-

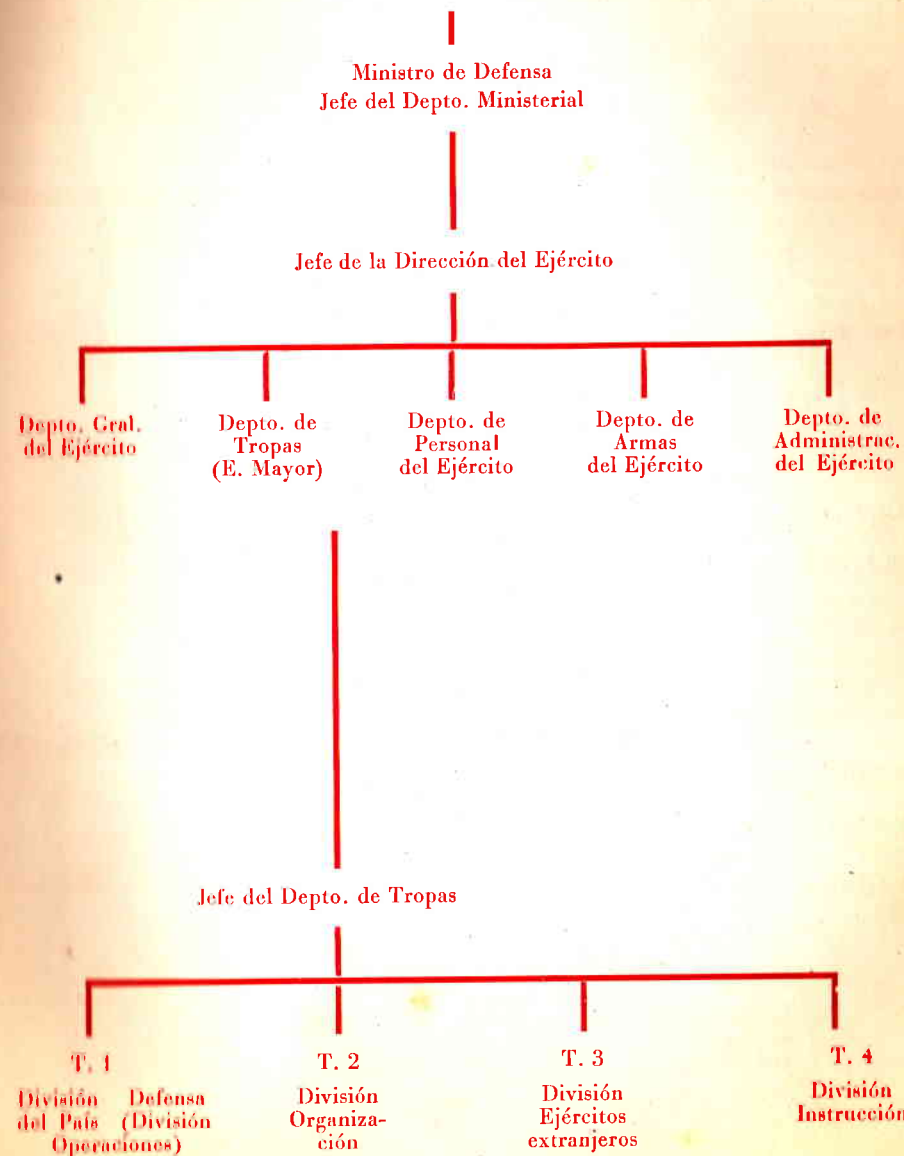
(*) En realidad «oficial de propaganda». (N. del T.)

ORGANIZACION DEL ESTADO MAYOR

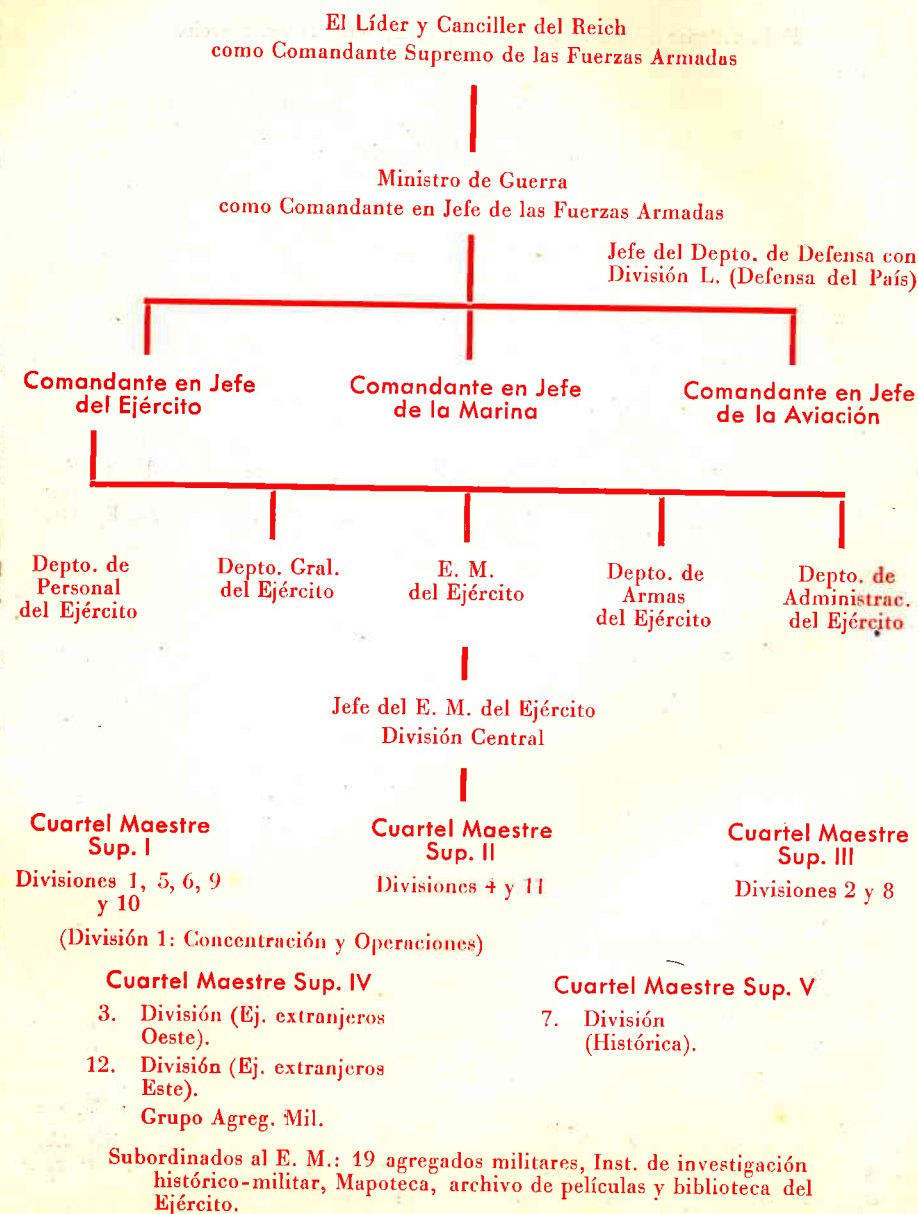
CUADRO V

DEPARTAMENTO DE TROPAS. 1932

El Presidente del Reich como Comandante en Jefe del Ejército



EPOCA DE BECK. 1935 - 38



manes». Papan, cuya influencia mientras tanto había disminuído continuamente, trató de reunir los círculos conservadores y católicos en la asociación «Cruz y Águila» en la «Unión Cooperativa de Católicos Alemanes», encabezada por el conde Thun. Finalmente existía aún el círculo de Schleicher, Bredow y Hammerstein-Equord, que perseguía sus propios planes de acción y cuyos detalles hasta ahora no se conocen, dado que los documentos de Schleicher cayeron después en manos de Hitler.

Muy pronto se vió que las asociaciones ilegales, al estilo de la SA, perseguían también objetivos ilegales. Durante todo el año 1933 habían continuado las negociaciones entre el Departamento de Fuerzas Armadas y el departamento General del Ejército, por un lado y el jefe de instrucción de la SA, el comandante de grupo superior Krüger, por el otro, sobre la regulación de las relaciones entre la SA y el ejército, dando como único resultado una serie de diferencias de opinión irreconciliables. Reichenau, que personalmente tuvo un incidente violento con el comandante de grupo de la SA Von Jagow, trató de organizar la educación premilitar de la juventud con la ayuda de la «Juventud Hitlerista» (la organización del partido para la juventud) por medio de cursos de instrucción militar para estudiantes. Con este fin fueron destacados algunos oficiales del Estado Mayor como profesores de política militar y de deportes militares a las más importantes universidades prusianas. La intención de llegar a una instrucción militar uniforme, fué dificultada continuamente por los «campamentos militares» y las llamadas «escuelas de deporte campestre», ambos organizados por la SA e igualmente por la introducción del Servicio de Trabajo Obligatorio, cuyo jefe llegó a ser el ex coronel y político nacionalsocialista Hierl, ex comandante de un cuerpo de voluntarios, que formó un propio cuerpo de dirigentes para este servicio. Finalmente la SA organizó un departamento de política militar propio, que se convirtió en un centro de política militar nacionalsocialista y cuyos protagonistas, como el ex coronel Haselmayr, ya antes había tenido controversias con Seeckt.

Reichenau se apoderó totalmente de la dirección de esta lucha contra la SA, pasando la Dirección del Ejército a segundo plano. Blomberg y Reichenau exigieron que el presupuesto de instrucción de la SA fuera controlado por el Departamento de las Fuerzas Armadas y que la SA fuera considerada como un instrumento de la educación premilitar, debiendo ser vigilada por tal causa constantemente por los órganos del ejército. Desde este punto de vista, Reichenau había favorecido inicialmente la reunión del «Casco de Acero» con la SA; pero los soldados licenciados del servicio militar debían incorporarse a las «Asociaciones de ex soldados», difundidas por él. Fritsch dudaba de que el ejército pudiera disponer del personal de instrucción necesario para hacer tales experimentos; por otro lado, el Partido Nacionalsocialista sospechó que las «Asociaciones de ex soldados» podrían convertirse en una organización competidora en el campo de la educación del pueblo y Röhm las consideró como una tentativa de suplantarse paulatinamente a la SA. Por eso exigió que la educación militar del pueblo fuera tarea exclusiva de la SA,

soñando él mismo con la idea de hacerse comandante en jefe de un gigantesco ejército revolucionario alemán. Al parecer, no podía contentarse con los dos rangos que había logrado en su carrera militar: el de capitán del Ejército alemán y el de teniente coronel en el Ejército boliviano. Entre los feroces mercenarios que dirigían ahora la SA reinaba además la opinión de que la obtención del poder el 30 de enero de 1933 en realidad no había sido una verdadera revolución; en ella no se había derramado la suficiente cantidad de sangre, pues sólo pudieron saldarse las cuentas a los adversarios comunistas y socialdemócratas, pero no a los reaccionarios feudales, a los que esta gente, socialmente descalificada, odiaba aún mucho más que a sus enemigos de la izquierda. Röhm, cuando estaba de mal humor, muchas veces daba a Hitler el sobrenombre de «cavilador».

En aquel entonces Jodl hablaba de Röhm como de un «criminal», del mismo modo como denominaba a Hitler un «charlatán». En el Ministerio de Defensa se creyó conveniente en esa época reforzar las guardias para protegerse contra los ataques sorpresivos.

La decisión, sin embargo, no se produjo en la lucha entre la Dirección del Ejército y los dirigentes de la SA, sino en la que sostenía el jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, el general Von Reichenau contra Goering, que consideraba a Röhm como su rival en sus aspiraciones al comando en jefe de las fuerzas armadas, y contra Himmler, el jefe supremo de la SS, nominalmente todavía subordinada a la SA, pero aspirando a la independiencia de su organización y al control sobre toda la policía alemana. Dentro de lo que fué posible conocer al desarrollo de esta lucha, en medio del triángulo de estos actores, Hitler no fué el impulsor sino el impulsado, que finalmente tuvo que decidirse entre el ejército y la SA en vista de que se acercaba la muerte del presidente del Reich sin estar resuelta la sucesión. Hasta ahora no fué posible aclarar el papel que desempeñaron los planes de Schleicher en el laberinto de estas luchas intestinas sobre los distintos poderes. Al comienzo de 1934 el ex general Von Bredow, antes el más íntimo colaborador de Schleicher, visitó a París. Schleicher mismo conocía bien a François Poncet, el embajador francés en Berlín. De todos modos el ministro de Relaciones Exteriores francés Barthou, poseía en la primavera de 1934 informes secretos de que pronto se produciría un cambio de régimen en Alemania. No se sabe de qué fuente le llegaron estas noticias y tampoco a qué clase de cambio se refirieron, si a un régimen de Röhm o de Schleicher.

En febrero de 1934, Blomberg ordenó que el Ejército colocara en sus cascos de acero, gorras y chaquetillas el emblema del Partido Nacional-socialista para mostrar también exteriormente el enlace estrecho entre el Ejército y el nuevo régimen, de acuerdo con su intención política de reconciliar el Ejército con la nueva época. En marzo se produjo el primer indicio de la forma en que Hitler pensaba resolver la cuestión de la SA. En una reunión en el Ministerio de Defensa, en la cual participaron los comandantes de regiones militares y los comandantes de grupos de la SA, Hitler pronunció un discurso en el que destacó manifestamente que el Ejército era la organización armada de la nación y la SA «el pe-

lotón de choque ideológico», determinando de esta manera misiones diferentes para ambas instituciones. A pesar de esto la tensión no disminuyó. En 1926, en una situación semejante, Balbo había tratado de efectuar, a espaldas de Mussolini, un pronunciamiento de la aviación fascista contra la Casa Real. Röhm persistió en sus exigencias. Dentro de lo que se puedan creer, las declaraciones posteriores de Hitler a este respecto, tampoco una conversación de varias horas entre él y Röhm dió un resultado satisfactorio. En esos momentos Hindenburg, gravemente enfermo, se trasladó a su posesión de Neudeck, desapareciendo de este modo del teatro de los acontecimientos.

VIII

El 17 de junio de 1934, Papen pronunció un discurso sensacional ante los estudiantes de la Universidad de Marburgo, cuyo lema fué que cada revolución debía tener su fin y que el derecho y las leyes debían ser restablecidos. Pero en realidad Papen no poseía ya influencia alguna, porque no disponía de ningún poder concreto como Goering, Röhm, Himmler y Reichenau. Los potentados nacionalsocialistas reaccionaron instantáneamente. El ministro de Propaganda, Dr. Goebbels, prohibió la publicación del discurso del vicescanciller del Reich. El colaborador de Papen, Dr. Edgar Jung, fundador de un círculo opositor de conservadores jóvenes, que había preparado el discurso, fué detenido. Tanto Goebbels como Rodolfo Hess, el sucesor de Hitler y jefe de la cancillería del Partido, hicieron advertencias muy enérgicas a los círculos reaccionarios para que no fueran a creer que podían hacer «oposición en los salones». Si esta actitud de Papen de por sí ya fué extraña, porque el discurso severo que pronunció no se basaba ni en la intención ni en la posibilidad de hacer algo, más rara aún fué la actitud de Röhm, que a fines de junio licenció a toda la SA e hizo comunicar a Fritsch que esperaba que el conflicto se arreglaría en forma pacífica. Él mismo salió de Berlín y se trasladó con su séquito a Bad Wiessee para hacer allí una cura de baños; los comandantes de grupo de la SA fueron citados también al mismo lugar para una reunión.

Esta conducta no permitía suponer que se estaba preparando un pronunciamiento, sino más bien que la decisión sería postergada. Pero ni el general von Reichenau, ni Goering, ni Himmler estaban interesados en tal postergación, sino que estaban convencidos de que había que resolverlo antes de que Hindenburg cerrara los ojos para siempre. Hitler contó más tarde repetidas veces, que había tenido informes sobre una rebelión inminente de la SA; es muy probable que dichos informes le hayan sido entregados por algún interesado para obligarlo a tomar una decisión final al respecto, ya que le costaba tanto tomar las decisiones fundamentales. Era de esperar que esta resolución fuera tomada en favor del Ejér-

cito, que representaba el único instrumento de poder real en este momento, pues una lucha de la SA contra las ametralladoras y las piezas de artillería del Ejército no ofrecía ninguna perspectiva de éxito para aquélla, a pesar de su superioridad numérica.

El 30 de junio de 1934 se publicó, en el *Observador Popular* (*) un artículo de Blomberg sobre la fusión del Ejército con el Estado, que representa un apartamiento consciente de las ideas de Seeckt y el abandono del aislamiento del Ejército en su posición de «imperium in imperio». Con relación a esto debe considerarse muy dudosa la afirmación de Hitler de que la SA quería realizar un pronunciamiento ese mismo día. Al contrario, él personalmente ejecutó ese día un golpe en el sur de Alemania, deteniendo personalmente a los dirigentes superiores de la SA, reunidos en Munich y Wiessee, inclusive a su amigo Röhm, con quien se ruteaba y a quien había conferido el rango de ministro del Reich. Simultáneamente Goering con su policía militarizada e Himmler con su SS, efectuaron en Berlín una acción contra la SA y los círculos opositores de la derecha. Se realizaron numerosos fusilamientos. En éstos murieron la vieja guardia de dirigentes de la SA y los opositores de las crisis anteriores, como también ciertas personas que estaban al tanto de algunos viejos escándalos, como la muerte misteriosa de la sobrina y amante de Hitler en 1931. Schleicher y su esposa fueron fusilados en su casa de Berlín por un pelotón de ejecución de la SS; el general Von Bredow fué liquidado en la escalera de su casa por otro pelotón. Papen fué encerrado en su domicilio; el jefe de su oficina, el consejero superior Von Bose y su cooperador, el Dr. Jung, fueron fusilados; los secretarios de la vicecancillería fueron detenidos. La vida de Düstenberg fué salvada en último momento porque su esposa, con la ayuda del mayor general Groppe, logró alarmar al viejo chambelán Von Oldenburg en Januscha, que, a su vez, informó de ello a Hindenburg, recibiendo entonces Blomberg la orden de arrancar a Düstenberg de las manos de sus secuaces de la SS. Kahr fué asesinado. El coronel Von Seisser fué llevado a un campo de concentración. Brüning a duras penas, pudo huir al exterior.

En la Dirección del Ejército ese día no se supo casi nada o muy poco de todos los acontecimientos. Fritsch y Beck se encontraban en sus oficinas, sin sospechar que durante las horas de la mañana había sido fusilado el general Von Schleicher, el anteriormente omnipotente ministro de Defensa. Llegó una información de que en el ex edificio del cuerpo de aspirantes a oficial, en Berlín-Lichterfelde, se hacían fusilamientos. A una pregunta dirigida al respecto al Departamento de Fuerzas Armadas se recibió la contestación de que se trataba de una reyecta dentro del Partido en la cual el Ejército no debía inmiscuirse. Cuando el comandante de la tercera Región Militar, el general Von Witzleben, fué informado de que en Berlín-Lichterfelde eran fusilados los «degenerados e indisciplinados» conductores de la SA, por de pronto se entusiasmó, diciendo que le gustaría participar en este asunto. Pero Fritsch quedó intranquilo

(*) Diario del Partido Nacionalsocialista. (N. del T.)

y trató de averiguar, por intermedio de la Sección de Contraespionaje, qué ocurría en realidad. Estaba invitado a un almuerzo en casa del ministro de Relaciones Exteriores, Von Neurath, junto con el hermano del emperador japonés, el príncipe Takamutsu, que llegó una hora más tarde, contando que había sido retardado por un cordón de policía que había cercado la calle en que vivía el ministro. Todavía en Nuremberg, cuando Neurath describió estos acontecimientos ante el Tribunal Militar Internacional, creyó que se trataba de tropas amotinadas de la SS; pero probablemente eran en realidad medidas de la SS, que quería encerrar ese día también al conservador ministro de Relaciones Exteriores. Fritsch contó más tarde a Neurath que entre los documentos de Röhm se había encontrado una lista negra en la que estaban anotados también los nombres de ambos.

La acción fué una sorpresa completa para todos los que no participaron en la misma. En esos días todos los ministros burgueses temieron por su vida, a raíz de que algunos hombres de la SS, que en el Ministerio de Comunicaciones habían liquidado al jefe de la acción católica, el director ministerial Klausener, espetaron al ministro de Comunicaciones mismo, barón Von Eltz-Rübenach, que acudió en seguida, que sería fusilado también si trataba de intervenir. Cuando Papen, después de tres días de intervención, recuperó la libertad, visitó a Fritsch, con quien antes había cursado junto la Academia de Guerra, y le preguntó por qué no intervenía. Fritsch le declaró que podría actuar solamente si recibía una orden de Hindenburg. Mientras tanto, Fritsch fué informado del asesinato de Schleicher y Bredow, pero al protestar por eso en forma indignada ante el ministro de Defensa y el jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, no encontró ninguna comprensión. Reichenau le dijo que Schleicher no era ya un militar y que si su fusilamiento era un hecho lamentable, había que resignarse a que cada revolución tuviera sus pequeños errores de detalle. Recordando las palabras de Fritsch, Papen trató de tomar contacto con Hindenburg, enviando a un íntimo suyo a Neudeck. Pero Schaffgotsch regresó sin resultado alguno; Neudeck estaba herméticamente cerrada y separada del exterior. Apparently Hitler quería informar personalmente al presidente sobre estos días de asesinatos y evitar que lo hiciera otra persona.

IX

La inseguridad y opresión del ambiente se deducen del hecho que el comandante de la Agrupación núm. I, el general Von Rundstedt, creyendo tener motivo para temer personalmente la venganza de los nacional-socialistas, entregara pistolas a su chófer y a su asistente para no sufrir la misma suerte de Schleicher. Rundstedt, así como Witzleben, trataron de lograr de Hitler una rehabilitación de Schleicher; Hammerstein-Equord

exigió lo mismo en favor de su amigo asesinado. Todo fué en vano; no se habló más ni de Scheicher ni de Bredow. La «Unión de Oficiales Alemanes», encabezada por el ex general Von der Goltz, se apresuró a apartarse del asesinato, declarando que ya desde hacía tiempo había perdido la confianza de todos los oficiales honrados debido a sus continuas intrigas políticas. El *Militär-Wochenblatt* se mantuvo callado. Pero lo más grave fué que el Ejército aceptara sin resistencia el asesinato de dos generales que habían pertenecido al grupo de sus conductores más destacados y que tampoco se opusiera cuando más tarde ambos asesinatos fueron declarados legales y conforme a la justicia, al atribuirse Hitler el derecho de hacer ejecuciones por propia autoridad y sin procedimiento judicial en el caso de que hubiera una sospecha de alta traición.

El 13 de julio de 1934 Hitler pronunció, ante el Parlamento, un discurso muy confuso sobre los sucesos del 30 de junio. Al informar sobre el número de los fusilados y asesinados, dió la cifra muy baja de 71 muertos, cuando en realidad hubo varios centenares. Schleicher fué acusado de haber tenido relaciones con una potencia extranjera; era fácil reconocer que se trataba de Francia; además, dijo que había tenido contacto con Röhm. En el caso de Bredow, del cual se suponía que había sido el «buzón» del movimiento para las comunicaciones con el exterior, Hitler mismo no sabía si había cooperado con Schleicher y con Röhm o con otros grupos opositores. En todo caso requirió para sí el derecho de hacer fusilar sin más a los amotinados o acusados de rebelión contra el Gobierno, exigiendo que el Parlamento declarara posteriormente que todas las medidas que había tomado se hallaban de acuerdo con la ley. Un aplauso frenético contestó a este discurso y Goering exclamó: «Todos nosotros aprobamos siempre lo que hace nuestro líder.»

Rundstedt, Witzleben y su jefe de Estado Mayor, el coronel Von Manstein, exigieron ahora que un tribunal militar investigara la conducta de Schleicher y de Bredow. Fué en vano, pues Blomberg y Reichenau se mantuvieron callados. Finalmente el viejo mariscal Von Mackensen, presidente de la Asociación de Schlieffen (unión de todos los oficiales de Estado Mayor), a la cual habían pertenecido como miembros los dos asesinados, visitó a Hitler, a quien había saludado anteriormente como salvador, conjurándole a abandonar ese régimen policial, que no correspondía a la modalidad alemana y de restablecer el derecho y la justicia. Impresionado Hitler calló por un momento y contestó después: «Puede ser que usted tenga razón, pero no puedo actuar de otro modo.» El viejo mariscal quedó profundamente conmovido. Por fin, 400 ex oficiales de Estado Mayor, en una reunión presidida por Mackensen, tomaron una resolución según la cual Schleicher y Bredow habían «caído en el campo del honor» y que no cabía ninguna acusación difamatoria contra ellos. Sin embargo, la Prensa recibió orden de no informar sobre esta reunión y Hitler persistió en poseer un considerable material de cargos contra Schleicher, como lo dijo, por ejemplo, a su ayudante militar, el coronel

Hossbach. De todos modos desaparecieron también con la muerte de Schleicher para siempre los documentos militares de Hitler (*).

Después del 30 de junio de 1934, Reichenau quizá creyó por un momento que había llevado a cabo con maestría un golpe político, pues sin emplear el Ejército había logrado la eliminación del ejército revolucionario rival mediante una táctica hábil. La SA nunca se repuso del golpe recibido; si bien continuó existiendo como organización con efectivos muy grandes, su papel dominante había terminado. Pero el 20 de julio, la SS, mandada por Enrique Himmler, fué declarada como organización independiente, apareciendo con ella un nuevo rival del Ejército, mucho más importante y más fuerte. El objetivo de Himmler era desde entonces la transformación de la SS en la organización armada de la revolución del siglo xx. La SS inició en seguida la organización de unidades armadas regulares, las llamadas «tropas a disposición», perteneciendo a las mismas el «Estandarte personal de Adolfo Hitler» y los «Estandartes de calavera» (**) que custodiaban los campos de concentración. Tanto la «SS General» como la «SS Armada» (***) fueron organizadas en «Distritos de SS», correspondientes a los cuerpos de Ejército. Muy pronto se produjeron los primeros conflictos, cuando en el campo de instrucción de Altengrabow tropas de la SS se deshicieron en insultos graves contra Fritsch y cuando en Prusia oriental el general Von Brauchitsch trató de impedir que la SS fuera armada con armas pesadas. Inicialmente Hitler apoyó al Ejército, prohibiendo la dotación de la «SS Armada» con artillería y concediendo al Ejército el derecho de inspeccionar las unidades de aquélla para no poner en peligro la uniformidad de la instrucción. Pero Himmler era tan ambicioso como tenaz y continuó con sus aspiraciones de conseguir la autonomía de la SS. Apoderándose del mando de toda la policía, inclusive de la policía secreta del Estado (Gestapo), a la cual agregó además el nuevo «Servicio de seguridad de la SS», Himmler muy pronto reunió en su mano un poder enorme y, de acuerdo con la naturaleza particular de todas estas instituciones colocadas fuera de las leyes y de la Constitución, trató de conquistar el poder total para su sector dentro del Estado autoritario. La cuestión de la SS se convirtió así en nuevo peligro, hasta para Blomberg y Reichenau.

Durante estas reyertas murió en Neudeck el anciano presidente del Reich. Sin la presencia de testigos, Hitler le había hecho un relato de los acontecimientos del 30 de junio. Debe haberlo hecho en forma tal, que el ya mortalmente enfermo se vió obligado a consolarlo con las palabras de que un hombre que quiere hacer historia no debe acobardarse ante el derramamiento de sangre. Por otro lado, Hitler le prometió que después de su muerte restablecería la monarquía, considerada aún por Hinden-

(*) Se refiere a los antecedentes militares desfavorables de Hitler, citados anteriormente. (N. del T.)

(**) Emblema de los «húsares de la muerte» de la época imperial, adoptado ahora por la SS para algunas de sus unidades. (N. del T.)

(***) La organización SS se dividía en una SS general y una SS de armas (o armada). (N. del T.)

burg como el régimen de gobierno más conveniente. Pero, por una ley proclamada por el gobierno, Hitler reunió en seguida en sus manos los cargos de presidente y de canciller del Reich, frustrando de este modo todas las combinaciones monárquicas referentes al establecimiento de una regencia. Inmediatamente después de haber recibido la noticia de la muerte de Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, Blomberg ordenó apresuradamente que el Ejército prestara juramento al «líder y canciller». Posteriormente el general Beck luchó consigo mismo durante largos años por el cargo de conciencia de no haber rehusado este juramento. Denominó el 2 de agosto de 1934 como el día más nefasto de su vida. Sin embargo, desde entonces el cuerpo de oficiales estaba ligado por este juramento a la persona que había llegado a encarnar al «conductor psicólogo», y para aquellos oficiales cuya modalidad se basaba en una ideología cristiana y conservadora, el juramento tenía precisamente un peso enorme.

X

Los cambios en la política exterior de Alemania se tradujeron en el abandono de las relaciones con Rusia, en favor de un acercamiento a Polonia; en la renuncia a la amistad con China, en favor de un acercamiento al Japón; en la tentativa torpe de iniciar conversaciones con Italia en la primavera de 1934; en los esfuerzos intensos de conseguir la amistad de Inglaterra y finalmente en el pronunciamiento de los nacionalsocialistas austríacos y el asesinato del canciller clerical austríaco doctor Dollfuss, que causó una notable inquietud tanto en Italia como en Yugoslavia. Todos estos cambios, naturalmente, no dejaron de influir en la conducta de Francia y Rusia. Esta última se acercó a la Liga de las Naciones y en París se acordaron también de la «entente» con Rusia que había existido antes de la guerra. El ministro de Relaciones Exteriores francés, Barthou, se esforzó en reunir en un gran sistema de alianzas, dirigido contra Alemania, a Polonia, Rusia y a todos los Estados de la llamada «Pequeña entente», es decir, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania.

El 16 de marzo de 1935, en uno de sus grandes discursos, siempre tan ampulosos, Hitler anunció la reimplantación del servicio militar obligatorio, la formación de una aviación independiente y la organización de un Ejército regular de 12 cuerpos de Ejército con 36 divisiones en tiempos de paz. También fueron introducidas nuevas denominaciones. El ministro de Defensa, Blomberg, se transformó en ministro de Guerra, siendo ascendido después al rango de mariscal para subrayar su posición como comandante en jefe de las fuerzas armadas. El jefe de la Dirección del Ejército en el Comando en Jefe; el Departamento de Tropas, con fecha del 1 de julio de 1935, fué transformado en el Estado Mayor del Ejército.

El restablecimiento de la soberanía militar alemana, realizado en forma de un hecho consumado, fué contestado por Francia, el 2 de mayo de 1935, con la firma de un pacto de ayuda mutua con Rusia. Ante este hecho, Hitler destacó ostensiblemente la buena voluntad de Alemania de iniciar nuevas negociaciones respecto al desarme; ofreció el proyecto de un plan de paz general y concertó, en junio de 1935, un convenio mutuo con Inglaterra para la limitación de los armamentos navales. Este convenio, que no fué concertado por el ministro de Relaciones Exteriores, sino por el consejero privado de Hitler en asuntos de política exterior, Ribbentrop, se basó en la idea utópica de ganar la amistad inglesa para obtener así la libertad de acción en el este.

En todas estas cuestiones intencionalmente no se pidió consejo a los militares; al contrario, con todo cuidado Hitler trató de mantener entre ellos lo más posible la separación de las distintas ramas en materia de responsabilidad para reservarse a sí mismo la decisión final. Por el mismo motivo también había evitado el asesoramiento de los militares competentes antes de introducir el servicio militar obligatorio. Fritsch y Beck estaban convencidos de que la organización de 36 divisiones sobrepasaría en mucho el marco de las posibilidades; habrían preferido que, por de pronto, se hubiera realizado el plan de Seeckt de constituir un ejército de 21 divisiones, para el cual existían por lo menos algunos preparativos rudimentarios. Por tales motivos lograron por lo menos que en 1935 fueran organizados solamente tres grupos de ejército, cuyos comandos debían tener por sede a Berlín, Cassel y Dresde, a los que fueron subordinados 10 cuerpos de ejército con 24 divisiones de infantería, 2 divisiones de caballería, 1 brigada de montaña y 1 brigada de caballería independiente en Prusia oriental, fuera de las unidades experimentales de la nueva arma blindada. En septiembre, el ex inspector de tropas motorizadas se transformó oficialmente en el «comandante de las tropas blindadas».

XI

Al transformarse el Departamento de Tropas en el Estado Mayor del Ejército, el general Beck se vió frente a la gran misión de restablecer la anterior importancia decisiva de esta institución en la vida del Ejército. La organización del Estado Mayor fué ampliada considerablemente, agregándose a las cuatro divisiones existentes otras ocho. Se restableció la anterior División Central, encargada de los asuntos personales, del nombramiento de los oficiales para todos los puestos de Estado Mayor en tiempo de paz y de guerra, de la elección del reemplazo de los oficiales de Estado Mayor y de la preparación del nombramiento de todos los comandantes superiores del Ejército, hasta los comandantes de división inclusive, para el caso de una movilización. La División Instrucción y la División Informaciones fueron divididas cada una en dos secciones. Se

agregaron nuevas divisiones para los asuntos de transportes, de técnica, de abastecimiento, de cartografía, de historia militar y de fortificación del país. Todas estas divisiones fueron reunidas bajo cinco cuarteles maestros superiores. Además quedaron agregados al Estado Mayor 19 agregados militares, el Instituto de Investigación de Historia Militar del Ejército, la Dirección de Archivos del Ejército, la Biblioteca Militar, la Mapoteca y el Instituto Cinematográfico del Ejército. En total pertenecían ahora al Estado Mayor unos 190 oficiales, de los cuales algo menos de una tercera parte eran los llamados «oficiales de complemento» que se habían reincorporado al Ejército últimamente. Según el escalafón del año 1938, de los 187 oficiales que prestaban servicio en el Estado Mayor 50 eran de descendencia noble, un porcentaje notablemente alto si se considera que el porcentaje de la nobleza en todo el cuerpo de oficiales del Ejército había disminuido a un 10 por ciento.

Para no perder la supervisión del conjunto durante la precipitada reorganización del Ejército, Beck creó dentro del Estado Mayor General un órgano especial para el estudio de los más importantes problemas científicos militares del tiempo moderno, una actividad que no supieron apreciar en todo su valor ni Hitler ni Blomberg, por lo que quedó inadvertida. Muy pronto Beck tocó también el viejo problema de la corresponsabilidad. El jefe del mencionado órgano de investigación recibió la orden de estudiar esta cuestión; en su informe llegó, sin embargo, a la conclusión de que esta vieja prerrogativa del Estado Mayor no convenía ya en un «Estado autoritario» como el de ese momento. No obstante, Beck ordenó el restablecimiento de la misma, una medida muy importante en el sentido espiritual. Muchos de los posteriores conjurados pertenecientes al cuerpo de Estado Mayor se basaron en este principio de la corresponsabilidad cuando más tarde trataron de terminar por la fuerza la conducción de guerra insensata y errónea de Hitler. Ante todo, el jefe de la División Organización, el mayor general Stieff, destacó continuamente que su oposición se basó en este concepto de la corresponsabilidad.

Beck se esforzó en educar ahora una nueva generación de oficiales de Estado Mayor, inspirada en el espíritu de Moltke. Los más importantes oficiales del nuevo Estado Mayor eran: el jefe de la División Operaciones, coronel Von Lewinski, llamado Von Manstein, que fué después cuartel maestro superior I y en el cual se cifraban las más grandes esperanzas en materia estratégica; los cuarteles maestros II y IV, generales Halder y Carlos von Stülpnagel y el jefe de la División Central, coronel Hossbach, el que, siendo simultáneamente ayudante militar de Hitler, representaba ante éste los intereses del Ejército. Stülpnagel participó en la redacción del nuevo reglamento de combate (*) redactado por Beck mismo. A instigación de Fritsch se abandonó la doctrina del «retardo» en favor de la táctica ofensiva tradicional, pues esa doctrina, que había sido desarrollada por el Departamento de Tropas durante la época de la tran-

(*) Reglamento de Conducción de Tropas. (N. del T.)

sición, según Fritsch no era más que una «fuga organizada». A pesar de esto, con el tiempo debía verse que ni Fritsch ni Beck estaban dispuestos a aprobar por analogía un procedimiento agresivo en el campo político.

La tragedia de Beck en realidad empezó ya en el momento en que se encargó de su nuevo puesto, debido al aislamiento de éste como consecuencia de la colocación del Estado Mayor en el cuarto lugar de importancia. Prescindiendo de la crisis causada por la caída de Fritsch, la cual fué en el fondo un asunto político, Beck habló durante los años 1934 a 1938 con Hitler una sola vez y en forma muy breve, y con Blomberg solamente con intervalos de meses. Probablemente Hitler, al principio, no sintió la necesidad de conversar con el jefe del Estado Mayor y esto no sólo debido a su aversión y desconfianza contra este organismo, sino también porque durante los años 1933 a 1937 efectivamente creía que sus planes podrían realizarse mediante una «entente» entre Alemania, Inglaterra e Italia, o porque estaba convencido de que todavía no había llegado el momento de realizar las ideas fantásticas de las que hablaba en sus horas del té; además, porque se hallaba ocupado totalmente en otras cosas. El pueblo alemán se había familiarizado antes enteramente con los nombres de Moltke, Waldersee, Schlieffen y Hindenburg; el nombre de Beck le quedó desconocido y esto con mayor razón aún si se recuerda que la organización del ejército debía efectuarse en el mayor secreto. Este hecho fué indudablemente la mayor desventaja de Beck en su lucha contra Hitler. Es cierto que buscó muy temprano relaciones con los círculos opositores y las encontró, manteniendo ante todo contacto con Hammerstein-Equord, por intermedio del cual conoció a varios miembros de los anteriores sindicatos obreros, como el socialdemócrata Guillermo Leuschner, ex ministro del Interior de Hesse. Entre estas relaciones la más importante fué la del Dr. Goerdeler, que había dimitido como comisario de precios del Reich e intendente de Leipzig, porque no quería participar en la política de Hitler. Pero todas estas relaciones forzosamente debían efectuarse en forma secreta y anónima, pues de otro modo no era posible hacerlo en un Estado policial. Así el nombre de Beck quedó desconocido para la masa del pueblo, por más importancia que tuviera su acción para la suerte futura de la misma.

XII

El centro de la oposición militar contra la dictadura por eso inicialmente no fué el Estado Mayor, sino la División Contraespionaje, bajo la dirección del almirante Guillermo Canaris y su jefe de Estado Mayor, el posterior mayor general Juan Oster. Esta división, con sus secciones de obtención de informaciones, de sabotaje y de contraespionaje y los órganos respectivos en los comandos de cuerpo de ejército, disponían

de una amplia red de agentes, en total unas 15.000 personas y se encontraba en una situación especialmente favorable para poder contener la actividad subterránea del Departamento de Seguridad de la SS y de sus agentes políticos. Canaris, al igual que Beck, descendía de una familia de industriales del sur de Alemania; era un hombre muy raro, que pudo llevar a cabo su papel gracias a que ejecutó un peligroso juego doble. En su fuero interno era un adversario tan decidido de la fuerza, que se opuso a cualquier intento de un acto de violencia contra Hitler, contentándose en frustrar su planes mediante un sabotaje silencioso y tenaz. Sin embargo, protegió tácitamente la acción de personas más activas, como el general Oster y procuró que en el servicio de contraespionaje entraran oficiales del Estado Mayor señalados como antinacionalsocialistas convencidos. Beck disponía de este modo por lo menos de un instrumento de información de confianza.

En lo que atañe a la conducta de Hitler frente al ejército en estos primeros años, fué característica la recepción que hizo a Seeckt, cuando regresó de China. Envío a un general a Basilea para saludar al creador del ejército en la frontera del Reich y lo recibió después en la cancillería en presencia de Blomberg, Neurath, el ministro de Economía y presidente del Banco del Estado, Schacht, escuchando tranquilamente su exposición sobre necesidad de una política alemana consecuente con China. Seeckt estuvo encantado de esta recepción, en la cual pudo apreciar el porte sobrio y cortés así como el aplomo de Hitler y durante algún tiempo creyó que poseía su confianza. Pero poco después Hitler procedió en forma muy diferente. En 1936, el plenipotenciario especial de Hitler, Ribbentrop, concertó con el Japón el llamado pacto «Antikomintern», siendo éste el primer paso de acercamiento entre el régimen nacionalsocialista y el Estado guerrero de los samurai, cuya política interna en aquel entonces era regida por las asociaciones radicales de oficiales japoneses. Hitler se burló en medio de sus confidentes del ejército chino de Seeckt. Como sucesor de éste en el cargo de consejero militar alemán en China había sido nombrado el general de infantería Alejandro von Falkenhausen, ex director de la Escuela de Infantería en Dresden, un militar especialmente talentoso. En 1937 estalló la guerra chino-japonesa, en la cual el Japón trató de subyugar al Estado chino con sus exigencias. Como comandante de un grupo de ejército chino, Falkenhausen derrotó en 1938 al grupo japonés mandado por Itagati, en Schantung. Japón exigió entonces enérgicamente en Berlín que el general fuese llamado a Alemania y Hitler obligó a Falkenhausen, que inicialmente se resistió, a regresar, amenazándolo que en caso contrario tomaría represalias contra su familia.

Sin embargo, en 1935 se tenía en el Comando en Jefe del Ejército la firme convicción de que sería posible cooperar lealmente con Hitler. Por eso, en esta primera fase la lucha de Beck no se dirigió contra el régimen, sino que se dedicó a restablecer la posición anterior del Estado Mayor, buscando con ello en el caso más favorable una cierta influencia sobre la política del régimen. En varios memorándums entregados por

intermedio de Fritsch, Beck destacó que el Estado Mayor, ahora como antes, representaba la institución de conducción de la rama más importante de las fuerzas armadas, esto es, el ejército, en tanto subsistieran las condiciones reinantes en el Continente y que por eso la marina y la aviación debían amoldar sus proyectos operativos a los planes del ejército. Estas explicaciones se dirigían ante todo contra el ministro de Guerra Blomberg y el Departamento de Fuerzas Armadas con su División «Defensa del País». El 1 de octubre de 1935 Reichenau fué nombrado comandante del 7.º Cuerpo de Ejército en Munich, recientemente organizado. Su sucesor en el cargo de jefe del Departamento de Fuerzas Armadas llegó a ser el teniente general Guillermo Keitel, ligado con Blomberg por lazos de parentesco, pues su hijo se había casado con una hija del ministro. Bajo Keitel se inició el ascenso de otro hombre, el posterior coronel general Jodl, que en 1935 fué nombrado jefe de la División «Defensa del País» en el Departamento de Fuerzas Armadas y lo amplió conforme a lo que debía ser una División Operaciones del Ministerio de Guerra. Jodl había iniciado su carrera como oficial de artillería en Baviera, siendo calificado por Fritsch como un destacado oficial, dotado de conocimientos excelentes, pero dominado por una «ambición morbosa». Fué precisamente esta cualidad la que transformó a Jodl en un admirador de Hitler, aunque a veces este descendiente de una vieja familia burguesa, entre cuyos miembros se encontraban muchos oficiales, también tuvo sus escrúpulos cuando presencié los ataques de odio desmesurados del líder contra la burguesía y el viejo cuerpo de oficiales; por lo menos así lo confesó más tarde al médico americano en la prisión de Nuremberg.

Beck logró de este modo que el Estado Mayor fuera reconocido dentro del Comando en Jefe como centro espiritual del ejército, pero el conflicto entre Fritsch y Blomberg referente al problema de la autoridad de mando única e indivisa en caso de guerra, quedó pendiente. Blomberg consideraba los deseos de Fritsch como un peligro para su propia posición, sin contar que tenía que luchar continuamente contra Goering, que le estaba subordinado teóricamente como comandante en jefe de la aviación, pero que, al tener el mismo rango de Blomberg en su calidad de ministro de aviación, aprovechaba esta doble posición sin consideración alguna para favorecer a aquélla en las cuestiones decisivas. A pesar de todo consiguió Fritsch por de pronto convencer a Hitler de la necesidad de reforzar la posición del ejército. El decreto sobre las facultades de los comandantes en jefe del ejército y de la marina, al parecer, respondió al deseo de Fritsch de ser reconocido como el consejero principal en los asuntos referentes a la conducción de guerra terrestre. El mismo decreto concedía tanto a Fritsch como al almirante Raeder, comandante en jefe de la marina, el rango de ministro del Reich y expresaba que Hitler y Blomberg podían hacerlos participar en las reuniones de gabinete. Pero, en realidad, no hubo ya tales reuniones, según la vieja costumbre, en las cuales se tomaran resoluciones en conjunto, porque la modalidad fantástica, indisciplinada e ineducada de Hit-

ler, no permitía a éste someterse a un trabajo ordenado y porque, además, temía que en las deliberaciones serias del gabinete pudiera encontrar oposición. La creación del cargo de ministro de Guerra del Reich había sido un viejo anhelo de todos, que había aparecido también en muchos proyectos constitucionales. Ahora, cuando finalmente existía, se vió que las condiciones básicas para su actividad se habían modificado fundamentalmente, porque el jefe del Estado recurría cada vez más a medidas de gobierno que salían del marco de la Constitución y porque el ministro de Guerra mismo no era capaz y tampoco quería emplear su poder considerable para lograr que se hiciera una política razonable; renunció así voluntariamente a su papel de un soldado que ejecuta obedientemente las órdenes de su superior.

XIII

Bajo estas condiciones se realizaba la organización del nuevo ejército, para la cual exigía Beck un plazo de siete u ocho años. Según su convicción, el nuevo ejército no debía ser considerado como un instrumento seguro antes de 1942 ó 1943. Mientras que Francia, Polonia y Checoslovaquia ya en 1925 disponían de unas noventa divisiones en tiempo de paz, la organización de las proyectadas veinticuatro divisiones alemanas encontró las mayores dificultades. A fines de 1935 ninguna de ellas estaba completa. Según las declaraciones de Jodl en Nuremberg, los años 1934 a 1936 representaron el período más peligroso del rearme alemán. Casi todo el anterior ejército de 100.000 hombres se hallaba disuelto en núcleos de instrucción, no existiendo prácticamente ninguna unidad de combate mayor. También Keitel estaba convencido de que cualquier acción militar debía ser descartada antes de 1943.

El recargo de tareas que el rearme causó al Estado Mayor y al cuerpo de oficiales, fué enorme. Como término medio, una compañía del viejo ejército se transformaba ahora en cinco compañías del nuevo ejército; con los veintiún regimientos de infantería existentes y las unidades de la policía militarizada, se formaron ciento cinco nuevos regimientos de infantería. La carencia de oficiales de Estado Mayor instruídos era verdaderamente catastrófica, por lo cual no fué posible mantener esta especialidad. De tal suerte se perdió por completo la uniformidad de criterio del cuerpo de oficiales y la conciencia de la tradición que existían en el ejército selecto de Seeckt. Por otra parte, se reincorporaron al ejército un gran número de oficiales retirados del anterior ejército imperial, como también un número considerable de oficiales de la policía militarizada; fuera de esto, numerosos suboficiales competentes del ejército de 100.000 hombres, fueron ascendidos a oficiales. En 1932 había cuarenta y cuatro generales en el ejército; en 1939 eran nada menos que cuatrocientos. El aspecto del cuerpo de oficiales llegó a ser desigual en todo sentido,

tanto por la capacidad personal, educación y cultura, como por las ideas políticas y el origen social. Entre los nuevos oficiales que se incorporaron al ejército había también nacionalsocialistas convencidos. Pronto aparecieron las primeras quejas contra el jefe del Departamento de Seguridad de la SS, Reinhard Heydrich (un ex oficial de marina, retirado por delitos contra el honor), por tratar éste de intercalar en el cuerpo de oficiales a personas de su confianza para colocar así al ejército bajo la vigilancia de la Gestapo. Hasta había generales ahora que al mismo tiempo tenían un alto rango en la SS, como el caso de un mayor general, a quien Schleicher había pasado al retiro debido a sus simpatías por el nacionalsocialismo y que ahora fué reincorporado en la actividad al ejército.

Hitler tenía un odio general contra todo lo que se refería al caballo y era partidario convencido del motor. Por eso favoreció la idea de Guderian de forzar en forma rapidísima la decisión de la lucha mediante el empleo sorpresivo y en masa de unidades operativas blindadas, junto con infantería motorizada, artillería autopropulsada y unidades de aviación. Algunos observadores ingleses dijeron más tarde que en Alemania existía un partido militar revolucionario defensor del tanque, representado ante todo por Guderian y otro partido militar conservador, defensor de la batalla de infantería y artillería, representado por Fritsch y Beck. Pero esta apreciación era justa sólo en parte. Es cierto que, según Guderian, «todo salió bien» recién en el viaje de Estado Mayor de primavera de 1939, cuando se estudió por primera vez el empleo de grandes unidades blindadas; pero, en realidad, el Estado Mayor nunca se opuso en principio al empleo operativo del arma blindada sino que quiso analizar tranquilamente antes sus ventajas y desventajas. Sin embargo, Guderian sintió siempre cierta amargura contra los oficiales ortodoxos del Estado Mayor y como la mayoría de ellos provenían del arma de artillería, los apóstoles del arma blindada se burlaban de los «señores de la artillería a caballo» para los cuales el arma terminaba en la cola del último caballo, puesto que hacía rato habían olvidado ya el tiro de la misma.

El desarrollo de los cohetes, continuado por el general Dornberger y el Departamento de Armas del Ejército, quedó por de pronto como una rama completamente separada. Después de 1933 se iniciaron nuevos ensayos con cohetes impulsados por líquidos en el campo de tiro de Kummersdorf; en 1934 se realizaron pruebas de tiro en la isla de Borkum con un modelo denominado «A 2» y Fritsch presenció un ensayo con un modelo «A 3». En el Departamento Experimental de Armas se constituyó finalmente una sección para «material especial» que continuó con estos ensayos. Desde 1936 la aviación también participó en los mismos, organizando un instituto experimental en Peenemünde. Se perseguía ahora el objetivo de construir un cohete con un alcance de 500 kilómetros.

XIV

Frente a todas estas innovaciones técnicas revolucionarias que se presentaron al ejército, los conceptos estratégicos del jefe de Estado Mayor se basaban en principios sobrios y conservadores. Según la opinión de Beck, la ubicación de Alemania en el punto central de Europa, ahora, en la época de las guerras económicas y de coalición, debía apreciarse en forma mucho más desfavorable que en 1914. Después del desmembramiento de la monarquía austro-húngara, el flanco del sudeste estaba sin protección alguna y el pequeño Estado austríaco no tenía mayor importancia, ni como adversario ni como aliado. Hungría, por el Tratado de Versalles, estaba sometida a condiciones de desarme semejantes a las impuestas a Alemania hasta 1935. Checoslovaquia, cuyo ejército estaba armado por los franceses, penetraba con su territorio de Bohemia en forma de una cuña profunda en el flanco alemán. La región industrial del centro de Alemania estaba amenazada directamente por un eventual bombardeo checo. En 1914, la estrategia alemana estaba aún en condiciones de operar con éxito aprovechando la línea exterior y Schlieffen había basado en ésta su gran plan. Según la opinión de Beck, la guerra aérea había hecho desaparecer esta ventaja. Teniendo en cuenta las fronteras existentes, no le parecía posible ya defender, en caso de un conflicto, los centros vitales de la industria alemana contra los ataques aéreos. Una ayuda por parte de Italia y del Japón, con los cuales Hitler entabló relaciones amistosas en los años 1935 y 1936, creyendo que podrían ser aliados posibles, no tenía ningún valor según el criterio de Beck. Además, faltaban totalmente reservas instruídas, prescindiendo de una sola clase de reservistas, que tenía efectivos aproximados de 250.000 a 300.000 hombres. En cambio, en 1914 el Ejército alemán había dispuesto de veinticinco clases de reserva.

Apreciando estas circunstancias y considerando ante todo la ubicación geográfica de Alemania, se podía llegar a dos conclusiones distintas. Beck llegó a través de sus estudios a la primera conclusión, es decir, que en una situación tan peligrosa, la misión del Gobierno debía ser evitar cualquier conflicto armado. Hitler, en cambio, al estudiar las mismas condiciones llegó a la otra conclusión, es decir, que debía tratar de modificar las condiciones geográficas por la fuerza y crear nuevas fronteras para ensanchar el espacio interior mediante una expansión tan grande que permitiera restablecer la maniobra por la línea interior. De este modo se enfrentaron directamente el político de la razón y la responsabilidad moral y el político del poder. En 1935 Ludendorff publicó un libro sobre la guerra total que no hacía sino reforzar estas ideas de Hitler. En el Estado Mayor este libro fué muy leído, pero en general fué rechazado. Ludendorff, a pesar de las tonterías que decía en sus investigaciones sobre los poderes tenebrosos superestatales, gozaba aún de cierto

prestigio en el ambiente militar. En este libro exigía la guerra de aniquilamiento desconsiderada de un pueblo contra otro y aconsejaba el empleo de la mayor fuerza posible bajo la conducción de un dictador, pero libre de toda influencia del Estado Mayor. Este libro, en el cual la guerra aparece como el eje central de todas las manifestaciones vitales, muestra hasta qué punto Ludendorff se había distanciado del modo de pensar del Estado Mayor y de la orientación de Beck.

Los planes de concentración de Beck, en cambio, se basaban sobriamente en la situación defensiva del Reich y mostraban un criterio de limitación prudente, teniendo en cuenta las reducidas fuerzas propias del país. En 1935 Beck ordenó la preparación de un plan de concentración defensivo para el Oeste, llamado «colorado», según el cual debían reunirse tres ejércitos débiles detrás del Rin superior, central e inferior para cubrir la línea de este río, mientras que un cuarto ejército y las fuerzas subordinadas al comandante militar de Silesia, debían encargarse de la protección contra Polonia. La frontera de Checoslovaquia debía ser asegurada solamente con unidades de milicia. Un quinto ejército debía concentrarse en el centro de Alemania, como reserva del comandante en jefe del ejército. Con relación a este plan fué preparada la evacuación de la Silesia superior y eventualmente la de la costa del mar Báltico. Durante los años siguientes se agregó a este plan de concentración «colorado» otro «verde» contra Checoslovaquia, la cual era apreciada como el último aliado seguro de Francia. Este plan proyectaba la concentración de cuatro ejércitos débiles y de un cuerpo de ejército independiente a lo largo de la frontera checoslovaca; otros tres ejércitos debían cubrir la línea del Rin y otro ejército más debía asegurar Silesia contra Polonia.

Con respecto a Polonia seguía existiendo siempre una desconfianza manifiesta. Al comienzo de su actividad Beck dispuso durante un tiempo de una excelente fuente de información personal en el jefe de protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Von Bülow Schwante, hasta que Blomberg le prohibió este contacto directo; Bülow Schwante cayó en desgracia con Hitler y fué trasladado a otro lugar. A pesar del pacto de amistad concertado con Polonia, el Estado Mayor creyó necesario reorganizar las medidas de seguridad en el Este. Por eso en 1936 fué disuelta la anterior protección de fronteras oriental, iniciándose en cambio la construcción de un sistema de puntos de apoyo de cemento en la zona de los ríos Oder y Warthe, como posición de defensa de la capital; era ésta la primera de las grandes zonas fortificadas construídas según las intenciones estratégicas defensivas del Estado Mayor. En caso de guerra esta zona debía ser ocupada por veintiuna divisiones de milicia, compuestas por ex combatientes de la Primera Guerra Mundial. Mientras tanto, Jodl, trabajando independientemente del Estado Mayor, se ocupaba también en la División «Defensa del País» con planes referentes a la seguridad de Prusia oriental.

XV

Hasta el año 1937 no hubo ninguna declaración manifiesta de Hitler que pudiera interpretarse como que perseguía otros planes militares. Algunas insinuaciones al respecto que llegaron al conocimiento de Blomberg y Fritsch, según las cuales a la larga un conflicto con Rusia sería inevitable, no fueron tomadas en serio. Las decisiones sobre la posibilidad de una intervención húngaro-checa en Austria en el caso de un restablecimiento de la monarquía habsburguesa, el llamado «caso Otto» (*), no condujeron a la preparación de planes de concentración concretos. En esto llamó la atención una manifestación de Ribbentrop, que había sido nombrado en 1936 embajador alemán en Londres, la cual produjo una reacción extraña en Blomberg. Ya antes Ribbentrop había expresado el deseo de que le fuera agregado un oficial de Estado Mayor para que pudiera estudiar operaciones militares. En 1936 Ribbentrop manifestó al agregado militar alemán en Londres, mayor general Geyr von Schwepenburg, que si había guerra se marcharía de nuevo a través de Bélgica. Tales ideas podían tener su origen solamente en el círculo íntimo de Hitler. Geyr se sintió obligado a comunicar personalmente esta declaración irresponsable a Blomberg y Fritsch para advertirlos. Blomberg observó al respecto con cierta sonrisa, aunque participó completamente de la opinión de Geyr, que tales ideas eran una tontería criminal, y que una crítica a las medidas del líder significaba casi una «sentencia de muerte a medias». El coronel Hossbach, ayudante militar de Hitler, que, como jefe de la División Central del Estado Mayor, hablaba frecuentemente con Beck, sin embargo no tenía la impresión de que Hitler se ocupara en esos años hasta 1937 con intenciones bélicas. Pero, en realidad, ninguno de los oficiales pertenecía al círculo íntimo del líder. A su conocimiento no llegaba lo que se trataba en este grupo tan entremezclado de favoritos. Y fué en esas conversaciones donde se pronunció la frase fatal de que cada generación necesitaba su guerra y que él, Hitler, procuraría que la generación actual también la tuviera.

(*) Denominado así por el nombre del pretendiente al trono, el archiduque Otto de Habsburgo. (N. del T.)

CAPÍTULO XII

LA LUCHA CONTRA LA GUERRA

I

En el fondo existía de este modo un triángulo de fuerzas. En el centro se encontraban las fuerzas armadas, que se esforzaban en cumplir la tarea del rearme que se les había confiado y que luchaban con dificultades personales y técnicas, bajo una conducción dividida en dos círculos distintos. El Ministerio de Guerra y el Departamento de Fuerzas Armadas trataban de reconciliar al ejército con la revolución; el Comando en Jefe del Ejército y el Estado Mayor trataban de mantenerlo alejado de la política, según el concepto de Seeckt, a fin de que sirviera al Estado y no a una ideología revolucionaria.

Un punto de fricción continuo entre el ejército y el Partido era el problema de los capellanes, contra los cuales Hitler sentía una gran aversión en razón de su odio contra las iglesias cristianas, aun cuando los defendía tenazmente Fritsch. Otro punto de fricción era la instrucción premilitar de la juventud en las unidades de la «Juventud hitlerista» y del servicio de trabajo obligatorio, sobre las cuales el ejército en vano trataba de conseguir el control. Como oficial de enlace fué destacado por el ejército a la dirección de la «Juventud hitlerista» el teniente coronel Erwin Rommel, ex profesor de la Escuela de Infantería de Dresde cuando Falkenhausen fué director de la misma. No era oficial de Estado Mayor y tampoco había participado en la instrucción especial de los futuros oficiales de Estado Mayor. Los esfuerzos de Rommel fracasaron al igual que todas las tentativas de eliminar el Servicio de Trabajos Obligatorio. Aun cuando éste había sido aprobado antes por el ejército como sustituto del servicio militar obligatorio, ahora se producía frecuente-

mente una instrucción doble desde distintos puntos de vista, resultando así que muchas veces el instructor militar tenía que extirpar en los jóvenes reclutas lo que habían aprendido en el Servicio de Trabajo.

En los círculos conservadores había muchas personas que creían que Fritsch estaba en acecho contra la SS. En realidad la situación era inversa, pues la SS estaba en acecho contra Fritsch y buscaba una oportunidad para desacreditarlo. En 1937 las fuerzas armadas de Himmler ya habían aumentado a once batallones y 5.000 hombres de las unidades de calavera (el personal de custodia de los campos de concentración), sin incluir en estos efectivos a la guardia personal de Hitler. Himmler perseguía el plan de constituir finalmente un ejército y una fuerza aérea de la SS. La actitud pasiva del ejército frente a estas aspiraciones en modo alguno le ofrecía perspectivas de éxito en esta lucha de rivalidad y la conducta puramente profesional de los especialistas como Jodl, aumentó aún más las posibilidades de un engaño ulterior. Cuando el fiscal inglés en Nuremberg preguntó a Jodl si se había ocupado alguna vez del tratado austriaco alemán del año 1936, en que se había reconocido la soberanía austriaca, Jodl contestó: «Esto no me interesaba como coronel de Estado Mayor. ¿Dónde iríamos a parar con esto?»

II

Desde el verano de 1935 el Estado Mayor había examinado las posibilidades eventuales de restablecer la soberanía militar en la zona desmilitarizada de la Renania. Pero todo acto unilateral por parte de Alemania chocaba con el pacto de Locarno, garantizado por Inglaterra e Italia. Teniendo en cuenta la existencia de este pacto y el estado incompleto del ejército, Beck se opuso a cualquier violación de la zona desmilitarizada. También Blomberg y Fritsch tenían una aversión completa a las aventuras, pues querían llevar a cabo tranquilamente la reorganización del ejército. Sin embargo, en 1935, el ataque italiano contra Abisinia, la cual en vano pidió la protección de la Liga de las Naciones, descubrió la debilidad de la posición de las potencias occidentales. Debido al hecho de que Alemania no participara en las sanciones declaradas por la Liga de las Naciones, Italia forzosamente se vio colocada del lado de Hitler. Prácticamente desapareció de este modo el sostén que Italia había prestado al régimen semifascista austriaco. Además, murió en enero de 1936 el viejo rey inglés, Jorge V, que había sido un adversario convencido del nacionalsocialismo. Todas las condiciones de la situación político-militar se habían modificado así fundamentalmente.

En el invierno de 1935 a 1936 cayó en manos del contraespionaje alemán un plan de concentración francés; se basaba en la idea histórica de un avance a lo largo del río Mein y una toma de contacto en el Palatinado superior con fuerzas checas, eventualmente también con fuerzas

rusas, para cortar de este modo el territorio alemán en su lugar más estrecho y dividirlo en dos partes. En enero de 1936, además, el primer ministro francés Laval anunció a la Cámara que presentaría el pacto de ayuda mutua con Rusia para obtener su ratificación. Oficialmente Hitler redobló ahora sus esfuerzos para llegar a un entendimiento con Francia por intermedio de las asociaciones de ex combatientes franceses, concediendo además entrevistas muy hábiles a algunos representantes de la Prensa francesa; pero, al mismo tiempo, informó a Blomberg que, en su opinión, las negociaciones franco-rusas de una alianza militar ofrecían la posibilidad de volver a ocupar la zona desmilitarizada, porque Francia con estas negociaciones había violado el pacto de Locarno, de modo que tampoco Alemania quedaba ligada al mismo. Se entiende por sí mismo que rechazó la idea de denunciar formalmente el pacto y que decidió presentar nuevamente a las potencias occidentales un hecho consumado.

Blomberg no consideró necesario informar a Fritsch o Beck sobre esta intención de Hitler. Pero éste, a su vez, creyó conveniente informar a Fritsch al respecto en febrero de 1936. Fritsch apreció que el restablecimiento de la soberanía militar en la Renania era una condición previa e indispensable para la seguridad del Reich; sin embargo, dijo a Hitler que de ningún modo podía y debía arriesgarse una guerra por esta cuestión. Hitler estuvo de acuerdo y esto con tanta mayor razón, porque disponía de informes muy favorables sobre la probable conducta italiana en ese caso y porque el ministro de Relaciones Exteriores del Reich, Von Neurath, sostuvo la opinión de que las potencias occidentales no procederían militarmente, simplemente porque no disponían de las fuerzas necesarias. El Ejército francés, estimado por el Estado Mayor alemán aún como el poder militar más importante en Europa, era numéricamente fuerte, pero anticuado y las fuerzas inglesas disponibles estaban concentradas en el Mediterráneo, a fin de cubrir Egipto y la zona del canal de Suez contra eventuales ataques italianos.

El 6 de marzo, un día antes de la acción, el jefe del Estado Mayor alemán fué informado recién que al día siguiente se procedería a ocupar de nuevo a la Renania. Jodl caracterizó la situación en el Comando en Jefe del Ejército y en el Departamento de Fuerzas Armadas como la de un jugador de ruleta que pone todo lo que posee sobre un solo color. De acuerdo con Fritsch, Beck se decidió a efectuar la ocupación de la Renania con las menores fuerzas posibles, a fin de poder retirarse sin mayores pérdidas en caso de una reacción francesa. Una sola división fué puesta en marcha con este fin y tres batallones debían avanzar a título de ensayo hasta Aquisgrán, Tréveris y Saarbrücken. Por de pronto, Beck también se opuso a toda tentativa de construir fortificaciones en la margen oeste del Rin.

En un discurso de varias horas, Hitler anunció su decisión al pueblo alemán el 7 de marzo de 1936. Las masas, sorprendidas, quedaron entusiasmadas y en las ciudades de Renania las tropas fueron recibidas con un júbilo frenético. Mientras tanto, en el Estado Mayor y también en

el círculo alrededor de Blomberg se observaba con gran ansiedad las reacciones en París y Londres. En el primer momento de la sorpresa Francia movilizó trece divisiones, ocupó las fortificaciones de la «Línea Magot» y dirigió una consulta a Inglaterra respecto a una acción en común. El agregado militar alemán en Londres, general Geyr von Schweppenburg, mandó un telegrama alarmante, creyendo que la situación se tornaba crítica, con la intención de hacer lo más posible para evitar una guerra. En Berlín se vio que Hitler no poseía los nervios de hierro que anunciaban sus palabras, como tampoco Blomberg, que gustaba ostentar un aire tan marcial.

Finalmente se vio ya en los próximos días que Francia no quería actuar sin Inglaterra y que la opinión pública inglesa de ningún modo estaba dispuesta a batirse por el mantenimiento de la desmilitarización de la zona del Rin. Hitler mismo atribuyó — con o sin razón — la conducta inglesa a la influencia del nuevo soberano, el rey Eduardo VIII, quien como príncipe heredero había mostrado un vivo interés por los progresos sociales introducidos por el nacionalsocialismo, creyendo Hitler, además, que era posible que favoreciera una alianza anglo-alemana. Fuera de esto, el nuevo hecho consumado fué velado otra vez por una gran propaganda en favor de un nuevo pacto de Locarno y de una nueva campaña de paz. Los documentos hasta ahora publicados no permiten reconocer claramente qué parte de todo esto reflejaba una intención sincera y qué otra era más bien una comedia.

III

Ya en el verano del mismo año, Hitler se embarcó en una nueva aventura. Cuando el general Franco, anteriormente jefe del Estado Mayor y líder del partido militar español, pidió la ayuda alemana en un pronunciamiento contra el Gobierno republicano de España y la entrega de aviones y tanques, Hitler le concedió todo, probablemente al comienzo guiado por la preocupación de que España pudiera convertirse en un país bolchevique. Pero ahora los hombres responsables del ejército ya no estaban en condiciones de seguir las intenciones de Hitler. Es cierto que por orden de Blomberg un oficial de Estado Mayor del Departamento de Fuerzas Armadas, el coronel Warlimont, se trasladó a España como consejero de Franco; igualmente fué enviado allí el posterior general Von Thoma, del arma blindada, para hacer estudios en el teatro de operaciones español; además, fueron puestas a disposición de Franco algunas débiles unidades experimentales blindadas. Con un entusiasmo tanto mayor Goering aprovechó esta oportunidad para probar prácticamente la capacidad de la nueva aviación alemana. Ésta envió a España un cuerpo auxiliar, la «Legión Cóndor», compuesta de cuatro escuadrillas de ataque, cuatro escuadrillas de caza, una escuadrilla de exploración y dos escuadri-

llas navales; además, personal de servicio y cierto número de baterías antiaéreas pesadas y unidades de comunicaciones. Las luchas de la guerra española, como la batalla invernal de Madrid en 1936, las batallas de Guadalajara y de Brunete, la conquista de Bilbao, el bombardeo de Guernica y la batalla invernal de Teruel en 1937 y 1938, fueron así las pruebas de la futura gran guerra. Italia ayudó a Franco igualmente con unidades de aviación y con divisiones formadas por voluntarios de la milicia fascista. Francia y la Unión Soviética ayudaron a su vez y en mucha mayor escala al Gobierno republicano con personal instructor y la entrega de material de guerra. Ya se veía en esta contienda que la divisa del conflicto futuro no sería la lucha por el Poder de los Estados nacionalistas, sino por diferencias ideológicas. Ésta era la enseñanza que debió haberse sacado de aquella lucha; pero no es extraño que los militares no la reconocieran, pues que todo esto era demasiado ajeno al mundo en el cual habían sido educados. Según el criterio de Thoma y Guderian, el valor del teatro de operaciones español era reducido como para poder estudiar el empleo de unidades blindadas modernas.

IV

La guerra civil española continuaba en 1937. En junio Beck, por propia iniciativa, visitó inoficialmente y en ropa civil en París al generalísimo francés Gamelin, al Estado Mayor francés y al ministro de Guerra Deladier, para asegurarles que, en su opinión, una nueva guerra debía ser descartada, declarándose que el objetivo de las medidas de rearme alemanas era exclusivamente la seguridad del Reich.

Una vez más apareció ahora el problema de la vieja amistad entre el Ejército alemán y el Ejército rojo, que tuvo después un epílogo sangriento en Rusia. En los funerales del rey Jorge V en Londres, Blomberg representaba al Gobierno alemán y el jefe del Estado Mayor rojo Tuchatschewski, a quien Blomberg conocía bien de antes, al Gobierno soviético. En otoño de 1936 Fritsch había invitado a las maniobras alemanas al general ruso Uborewitsch, que bajo las órdenes de Blomberg había participado en los cursos de instrucción en el Departamento de Tropas y en un banquete en honor de él Fritsch brindó ostensiblemente por el Ejército rojo. Poco después Hitler, en un discurso que pronunció el 30 de enero con motivo del aniversario de su advenimiento al poder, dijo enojado que nadie podía «beber ni brindar» con funcionarios comunistas si él exigía del obrero alemán una conducta anticomunista; con esto se refirió a la actitud de Fritsch.

En la primavera de 1937 Tuchatschewski, en su calidad de comisario de guerra reemplazante, visitó Praga para efectuar con el Estado Mayor checo negociaciones referentes a la cooperación militar entre ambos países. Volvió a Moscú vía Berlín. Poco después el servicio de informa-

ciones checo supo que el contraespionaje alemán estaba informado del objeto de las conversaciones realizadas en Praga. Profundamente consternado, el presidente de Checoslovaquia, Benes, comunicó esta mala noticia a Stalin. En junio de 1937 la publicidad mundial fué informada de que el comisario de guerra reemplazante de la Unión Soviética, había sido separado de su puesto y poco después llegó la noticia sorprendente de que él y varios otros militares destacados habían sido fusilados, por haber cometido espionaje al servicio de una potencia extranjera y por haber preparado planes de alta traición para efectuar un golpe de Estado.

En septiembre de 1937 se realizaron en Mecklenburgo las primeras grandes maniobras, en las que participaron las tres fuerzas armadas. Entre los invitados se encontraron el jefe del Gobierno italiano y a la vez ministro de Guerra, Mussolini (con lo cual se recalcó la nueva cooperación italo-alemana), el ministro de Guerra húngaro y el jefe del Estado Mayor Imperial inglés. Aparentemente Hitler quedó muy impresionado en esta oportunidad por los conocimientos militares de Mussolini. Este le pareció un modelo digno de ser imitado. Es cierto que sus propios generales lo trataban con el debido respeto como jefe del Estado y comandante supremo, pero, a pesar de ello, como a un profano militar. A esto se agregaba su propio complejo de inferioridad, por ser simplemente un ex cabo y el hecho de que en el orden puramente humano, un hombre de la personalidad de Fritsch, fuera para él siempre una figura extraña e incomprensible.

En forma sorpresiva Hitler citó el 5 de noviembre de 1937 a la cancillería a los comandantes en jefe de las tres fuerzas armadas, Fritsch, Goering y Raeder, además a Blomberg, Neurath y Hossbach, para exponerles una apreciación completamente nueva de la situación. Su exposición verbal pareció a Hossbach tan importante, que inmediatamente después de la entrevista la anotó a grandes rasgos; de este modo fué conservada para la posteridad e incorporada a los documentos del Tribunal de Nuremberg con la denominación de «protocolo de Hossbach». Según éste, Hitler declaró que «la cuestión alemana» sólo podía ser solucionada por el empleo de la fuerza. Para ello había ideado tres posibilidades: 1.º) Una guerra al terminar el rearme alemán; 2.º) El aprovechamiento de las complicaciones internas de Francia, que podían crear perspectivas buenas para un ataque y 3.º) El caso de que Francia estuviese aferrada por una guerra con otra potencia, por ejemplo con Italia, debido a la cuestión española. La condición previa para cualquier acción militar era el aseguramiento del flanco, es decir, la eliminación de Austria y de Checoslovaquia. Para paralizar a Rusia podría utilizarse a Japón. Tanto Blomberg como Fritsch objetaron en seguida en forma muy enérgica, que de ningún modo podría tomarse en consideración una guerra contra Inglaterra y Francia; además, expresaron que los casos mencionados como números 2 y 3 eran totalmente improbables. Blomberg destacó, además, especialmente la fuerza de las obras de fortificación checas en el norte de Bohemia. Fritsch, que tenía la intención de hacer un viaje de licencia a Egipto, dijo que iba a renunciar a este viaje si «el líder» apreciaba la

situación en forma tan seria. Pero Hitler, desconfiando ahora al parecer, empezó a calmarlo, diciendo que sus palabras no debían ser interpretadas como si la complicación bélica fuera inminente.

En resumen resultó de esta entrevista que Hitler, como jefe de Estado, por primera vez, había dado a entender en forma inequívoca que su objeto era una nueva guerra mundial y que tanto el ministro de Guerra como el comandante en jefe del ejército en forma categórica habían declarado que no deseaban esa guerra. Prescindiendo de Goering, a quien las ideas de Hitler aparentemente no sorprendieron, todos los participantes quedaron profundamente consternados. Neurath sufrió después varios ataques cardíacos a causa de la excitación; pensaba en el testamento de Hindenburg, que había dicho que en cualquier forma había que evitar una nueva guerra a Alemania. Después de la entrevista en la cancillería, Neurath visitó a Fritsch y Beck en el Ministerio de Guerra para deliberar con ellos sobre lo que podían hacer para apartar a Hitler de sus planes. Conviniere que Fritsch hiciera lo posible para convencer a Hitler de que sus planes eran irrealizables desde el punto de vista militar, mientras que Neurath, como dirigente responsable de la política exterior, debía hacer lo mismo desde el punto de vista político. Pero ambos aún no conocían a Hitler. Por de pronto no tuvieron oportunidad en los días siguientes de hablar con él. Fritsch entonces inició su viaje a Egipto sin presentir y sin poder imaginárselo como viejo oficial prusiano que, por orden de Hitler, que se había hecho desconfiado, lo seguían algunas personas de confianza de la Gestapo, mandada por Himmler, el enemigo mortal de Fritsch.

No se ha podido aclarar por qué motivo Hitler descubrió tan sorpresivamente sus planes detallados. Como Keitel explicó más tarde, Hitler conocía toda la literatura militar alemana. Las ideas que había expuesto el 5 de noviembre casi parecían una repetición tardía de las ideas de Von der Goltz y Bernhardi, desde hacía tiempo anticuadas, pero observadas ahora desde el punto de vista de un austriaco, que había vivido en la antigua monarquía habsburguesa y que por eso apreciaba los asuntos nacionalistas de la población alemana en Austria y Bohemia como cuestiones de primera importancia. Para un político ávido de poder como Hitler, que no conocía escrúpulos de orden moral y cuya sabiduría culminó en la declaración de que su misión era desembarazar el mundo de toda traba impuesta por la conciencia, los cambios políticos y territoriales que se habían producido en la zona del Danubio desde 1918, debían parecerle especialmente favorables para poner en práctica tales ideas. En su libro de confesión *Mi lucha*, ya antes había definido que la región oriental de Europa (*) era la que debía absorber el exceso de la población de Alemania, sin considerar que, en realidad, en las provincias del este de Alemania no existía ya tal densidad ni sobrante de la población sino que, al contrario, el éxodo rural aumentaba de una manera alarmante. Las ideas de Hitler reproducidas en el llamado «protocolo de

(*) Se refiere presumiblemente a Rusia. (N. del T.)

Hossbach» parecían por eso una especie de solución apresurada de la política de poderío militar alemana, al estilo de Ludendorff, antes de que fuera tarde para su aplicación; en el Estado Mayor mismo estas ideas habían sido vencidas ya desde hacía mucho tiempo. Era una reaparición del viejo temor, resultante de la ubicación central de Alemania en el sentido histórico y geográfico, pero presentado esta vez sin un plan general al estilo de Schlieffen; buscábanse simplemente por un tanto intuitivo los puntos débiles de los frentes enemigos, con el fin de vencer así el sentimiento opresor del encierro y restablecer la maniobra por línea interior desaparecida, apelando a una superexpansión del propio país.

Hasta ahora Hitler había concedido a Fritsch, como excelente especialista, plena libertad en la organización interna del ejército; a veces hasta había rechazado ciertas exigencias del Partido dando preferencia al ejército. Probablemente fué guiado en esto por la idea ingenua de un profano que el Estado Mayor era una cueva en la cual se preparaban continuamente los más extravagantes planes de guerra. Ahora debió reconocer que el Estado Mayor de ningún modo quería la guerra y que debía prepararse en realidad un instrumento que pudiera llevar a cabo sus planes inusitados. Otros tres hombres, de los cuales cada uno era un rival mortal del otro, también consideraban a Fritsch como un obstáculo para sus planes. Reichenau, que era comandante del cuerpo de ejército en Munich y que seguía esperando aún para convertirse en comandante en jefe del ejército; Goering, que soñaba con el papel de un «Douhet» alemán, convencido de que las demás fuerzas armadas debían ser subordinadas a la aviación y que, además, creía posible que Fritsch efectuara un golpe de Estado contra el régimen nacionalsocialista; finalmente Himmler, el jefe de la policía alemana y de la SS, que proyectaba la formación de un ejército de SS, así como la colonización del este por una organización rural militar y la creación de un nuevo imperio germánico en territorio eslavo mediante dicha colonización.

V

En diciembre de 1937 murió en Munich Ludendorff, el hombre que una vez había advertido a Fritsch contra Hitler, diciéndole que éste no sería leal a nadie y que lo traicionaría también a él. Ludendorff había hecho sus propias experiencias con el «señor Hitler», como lo llamaba constantemente, evitando el uso del título de «líder», pero sin haberse hecho por eso más prudente. Durante los funerales, que fueron presenciados por Hitler y muchos generales, Blomberg, que era viudo, confió a Hitler que pensaba casarse con una mujer que tenía un «pasado». Hitler no dió mucha importancia a este asunto, dándole su consentimiento. Blomberg informó al respecto también a Goering, confesándole que la mujer con la cual pensaba casarse en realidad no correspondía a su clase

social. Goering le contestó que en el nuevo régimen estos asuntos no eran apreciados en forma gazmoña, pues él mismo se había casado en segundas nupcias con una actriz divorciada.

Así comenzó el escándalo. Ya en 1931 Brüning había opinado de Blomberg que éste padecía de una nerviosidad e inconstancia mental inquietante; posiblemente eran las consecuencias de una caída del caballo, de la cual no se había repuesto del todo y que ejercían ahora una cierta influencia en su proceder.

Al comienzo de enero de 1938, Fritsch regresó de Egipto, vigilado también en el futuro por la Gestapo. Tuvo la impresión de que la situación en cierto modo era inquietante y que había regresado justamente a tiempo. En realidad habría sido mejor que no efectuara este viaje. El 12 de enero de 1938 Jodl anotó en su diario en el Departamento de Fuerzas Armadas: «Sorpresivamente el mariscal se casa con la señorita Grün.» Hitler y Goering fueron los testigos de boda. Al cabo de poco tiempo, Goering hizo entregar al jefe de policía de Berlín, conde Von Helldorf, un legajo, del cual resultó que la vida anterior de la «señorita Grün» por lo menos era de carácter dudoso. Von Helldorf mostró este legajo a Keitel, cuya primera reacción fué que todo esto debía ocultarse. No concibió la idea de informar al respecto en alguna forma a Blomberg, Fritsch o Beck. En los casinos de oficiales empezaron a circular rumores sospechosos sobre la nueva señora de Blomberg, la esposa del más alto oficial de las fuerzas armadas del país. Fritsch fué llamado telefónicamente por un general que le preguntó si sabía que el ministro de Guerra se había casado con una «puta», comprobándose después que el nombre del general era fingido.

Según el convenio hecho con Fritsch y Beck, mientras tanto Neurath había logrado hablar con Hitler. Le explicó las dudas de los generales y trató de convencerlo que los objetivos más importantes de su política podrían conseguirse también con paciencia y por un camino pacífico. Cuando Hitler le dijo que no podía esperar más, le contestó Neurath que no quería hacerse cómplice de tal política. Probablemente esta entrevista dió a Hitler un nuevo motivo para tomar medidas posteriormente contra la oposición callada que mostraban evidentemente el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Estado Mayor. El 21 de enero de 1938 terminó el curso anual de enseñanza política nacionalista para oficiales, en cuya oportunidad Hitler pronunció uno de sus infinitos discursos sobre asuntos de historia, de la raza, de política y de religión. Al mismo tiempo se realizaba un viaje de Estado Mayor en Prusia oriental, dirigido por el general Von Rundstedt, comandante del 1.º Grupo de Ejército, por lo cual muchos oficiales de alta jerarquía estaban ausentes de Berlín, debiendo apreciarse esto sólo como una coincidencia. Otra casualidad favorable o en el sentido de los generales opositores desfavorable, fué el hecho de que el enérgico comandante de la tercera Región Militar de Berlín, el general de infantería Von Witzleben, uno de los pocos hombres que no sentían miedo ante Hitler, se encontrara enfermo en Dresden durante estas semanas.

El 24 de enero Goering entregó a Hitler el legajo referente a la segunda esposa de Blomberg; probablemente le entregó también simultáneamente otro legajo, preparado por la Gestapo, según el cual el general Von Fritsch había cometido un delito correspondiente al párrafo 175 del Código Penal (delitos homosexuales) con un joven homosexual, en noviembre de 1934, cerca de la estación ferroviaria de Potsdam. Esta acusación se basaba en declaraciones de un individuo de nombre «Schmidt», bien conocido por la policía como chantajista homosexual. Al parecer, el primer legajo (el de Blomberg) había sido presentado a Hitler ya una vez en 1935, el cual ordenó en aquel entonces que fuera quemado, lo que, por supuesto no se hizo, pues según el criterio de Himmler y Heydrich hubiera sido una tontería imperdonable. De todos modos quedó en claro ahora que Blomberg era un hombre perdido. Los documentos del legajo afirmaban que su mujer había sido una prostituta controlada por la policía y que tenía antecedentes penales por haber vendido fotografías pornográficas. Al parecer Hitler tuvo en el primer momento la idea de nombrar a Fritsch como sucesor de Blomberg. Pero también para este caso Goering y Himmler habían tomado sus medidas, preparando con tal fin un legajo especial contra Fritsch. El 25 de enero Hitler informó al coronel Hossbach sobre las acusaciones contra Blomberg y Fritsch. Hossbach, que ya se había formado una idea suficientemente clara sobre los caminos tortuosos de la política interna de este régimen, pudo reconocer en seguida que se estaba tramando una infamia contra la más alta conducción del ejército, con el fin de desacreditar moralmente y liquidar a los más destacados representantes del cuerpo de oficiales. Cuando Hitler le ordenó llamar a Fritsch a la cancillería en la noche del día siguiente, prohibiéndole expresamente decirle algo sobre el objeto de la entrevista, Hossbach, sin embargo, resolvió advertir a Fritsch al respecto. Las primeras palabras de Fritsch fueron: «bajezas y mentiras». Sin embargo, Fritsch era un caballero de antiguo cuño, que de ningún modo podía imaginarse que el jefe de un pueblo de sesenta millones de hombres podría emplear métodos propios de *gangster*; por eso apreció todo desde el primer momento solamente desde el punto de vista de la ofensa a su honor personal.

Hitler se encontró ahora en la situación de que tenía serios cargos contra los dos más altos conductores de las fuerzas armadas, los que por su actitud se le habían hecho incómodos. Pero, aunque muchas veces se vanaglorió de poseer la capacidad de tomar resoluciones instantáneas, en realidad no la tenía, porque sus decisiones en el fondo no se basaban en la razón sino en la intuición. Al parecer no sabía aún en este momento qué es lo que debía hacer. El 26 de enero fué llamado también Blomberg a la cancillería. A mediodía Jodl fué informado por Keitel que Blomberg había sido relevado. Keitel le comunicó que Hitler quería anunciar este asunto al pueblo recién el 30 de enero, en una forma que no había sido fijada aún. El escándalo de Blomberg tocó también a los testigos de boda. Keitel estaba profundamente conmovido y con lágrimas en los ojos

visitó a Fritsch y Raeder para hablar con ellos sobre el problema de la sucesión.

La primera idea de Jodl fué que Fritsch debía encargarse también del cargo de ministro de Guerra. Con respecto a Blomberg anotó en su diario de servicio: «Aun cuando el hombre caiga, su obra debe mantenerse. Se tiene la impresión de estar en una hora decisiva para el pueblo alemán. Insinuáse la idea de que se trata de un caso similar al del rey de Inglaterra y su esposa. ¡Qué influencia puede ejercer una mujer, sin presentirlo, en el destino de un pueblo y con esto también en el mundo!» Pensaba en la suerte del rey Eduardo VIII que, en diciembre de 1936, había renunciado al trono por su amor a una mujer de origen burgués, dos veces ya divorciada y que, sin saberlo, había destruido con ello al mismo tiempo una gran esperanza de Hitler en el campo de la política exterior.

En la noche del 26 de enero Fritsch llegó a la cancillería lleno de cólera y al mismo tiempo profundamente conmovido, porque siempre había creído que poseía la confianza de Hitler. Ofreció a éste su palabra de honor de que todas las acusaciones sobre los delitos sexuales eran mentiras. Pero Hitler no aceptó la palabra de honor de un general y noble prusiano. En lugar de esto lo careó personalmente con el chantajista, castigado anteriormente ya con una pena de presidio y cuando el hombre declaró que reconocía a Fritsch, en opinión de Hitler el destino del comandante en jefe del ejército estaba decidido. Goering, que presenció esta entrevista, por supuesto prestó fe al chantajista y no al general. Fritsch abandonó la cancillería manteniendo su corrección exterior, pero interiormente quebrado, porque no había creído que tal cosa fuera posible en Alemania.

Sin embargo, según el criterio de Hitler, el destino de Fritsch había quedado decidido del mismo modo que el de Blomberg y cuando Hossbach le comunicó que había advertido a Fritsch, pues consideraba que esto era su deber como oficial, también la posición de Hossbach quedó insostenible. La segunda fase de este asunto estuvo representada por el problema si las acusaciones contra Fritsch debían ser aclaradas por un tribunal militar o, como Hitler y Goering querían hacerlo, por un tribunal especial. Fritsch cometió ahora un grave error. Aunque como general estaba subordinado exclusivamente a la justicia militar, cuyo restablecimiento él mismo había favorecido tanto, consciente de su inocencia, no trepidó en concurrir al cuartel general de la Gestapo cuando fué llamado por ésta para ser interrogado, reconociendo de este modo tácitamente la jurisdicción de la misma sobre el ejército. Agentes de la Gestapo aparecieron una noche en algunos cuarteles de tropas y tomaron presos a todos los asistentes anteriores de Fritsch para encontrar testigos contra éste en sus presuntos delitos homosexuales, sin que ningún oficial de guardia se atreviera a impedir este procedimiento. Parecía de mal agüero que en los interrogatorios participara en forma destacada el mismo funcionario policial que el 30 de junio de 1934 había enviado los pelotones de ejecución que fusilaron a Schleicher y Bredow.

Todavía eran pocas las personas que sabían que Blomberg había propuesto a Hitler que él mismo fuera su sucesor, por lo cual continuó la lucha por la sucesión. Sin ser llamado, el general Von Reichenau llegó a Berlín. Dado que Fritsch provisionalmente había sido separado de sus funciones, Beck, ahora el más antiguo oficial del Comando en Jefe, propuso que Rundstedt, el oficial del ejército más antiguo, que aún estaba dirigiendo el viaje de Estado Mayor en Prusia oriental, fuera llamado a Berlín, lo que Hitler primeramente prohibió, pero después concedió. Beck exigió enérgicamente que el caso de Fritsch fuera aclarado por el Tribunal Militar Supremo, cuyo presidente, el general Heitz, era un oficial de la época de Seeckt. Schacht, que en 1937 había sido relevado de su cargo de ministro de Economía, continuando sin embargo en sus funciones como presidente del Banco del Estado, sospechó que todo esto era obra de la SS y se esforzó en advertir a Beck, Raeder y Rundstedt. Este último, volviéndose nervioso, le hizo contestar que él sabía lo que tenía que hacer. En Münster, Gisevius trató de aclarar los sucesos al general Von Kluge. Pero en el fondo nadie sabía lo que tenía que hacer. Antes, en 1926, cuando Seeckt fué relevado de su cargo, Fritsch mismo le había aconsejado un pronunciamiento. Pero ahora, si los generales querían proceder a una acción, debían tener en cuenta que tendrían que enfrentar a un poder enorme. Es cierto que la mayoría de los comandantes superiores del ejército eran aún hombres del tipo antiguo; pero era dudoso que el ejército los obedeciera. Debían enfrentar a la marina, que por lo menos guardaba una posición neutral y a la aviación, subordinada a Goering, a la cual pertenecían también las unidades de defensa antiaérea. Debían enfrentar a la organización enorme del partido político, con sus numerosos elementos, con la policía y la Gestapo. El dictador dominaba toda la red de comunicaciones, la Prensa y la radio. No había ninguna posibilidad de informar al pueblo; tampoco existían preparativos para rechazar un golpe de mano de la SS. Todas las tentativas anteriores de hacer una política militar propia habían fracasado, tanto las de Ludendorff, como las de Lüttwitz y Schleicher. ¿Cómo podía explicarse a las grandes masas de obreros, que por el rearme tenían de nuevo ahora pan y trabajo, que era necesario realizar un golpe de Estado porque el comandante en jefe del ejército había sido víctima de una calumnia? Había que tener en cuenta todo esto antes de acusar de cobardes a los generales de esa hora, como los círculos opositores lo hicieron frecuentemente entonces y más tarde. Para llevar a cabo un golpe de Estado se necesitaba algo más que coraje personal; era necesario una personalidad verdaderamente descolante, que dispusiera de un gran prestigio en la opinión pública, una verdadera figura de arrastre; pero tal personalidad no existía ya entre los generales.

VI

El 27 de enero, después que Blomberg se había despedido y partido para Italia, Keitel fué llamado por Hitler. Este hasta ese momento conocía tan poco al jefe del Departamento de Fuerzas Armadas que erróneamente había preguntado por el general «Von» Keitel. Lamentándose le dijo que estaba cada vez más aislado y que Keitel debía quedarse con él. Keitel, un hombre muy sencillo, quedó sumamente impresionado por este gesto de confianza; con esto Hitler lo ganó para sí. Otra vez se discutió el problema de la sucesión de Blomberg. Aparentemente Hitler todavía no estaba decidido, ignorando de qué modo reaccionaría el ejército si él mismo se encargaba del comando supremo. Se mencionó el nombre del conde Von der Schulenburg, antes jefe del Estado Mayor del grupo de ejército mandado por el príncipe heredero, que se había incorporado al Partido, pero que en el fondo pensaba siempre aún en forma conservadora. Se mencionaron los nombres de Rundstedt, Joaquín von Stülpnagel, Leeb y Reichenau. Respecto al primero Hitler dijo que era demasiado viejo y cansado; a Stülpnagel lo consideró como un adversario del nacionalsocialismo; Leeb era católico; la candidatura de Reichenau al parecer poseía las mejores perspectivas. Fué un alivio para Keitel cuando Hitler dijo que Reichenau no era suficientemente profundo en sus ideas y que procedía por impulsos; pero, a pesar de esto, sin duda tenía las mayores simpatías por él. Después de esta entrevista Keitel contó al general Jodl que tenía la convicción de que por lo menos la posición del Departamento de Fuerzas Armadas quedaba asegurada, quizás hasta mejorada y que Jodl no debía abandonarlo en ese momento. Este apreció la situación como «trágica y conmovedora». Keitel le contó, además, que Fritsch debía renunciar por ser un homosexual, agregando la confesión rara de que sabía esto ya desde hacía dos años; era sin duda un indicio de que estas intrigas se estaban preparando ya desde mucho tiempo atrás.

Ahora también el general Beck visitó a Keitel — por el momento el hombre más poderoso de los que actuaban entre bastidores en el Ministerio de Guerra — exigiendo que fuera elevada la posición del ejército como factor decisivo en la conducción de guerra alemana, que fuera realzada la posición del Estado Mayor y que la División «Defensa del País» fuera incorporada a éste. Además, exigió que Blomberg fuese echado del ejército, haciendo resaltar enérgicamente que era intolerable que el más alto oficial alemán se casara con una «puta». En este momento de la lucha la visita de Beck fué para Keitel muy molesta, pues a éste no le interesaba la posición del Estado Mayor sino el sostenimiento de su propia posición y la eliminación de Reichenau. Presentó ahora a un nuevo candidato como sucesor de Fritsch, al general de artillería Walter von Brauchitsch, desde 1937 comandante del 4.º Grupo de Ejército, re-

cientemente formado. Brauchitsch fué llamado a Berlín; Beck tuvo a causa de esto un gran enojo, porque siendo el oficial más antiguo del Comando en Jefe del Ejército no se le presentó como correspondía. Keitel informó a Brauchitsch que Fritsch había sido licenciado y le preguntó si estaba dispuesto como nuevo comandante en jefe y con un nuevo jefe del Estado Mayor a establecer un contacto más estrecho entre el ejército y el Partido Nacionalsocialista. Brauchitsch, preocupado en esos días por el problema de su divorcio pendiente, pidió un plazo para reflexionar. Finalmente declaró su conformidad, después de haber tenido una entrevista con Hitler en presencia de Rundstedt. Cuando en esta oportunidad Hitler empezó a hablar del honor del ejército. Rundstedt lo interrumpió bruscamente diciendo que el ejército no deseaba ser instruido por Hitler en materia de honor; una reprimenda que Hitler aceptó calladamente.

Aparentemente con esto se había solucionado el problema de la sucesión de Fritsch. En cuanto a la sucesión de Blomberg, quedó aún sin solución.

Por de pronto resultó imposible publicar los acontecimientos el 30 de enero de 1938, como se había proyectado. El pueblo alemán desconocía aún absolutamente todos los hechos; hasta muchos de los comandantes superiores no sabían nada. Solamente en los círculos más altos de Berlín corrían rumores. El 2 de febrero, el director de la Academia de las Fuerzas Armadas, el general Adam, preguntó en forma irónica a Jodl, a quien encontró en el paseo matutino a caballo, sobre la «crisis de Estado», contestando Jodl lacónicamente que se hallaba en su apogeo. El ministro doctor Frank, el líder del colegio de abogados nacionalsocialistas, preguntó al general Adam cómo pensaba sobre «su mariscal», contestando Adam friamente: «No es nuestro mariscal, es el vuestro.»

Schacht hizo una última tentativa para advertir al general Thomas, por intermedio del oficial de enlace del Departamento de Economía Militar, comunicándole que el ataque contra Fritsch en realidad era un golpe de la SS contra el ejército. Jodl anotó enojado al respecto que estas «habladurías» faltaban a la orden promulgada de que en el ejército no debía hablarse sobre este asunto. El 2 de febrero quedó fijada la decisión de Hitler de que él mismo se encargaría del puesto de comandante en jefe, con la ayuda de Keitel, que debía convertirse en jefe de las Fuerzas Armadas, mientras que Brauchitsch pasaría a ser comandante en jefe del ejército. Hitler dió su consentimiento a que Beck quedara como jefe del Estado Mayor.

El 4 de febrero el pueblo alemán fué sorprendido por la noticia de que el ministro de Guerra y el comandante en jefe del ejército habían sido pasados al retiro por razones de salud y que Hitler mismo se hacía cargo del puesto de comandante en jefe de las fuerzas armadas, pasando el general Keitel a ser jefe de la Plana Mayor del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. Como fundamento principal de todo esto se indicó la necesidad de centralizar el poder y de rejuvenecer el cuerpo de oficiales. Observadores ingenuos debieron tener la impresión de que había es-

tallado una epidemia entre los generales alemanes, pues por razones de salud fueron retirados también un considerable número de los más conocidos todos representantes de la orientación impuesta por Seeckt. El general Lutz fué reemplazado por Guderian, pasando su cargo a denominarse desde ahora «jefe de las tropas rápidas en el Comando en Jefe del Ejército». Al mismo tiempo fué publicado el nombramiento de Goering como mariscal, destinado a satisfacer su ambición personal, mientras que Reichenau ascendió al puesto de comandante de un grupo de ejército. Simultáneamente se realizó un cambio en los puestos diplomáticos. El ministro de Relaciones Exteriores Neurath fué reemplazado por Von Ribbentrop, el íntimo de Hitler; los embajadores en Roma y Tokio, Von Hassel y Von Dirksen, fueron relevados por no haber ayudado en forma eficaz el rumbo de la política de alianzas de Hitler. En su reemplazo fueron enviados a Roma un hijo del mariscal Von Mackensen y a Tokio el mayor general Ott. Para velar el relevo de Neurath, se comunicó la decisión del líder de constituir un consejo de gabinete secreto, cuyo presidente había sido nombrado Neurath. Pero este consejo de gabinete nunca entró en funciones.

El 4 de febrero Hitler reunió en la cancillería a los generales más destacados; les explicó en esta oportunidad los delitos que habían cometido Fritsch y Blomberg y les hizo una descripción de la nueva situación. Los generales escucharon sus palabras en forma callada. Algunos, como por ejemplo, el comandante del 1.º Cuerpo de Ejército de Prusia oriental, el general Von Kuehler, un viejo amigo de Fritsch, no habían sabido absolutamente nada y quedaron profundamente consternados. Hitler, que había esperado este día con cierta preocupación, pues consideró probable una crisis grave y quizá mortal, dijo después en medio de sus confidentes más íntimos que se sentía aliviado y que ahora, sabía que todo general era cobarde o tonto. Goebbels confesó más tarde que lo que se temió no fué un pronunciamiento monárquico de Fritsch, sino un acto en común de los comandantes superiores esto es, renuncia colectiva de los oficiales más altos del ejército. Pero según el criterio prusiano esto habría sido una rebelión. El hecho de que Goebbels apreciara posible tal acción muestra que, como hombre cínico y sin base moral, no tenía ninguna idea del carácter místico que representaba para estos viejos soldados el juramento a la bandera. Por otro lado, la mayoría de los generales en este momento todavía no habían reconocido que ese día se verificara algo más que un simple cambio personal y que el acto representaba en realidad la sumisión del ejército a la voluntad de Hitler. Más tarde se dijo que solamente el general Von Pogrell había opinado que ahora era indispensable salir con las tropas. Pero una acción en común de los generales, una «huelga general» en el sentido de Goebbels, en realidad no hubiera sido posible. Muchos de ellos no habrían participado en tal acción.

Fritsch reconoció demasiado tarde que en todo esto no hubo una lucha contra su honor personal sino contra el ejército mismo y que debió haber actuado como lo había exigido en 1926. Pero aun en eso

caso queda la duda si efectivamente hubiera estado en condiciones de hacerlo. No en balde la Gestapo había elegido esta forma de difamación personal, que colocaba a Fritsch en una situación difícil y no le permitía llevar el asunto al terreno político. Uno de los mejores conocedores franceses del ambiente alemán, el conde Roberto d'Harcourt, en un artículo que publicó en la *Revista de Dos Mundos*, hizo una comparación entre los casos de Fritsch y de Tuchatschewski, opinando que hasta posiblemente existieran relaciones internas entre ellos. Dijo que en ambos casos los dictadores modernos habían mostrado ser maestros en el campo de la psicología y de la bajeza frente a los oficiales de antiguo cuño, que sólo sabían proceder con nobleza e integridad.

El caso de Fritsch llegó ahora a su epílogo. El defensor de Fritsch, el abogado conde Von der Goltz, descubrió las intrigas de la Gestapo, comprobando que los instigadores del asunto habían inducido al chantajista Schmidt a basar su acusación en la semejanza del apellido del realmente culpable, un ex capitán Von Fritsch, con el apellido del comandante en jefe del ejército. En el proceso ventilado ante el Tribunal Militar Supremo, Fritsch fué absuelto. Pero el público de ningún modo fué informado de todo esto, como tampoco supo que antes de iniciarse el proceso, la Gestapo trató de eliminar a Fritsch para simular después su suicidio. Nadie supo tampoco que el jefe del Estado Mayor creyó necesario proteger a Fritsch con una guardia formada por jóvenes oficiales de confianza y que la tentativa de eliminar a Fritsch sólo pudo ser impedida gracias a que el día en que Fritsch fué llamado por la Gestapo a declarar en una casa de campo deshabitada, se hizo efectuar ejercicios ostensiblemente a una compañía del ejército en sus inmediaciones. Tampoco el ejército mismo supo algo de todas estas cosas.

Como Hitler mismo se había encargado del mando directo y el Ministerio de Guerra en realidad había cesado en sus funciones, se produjo una situación orgánica completamente nueva en las autoridades supremas de las fuerzas armadas, al estilo de la que hubo a lo sumo en la primera época del absolutismo, volviendo a aparecer de este modo antiguas modalidades históricas.

La existencia de un Estado Mayor particular dentro del nuevo gabinete militar era indudablemente un nuevo invento. También se vió, aunque en otra forma, la transformación paulatina del régimen en un gobierno de gabinete, según el viejo tipo prusiano inconstitucional, como existía en los tiempos federicianos, notándose esto ante todo en la tendencia de Hitler de no hacerse asesorar más por los ministros y las instituciones creadas por él mismo, como por ejemplo el Superministerio del Consejo de Gabinete Secreto, sino de trabajar exclusivamente con sus cancillerías personales: la cancillería del Estado, la cancillería del presidente, la cancillería del Partido y el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. Estos cuatro organismos representaban las cuatro columnas del régimen personal de Hitler. Es cierto que esta evolución no se produjo por imitación consciente de las anteriores condiciones prusianas; al contrario, fué la eliminación de las formas constitucionales del gobierno,

lo que forzosamente debía reproducir las formas arcaicas del régimen federiciano.

Los intereses del ejército dependían mucho y quizá totalmente, de la personalidad del nuevo jefe del Comando en Jefe de la Fuerzas Armadas; para expresarlo mejor, del jefe de la Plana Mayor del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, el general de artillería Guillermo Keitel. Descendía éste de una familia radicada en el campo en el territorio de Brunswick; después de recibirse de oficial de artillería, se había incorporado en 1915 al Estado Mayor; durante la guerra prestó servicio como primer oficial de Estado Mayor del Cuerpo de Marina en Flandes, mandado por el enérgico almirante Von Schröder. En el ejército de cien mil hombres estuvo prestando servicio en la tropa y en los comandos. Desde octubre de 1935 era jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, una posición que él mismo calificó como la de un jefe de Plana Mayor del ministro de Guerra. Era un trabajador diligente y circunspecto. Ante el Tribunal Militar Aliado de Nuremberg, dijo más tarde de sí mismo que había sido un militar animado por la voluntad de cumplir correctamente sus deberes y de empeñar toda su capacidad al servicio del Estado, prestando por eso sus servicios con la misma lealtad al emperador, a Ebert, Hindenburg y a Hitler. En forma casi de reto replicó continuamente en este tribunal a todos los cargos que se le hacían, diciendo que el soldado debía tener confianza en la conducción del Estado. Representaba así la figura de un especialista incondicional, uno de los tantos que habían sido educados en esa forma por el Estado Mayor. Siendo un hombre completamente ignorante en asuntos políticos, llegó a la convicción de que la revolución nacionalsocialista era el hecho más revolucionario de la historia mundial. A todo se agregaba su ambición natural y el hecho de que su conducta fuera influida por varias donaciones valiosas que recibiera de Hitler (generosidad que éste usaba en forma mucho más amplia que todos los reyes prusianos juntos) y, finalmente, por su impresión de que el Reich había ganado en prestigio en el exterior. Uno de los hijos de Keitel dijo más tarde en la cautividad, que su padre había tenido la esperanza de poder fundar una especie de dinastía familiar de los Keitel; pues no menos de tres miembros de ésta habían llegado a ser generales en el Ejército.

Por otra parte, según su propia confesión, Keitel nunca perdió frente a Hitler una especie de sentimiento de inferioridad o, mejor dicho, de desconcierto. Para un militar y oficial de Estado Mayor de tipo antiguo, un revolucionario representaba siempre un ser algo incomprensible. Keitel declaró en Nuremberg que nunca en su carrera militar había encontrado a un hombre que poseyera planes de reformas militares tan amplios como Hitler. Por otro lado, nunca había tenido la impresión de gozar realmente de la confianza de éste en el sentido puramente humano. A pesar de todo se esforzó en servirle lealmente, aun cuando no le faltaron graves crisis en tal sentido.

La aversión de Hitler contra el Estado Mayor, que hizo que estableciera la separación más estricta entre el Comando en Jefe de las Fuerzas

Armadas y todas las demás reparticiones, ante todo del Ministerio de Relaciones Exteriores, tuvo muy pronto además otra consecuencia. Hitler empezó a evitar también la cooperación de su nuevo organismo particular, el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, apoyándose más bien en otra nueva creación suya, la Ayudantía de las Fuerzas Armadas, cuyo carácter respondía completamente a la vieja ayudantía general prusiana. Con el alejamiento del coronel Hossbach había desaparecido el centinela militar, por decirlo así, que el Estado Mayor había colocado junto a Hitler. Precisamente, la unión del cargo de ayudante militar de Hitler con la del jefe de la División Central del Estado Mayor tendía a impedir que se estableciera una ayudantía independiente, como nueva instancia intermedia. Pero evidentemente no había agradado a Hitler. Ahora se formó una nueva ayudantía con cuatro ayudantes personales. El teniente coronel Schmundt, como ayudante en jefe, representaba el Comando en jefe de las Fuerzas Armadas; el capitán Engel, un joven oficial de infantería, quien en 1937, en las maniobras de Mecklenburgo, había llamado la atención de Hitler por su habilidad en explicar situaciones militares, fué el segundo ayudante y representante del Ejército, mientras que el capitán Von Below representaba los intereses del arma aérea y el capitán de corbeta Von Puttkamer los de la marina. El camino fatal de este nuevo organismo, formado fuera del marco de la Constitución, se vió después durante la guerra, cuando el ayudante en jefe Schmundt se encargó simultáneamente de la jefatura del Departamento de Personal del Ejército, restableciéndose de este modo el viejo Departamento de Asuntos Personales, la omnipotencia de los ayudantes generales del tipo de Witzleben y Manteuffel, con la diferencia de que Schmundt no era ya un noble del tipo prusiano (*).

Mientras por un lado se comprobaba una disminución continua del prestigio y facultades del Estado Mayor e igualmente, después de un corto ascenso, un descenso lento de la influencia del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, se notaba por otro lado un ascenso continuo del poder de la Ayudantía. El teniente coronel Schmundt, a quien Hitler estimaba mucho personalmente, adquirió una influencia considerable y frecuentemente difícil de controlar. Si Beck no hubiese pertenecido ya a la oposición por razones políticas, como jefe del Estado Mayor se hubiera visto obligado ahora a adoptar una conducta opositora hasta por razones profesionales y de competencia. Prácticamente existían ahora cuatro Estados Mayores distintos: el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas con la Plana Mayor de Conducción de las mismas; el Estado Mayor del Ejército; el Estado Mayor de la Aviación y el Departamento de Comando de la Marina, denominado durante la guerra Departamento de Operaciones Navales, agregándose a ellos además una Ayudantía General, constituida por oficiales jóvenes, sinceramente adictos a Hitler. Al principio pareció que Beck, en sus esfuerzos de mantener la posición del

(*) El autor quiere, en realidad, hacer resaltar la falta de nobleza en el proceder de este ayudante, cuya acción fué tan nefasta. (N. del T.)

Estado Mayor del Ejército, había encontrado a un aliado en Raeder, el comandante en jefe de la Marina, que se oponía a una dirección de la guerra por los «ratas terrestres» de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas. Pero pronto Raeder abandonó la lucha. Entonces Beck trató de resolver el problema por una medida personal, logrando que un experto oficial de Estado Mayor de antiguo estilo, el general Von Viebahn, fuera nombrado jefe de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas. Pero pronto se vió que Viebahn no servía para las intrigas continuas que había en el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, pasando entonces la jefatura del nuevo Estado Mayor a las manos de Jodl, la persona de confianza de Keitel y, por lo tanto, de Hitler. Jodl consideraba a Hitler como el renovador del prestigio mundial de Alemania y estaba decidido a servirle con toda su capacidad que, indudablemente, era grande. Sin reserva alguna se identificó con la tesis de Hitler, que en cierto sentido sobrepasaba hasta las ideas de Ludendorff de que la política, en el fondo, siempre representaba una forma de la guerra.

VII

En la lucha que sostenía Beck, era decisivo hasta qué punto podía contar con la ayuda del nuevo comandante en jefe del Ejército, el general Von Brauchitsch. Indudablemente pertenecía éste a los oficiales del tipo de la época de Seeckt. Ni estaba de acuerdo con la forma en que fué tratado Fritsch ni con la gran remoción de los generales; tampoco era un nacionalsocialista convencido; pero, como todos los generales destacados, se vió frente al problema de la popularidad de Hitler. En aquel entonces el dominio del líder no se basaba todavía únicamente en el terror sino también en el amor y la confianza de las masas. Gisevius afirma en sus memorias que Brauchitsch había prometido a la oposición que el Ejército haría algo en favor de Fritsch tan pronto como el proceso judicial contra él terminara con una sentencia absolutoria. No se ha podido comprobar hasta qué punto esta promesa se basaba en una interpretación errónea de algunas manifestaciones de Brauchitsch. En el fondo, éste se encontraba tan perplejo frente al fenómeno de un despotismo nunca visto hasta entonces en la historia del país, como Fritsch ante el golpe infame del omnipotente jefe de policía Himmler, en cuya persona se reunían las cualidades de un Fouché y de un Dersinski (*). Aun cuando Brauchitsch había sido informado del programa revolucionario de Goerdeler, que tendía a una reforma conservadora para restablecer un Estado basado en el derecho y la fe cristiana, un programa de ideas tan convincentes, por otro lado, sus declaraciones anteriores a Rauschning

(*) Célebre jefe de la policía secreta rusa, la Tcheka. (N. del T.)

dejaban reconocer que el problema de las masas le había producido una gran impresión y que como oficial se sentía realmente desconcertado y sin saber qué hacer frente al mismo.

VIII

Desde un principio Schacht había tenido la impresión de que el asunto de Fritsch representaba el preludio de una guerra. También Beck, cuando Hitler se encargó del mando supremo, llegó en febrero a la convicción de que los planes bélicos del líder se acercaban a su realización. Efectivamente, parecía que Hitler se sentía impulsado por una obsesión endemoniada y un temor de que el tiempo de que disponía para sus planes, pudiera escurrírsele de las manos. En febrero inició la eliminación de Austria, acción que había definido en noviembre de 1937 como una de las dos condiciones previas para un procedimiento agresivo. El éxito obtenido en Austria debía paralizar al mismo tiempo el descontento reinante entre los altos generales. Este éxito representaba, además, la realización de un viejo sueño suyo, la eliminación de la vergüenza por la cual tuvo que pasar antaño en Viena, cuando la Academia de Arte rechazó su solicitud de ingreso y cuando tuvo que vivir allí en la mayor miseria en un asilo de mendigos. El canciller austríaco Von Schuschnigg fué invitado a una entrevista en el Obersalzberg, la casa privada de Hitler en los Alpes bávaros, donde éste le presentó un ultimátum y le obligó a incorporar al gobierno a varios ministros nacionalsocialistas. Schuschnigg dijo más tarde que había tenido la impresión de encontrarse frente a un rabioso, a un «hombre-fiera». Pero todavía no estaba dispuesto a capitular. Un plebiscito debía demostrar al mundo que la mayoría del pueblo austríaco deseaba continuar como un pueblo independiente. Si bien Mussolini, que hasta ahora había actuado como protector del régimen clerical y semifascista reinante en Viena, ya se distanciaba del mismo, todavía Schuschnigg no quería creer que también Inglaterra y Francia abandonarían a la pequeña Austria en su última lucha desesperada.

En marzo de 1938 se efectuó un viaje de Estado Mayor a la Turingia, en el cual participaron Brauchitsch y varios cuartel maestros superiores del Estado Mayor. En un discurso pronunciado en Innsbruck, Schuschnigg proclamó un plebiscito para el 13 de marzo. Hitler contestó a esta intención con medidas enérgicas. Sorpresivamente fué dispuesto el 10 de marzo, a las 18.30 horas, la movilización del 8.º Ejército, que, en caso de guerra, debía ser mandado por el general Von Bock, ordenándose además la ejecución de medidas de engaño en Baviera, a lo largo de la frontera con Austria, para intimidar al Gobierno de ese país. En Berlín, Keitel visitó a Beck para preguntarle qué medidas habían sido preparadas para el caso de invasión a Austria, el llamado caso «Otto». Beck le contestó que no se había preparado nada, absolutamente nada. Para des-

pachar las órdenes necesarias le quedaban ahora apenas cinco horas. Beck declaró que todo debía hacerse en forma improvisada, exigiendo además instrucciones para el caso de que tropas italianas y checas intervinieran en Austria. Para la acción prevista se hallaban disponibles solamente dos cuerpos de ejército, una división blindada y una división de milicia. Al mismo tiempo Hitler ordenó que, al efectuarse la invasión de Austria de ningún modo el mando total debía ser entregado al general Von Bock, hecho que revela una nueva demostración de su desconfianza. Consternado Brauchitsch recibió la noticia de que se planeaba una invasión de Austria; temía una guerra con Italia y Checoslovaquia, pues en 1934, cuando se efectuó en Austria el pronunciamiento contra Dollfus, Italia había movilizad o numerosas divisiones, concentrándolas en la zona fronteriza del Brenner.

Pero la evolución de la situación de ahora fué distinta, pues los nacionalsocialistas austríacos se sublevaron y Mussolini abandonó al Gobierno austríaco. En Praga no se quiso hacer nada si Francia e Inglaterra no actuaban también y París y Londres se limitaron a protestar. Schuschnigg renunció debido a un juego oscuro de intrigas y Goering obligó al nuevo canciller de tropas alemanas para evitar una guerra civil. El inspector general del Ejército austríaco declaró no estar en condiciones de prestar una resistencia eficaz en el caso de una invasión alemana.

El 13 de marzo de 1938 entraron en Viena las tropas alemanas, provocando escenas de un entusiasmo frenético, pero secretamente también una desesperación total entre los círculos anteriormente dirigentes de Austria. Ese día se suicidaron no menos de 80 personas que habían actuado en la vida pública austríaca. Comenzó una ola inmensa de detenciones: archiduques, aristócratas, clérigos, ministros, generales, diplomáticos, altos funcionarios del Estado, escritores y sabios fueron llevados por la SS a los campos de concentración de Alemania. En Berlín, Jodl dijo en forma humorística al jefe de su División Operaciones, que sería conveniente colocar bandas de música a la cabeza de las columnas de marcha y ordenar a los chóferes que usaran lentes protectores para evitar que sus ojos fueran lastimados por el gran número de ramos de flores. Hitler celebró su entrada en Viena, la ciudad que antes lo había echado, como un triunfador. Sin embargo, fueron comprobados en esta acción varios defectos críticos en diferentes aspectos de organización del nuevo Ejército. En muchos lugares la movilización funcionó mal; también se vió que faltaba experiencia para poner en marcha a las grandes unidades motorizadas y, durante el avance hacia Viena, muchos tanques y vehículos motorizados quedaron a lo largo del camino.

El 10 de marzo comenzó el proceso de Fritsch ante el Tribunal Militar Supremo, presidido por Goering, aunque éste en realidad no tenía ninguna relación con la justicia militar, pues el puesto correspondía al general Heitz. El 11 de marzo empezó la acción contra Austria, con lo cual se olvidó el proceso de Fritsch y aumentó el prestigio de Hitler. El 18 de marzo, el Tribunal pronunció la sentencia de absolución. El chantajista Schmidt más tarde fué fusilado por la SS. Un pronuncia-

miento del Ejército, que, como se pretendió, Brauchitsch había prometido a la oposición, ahora había perdido todo sentido. La «guerra de flores», como el cuerpo de oficiales denominó irónicamente la acción de Hitler, fué un nuevo éxito de éste. El plebiscito, que debía decidir sobre la incorporación de Austria a Alemania, dió como resultado una mayoría enorme a favor de la misma. Algunas personas de actuación pública que se negaron a votar en favor de la incorporación, como el obispo católico de Rottenburg, Juan Bautista Sproll, tuvieron que sufrir la persecución organizada por la Gestapo.

La entrada de las tropas alemanas en Austria había sido acompañada por declaraciones tranquilizadoras al Gobierno de Praga, aun cuando la situación estratégica de Checoslovaquia, entre la Silesia alemana y una Austria alemana, no ofrecía ya ningún peligro, a no ser que el Gobierno checo dispusiera de la ayuda de algunas grandes potencias exteriores, como Francia o Rusia. Pero Hitler inició ya en abril las discusiones sobre la cuestión alemana de Bohemia, un problema importante ya en la vieja Austria. A fines de abril hizo participar también a Keitel en las discusiones sobre el problema de cómo podría producirse un conflicto con Checoslovaquia. En presencia del teniente coronel Schmundt se analizó la conveniencia de poner en escena un incidente o si se presentaría una ocasión para efectuar de buenas a primeras una sorpresa estratégica. En forma astuta Hitler expresó a Keitel que en 1914 la guerra había sido desencadenada también por un asesinato. Pero Keitel fué incapaz de comprender esta idea. Hitler pensó en hacer asesinar al embajador alemán en Praga por agentes de la Gestapo para echar después la culpa del crimen a los checos.

Keitel estaba convencido de que las fuerzas militares disponibles en modo alguno eran suficientes para una acción contra Checoslovaquia, la cual debía producir indudablemente la intervención de Francia y muy probablemente también la de Inglaterra. Los efectivos de guerra del Ejército checo llegaban a 45 divisiones, mientras que el Ejército alemán tenía, el 1.º de abril de 1938, 24 divisiones de infantería, 1 división blindada, 1 división de caballería y 1 división de montaña. Todas las demás divisiones blindadas y livianas eran unidades de cuadros o estaban solamente en proyecto, rigiendo lo mismo también para las divisiones de milicia, que debían ocupar las fortificaciones de la Muralla Occidental y las construídas a lo largo de los ríos Oder y Warthe. A lo sumo era posible organizar 7 u 8 divisiones de reserva. En el caso de una movilización en el otoño de 1938 a lo más podían organizarse en total 55 divisiones, cuya fuerza combativa y nivel de instrucción serían muy diferentes.

Beck empezó a tener una gran preocupación cuando reconoció la intención de Hitler de atacar como próxima víctima a Checoslovaquia, por más que este país había sido durante largo tiempo un factor tan perturbador para los oficiales del Estado Mayor alemán. Pero al lograrse con la anexión de Austria la nueva posición de flanco, este viejo peligro prácticamente había quedado eliminado. En mayo Hitler pronunció, en Jüterbog, un discurso ante los altos jefes del Ejército, que debía ser-

vir oficialmente para la rehabilitación de Fritsch. En esa ocasión Hitler declaró efectivamente su voluntad inquebrantable de eliminar a Checoslovaquia. Cuando, a fines del mismo mes, debido a informaciones erróneas, el Ejército checo fué movilizado pasajeramente, Hitler aprovechó este hecho para denunciar ante todo el mundo las tendencias agresivas checas.

En lugar del viaje del Estado Mayor anual, Beck ordenó ahora estudiar, por escrito, si era posible derrotar al Ejército checo mediante una campaña relámpago, antes de que Francia pudiera intervenir. A tal fin se basó en la suposición de que todo ataque dirigido contra Checoslovaquia indudablemente tendría que producir la intervención de Inglaterra y Francia y posiblemente también la de Estados Unidos. Según su criterio, una nueva guerra en varios frentes significaría el ocaso del Reich, por lo cual no tardó en comunicar tal opinión a Hitler. Éste trató de esquivar el problema, declarando que no tenía la intención de emprender una nueva guerra.

Beck se decidió ahora, como jefe del Estado Mayor, a advertir el peligro al pueblo alemán y a la publicidad mundial. A tal fin tuvo la intención de producir una gestión en conjunto de todos los generales, que debía basarse en un memorándum elaborado por él sobre los peligros que produciría una guerra contra Checoslovaquia. En esta forma esperaba poder explicar a Hitler, en forma enérgica, que los preparativos bélicos debían ser suspendidos, por lo menos mientras la situación militar y la política no se hubieran modificado fundamentalmente.

El jefe del Estado Mayor no poseía ninguna autoridad de mando sobre las tropas y dependía por eso totalmente del comandante en jefe del Ejército. El 16 de julio de 1938, Beck informó, mediante una carta al general Von Brauchitsch sobre sus intenciones, diciéndole en ella textualmente: «La historia cargará sobre los más altos jefes de las fuerzas armadas la culpa por no haber actuado según sus conocimientos profesionales y su conciencia política. La obediencia militar tiene su límite allí donde los conocimientos, la conciencia y la responsabilidad prohíben la ejecución de una orden.» Al comienzo, Brauchitsch parecía estar de acuerdo con estas reflexiones y dispuesto a identificarse con ellas, porque consideraba también imposible la conducción de una guerra con fuerzas todavía no organizadas. Pero así como Beck en todas sus concepciones era un hombre que titubeaba, Brauchitsch lo era aún mucho más, por su carácter indeciso. Beck exigió a Brauchitsch que diera a conocer oficialmente su memorándum en una reunión confidencial ante los más altos generales. El 4 de agosto de 1938, los comandantes de grupo de ejército y de cuerpo se reunieron en el domicilio particular de Brauchitsch. En el memorándum de Beck figuraban las siguientes palabras: «Para definir nuestra posición ante el historiador futuro y para mantener limpia la fama del Comando en Jefe del Ejército, deseo hacer constar en este documento que me negué a aprobar cualquier aventura bélica nacionalsocialista.» Pero estas palabras valientes no fueron leídas. En último momento Brauchitsch renunció a pronunciar el discurso pedido por el

jefe del Estado Mayor, teniendo dudas sobre las consecuencias políticas de una gestión colectiva de los generales; se limitó a dar a los reunidos una visión de conjunto sobre la situación, recalcando por lo menos la gravedad de la misma. Hitler tuvo noticias de la existencia del memorándum de Beck. Su reacción fué característica. En seguida preguntó quién había sido informado del mismo y cuando supo que lo conocían los más altos comandantes del Ejército, no se interesó más por el asunto. Ahora creía conocer a Brauchitsch. Con todo consideró necesario influir también sobre la opinión del cuerpo de oficiales, a cuyo fin emprendió una gestión característica también de su modo de pensar. Reunió en Obersalzberg a los jefes de Estado Mayor de las agrupaciones y cuerpos de ejército, tratando de crear de este modo una discordia entre la generación vieja y la joven del cuerpo de oficiales de Estado Mayor.

Beck se encontró ante el problema de lo que debía hacer después que el comandante en jefe del Ejército le había negado su apoyo. Hitler sabía muy bien que el Estado Mayor no disponía de la posibilidad de hacer valer su opinión ante el público. Las masas le obedecían a él y no a un general de nombre Luis Beck, del cual nada sabían. Si él les hablaba como líder, siempre estaba aún en condiciones de colocarlas en un estado hipnótico de obediencia ciega y de sacrificio, con lo cual su propia pobre psiquis se fortificaba también en gran parte y adquiría una seguridad eufórica.

IX

Cuando Beck reconoció que no había adelantado ni un solo paso con su memorándum y que era imposible influir sobre el rumbo de Hitler, hizo lo último que, según los conceptos tradicionales, podía hacer un oficial de estilo antiguo, es decir, presentó su renuncia el 18 de agosto de 1938. Tres días después Hitler la aceptó, pero prohibió estrictamente que la dimisión del jefe del Estado Mayor llegara a conocimiento del público. Beck se sometió por razones patrióticas. Tampoco apareció en las publicaciones militares, por ejemplo en el *Militär-Wochenblatt*, un indicio que permitiera reconocer que se había realizado un cambio tan importante como en tiempos pasados había sido la renuncia del jefe del Estado Mayor. Hasta Jodl dejó de anotar este acontecimiento en su diario oficial.

El Estado Mayor estaba aún sin jefe. Brauchitsch preguntó al cuartel maestro superior I, el teniente general Halder, si estaba dispuesto a convertirse en el sucesor de Beck. Al parecer Brauchitsch no llegó a concebir que el honor militar exigía que él también presentara su dimisión, porque en el fondo tampoco estaba de acuerdo con las intenciones de Hitler. Pero aparentemente estaba convencido de que ahora sólo se trataba de defender las posiciones que aún se mantenían. Ya antes de Halder había dicho una vez a Beck que de nada serviría retirarse y que ahora

habría que luchar. Dió a entender a Brauchitsch que, si se encargaba de la jefatura del Estado Mayor, lo hacía solamente para luchar con todos los medios contra la política bélica de Hitler, diciéndole que su opinión sobre el gobierno existente no era muy diferente de la de Beck. Brauchitsch le contestó que esto no le molestaba. Halder pidió un plazo para reflexionar y después de haber hablado con Beck sobre la situación, se declaró dispuesto a aceptar la jefatura del Estado Mayor, cargo que asumió oficialmente el 1 de septiembre de 1938. En cuanto a Beck, debía ser nombrado por de pronto, en el caso de movilización, como comandante del 3.º Grupo de Ejército.

Prescindiendo del general Adam, ex jefe del Departamento de Tropas, que descendía de una familia de campesinos de la región de Ansbach y había prestado servicios antes en el Estado Mayor de Baviera, Halder era el primer oficial bávaro y católico que asumía el cargo de jefe del Estado Mayor alemán, cualidades que seguramente no facilitaban su posición, observando las cosas desde el punto de vista de los defensores de la vieja tradición militar prusiana. Al igual que Fritsch, Brauchitsch, Keitel, Jodl y Beck, se había iniciado en la carrera como oficial de artillería. Era un cristiano creyente, dotado de muchos intereses espirituales y de una amplia cultura, siendo sus materias predilectas las matemáticas y la botánica. Beck lo estimaba mucho, pero, según el testimonio de Hossbach, no lo creía capaz de contener eficazmente los planes de Hitler. Sin duda alguna la tarea de Halder era muy difícil y contradictoria, precisamente porque como cristiano y descendiente de una vieja familia militar bávara, que desde varias generaciones atrás había considerado el juramento a la bandera como un sacramento, llegó a la convicción de que era indispensable luchar contra el comandante supremo y que, por primera vez en la historia alemana, un jefe del Estado Mayor debía tomar a su cargo la preparación de un golpe de Estado, si la situación lo exigía. Lo que indudablemente reforzó esta convicción en él era el hecho de que conocía bien la personalidad de Hitler, pues había sido jefe del Estado Mayor de la 7.ª División de Infantería de Munich cuando Hitler inició allí su carrera. En sus declaraciones ante las autoridades de investigación americanas en Nuremberg, Halder calificó a Hitler como una personalidad extraordinaria, en la cual había tanto de genio como de loco, tanto de demonio como de criminal. Sin pretender haber reconocido totalmente los enigmas de su alma, lo apreció como un hombre de una modalidad absolutamente femenina, un hombre cruel y mentiroso, en el cual faltaban todos los frenos morales. En otro lugar, Halder dijo una vez que al comienzo se había esforzado sinceramente en encontrar lo genial en la personalidad de Hitler, pero siempre había encontrado solamente lo diabólico. El contraste más profundo entre todos los jefes del Estado Mayor y el nuevo comandante supremo de las fuerzas armadas residía en el hecho de que ellos habían sido educados para pensar en forma lógica y razonable, lo cual exigía planes y cálculos prolijamente meditados, mientras que Hitler odiaba los planes a plazo largo y se basaba completamente en la intuición de su fantasía, de modo que en

cada caso llegaba a las grandes decisiones solamente con graves dificultades. Muchas veces necesitaba para ello largas semanas de maduración, semanas que transcurrían en una vacilación y una espera apática; después actuaba precipitadamente y en forma rapidísima, como si fuera impulsado por un demonio; no aceptaba consideraciones de ninguna especie ni tampoco objeciones, como si tuviera miedo a la propia debilidad.

Desde el momento en que Halder se encargó de la jefatura del Estado Mayor empezó aquella rara duplicidad de todos los planes, que fué característica en el Estado Mayor y en la conducción de la guerra de Alemania hasta el año 1945, en que todo se derrumbó. Esta duplicidad se había mostrado antes ya en la conducta del más importante industrial de armamento alemán, Gustavo Krupp von Bohlen y Halbach, que, por un lado se vanagloriaba en sus escritos de que el rápido rearme alemán de 1933 a 1939 no hubiera sido posible sin los trabajos preparatorios clandestinos efectuados por su firma, mientras que, por otro lado, ayudaba financieramente a un hombre como el doctor Goerdeler, dándole la posibilidad de hacer grandes viajes al exterior, en los que, trabajando por la oposición conservadora, pudo tomar contacto con los estadistas más importantes del mundo, el presidente Roosevelt y Churchill.

Por lo menos durante los años 1938 a 1940, cada plan del Estado Mayor era acompañado por otro plan contrario del mismo Estado Mayor, destinado a oponerse a las consecuencias del primero y sabotear la conducción de guerra de Hitler. Por de pronto el Estado Mayor recibió ahora la orden de preparar un plan de ataque contra Checoslovaquia, orden cuya ejecución se hacía imposible, en cuanto se iniciara una acción contraria francesa, como lo había demostrado el estudio de Beck. La correspondiente concentración, llamada caso «verde», se basaba en la idea de una sorpresa estratégica. La invasión de Bohemia y Moravia debía realizarse con la masa de las fuerzas, especialmente divisiones blindadas y motorizadas desde las posiciones de flanco de Silesia, por un lado y desde Baviera y Austria por el otro, con el objeto de impedir que las fuerzas checas pudieran escapar hacia el este, esto es, hacia Eslovaquia y Ucrania de los Cárpatos. Se esperaba lograr la decisión en un plazo de cuatro días. La idea de Hitler era derrotar sorpresivamente a Checoslovaquia en cuatro días y lanzar después todas las fuerzas hacia el oeste. Para el caso de una intervención franco-rusa, se elaboró un plan ampliado del caso «verde», en el cual se suponía que el Ejército francés ocuparía por de pronto solamente la «línea Maginot», que Polonia se mantendría neutral y que España, Italia y Hungría adoptarían una conducta amistosa.

Lo que no sabía el Estado Mayor, pero sí Hitler, era que el embajador alemán en Moscú, conde Von der Schulenburg, había enviado informes según los cuales el gobierno soviético estaba harto de cooperar con las potencias occidentales, las cuales se mostraban tan indecisas, agregando que podría restablecerse una cooperación entre Alemania y Rusia sobre la base de convenios económicos. En cuanto a las declaraciones del gobierno soviético, que cumpliría lealmente sus obligaciones de ayuda a

Checoslovaquia siempre que Francia hiciera lo mismo, no debían tomarse por eso demasiado en serio. Inglaterra entre tanto trataba de mediar en el conflicto producido por el asunto de la población alemana en Bohemia, enviando a Checoslovaquia un embajador especial. Hitler, por su parte, empleaba todos los medios para minar la estructura interna del Estado checoslovaco, constituido por tantos pueblos distintos. No solamente hizo provocar una agitación muy activa entre los alemanes radicados en la zona de los Sudetes y formar un cuerpo de voluntarios de los mismos, sino que ayudó también las tendencias de independencia de las demás minorías, especialmente de los eslovacos y rutenos. Al mismo tiempo favoreció los deseos de Hungría de modificar el tratado de 1919, debido al cual ésta tuvo que ceder a Checoslovaquia amplias regiones, y las pretensiones polacas referentes al territorio del ex ducado de Teschen. Durante la celebración del día del Partido Nacionalsocialista, en Nuremberg, en el que debían participar también las fuerzas armadas, la propaganda contra la infeliz república checa aumentó hasta alcanzar un carácter «furioso».

X

Nunca hubo antes ni después un ambiente tan favorable para un golpe de Estado como en ese otoño tan sofocante e intranquilo del año 1938. Los discursos desmesurados de Hitler, las amenazas feroces contra Checoslovaquia, la propaganda inquietante referente a los alemanes radicados en los Sudetes, de cuyos problemas la opinión pública en Alemania nunca había sabido mucho, tuvieron como única consecuencia que se despertara en las masas un profundo temor a la guerra. El problema de los alemanes en los Sudetes no era de tanta importancia, según el modo de pensar de la mayoría del pueblo, y realmente nadie podía entender por qué era necesario sufrir por eso los horrores de una nueva guerra. Por primera y probablemente por única vez se ofreció al Estado Mayor la posibilidad de efectuar un golpe decisivo, dado el descontento contra Hitler que reinaba en general en las masas del pueblo. De paso se vió qué elemento variable e inseguro era la masa, la cual había ovacionado a Hitler mientras le prometiera pan y paz.

Ahora se realizaba a un mismo tiempo la celebración del día del Partido (*), el fuego de redoble de la propaganda y la concentración contra Checoslovaquia, los preparativos secretos de movilización, la apresurada construcción de la Muralla Occidental, la conjuración del Estado Mayor y las consultas secretas en Londres. Desde junio trabajaban en la construcción de la Muralla Occidental 36 batallones de infantería, 30 batallones de zapadores, 10 baterías de artillería, 10 compañías de defensa antitanque, 10 compañías de artillería de acompañamiento y 190 destacamentos

(*) Celebración anual del Partido Nacionalsocialista en Nuremberg. (N. del T.)

del servicio del trabajo, agregándose a estas fuerzas paulatinamente 7 batallones de zapadores más. Como guarnición de seguridad inmediata estaba provista la «Protección de fronteras del oeste», cuyo efectivo era de 15.000 hombres. En una inspección Hitler había dicho, enfrentándose al general Adam: «Sólo un cobarde no sostendría esta posición.» Según su costumbre, se ocupó de infinitos detalles correspondientes a la construcción de los pequeños fortines, al igual que pedía continuamente al Estado Mayor y a la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas detalles nuevos referentes a los armamentos checos y a la organización de las líneas de fortines checos en el norte y este de Bohemia.

En agosto ocurrieron aún otros dos acontecimientos importantes. Por orden de Hitler, Brauchitsch entregó en forma solemne en Schwerin el 12.º Regimiento de Artillería al coronel general retirado Von Fritsch, a quien Hitler había nombrado jefe honorario de este regimiento. Era la contestación a todas las gestiones de Fritsch de obtener una rehabilitación pública. En su discurso Brauchitsch destacó que la renuncia de Fritsch había producido una gran tristeza en el ejército. Fritsch aceptó este homenaje, dió a Hitler sus «respetuosas gracias» por el mismo y vestido de uniforme, a caballo, frente a su nuevo regimiento gritó «viva el líder». Cuando en las siguientes semanas Halder le hizo preguntar si estaba dispuesto a encargarse de la conducción del golpe de Estado, dijo que no. Poco después de este homenaje de Fritsch, el 17 de agosto de 1938, Hitler promulgó un decreto importante respecto a la situación particular en caso de movilización de la policía y las unidades armadas de la SS, las unidades a disposición de la SS, las unidades de la calavera de la SS, las escuelas de aspirantes a oficial de la SS y el «estándar personal Adolfo Hitler». Según el decreto, estas formaciones no quedaban ya subordinadas al ejército, sino a Hitler mismo, que las reservaba a su disposición especial. Si las detenciones efectuadas por la Gestapo durante la entrada en Viena, habían demostrado por qué el poder de esta orden representaba el comienzo de una etapa completamente nueva, al legalizarse ahora el ejército de la SS al lado del ejército regular, Himmler había vencido en todo el frente.

Durante el mes de septiembre la tensión aumentó de una manera casi imposible. Mientras Halder efectuaba oficialmente negociaciones con el jefe del Estado Mayor húngaro, el general Fischer, Hitler exigió que un oficial del Estado Mayor fuera designado como consejero para la organización del cuerpo de voluntarios alemanes en los Sudetes. Sobre todo el Continente europeo pesaba como una oscura nube la pregunta inquietante, de si la cuestión de los Sudetes conduciría a una nueva guerra. Hasta entre los oficiales más jóvenes aumentó el descontento. El agregado militar alemán en Praga, el coronel Toussaint, que al comienzo de septiembre se entrevistó con Jodl, le expresó su asombro por el espíritu adverso reinante en el cuerpo de oficiales contra una nueva guerra; Jodl mismo tuvo dudas respecto a una intervención de las potencias occidentales. Los conjurados civiles insistían ante los militares en que la acción debía efectuarse ya a mediados de septiembre. El 8 de septiembre

el cuartel maestre superior, teniente general Von Stülpnagel, pidió oficialmente a Jodl, que el Comando en Jefe del Ejército fuera informado cinco días antes de poner en rigor el caso «verde» para poder hacer los preparativos necesarios. Jodl no sospechaba que esta información anticipada debía servir para poder realizar oportunamente el golpe de Estado. En una entrevista que Hitler tuvo en su casa de Obersalzberg con Keitel y Brauchitsch había determinado que las tropas fueran conducidas a sus «espacios de ejercicio verdes» a partir del 28 de septiembre, es decir, que el apresto para el ataque debía iniciarse desde ese día. En un gran discurso que pronunció el día del Partido, Hitler hizo el balance de las relaciones con Checoslovaquia, en presencia de grandes masas que lo aclamaban y cuyo consentimiento entusiasta lo alentó. En su diario oficial Jodl anotó que este discurso fué «grandioso», agregando que era de esperar que los «omnisapientes» entre los oficiales sintieran vergüenza. Por su parte, Keitel le expresó su preocupación por el fracaso de Brauchitsch al no haber podido convencer a los generales en favor del Gobierno. Jodl anotó entonces que era «muy triste» que todo el pueblo apoyara al líder con excepción de los generales destacados que seguían considerándolo un cabo y no el mayor estadista habido en Alemania desde la época de Bismarck. Escribió, además, que se hacía notar en forma molesta la desobediencia del ejército al igual que en 1914, expresión dudosa que no ha podido ser aclarada. En 1914 el ejército había obedecido y había iniciado con entusiasmo la guerra que le parecía justa. Pero, mientras tanto, habían ocurrido muchas cosas y el Estado Mayor había aprendido mucho también.

En medio de todos estos preparativos, tanto de la concentración militar como del golpe de Estado, llegó la noticia de que el primer ministro inglés Chamberlain se había decidido a negociar personalmente con Hitler. Inglaterra no enviaba a un mariscal, como Weizsäcker lo había sugerido, sino a su más alto *gentleman*. Chamberlain ya era un hombre viejo, convencido de la idea típicamente anglosajona de que no había en el mundo ningún problema que no pudiera ser solucionado en una conversación razonable y honrada entre dos hombres razonables y honrados. Pero Hitler no tenía ningún interés en una solución sincera como tampoco en una transacción; sólo quería el aniquilamiento del Estado checo. El desarrollo de las negociaciones fué poco satisfactorio, aun cuando Chamberlain repitió su visita a Alemania por segunda vez. De estas conversaciones Hitler sacó solamente la impresión de que el primer ministro inglés era un hombre viejo y débil y que la posición inglesa y francesa era también débil y anticuada, deduciendo que las potencias occidentales no tenían la fuerza necesaria para actuar. Una vez, durante el año 1936, lo había visitado Lloyd George y durante la conversación le había sugerido una idea fatal, sin presentir las consecuencias que podrían tener sus palabras. En esa ocasión le dijo que el resultado de la guerra mundial no hubiera sido posible predecirlo si la guerra submarina hubiera empezado más temprano y si Alemania hubiera resistido en 1918 durante un tiempo más prolongado. De esto Hitler había deducido que era necesario

ser duro y luchar «hasta cinco minutos después de las doce»; sólo así era posible lograr todo.

El 21 de septiembre se creyó pasajeramente en el Estado Mayor que, debido a las negociaciones anglo-alemanas, la entrada en Checoslovaquia podría efectuarse en forma pacífica, ordenándose oficialmente los preparativos en ese sentido. Pero poco después el cielo se oscureció otra vez, las negociaciones se detuvieron, la tensión aumentó y los preparativos para la guerra y el golpe de Estado fueron apresurados. El 22 de septiembre se ordenó el estado de alerta para la defensa antiaérea en las regiones situadas a lo largo de la frontera checa y la región de Berlín, con lo cual se movilizó el servicio de vigilancia aérea. Tropas francesas ocuparon la «línea Maginot». En Praga el presidente Benes se esforzaba desesperadamente para conseguir la ayuda exterior de París, Londres y Moscú. Hungría y Polonia se alistaban para lograr sus exigencias territoriales de Checoslovaquia. El 24 de septiembre fué puesta en ejecución en el Oeste la organización de cierre (*) de la frontera frente a Francia; destacamentos de la policía ocuparon en parte sus posiciones preparadas a lo largo del Rin superior. El 27 de septiembre, a las 13,30 horas, el general Halder recibió telefónicamente la orden decisiva de que las tropas de ataque debían estar concentradas en sus zonas de apresto el 30 de septiembre. Esto significaba simultáneamente que a más tardar también el 30 de septiembre debía pasarse a la acción en Berlín.

El mismo 27 de septiembre Hitler, que había regresado a Berlín, ordenó que las tropas del general Von Witzleben efectuaran con equipo de guerra una marcha de propaganda por las calles de la capital para entusiasmar a la población. Pero ésta, creyendo que los regimientos y baterías que pasaban ante sus ojos iban a embarcarse a las estaciones ferroviarias porque la guerra era inminente, recibieron a los soldados con un silencio grave y angustioso. Hitler observó que las tropas pasaban sin recibir casi ningún aplauso. Se puso rabioso y dijo a Goebbels que no era posible conducir una guerra con este pueblo. El general Von Witzleben opinó más tarde que le habría gustado ordenar en seguida a su artillería que desenganchara frente a la cancillería para iniciar el golpe de Estado y tomar preso a ese «tipo».

El 28 de septiembre Jodl anotó: «Día muy difícil.» Pero ese día fué más difícil aún para Halder, el cual, luchando con un amargo conflicto de conciencia, dió la orden de efectuar el golpe de Estado. Una parte de las tropas de Witzleben ya estaban embarcadas y eran transportadas hacia la frontera checa; los tanques del general Hoepner se hallaban a dos jornadas de Berlín, esperando la orden de iniciar la marcha. Brauchitsch se declaró de acuerdo con la resolución de Halder, pero simultáneamente visitó a Keitel, diciéndole que, en el caso de que se iniciara el ataque contra Checoslovaquia, de ningún modo el avance debía sobrepasar las regiones pobladas por alemanes en la zona de los Sudetes y que era indispensable explicar esto a Hitler en forma enérgica. En el Oeste

(*) Vigilancia de fronteras. (N. del T.)

comenzó una especie de fuga de los civiles; el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas creó una organización especial, denominada «Siegfried», para parar tales movimientos de la población y emplear a los evacuados para fines militares. La nerviosidad aumentó de hora en hora más. A mediodía Brauchitsch se dirigió otra vez a la cancillería para informarse sobre la situación antes de que comenzaran las marchas de las tropas hacia la capital. Llegó a saber que Mussolini había presentado una propuesta de mediación y que los primeros ministros de Inglaterra y Francia, Chamberlain y Deladier, se habían declarado dispuestos a entrevistarse con Hitler en Munich para deliberar sobre la cuestión checa en una conferencia que debía realizarse al día siguiente. De repente Brauchitsch reconoció que con esto terminaban todos los planes referentes al golpe de Estado. Era imposible tomar preso en la capital y entregar al supremo tribunal como provocador de la guerra al hombre que estaba a punto de obtener una nueva victoria sin derramamiento de sangre. Ha quedado para la posteridad la frase perpleja de Halder: «¿Qué nos queda por hacer? Todo sale bien.»

El 29 de septiembre fué firmado el convenio en Munich por el cual la región de los Sudetes debía ser cedida por Checoslovaquia. Otra vez uno de los pequeños Estados del este de Europa había sido entregado sin resistencia al dictado de Hitler. Jodl anotó en su diario oficial que con esto había terminado el papel de Checoslovaquia como potencia, agregando que el nuevo triunfo, obtenido sin medidas de violencia, demostraba el genio del líder. «Es de esperar que los incrédulos, los pusilánimes y los indecisos sean y queden convertidos con esto.»

Según el criterio de Hitler, los generales opositores y el Estado Mayor escéptico y cauteloso, habían perdido ahora todo su prestigio. Más tarde dijo una vez que si bien no creía que «sus generales» lo comprendieran, por lo menos esperaba que le obedecieran, manifestación ésta que recordaba en cierto modo la misma fatuidad que había caracterizado a Guillermo II. ¡Voluntad regis, suprema lex! Ahora fueron retirados también otros destacados generales, encabezados por Rundstedt y Adam. El 18 de octubre también Beck fué retirado oficialmente. Hitler hizo comunicarle que después de los sucesos ocurridos no poseía ya su confianza como comandante de un grupo de ejército en caso de guerra. En diciembre de 1938 el ex embajador Von Hassel visitó al coronel general Von Fritsch que vivía completamente retirado en Achterberg, cerca de Hannover. En forma resignada Fritsch le dijo que no era posible ya hacer algo; Hitler era el destino de Alemania en lo bueno y en lo malo.



Hitler con el Mariscal de Campo Keitel, General Halder y el Mariscal de Campo Von Brauchitsch

Von Blomberg



Von Frisch



CAPÍTULO XIII

HITLER TRIUNFANTE

I

La conferencia de Munich representó el apogeo de los éxitos políticos de Hitler; pero simultáneamente hizo nacer en éste una sensación de presuntuosidad, en la cual residía ya el germen de su futuro ocaso. Al igual que las demás potencias firmantes del convenio en Munich, Alemania se había comprometido solemnemente a respetar la independencia del Estado checoslovaco después de la cesión de los Sudetes. En el fuego de redoble de la propaganda contra Checoslovaquia, Hitler continuamente había destacado con énfasis que el asunto de los Sudetes representaba la última exigencia territorial que formularía en Europa. Pero, si él mismo se consideraba como el liquidador del Tratado de Versalles, según las declaraciones de Rauschning, las más importantes pérdidas territoriales del anterior imperio como Alsacia, Lorena, Memel, Dantzig y el Corredor polaco todavía no estaban arregladas. Hitler mismo había renunciado oficialmente a la recuperación de Alsacia-Lorena; su mirada quedó dirigida hacia el este. Mientras que Francia era tranquilizada, concertándose con ella un pacto de no agresión, y mientras Inglaterra, donde se empezaba a reconocer el error político cometido en Munich, era objeto de amenazas no veladas, se realizaban en el este los planes de revisión de Hitler.

La característica principal de esta política era que Hitler actuaba ahora en forma completamente independiente; excluyendo el asesoramiento correspondiente del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Estado Mayor, consideraba a éstos no ya como órganos consejeros, sino solamente como instrumentos de ejecución. Para el Estado Mayor y su jefe, el general Halder, este método contenía el peligro de que todos

aquellos que quedaban en sus cargos para impedir que sus puestos fueran ocupados por elementos más radicales, aunque eran adversarios clandestinos de Hitler, podían ser declarados también como cómplices de los procedimientos que ellos mismos habían condenado. Al parecer, sufrió mucho por esta sensación de culpabilidad el jefe del Departamento de Contraespionaje, almirante Canaris, pues consideraba que tal pecado nunca podría ser expiado. Pero él también permaneció en su puesto, creyendo que era la única forma de contrarrestar los planes de Hitler. Sin embargo, la situación en que se encontraban todos estos hombres, sea el jefe del contraespionaje Canaris o el secretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores Weizsäcker o el jefe del Estado Mayor Halder, tenía que colocarlos en una situación ambigua por su modo de proceder y sin contar los conflictos de conciencia que debían sufrir como no los había sufrido jamás ninguno de sus antecesores en la historia alemana.

El segundo Moltke había apreciado la guerra de 1914 como un suceso trágico y horrible, pero, a pesar de esto, también como una acción de defensa justificada. El general Halder, en cambio, se veía frente al peligro de una guerra que se acercaba cada vez más y a la cual no podía considerar como una medida de defensa justificada. Según el testimonio de un diplomático americano, Halder expresó abiertamente el miedo de que Hitler emprendiera una guerra contra las potencias occidentales si no se le concedía la libertad de acción necesaria en el este. Antaño Wallenstein había fracasado cuando quiso conducir las guerras del emperador y contrariar a la vez la política del mismo. Si bien no es posible comparar la personalidad lúgubre y ambiciosa de Wallenstein con la de los dos hombres más decididos del Comando en Jefe del Ejército alemán entre 1938 y 1941, Brauchitsch y Halder, el problema fundamental que durante la segunda época del generalato de Wallenstein produjo la discrepancia entre su deber como conductor militar y su convicción política, se asemeja en cierto modo al conflicto interno que existía en el Comando en Jefe del Ejército en la época de esos dos generales; también aquí se trataba de ser fiel al juramento a la bandera y al cumplimiento tradicional del deber y conducir una guerra que la conducción política apreciaba como necesaria, pero que la conciencia moral y el criterio propio aconsejaba más bien impedir.

El Comando en Jefe del Ejército y el de las Fuerzas Armadas por de pronto recibieron instrucciones distintas. En tanto Hitler trabajó con un órgano militar, lo hizo siempre con el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. Desde agosto de 1938 existía un estudio preparado por Jodl mismo sobre una protección de fronteras general, con una reserva operativa en el centro de Alemania, la cual fue constituida por iniciativa de él. El 21 de octubre de 1938 el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas recibió la primera directiva de Hitler para que preparara la ocupación de Checoslovaquia. En el fondo tal directiva se hallaba en oposición al derecho del Estado Mayor, aprobado por Hitler mismo, de preparar los planes de concentración necesarios. Inicialmente se había previsto que la Sección «Defensa del País» del Comando en Jefe de las Fuerzas Arma-

das sólo transmitiría tales planes, denominando Halder esta función con la expresión poco lisonjera de «plagio». Pero todas estas burlas al Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, considerada como «la oficina del cabo Hitler», en realidad eran expresiones de impotencia.

Las jurisdicciones del Comando en Jefe del Ejército y del Estado Mayor otra vez fueron reducidas, sin que lo pudieran impedir ni Brauchitsch ni Halder, dado que su prestigio no tenía ya ninguna importancia frente al que había adquirido Hitler con sus victorias en Austria y Checoslovaquia sin derramamiento de sangre. Aunque en el ejército había un inspector de zapadores y de fortificaciones y en el Estado Mayor una División Fortificación del País, Hitler rechazó ahora un programa minuciosamente elaborado para la construcción de la Muralla Occidental durante los próximos años, que Brauchitsch le presentó, confiando la dirección de las obras a un miembro del Partido, el doctor Todt, hasta entonces inspector de vialidad y creador de las autopistas. Con la «Organización Todt» (OT) se desarrolló un ejército técnico independiente, al lado del arma de los zapadores del ejército regular, que representó otra división de funciones. Este modo de proceder respondía totalmente al método de Hitler de neutralizar desde un principio toda organización con otra contraria y producir de este modo una lucha de rivalidades, para evitar que se desarrollaran focos de poder con tendencias independientes. Además, el programa presentado por Brauchitsch para la construcción de la Muralla Occidental no respondía en modo alguno al desasosiego de Hitler y a su presentimiento oculto de que el tiempo urgía y que no podría esperar más, según había dicho a Neurath. El control de la Muralla Occidental fue dividido aún más, entregándose la construcción de las posiciones de retaguardia y de la llamada «zona de defensa anti-aérea occidental» a Goering en su calidad de comandante en jefe de la aviación.

Todas las protestas de Brauchitsch fueron en vano. Por otra parte, Hitler tomó medidas para dificultar en el futuro tales protestas. El principio de la corresponsabilidad del oficial de Estado Mayor, introducido de nuevo por Beck y la vía especial para los trámites de Estado Mayor fueron suprimidos, eliminándose de este modo los fundamentos de la posición dominante del Estado Mayor creada por Gneisenau. Intencionalmente se ordenó que los oficiales de Estado Mayor debían emplear también la vía de trámites normal. Igualmente fue suprimida la regla, introducida por Moltke, de que los oficiales superiores tenían el derecho de hacer labrar un acta cuando sus opiniones diferían de la del superior. El nuevo manual de servicio de Estado Mayor en tiempo de guerra, editado en 1939, señalaba que el papel del oficial de Estado Mayor era el de un consejero, un auxiliar y un ejecutor, pero que no debía participar más como responsable en las decisiones de la conducción. Solamente el conductor de las tropas era el responsable. Explícitamente se fijó que el comandante en jefe del ejército debía pedir consejo al jefe del Estado Mayor antes de tomar decisiones operativas, agregándose que este últi-

mo debía poner todo su empeño en realizar lo ordenado, hasta en el caso de que su opinión fuera diferente.

Durante el invierno de 1938 a 1939 Hitler ordenó al Estado Mayor que dejara a un lado todos los preparativos para un caso de guerra eventual y se dedicara exclusivamente a la organización e instrucción del ejército. En el Estado Mayor se creía que esta orden era una prueba de las intenciones pacíficas de Hitler; pero en realidad tuvo su origen solamente en la desconfianza de aquél aumentada aún más por la campaña de notas y el memorándum de Beck. Lo raro es que el plan del golpe de Estado no fuera descubierto. Hitler no supo cuán cerca estuvo de la caída en el otoño de 1938; pero poseía el don animal de presentir los peligros e instintivamente apreció que sus adversarios más peligrosos eran aquellos oficiales de estilo antiguo que defendían los conceptos de orden cristiano y conservador.

II

Keitel conocía, sin embargo, ya en el otoño de 1938 el plan de un golpe de mano contra Dantzig, que debía efectuarse desde Prusia oriental, el cual se basaba en aquel entonces todavía en la condición de que tal empresa no debía llevar a una guerra con Polonia.

Dada la estrecha limitación intencional de todas las autoridades a su esfera profesional inmediata, la consciente desorganización de las relaciones entre ellas y el hecho de que ninguno de los oficiales superiores perteneciera al círculo más íntimo de Hitler, era difícil sin duda a los militares responsables conseguir una impresión clara de las opiniones y verdaderas intenciones de Hitler. Keitel se quejó más tarde que Hitler les había mentado a todos. El almirante Raeder declaró en Nuremberg que Hitler siempre había conocido sus intenciones, pero que ellos mismos nunca pudieron saber en realidad las de él. Sin embargo, en lo que atañe al futuro inmediato, este velo fué destruído por los acontecimientos que ocurrieron en marzo de 1939. Favoreciendo las tendencias de independencia del pueblo eslovaco y amenazado con la destrucción de Praga mediante un bombardeo aéreo, Hitler anexó sorpresivamente el resto del Estado checo a Alemania. El sucesor del doctor Benes, el presidente del Estado checo, doctor Hacha, fué obligado a firmar en Berlín un convenio, según el cual Bohemia y Moravia pasaban a formar un protectorado bajo la tutela de Alemania. El presidente del Consejo de Gabinete Secreto, que nunca había entrado en funciones, el barón Von Neurath, fué nombrado protector de la nueva entidad política. En cuanto a Eslovaquia, se le concedió la independencia, pero estando ésta bajo la protección del ascendiente del águila alemana, sin duda representaba un regalo de poca duración.

Poco antes los profesores de las academias de guerra habían sido invitados por Hitler a la cancillería. Uno de los invitados, un profesor de

la Academia Aérea de Gatow, que más tarde fué uno de los conjurados del 20 de julio de 1944 (*), observó que Hitler inicialmente parecía hallarse deprimido y fatigado, pero en cuanto tomó uno de aquellos remedios estimulantes que su médico personal, el profesor Morell, le recetaba tan abundantemente, se reanimó y declaró a los presentes, refiriéndose probablemente a la ubicación geográfica de Checoslovaquia, que si encontraba algo a su alcance, lo tomaría y que cualquier hombre haría lo mismo. Cuando más tarde, después de una conversación nocturna de varias horas, consiguió intimidar al anciano presidente del Estado checo, doctor Hacha, expresó después en su círculo íntimo, golpeándose alegremente los muslos, que en el futuro procedería del mismo modo con todos los estadistas extranjeros que todavía le ofrecieran resistencia, «hachai-zándolos» a todos.

El 15 de marzo de 1939, cuando los Grupos de Ejércitos 3.º y 5.º, mandados por los generales Blaskowitz y List, penetraron en Bohemia desde Sajonia y Austria y avanzaron con sus tanques por los caminos cubiertos de hielo sobre Praga, la publicidad mundial supo que las promesas solemnes de Hitler tampoco tenían ya valor alguno. Cinco meses antes había garantizado la independencia del Estado que sufría ahora su asalto. De aquí en adelante siguió una acción tras otra. Lituania cedió Memel al Reich, Polonia recibió la propuesta de un arreglo de la cuestión del Corredor y del problema de Dantzig sobre la base de compensaciones económicas y ventajas de tránsito y una partición común de Ucrania; en lugar de aceptar esto, firmó un pacto de ayuda con Inglaterra, porque el ministro de Relaciones Exteriores polaco, coronel Beck, no quiso arriesgarse a la aventura de Ucrania. El Gobierno soviético empezó a hacer sondeos secretos en Berlín para averiguar si no era posible restablecer las anteriores relaciones cordiales entre Alemania y Rusia. Inglaterra ofreció garantías a Grecia y Rumania. Italia ocupó Albania. Roosevelt dirigió un mensaje al Reich, pidiendo que se comprometiera a respetar en el futuro la independencia de los pequeños Estados vecinos y Hitler denunció, el 28 de abril de 1939, el convenio naval anglo-alemán. En un largo discurso, pronunciado ese día ante el Parlamento, atacó tanto a Polonia, por haber rechazado ésta todas las propuestas de un arreglo pacífico del problema del Corredor, como a Inglaterra y el presidente de Estados Unidos. La denuncia del convenio naval condujo a un nuevo programa de armamentos enorme, el llamado «plan Z», que preveía la construcción de una armada gigantesca de diez superacorazados, doce acorazados, cuatro portaaviones, cinco cruceros pesados, veintidós cruceros livianos, veintidós cruceros de exploración, ciento cincuenta y ocho torpederos y unos doscientos cincuenta submarinos. La tensión entre Polonia y el Reich continuó en aumento. Hitler reconoció que debía acercarse a Rusia, surgiendo la idea de una cuarta partición de Polonia. En mayo se concertó una alianza militar entre Italia y Alemania, mejor dicho

(*) Ver más adelante el atentado contra Hitler, realizado el 20 de julio de 1944. (N. del T.)

entre Mussolini e Hitler; un tratado de tal naturaleza, que el tan escéptico yerno de Mussolini, el conde Ciano, lo calificó en su diario como «verdadera dinamita».

III

El 3 de abril de 1939 el general Keitel recibió de Hitler la directiva de realizar preparativos para el ataque contra Polonia, empresa que pasó a denominarse «caso blanco». Inmediatamente después también el Comando en Jefe del Ejército y el Estado Mayor recibieron las mismas instrucciones. Keitel estaba convencido de que la existencia de munición disponible para el ejército era insuficiente para cualquier empresa bélica y en general no creía que hubiera llegado ya el momento para emprender una guerra. En sus declaraciones ante el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg expresó más tarde que si bien los generales no querían esta guerra, sin embargo ejecutaron las órdenes de Hitler. El éxito que éste había conseguido en la conferencia de Munich había paralizado toda oposición. Debido a la directiva recibida de Hitler a fines de 1938 de suspender la preparación de nuevos planes de concentración, el Estado Mayor se vió completamente sorprendido por esta nueva orden. En marzo ya, el ser anexado el Estado checo, el general Halder había calificado de indigno el método de Hitler, que empleaba al ejército como instrumento para efectuar una extorsión de la peor especie; ahora se le decía que el ejército sería empleado de nuevo para intimidar a Polonia con sus preparativos de ataque. En un discurso pronunciado en abril ante los oficiales superiores, Hitler explicó que la idea de lograr la neutralidad de Polonia en el caso de un conflicto con las potencias occidentales había mostrado ser irrealizable; por eso era necesario ahora tratar de eliminar a ese país mediante una campaña relámpago para no dar tiempo a Inglaterra y Francia de intervenir. Destacó desde un principio que no podía esperarse llegar a un «segundo Munich», que se derramaría sangre, pero que no era probable que estallara una nueva guerra mundial.

A pesar de la vieja desconfianza contra el bolcheviquismo, debido a la tensión polaco-alemana, se puso en movimiento ahora un nuevo esfuerzo para obtener la amistad rusa. Francia e Inglaterra, por su parte, trataron también de asegurarse la ayuda militar rusa. Al mismo tiempo, hombres de enlace alemanes y rusos realizaban conversaciones secretas sobre la futura repartición del oriente europeo. No faltaron advertencias sobre los peligros que produciría una cuarta partición de Polonia. Papen, que después de su caída como vicescanciller había aceptado el cargo de embajador alemán, primero en Viena y después en Angora, la capital turca, porque seguía manteniendo aún la esperanza de poder desempeñar un nuevo papel político, envió a los dos más destacados militares alemanes, Keitel y Brauchitsch, un memorándum sobre la situación en la región sudeste de Europa. Explicaba en el mismo que una solución violenta de

la cuestión del Corredor forzosamente debía conducir a una nueva guerra mundial. El ex teniente coronel Dusterberg, quien por intermedio del más tarde tan renombrado general Von Seydlitz-Kurzbach tuvo la oportunidad de hablar con Brauchitsch, trató de prevenirlo contra Hitler y el Partido Nacionalsocialista, pero Brauchitsch no le contestó nada y observó una reserva fría. Apparently Brauchitsch consideraba que era inútil y además muy peligroso iniciar nuevas conversaciones sobre un golpe de Estado. En el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas el general Thomas trató varias veces de tramitar una conversación entre el general Keitel y el doctor Goerdeler, el hombre más destacado de la oposición. Como jefe del Departamento de Economía Militar preparó además un memorándum sobre las dificultades económicas y de producción de armamentos que se oponían a una nueva guerra mundial. Pero todos estos esfuerzos no tuvieron resultado. Keitel, al igual que Blomberg, había llegado a la convicción de que Hitler era un genio y que podía hacer posible también lo imposible.

El 11 de mayo de 1939 Hitler citó en la cancillería a los militares más destacados, Goering, Raeder, Brauchitsch, Keitel, Halder, Warlimont, sus ayudantes militares, al jefe del Almirantazgo, contraalmirante Schniewindt, a los generales Milch y Bodenschatz del Comando en Jefe de Aviación y al general Joschonnek del Estado Mayor de Aviación, para hacerles principalmente una exposición sobre la situación. Con toda franqueza descubrió ahora como objetivo de su política, la intención de cambiar violentamente la estructura estatal europea; ahora no se trataba ya solamente del problema de Dantzig, sino de asegurar el espacio vital alemán, es decir, adquirir nuevos territorios en el este. Tal objetivo no podía ser conseguido sin derramamiento de sangre. Polonia debía ser aislada y después atacada, pues desde épocas pretéritas había sido un enemigo de Alemania. Respecto a Rusia, hizo la indicación de que era posible que mejoraran las relaciones con ella. Como enemigo principal quedaba Inglaterra y para poder luchar contra ésta, era indispensable ocupar el espacio holandés-belga. Una guerra con Inglaterra y Francia debía ser una lucha de vida o muerte. Sin embargo, la ocupación de Holanda, Bélgica y Francia daría la base suficiente para una nueva guerra feliz contra Inglaterra, cuyas comunicaciones vitales podían ser cortadas por el arma aérea y los submarinos. No era posible ya respetar los conceptos de la justicia o injusticia, como tampoco cualquier tratado. La conducción del Estado debía prepararse para una lucha de diez a quince años, pero las fuerzas armadas debían tratar de conducir una guerra corta.

Frente a estas declaraciones vehementes de una política de poder desenfrenada, que hacía olvidar todos los planes pacíficos anteriores, en realidad no podían existir dudas ya sobre las intenciones de Hitler. Muy notable fué todavía otra parte de su discurso, según la cual no debía ser tarea del Estado Mayor el estudio de los lugares débiles del frente adversario. Para este fin debía constituirse una «Plana Mayor de Estudio», formada por oficiales del ejército, de la marina y de aviación, hombres «dotados de gran fantasía y de los mejores conocimientos profesionales».

que debían preparar espiritualmente en el mayor grado posible las operaciones. Si este plan se hubiese realizado, el nuevo órgano hubiera sido entonces el Estado Mayor núm. 5 y hubiera representado el ideal secreto de Hitler, esto es, un Estado Mayor que, en vez de hacer cálculos exactos, hubiera basado sus concepciones en fantasías.

IV

A fines de mayo inició el Estado Mayor los preparativos de concentración para el «caso blanco». Como fecha de terminación se había fijado para los mismos, por de pronto, el 20 de agosto. El plan de concentración se basaba en la idea fundamental de efectuar con la masa de las divisiones blindadas y motorizadas, un avance rápido a través de la frontera, para desbaratar de este modo la concentración polaca. Con tal fin fueron constituidos dos grupos de ejércitos: el Grupo de Ejércitos norte, con sus dos ejércitos concentrados en la Prusia Oriental y el este de Pomerania, mandado por el coronel general Von Bock, con el general Von Salmuth como jefe de Estado Mayor (uno de los más convencidos partidarios de Beck), y el Grupo de Ejércitos sur, con sus tres ejércitos concentrados en Silesia, mandado por el general Von Rundstedt, con el teniente general Von Manstein como jefe del Estado Mayor. Según el plan proyectado, ambos grupos de ejércitos debían avanzar concéntricamente contra las fuerzas del Ejército polaco reunidas en la zona occidental de Polonia. Desde mediados de junio de 1939, oficiales vestidos de civil del Comando del 3.º Grupo de Ejército de Dresden, efectuaban los reconocimientos necesarios en la zona de Concentración de Silesia.

El Estado Mayor alemán no disponía de datos seguros sobre el plan de concentración polaco. Se suponía que Polonia trataría de ofrecer una resistencia retardante hasta que llegara una ayuda del exterior, sea del lado anglo-francés, sea del lado soviético; sobre la base de esta opinión, se creía que Polonia concentraría sus fuerzas en dos fuertes ejércitos en las alas y un centro débil, no excluyéndose, sin embargo, la idea de que realizaría una defensa ofensiva frente a Prusia oriental y Silesia. Teniendo en cuenta que el territorio polaco estaba envuelto en sus flancos por Prusia oriental en el norte y Silesia y Eslovaquia en el sur, el aniquilamiento del Ejército polaco no ofrecía mayores dificultades desde el punto de vista militar. Hitler mismo apoyó la idea de que la posición flanqueante de Prusia oriental fuera aprovechada especialmente para reunir allí mayores cantidades de tropas. Los actos solemnes proyectados para el vigésimoquinto aniversario en el campo de batalla de Tannenberg, librada en 1914, ofrecieron un pretexto muy favorable para velar con este motivo los transportes marítimos de tropas hacia Prusia oriental. Brauchitsch declaró abiertamente a Hitler que consideraba posible la victoria sobre Polonia, quizá también un triunfo sobre Inglaterra y Francia, pero

que en su opinión la situación se volvería desesperada si la Unión Soviética intervenía del lado de las potencias occidentales. No sabía nada de las negociaciones secretas pendientes entre Alemania y Rusia. Hitler no creyó necesario orientarlo sobre este punto, como tampoco al jefe del Estado Mayor.

Sin querer, esta declaración de Brauchitsch reforzó aún más la convicción de Hitler de que la actitud de Rusia era el punto fundamental del problema polaco, aunque en realidad la solución de éste dependía de otros factores. Aun cuando con su política de poder estaba provocando ahora en forma atolondrada el peligro de una nueva guerra mundial, no quería admitir en forma alguna que el instrumento de esa política, el ejército, de ningún modo estaba listo para emprender una guerra. Ni el juego de cifras de millares de millones que se habían gastado en armamentos, haciendo que el Estado se endeudara en forma irreparable, ni las nuevas armas y medios de combate de que se vanagloriaba (los bombarderos en picado, los paracaidistas y las tropas transportadas por el aire) podían engañar u ocultar el hecho real de que los preparativos de guerra eran deficientes. Para cubrir la zona occidental de Alemania se disponía por de pronto solamente de seis divisiones. La gran capacidad personal del general Von Leeb, que, como el más destacado representante técnico de la doctrina defensiva, debía encargarse del comando en el oeste, no podía compensar la inferioridad numérica de sus tropas en caso de un serio ataque francés, como tampoco todo el material del Ejército checo y la industria de armamentos checa de Pilsen, que cayó en poder de Hitler al ser anexada Checoslovaquia.

El general Warlimont declaró más tarde que nunca el Ejército alemán había iniciado una guerra con una preparación tan deficiente como en el año 1939. Faltaba munición; faltaban tanques eficientes del tipo pesado, que aún estaban en construcción; faltaban tropas de comunicaciones de transportes motorizados y ferroviarias. Pero ante todo faltaban reservas instruidas y un cuerpo de oficiales de reserva bien adiestrado. Igualmente se hallaba incompleta la organización de la aviación y del arma submarina. La aviación había sido organizada como instrumento defensivo y no disponía de bombarderos de gran alcance.

El verano de 1939 no fué menos sofocante que el del año anterior cuando se produjo la crisis checa. Con los militares destacados Hitler observaba ahora una nueva táctica; cualquiera de ellos, quisiera o no escucharlo, llegaba a oír de él que sería un «idiota» aquel que arriesgara una guerra mundial por la cuestión del Corredor, como lo hubieran hecho «los hombres incapaces de 1914». Cuando el almirante Raeder le expresó sus temores de que la cuestión polaca pudiera convertirse en una guerra mundial, los pasó por alto como si fueran un necio juego de palabras. Cuando el coronel general Milch le advirtió que la aviación disponía sólo de bombas para pocas semanas, le contestó que esto no era de importancia. El primer oficial de Estado Mayor de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, el teniente coronel Von Lossberg, que antes había prestado servicio en la División Concentración del Este

do Mayor, escuchó en presencia de Keitel una conversación en la habitación privada de Hitler en Munich, en que éste decía que «nunca, nunca, nunca» podría resultar una guerra mundial del «caso blanco». En esta oportunidad habló Hitler con el mayor desprecio de la incapacidad de los más destacados estadistas occidentales. Calificó a Neville Chamberlain como el «hombre del paraguas», diciendo que lo había conocido al igual que al primer ministro francés, Deladier, que eran «viejas comadres» y que no arriesgarían lo más mínimo en favor de su aliado polaco. También el general Halder le oyó decir que no había que temer el peligro de una intervención anglo-francesa en el conflicto polaco-alemán. Indudablemente Hitler mismo creía al final sinceramente en esta versión, que repetía continuamente. En su mente las cosas empezaron a presentarse de tal modo como si él fuera el único capaz de fijar el desarrollo futuro de los acontecimientos. Según él, después de la guerra contra Polonia, debía seguir otra vez un respiro, hasta que llegara el momento favorable para saldar cuentas con las potencias occidentales. La carta secreta que tenía en sus manos eran las negociaciones con Stalin.

Estos conceptos de Hitler se basaban en una ignorancia completa de la modalidad y política de los ingleses y en una apreciación errónea de la personalidad de Chamberlain. Este viejo estadista inglés, que había regresado de Munich con la palabra que traía «la paz para nuestra época», se sintió personalmente engañado por Hitler desde que el resto del Estado checo había sido ocupado. Reconoció que no era posible ya ceder más terreno y se acercó ahora a las ideas defendidas por el círculo opositor, el de Churchill, que ya un año antes había criticado severamente la política de Munich. Inglaterra siempre había luchado contra la primera potencia del Continente y Chamberlain estaba firmemente decidido ahora a apoyar a Polonia en caso de que Hitler emprendiera una nueva y violenta acción unilateral. Quizá Francia estaba menos decidida, pero cualquier modo de proceder inglés, debía influir también sobre la actitud francesa; en Londres, además, se contaba con la ayuda, por lo menos moral, del presidente norteamericano Roosevelt, cuyo mensaje a Hitler fué denominado cínicamente por Mussolini como una manifestación de la parálisis de aquél. Por otro lado, desde el pacto de Munich se había difundido mucho entre los generales alemanes la opinión de que Hitler podría realizar otra vez un «bluff» con todo éxito.

V

En agosto de 1939 terminó la concentración alemana, acompañada en la Prensa por un bombardeo de noticias sobre la persecución de los alemanes en Polonia. No hubo ninguna movilización oficial; sólo se aumentó la velocidad de los llamamientos a las filas. La Gestapo y el servicio de seguridad de la SS organizaron varios incidentes por intermedio de sus

agentes. Otros choques entre alemanes y polacos fueron verdaderos, porque en el pueblo polaco aumentó también la excitación y la inseguridad. Las grandes masas del pueblo alemán conocían mejor el problema del Corredor que la cuestión de los Sudetes, pero, a pesar de ello, el nuevo peligro de guerra hizo surgir en ellas la misma angustia del año anterior, si bien muchos se aferraban a la idea de que Hitler podría llevar a cabo también lo imposible, basándose en el hecho de que hasta entonces todos sus éxitos se habían logrado sin derramamiento de sangre. Schacht, que mientras tanto había perdido también su cargo de presidente del Banco del Estado y desempeñaba sólo el papel ficticio de un ministro sin cartera, al regresar en agosto de 1939 de un viaje a India, tuvo la impresión de que la guerra era inminente. En vano trató de tomar contacto nuevamente con Halder, pues éste se negó a recibirlo. La reanudación del plan de un golpe de Estado del año anterior no ofrecía ninguna perspectiva de éxito. El 11 de agosto el ministro de Relaciones Exteriores italiano, el conde Ciano, visitó a Ribbentrop en su propiedad rural de Salzburgo, cuyo verdadero propietario, un líder de los legitimistas austriacos, se hallaba internado en un campo de concentración. Ciano preguntó francamente al ministro de Relaciones Exteriores alemán, qué buscaba Alemania: ¿el Corredor, Dantzig o ambas cosas? Ribbentrop, mirándolo fríamente, contestó: «Ahora no las queremos ya, sino la guerra.» Ciano quedó consternado. Si bien la guerra civil en España había terminado en la primavera con el triunfo del general Franco y si bien Italia había ocupado a Albania, su país de ningún modo estaba preparado para una guerra. Las campañas de Abisinia y España habían agotado las reservas del Ejército italiano. Mussolini consideraba que no era deseable una nueva guerra antes de 1942 y en tal sentido había explicado a su yerno que para entonces el eje Roma-Berlín podría esperar un éxito con una seguridad de 80 por ciento, pero en 1939 a lo sumo de 50 por ciento. Ciano apreció también la situación alemana con poco optimismo y anotó en su diario el 26 de agosto de 1939: «Hitler va a la guerra con un armamento escaso que inquieta y con un pueblo desunido.»

También el Estado Mayor alemán tenía preocupaciones semejantes. Durante los meses de junio y julio ya el general Halder repetidas veces había tratado de advertir confidencialmente al embajador francés Coulondre y al embajador inglés sir Neville Henderson y de explicarles que solamente una conducta firme y decidida de la política anglo-francesa podría contener aún a Hitler en sus intenciones bélicas contra Polonia, porque éste no creía que Inglaterra y Francia intervendrían en el caso de un ataque alemán contra el referido país. Halder mismo confesó más tarde que les había «suplicado» esto encarecidamente. Al igual que su antecesor, estaba preocupado por el temor de una catástrofe, de consecuencias horribles, en la cual podría hundirse el Reich y el pueblo. A tal fin buscó contacto otra vez con el secretario de Estado Von Weizsäcker, que, por su parte, nuevamente trató de advertir al Gobierno inglés. Rauschning supo en el verano de 1939 algo respecto a una entrevista entre un general francés, hombre de confianza de Deladier, con representantes de la oposi-

ción del Estado Mayor alemán, un fruto tardío de la visita de Beck en el año 1937. Pero, al parecer, los oficiales del Estado Mayor alemán en Berlín rechazaban la idea de entrevistarse con un general francés en París, temiendo la vigilancia de la red de agentes que el servicio de seguridad de la SS había instalado también en la capital francesa.

A estas tentativas de impedir el desastre de una nueva guerra mundial, se agregó otro plan de Schacht. Para el caso de que Hitler ordenara el ataque a Polonia, proyectaba visitar, junto con el general Thomas y el almirante Canaris, a Brauchitsch y Halder para explicarles que toda declaración de guerra, efectuada sin el consentimiento del Gabinete era contraria a la Constitución y equivalía a un perjurio; de este modo quería inducirlos a proceder contra Hitler. Pero todos estos planes fueron anulados por el modo de proceder de Hitler, que actuaba fuera de todas las costumbres tradicionales de la política y que no tenía la intención de declarar la guerra formalmente.

VI

El 19 de agosto Alemania y la Unión Soviética concertaron un tratado comercial. El 22 de agosto, cuando la tensión había llegado a su punto culminante, ambos países firmaron un pacto de no agresión, cuyas negociaciones se venían realizando desde la primavera. El mismo día Hitler citó a los comandantes superiores y almirantes, en ropa civil, a su casa de campo de Obersalzberg, para darles una visión de conjunto de la situación en uno de sus conocidos discursos interminables. Al parecer la firma del convenio con Rusia era para él la señal de que había llegado el momento de actuar. Declaró en esa ocasión a los militares presentes, que nunca la situación había sido tan favorable como en este momento; que Inglaterra no estaba preparada para una guerra y que él mismo les había birlado a las potencias occidentales la ocasión que tenían en sus manos. Después agregó: «Solamente tengo miedo de que en último momento algún canalla proponga un plan de mediación.» A continuación siguió diciendo que era importante la existencia de dos hombres fuertes: el Duce, que era el hombre de nervios más fuertes de Italia, y él mismo, pues su presencia era un «factor de gran valor». El riesgo que se corría era grande y exigía nervios y capacidad de resolución, fuertes. En Londres y París, sin embargo, no se disponía de grandes personalidades; tampoco era necesario temer un bloqueo inglés, debido a las entregas que haría Rusia. Muy probablemente el 26 de agosto sería el día en que se iniciaría la ofensiva.

A continuación ofreció a los generales un almuerzo en la terraza. Hitler había hablado sin usar anotaciones; la más segura versión de su discurso se basa en un resumen que escribió uno de los almirantes presentes inmediatamente después de la entrevista en su hotel en Munich.

Según otras versiones, usó expresiones aún más desenfrenadas, como aquella de que Chamberlain, si volvía otra vez, sería echado escaleras abajo, aun cuando tuviera que pisarle el vientre ante el ojo de los fotógrafos; que los ciudadanos de los países occidentales debían temblar de espanto y así más. La impresión que produjo el discurso en el auditorio fué muy desigual; al respecto debe tenerse en cuenta que este discurso de Hitler no era el primero que debían escuchar los generales y que sus monólogos exagerados despertaban en muchos simplemente un sentimiento de indiferencia. Keitel opinó después, impresionado por la firma del convenio con Rusia, que no habría guerra. Witzleben, en aquel entonces comandante del 2.º Grupo de Ejército, permaneció escéptico. Rundstedt creyó que la crisis tomaría el mismo rumbo del año anterior. Uno de los generales presentes hasta se había dormido. El jefe de la Oficina de Prensa, el doctor Dietrich, tuvo la impresión de que la mayoría de los generales quedaron «tristes», como dijo con reprobación a Halder.

Lo decisivo era por de pronto que se había concertado un convenio ruso-alemán, del cual dijo Stalin, en su célebre brindis del 28 de septiembre de 1939, que el occidente capitalista nunca debía vencer a la Alemania socialista. Para Hitler representaba este tratado desde un principio solamente una medida táctica, que le daba por el momento la seguridad necesaria en la espalda. El 23 de agosto Jodl fué llamado a Berlín para encargarse de nuevo de la jefatura de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, quedando Warlimont como reemplazante. De tal modo fracasó la esperanza de Halder de que se encargara de este puesto en caso de guerra el general Von Sodenstern, hombre de confianza del Estado Mayor. El mismo día en que Jodl volvió a encargarse de su puesto, anotó en su diario oficial: «Día Y», el 26 de agosto, hora «X», las 4.30, lo que significaba que el ataque a Polonia debía iniciarse el 26 de agosto.

Un día después de la reunión de los generales en Obersalzberg, el 23 de agosto, el ministro de Relaciones Exteriores Ribbentrop se trasladó en avión a Moscú para firmar el pacto ruso-alemán, mientras que el embajador, sir Neville Henderson, que no quería abandonar aún la esperanza de lograr una solución de compromiso, llegó a Obersalzberg para entregar una carta personal del primer ministro inglés a Hitler. En aquellos días Neville Henderson dijo que ahora Hitler debía mostrar si quería ser un Tamerlán o un verdadero estadista. Un amigo sueco de Goering, el gran industrial Birger Dahlerus, en último momento y por propia iniciativa trató de lograr un entendimiento entre Londres y Berlín. El 24 de agosto el teniente coronel Schmudt llegó de Obersalzberg a Berlín e informó a Jodl que Hitler había empezado a vacilar si Inglaterra iría a intervenir a pesar de todo, situación que no entraba en sus cálculos. Al día siguiente llegó la orden de detener la concentración contra Polonia, que ya estaba en pleno desarrollo. Pero, dada la fecha ordenada para el ataque, el 26 de agosto, las tropas estaban en marcha hacia sus posiciones de partida y en parte era difícil ya hacerlas retroceder. Los comandantes de grupo de ejército y de

ejército tuvieron que adelantarse personalmente en sus automóviles para hacer iniciar el movimiento retrógrado.

Con todo, los amigos de la paz concibieron una nueva esperanza. El general Halder en seguida tuvo la intención de hacer explicar a Hitler por todos los medios posibles que una concentración de tropas tan grande no podía mantenerse durante un tiempo prolongado, con el fin de dificultar así el plan de ataque y hacer evacuar las zonas fronterizas por las tropas. El almirante Canaris declaró aliviado, que se había logrado la paz para los próximos cincuenta años, pues era imposible, según su criterio, ordenar una movilización secreta, anularla y volverla a ordenar de nuevo en el mismo momento. Opinó que por la anulación de la orden de ataque Hitler había perdido todo prestigio entre los generales. Hasta su jefe de Estado Mayor, un hombre tan perspicaz como el general Oster, creía que lo peor había pasado. Uno de los asesores de asuntos personales del Estado Mayor, el posterior teniente general y jefe de la División Operaciones del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, el barón Treusch von Buttler-Brandenfels, declaró más tarde que en aquel entonces fué preguntado por un sinnúmero de oficiales si la guerra mundial había sido evitada.

Pero el horizonte volvió a oscurecerse rápidamente. Los actos programados para el aniversario de la batalla de Tannenberg y el día del Partido fueron suspendidos y en todo el país se introdujo la administración estatal de los víveres y artículos de consumo general. El primer ministro francés y el presidente Roosevelt dirigieron a Hitler sendos mensajes conjurándolo a mantener la paz mundial, lo que para Hitler fué solamente un nuevo indicio de que la posición de las grandes potencias occidentales era débil. Inglaterra contestó al tratado ruso-alemán concertando una alianza con Polonia. Mientras tanto, sir Neville Henderson y Birger Dahlerus continuaban sus esfuerzos para lograr una solución de compromiso. Lo característico del aislamiento en que vivían en aquel entonces los militares se nota, por ejemplo, en el hecho de que un hombre como el general Jodl fuera informado sobre la acción de Dahlerus recién seis años más tarde, durante las deliberaciones del Tribunal Militar de Nuremberg.

Dahlerus consiguió que Hitler lo recibiera, pero éste se comportó en esa oportunidad como rabioso. Cuando el sueco descató el peligro de una guerra con Inglaterra, Hitler dijo que no había nada que pudiera resistir a las armas alemanas y continuó gritando: «No se puede resistir a Alemania; está en condiciones de derrotar a los adversarios en una guerra corta... Si hay guerra, construiré submarinos, submarinos, submarinos... (siguió algún murmullo y después continuó gritando)... construiré aviones, aviones y aniquilaré a mis enemigos.» Dahlerus se dió cuenta que no era posible hablar con este hombre en forma razonable; pero todavía no quiso reconocer que el tan poderoso ministro de Aviación y comandante en jefe del arma aérea, que evidentemente quería evitar una guerra contra Inglaterra, obedecía sin resistencia alguna a la orden de este histérico.

VII

Aparentemente Hitler vacilaba ahora entre la preocupación por una intervención eventual de las potencias occidentales y el temor de que la situación desfavorable, en la que había colocado a Polonia con sus manejos, pudiera pasar sin ser aprovechada. Italia le hizo comunicar que no podría participar inmediatamente del lado alemán en una guerra y entregó con tal fin ostensiblemente un pedido de material militar. Pero Hitler estaba convencido de que, por de pronto, no necesitaba la ayuda italiana, sobre todo cuando el Estado Mayor apreciaba como muy reducido el valor del Ejército italiano. Intencionalmente formuló ahora sus exigencias a Polonia en una forma tan provocadora, que no le quedó más recurso al Gobierno polaco que someterse incondicionalmente o declarar la guerra pues Hitler exigió que dentro del plazo más breve fuera enviado a Berlín un delegado polaco para recibir su dictado.

Polonia movilizó. Inglaterra y Francia tomaron medidas de seguridad militares. Los preparativos de ataque alemanes fueron reanudados y el avance fué dispuesto para el 30 de agosto, plazo que tuvo que ser postergado después en otras 24 horas. Todos los esfuerzos de las potencias occidentales para llegar en último momento a un compromiso, sólo reforzaron la impresión de Hitler de que las declaraciones de Inglaterra y Francia no debían ser tomadas en serio.

El 31 de agosto fué ordenado nuevamente el ataque para la madrugada del día siguiente, mientras que en la cancillería en Berlín se pretendía estar esperando la llegada de un negociador polaco. El avance debía iniciarse el 1 de septiembre a las 5,45 horas. Ahora el comando del Grupo de Ejércitos Sur no tomó ya en serio la orden de ataque y preguntó telefónicamente a la División de Operaciones del Estado Mayor, cuándo llegaría la nueva contraorden, porque todo esto seguramente sería de nuevo un «teatro». Pero esto vez Hitler estaba decidido a actuar, por más que el Gobierno polaco estuviera dispuesto a ceder a sus exigencias. El embajador polaco Von Lippe-Lipski, que había sido encargado por su gobierno de visitar a Hitler otra vez, solamente fué preguntado en forma brusca si poseía las atribuciones de negociador, las que todavía no tenía en sus manos. Con esto fracasaron también las últimas tentativas de Neville Henderson y Birger Dahlerus para evitar el desastre de una nueva guerra. En la noche del 31 de agosto al 1 de septiembre se realizó un ataque sorpresivo contra la estación radiodifusora de Gleiwitz, efectuado por hombres vestidos de uniformes polacos. Ahora Hitler podía anunciar al mundo, al parecer con el mayor derecho, que haría contestar el fuego en la frontera polaca.

Con fuerza avasalladora las fuerzas alemanas penetraron en la madrugada del 1 de septiembre en territorio polaco, iniciando su avance con 44 divisiones, entre ellas 12 blindadas y motorizadas. En el aire se escuchaba

el zumbido de las escuadrillas de la nueva arma aérea alemana, de la cual Goering una vez había dicho que cuando llegara su hora se lanzaría como un ángel vengador sobre el adversario. Ocho divisiones de infantería, reforzadas continuamente con otras divisiones de reserva, de reemplazo y de milicia, se encargaron de la protección de fronteras en el oeste. A las 11 horas Hitler, vestido con un uniforme de fantasía de color gris, habló ante el Parlamento. Anunció que ahora la fuerza se opondría a la fuerza. Sin embargo, algo de la emoción terrible de ese momento en que el incendiario veía levantarse las llamas del fuego desencadenado por él mismo, pudo notarse también en sus palabras, pues declaró solemnemente que pensaba regresar de esta lucha sólo como vencedor o no vivir el fin, delatando con esta amenaza de suicidio su carácter psicopático. Un solo diputado del Parlamento se atrevió a protestar contra la guerra. Federico Thyssen, uno de los reyes de la industria pesada alemana, que antes había ayudado financieramente a Hitler y que ahora se sentía engañado por él. Thyssen consideraba que el pacto con Rusia contenía el peligro de que Alemania se volviera bolchevique y preveía que la guerra contra Polonia se convertiría en una guerra mundial, para la cual las fuerzas de Alemania no eran suficientes. Su protesta tuvo como resultado que Hitler ordenara fusilarlo; apenas consiguió huir a Suiza.

Mussolini emprendió una última tentativa de salvar la situación y ofreció la mediación italiana para convocar una conferencia entre Alemania, Polonia, Inglaterra y Francia, porque en este momento la guerra era muy inconveniente para su país. Propuso que Polonia diera su consentimiento a un armisticio y que las tropas alemanas detuvieran su avance en los lugares alcanzados. Inglaterra sólo estaba dispuesta a aceptar una conferencia si las tropas alemanas antes regresaban a sus posiciones de partida, estableciendo esta exigencia en forma de un ultimátum. Mussolini no pudo garantizar el cumplimiento de la misma y Berlín no contestó al respecto. Entonces el embajador inglés entregó en Berlín la declaración de guerra de su país, el 3 de septiembre a las 11,00 horas. Durante la tarde, a las 17,00 horas, se recibió también la declaración de guerra francesa. Por primera vez el cálculo de Hitler había fallado. Cuando recibió la declaración de guerra inglesa preguntó a Ribbentrop: «¿Y ahora, qué hacemos?» En la antesala Goering dijo al teniente coronel Schmudt: «Si perdemos esta guerra, entonces Dios nos libre.» Goebbels mantuvo un silencio sepulcral. La Segunda Guerra Mundial, contra la que el Estado Mayor alemán había luchado tanto e inútilmente, se había iniciado así. La declaración de guerra de Inglaterra y Francia sorprendió a Jodl, según él mismo confesó, como un «mazazo». El almirante Canaris, impresionado por presentimientos siniestros, dijo que esto era el fin.

El conde Ciano recibió durante estos días los informes del embajador italiano en Berlín, profesor Attolico, sobre el estado de ánimo pesimista que reinaba en la población de la capital. Esta vez no había, como en 1914, una muchedumbre entusiasta que bordeaba las calles cuando las tropas marchaban a la guerra, sino mujeres llorando y hombres angustiados que

callaban. Había demasiada gente que conocía aún la guerra por propia experiencia. En la noche del 3 de septiembre. Hitler envió a Mussolini un mensaje, en el que le explicaba que habría aceptado su propuesta si hubiera existido una garantía de éxito de la misma. La guerra contra Inglaterra hubiera estallado lo mismo, a más tardar dentro de un año. Creyó estar en condiciones de predecir un triunfo rápido en Polonia, opinando por eso que no era posible tolerar que los sacrificios sangrientos fueran desvalorizados por «intrigas diplomáticas». Él mismo sabía que esta guerra era una lucha de vida o muerte, pero confiaba firmemente en la victoria.

VIII

Al estallar la guerra se presentó una nueva situación para el Estado Mayor. En Prusia desde tiempos inmemoriales los soldados habían cumplido su deber en la guerra. Pero, debido al juramento a la bandera, el cuerpo de oficiales del Estado Mayor estaba ligado ahora al hombre que había causado la guerra con tanta ligereza y que ahora se atrevía a dirigir personalmente las acciones bélicas, aunque en su carrera militar sólo había logrado el grado de un cabo y hasta había sido calificado por la mayoría de sus superiores en forma muy desfavorable. Estas reflexiones deben ser tenidas en cuenta si se quiere aclarar la conducta del Estado Mayor alemán durante los últimos años de su historia. Y es indispensable hacerlo, porque el concepto del juramento a la bandera, que había sido prestado antes al soberano y que en el fondo se basaba en el concepto de la lealtad caballeresca de la época dinástica, seguía teniendo todavía un poder místico. Ahora, cada uno de los oficiales, aunque fuera un adversario de Hitler, debía resolver el problema ante su propia conciencia y como corresponde a la naturaleza humana, cada uno encontró su propia solución.

Al decretarse la movilización, varios generales en retiro que habían sido pasados a esa situación anteriormente por su inseguridad política, fueron reincorporados al servicio activo, entre ellos no solamente el coronel general Von Leeb, según Hitler un «antinazi incurable», sino también el coronel general Von Hammerstein-Equord, mientras que Fritsch y Beck quedaron proscritos. Hammerstein-Equord, que fué nombrado comandante de una agrupación de ejército en el oeste, desarrolló en seguida un plan destinado a invitar a Hitler a una inspección militar y tomarlo preso en esta oportunidad para entregarlo al tribunal del pueblo alemán, al igual que lo había proyectado en el plan del golpe de Estado del año anterior. Poco antes de que los miembros de la Embajada inglesa partieran de Berlín, uno de los miembros jóvenes de la oposición conservadora, el abogado Fabián von Schlabrendorff, informó al consejero inglés Ogilvie Forbes de esta intención. Este hecho también revela en forma significativa la nueva modalidad de la guerra ideológica, pues en la historia ante-

rior de Prusia el nombre de la familia de los Schlabrendorff tenía buena fama.

Pero, al fin y al cabo, todo ejército es un elemento de obediencia y no de política. Halder estaba convencido de que en esta situación no quedaba otro recurso que cumplir con el deber jurado. Hitler salió a campaña en un tren de comando blindado, cuyo comandante era inicialmente el joven mayor general Erwin Rommel. El Estado Mayor del Ejército abandonó Berlín, alojándose en un cuartel general preparado para caso de guerra en el campo de instrucción de Zossen, cuyo nombre encubierto era «Zeppelin». Para poder explotar en la forma más rápida posible todas las experiencias de guerra, fueron nombrados en el Estado Mayor, por iniciativa de Brauchitsch, los «generales de armas» como especialistas de cada una de las armas existentes en el ejército, lo que representó una innovación completa. Además, fué constituido un nuevo cargo, «el general a disposición», encargado de todos los asuntos de orden jurídico, cuestiones referentes a la política del Partido y asuntos de orden religioso y disciplinario.

El coronel general Federico Fromm, hasta entonces jefe del Departamento General de Ejército, fué nombrado comandante del Ejército del Interior con el título de «Jefe de armamentos del ejército y comandante del Ejército del Interior». Quedaron subordinados a él el Departamento General del Ejército, con las inspecciones de armas, el Departamento de Armamentos, con sus numerosas secciones y el Departamento de Administración.

IX

Aunque la guerra comenzó sin una movilización normal y sin una declaración de guerra formal y aunque el movimiento de envolvimiento operativo tuvo que partir de zonas de concentración que ofrecían grandes dificultades y no obstante que la anulación de la primera orden de ataque había producido en los comandos superiores una notable sensación de incertidumbre, la invasión de Polonia se efectuó según los planes de concentración previstos. En ese momento se encontraban movilizados unos 1.300.000 soldados alemanes. Aunque hasta entonces nunca se había realizado prácticamente una operación de grandes unidades blindadas en cooperación con la aviación, la teoría de Guderian celebró aquí sus primeros triunfos. El Ejército polaco, mandado por el mariscal Rydz Smigly mismo, disponía solamente de una división blindada, que aún estaba organizándose. Con sus fuertes unidades de caballería (una división y once brigadas independientes) se encontró en una situación desgraciada frente a la nueva táctica alemana. En el Estado Mayor polaco se había creído en parte que el régimen nacionalsocialista en Alemania no podría soportar la prueba de una verdadera campaña, opinándose que en tal caso sería derribado por un movimiento popular del interior. Las condiciones

atmosféricas del caluroso fin de verano, favorecieron los movimientos de las masas de tanques alemanes en las amplias llanuras del este. La débil aviación polaca en su mayor parte fué eliminada ya el primer día de la guerra por los ataques sorpresivos de las unidades de bombardeo alemanas, que fueron dirigidos contra sus aeródromos. La caballería polaca, que en parte atacaba aún sable en mano y en formaciones cerradas, se convirtió en una presa fácil de las modernas máquinas de guerra.

Además, el comando en jefe polaco había dividido sus fuerzas, sin formar un centro de gravedad, en 5 ejércitos con un total de 22 divisiones, que fueron concentrados simultáneamente frente a Prusia oriental, la frontera del Corredor y Silesia superior. Por eso, el 4.º Ejército alemán, mandado por el general Von Kluge, estuvo en condiciones de establecer fácilmente el enlace entre el este de Pomerania y Prusia oriental. El 3.º Ejército mandado por el general Von Küchler, avanzó desde Prusia oriental, concordante con una idea de Hitler, por el este del Vístula hacia la línea del río Narew. El 8.º Ejército, mandado por el general Blaskowitz, aferró las divisiones polacas concentradas en la provincia de Poznań. En el sur, el coronel general von Rundstedt y su jefe de Estado Mayor, el general Von Manstein, operaban por propia iniciativa; no avanzaron, como se les había ordenado, hacia el sudeste, sino que efectuaron, después de conseguir los primeros éxitos, una conversión hacia el norte, cortando así las comunicaciones de las fuerzas principales polacas con Varsovia. En este movimiento desempeñó un papel decisivo el 10.º Ejército, mandado por el general Von Reichenau, que en esta operación mostró ser un hombre de gran empuje. De esta manera el Ejército polaco fué dividido en dos partes. Finalmente el 14.º Ejército, mandado por el general List, obligó al Ejército polaco del sur a rendirse.

En la segunda quincena de septiembre los ejércitos alemanes se acercaban a Varsovia. En el sector de lucha del general Von Küchler cayó ahora el ex comandante en jefe del ejército, el coronel general Von Fritsch, a quien Hitler no quiso confiar ya el mando de un ejército y que por eso, buscando probablemente la muerte, había acompañado a su regimiento de artillería cuando salió a campaña. En esta situación, cuando las tropas alemanas se encontraban ante Varsovia, Hitler intervino por primera vez personalmente en la conducción de las operaciones, que hasta entonces habían ejercido el comandante en jefe y el jefe del Estado Mayor. Exigió que la capital polaca fuera bombardeada sin consideración alguna, aunque Brauchitsch y Halder le explicaron que la rendición de la capital era solamente una cuestión de tiempo, destacando, además, que según su opinión, era más prudente trasladar la artillería pesada al frente occidental, que se hallaba asegurado insuficientemente. Pero Hitler perseguía un objetivo político. El Estado Mayor no sabía nada de que a partir de un determinado momento de la campaña debía contarse con la intervención de tropas rusas. Por eso, Varsovia debía ser ocupada lo más pronto posible por los alemanes para evitar que cayera en manos de aquéllas.

La intervención del Ejército rojo contribuyó al hundimiento del

ejército y del Estado de Polonia, como también al derrumbe del régimen social y feudal de ese país. El Estado Mayor alemán fué sorprendido completamente por esta intervención. Al mismo tiempo se descubrió también otra cosa: el carácter de la guerra había cambiado ahora. Junto con las unidades del ejército habían invadido a Polonia también tres divisiones de la SS Armada, por de pronto subordinadas aún a los generales del ejército; pero en realidad debían ser empleadas en misiones completamente diferentes. Hitler proclamó la eliminación de la clase dirigente y de la clase culta de Polonia. Cuando a fines de septiembre, después de una duración de poco más de tres semanas, la campaña en lo esencial había terminado, el coronel general Blaskowitz fué nombrado comandante militar de Polonia, con la sede de su cuartel general en Spala. Pero la administración del territorio ocupado fué transferida lo más pronto posible a manos de hombres civiles. Después de haberse arreglado las relaciones de posesión con Rusia y después que los territorios anteriormente alemanes, junto con algunas partes adyacentes polacas, habían sido reincorporadas al Reich, el resto del territorio polaco fué subordinado como «gobernación general» a un miembro del Partido, el austríaco doctor Seisz Inquart, al que sucedió en 1940 como gobernador general el ministro doctor Frank.

Muy pronto estalló una intensa rivalidad entre el gobernador general y el comandante militar. El coronel general Blaskowitz, un representante típico antiguo del cuerpo de oficiales, se vió obligado a intervenir contra los excesos cometidos por la SS y la policía alemana. Protestó contra la persecución de los judíos y de la clase anteriormente dirigente de Polonia y estableció tribunales de guerra, que en algunos casos hasta condenaron a miembros de la SS a la pena capital por haber cometido asesinatos, incendios intencionales y violaciones. También el general Von Kuehler tuvo discusiones violentas con el jefe regional del Partido y comisario de defensa del Reich en Prusia oriental, Koch, debido a la conducta escandalosa de las autoridades del Partido y de la SS en las regiones polacas incorporadas ahora a Prusia oriental. En la nueva provincia de río Warthe, recién constituida, el comandante de cuerpo de ejército de reemplazo, general de artillería Petzel, trató de impedir las persecuciones de los judíos y de castigar a los miembros de la SS que habían cometido tales delitos. Finalmente el coronel general Blaskowitz redactó un memorándum con detalles minuciosos de las atrocidades cometidas por la SS en Polonia. Hitler se mostró extraordinariamente ofendido por esto, tanto más, porque algunos miembros de su estandarte personal habían sido condenados también por los tribunales de guerra instituidos por Blaskowitz. La lucha entre el ejército y la SS Armada entró así en una nueva fase. Hitler se quejó a Brauchitsch de «los conceptos de caballería anticuados» de los militares y le reprochó que en Cracovia los oficiales alemanes hicieron una visita formal al cardenal príncipe Sapieha; además, que hubiera postergado demasiado la expropiación de las grandes familias de magnates polacos, como los príncipes Radziwill. Pero no menos significativo fué que hombres como Jodl no

creyeran necesario echar una sola mirada sobre el memorándum de Blaskowitz y lo apreciaran superfluo, aun cuando en el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas el ascenso de la SS a un «ejército ideológico» y el nacimiento de un dualismo fatal, eran observados con tanta preocupación como en el Estado Mayor.

X

Después de la derrota de Polonia, la decisión futura de la guerra, dependía de los acontecimientos en el oeste. A lo largo de la «línea Maginot» y en el norte de Francia se habían concentrado unos 110 divisiones francesas. Al igual que en 1914, había llegado a Francia un cuerpo expedicionario inglés. Sin embargo, prescindiendo de un ataque local con objetivo limitado en la región del Sarre, el Ejército francés en realidad no emprendió nada, aunque, según las declaraciones de Jodl en Nuremberg, habría sido capaz de derrotar por completo sin mayores esfuerzos a las insuficientes fuerzas de seguridad alemanas. Al comienzo de la guerra, Alemania disponía en total de 98 divisiones, de las cuales paulatinamente 33 fueron concentradas en el oeste, formando los tres ejércitos 1.º, 5.º y 7.º y la agrupación de ejército mandada por Hammerstein-Equord.

El comandante en jefe del frente occidental alemán era inicialmente el coronel general Von Leeb, con el general Von Sodenstern como jefe del Estado Mayor. Al igual que Hammerstein-Equord, también Leeb era en el fondo de su alma un adversario del régimen nacionalsocialista, aunque por rara coincidencia no llegó a conocer los planes subversivos de aquél. El general Von Sodenstern y el oficial de órdenes de Leeb, el príncipe Adalberto de Baviera, conocían su opinión y la compartían. Leeb, en la época del ejército de los 100.000 hombres, era considerado como el representante más destacado de la teoría defensiva. Como el comandante en jefe del lado francés, general Gamelin, era igualmente un partidario convencido de la defensiva, resultaba así la situación curiosa de que ambos comandantes en jefe fueran contrarios a la idea de atacar, aunque Gamelin tenía en sus manos la posibilidad de conseguir la victoria. Del lado alemán, sobre todo entre los oficiales de mayor edad del Estado Mayor, que apreciaban muy elevada aún la fuerza combativa del Ejército francés, se llegó por eso frecuentemente a la conclusión de que la conducción política y militar francesa no quería realizar esta guerra con toda seriedad y que existían aún posibilidades de llegar a una solución pacífica del conflicto, máxime cuando el asunto polaco había terminado tan rápidamente. Brauchitsch y Halder estaban decididos por eso, sin preguntar a Hitler, a reorganizar el ejército para un mera defensiva, aferrándose Brauchitsch en ese sentido a la promesa de Hitler que la guerra polaca no conduciría a un conflicto mundial. El cuartel maestro superior primero del Estado Mayor, el general Von Stulpnagel, hasta apreció

que era perjudicial consultar a Hitler al respecto; conscientemente quería que fuera enfrentado a un hecho consumado.

Según las declaraciones de Jodl, Hitler en septiembre inicialmente estaba indeciso todavía sobre la conducta que debía adoptar en el oeste. El mismo consideraba imposible que Alemania realizara una defensiva a largo plazo. El Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas así como el Estado Mayor por otro lado, rechazaban por completo la ruptura de la «línea Maginot», pues, en el caso de que fracasara la tentativa alemana de una ruptura frontal, aparecería el peligro de un ataque de flanco anglo-francés a través de Bélgica y Holanda en dirección a la cuenca del Ruhr. Las regulares incursiones nocturnas que la aviación inglesa hacía en territorio alemán a través de Bélgica y Holanda, hicieron llegar a hombres como Jodl a la conclusión de que Inglaterra en caso necesario no respetaría la neutralidad de estos dos países. Pero ni Jodl ni Keitel podían explicarse por qué Francia en septiembre no había iniciado una gran ofensiva en el oeste para aliviar la situación de Polonia. También Keitel se inclinaba por eso a la opinión de que sería posible aún localizar la guerra.

El rápido triunfo obtenido sobre el Ejército polaco hizo nacer en Hitler la convicción de que el nuevo Ejército alemán era tan excelente, que ahora podría lograr también mediante otra campaña relámpago una rápida decisión en el oeste y terminar con ello pronto la guerra. Una tentativa burda hecha por él en un discurso público después de la victoria en Polonia, insinuando a Inglaterra la idea de concertar la paz mediante negociaciones, quedó sin contestación, prescindiendo de las opiniones de algunos hombres aislados como Lloyd George. De tal modo Hitler se decidió a emprender una nueva campaña relámpago, haciendo fracasar de esta manera las intenciones de Brauchitsch y del Estado Mayor de enfrentarlo a un hecho consumado. Fuera de la idea de una ofensiva en el oeste, había aún otras, en parte fantásticas, como la de apoderarse de Gibraltar con la ayuda española y otra, favorecida por el comandante en jefe de la marina, el almirante Raeder, de adueñarse de la costa noruega, a fin de conseguir de este modo una base en la costa del Atlántico para la guerra submarina contra Inglaterra y poder salir con la flota de su encierro del mar del Norte. Este plan referente a Noruega, denominado «Ejercicio del Weser», estimuló hasta tal punto la fantasía ilimitada de Hitler debido a su audacia, que pronto se convirtió en su empresa personal y con ello comenzó a la vez su propia conducción de guerra, fuera de la esfera del Estado Mayor. Pero en forma más intensa aún lo fascinó la idea de terminar la guerra mediante un golpe de mano, por decir así, antes de fin de año. Todas estas ideas despertaron la resistencia decidida del Comando en Jefe del Ejército. El general Halder al comienzo había quedado satisfecho de los rendimientos del ejército en Polonia, pero poco después se volvió más escéptico. Durante esa campaña muchas veces la infantería alemana no había mostrado el mismo espíritu ofensivo de su antecesora de 1914; fué necesario a veces que los oficiales se empeñaran sin consideración alguna para llevarla hacia adelante. Debido a esto

habían caído muchos oficiales del servicio activo. En cuanto a la situación del armamento, seguía siendo aún poco satisfactoria. Todavía en 1940 varias divisiones recientemente organizadas, tuvieron que ser armadas con material checo. Los nuevos modelos III y IV de los tanques pesados podían ser entregados en cantidad mayor recién en la primavera de 1940. Según las declaraciones del general Von Thomas, que después de la campaña de Polonia se encargó en el Estado Mayor de los asuntos del arma blindada, las seis divisiones blindadas empleadas en Polonia disponían cada una de 250 tanques. En esta forma las fuerzas alemanas parecían ser totalmente insuficientes para enfrentar al Ejército francés, apreciado por el Estado Mayor como el mejor del mundo. La conducta expectante de Francia reforzó las esperanzas de que el conflicto pudiera ser arreglado en forma pacífica. En su memorándum redactado por el cuartel maestre superior I, teniente general Von Stülpnagel, el Estado Mayor propiciaba por eso el mantenimiento de la más estricta defensiva en el oeste. También el coronel general Von Leeb envió a Brauchitsch un memorándum en el que se expresaba en favor de la defensiva para evitar una ampliación de la guerra, y de un acercamiento a las potencias occidentales para lograr una mediación. De lo contrario Leeb prevía una guerra mundial con consecuencias no imaginables, en la cual finalmente intervendría también los Estados Unidos de Norteamérica, la mayor potencia industrial del mundo.

Hitler contestó a la oposición del Comando en Jefe del Ejército con un memorándum esbozado por él mismo, fechado el 9 de octubre de 1939, que hizo enviar a Keitel, Brauchitsch, Goering y Raeder. En este documento decía que el objetivo de la política anglo-francesa era la destrucción del gran Reich alemán, destacando que el tiempo no actuaba en favor de Alemania. Explicó, además, que la victoria en Polonia había creado la posibilidad de conducir la «guerra en un solo frente»; pero nadie sabía cuánto tiempo se ofrecía esta posibilidad, pues la neutralidad rusa era de duración insegura. En lo concerniente a Italia, había siempre la posibilidad de que una caída de Mussolini produjera cambios radicales, dado que el rey Víctor Manuel III no era amigo de Alemania. Por otro lado, toda ruptura de la cintura protectora neutral formada por Bélgica y Holanda, representaba una amenaza para la cuenca del Ruhr, de modo que quedaba solamente la solución de realizar una rápida ofensiva a través de Bélgica y Holanda para derrotar a Inglaterra y Francia. En el momento oportuno debía efectuarse un «empeño brutal» del arma aérea contra el centro de voluntad de resistencia inglesa. Con la aviación y la flota submarina, Alemania dispondría de las armas necesarias para conducir una guerra larga contra Inglaterra. Para lograr este fin, sin embargo, era indispensable asegurarse las zonas de Escandinavia, Bélgica y Holanda, para disponer así de mejores bases de partida. Momentáneamente las armas alemanas eran superiores a todas las demás; por eso era necesario efectuar un golpe decisivo contra el adversario del oeste, en lo posible todavía durante el otoño de este año.

Hitler había estudiado las ideas de Schlieffen. El viejo «gran plan» era resucitado ahora en forma burda. Hitler afirmó también que tenía conocimiento de negociaciones entre los Estados Mayores inglés y francés, en las que se había discutido el plan de un avance a través de Bélgica contra el centro de la industria de armamento alemana, la cuenca del Ruhr. Así se formó el plan de la gran ofensiva en el oeste, el llamado «caso amarillo». La Agrupación de Ejércitos A (cuyo comandante, el coronel general Von Hammerstein-Equord, por sus invitaciones repetidas había despertado la desconfianza de Hitler y por eso otra vez fué retirado) se transformó en el Grupo de Ejércitos A, bajo el mando del coronel general Von Rundstedt, con el general Von Manstein como jefe del Estado Mayor. El cuartel general del comando se instaló en Coblenza. El 10 de octubre el coronel general Von Bock, con el general Von Salmuth como jefe del Estado Mayor, se encargó del mando del otro nuevo Grupo de Ejércitos B, con sede del cuartel general en Bad Godesberg. Con las fuerzas subordinadas a Leeb se encontraban ahora tres grupos de ejército en el frente occidental.

El plan de concentración, preparado por el Estado Mayor sobre la base de las ideas de Schlieffen, preveía el avance del Grupo de Ejércitos B y Grupo de Ejércitos A desde el sector norte y centro del frente occidental, al igual que en 1914, a través de Bélgica hacia el norte de Francia, con el objetivo de aniquilar las fuerzas enemigas concentradas al norte del río Somme y forzar con la ruptura el paso hacia la costa del canal de la Mancha. El Grupo de Ejércitos B debía tomar frente a la frontera holandesa solamente medidas de seguridad e invadir con dos ejércitos, el 4.º y el 6.º a Bélgica, a ambos lados de Lieja. En el caso de que fuera indispensable violar el territorio de Holanda, que con su punta de Maastrich sobresalía mucho hacia el sur, debía concertarse con ese país un convenio pacífico al respecto. Solamente en caso de extrema urgencia se proyectaba una ocupación de territorio holandés, situado fuera de la región conocida como «fortaleza de Holanda», el centro del reino neerlandés. El Grupo de Ejércitos A debía constituir con sus dos ejércitos el ala meridional del movimiento envolvente. El Grupo de Ejércitos C debía cubrir con los ejércitos 1.º y 7.º el frente en los sectores del Rin superior y medio, entre las Ardenas y Suiza y aferrar las fuerzas francesas concentradas en la «línea Maginot». Los Grupos de Ejércitos B y A disponían cada uno de una flota aérea y de un cuerpo de defensa antiaérea; el Grupo de Ejércitos C disponía sólo de una flota aérea. Todos los preparativos de ataque debían quedar terminados el 5 de noviembre, de modo que a partir de esta fecha el apresto para el ataque pudiera realizarse en seis etapas nocturnas.

XI

Frente a estas ideas, todos los comandantes de grupo de ejércitos expresaron por escrito su opinión en favor del mantenimiento de la defensiva. El jefe del Estado Mayor compartió esta opinión. Un ataque frontal del Ejército anglo-francés contra todo el frente del Ejército alemán debía excluirse. Si el adversario eventualmente efectuaba una ofensiva a través del territorio neutral de Bélgica y Holanda, tal proceder ofrecería el tiempo suficiente para tomar medidas estratégicas contrarias. Por eso Halder creía que una conducta espectante era lo que más respondía a la situación desde el punto de vista militar. Entre los proyectos preparados por los comandos de grupo de ejércitos, el plan de operaciones esbozado por el teniente general Von Manstein mereció un interés particular. Este plan proponía que, en el caso de una ofensiva enemiga, se realizara por parte alemana un ataque con la masa de las fuerzas blindadas a través de la vieja «brecha» histórica de las Ardenas, que antes de 1914 había preocupado tanto a muchos oficiales del Estado Mayor francés. El ataque debía ser llevado en dirección a Sedán, donde existía un terreno favorable para las operaciones en gran escala del arma blindada, para abrirse paso después en dirección a Abbeville y avanzar a lo largo de la orilla norte del Somme hacia la costa del canal. Las fuerzas enemigas que hubieran avanzado eventualmente hacia Bélgica, debían ser aisladas por tal movimiento y obligadas a luchar de ese modo con frente invertido. El plan parecía ser extraordinariamente atrevido, considerando el flanco profundo descubierto que debía formarse en el sur con el avance proyectado de las fuerzas blindadas; por otro lado, ofrecía la ventaja de que con ese ataque se evitaba una violación de territorio neutral por parte alemana. Por otra parte, el plan revelaba no sólo una comprensión de la situación política, sino también de las características especiales que requerían las operaciones modernas con tropas blindadas. Pero, precisamente porque representaba una idea nueva y original, encontró una oposición considerable y por de pronto, ni siquiera se recibió una contestación al respecto.

El deseo de Hitler de proceder según las ideas de Schlieffen, al que Halder había respondido con el plan preparado por el Estado Mayor, sin duda alguna no tomaba en cuenta suficientemente las características especiales del arma blindada, pues el territorio belga y con mayor razón el holandés, ofrecían un terreno poco favorable para su despliegue total. Por otro lado, tanto Brauchitsch y Halder como el general Warlimont, el jefe reemplazante de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, debido a razones políticas externas, observaban el «segundo plan de Schlieffen» con el mayor escepticismo, pues si Bélgica era arrastrada a la guerra, estallaría la Segunda Guerra Mundial, en la cual finalmente todas las potencias del mundo occidental se reunirían contra el Reich.

De tal suerte empezó ahora una nueva crisis grave entre Hitler y el

Comando en Jefe del Ejército. El secretario de Estado Von Weizsäcker había destacado a un representante especial, el ministro Von Etzdorff, como hombre de enlace al Estado Mayor, que estaba informado sobre los planes del grupo de resistencia del Ministerio de Relaciones Exteriores. Ya en octubre de 1939 Halder le declaró en Zossen que debía hacerse todo lo posible para impedir la ofensiva en el oeste. Por iniciativa de Goerdeler, el ex jefe del protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, el ministro Von Bülow Schwandte, que mantenía también buenas relaciones con el coronel general Beck, se encargó de advertir al rey Leopoldo III de Bélgica sobre la próxima ofensiva alemana. El general Warlimont, que no sabía nada de esta acción, encaró por su parte una medida semejante temiendo que Bélgica abandonara su neutralidad ante la presión de las fuerzas francesas concentradas sobre su frontera. Warlimont encargó al agregado militar alemán en Bruselas, el teniente coronel Rabe von Pappenheim, su amigo personal de visitar al rey. Tanto Warlimont como Von Bülow Schwandte tenían la esperanza de que el rey, cuya hermana era la esposa del príncipe heredero de Italia y era estimado mucho por el presidente Roosevelt, pudiera aprovechar sus múltiples relaciones para realizar una acción de mediación.

XII

Mientras tanto Goering, que buscaba bases de partida favorables para los ataques de la aviación contra Inglaterra, trataba de conseguir también la ocupación de todo el territorio holandés. Hitler opinó al principio respecto a este punto, que esperaba poder llegar aún a un convenio. Pero, dado que por otro lado insistía en la iniciación de la ofensiva en el oeste sin pérdida de tiempo, a través de Bélgica, se pensó en el Comando en Jefe del Ejército otra vez en la otra alternativa existente, es decir, en lugar de marchar sobre Bruselas y París, hacerlo sobre Berlín. Desde el punto de vista militar se proyectó así que el jefe de la División Transporte del Estado Mayor, el mayor general Gehrke, aprovechara los transportes de tropas desde el este hacia el oeste, para concentrar alrededor de la capital alguna divisiones seguras, ante todo fuerzas blindadas. Para estudiar este problema, el general Halder constituyó una Plana Mayor especial bajo el mando del teniente coronel Grosscurth. De todos modos los esfuerzos del Estado Mayor para sostener su posición particular fueron ahora más activos que nunca. Se constituyó un órgano especial para los asuntos de propaganda bajo las órdenes de teniente coronel Schwatlo Gestering.

El teniente coronel Roehricht, jefe de la División Instrucción del Estado Mayor, ex cooperador de Schleicher, apreció como un peligro vital el hecho de que la aviación y la defensa antiaérea, se encontraran en manos de Goering, que, sin duda alguna, no aceptaría un golpe de

Estado del ejército. El coronel general Fromm, cuya conducta como comandante del Ejército del Interior era de importancia decisiva, creía que el ejército obedecería a Hitler y a los generales. El ministro Von Etzdorff hizo notar que muchos oficiales jóvenes del Estado Mayor, eran partidarios de Hitler. Halder por otro lado consideró posible una acción en común de los comandantes de grupo de ejército, la que, en caso necesario, podría ser apoyada por medidas de fuerza. El teniente general Von Stülpnagel, el cuartel maestro superior I, fué aún más allá, impartiendo al teniente coronel Grosscurth la orden de preparar un atentado contra Hitler. Grosscurth tomó contacto para tal fin con el jefe de Plana Mayor del Departamento de Contraespionaje, el general Oster.

El coronel general Beck fué informado de estos planes. En el caso de un golpe de Estado, debía encargarse en el cuartel general de Zossen del mando supremo de las fuerzas armadas. También Beck estaba convencido de que un ataque en el oeste no ofrecía ninguna perspectiva de éxito mientras no se violara la neutralidad belga; pero tal medida la apreciaba como el desencadenamiento definitivo de la Segunda Guerra Mundial, para la cual las fuerzas del Ejército alemán a la larga no serían suficientes. El círculo opositor civil formado alrededor del doctor Goerdeler fué informado de los planes del Estado Mayor, al igual que el jefe del Departamento de Economía Militar, el general de infantería Thomas y el jefe del Departamento General del Ejército, el general de infantería Olbricht. Brauchitsch se declaró dispuesto a dejar correr las cosas. De este modo se produjo el cuadro de una «conjuración de los distinguidos», como un escritor angloalemán calificó a esta fase del movimiento de resistencia alemán durante la guerra. La idea básica era que el ejército en conjunto debía actuar en forma legal bajo el mando de sus superiores naturales y que no debía producirse un levantamiento de algunos oficiales superiores aislados con el fin de restablecer el derecho, las leyes y la Constitución. Sin embargo, los generales, que continuamente eran incitados por los opositores civiles a iniciar la acción, se vieron ante un conflicto de conciencia, pues este gran objetivo podía ser logrado solamente faltando al juramento a la bandera en plena guerra. El nuevo Gobierno proyectado por los conjurados tenía un carácter sumamente respetable y se componía principalmente de altos funcionarios del Estado, diplomáticos, ministros, sabios, generales retirados y generales activos. Eran realmente hombres «distinguidos» en el mejor sentido de la palabra. El primer ministro inglés, Neville Chamberlain, en el transcurso del invierno varias veces dió a entender que bajo ciertas condiciones se concedería una paz honrada a un Gobierno alemán que fuera de fiar, refiriéndose con ello al futuro gobierno proyectado, de cuya formación estaba informado. Pero la debilidad de la conjuración residía precisamente en el hecho de que sus dirigentes, eran tan distinguidos conservadores, que no estaban habituados a actuar en un ambiente tan ambiguo, o generales que desde el comienzo de su carrera nunca habían recibido una educación como para pensar y tener un criterio propio en el orden político.

Independientemente de todo esto, el comandante del Grupo de Ejérci-

tos C, coronel general Von Leeb, pensaba en otro plan para convencer a Hitler de que abandonara sus intenciones ofensivas. Quería presentarse a éste junto con los comandantes de los otros dos grupos de ejército para expresarle que los más altos conductores del ejército se oponían a una ofensiva. El tiempo urgía, tanto desde el punto de vista de los generales como de Hitler. El 5 de noviembre debían estar terminados los preparativos de ataque y para el 12 de noviembre Brauchitsch trató otra vez de explicar a Hitler los peligros de una ofensiva precipitada en caso de que las condiciones atmosféricas fueran desfavorables. La reacción de Hitler fué un ataque de rabia repentino y empezó a gritar diciendo que sabía muy bien que los generales planeaban en realidad una cosa completamente distinta. En el fondo no sabía nada, pues esta declaración nació sólo de su imaginación y excitación. Pero Brauchitsch se asustó, temiendo que la conjuración hubiera sido descubierta. Todas las medidas de conspiración fueron paradas. También Hitler le echó en cara que estaba conspirando con los generales de Zossen y que no hacía más que apoyarlos en su resistencia. Por primera vez Keitel pidió su dimisión. Hitler no se la aceptó, diciéndole que no tenía el derecho de exigir tal cosa.

El plan contrario (subversivo) recibió así un golpe decisivo en su estado embrionario. Entre tanto se promulgaron unas directivas para la administración de los territorios a ocupar en Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Pero el 7 de noviembre la orden de ataque fué anulada. Este vaivén de órdenes y contraórdenes de ataque se repitió entre 12 de noviembre de 1939 y el 20 de enero de 1940 no menos de dieciséis veces. Aparentemente Hitler se había vuelto indeciso debido a la resistencia de los generales, que se hacía sentir en forma velada. Todo el mes de noviembre transcurrió lleno de tensiones ocultas. El 7 de noviembre el rey Leopoldo III de Bélgica y la reina Guillermina de Holanda trataron de intervenir en el conflicto ofreciendo su mediación como consecuencia de las advertencias por parte de Bülow, Schwante y Pappenheim. La tentativa fracasó ante la negativa de Hitler, que se aferraba a la ejecución de la ofensiva proyectada. El 9 de noviembre se produjo en Munich, en la gran cervecería donde se efectuaba un acto recordatorio del pronunciamiento de 1923, un misterioso atentado con explosivo, inmediatamente después que Hitler, antes de la hora fijada, hubiera abandonado este lugar. No se aclaró quién fué el autor del atentado. Según Mussolini, se trataba de un atentado fraguado, porque la Prensa alemana trató en forma demasiado llamativa de echar la culpa del mismo al servicio secreto inglés. Aun cuando fuera la acción de alguna iniciativa aislada, el hecho es que después de esto aumentó considerablemente el temor de Hitler de que lo asesinaran. Fué precisamente esta idea de que algún asesino pudiera hacerlo caer prematuramente la que lo impulsó a llevar a la práctica la ofensiva que planeaba con una energía redoblada. El 11 de noviembre se despacharon órdenes, según las cuales debía constituirse en el ala meridional del Grupo de Ejércitos A, una agrupación de fuerzas blindadas para impedir un avance adversario hacia el sur de Bélgica. Esta agrupación debía componerse de

dos divisiones blindadas, una división de infantería motorizada, el estandarte personal de Hitler y el regimiento «Gran Alemania» (*).

Mientras tanto Leeb, un día después del atentado de Munich, realizó su plan de convocar a una conferencia a los tres comandantes de grupo de ejércitos del oeste para analizar con ellos la situación. Debido a su iniciativa se reunieron en Coblenza, en el cuartel general de Rundstedt, los tres comandantes, acompañados por sus jefes de Estado Mayor. Leeb les explicó que, según su convicción, era indispensable aprovechar la aparente poca voluntad de luchar del Ejército francés a fin de ganar tiempo para negociaciones diplomáticas. Por ese motivo debía evitarse cualquier violación de la neutralidad de los países vecinos. Propuso que los comandantes de los tres grupos de ejércitos visitaran juntos a Hitler para presentarle esta opinión. Pero no pudo convencer ni a Bock ni a Rundstedt de la necesidad de tal acción, pues ambos la consideraban un «motín». Así el plan de Leeb fracasó. Volvió a Francfort, convencido de que no era posible ya hacer nada más y sin saber que ya se encontraba bajo la vigilancia permanente de la Gestapo. El ministro Von Etzdorff, hablando con el ex embajador Von Hassel, calificó a Bock como un individuo vanidoso, a Rundstedt como un hombre muy fatigado (lo que, sin embargo, de ningún modo coincidía con sus rendimientos militares) y a Leeb como el único hombre realmente capaz de los tres comandantes superiores.

Mientras tanto ocurrió otro suceso que, según las circunstancias, podía ser explotado excelentemente en favor de la oposición militar. Himmler había promulgado un decreto con el siguiente objeto: la guerra representaba una pérdida de la mejor sangre; por eso era el deber de las mujeres casadas, cuyos maridos se encontraban en campaña, de procurarse la descendencia de otro modo, a cuyo fin no debían negarse a los hombres de la SS. Uno de los comandantes de división del grupo de ejército de Leeb, el teniente general Groppe, debido a esto se negó públicamente a prestar servicio; fué detenido y condenado a muerte, pero más tarde pudo ser salvado. Leeb protegió valientemente a su subordinado, continuando con sus protestas energicas que la orden fuera anulada.

XIII

Los preparativos de ataque continuaron. A mediados de noviembre Hitler decidió, a instancias de la aviación, que Holanda también fuera ocupada. Hitler reunió a los comandantes de ejército del frente oeste para explicarles otra vez, en un discurso ampuloso, sus conceptos y para entusiasmarlos con la idea de la ofensiva. En este discurso fueron repe-

(*) Regimiento del Ejército, con guarnición en la capital, que llegó a tener un carácter independiente por su armamento especial y sus municiones. (N. del T.)

tidas todas las frases hechas ya conocidas: la providencia había dicho la última palabra, concediéndole el éxito; la lucha era el destino de todos los seres vivientes; la guerra era una lucha entre las razas; lo que se estaba realizando actualmente era «el segundo acto del drama de 1914»; nadie podía saber cuánto tiempo tendría la posibilidad de luchar en un solo frente; su propia vida y la de Mussolini eran insustituibles; mientras viviera Mussolini podía contarse con Italia, cuyo rey era un enemigo de Alemania; por el momento el Ejército alemán era el mejor y el más fuerte del mundo, etcétera. Se mostró indignado por la afirmación de que en Polonia se habían visto defectos en el Ejército. Repetidas veces trató de inculcar a los generales que el ataque debía realizarse sin tardanza y que la violación de la neutralidad holandesa-belga no tenía ninguna importancia si el ataque tenía éxito. Advirtió a aquellos que quizás estuvieran jugando con la idea de una rebelión, diciéndoles que una revolución sólo devoraría a sus autores y que el pueblo le obedecería a él. Al final otra vez recalcó: «Como último factor debo mencionar con toda modestia a mi propia persona, que es insustituible...»

Halder mismo opinó que desde el 22 de noviembre todos los preparativos para un golpe de Estado sólo tenían un carácter teórico y que únicamente quedaba por hacer una sola cosa: tratar de postergar la iniciación de la ofensiva, para lo cual encontraba continuamente nuevos motivos: las condiciones atmosféricas, la falta de material blindado, de munición y de material motorizado.

A fines del año 1939 la situación militar se hallaba dominada por dos problemas: los planes alemanes para la ofensiva en el oeste y la campaña invernal que la Unión Soviética había emprendido contra la pequeña Finlandia, que se había opuesto a las exigencias territoriales rusas. Los aliados, enojados por las entregas rusas de cereales y petróleo a Alemania, analizaron la posibilidad de apoyar a Finlandia por el camino de Escandinavia, o de atacar el Cáucaso con la ayuda del Ejército francés de Siria. En cuanto al frente occidental alemán, estaba aún en vigor el plan elaborado por Halder. Pero Manstein no había abandonado la esperanza de poder llevar a cabo su propia idea, esto es, atacar en las Ardenas para avanzar después desde allí con la masa de las fuerzas blindadas por Sedán en dirección a Abbeville y hacia la costa del canal. Un ataque alemán a través de Bélgica, del cual Manstein opinaba en forma completamente acertada que el adversario lógicamente tenía que esperarlo, en su opinión podría conducir solamente a grandes batallas frontales y en el caso más favorable, a lo que Schlieffen llamaba una «victoria ordinaria», pero no a una victoria de aniquilamiento. El 7 de diciembre, Halder anotó en su diario: «Reanudada propuesta del Grupo de Ejército A: Centro de gravedad en el ala sur.» Rundstedt había propuesto que se informara del plan elaborado por su jefe de Estado Mayor a Hitler. El plan de Manstein respetaba la neutralidad de Bélgica y Holanda; pero si ella era violada por el adversario, debía procederse a encerrar a las fuerzas anglo-francesas por el avance del Grupo de Ejércitos B alemán. El plan exigía, como condición previa, que el dispositivo de las fuerzas ale-

manas fuera cambiado fundamentalmente; pero mostraba ideas originales y una comprensión amplia del papel decisivo del arma blindada. Pero ni Brauchitsch ni Halder consideraban oportuno un cambio en el dispositivo actual de las fuerzas alemanas; además, esperaban siempre que se pudiera postergar la ofensiva. Por eso se negaron a aceptar las ideas de Manstein. Finalmente Brauchitsch hizo que el proponente molesto fuera trasladado a otro destino y encargado de la organización de un nuevo cuerpo de ejército en el interior. Mientras tanto, el teniente coronel Schmundt, en una visita al cuartel general de Rundstedt, había descubierto el memorándum de Manstein referente a su plan y lo había entregado a Hitler, que reconoció en seguida la audacia del proyecto. En una entrevista en la cancillería, provocada por Schmundt, Brauchitsch y Halder fueron sorprendidos por el interés que mostró repentinamente Hitler por la dirección de ataque proyectada por Manstein. Éste mientras tanto había sido nombrado comandante del 38.º Cuerpo de Ejército y como jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejércitos A había sido designado el general Von Sodenstern.

A fines de 1939 y al comienzo de 1940 se realizaron en el Estado Mayor algunos juegos de guerra para estudiar las diferentes posibilidades de ataque en el oeste. Además, se preparó un estudio operativo para una intervención eventual en Rumania en caso de que las fuentes de petróleo fueran amenazadas por un adversario. El cuartel maestro superior IV, el general Von Tippelskirch, que en tiempos de paz tenía a sus órdenes la división «Ejércitos extranjeros» y el grupo de los agregados militares, se ocupaba al mismo tiempo con proyectos para un futuro tratado de paz, sobre la base de que Polonia sería restablecida, y entregó estos estudios a Halder. También Tippelskirch advirtió contra una ofensiva en el oeste, pues opinó que, aun cuando se consiguiera un éxito militar, éste sin embargo, produciría la intervención de los americanos. Halder tuvo conocimiento de una carta de Mussolini a Hitler, en la que criticaba la conducta rusa frente a Finlandia, comparando la situación de ésta con la de España durante la guerra civil. Al mismo tiempo la oposición efectuaba negociaciones en Suiza y en el Vaticano. Independientemente de esto, se esforzaba Papen en Angora por convencer al embajador holandés en Turquía y al rey de Suecia para que iniciaran una acción de mediación. El 10 de enero de 1940 un avión alemán, con oficiales de Estado Mayor a bordo, que llevaban consigo una copia del plan de concentración alemán, se extravió en la ruta a Colonia y aterrizó en territorio belga. El plan de operaciones alemán cayó así en manos belgas. Hitler sufrió un ataque de rabia. Pero las consecuencias de este suceso extraordinario no fueron grandes, porque el rey de Bélgica estaba firmemente decidido a guardar la neutralidad de su país. Es cierto que, más adelante, el grueso del Ejército belga fué concentrado cerca de la frontera alemana, dado que se reconoció claramente la repetición del plan de Schlieffen; pero el plan de concentración alemán no fué entregado al Estado Mayor francés. Poco después este plan fué abandonado también por parte alemana y ahora no hubiera podido ocurrir nada mejor a la conducción alemana

que los franceses hubieran recibido el plan anterior; después de esto se trató por todos los medios disponibles, y empleando todos los recursos del servicio de informaciones, de sugerirles que Alemania tenía la intención de repetir el plan de Schlieffen.

XIV

A principios de febrero de 1940, mientras continuaban aún las negociaciones secretas de la oposición, Hitler abandonó definitivamente la intención de realizar la ofensiva todavía durante el invierno y empezó a ocuparse cada vez más de la empresa contra Noruega. No obstante, continuaron los preparativos de ataque en el oeste. Cerca de Ziegenberg en Hesse, en la montaña del Eifel y en la Selva Negra fueron construidos locales especiales para alojar el cuartel general del líder. Según su costumbre, Hitler se interesó por un sinnúmero de detalles de la concentración, del equipo de las tropas, del armamento de las divisiones blindadas, del ajuste de piezas de origen checo en los nuevos tanques alemanes y de otras cosas más. El 17 de febrero invitó a una comida a varios comandantes recién nombrados, entre ellos el agregado militar alemán en Londres, Von Schweppenburg, y a Manstein. Este tuvo la ocasión en tal oportunidad de explicar a Hitler su gran plan, el cual se decidió definitivamente en favor de la ofensiva a través de las Ardenas, pero combinando las ideas de Manstein con las propias, esto es, con un ataque general contra Holanda, Bélgica y Francia, quitando así al plan de Manstein su ventaja política, es decir, la intención de respetar la neutralidad de los Estados pequeños. De tal suerte fué preparado un nuevo plan de concentración, cuyo objetivo era buscar la decisión mediante el empleo de la masa de las fuerzas blindadas en el ala izquierda. Esta decisión de Hitler representó una nueva pérdida de prestigio para Halder. El general Warlimont expresó, más tarde, que los dos únicos verdaderos aciertos estratégicos que Hitler tuvo en esta guerra fueron, en la campaña de Polonia la resolución de avanzar desde Prusia oriental con fuerzas considerables por el este del Vístula en dirección a los ríos Narew y Bug, y en la campaña de Francia la adopción del plan de Manstein.

Siempre era acompañado aún el plan de la ofensiva por un plan contrario subversivo. Pero las esperanzas de la oposición civil, que había conseguido establecer en el campo de la política exterior algunos puntos de contacto tan promisorios, disminuían cada vez más debido al escepticismo reinante entre los militares. La opinión del general Fromm, de que el golpe de Estado no resultaría porque el Ejército no obedecería a los generales, ganó terreno también en el Estado Mayor. Muchos nacionalistas prestaban servicios ahora en el Ejército como oficiales de reserva. Por otra parte, debía tenerse en cuenta que ni en tiempo de paz el cuerpo de oficiales había sido un conjunto muy uniforme, que pensara

y reaccionara de la misma manera. En sus declaraciones en Nuremberg, el general Jodl formuló su punto de vista profesional sobre este asunto al decir que un pronunciamiento de algunos generales no hubiera tenido ningún éxito, aunque teóricamente admitió que era posible una revolución del Ejército unido a las masas de obreros. En su opinión, tales revoluciones no debían hacerse en plena guerra; además, nunca el Ejército alemán había sido educado mentalmente para hacer una revolución. Finalmente expresó que, según su criterio, un golpe de Estado durante la guerra era un crimen, pues en este período el soldado no tenía más deber que cumplir el juramento realizado. Por su parte no veía los conflictos de conciencia o, quizá, con toda intención no quiso verlos. De todos modos no era el único que tenía tal opinión. El hecho de que hablara así uno de los más destacados especialistas militares, significa que había además en el cuerpo de oficiales un gran número de partidarios entusiastas de Hitler, que lo adoraban personalmente, sobre todo entre las clases más jóvenes y que no conocían ya por propia experiencia el Ejército anterior de la época imperial. Por otra parte, las victorias brillantes sostenidas en forma tan rápida en Polonia, por supuesto contribuyeron a aumentar considerablemente la confianza de todos en sí mismos y la conciencia de la propia fuerza.

En esta forma ni Brauchitsch ni Halder estaban en condiciones de tomar una decisión definitiva respecto a la guerra o al golpe de Estado. La conducta vacilante de Brauchitsch ya en noviembre de 1939 había causado dudas en muchos comandantes de ejército, dado que evitaba cada vez más expresar sus propias opiniones, escondiéndose en casos críticos detrás de «los deseos del líder». Durante algún tiempo hubo entre los comandantes de ejército del frente occidental la intención manifiesta de sugerir a Brauchitsch que se retirara, para que otro hombre se encargara de la conducción del Ejército y supiera indicar en forma enérgica lo que había de hacerse. Muchos apreciaban al teniente general Manstein como el candidato más apto para tal cargo, creyendo que poseía el carácter necesario como para defender con éxito sus opiniones ante Hitler en caso dado. Los contemporáneos no podían sospechar hasta qué grado la situación de Brauchitsch y Halder había llegado a convertirse en una verdadera tragedia. Además, no había ya en todo el Ejército ningún hombre que poseyera el empuje y la popularidad del viejo Blücher, como tampoco un gran calculador del tipo de Seeckt, que dispusiera de un prestigio firmemente consolidado y de un ejército selecto y unido por una cohesión interna.

Halder seguía manteniendo aún el contacto con la oposición. Así, se entrevistó en Berlín, en el Club de Caballería de la Guardia, con el ex príncipe heredero de Sajonia, que había ingresado en la Orden Jesuita y era uno de los miembros más inteligentes de la resistencia espiritual en el medio ambiente católico. En marzo anotó en su diario una conversación detallada con el doctor Goerdeler, referente a la necesidad de lograr, por todos los medios posibles, una paz de transacción antes de que comenzara la ofensiva en el oeste. Del relato respectivo del doctor Goer-

deler el ex embajador Von Hassel sacó, sin embargo, la impresión de que Halder, en el fondo, no creía ya que pudiera lograrse semejante paz y que estaba convencido de que ahora no quedaba más remedio que «batirse» hasta que el prestigio de Hitler sufriera una conmoción decisiva en las masas debido a una derrota. De todos modos Halder hizo comunicar a Goerdeler que el Ejército cumpliría con su deber, en caso necesario también contra la voluntad del Gobierno. El viaje de paz del secretario de Estado norteamericano, Sumner Welles, quien había sido encargado por el presidente Roosevelt de averiguar las perspectivas de una mediación de los Estados Unidos, produjo en muchos generales la impresión de que las potencias occidentales reconocían a Hitler como parte negociadora equivalente. Así terminó finalmente la gestión de paz emprendida por la oposición civil alemana. Y cuando, poco después, el Ejército alemán invadió con fuerza avasalladora a Francia, mucha gente en Inglaterra se sintió engañada, pues según había informado la oposición alemana al ministro de Relaciones Exteriores inglés, lord Halifax, ese mismo Ejército sería el que efectuaría el golpe de Estado.

XV

Desde el punto de vista militar fué puesta ahora en primer plano por de pronto la empresa «ejercicio del Weser». Desde que el Almirante Raeder había dirigido la atención de Hitler sobre la importancia que podía tener Noruega como base para una guerra submarina contra Inglaterra, la cuestión de los puertos noruegos fué considerada por Hitler como un asunto de su incumbencia personal exclusiva.

En el Estado Mayor se consideraba irrealizable una empresa de ultramar con fuertes unidades de tropas. Pero Hitler no encargó la preparación de esta empresa al Estado Mayor, sino que la confió exclusivamente al Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas y a la Plana Mayor de Conducción de las mismas. El Comando en Jefe del Ejército recibió solamente la orden de aprestar seis divisiones para esta acción. Un general del Ejército, el coronel general Nicolás von Falkenhorst, fué encargado por Hitler de dirigirla, porque en 1918 había participado en la expedición alemana a Finlandia. Durante la campaña de Polonia, la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas había quedado en Berlín; ahora fué encargada por Hitler, por primera vez, de manejar todo lo referente a un teatro de operaciones particular; este método, que pronto debía extenderse también a otros teatros de guerra, en el fondo era el resultado de la oposición permanente del Estado Mayor del Ejército. De tal modo fué legalizado en realidad un segundo Estado Mayor y debido a ello el jefe de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, el general Alfredo Jodl, llegó a ser paulatinamente la figura central de la conducción militar en el cuartel general del líder. Al igual

que Halder, había nacido en Baviera. Sin duda Hitler encontró en Jodl a un militar dotado de grandes cualidades profesionales, con lo cual pudo completar su intuición con la sobria y aguda inteligencia, y la excelente educación militar de este general. En el orden humano, sin embargo, Jodl no podía ofrecerle ninguna colaboración, lo que tampoco hubiera aceptado aquél. Jodl con toda sinceridad estaba convencido de que, como militar profesional, debía mantenerse alejado de todos los asuntos generales o de carácter político y que tenía como única obligación la de ganar la guerra militarmente para Hitler, según el juramento prestado. Su propia ambición y su convicción de que Hitler era un genio, le hacían creer que este objetivo podía ser alcanzado. Jodl era uno de los últimos grandes especialistas que habían salido del Estado Mayor; sin embargo, había una gran diferencia entre él y el viejo Moltke, una diferencia en la que el horizonte espiritual se había estrechado cada vez más. Impresionado por los cambios de ideas con Hitler e influido por la personalidad de éste, se formó en Jodl un concepto de la guerra que sustituyó las ideas de Clausewitz y hasta las de Ludendorff, si bien en muchos puntos se basaba aún en la tesis del último; nació en él la convicción de que la guerra era la forma básica de la política y que era el agente dinámico que lo movía todo en el mundo. Tal concepto de la guerra total, en su forma más pura, produjo en este especialista militar, que ocupaba una posición tan destacada, un modo de pensar orientado exclusivamente hacia la obtención del éxito. Por eso, en todas las diferencias de opinión futuras entre Jodl y Hitler, que no faltaron, no hubo discrepancias fundamentales entre ellos sobre principios, sino solamente sobre la oportunidad desde el punto de vista militar.

En el diario oficial de Jodl se reflejan las vacilaciones de Hitler durante los meses de febrero y marzo sobre la conveniencia de poner en ejecución el «caso amarillo» antes del «ejercicio del Weser» o de proceder a la inversa. Nunca se habían hecho preparativos de ninguna especie para una campaña contra Noruega y Dinamarca; hasta el material cartográfico tenía que ser conseguido todavía y fué comprado en las librerías de Berlín, una medida bastante peligrosa desde el punto de vista del secreto. Pero los agregados militares de Dinamarca y Noruega en Berlín estaban firmemente convencidos de que el Ejército y la Marina de Alemania no estaban en condiciones de llevar a cabo una operación de ultramar. Cuando el almirante Canaris, en su esfuerzo fanático de contrarrestar cualquier medida decisiva de Hitler, trató de advertirlos sobre tales planes, no le creyeron, suponiendo por el contrario que se trataba de un engaño. Solamente Suecia empezó a desconfiar cuando se enteró de que en el puerto de Sttetin se estaban reuniendo buques de transporte, pues temió pasajeramente que estuviera preparando una acción contra sus regiones mineras.

El 5 de febrero de 1940 se constituyó en Berlín una Plana Mayor especial para preparar el «ejercicio del Weser». Goering sufrió un ataque de rabia, porque la aviación no había sido advertida desde el comienzo sobre este asunto. Inicialmente se pensó combinar el ataque contra No-

ruega con una acción ofensiva contra Holanda, para obtener de este modo dos bases de partida contra Inglaterra; pero la idea fué abandonada, porque era difícil separar el ataque contra Holanda de la ofensiva general en el oeste. A principios de marzo, Hitler ordenó que el «ejercicio del Weser» se efectuara antes del «caso amarillo».

El 13 de marzo Jodl anotó en forma muy ingenua que el líder todavía no estaba en condiciones de dar la orden de iniciación del «ejercicio del Weser», porque estaba buscando aún los argumentos adecuados. Cinco días después, Hitler se entrevistó con Mussolini en los Alpes, en el paso del Brenner. El Duce declaró ahora que estaba decidido a entrar en guerra al lado de Alemania, destacando, sin embargo, que Italia no podía conducir una guerra larga. Hitler opinó que estaba en condiciones de tranquilizarlo al respecto, pues estaba firmemente convencido de que la victoria en el oeste produciría la decisión. El régimen fascista en Italia siempre había perseguido planes ambiciosos, como la partición del imperio colonial francés en el norte de África, la separación de Croacia de Yugoslavia y el establecimiento del dominio italiano en el mar Adriático. Mussolini tenía la ambición de convertirse en uno de los grandes «condottieri» de la historia italiana. Todas estas ideas confusas le indujeron ahora a arrastrar a Italia a la guerra del lado del Reich, aunque numerosos sectores del Partido Fascista, así como el rey y el Estado Mayor italiano rechazaban decididamente la idea de una alianza con Alemania.

Hitler en seguida saboreó en números el alcance de la ayuda militar italiana, pensando en el transporte de 20 divisiones de infantería italianas hacia el Rin superior y en la unión de los ejércitos atacantes de Alemania e Italia en la meseta histórica de Langres. El 2 de abril dió la orden de que la ocupación de Dinamarca y Noruega debía ser iniciada dentro de siete días. Para proteger los buques de transporte, que debían efectuar la travesía casi bajo los cañones de la armada inglesa, fueron empeñadas todas las fuerzas disponibles de la Marina alemana. Contra todo lo esperado la empresa tuvo éxito, aunque la Marina sufrió graves pérdidas en la costa noruega; el primer día no más fueron hundidos un crucero pesado y dos livianos, dos buques de transporte y un buque de defensa antiaérea, y en el transcurso ulterior de la acción fué perdida, frente a Narvik, la mayor parte de los destructores alemanes. Cuando, en las primeras horas del 9 de abril de 1940, aparecieron en el puerto de Copenhague algunos buques alemanes que empezaron a desembarcar tropas, las cuales ocuparon la ciudad y el palacio real, Dinamarca capituló sin ofrecer resistencia. En Noruega la situación fué más crítica. A pesar de su debilidad numérica, las fuerzas del Ejército y de la Marina de ese país se defendieron todo lo que pudieron. Los ingleses y franceses enviaron apresuradamente un cuerpo expedicionario a Noruega, como ya lo habían proyectado hacía algún tiempo. Debido a esto quedaron cortadas las comunicaciones de las tropas de montaña alemanas mandadas por el general Dietl, que habían ocupado el puerto de Narvik. Ahora Jodl, como jefe responsable de la Plana Mayor personal de Hitler, tuvo que aguantar la nerviosidad y falta de serenidad de éste. Las anotaciones lacónicas

que hace en su diario oficial sobre la «exaltación terrible» y el «caos de conducción» en Noruega, escritas durante la llegada de noticias malas del teatro de operaciones noruego, son bastante significativas. Apenas consiguió Jodl disuadir a Hitler de la idea de abandonar toda la empresa. Solamente la intervención del oficial de Estado Mayor del Ejército en la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, el teniente coronel Von Lossberg, impidió que fuera despachada la orden de evacuar Narvik. Hitler cayó después en el extremo opuesto, desarrollando personalmente el plan de sorprender a Suecia y socorrer a las tropas que luchaban en el norte de Noruega, con sus comunicaciones cortadas, mediante un avance a través del territorio sueco. Abandonó esta «idea extravagante» recién cuando Goering hizo aparecer a un almirante sueco, en calidad de embajador especial del rey Gustavo V de Suecia, el cual le explicó que el monarca sueco estaba firmemente decidido a resistir. Recién el 4 de mayo se aclaró la situación en el sector central de Noruega. El cuerpo expedicionario inglés había sido obligado a retirarse y a reembarcar. En cuanto a la situación en la zona de Narvik, mejoró mucho bajo la influencia de los acontecimientos ulteriores en el teatro de operaciones occidental. Al igual que en Polonia, se envió también a Noruega en seguida a un hombre de confianza del Partido Nacionalsocialista, el jefe regional de Terboven, para que se encargara de los intereses alemanes en calidad de delegado civil. La confusión que se produjo en territorio noruego por las órdenes contradictorias de las autoridades militares y del Partido, hasta provocaron los escrúpulos de Keitel.

Según las anotaciones de Jodl en su diario oficial, Hitler mientras tanto había determinado, el 27 de abril, que el «caso amarillo» fuera iniciado entre el 1 y 7 de mayo de 1940. El 5 de mayo Jodl anotó: «El líder terminó la argumentación para el «caso amarillo»; como día A quedó fijado el 8 de mayo.» Dos días después, Jodl concibió la sospecha de que la acción pudiera haber sido traicionada; se había interceptado una comunicación telefónica sospechosa del ministro belga ante el Vaticano con Bruselas, que hacía suponer alguna traición por parte alemana. El 8 de mayo, Holanda movilizó sus fuerzas armadas. Hitler con disgusto postergó otra vez el ataque en dos días, para el 10 de mayo. Las preocupaciones de Jodl sobre alguna indiscreción por parte alemana tenían más fundamento de lo que él mismo sospechaba. El 9 de mayo, el almirante Canaris hizo comunicar al agregado militar holandés en Berlín por su jefe de Plana Mayor, el general Oster, una última advertencia. Oster, que era un íntimo amigo de aquél, le informó con las palabras significativas de que «el cochino», es decir, Hitler, se había trasladado al frente occidental.

XVI

En ese momento las fuerzas francesas e inglesas del frente occidental se hallaban concentradas en dos grupos de ejército, al norte y al sur de Sedán, mandados por los generales Billotte y Prételat. El grupo del general Billotte, en caso dado, debía penetrar en Bélgica con cuatro ejércitos franceses y las seis divisiones del cuerpo expedicionario inglés, mandado por el general lord Gort, para ir al encuentro de un ataque de flanco alemán. El centro de gravedad del ataque alemán se encontraba ahora, según el plan de Manstein, en el sector del Grupo de Ejército A, donde se había reunido bajo el mando del general Von Kleist la mayor masa de tropas blindadas conocida hasta entonces en la historia: tres cuerpos blindados, de los cuales dos se hallaban concentrados en dos agrupaciones de primera línea y una tercera, formada por las divisiones de infantería motorizada, más atrás. Un cuerpo aéreo, constituido por unos mil aviones, debía apoyar el avance de esta masa blindada a través de Luxemburgo y las Ardenas. El problema más difícil que se presentaba en la maniobra de estas fuerzas blindadas no era tanto la ruptura de la zona fortificada, como la regulación del abastecimiento, con sus complicadas instalaciones de combustible y talleres de reparación. En esta oportunidad el jefe del Estado Mayor del general Von Kleist, el coronel Kurt Zeitzler, por primera vez llamó la atención general sobre sí, por su capacidad para resolver tales problemas.

Como pretexto para la ofensiva, Hitler eligió el argumento de que trataba de prevenir un ataque anglo-francés, al parecer inminente, a través de Holanda y Bélgica contra la cuenca del Ruhr. El 10 de mayo comenzó la ofensiva con 110 divisiones alemanas contra unas 135 divisiones aliadas. A pesar de la inferioridad numérica, ya al día siguiente Jodl pudo anotar contento que las operaciones se desarrollaban con un éxito sorprendente. El 6.º Ejército, mandado por el general Von Reichenau, forzó la entrada en Bélgica. Tropas paracaidistas y tropas transportadas por el aire, organizadas según el ejemplo ruso y mandadas por el general Student, y el 18.º Ejército, bajo el mando del general Küchler, obligaron a Holanda a capitular en cinco días, mientras la reina y el Gobierno del país huyeron a Inglaterra. En el sector sur del frente, el Grupo de Ejércitos C, mandado por el coronel general Von Leeb, se mantenía aún a la expectativa.

El golpe más poderoso fué dirigido contra las Ardenas. La mayor parte del 9.º Ejército francés, mandado por el general Corap, que ocupaba este sector, había sido puesto en marcha hacia el norte para rechazar la amenaza alemana contra Bélgica. En el momento del ataque alemán se hallaban disponibles aquí solamente 4 divisiones de reserva y los Cazadores de Ardenas belgas. La tentativa del general Corap de hacer volver a las unidades a sus posiciones anteriores llegó tarde. El Comando

en Jefe francés de ningún modo creía que en este lugar pudiera producirse un ataque. El grupo de ejército del general Billotte y las fuerzas inglesas habían penetrado mientras tanto en Bélgica, llegando hasta el «Canal Alberto». Cuanto más se distanciaban del grueso del Ejército francés, concentrado en el norte y centro de Francia, tanto más eficaz tenía que ser el avance de las masas blindadas alemanas. El 13 de mayo se volcaron éstas, precedidas por los ataques de los bombarderos en picado, a través del río Mosa, en la llanura del norte de Francia. Protegiendo su flanco sur, iniciaron la ruptura hacia la costa del canal de la Mancha y efectuaron, en último momento, una conversión hacia el norte, realizando con esto aquella operación que Churchill denominó más tarde como el «corte de hoz». En lo referente al trabajo de Estado Mayor, la precisión con que fué preparada y ejecutada esta ofensiva, destacó una vez más el arte de conducción tradicional del Estado Mayor alemán, que se mostró insuperable en todos aquellos aspectos que dominaba profesionalmente, mientras que frente a las decisiones políticas de gran trascendencia del invierno pasado, en el fondo se había mostrado desconcertado.

Muy pronto se vió, sin embargo, que Hitler mismo no era capaz de manejar adecuadamente el instrumento de que disponía. No poseía nada de la tranquilidad de un Moltke; al contrario, oscilaba entre una nerviosidad exagerada y un júbilo exaltado, a veces infantil, por los éxitos logrados. Hasta ese momento, en las anotaciones diarias de Halder se encuentra ya el 17 de mayo el dato de que el «líder estaba sumamente nervioso», que tenía miedo ante el propio éxito, que no quería arriesgar nada y que le gustaría detener el avance de los tanques. Sus preocupaciones mayores eran por el largo flanco sur de la masa blindada. A pesar del desarrollo favorable de las operaciones, el general Halder presenció, el 18 de mayo, los ataques de rabia de Hitler, que sufría este histérico frecuentemente en momentos de gran tensión psíquica. Jodl, en cambio, pudo ver, el 20 de mayo, a otro Hitler, ahora seguro del triunfo y deseando que Italia concentrara sus fuerzas en la frontera de los Alpes. Jodl anotó ese día: «El líder está exaltado por la alegría; está ocupándose del tratado de paz, que debe exigir solamente que se devuelvan al pueblo alemán los territorios y demás bienes que le fueron robados durante los últimos 400 años. Las primeras negociaciones deberán efectuarse en el bosque de Compiègne, al igual que en 1918. Los ingleses en cualquier momento pueden tener una paz por separado si restituyen las colonias.»

El 21 de mayo, la ruptura producida por los tanques alemanes fué ampliada hasta el canal de la Mancha. En Bélgica las tropas inglesas se retiraron a los puertos del canal para salvarse. Los tanques alemanes avanzaban hacia Dunkerque, perfilándose con esto el cerco de cuatro ejércitos aliados. El 24 de mayo Hitler, acompañado por el general Jodl y el coronel Schmundt, se trasladó en avión a Charleville. Se vió ahora que había perdido la visión de conjunto. Ordenó detener las puntas más adelantadas de las fuerzas blindadas, que ya estaban por encerrar a los regimientos ingleses que se reunían en Dunkerque para embarcarse. Con

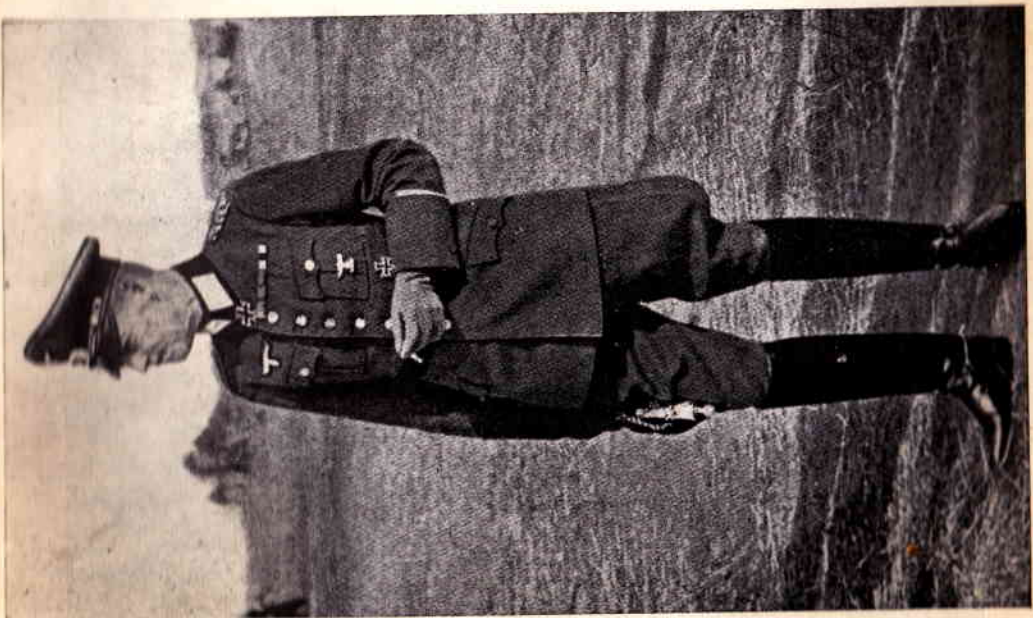
motivo de esta orden indicó la necesidad de evitar el peligro de una fatiga de las fuerzas blindadas. Pero detrás de esto había otros motivos. Goering, así lo afirma Halder, había convencido a Hitler de que no sería oportuno que el Ejército obtuviera un éxito tan grande como lo representaba la captura del Cuerpo Expedicionario inglés, prometiendo que la aviación estaría en condiciones de impedir el reembarque de los ingleses mediante bombardeos continuos. De tal suerte se perdieron dos días en discusiones permanentes entre Hitler, Brauchitsch, Halder y Rundstedt, hasta que finalmente se dió otra vez libertad de acción a las fuerzas blindadas, pero mientras tanto los ingleses pudieron salvar en ese plazo el grueso de sus tropas activas. Hitler dijo al general Von Kleist que su intención había sido evitar que los tanques se atascaran en «los pantanos de Flandes», agregando «de todos modos los ingleses no volverán a aparecer en esta guerra». Por otra parte, trató de dar a los generales Von Rundstedt y Von Sodenstern aún otras razones, declarándoles que el imperio británico debía subsistir, pues quería concertar con el mismo la paz sobre una base honesta y hasta la renuncia a las anteriores colonias alemanas no le parecía un precio demasiado alto con tal de conseguir esto. Rundstedt, desde antes ya un adversario de la guerra contra Inglaterra, escuchó con cierto alivio estas palabras, esperando que quizá fuera posible terminarlo todo en buena forma.

XVII

Por de pronto continuaron los éxitos alemanes. Después de la conquista de los puertos continentales del canal, capituló el Ejército belga, con su rey a la cabeza. A continuación se realizó sin fricción alguna la reagrupación de los ejércitos atacantes para iniciar la segunda fase de la batalla de Francia: el ataque a la «línea Weygand», establecida a lo largo de los ríos Somme y Aisne, que debía cubrir la capital francesa y la cuenca del Sena. Pero con el aniquilamiento del grupo de ejércitos del general Billotte, Francia ya había perdido los ejércitos que tenían el mejor armamento y el talento militar de Weygand tampoco podía salvar la situación. Los bombarderos en picado y los tanques alemanes eran los dueños del teatro de operaciones. El 5 de junio se inició la nueva gran ofensiva alemana, para la cual avanzaron en el sector del Somme tres ejércitos, subordinados al coronel general Von Bock y en el sector del Aisne el Grupo de Ejércitos A, mandado por el coronel general Von Rundstedt. El 10 de junio las tropas alemanas cruzaron el Sena y la «línea Weygand» se derrumbó. Italia entró ahora también en la guerra y pasó al ataque en la frontera de los Alpes, mientras el grupo de ejércitos del general Von Leeb inició el ataque contra la «línea Maginot». París fué ocupada por las tropas del ejército del general Von Küchler. Oleadas de soldados y civiles franceses en fuga, ocupaban los caminos impidiendo

el movimiento de las tropas. El Gobierno francés huyó a Burdeos y después a Tours. La propuesta de Churchill de establecer una unión anglo-francesa, que debía impedir que el Imperio colonial francés y la armada francesa cayera en manos de los alemanes, llegó tarde. En este momento de grave crisis el presidente de Francia llamó como salvador al anciano mariscal Pétain que junto con el general Weygand y otros militares, formó un nuevo gobierno para salvar lo que podía salvarse aún. Como siempre, así ahora también los militares pasaron a primer plano como salvadores del «orden». En la segunda quincena de junio, Pétain inició las negociaciones de armisticio; el 21 de junio de 1940 la capitulación de Francia fué sellada en Compiègne por el nuevo dueño de Europa en el mismo vagón histórico en el que en 1918 la delegación alemana había firmado el armisticio ante el mariscal Foch. El Estado Mayor alemán trasladó ahora su cuartel general a Fontainebleau, cerca de París. En su diario personal, el ministro de Relaciones Exteriores italiano, conde Ciano, comparó en este momento a Hitler con un jugador que hubiera perseguido hacer saltar la banca y que quería levantarse en este momento para no arriesgar más.

Hitler había llegado a la costa del canal como triunfador. La cuestión era ahora, qué correspondía hacer. Según la doctrina de Schlieffen, la victoria militar debía producir también la solución de los problemas políticos. Después de la guerra, un hombre prudente, el comandante de las fuerzas blindadas alemanas que había arrollado a Francia, el mariscal Von Kleist, expresó en el cautiverio al escritor inglés Lille Hart, que, si bien en el Estado Mayor se había hablado de las doctrinas de Clausewitz, no se las había tomado muy a pecho, se había estudiado demasiado a Schlieffen. Continuó diciendo: «el error de los alemanes fué creer que una victoria militar solucionaría los problemas políticos, bajo el régimen nazi tendimos a invertir la tesis de Clausewitz y a apreciar la paz como una interrupción de la guerra».



General Kurt Zeitzler



El General Gunderian en la Campaña de Rusia



CAPÍTULO XIV

EL PRINCIPIO DEL CAUTIVERIO

I

A fines de julio de 1940, mientras Inglaterra esperaba la invasión alemana y Churchill se esforzaba en armar la isla para la última lucha; en el Estado Mayor alemán faltaba en ese momento una impresión clara sobre lo que pasaba allí. Nadie disponía de los medios necesarios para forzar un desembarco rápido en Inglaterra mientras la aviación y la armada inglesas estuvieran intactas. El 18 de julio de 1940 hasta habían empezado en Alemania las medidas de desmovilización, pues Hitler creía que Inglaterra estaba dispuesta a hacer la paz. Se efectuó un tanteo extraoficial por intermedio del ex comisario de la Liga de las Naciones en Dantzig, Carlos Burckhardt, del ministro suizo en Londres, Paravicini, del ministro inglés en Berna y del príncipe Von Hohenlohe-Rothenthal. El general Halder, que regresó de Fontainebleau a Berlín, habló el 30 de junio con el secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores, Von Weizsäcker, quien le informó que no había una base real para verdaderas negociaciones de paz. Sin embargo, todavía en julio creyó en la posibilidad de que existiera aún un partido de paz en Inglaterra, pues en sus anotaciones menciona cartas de Lloyd George y del ex rey Eduardo VIII, el duque de Windsor, dirigidas al rey Jorge VI, en las que éstos abogaban en favor de la paz.

El mismo día en que Halder tuvo la mencionada conversación con Weizsäcker, también el general Jodl trató de ponerse en claro sobre las posibilidades de continuar la guerra, distinguiendo al respecto tres casos distintos: el sitio, el terror aéreo y el desembarco. En sus anotaciones escribió que la victoria sobre Inglaterra era sólo una cuestión de tiempo

y no creyó que un desembarco fuera indispensable. Según su opinión, era posible vencer a Inglaterra mediante la aviación y la flota submarina; después, podía efectuarse el desembarco con las tropas para dar el golpe final al adversario paralizado. Churchill vió el punto vital del problema en la cuestión de la posesión de la armada francesa. Si los alemanes conseguían apoderarse de la misma o si lograban la alianza francesa, entonces estaba decidido el destino de la metrópoli inglesa. La flota francesa y el Imperio colonial francés, sin embargo, no habían sido tocados directamente por las condiciones del armisticio, pues estaban subordinados al gobierno del anciano mariscal Pétain, que observaba una conducta expectante. La mayor parte de la armada francesa se había trasladado a puertos africanos para no exponerse a un golpe de mano alemán. En el norte y oeste del África francesa, hasta Dakar, se extendía una red de control de oficiales alemanes, pero esta organización era demasiado débil para poder ejercer una influencia decisiva. A pesar de que en los círculos conservadores, clericales, fascistas y militares de Francia había ciertas simpatías por el sistema autoritario alemán y aunque el jefe de la comisión de armisticio alemana, el general Von Stülpnagel, anteriormente cuartel maestro superior I en el Estado Mayor, procedía con tino e indudable habilidad, las perspectivas de una eficaz cooperación franco-alemana eran muy escasas, debido a las condiciones humillantes bajo las cuales se había concertado el armisticio y teniendo en cuenta la vieja aversión tradicional entre los dos países.

En París empezó, además, la rivalidad entre las autoridades militares y las del Partido Nacionalsocialista, dado que también aquí éste y la SS habían sido intercalados en la administración del territorio ocupado de Francia. Hitler publicó ahora una orden sobre la organización futura de la SS Armada, que debía representar en el futuro la «policía militar» del Estado, con la misión de descargar al ejército de las tareas de ocupación. Pero esto era solamente un pretexto para adormecer las sospechas del Estado Mayor y de los generales más destacados. En realidad fué legalizada con esta medida la organización de un «ejército ideológico», que pronto y francamente presentó sus pretensiones de prioridad y cuyos efectivos aumentaron finalmente a más de veinte divisiones, que recibieron el mejor equipo y el mejor personal de reemplazo. El carácter completamente nuevo de esta creación se vió claramente cuando en los últimos años de la guerra surgió el plan de organizar también una división francesa «Charlemagne» de la SS Armada. Durante el avance de las tropas alemanas en Francia había sucedido un incidente entre el general Hoepner, comandante de un cuerpo blindado, un viejo adversario del régimen nacionalsocialista y José Dietrich, comandante del estandarte personal de Hitler de la SS, que descubrió evidentemente la diferencia de los conceptos. Cuando en vísperas de un ataque Dietrich declaró que cumpliría su misión, agregando que en la SS no se daba importancia a las pérdidas, Hoepner lo reprendió, diciéndole con la cara roja de indignación que ningún oficial honesto y consciente de su responsabilidad debía hablar de esta manera, que era propia de un carnicero.

En todo este aspecto el ejército y el Estado Mayor desde un principio se encontraron en la defensiva. Las aspiraciones de Himmler, el jefe supremo de la SS, iban dirigidas a organizar para su uso un ejército privado completamente nuevo, en el cual quería incluir también, con gran disgusto de Goering, una aviación propia de la SS. Bajo la dirección del jefe de grupo de la SS Schellenberg, fué creado también un servicio de contraespionaje propio de la SS, con el fin de incorporarse finalmente al servicio de contraespionaje militar. Al igual que el almirante Canaris, también Schellenberg perseguía una política particular, con la diferencia de que ésta no se dirigía contra el régimen, sino que debía servir para aumentar el poder de su superior inmediato Himmler, el jefe supremo de la SS. Ésta era la otra faz de este nuevo Estado dentro del Estado, el cual se formó también una organización económica propia, al tratar de obtener ganancias del trabajo de los detenidos en los campos de concentración, cuyo número aumentó oportunamente. Toda la organización de estos lugares de reclusión y de las fábricas, donde los detenidos trabajaban como esclavos, estaba subordinada al Departamento General de Administración y Economía de la SS. Las autoridades del ejército no sospechaban mayormente de estas cosas y apenas sabían algo; pero hasta el general Jodl observó con extrañeza cada vez mayor las ambiciones de la SS, que efectuaba sus propios enrolamientos y se aseguraba el mejor personal de reemplazo. En el Estado Mayor ya desde hacía tiempo se habían reconocido los peligros del dualismo que iba surgiendo de este modo.

Según las anotaciones de Halder, el Estado Mayor se ocupaba a principios de julio de 1940 de dos cuestiones diferentes, de Inglaterra y de Rusia. Halder deseaba que en caso de una campaña en el Este, el jefe de la División Operaciones, el coronel Von Greiffenberg, fuera nombrado cuartel maestro superior I. Por otro lado, los problemas más esenciales eran las medidas a tomar en caso de una desmovilización eventual del ejército y la formación de un ejército de ataque «E» para el caso de un desembarco en Inglaterra. Hitler mismo todavía estaba indeciso sobre lo que debía hacer. Los oficiales de Estado Mayor que prestaban servicios en París escuchaban continuamente rumores sobre tentativas de mediación entre Inglaterra y Alemania efectuadas por parte española y sueca. Efectivamente, el rey Gustavo V de Suecia trató de iniciar un cambio de ideas entre Londres y Berlín y el conde Ciano anotó en aquel entonces que encontró a Ribbentrop totalmente convencido de que se llegaría a la paz.

II

El 16 de julio de 1940 Hitler comunicó oficialmente al Comando en Jefe del Ejército que había decidido realizar la invasión de Inglaterra. La empresa debía dominarse «león marino». Desde el 1 de julio el Estado

Mayor se estaba ocupando ya del problema de la posibilidad de realizar tal empresa. Tres días después, el 19 de julio de 1940, en un discurso ante el Parlamento, Hitler dirigió un ofrecimiento de paz oficial a Inglaterra. Al mismo tiempo publicó el ascenso de gran número de generales al grado del mariscal, en primer término de los coroneles generales Von Rundstedt, Von Bock y Von Leeb, que eran los tres comandantes de grupo de ejército del frente occidental. Goering fué nombrado «mariscal del Reich», un rango que antes nunca había existido. El jefe del Estado Mayor ascendió solamente al grado del coronel general, mientras que Keitel, el jefe del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, fué nombrado mariscal. El ofrecimiento de paz, hecho en presencia de los generales y almirantes desde la tribuna de Parlamento, no fué contestado. Churchill confesó más tarde que en aquel momento estaba orgulloso de haber inducido a su pueblo a tomar una resolución de la cual todavía las generaciones posteriores podrían decir que había sido tomada en una hora decisiva para la nación inglesa. Hitler se había engañado en sus cálculos y podía decir ahora, al igual que Bismarck lo había hecho antes en forma enojosa, que «Los primos del Támesis» no se dejaban querer. En agosto el ministro de Relaciones Exteriores italiano comprobó que Hitler estaba resuelto ahora a «ir hasta el fin». La propuesta de mediación del rey Gustavo V había sido rechazada en Berlín.

Mientras tanto, se había elaborado el plan para la empresa «león marino». En esta operación debía empeñarse el Grupo de Ejército A, bajo el mando del mariscal Von Rundstedt, reforzado por tropas blindadas, tropas transportadas por el aire y paracaidistas. El desembarco debía realizarse en la zona entre Dover y Portsmouth y formar una cabeza de desembarco lo más ancha posible entre la costa y la zona sur de Londres. Como fecha de la iniciación de la empresa se previó inicialmente el 15 de agosto, postergándose este término después por un mes al 15 de septiembre y, finalmente, otra vez por una semana al 21 de septiembre de 1940. El jefe de Operaciones Navales declaró que era imposible trasladar tan grandes masas de tropas como proyectaba el Estado Mayor, opinando, además, que el primer día de la invasión solamente sería posible constituir cabezas de desembarco más pequeñas. Halder replicó que para eso sería mejor mandar las unidades desembarcadas directamente al matadero. Hitler propuso finalmente una solución intermedia, por lo cual debían desembarcar unidades con efectivos correspondientes a la capacidad de transporte de la marina. El Estado Mayor proyectó combinar la invasión con un reforzamiento de la guerra submarina, pero en ese momento tampoco existía el número suficiente de sumergibles para cumplir tal propósito. Solamente Goering, el flamante mariscal del Reich y comandante en jefe de la aviación, se mostraba optimista. Después de haber triunfado sobre las fuerzas aéreas de Polonia, Holanda, Bélgica y Francia, estaba convencido de que «su arma aérea» mediante un empleo en masa podría derrotar la defensa de los cazas ingleses y convertirse de este modo en dueña del cielo inglés.

El 30 de julio Halder y Brauchitsch analizaron la situación. Italia

había iniciado desde el norte de África una ofensiva hacia Egipto, que desde un principio tuvo poca suerte. El mariscal del Aire Balbo, que debía conducirla, un viejo rival de Mussolini, fué abatido con su avión de mando por la propia defensa antiaérea. El comandante en jefe del Ejército alemán y el jefe del Estado Mayor de ningún modo ponían grandes esperanzas en la ayuda italiana. En cuanto a la propia marina alemana, evidentemente no estaba en condiciones de cumplir las exigencias establecidas para el desembarco en Inglaterra; y esto simplemente porque tal empresa sobrepasaba su capacidad. Jodl opinó más tarde que los preparativos alemanes para la invasión habían sido tan primitivos como los de Julio César cuando desembarcó en Inglaterra. La flota alemana en la acción contra Noruega había sufrido pérdidas decisivas, pero aun sin tenerlas en cuenta hubiera sido insuficiente para esta empresa. Halder y Brauchitsch estaban de acuerdo en que no era posible postergar la fecha del desembarco por tiempo indeterminado, porque entonces se daría a Inglaterra el tiempo necesario para tomar sus medidas de defensa. Como otras posibilidades de poder quebrantar el poderío inglés apreciaron: una empresa contra Gibraltar; el apoyo de la ofensiva italiana en el norte de África mediante el traslado de fuerzas blindadas a ese teatro de operaciones; una empresa contra Haifa, el puerto petrolífero inglés de Palestina (pensando probablemente en aprovechar la posición francesa en Siria para tal empresa) y la tentativa de inducir a Rusia a realizar una acción hacia el golfo de Persia y contra el dominio inglés en el Medio Oriente y en India. Ambos, Halder y Brauchitsch, tenían miedo a una posible alianza anglo-rusa y ambos llegaron a la conclusión de que debía tratarse en cualquier forma de mantener las buenas relaciones que existían hasta entonces con Rusia.

Durante algún tiempo Hitler mismo estaba indeciso y vacilaba entre las diferentes posibilidades que se le ofrecían: el ataque contra Inglaterra, contra Gibraltar, en el norte de África y en Siria. Por de pronto sólo pudo reconocerse claramente su intención de asegurar los países balcánicos como esfera de influencia alemana y de mantenerlos separados de las acciones bélicas. Mientras tanto, por encima del territorio inglés se desarrollaban durante el mes de agosto intensas batallas aéreas, en las cuales el arma aérea alemana trataba de eliminar a su adversario mediante continuos ataques diurnos. La aviación de caza inglesa se empeñó sin consideración alguna para defender el propio espacio aéreo y el número de las pérdidas alemanas subió considerablemente, sin que la producción estuviera en condiciones de equilibrarlas. Desde el punto de vista orgánico y técnico, la aviación alemana sin duda se hallaba muy dispersa. Los bombarderos ingleses atacaron también las concentraciones de buques alemanes en los puertos del canal de la Mancha y trataron de perturbar mediante ataques nocturnos la producción industrial alemana. La marina alemana reunía barcas, balsas y otras embarcaciones auxiliares en los puertos del canal de la Mancha, mientras el ejército efectuaba ejercicio de embarco. Pero poco después Hitler perdió todo interés en los planes de invasión, aun cuando en Inglaterra la nerviosidad siguió siendo

considerable. El 7 de septiembre el comando del ejército del interior inglés, dió arbitrariamente la señal «Cromwell», lo cual significaba que la invasión era inminente. En las localidades situadas en el sur de Inglaterra se efectuó el toque de rebato y las guardias nacionales, creadas por Churchill, fueron movilizadas. El arma aérea alemana en sus continuos ataques diarios sufrió pérdidas que no podían ser reemplazadas; pero también los cazas ingleses sufrieron graves pérdidas. El 14 de septiembre Hitler postergó otra vez el término de la empresa «león marino» por tres días, del 21 al 24 de septiembre. Al día siguiente se desarrolló una gran batalla aérea por encima de la región de Kent. La Radio inglesa comunicó que habían sido derribados 183 aviones alemanes. En realidad los alemanes perdieron, según sus comunicados, sólo 56 aviones y los cazas ingleses 40. La aviación inglesa no disponía ya de ninguna reserva de cazas, pero el comando de las fuerzas aéreas alemanas no tenía conocimiento de ello, surgiendo en el Estado Mayor de aviación preocupaciones serias por las propias pérdidas graves, que se habían producido tanto en los grupos de caza pesados y de combate, como en los bombarderos en picado. La aviación alemana, organizada en forma tan precipitada y enfrentada demasiado temprano a la más severa prueba, la guerra, nunca pudo reponerse después de las consecuencias de su ofensiva fracasada contra Inglaterra. Se mostró así que era imposible conseguir el control del espacio aéreo encima de Inglaterra. El 17 de septiembre Hitler comunicó que la empresa «león marino» quedaba postergada por tiempo indefinido.

La aviación alemana pasó ahora al bombardeo nocturno de los centros industriales y vitales de Inglaterra, con el objeto de quebrar así la voluntad de resistencia de los ingleses. Las grandes ciudades británicas sufrieron intensos ataques con bombas incendiarias y explosivas; en ocho meses fueron lanzadas sobre Inglaterra unas 190.000 toneladas de explosivos. Algunas localidades como Coventry, uno de los centros de la industria aérea inglesa, fueron arrasadas. En ochenta y cinco noches consecutivas Londres fué atacada ochenta y dos veces. Pero la voluntad de resistencia inglesa quedó inquebrantable y el arma aérea alemana ni disponía del número suficiente de bombarderos pesados, ni conocía la táctica del lanzamiento cerrado de masas de bombas mediante el llamado procedimiento de «alfombras» que más tarde se hizo sentir en forma tan terrible durante los ataques de aviación de los aliados.

III

Ahora pasaron a primer plano otros planes. Así, una empresa contra Gibraltar; el apoyo de los italianos en el norte de África, donde mientras tanto habían sufrido graves reveses y una irrupción en la posición inglesa en el Medio Oriente. Diplomáticos, agentes y periodistas alema-

nes iniciaron un trabajo preparatorio al respecto en Turquía, Irán e Irak. Oficiales de control alemanes aparecieron en Siria, cuyo gobernador, el general francés Dentz, un partidario convencido del mariscal Pétain y simpatizante con el régimen autoritario, disponía de tropas muy mezcladas, compuestas de senegaleses, legionarios extranjeros, circasianos y armenios. El comandante en jefe de la flota francesa, el almirante Darlan, recordando la vieja tradición antibritánica de la armada francesa, estaba dispuesto a conducirla contra Inglaterra junto con la flota alemana, si Alemania concertaba un tratado de Estado a Estado con el nuevo Gobierno francés. Hitler resolvió, por un lado, hablar con Pétain y el nuevo primer ministro francés Laval sobre la incorporación de Francia a una Europa nuevamente organizada.

En octubre de 1940 Hitler se entrevistó personalmente con Pétain y Laval en Montoire y a continuación en Hendaya, una localidad situada en la frontera franco-española, con el generalísimo Franco y su ministro de Relaciones Exteriores Serrano Suñer. Los españoles mostraron ser realistas. Los discursos altisonantes de Hitler no produjeron ninguna impresión en Franco, el cual quería oír hechos reales y no vagas disquisiciones filosóficas sobre la comunidad entre el nacionalsocialismo y el falangismo, la forma española del fascismo. Hitler expresó más tarde que prefería dejarse extraer varios dientes a la vez que negociar una vez más con Franco; con respecto a Suñer dijo que era un jesuita, con quien de ningún modo era posible conversar. A pesar de esto no abandonó todavía la idea de obtener la ayuda de Franco para una empresa contra Gibraltar, pues hizo construir nuevas piezas gigantes de 60 centímetros de calibre para bombardear la fortaleza.

El 12 de noviembre de 1940 se impartió la directiva núm. 18 referente a las empresas «Félix» (España) e «Isabel» (Portugal). En ella aparecían ahora objetivos de amplia envergadura: el establecimiento de una cooperación entre Francia y Alemania, con medidas para asegurar el Imperio colonial francés, tanto contra Inglaterra como contra el movimiento de los franceses libres, encabezado por el general De Gaulle en Londres; la conquista de Gibraltar, mediante el empleo de tropas rápidas y artillería muy pesada alemanas en la península ibérica y eventualmente la ocupación de Portugal, con el objeto de obtener bases para los submarinos en la costa del Atlántico central; la ocupación de las islas de cabo Verde, de Madeira y de las Azores, todas pertenecientes a Portugal y el reforzamiento de la defensa de las islas Canarias, pertenecientes a España, con la ayuda alemana. Todo esto debía efectuarse a los fines de la guerra submarina contra Inglaterra. Sin duda todas estas ideas eran producto de una fantasía exaltada que había perdido totalmente la noción de las posibilidades reales. No obstante, Hitler exigió que la empresa contra Gibraltar fuera realizada dentro de dos meses, el plazo mínimo que el Estado Mayor había calculado para efectuar una concentración en España. La conducción de esta empresa debía estar a cargo del mariscal Von Reichenau y como fecha del ataque se determinó el 10 de enero de 1941. El almirante Canaris fué enviado a Madrid como embajador es-

pecial para negociar con Franco. Durante la Primera Guerra Mundial había estado allí como oficial en misión secreta para ayudar a los submarinos alemanes y tenía muchos amigos personales en ese país, tanto en los círculos monárquicos como entre los partidarios del nuevo régimen. Hitler no sospechaba todavía que Canaris era uno de sus más peligrosos adversarios. España concentró después tropas en la frontera de los Pirineos para protegerse contra un eventual golpe de mano alemán. Al comienzo de diciembre de 1940 Hitler suspendió la empresa «Félix», al reconocer que no era posible ya obtener la ayuda española.

IV

Desde que Hitler regresó de Hendaya, apareció un nuevo problema que repentinamente cambió toda la situación. A pesar de los reveses que el Ejército italiano había sufrido en el norte de África, o quizá precisamente debido a esta amenaza a su prestigio, Mussolini se decidió arbitrariamente invadir a Grecia desde Albania. El método de Hitler de producir hechos consumados se había hecho contagioso, estimulando la ambición de Mussolini. Contra la voluntad de Hitler los países balcánicos se transformaron de este modo en un nuevo teatro de operaciones, surgiendo con ello también el peligro de que tropas auxiliares inglesas desembarcaran en Grecia. Muy pronto las fuerzas italianas sufrieron nuevas derrotas graves en su lucha contra el Ejército griego, el cual, a su vez, pasó a la ofensiva y penetró en Albania. Ahora Mussolini pidió ayuda. Pero la aparición de tropas alemanas en los Balcanes significaba un peligro considerable para las relaciones ruso-alemanas. En forma reprobatoria Jodl habló de la «operación extravagante italiana» en Albania.

A fines de julio de 1940 puede comprobarse por primera vez la intención de Hitler de atacar a Rusia. La idea de procurar al pueblo alemán un «espacio vital» en el Este pertenecía a los aspectos más viejos de su doctrina, la cual apareció ahora en una forma nueva, al ser reforzada por la desconfianza siempre latente contra el bolcheviquismo y por el hecho de que la Unión Soviética estuviera a punto de reincorporar a su dominio los históricos territorios fronterizos del Imperio zarista, Finlandia, los Estados bálticos y la Besarabia. En vista de haberse mostrado irrealizable la idea de derrotar rápidamente a Inglaterra mediante la derrota de sus aliados continentales en el occidente, se presentó a Hitler el problema de asegurarse una base estable de materias primas y de alimentación para una guerra a plazo largo. Es cierto que todos los informes del embajador alemán en Moscú, conde Von der Schulenburg, expresaban que Stalin estaba dispuesto sinceramente a guardar la amistad con Alemania; pero, como siempre, Hitler se basaba en un prejuicio determi-

nado y calificaba a todos los informes como falsos cuando no coincidían con su opinión. Según su criterio, Rusia era el nuevo probable aliado continental de Inglaterra. En tal sentido dijo a Jodl que un día los rusos tratarían de efectuar con la sangre más fría una «extorsión» o que atacarían. Considerando la relativa debilidad numérica de las fuerzas de protección alemanas en el Este y el hecho de que los rusos habían concentrado tropas en el oeste y sur de su país, ordenó por eso al comienzo de agosto de 1940 que se hicieran todos los preparativos para organizar el territorio polaco como base de concentración para una campaña eventual en el Este y se prepararan los ferrocarriles, caminos, aeródromos y alojamientos de tropas para la concentración de unidades operativas mayores del ejército. Diez divisiones de infantería y dos divisiones blindadas fueron trasladadas hacia esa frontera. El general Halder calculó que, desde el punto de vista militar, para una empresa en el Este, eran necesarias inicialmente unas ochenta a cien divisiones, apreciando el número de las divisiones de combate rusas en unas cincuenta a sesenta y cinco. En general, el Estado Mayor no estaba en claro sobre las fuerzas que el Ejército ruso disponía efectivamente. Ni la División Ejércitos Extranjeros orientales que dirigía el coronel Kienzel, ni el agregado militar alemán en Moscú, general Köstring, uno de los viejos cooperadores de Seeckt, ni su reemplazante, el coronel Krebs, quien en la época del ejército de los 100.000 hombres había estado en Rusia varias veces participando en cursos de instrucción, estaban en condiciones de dar informes completos al respecto. Köstring, sin embargo, advertía continuamente contra el peligro de menospreciar a las fuerzas rusas. Por otro lado, el comportamiento de las unidades rusas empleadas en la campaña contra Finlandia en el invierno de 1939 a 1940, no había producido una impresión muy favorable de su capacidad.

Por de pronto, el mayor general Marcks, jefe del Estado Mayor del 18.º Ejército, anteriormente uno de los colaboradores de Schleicher, que conocía bien las condiciones rusas, fué encargado de preparar un estudio sobre una campaña contra Rusia. Marcks quería aprovechar el territorio rumano para la concentración de unidades en el sur y contaba en el norte con la participación de Finlandia. Como objetivo de las operaciones proyectó el aniquilamiento de las fuerzas rusas concentradas en el oeste de Rusia, calculadas por el Estado Mayor finalmente en 213 divisiones, entre ellas 10 divisiones blindadas y 37 brigadas motorizadas. La operación debía impedir que estas fuerzas pudieran retirarse en la profundidad del territorio ruso. De este modo esperaba obtener una línea en Rusia que excluyera la penetración de ataques aéreos desde el Este en territorio alemán.

En septiembre de 1940 el teniente general Federico Paulus, de 1938 a 1939 jefe del Estado Mayor del 16.º Cuerpo Blindado y después pasajeramente jefe del Estado Mayor del general Von Reichenau, un representante de la generación más joven de oficiales de Estado Mayor, es decir, de los especialistas puramente profesionales, fué nombrado cuartel maestro superior I y reemplazante del jefe del Estado Mayor. Así no fué nombrado para este cargo, como Halder lo había deseado, el coronel

Von Greiffenberg, un hombre más prudente y circunspecto. Según el criterio de Hitler, debía colocarse al lado de Halder, el «hombre que siempre sabía todo mejor», un hombre más joven dotado de gran vitalidad. Como jefe de la División de Operaciones fué nombrado el primer oficial de Estado Mayor de esa división, el general Heusinger, al igual que Jodl, nacido en Baviera. Basándose en el estudio del general Marcks, el teniente general Paulus realizó varios juegos de guerra para analizar las posibilidades de una campaña en el Este, de los cuales resultó que al comienzo era más conveniente tratar de alcanzar una línea que corría de Leningrado por Smolensk hasta el río Dniéper, para tomar después nuevas resoluciones al llegar a la misma.

Durante el verano se había hecho en el Estado Mayor un nuevo cálculo para la distribución de las fuerzas del ejército. Según el mismo, debían emplearse ciento veinte divisiones para una empresa eventual en el Este, cincuenta debían quedar en Francia, siete en Noruega y tres en Holanda y Bélgica. En septiembre una división blindada fué trasladada hacia Rumania. En noviembre el ministro de Relaciones Exteriores ruso Molotov llegó a Berlín, animado por la sincera intención de llegar a un acuerdo amistoso sobre los objetivos inmediatos de la política exterior de ambos países. Según el criterio de Stalin, la alianza con Alemania era el factor más importante y positivo de la política rusa. Rusia tenía todavía deseos concretos, provenientes de los viejos objetivos de la época zarista, referentes a Finlandia, a su posición en los Balcanes y a la adquisición de puntos de apoyo en los Dardanelos. Hitler, a su vez, trataba de desviar las ambiciones rusas hacia el Medio Oriente y de desarrollar ante Molotov el cuadro de una partición del mundo. Ambos conferenciantes hablaban en estas conversaciones sin entenderse, con lo cual la desconfianza de Hitler fué confirmada, tal como lo deseaba. La idea de una campaña en el Este fué consolidándose así cada vez más. En las anotaciones de Halder el plan de operaciones respectivo al comienzo era denominado todavía «caso Otto»; pero en la directiva núm. 18, que trataba de la derrota rápida de Rusia eventualmente antes de la terminación de la campaña contra Inglaterra, promulgada por Hitler oficialmente el 18 de diciembre de 1940, aparece para esta operación el sobrenombre de «Barbarosa», en recuerdo de la época de las cruzadas (*). Antes, Rauschning una vez había advertido a Hitler contra una coalición anglo-franco-rusa, contándole éste que tal caso nunca se presentaría, pues de lo contrario todos sus planes irían al fracaso. Ahora la sobreestimación de sí mismo había llegado a tal punto que él mismo se decidía a atacar sorpresivamente a la Unión Soviética.

(*) «Barbarosa» era el sobrenombre del emperador alemán Federico I, que murió en una cruzada en el cercano Oriente en 1190.

V

El 5 de diciembre Halder expuso ante Hitler el plan de campaña contra Rusia. Explicó que las condiciones geográficas obligaban a separar las zonas de concentración, dado que los pantanos del Pripiet se intercalaban entre la parte norte y sur del frente futuro. Por tal motivo propuso que en el norte avanzaran dos grupos de ejército, uno hacia Leningrado y otro hacia Minsk y Smolensk, mientras que un tercer grupo de ejército debía avanzar al sur de los grandes pantanos, con el objetivo operativo de Kiev y Ucrania. Según la opinión de Halder, la línea de los ríos Duina y Dniéper representaba la última línea en que el Ejército ruso del oeste debía aceptar la lucha decisiva. Hitler destacó muy acertadamente que debía hacerse todo lo posible para impedir que los rusos pudieran retirarse con unidades operativas mayores en la profundidad de su territorio, recordando las experiencias de Carlos XII de Suecia y de Napoleón. Evidentemente Halder era de opinión distinta respecto a la nueva campaña. Como enseñan sus posteriores anotaciones diarias, por un lado consideró posible eliminar militarmente al Ejército ruso del Este mediante una campaña rápida; por otro lado, temía estos nuevos problemas militares antes de haber terminado la guerra en el occidente. De fuente algo dudosa se ha transmitido la frase de Halder que no excluía que «el loco» fuera capaz de echarles también encima como nueva carga a los rusos. Pero, finalmente, al igual que Hitler, tuvo sus dudas también sobre la sinceridad de la política rusa. Las concentraciones de unidades rusas, cuyos centros de gravedad se hallaban en Ucrania y en un grado algo menor en Rusia Blanca, lo intranquilizaron hasta tal punto que, en su opinión, bajo ciertas circunstancias eran justificadas las medidas preventivas. El coronel general Beck, con quien Halder mantenía siempre un cierto contacto, aunque no muy estrecho, le hizo advertencias al respecto, pero, como siempre, en vano.

VI

Mientras que Brauchitsch y Halder estaban de acuerdo en que la posición del Estado Mayor, el factor más importante para el desarrollo espiritual del ejército, debía ser reforzada por todos los medios posibles, Hitler prohibió en adelante cualquier crítica a sus decisiones en la forma más severa. Cuando en el futuro se promulgara una «orden del líder», todas las objeciones debían callar. Keitel mismo sintió la mano dura de su amo cuando le presentó un memorándum sobre los peligros que podría acarrear la débil seguridad de espaldas que se dejaba en el Oeste y cuan-

do trató de inducir a Ribbentrop a que presentara las mismas objeciones como ministro de Relaciones Exteriores. En forma brusca Hitler contestó a Keitel que rechazaba sus ideas por falsas. Cuando Keitel pidió de nuevo su relevo, lo amonestó diciéndole que los generales cuyas opiniones no eran aprobadas de ningún modo tenían por eso el derecho de pedir el retiro. Keitel obedeció y quedó en su puesto. En forma aviesa Hitler se expresó después respecto a él diciendo que tenía «la inteligencia de un portero de cine».

Uno de los puntos principales a resolver para una «campana relámpago» en las grandes extensiones del Este, era la cuestión de si la joven arma blindada alemana era suficientemente fuerte para efectuar tales operaciones y si el ejército disponía del número necesario de unidades de infantería y de artillería, completamente motorizadas, como para seguir con la velocidad indispensable a las cuñas adelantadas por las tropas blindadas y explotar los éxitos obtenidos por ellas. El general Guderian, el organizador del arma blindada alemana, opinó que era demasiado débil para realizar tal campaña. El general Lemelsen, que mandó un cuerpo blindado en la invasión de Rusia, juzgó más tarde que habían faltado divisiones blindadas de segunda línea, por lo cual las divisiones blindadas de primera línea, que en su avance rompían el frente enemigo y creaban las cuñas adelantadas, debían ser empleadas también en parte en misiones secundarias, como por ejemplo, en el cierre de los bolsones nacientes, apartándose de este modo de su tarea principal. Por otro lado, era completamente insuficiente el número disponible de las divisiones de infantería motorizadas. Además, se tomó una medida fatal al aumentar el número de las diez divisiones blindadas con que se había ganado la campaña de Francia; en parte se hizo esto porque estas divisiones eran demasiado grandes y por eso poco manejables, pero en parte por una cierta tendencia a embriagarse con los números y la intención de crear un *bluff*. Dividiendo el material en dos partes, fueron constituidas con estas diez divisiones antiguas, veintiuna divisiones nuevas. Según las declaraciones del general Von Thoma, el Ejército alemán inició la guerra en el Este con 2.434 tanques en el frente; lo que producía una impresión tan imponente era la cifra de las divisiones. A todas las advertencias sobre el número de los tanques rusos, apreciados en unos 10.000, Hitler contestaba que este número no podía ser cierto o que debía tratarse de un material anticuado. Tanto Hitler como el Estado Mayor no tenían conocimiento de la existencia del tanque ruso de 52 toneladas, llamado después «T 34»; su aparición fué más tarde una de las sorpresas más desagradables de la campaña, como Hitler mismo confesó en una carta dirigida a Mussolini.

Igualmente rechazó el líder todas las exigencias del Estado Mayor referentes al aumento de las reservas de personal. En materia de reemplazo de personal, el ejército, la aviación, la marina, la SS Armada, la «Organización Todt» y el Servicio de Trabajo Obligatorio, cuyo sistema muy amplio se mantenía también durante la guerra, conducían cada uno su propia lucha, aunque la campaña proyectada contra las enormes masas de hombres del oriente asiático y eslavo, exigía como condición

previa que todas las reservas, de cualquier índole, fueran puestas a disposición del ejército. Sin embargo, hasta en el Estado Mayor mismo finalmente cundió la idea optimista de que sería posible derrotar al Ejército ruso dentro de un plazo relativamente breve y que entonces serían suficientes fuerzas parciales del ejército para defender la línea de seguridad obtenida en Rusia central. Desde este punto de vista se organizó también el alistamiento de la ropa invernal, que se apreció necesaria solamente para la quinta parte de los efectivos empleados.

VII

A fines de 1940 y al comienzo de 1941 el Estado Mayor se vió frente a las posibilidades de una campaña en Rusia, en los Balcanes, en España y en el norte de África. Si los ingleses intervenían en Grecia o si la situación del Ejército italiano en el norte de Albania empeoraba, debía producirse también indispensablemente una intervención alemana desde Bulgaria en el norte de Grecia y en Tracia. La directiva núm. 20, promulgada por Hitler el 13 de diciembre de 1940, referente a la llamada «empresa Marita», proyectaba la concentración de una agrupación de fuerzas (inicialmente de siete divisiones), bajo el mando del mariscal List, en el sur de Rumania, la que, eventualmente con ayuda búlgara, podía penetrar en el norte de Grecia, en la próxima primavera. Si los italianos sufrían nuevos reveses en Libia, se hacía indispensable también el envío de un cuerpo auxiliar al norte de África. De este modo existían cuatro frentes posibles, a los que se agregaban dos frentes «tranquilos», los de Francia y Noruega. La «Organización Todt» fué encargada de la construcción de un sistema de fortificaciones costaneras, que debía hacer inexpugnable la costa del Atlántico.

En el campo diplomático, Hitler se aseguró por de pronto la ayuda de Rumania y Bulgaria. En la primavera el mariscal Antonescu estableció, con la aprobación del joven rey Miguel, un régimen semifascista, con marcadas tendencias antibolcheviques. Considerando la futura campaña del Este, debía tratarse de dotar a los Estados satélites del sudeste y norte, esto es, Eslovaquia, Hungría, Rumania y Finlandia, con armas y consejeros militares. Ya en diciembre de 1940 aparecieron en Zossen oficiales del Estado Mayor húngaro para deliberar con el cuartel maestro superior I, el teniente general Paulus y con el jefe de la División Organización del Estado Mayor, el mayor general Buhle, sobre la reorganización del Ejército húngaro y la formación de unidades motorizadas. Pero si bien Paulus declaró más tarde como testigo ante el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg que la preparación de la campaña contra Rusia fué larga, una investigación sobria permite comprobar que también esta empresa, como todas las de Hitler, fué el fruto de una improvisación.

Fuera de esto quedó latente siempre el peligro de una diseminación de

las fuerzas. El único frente de combate real en el invierno de 1940 a 1941 se hallaba representado por los ataques aéreos contra Inglaterra y por la guerra submarina. Pero ni el bombardeo de las grandes ciudades y centros industriales, ni la constante amenaza de las vías marítimas por el creciente éxito de los sumergibles, que efectuaban ahora sus ataques en «manadas», podían quebrantar la voluntad de resistencia de los ingleses.

A pesar de esta situación en el teatro de guerra aéreo y naval, Churchill tomó en este momento la decisión audaz de enviar a Egipto la única división blindada inglesa disponible. Por otra parte, fueron concentradas en Palestina fuerzas considerables para sostener la posición inglesa en el Medio Oriente. La situación del Imperio británico mejoraba de mes en mes. Un avance italiano contra el oeste de Egipto con seis divisiones, en su mayoría motorizadas y ocho batallones blindados, fracasó por completo. En el norte de Albania los italianos apenas podían mantener sus posiciones. Los pedidos de ayuda de Mussolini se hicieron cada vez más apremiantes e hicieron que Hitler se decidiera a enviar al norte de África tres de sus mejores divisiones blindadas y motorizadas. La nueva empresa recibió el nombre de encubrimiento poético de «Girasol». Como comandante del nuevo cuerpo expedicionario fué nombrado el general Erwin Rommel, ex oficial de enlace del Ejército ante el jefe de la Juventud Hitleriana, autor de un libro muy leído sobre táctica de infantería y al estallar la guerra, comandante del tren de comando del líder; tarea esta última a la que se substraía bien pronto, porque el ambiente de intrigas del cuartel general del líder le pareció insostenible.

Al parecer, era un general al gusto de Hitler, porque no era oficial de Estado Mayor; además, había dado pruebas de una gran capacidad como comandante de la 7.ª División Blindada en la campaña de Francia. Algunos críticos ingleses lo consideraban más tarde como un nuevo tipo de Seydlitz o de Murat, debido a sus características personales como hombre arremetedor. En el Estado Mayor existía el convencimiento de que, debido a la inseguridad del abastecimiento, que exigía ser realizado por mar y dado que el adversario disponía de comunicaciones mucho más favorables, el objetivo de la campaña del norte de África sólo podía consistir en postergar la pérdida definitiva de la costa africana del Mediterráneo; como que en general y muy a pesar del Estado Mayor italiano, no se concedía al teatro de operaciones del Mediterráneo ningún valor decisivo. Aunque el abastecimiento, ante todo el de combustible para las unidades blindadas, quedó constantemente inseguro porque la flota italiana ya había sufrido pérdidas considerables en combates navales y por los ataques aéreos ingleses, la empresa de Rommel, después de brillantes éxitos iniciales, dió lugar a una nueva aventura «extravagante», que finalmente provocó especulaciones fantásticas. La condición previa para el éxito de esta empresa hubiera sido la toma de la isla de Malta, que fácilmente habría podido conquistarse mediante un golpe de mano al entrar Italia en guerra, porque la fortaleza insular en aquel entonces estaba casi indefensa. Esto se había descuidado, en parte porque el Estado Mayor

italiano no tuvo la suficiente confianza en la propia fuerza combativa y en parte también porque los alemanes al comienzo no dieron la importancia suficiente a Malta.

VIII

Con la realización de la empresa «Girasol», uno de los «frentes posibles» se había transformado ahora en un frente de combate real. Dada la amenaza de que en el Este se formara también otro frente de combate y el conflicto se convirtiera, al igual que en la Primera Guerra Mundial, en una guerra de dos frentes, nació nuevamente un movimiento opositor en el cuerpo de oficiales, por primera vez desde el invierno de 1939 a 1940. Junto con el doctor Goerdeler, el general Thoma redactó un memorándum para el general Halder, destacando en él los peligros fatales de una guerra en el Este, contraria completamente a las ideas de Seeckt, en las cuales había sido educado Thoma. El comandante en jefe del Oeste, el mariscal Von Witzleben y el coronel general Von Falkenhausen, nombrado comandante militar de Bélgica, eran ambos viejos adversarios de Hitler. Witzleben nunca había abandonado por completo los planes de un golpe de Estado. La idea de una acción del ejército del este debía desempeñar también en el futuro, aún un papel importante. Por otro lado, algunos miembros jóvenes de la oposición conservadora, ante todo Fabian von Schlabrendorff, quien como teniente primero de reserva prestaba servicios en Poznań, en el cuartel general del mariscal Von Bock, trataron de persuadir a éste de la necesidad de intervenir para detener los planes de ataque de Hitler contra Rusia. En el comando del Grupo de Ejércitos Centro, se formó en aquel entonces un núcleo de resistencia encabezado por el primer oficial de Estado Mayor, coronel Henning von Treskow, el oficial de contraespionaje coronel barón Von Gersdorff, el ex ayudante de Beck, coronel de Estado Mayor Schultze-Büttger y los ayudantes del mariscal, el conde Lehndorff-Steinort y el conde Hardenberg-Neuhardenberg. El mariscal Von Bock mismo permaneció escéptico; admitió que no sabía cómo podía ganarse esta guerra, pero no fué posible convencerlo de que pasara a una acción efectiva. Poco más tarde el ex embajador Von Hassell oyó decir al capitán Von Salviati, ayudante del mariscal Von Rundstedt, que casi todos los mariscales veían claramente la situación, pero que con esto terminaba todo. Apreciando sobriamente las circunstancias, sin embargo, debe admitirse que las perspectivas de éxito de un golpe de Estado por parte del ejército, de ningún modo eran grandes en ese momento, dado el prestigio enorme de Hitler. Por eso, los prudentes y escépticos estaban resignados. El coronel de Estado Mayor Von Kleist expresó a Schlabrendorff que el Ejército alemán lucharía contra Rusia como un elefante contra una gran masa de hormigas; mataría muchos millares y hasta millones de ellas, pero final-

mente la superioridad numérica de éstas lo vencería y le comería hasta los huesos.

Mientras tanto, los preparativos para la campaña contra Rusia, continuaron durante el mes de enero de 1941 en medida cada vez mayor. Se realizaron nuevos llamamientos a las filas; la industria de armamentos, que después de la campaña de Francia había reducido en parte su producción a las cuotas de paz, empezó otra vez en pleno la producción de guerra.

Como fecha de iniciación de ataque fué determinada inicialmente la de mediados de mayo. Entre tanto Hitler redoblaba sus esfuerzos en los Balcanes para indicar a Yugoslavia a incorporarse al pacto tripartito y simultáneamente sus ideas fantásticas se iban extendiendo cada vez más. Desde Siria, adonde debían trasladarse unidades de aviación alemanas, debía desencadenarse una rebelión contra el dominio inglés de Irak. También hizo los mayores esfuerzos para obtener la amistad de Turquía. En Bulgaria las tropas alemanas ocuparon sus posiciones de partida, proyectadas según los planes de la «empresa Marita», para penetrar en el norte de Grecia. Pero también en Moscú se consideraba a Bulgaria como esfera de influencia rusa, desde la liberación del país en la guerra turco-rusa en 1877 y 1878 y de este modo la tensión entre Alemania y Rusia se agravó aún más.

En marzo de 1941 Hitler reunió a los comandantes superiores del ejército para explicarles su política frente a Rusia, que tenía como divisa: «destruir las fuerzas armadas y desmembrar el Estado».

En la primavera del año 1941, poco antes de la campaña de Rusia, el prestigio de Hitler en el ejército sin duda había alcanzado su punto culminante. Desde que se vió que el antiguo Estado Mayor y ante todo también «la boya ululante», como Hitler solía denominar a Beck, se había equivocado en la apreciación de la capacidad de resistencia del Ejército francés y de la «línea Maginot», las opiniones del Estado Mayor habían perdido toda importancia para Hitler. El ministro príncipe Bismarck, un nieto del célebre canciller, dijo en Roma al conde Ciano con aspereza que los generales no se atrevían ya a abrir la boca desde que Hitler había demostrado tener razón con su apreciación sobre la «línea Maginot», agregando, que los mejores se encontraban en el frente y no en las inmediaciones de Hitler. El ejército que invadió a Rusia era indudablemente bueno; hasta ahora había vencido en todos los campos de batalla, en Polonia, Noruega, Bélgica, Servia y Grecia y estos triunfos le habían producido en gran parte una nueva conciencia de su propia fuerza, la cual se diferenciaba fundamentalmente del estado de ánimo existente en 1939. También en el Estado Mayor reinaba ahora en muchas partes un optimismo de un tipo nuevo; si anteriormente se desconfiaba de la propia capacidad, ahora se confiaba demasiado en ella. Había regimientos blindados cuyos oficiales brindaron por la entrada en el Kremlin dentro de cuatro semanas. Pero, a pesar de la tradicional capacidad de conducción militar y toda la valentía y el arrojo, la estrategia de Hitler, «la estrategia del imposible», obligó al ejército a enfrentar tareas que en realidad eran irrea-

lizables. Los anteriores triunfos alemanes se basaban en la superioridad de los medios auxiliares mecánicos que, a su vez, dependían de una producción en serie de alta calidad. Ahora se iniciaba la guerra contra un país cuyos espacios gigantescos eran inagotables y cuya gran capacidad industrial, reforzada aún por suministros auxiliares del exterior, superaba a la de Alemania.

Muy dudoso quedó el problema de determinar hasta qué punto los preparativos rusos para la guerra habían terminado y en qué grado debían apreciarse como tales o solamente como medidas de seguridad. El general Halder disponía de datos según los cuales más de 200 divisiones rusas, armadas en forma moderna, estaban concentradas en el oeste de Rusia, apreciándolo como un indicio bastante peligroso; por otro lado, creía que las fuerzas alemanas eran suficientes para poder paralizar las fuerzas rusas durante un tiempo determinado. El Estado Mayor apreció por eso el terreno a ocupar en la zona báltica, en Rusia Blanca y Ucrania como una prenda, que podría aprovecharse más tarde en las negociaciones de paz, si bien Hitler de ningún modo participaba de esta opinión. El coronel Krebs, que en 1941 había reemplazado al agregado militar alemán en Moscú, el teniente general Köstring, que había enfermado, al regresar de Rusia en mayo de 1941 informó a Halder que, según su convicción, Stalin haría todo lo posible, con excepción de cesiones territoriales, para evitar una guerra; en su viaje a través del oeste de Rusia él mismo no había podido comprobar ninguna concentración de tropas.

Tampoco Rundstedt creía en intenciones agresivas de los rusos. En contraste con él su primer oficial de Estado Mayor, el general Winter, más tarde jefe reemplazante de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, al efectuarse la invasión de Rusia en 1941, tuvo la impresión de que Hitler había tenido razón al afirmar que quería anticiparse a un ataque soviético. Las concentraciones rusas en la frontera de los Cárpatos le parecieron ser muy fuertes, la dotación de las tropas con tanques era buena y a veces abundante, encontrándose en los comandos rusos material cartográfico del este de Alemania y de Austria. No obstante, en ese momento seguramente Rundstedt tenía razón y no el general Winter; las amplias medidas de seguridad de los soviéticos eran causadas por las concentraciones alemanas y por la tradicional desconfianza rusa. Hasta el general Jodl, que creía en las afirmaciones de Hitler, debió admitir que, desde el punto de vista táctico, el comando en jefe ruso fué sorprendido completamente por el ataque alemán.

De todos modos consta, tanto por las declaraciones de Halder como por la de Jodl, que le costó mucho a Hitler la decisión de efectuar la invasión, no por escrúpulos morales sino recordando la experiencia sufrida por Napoleón, con el que el nuevo organizador de Europa tan gustosamente se dejaba comparar. Halder no estaba en claro sobre el momento en que Hitler iba a tomar esta decisión, suponiendo que lo haría recién después de la campaña de los Balcanes. De que la resolución era irrevocable, lo muestra la fuga del reemplazante del líder y jefe de la cancillería del Partido, Rodolfo Hess, a Inglaterra en junio y la existen-

cia de un pánico oculto también en los altos círculos del Partido. En último momento y por propia iniciativa, Hess quiso lograr una reconciliación anglo-alemana y una alianza de ambos países contra Rusia. Una misión impartida a Papen por el Ministerio de Relaciones Exteriores mostró que Hitler mismo tampoco rechazaba por completo tales ideas. El día de la invasión alemana a Rusia debía entregar al embajador inglés en Turquía la propuesta de una cooperación anglo-alemana contra Rusia. Hess había sido nombrado por Hitler como su sucesor, después de Goering, en caso de muerte. Ahora se decía que Hess tenía una tara hereditaria y que dió este paso en un estado de completa confusión mental; sin embargo, todo ello descubría la fragilidad interna del régimen hitlerista ante los ojos de todo el mundo. Cuando Hitler contó más tarde a Mussolini el caso de Hess le saltaron las lágrimas.

Para tranquilizar y a la vez engañar al Gobierno soviético, el ministro de Propaganda del Reich publicó en el *Observador Nacionalista* (*) un artículo titulado *Creta como ejemplo*, en el cual decía en forma poco disimulada que la ocupación de la isla de Creta por las tropas aerotransportadas sólo era un ejemplo de otras acciones futuras semejantes de envergadura mayor en otros lugares, como si la invasión de Inglaterra fuera inminente; como complemento de esto, el general Jodl recibió la orden de confiscar todos los ejemplares del diario de ese día por «poner en peligro secretos militares». Es que Hitler gustosamente reprochaba a los generales no haber leído suficientemente al escritor Carlos May (**). Intencionalmente se difundieron también en Berlín rumores de que próximamente se esperaba una visita de Stalin. Mientras tanto, finalizaban los últimos preparativos para el ataque. Al igual de lo que se hizo en la campaña de Francia y más tarde para la futura invasión de Inglaterra, construyendo para Hitler un sistema de abrigos a prueba de bomba, con oficinas, salas y baños, se construyó ahora también con gastos enormes en la zona accidentada y boscosa de Rastenburg, en Prusia oriental, un nuevo cuartel general del líder, en parte subterráneo, el célebre «Reducto del Lobo», asegurado con extensas alambradas y campos minados. La profunda discrepancia existente entre el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas y el Comando en Jefe del Ejército se mostró notablemente también en el hecho de que el Estado Mayor no quedara agregado directamente al cuartel general del líder sino que fuera alojado en otro sistema de abrigos, denominado «Bosque de Muralla», situado a una distancia de media hora de automóvil de aquel cuartel general. Allí fueron ubicados el jefe del Estado Mayor, el cuartel maestro superior I y las Divisiones Operaciones, Organización, Instrucción y Ejércitos Extranjeros, mientras que la mayor parte del Comando en Jefe del Ejército, inclusive el organismo de cuartel maestro general y todo lo referente a los territorios ocupados, quedó en Zossen, bajo el mando del cuartel maestro general, teniente general Wagner.

(*) Diario oficial del Partido Nacionalsocialista. (N. del T.)

(**) Autor de novelas de aventuras, muy difundidas en Alemania, 1842 a 1912. (N. del T.)

IX

En la madrugada del 22 de junio de 1941 los ejércitos alemanes invadieron sorpresivamente a Rusia. El Grupo de Ejércitos norte, bajo el mando del mariscal Von Leeb, avanzó desde Prusia oriental con los Ejércitos 16.º y 18.º y el 4.º Ejército Blindado, mandados por los generales Busch, Von Kuehler y Hoepner. Desde la zona de Varsovia avanzó el Grupo de Ejércitos centro, bajo el mando del mariscal Von Bock, con los Ejércitos 2.º, 4.º y 9.º y los Ejércitos Blindados 2.º y 3.º, mandados por los generales Von Weischs, Von Kluge, Strauss, Guderian y Hoth. Desde la zona de Galitzia y Rumania avanzó el Grupo de Ejército sur bajo el mando del mariscal Von Rundstedt, con los Ejércitos 6.º, 11.º y 17.º, y el Ejército Blindado 1.º, mandados por los generales Von Reichenau, Von Schobert, Von Stulpnagel y Von Kleist. Cada uno de los tres grupos de ejército recibió asignada una flota aérea. Sin hacer participar al Estado Mayor del Ejército en este punto, por orden del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas una división fué dirigida desde Noruega hacia el norte de Finlandia, constituyéndose de este modo un nuevo «teatro de operaciones del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas» que quedó fuera de la jurisdicción del Estado Mayor. Fuerzas finlandesas, además, debían unirse en la zona de Leningrado con las tropas del mariscal Von Leeb y avanzar simultáneamente contra la vía férrea de Murmansk. El Ejército rumano se puso en movimiento hacia el curso del Dniéper y unidades eslovacas y húngaras siguieron al Grupo de Ejércitos sur. También el Departamento de Contraespionaje había hecho sus amplios preparativos; la segunda sección de este departamento, mandada por el coronel Lahousen, había tomado contacto con los jefes de los partisanos (*) ucranianos Bandera y Melnyk. A fin de cumplir «misiones especiales» y actos de sabotaje, se había organizado una unidad particular, el llamado «Regimiento de Instrucción Brandenburgo para misiones especiales», un tipo de formación que antes nunca había existido en la historia del Ejército alemán (**).

La noticia de la invasión alemana a Rusia produjo en todo el mundo la impresión de una bomba. Inglaterra repentinamente se vió libre de la pesadilla de la ofensiva aérea alemana, pues la aviación germana necesitaba ahora todas sus fuerzas para la ofensiva contra Rusia. En Moscú, el ministro de Relaciones Exteriores ruso, Molotov, que había sido nombrado en este puesto en lugar de Litvinow para renovar el acercamiento ruso-alemán, se desconcertó cuando el embajador alemán, conde Von der Schulenburg, le informó que las tropas alemanas habían cruzado la fron-

(*) En lo sucesivo se emplea este neologismo para distinguir el partisanismo del guerrillero. (N. del T.)

(**) El autor se refiere a las misiones extrañas de esta unidad. (N. del T.)

tera en la madrugada del mismo día. Consternado murmuró que esto era una gran desgracia y en el primer momento de la sorpresa quizá temió por su propia suerte, dado que había fracasado en su política. Halder comprobó que las tropas rusas, estacionadas cerca de la frontera, fueron sorprendidas completamente por el avance alemán. Las primeras e inmediatas consecuencias de la nueva campaña fueron la firma de una alianza anglo-rusa y la invasión de Irán por fuerzas inglesas y rusas para asegurar una comunicación terrestre entre el dominio inglés del Medio Oriente y el territorio ruso. La ocupación de Irán y la caída del emperador Reza Khan, representaron el golpe mortal para todas las fantásticas especulaciones alemanas en el Medio Oriente.

En Rusia la campaña por de pronto empezó a desarrollarse con la exactitud que debía esperarse, dada su preparación minuciosa por parte del Estado Mayor. La ofensiva avanzó en tres direcciones generales: el Grupo de Ejércitos norte hacia Leningrado, el Grupo de Ejército centro hacia Moscú y el Grupo de Ejércitos sur hacia Kiew y Ucrania. Halder contaba con dos fases distintas en la campaña: el aniquilamiento del Ejército ruso del oeste y la conquista de las regiones de producción más importantes de este lado de los Urales. A fines de junio, el Grupo de Ejércitos centro libró cerca de Minsk la primera de sus grandiosas batallas de cerco, que debían causar pérdidas tan grandes al Ejército ruso del oeste. A principios de julio Halder, como lo muestran sus anotaciones en su diario particular, creía sinceramente que las fuerzas rusas de primera línea en lo esencial ya estaban destruidas y era de opinión de que la campaña estaba ganada, pero todavía no terminada. Hasta el general Warlimont tenía la convicción de que se había equivocado en la apreciación de la fuerza de resistencia rusa. Sin embargo, faltaba aún la terminación de la campaña. Animado por los éxitos que Rommel había obtenido simultáneamente en el norte de África, surgió en el alma de Hitler ahora un nuevo objetivo lejano, la idea de efectuar un avance a través del Cáucaso contra el dominio inglés del Medio Oriente, que debía ser acompañado por una operación italo-alemana contra Egipto y el canal de Suez. Napoleón había cometido ya el mismo error al pensar que era posible derrotar a Inglaterra en Rusia.

En las anotaciones de Halder, sin embargo, aparece bien pronto en forma repetida la expresión sarcástica de «gran excitación», debido al estado de ánimo reinante en el cuartel general del líder. A pesar de la embriaguez por los éxitos obtenidos, Hitler otra vez se puso nervioso y empezó a mostrar una falta total de confianza en el ejército y en sus comandos, aunque ambos realizaban esfuerzos sobrehumanos durante estas semanas. Ya se notaba un considerable movimiento de desertión en las filas enemigas. Los nacionalistas de Ucrania creían que había llegado su hora y conocidos dirigentes antibolcheviques de la época de la guerra civil se pusieron a disposición de las tropas alemanas como consejeros, siendo los primeros entre ellos los generales cosacos Krasnow y Schkuro. Pero Hitler ordenó que los desertores debían ser tratados en la misma forma que los prisioneros de guerra y prohibió además, que éstos fueran

trasladados a Alemania; todos debían quedar reunidos en campamentos provisorios situados en la zona de retaguardia del frente y en Polonia, de modo que pronto centenares de miles de estos hombres murieron de hambre, pues faltaba la posibilidad de alimentarlos en forma suficiente en la zona ubicada directamente detrás del frente. El movimiento de desertión disminuyó entonces y terminó. La orden referente a los comisarios bolcheviques y las actividades de la SS y de los órganos del Partido en la administración de los territorios ocupados, destruyendo pronto las esperanzas de todos los rusos antibolcheviques de que Hitler trataba realmente de liberar su país. La combinación de la idea de eliminar el bolchevismo con la idea primitiva de diezmar y esclavizar a la raza eslava, fué el factor más perjudicial en todo el plan de esta campaña.

X

La desconfianza de Hitler contra el Comando en Jefe del Ejército hizo, además, que muy pronto interviniera personalmente y en forma decisiva en la conducción de las operaciones. El coronel Schmundt expresó esto de la manera siguiente: que «el líder divino» tenía que ganar sus batallas contra la incapacidad de los mariscales y contra la supersapiencia del Estado Mayor. En los espacios enormes de Rusia los diferentes comandantes de grupo de ejércitos y de ejército más que nunca estaban obligados a emplear el método de conducción histórico de las directivas, creada por Gneisenau y Moltke, que daba a los distintos comandantes subordinados la libertad necesaria para tomar sus decisiones independientemente, dentro del marco de la misión principal, método que pertenece a los principios inmutables de la conducción de guerra tradicional. Pero Hitler pasó ahora al procedimiento de ajustar las riendas en la forma más rígida posible, opinando erróneamente que en los amplios espacios rusos, los grupos de ejércitos y los ejércitos podían efectuar maniobras y ejecutar movimientos como los batallones en un campo de instrucción.

Después de obtener el mariscal Von Bock sus primeros grandes éxitos en el sector central del frente, a mediados de julio, consideró favorables las perspectivas para romper la línea enemiga y avanzar con las puntas de sus cuñas blindadas hacia Moscú para aprovechar los resultados obtenidos hasta ese momento antes de que el adversario pudiera cobrar aliento. Es cierto que en el norte el mariscal Von Leeb recién estaba desplegando sus fuerzas contra Leningrado y que tenía que rechazar allí los contraataques rusos y que en el sur el Grupo de Ejército del mariscal Von Rundstedt había quedado muy atrás. Creyendo que debía tener en consideración estas circunstancias, Hitler ordenó en su Directiva núm. 33, del 19 de julio de 1941, que el mariscal Von Bock destacara una parte de sus fuerzas tanto hacia el norte como hacia el sur, pues, según su criterio, el avance hacia Moscú de ningún modo era el objetivo principal. Dado que

la mayor parte de las fuerzas blindadas y motorizadas del Cuerpo de Ejércitos centro fué dirigida entonces a otros lugares, Bock disponía ahora en realidad sólo de su infantería y artillería para continuar el avance hacia Moscú. Halder anotó el 28 de julio que las operaciones ordenadas por el «líder» conducían a una diseminación de las fuerzas y a una paralización del ataque a Moscú, dado que el grupo de ejércitos del mariscal Von Bock había sido tan debilitado, que no estaba en condiciones de continuar el ataque. Como siempre, Brauchitsch trató de actuar en forma dilatoria y finalmente pudo convencer a Hitler de que las unidades blindadas necesitaban ante todo una pausa para reponerse. Mientras tanto, la Dirección de Operaciones Navales insistía ante Hitler para que Leningrado fuera conquistada lo más pronto posible, pues, en su opinión, esto era más importante que la toma de Moscú. En el sur, el 1.º Ejército Blindado rompió las líneas rusas a fines de julio, produciendo también allí un triunfo con la gran batalla de cerco de Uman.

Observando la situación en conjunto, sin embargo, debía reconocerse en agosto que la fuerza de resistencia de los rusos de ningún modo estaba quebrantada, a pesar de las enormes pérdidas en hombres y material que habían sufrido. Halder anotó que las fuerzas rusas habían sido apreciadas en menos; mientras que antes se había contado con 200 divisiones rusas, hasta el momento podían confirmarse ya 360. Ahora correspondía tomar la decisión si la ofensiva debía ser detenida, para defender los territorios conquistados o si había que continuar en determinadas direcciones de ataque. En contraste con las experiencias hechas en Francia, los comandos y tropas rusas se mostraban mucho menos sensibles a la amenaza que creaban las cuñas adelantadas por las fuerzas blindadas alemanas sobre sus flancos y espaldas. Al contrario, con mucha tenacidad trataban de no perder por completo la iniciativa y si bien se retiraban, lo hacían sólo para reanudar constantemente el ataque, lanzándose (según una expresión de Hitler) como perros desde todos lados sobre las cuñas blindadas alemanas. Varias veces lograron impedir de este modo el cierre de los cerros; para esto no sólo faltaban del lado alemán las divisiones blindadas de segunda línea, destinadas a terminar el encierro del adversario, sino que el estado deficiente de la motorización alemana creaba también un problema particular para el adelantamiento de la infantería. Por eso sólo se formaron así frecuentemente una especie de «tubos» (expresión creada también por Hitler), a través de los cuales los rusos consiguieron retirar fuerzas considerables hacia atrás. En todos estos sucesos se demostró la debilidad numérica del arma blindada alemana. Las condiciones del espacio prohibían una continuación indefinida del ataque, pues cada paso adelante hacía ampliar las extensiones del frente mientras que por otro lado, las propias fuerzas, en el caso más favorable, quedaban las mismas, aun cuando en general disminuían debido a los esfuerzos enormes que soportaban en las marchas sumamente extensas y en los combates permanentes. En agosto el Grupo de Ejército centro finalmente había alcanzado unos 900 kilómetros en territorio ruso; el Grupo de Ejército norte estaba

acercándose a Leningrado y el Grupo de Ejército sur se encontraba en la región occidental de Ucrania.

Mientras tanto, la política colonial nacionalsocialista, que soñaba con la transformación de los territorios eslavos del este en una «India alemana», celebraba sus primeros triunfos suicidas. Alfredo Rosenberg, el filósofo del nacionalsocialismo, fué nombrado ministro del Reich para los territorios ocupados del este, debido al hecho de ser hijo de un báltico y de madre letona. En el Báltico, en la Rusia Blanca y en Ucrania, fueron creados ahora comisariados del Reich y hasta se nombró previsoramente también a un comisario de este tipo para la Caucasia, aun cuando ésta todavía no había sido ocupada. Todas las intenciones sensatas que se había pensado aplicar en la política del este, fueron destruidas ahora por las actividades de los jefes de región nacionalsocialistas y las acciones sangrientas de los pelotones especiales de la SS, de la policía y del servicio de seguridad de la SS. Precisamente, las actividades de los pelotones de liquidación de este servicio, los cuales estaban subordinados a los grupos de ejército solamente en el aspecto administrativo pero no recibían órdenes de los mismos, favorecieron principalmente el método ruso de continuar la lucha mediante partisanos en la zona a retaguardia del frente alemán. Estas actividades nefastas permitieron al Gobierno soviético apelar al patriotismo del pueblo ruso. El proceder de estos pelotones especiales alemanes y de la Plana Mayor Central para la Guerra de Partisanos de Rusia, dieron a la campaña en el este un nuevo terrible aspecto, hasta entonces desconocido. En el fondo, la mayoría de los comandantes supremos alemanes, al igual que el Estado Mayor, se hallaban desconcertados ante esta nueva forma de la guerra. Los comandantes de los grupos de ejército alemanes se encontraron así entre dos formas de terror. Cuando, por ejemplo, con motivo de una así denominada «fiesta de la policía alemana» la SS efectuó una matanza de judíos en Borissow, donde se encontraba el cuartel general del Grupo de Ejército Central y cuando los jefes de dicho comando, indignados, exigieron la intervención del mariscal Von Bock, éste se mostró solamente dispuesto a enviar a Hitler un memorándum sobre estos horrores. Bock temía, por un lado, el poder de la SS; por otro lado, tampoco estaba dispuesto a admitir y a separarse así categóricamente de tal régimen, porque en su alma, al igual que en la de tantos otros conductores superiores, había una mezcla del concepto militar del cumplimiento del deber con la ambición personal de poder manifestar su capacidad.

XI

En Rusia los triunfos se sucedían uno tras otro, pero, en realidad, Hitler no conseguía su objetivo primordial, esto es, el aniquilamiento de las fuerzas principales rusas al oeste del Dniéper. El grueso de las fuerzas enemigas bajo el mando del comandante del sector central, mariscal

Timoschenko, se hallaba aprestado a lo largo de la carretera histórica de Smolensk a Moscú, dispuesto a defender la metrópoli de los eslavos. En el sur, el mariscal Budienny, comandante del frente de Ucrania, continuaba la lucha. En el norte, el mariscal Woroschilow, el viejo compañero de Stalin en las luchas de la guerra civil y que como comisario de guerra había mantenido relaciones tan estrechas con el Ejército alemán de cien mil hombres, trataba de defender a Leningrado con gran tenacidad. El Estado Mayor alemán llegó a saber también que al este de Moscú se organizaban apresuradamente numerosas unidades nuevas. La época de las campañas relámpago había pasado.

Durante varias semanas Hitler vacilaba respecto a la continuación de las operaciones. Brauchitsch y Halder le renovaban siempre su propuesta de realizar la ofensiva en dirección a Moscú para ocupar la capital rusa todavía antes de la llegada del invierno y producir de este modo una conmoción decisiva al prestigio del Gobierno soviético. Halder probablemente ya había reconocido cuán errónea fué la apreciación de la capacidad de Rusia. Ahora el Estado Mayor señaló también la necesidad de alistar ropa de invierno para todo el ejército, en caso necesario mediante la recolección entre la población civil del interior, pero esta advertencia llegó tarde.

Finalmente Brauchitsch reunió en un memorándum todos sus fundamentos sobre la necesidad de iniciar la ofensiva hacia Moscú y lo entregó a Hitler, quien a su vez le contestó con un memorándum propio, en el cual se destacaba el rencor que paulatinamente había acumulado contra los militares de antiguo cuño. En sus argumentaciones decía, entre otras cosas, que solamente aquellos que pensaban aún en forma anticuada podían pasar por alto que en el frente ruso se había producido una fisura debido a que el Grupo de Ejércitos sur en su avance, había quedado atrás, lo que por sí solo invitaba justamente a una acción envolvente contra Budienny.

El 1 de agosto de 1941 fué impartida la Directiva núm. 34 de Hitler, según la cual la toma de Moscú no era el objetivo más importante antes de la llegada del invierno, sino la conquista de la península de Crimea y de la cuenca del río Donetz con su zona minera, así como la interceptación de los abastecimientos de petróleo del Cáucaso. En vano Brauchitsch trató una vez más de cambiar la decisión de Hitler con la ayuda de Guderian, el cual también consideraba indispensable la ofensiva hacia Moscú. Halder y Brauchitsch analizaron finalmente si debían pedir su relevo, pero no lo hicieron, pues consideraron que la tropa tenía derecho a exigir que sus comandantes más elevados perseveraran en sus puestos.

La orden de Hitler de desplazar fuerzas del Grupo de Ejércitos centro, entre ellas el 2.º Ejército Blindado, mandado por Guderian, hacia el sur, condujo entre el 17 y 19 de septiembre a otra gigantesca batalla de cerco próximo a Kiew; 600.000 soldados rusos cayeron prisioneros en manos alemanas y la citada ciudad fué tomada. El 26 de septiembre el 11.º Ejército rompió además la posición de cerrojo de Perekop, abriéndose paso hacia la península de Crimea, mientras otras fuerzas del mariscal Von

Rundstedt iniciaron el avance hacia Rostow y Charcow. El triunfo obtenido en la nueva batalla de cerco de Ucrania y la toma de Kiew, fueron apreciados por Hitler como una comprobación de que la resistencia del Ejército ruso ya había sido quebrantada y que él mismo era un conductor genial, pero que por desgracia disponía de un Estado Mayor tímido y débil, aunque arrogante. Según su opinión, ahora sólo faltaba «continuar golpeando» a los rusos para rematarlos. Todos los objetivos le parecían alcanzables.

Todavía antes de que pudieran madurar las operaciones iniciadas como consecuencia de la Directiva núm. 34, Hitler impartió el 6 de septiembre de 1941 la Directiva núm. 35, según la cual también el Grupo de Ejércitos centro debía iniciar repentinamente ahora el avance hacia Moscú y conquistarla antes de la llegada del invierno. Otra vez el Grupo de Ejércitos norte y el del sur tuvieron que ceder fuerzas para esta nueva empresa; los ejércitos blindados de Guderian, Hoth y Hoepner debían cercar a Moscú mediante una nueva y gigantesca operación de tenaza, que debía iniciarse ya 8 ó 10 días después de ser impartida esa directiva, sin considerar, por ejemplo, que las fuerzas de Guderian estaba aún empeñadas en Ucrania. El rencor de este general por la forma teórica de impartir las órdenes aumentó por tal causa.

Recién el día 30 de septiembre los tanques de Guderian estuvieron en condiciones de iniciar su avance en dirección a Orel y Tula, dentro del marco de la nueva empresa. Esta nueva ofensiva, cuya conducción fué confiada al mariscal Von Bock, recibió el nombre de encubrimiento de «Tifón», porque al igual que un poderoso ciclón debía aniquilar la última resistencia del adversario. En la batalla de cerco de Wiasma y Briansk obtuvo Bock un nuevo triunfo enorme, cayendo otra vez seiscientos mil prisioneros en manos alemanas. Vanagloriándose, Hitler declaró que el Ejército ruso había sido derrotado en tal forma que nunca más se repondría de esta derrota. Hasta Halder recobró confianza al apreciar la situación. Anotó en aquel entonces que la toma de Moscú estaba asegurada si se contaba con una conducción en cierto modo correcta y condiciones atmosféricas medianamente favorables. Pero, por desgracia, ni la conducción suprema era un «cierto modo correcta», ni las condiciones atmosféricas favorecieron el ataque.

Aproximadamente el 20 de octubre, el 4.º Ejército del general Von Kluge y el 4.º Ejército Blindado del general Hoepner se encontraban al este de Kaluga y Moshaisk y el 3.º Ejército Blindado del general Hoth cerca de Twer-Staritsa. Pero en algunas zonas ya se había iniciado el período de barro de la última fase del otoño, por cuya causa los tanques de Guderian se empantanaron y sólo pudieron llegar a la región de Tula a principios de noviembre. A pesar de esto, la suerte de Hitler parecía haber llegado a su apogeo. El mariscal Von Rundstedt recibió la orden de avanzar por Rostow, situada sobre el Don, hacia los yacimientos petrolíferos de Maikop y Armavir, ubicados en el Cáucaso septentrional. En el norte, las tropas del mariscal Von Leeb se encontraban ante las puertas de Leningrado. La segunda ciudad de la Unión Soviética estaba a punto de

caer, pues se habían desangrado aquí los ejércitos de Woroschilow y compañías formadas por mujeres y cadetes y milicias de obreros ocupaban la última débil línea de resistencia. Pero ahora se descubrió totalmente la modalidad desorbitada de Hitler y la embriaguez que le había producido la campaña de Rusia. Todo debía realizarse simultáneamente. El mariscal Von Leeb no sólo tenía que conquistar a Leningrado, sino al mismo tiempo debía unirse con los finlandeses e interceptar la línea férrea a Murmansk, la comunicación entre Moscú y Arkangel. El mariscal Von Bock debía tomar Moscú, pero uno de sus cuerpos de ejército blindados debía apoyar la operación del mariscal Von Leeb contra la línea férrea a Murmansk. El mariscal Von Rundstedt debía conquistar la península de Crimea, la cuenca del río Donetz y los yacimientos petrolíferos del norte del Cáucaso. Otra vez Hitler creía que la guerra ya estaba ganada. Las cifras de hundimientos de la guerra submarina contra Inglaterra crecían. Oficiales de los Estados Mayores británico y ruso deliberaban sobre las posibilidades de una defensa común en el Medio Oriente en caso de un ataque de tenaza alemán a través del Cáucaso y desde Egipto o en el caso de una alianza militar turco-alemana. Hitler ordenó que en el interior varias divisiones de reemplazo fueran desmovilizadas y que una parte de la industria pasara otra vez a la producción de paz, todo esto mientras los rusos hacían esfuerzos febriles para llamar a las filas hasta el último hombre y reemplazaban los hombres que trabajaban en las fábricas por mujeres y menores de edad y mientras trasladaban sus unidades del Ejército del Lejano Oriente al sector central de su frente, el más amenazado.

XII

Ya durante el mes de septiembre Halder había anotado que el Ejército alemán en Rusia tenía un déficit de 200.000 hombres de reemplazo. La vida del déspota entre tanto se acercaba a la crisis; la fuerza que adoraba le negaba su éxito precisamente en el momento en que declaraba que el mundo temblaría como nunca si Moscú caía en sus manos. «Y entonces, el mundo nos pertenecerá», dijo al respecto. El mismo detuvo repentinamente las unidades del mariscal Von Leeb inmediatamente delante de Leningrado, porque empezó a vacilar sobre lo que debía hacer con los millones de habitantes de aquella ciudad. En un viejo memorándum de Ludendorff que había descubierto, figuraban las dificultades de alimentar a una ciudad tan gigantesca. Por eso el mariscal Von Leeb recibió la orden de no ocupar a Leningrado, sino de cercarla solamente y de trasladar el centro de gravedad de sus operaciones en dirección a Tichwin y a la línea férrea de Murmansk. Leeb opinó más tarde que Hitler había conducido en Rusia como si hubiera sido aliado de los rusos.

El período de barro que precedió al invierno, empezó a retardar las operaciones en grado cada vez mayor. Los críticos ingleses apreciaron más

tarde como factores decisivos de esta campaña: el mal estado de los caminos rusos, el hecho de que las unidades blindadas alemanas casi siempre tenían que trasladarse de una región a otra por sus propios medios y raras veces por transporte ferroviario; finalmente, la aparición temprana del invierno.

Hitler mismo vacilaba entre la seguridad del triunfo y extraños sentimientos pesimistas. El conde Ciano, quien a fines de octubre estuvo de visita en el cuartel general, lo encontró fresco y vigoroso. Con envidia comprobó que en una partida de caza el ministro de Relaciones Exteriores alemán podía darse el lujo de utilizar a 400 soldados alemanes para espantar a los animales (*) y anotó en su diario personal que los jefes del Partido Fascista en Italia no estaban en condiciones de permitirse tal cosa, porque el ejército no lo toleraría. A principios de noviembre Hitler mismo dijo la frase extraña de que en realidad ninguno de los dos adversarios del este estaba en condiciones de aniquilar al otro y que por eso probablemente sería necesario pensar en una transacción.

El 21 de noviembre los regimientos blindados de Kleist se apoderaron de Rostow. Entre tanto la ofensiva hacia Moscú continuaba. En la capital rusa estalló el pánico; la mayor parte de las autoridades rusas abandonó la ciudad y los archivos fueron quemados; en parte la población empezó a saquear las tiendas y depósitos estatales. Por otro lado, se realizaban preparativos febriles para la defensa; empezaron a organizarse batallones de milicia de obreros y a emplearse las mujeres en trabajos de fortificación. Paulatinamente llegaban también las unidades del ejército del Lejano Oriente. Stalin, que permanecía en el Kremlin, cambió a los comandantes supremos. En el sur, Timoschenko rechazó el ejército blindado de Kleist, que tuvo que abandonar Rostow. Rundstedt pidió ahora que sus grupos de ejércitos fueran retirados hacia la línea del río Mius, para ocupar allí una posición de recibimiento durante el invierno. Pero Hitler prohibió cualquier paso hacia atrás. En contra de su costumbre, él mismo, acompañado por Brauchitsch y Halder, llegó a Poltawa, el cuartel general de Rundstedt. Cuando trató de hacer responsable a éste del fracaso de Rostow, el viejo mariscal, que en su exterior nunca abandonaba el porte de un viejo aristócrata prusiano, le contestó fríamente que la responsabilidad del fracaso la cargara sobre aquel que había ordenado las medidas correspondientes, en otras palabras, sobre él mismo. Hitler quiso abalanzarse sobre Rundstedt y sacarle la condecoración de caballero de la cruz de hierro; Brauchitsch, que desde principios de noviembre estaba enfermo del corazón y cuya salud no soportaba ya la lucha constante entre el cumplimiento del deber y los escrúpulos de su conciencia, sufrió un ataque cardíaco por esta excitación. Hitler separó ahora de sus puestos a varios comandantes superiores del Grupo de Ejército del Sur, en primer término, al comandante del 17.º Ejército, general Von Stülpnagel, anteriormente cuartel maestro superior I del Estado Mayor, en cuya presencia Hitler sufrió también un terrible ataque de rabia. Rundstedt persistió, sin embar-

(*) Forma de echarlos en dirección a los cazadores. (N. del T.)

go, en su exigencia de gozar de libertad de acción y cuando Hitler le rehusó esto, pidió su separación. En una última entrevista Hitler le dijo que en el futuro no aceptaría ya ningún pedido de relevo de cualquier general, pues él mismo tampoco podía decir a «su superior inmediato, a Dios», que no quería seguir más porque no estaba en condiciones de cargar con la responsabilidad.

La excitación de Hitler siguió en aumento. El 1 de diciembre, el mariscal Von Bock comunicó que no consideraba posible ya lograr mayores progresos en dirección a Moscú, opinando también que era más conveniente ocupar posiciones de invierno. Las tropas habían llegado al límite de su capacidad. El coronel Von Treskow, que prestaba servicio en el comando del mariscal Von Bock, opinó que aquéllas estaban más agotadas que el Ejército alemán del frente occidental en 1918. Pero en el Estado Mayor todavía no se quería abandonar la idea de llegar a Moscú. Entre tanto aumentaban las tensiones dentro del Comando en Jefe. Cuando el mariscal Keitel trató de insinuar a Hitler que sería más prudente ocupar posiciones de invierno, Hitler enojado le dijo que era una «cabeza hueca». Profundamente ofendido Keitel se retiró, encontrándolo después Jodl en su oficina escribiendo el pedido de relevo y con una pistola al lado. Silenciosamente se la quitó y lo persuadió de que quedara en su puesto; Keitel fué lo suficientemente débil como para renunciar otra vez a su intento. Durante una visita al cuartel general del comando del Grupo de Ejércitos Centro, en Borissow, Hitler desahogó abiertamente su rencor contra el Estado Mayor, diciendo que antes lo había considerado como un «perro de presa», que debía ser aferrado cuidadosamente del collar para que no atacara a la gente; en lugar de esto el Estado Mayor había tratado de contrariar todos sus planes. Al igual que Brauchitsch, también el mariscal Von Bock había llegado al límite de su fuerza física. Cuando el coronel Von Treskow trató de iniciar con él una conversación sobre la conveniencia de tomar eventualmente algunas medidas contra Hitler, abandonó la habitación, diciendo que no podía admitir tal tema y agregó que defendería al líder contra cualquiera que se atreviera a atacarlo. Poco más tarde pidió licencia debido al mal estado de su salud.

En su reemplazo fué nombrado el mariscal Gunther von Kluge, hasta entonces comandante del 4.º Ejército, y el mariscal Von Reichenau reemplazó a Rundstedt como comandante del Grupo de Ejércitos Sur. Muy pronto Reichenau reconoció que no le quedaba otra posibilidad que ejecutar el plan de su antecesor, es decir, retirarse al río Mius. Kluge continuó el ataque a Moscú, aunque en realidad también dudaba de que pudiera obtener todavía algún éxito. En su alma había una lucha permanente entre su criterio claro y su escepticismo, por un lado y su vanidad y ambición, por el otro, y pese a toda su prudencia nunca pudo encontrar una salida de este dilema. En los primeros días de diciembre los tanques del general Hoepner llegaron hasta el linde de los suburbios de Moscú y unidades de la infantería alemana avanzaron hasta lugares donde podían ver las torres del Kremlin. En Moscú se manifestaron señales de un desbande progresivo, acompañadas por preparativos febriles para la lucha en las calles.

XIII

En ese momento comenzó una densa nevada y un intenso frío. Las tropas alemanas no estaban en condiciones ya de soportar este nuevo esfuerzo. No tenían ropa de invierno; el sistema de abastecimiento se vino abajo y la catástrofe se acercaba. Como en todas las guerras largas, también en ésta la guerra misma estaba consumiendo su propio instrumento. El 27 de noviembre Halder había anotado una frase del cuartel maestro general, teniente general Wagner, que decía que se había llegado al fin de los recursos en personal y material, a lo cual debía agregarse el comienzo del gran invierno. En 30 de noviembre Halder escribía en sus anotaciones que en el círculo alrededor del líder nadie tenía una noción de las condiciones reinantes en el frente y que por eso todas las ideas se movían en el aire. Faltaban ahora al Ejército alemán en Rusia 340.000 hombres de reemplazo; la industria alemana producía mensualmente unos 250 tanques, mientras que la producción rusa llegaba a unos 600 ó 700, a pesar de todas las pérdidas que había sufrido. Apareció el interrogante si alguna vez podrían ser reemplazadas las pérdidas de material que habían sufrido los alemanes en este frente.

El 6 de diciembre también Halder llegó a la convicción de que era necesario retirar el Grupo de Ejércitos Centro hacia posiciones de invierno en la línea Ostashkow-Rshew. Pero Hitler rechazó esta propuesta. El mismo día estalló una contraofensiva rusa en el sector central que penetró con fuerza terrible en las líneas de las unidades alemanas, minadas seriamente ya por las inclemencias del invierno y debilitadas por graves pérdidas. Dos días más tarde el frente alemán en la región de Twer (Kalinin) se hallaba destruido. Guderian se vió obligado a retirarse, advirtiéndolo al mismo tiempo que su ejército estaba en peligro de perder los tanques. El 10 de diciembre los rusos rompieron también el frente del 2.º Ejército. Por propia responsabilidad Guderian inició la retirada. Cuando en el transcurso de las semanas siguientes el coronel general Hoepner hizo retirar también por propia iniciativa más al norte parte de sus tropas, a fin de evitar el peligro de que fueran desbordadas, Hitler lo echó del ejército porque había desobedecido. El mariscal Von Kluge apoyó la idea de destituir también a Guderian.

En el Cuartel General Brauchitsch era cubierto de acusaciones, como si él sólo fuera responsable de la catástrofe. El teniente coronel Von Lossberg, representante del ejército en la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, trató de sugerir en este momento al general Jodl la idea de constituir un Estado Mayor unificado de las fuerzas armadas, bajo el mando del general Von Manstein, es decir, de unir el Comando en Jefe del Ejército con el de las Fuerzas Armadas y colocar así la conducción de las operaciones en manos del probablemente mejor estratega

alemán. Pero Jodl no aceptó esta idea, opinando que Hitler y Manstein eran personalidades tan diferentes que nunca podrían trabajar juntos.

Lo más lamentable en estos momentos, según Halder, era que Hitler no comprendía el estado del ejército y que solamente aplicaba medidas de «remiendo». Con esto se refería a que Hitler rechazaba terminantemente los deseos de los comandantes de grupo de ejércitos y de ejército de distanciarse ampliamente del adversario, propuestas presentadas ahora en medida cada vez mayor. El mariscal Von Leeb favorecía, bajo ciertas circunstancias, hasta la idea de una retirada a Polonia. Todas estas ideas se basaban en el criterio operativo tradicional de que mediante una amplia retirada podría obtenerse el tiempo necesario y la oportunidad para efectuar un reagrupamiento y nueva concentración de fuerzas para el ataque. Pero, en el fondo, Hitler había reconocido el grave peligro en forma mucho mejor de lo que creía el Estado Mayor. Veía el peligro de una derrota en Rusia en la que podía hundirse todo, pero no podía aceptar la idea de una retirada en orden a una posición de invierno que, por otra parte, tampoco estaba preparada. Según él, cualquier retirada representaba una pérdida de prestigio irremediable. Además, sospechaba instintivamente que tal retirada podía contener el peligro de que el ejército se le escurriera de las manos, ya que su personalidad era ajena a la modalidad tradicional del mismo y dado que, en el fondo, solamente había usurpado el poder de mando militar. Por eso se opuso al cambio de la situación con una firmeza demoníaca y tan feroz, que destacados militares tan diferentes entre sí como Jodl y Rundstedt no pudieron menos que admirar esta conducta. Lo que logró con esto, sin embargo, no fué más que un respiro de gracia y para el pueblo alemán este triunfo ficticio sobre «el general invierno», tan celebrado por la propaganda, significó una serie de nuevos y grandes sacrificios durante cuatro años. La propia seguridad interna y sus viejos complejos de inferioridad frente a los oficiales de elevada jerarquía, hicieron que Hitler procediera sin consideración alguna ante cualquier acto independiente de los comandantes superiores y que echara del ejército a generales tan probados como Rundstedt, Stülpnagel y Hoepner. Con esto destruyó los fundamentos de un arte de conducción creado durante siglos y empezó a exigir una obediencia ciega de esclavos, como nunca un rey de Prusia la había exigido de sus oficiales, porque él mismo sentía intuitivamente que todo el nimbo de la posición de mando que había usurpado, era inseguro y falso. Nunca sucedió en la historia del mundo que un ex cabo, que había empezado su vida como aspirante a pintor fracasado y había sido recogido en un asilo de pobres, llegara a ser comandante en jefe de uno de los mayores y mejores ejércitos del mundo.

El 19 de diciembre de 1941 fué aceptada la dimisión de Brauchitsch. Hitler llamó al coronel general Halder, en su calidad de jefe del Estado Mayor y le comunicó que había decidido encargarse personalmente del Comando en Jefe del Ejército. Le explicó que Brauchitsch no había cumplido su misión en el sentido que él deseaba y que en el Comando en Jefe del Ejército se había cometido el siguiente error principal: se

había familiarizado a la tropa con el concepto de las «posiciones de retaguardia», provocando con ello una disminución del espíritu combativo. Además, se habían omitido hacer los preparativos para una campaña de invierno. No mencionó el hecho que no sólo el Estado Mayor sino él también ante todo habían excluido esta necesidad. Además, explicó que el ejército trabajaba en forma demasiado esquemática; el arma aérea, bajo el mando de Goering, procedía en forma muy distinta. Literalmente Hitler declaró: «Esto de la conducción de las operaciones es poca cosa y puede hacerlo cualquiera. La tarea del comandante en jefe del ejército debe consistir en educar el ejército en el sentido nacionalsocialista. No conozco a ningún general del ejército que pueda cumplir esta misión en el sentido que deseo, por lo cual he decidido encargarme personalmente del Comando en Jefe del Ejército.»

Un día después de la entrevista con Halder, Guderian intentó explicar otra vez a Hitler su opinión sobre la situación, creyendo sinceramente que sólo era necesario hablarle con franqueza para aclarar los errores. Abiertamente y sin rodeos señaló que era indispensable que los cargos decisivos en el Cuartel General fueran ocupados por hombres que realmente conocieran el frente, agregando que estaba formándose un abismo cada vez mayor entre los hombres que hasta entonces habían vivido la guerra solamente en las oficinas de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas o del Estado Mayor y los del frente. Desde antes ya existían considerables diferencias de opinión entre el criterio del Estado Mayor, que se basaba ante todo en la táctica anterior de la infantería y artillería, y el de Guderian, el creador de la nueva arma blindada alemana; varias veces éste también había tratado de criticar el empleo del arma blindada en Rusia. Hitler le contestó que ahora no estaba en condiciones de separarse de sus colaboradores militares inmediatos y esta vez ellos estaban completamente de acuerdo con él respecto a sus resoluciones. También Guderian, el organizador del arma blindada alemana, a quien los rusos temían más que a cualquier otro de los conductores de las unidades blindadas alemanas, fué destituido ahora debido a su iniciativa de retirarse frente a Moscú; pero fué separado por completo de cualquier actividad; más tarde, cuando el arma blindada casi había sucumbido ya, fué nombrado inspector de la misma en la zona del interior. En la camarilla alrededor del líder se dijo de él que era un «hombre flojo» y que había perdido los nervios.

Durante la crisis de este invierno se formó en los abrigos del «Reducto del Lobo» en Prusia oriental ese ambiente irreal, lleno de intrigas, que fué la característica del cuartel general del líder durante los últimos años de la guerra y que hizo nacer esos grandes planes cada vez más fantásticos. Durante meses Hitler no abandonó los abrigos del Cuartel General. En el fondo, se hallaba preocupado por vagos presentimientos de que el fin se acercaba y conservaba la ilusión de que podría recuperar la suerte de la guerra y manejar con ella el destino.

En sus declaraciones ante el Tribunal Militar de Nuremberg, los generales Jodl y Warlimont describieron la vida rara que se llevaba en este

Cuartel General con sus círculos cerrados, de los cuales los dos externos estaban asignados a los militares que pertenecían al Comando en Jefe, mientras que el interior estaba reservado al séquito inmediato del líder. Jodl caracterizó esta vida como una mezcla de convento y de campo de concentración, agregando que los oficiales sólo habían sido huéspedes tolerados y que no era fácil ser huésped de alguien durante cinco años y medio. Warlimont quedó sorprendido ante todo por el modo de vivir malsano y anormal de Hitler, con sus largas reuniones de té, que duraban hasta las horas de la noche, el sueño insuficiente durante las horas de la madrugada y la ausencia completa de movimiento y vida al aire libre. En el círculo interior no eran admitidos los oficiales, con excepción de los ayudantes personales, entre los cuales Schmundt ante todo, que ascendió a general, desempeñaba un papel cada vez más importante. En este círculo reinaba el nuevo jefe de la cancillería del Partido, Martin Bormann, un hombre sumamente ambicioso e intrigante, que había sido antes empleado en una finca agraria de Mecklenburgo. Pertenecían a este círculo también los ayudantes de la SS y de la SA, entre ellos el representante de Himmler, el jefe del grupo y general de la SS Armada Fegelein (cuñado de la amante de Hitler), los médicos de cámara profesores Morell y Brandt, y otras personas completamente oscuras como el jefe de la Gestapo en el Cuartel General, el jefe de brigadas de la SS Rattenhuber, la cocinera vegetariana señorita Manzialy, las secretarias privadas y los mucamos, de los cuales el último, Enrique Linge, alcanzó el grado de mayor en la SS Armada. Lo notable fué, como se dijo, que el Estado Mayor, que en la Primera Guerra Mundial había representado el cerebro de la conducción de guerra alemana, se hallara alojado en un sistema de abrigos totalmente separado. Los oficiales se reunían con Hitler en general sólo durante las exposiciones diarias sobre la situación y durante el almuerzo. Hasta un hombre como el general Jodl nunca tuvo la impresión de que Hitler se le acercara en alguna forma en el orden humano, y ni qué hablar de las impresiones del general Warlimont en ese sentido.

De los organismos del Estado Mayor, Hitler se subordinó ahora directamente al cuartel maestro general y al general a disposición especial. El jefe de Estado Mayor quedó independiente con el cuartel maestro superior (*), los generales de las armas, la División Operaciones, bajo el teniente general Heusinger y las divisiones Organización, Instrucción, Transportes, Ejércitos Extranjeros del Oeste y Este y de Comunicaciones. Para representar los intereses del ejército ante Hitler, se formó un nuevo órgano de enlace, denominado «Plana Mayor del Ejército en el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas», compuesto por un general y dos oficiales encargados de los asuntos de personal y material. La jefatura de este organismo tan complejo, fué confiada al ex jefe de la División Organización del Estado Mayor, mayor general Buhle, que pronto se formó una posición muy importante debido a su actividad de mediación entre

(*) Puesto ocupado al principio por el teniente general Paulus y reemplazado después, cuando éste fué nombrado comandante del 6.º Ejército, por el teniente general Blumentritt.

el ejército y el comandante supremo. Hitler lo consideró finalmente como candidato para el puesto de jefe del Estado Mayor.

La vida retraída que Hitler llevaba en el Cuartel General tuvo para él consecuencias muy importantes y fatales en el campo psicológico. En las llamadas *Catocin Conversations*, una edición norteamericana de las conversaciones sostenidas por el ex jefe de la oficina de prensa de Hitler, Ernesto Hanfstaengl (que huyó de Alemania) con Roosevelt y Churchill, el autor pone en boca de su informante el concepto del «cuerpo místico» de Hitler, es decir, la encarnación mística de las masas en Hitler. Efectivamente, este demagogo y profeta de una nueva doctrina salvadora de orden socialideológico, vivía por las masas y de las masas y sacaba de ellas y de sus aplausos, su embriaguez y su fuerza demoníaca. Necesitaba continuamente una confirmación de sí mismo por parte de ellas, al igual que éstas necesitaban continuamente sus discursos y promesas para perseverar en su estado de fe y servidumbre ciegas. También el ministro de Relaciones Exteriores de Rumania Gafencu, que conoció a Hitler en la primavera de 1939, tuvo la misma impresión. Lo caracterizó como un hombre que prestaba su voz a las masas, las cuales a su vez expresaban por intermedio de él sus sentimientos frecuentemente tan vulgares y primitivos. En sus memorias Gafencu calificó a las masas como el otro yo, el «yo colectivo» de Hitler. Este contacto inmediato con las masas empezó a desaparecer ahora en grado cada vez mayor, a medida que Hitler dejaba de ver al pueblo, a lo cual se veía obligado también forzosamente debido a los acontecimientos y el hecho de que se encargara personalmente del Comando en Jefe. La decadencia del cuerpo místico de las masas precedió así a la decadencia política.

XIV

El mes de diciembre de 1941 representa el gran momento de transición en la vida de Hitler; igualmente en la historia de la guerra y con ello también en la historia del Estado Mayor alemán. Mientras que Hitler se oponía aún con energía feroz a la catástrofe que se acercaba en Rusia y cuya sombra gigantesca ya se proyectaba sobre las amplias estepas cubiertas de nieve, Japón atacó sorpresivamente a la flota americana en el Pacífico. Hasta el Estado Mayor alemán fué sorprendido totalmente por la noticia de que aviones torpederos nipones habían atacado la escuadra de los acorazados de batalla norteamericanos en Pearl Harbour. Tampoco Hitler había sido informado sobre esta intención. Pero había prometido a Japón su alianza leal para el caso de una complicación bélica con los Estados Unidos de Norteamérica. Así comenzó la guerra contra la más grande potencia industrial del mundo, aquella guerra de la cual Ribbentrop había dicho en forma tan disparatada que, si empezaba realmente, los norteamericanos no estarían en condiciones de condu-

cirla, porque no podrían transportar su ejército a través del Atlántico. Fué como una predicción desgraciada que, poco antes, el jefe de los armamentos aéreos alemanes, el general Udet, se suicidara de un tiro, porque no quiso vivir la bancarrota de la aviación alemana. Otra adversidad desgraciada era la «degeneración» de la guerra, que progresaba hasta tal punto que ni el mariscal Keitel podía negarla ya. La guerra de partisanos empezaba a adquirir proporciones cada vez mayores, y esto no sólo a retaguardia del frente en Rusia, sino que se extendía también a los Balcanes, ante todo a Serbia, donde participan en la lucha tanto los grupos monárquicos como los comunistas. También en otros territorios ocupados la resistencia empezó a surgir. El 12 de diciembre de 1941 se impartió la célebre orden nefasta, firmada por Keitel como jefe de la Plana Mayor del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, según la cual en el futuro toda persona que hubiera cometido algún delito contra las fuerzas armadas alemanas podía ser llevada a los campos de concentración alemanes sin que sus familiares fueran informados al respecto.

Todos los militares destacados apreciaban como un error decisivo el método de la defensa rígida que aplicaba el líder en la defensiva durante el invierno de 1941 a 1942. Hitler quería mantener cada pedazo del suelo que había conquistado. Dado que la amplitud de espacio dificultaba el establecimiento de líneas de defensa coherentes, en forma análoga al sistema de trincheras de la Primera Guerra Mundial, Hitler adoptó el procedimiento de ordenar a las unidades cuyas comunicaciones fueran cortadas pasajeramente que, cuando el enemigo rompiera las propias líneas, debían defenderse en el lugar donde estaban «en forma de erizo» y mantener de este modo «lugares fortificados» a retaguardia del adversario para aferrar sus fuerzas y servir como puntos de apoyo allí para cuando la ofensiva fuera reanudada. En oposición a esta táctica, el Estado Mayor, basándose en conceptos antiguos, consideraba que la amplitud del espacio, que permitía una resistencia elástica con fuerzas reducidas, era la mayor ventaja de los alemanes, pues ella ofrecía la posibilidad de realizar retiradas amplias y «ofensivas desde la retirada», como Joffre la había efectuado en el Marne en 1914 y como Manstein debía efectuarla en el sur de Rusia en la primavera de 1943. Pero Hitler temía la pérdida de su prestigio y de su autoridad de mando; consecuentemente reprochaba a los generales que siempre querían «maniobrar».

En el norte este conflicto produjo la dimisión del mariscal Von Leeb, uno de los militares más experimentados del Ejército alemán. En los documentos de guerra archivados figura una conversación telefónica característica entre el mariscal Von Leeb y el coronel general Halder, referente a la evacuación de una localidad encerrada por los rusos, la cual Hitler quería mantener a toda costa. Leeb: «Halder, ¿sabe usted que de esta manera puede perderse también un Ejército?» Halder: «Sí.» Leeb: «¿Sabe usted que de esta manera puede perderse también la guerra?» Halder: «Sí, señor mariscal; pero usted sabe también cómo son las cosas y que todo lo que hemos aprendido ya no vale nada.»

Leeb puso su última esperanza en Halder y lo conjuró a perseverar en su puesto. Cuando la situación se hizo crítica en la región de Demiansk, en el sector septentrional, donde los rusos habían encerrado considerables fuerzas alemanas, Leeb pidió personalmente a Hitler que esta posición de erizo fuera abandonada. Hitler le contestó que debía quedar en el lugar donde estaba. Entonces Leeb se retiró de la sala en la que se realizaba la entrevista y se fué a ver a Keitel para comunicarle que presentaba su dimisión. Ésta le fué concedida, porque desde hacía mucho tiempo ya se conocía, por los informes de la Gestapo, su conducta antinacional socialista y porque, además, se había hecho poco grato debido a su fe católica. De este modo, en enero de 1942 no quedaba ya ninguno de los comandantes de grupos de ejército que habían iniciado la campaña de Rusia. El éxito momentáneo, esto es, el vencimiento de la crisis de invierno, dió la razón a Hitler; los hechos posteriores, que condujeron a la catástrofe de Stalingrado, dieron la razón a hombres como Leeb. A pesar de ello, no fueron empleados ya en adelante.

A fines del invierno, el ministro de propaganda del Reich, Goebbels, visitó al líder en su Cuartel General y anotó después en su diario personal que Hitler vivía prácticamente allí como en un campo de concentración; anotó también que el aislamiento y su modo de trabajar debían tener consecuencias muy perjudiciales sobre su estado mental. Hitler le dijo confidencialmente que se había sentido enfermo en los últimos tiempos y que debía luchar de vez en cuando con «vahidos muy fuertes». Goebbels opinó que el invierno largo había dañado su salud. Se veían ya los primeros indicios de su decadencia física. Cuando poco después se trasladó al Obersalzberg para reponerse durante corto tiempo, huyó también de allí cuando empezó a nevar en los Alpes. Como Goebbels anotó, no podía soportar ya el aspecto de la nieve. Ésta era blanca y tenía el mismo color de un sudario.

CAPÍTULO XV

LA REBELIÓN

Según el criterio de los mariscales Von Rundstedt y Von Kleist, la aparición temprana del invierno había causado el fracaso de la ofensiva hacia Moscú. El cuartel maestre superior I, el general Blumentritt, expresó más tarde al escritor militar inglés Lidell Hart su opinión de que la resolución del ataque a Moscú se había tomado en general con dos meses de retraso, pues los meses de agosto y septiembre de 1941 pasaron sin que se hiciera nada. Pero, en realidad, había aún muchos otros factores que produjeron el fracaso de la ofensiva: los esfuerzos excesivos que tuvo que soportar el material blindado y motorizado; la falta de suficientes talleres de reparación; la falla del abastecimiento de combustible, vehículos y munición; y, en conjunto, la debilidad general del arma blindada alemana. En el fondo, la campaña contra Rusia fué el error más grave que Hitler cometió, porque condujo forzosamente al problema sin solución de la guerra en varios frentes.

La tentativa de extender el límite de la zona del interior, de manera que el país pudiera obtener bases de alimentación y de protección protegidas contra los ataques aéreos, de todos modos se había hecho irrealizable con la entrada de Estados Unidos en la guerra, esto sin contar que la fuerza militar alemana nunca alcanzaría para llevar a cabo tal idea. Todo esto pertenecía a la «estrategia del imposible», típica en Hitler. En virtud de los llamados convenios de préstamo y arrendamiento, una cantidad enorme de material norteamericano empezó a llegar no sólo a Inglaterra, que se encontraba en una situación crítica, sino también a Rusia, que luchaba con tanta tenacidad y sangraba de tantas heridas. Inglaterra ahora estaba en condiciones de respirar. Durante la primavera de 1942, la aviación de bombardeo inglesa pasó a la contraofensiva. Como desquite de las acciones «relámpago» fueron bombardeadas intensamente

las ciudades de Lübeck, Rostock y Colonia. Rostock sufrió una serie de cinco ataques nocturnos consecutivos, que destruyeron la mayor parte de la ciudad. La amenaza de Hitler de que en caso de bombardeos ingleses «borraría» las ciudades enemigas, se dirigía ahora contra el pueblo alemán, que había confiado tan ciegamente en sus promesas.

En noviembre de 1941, Ribbentrop aseguró a los diplomáticos japoneses que en la próxima primavera el Ejército alemán ocuparía el Cáucaso, atravesaría el Ural y rechazaría a Stalin hacia el interior de Siberia. Todavía en 1942 algunos jóvenes oficiales de Estado Mayor creían que era posible la toma del Cáucaso, después de la cual seguiría una expedición a través de la Transcaucasia hacia Irán y la ocupación de los campos petrolíferos de Irak. Es que todo ataque fracasado hace nacer en el bando derrotado la esperanza de que podrá reanudarlo con éxito; y la fuerza ofensiva del Ejército aún no se había agotado. Por otro lado, al recibirse en Roma la noticia del relevo de Brauchitsch, el príncipe Bismarck expresó al auxiliar del conde Ciano, con quien coincidía en su fastidio contra el nacionalsocialismo: «Estamos en el quinto acto de la tragedia y todo esto demuestra que Hitler es un idiota.» Pero, la obra debía tener aún muchos actos más, antes de que bajara finalmente el telón.

Hitler mismo, al parecer, creyó seriamente que habría triunfado si las buenas condiciones atmosféricas en Moscú hubieran continuado seis días más. Pero, durante este invierno empezó el reinado de las ilusiones. Debido a las inclemencias del tiempo, la grave crisis en los transportes y la contraofensiva rusa, el Ejército alemán había perdido en este frente gran parte de su mejor personal y material. La cuestión del reemplazo se hizo crítica. En el invierno de 1941 a 1942 se necesitaban 2,5 millones de hombres de reemplazo. Aproximadamente un millón podía conseguirse por nuevos llamamientos a filas y otro medio millón de convalecientes podía ser reincorporado al Ejército; el millón restante podía conseguirse solamente por una nueva revisión de las fuerzas de trabajo, retirándolo de la industria y agricultura y reemplazándolo por prisioneros de guerra y extranjeros obligados al trabajo forzado. Empezó así una caza de hombres en gran escala y la dictadura de los departamentos de trabajo. Había otra posibilidad de llenar los claros del Ejército: mediante la disminución de los efectivos aumentados en forma insensata en la Marina, la Aviación y la SS Armada. Pero, tanto el gran almirante Raeder como Goering e Himmler se negaron a ceder una parte de su personal. Ni Goering ni Himmler querían debilitar sus ejércitos privados, pues necesitaban a éstos para la lucha de rivalidad que libraban detrás de los bastidores en la zona del interior.

Con la entrada de Estados Unidos en la guerra, la producción de armamentos se convirtió en el factor decisivo. Pero la producción bélica alemana sufría la misma enfermedad del comando supremo, que una vez calificó tan bien el general Warlimont, al referirse a la organización de las autoridades militares supremas durante la guerra, diciendo que era «el caos de conducción en el llamado Estado autoritario». El Ejército, la Marina y la Aviación luchaban cada uno por separado para satisfacer

sus necesidades en armamentos. Las fricciones entre el Departamento de Economía Militar y el Departamento del Plan Cuatrienal databan ya del período anterior a la guerra. Keitel observó con disgusto la organización de un Ministerio de Municion independiente bajo la dirección de Todt. Las intervenciones permanentes de Hitler aumentaban aún más la inseguridad y las contradicciones. En el otoño de 1941, Hitler había ordenado que la producción se amoldara a las exigencias de paz y a las necesidades del armamento aéreo. En 1942 este programa fué cambiado de nuevo y ahora los planes de construcción de tanques, locomotoras y sumergibles luchaban constantemente entre sí por la primacía, mientras el armamento aéreo pasaba otra vez a segundo plano. Ciertos nuevos inventos, cuyo perfeccionamiento no podía terminar dentro de un plazo corto, generalmente fueron postergados, dado que se creía en una rápida terminación de la guerra. Tanto la construcción de los cohetes como las investigaciones atómicas alemanas sufrieron las consecuencias de este modo de proceder.

Cuando el Estado Mayor trató de convencer a Hitler de que la industria rusa producía mensualmente de 600 a 700 tanques y que aumentaría pronto esta cifra a 1.200, Hitler manifestó rotundamente que esto era imposible. Según las declaraciones del general Von Thoma, fueron organizadas, en 1942, cuatro nuevas divisiones blindadas alemanas; pero, por otro lado, solamente 10 de las 25 divisiones blindadas existentes disponían aún de los efectivos reglamentarios. Thoma declaró a Liddell Hart que las divisiones blindadas alemanas empleadas en Rusia no habían dispuesto del número suficiente de tanques, como tampoco de los talleres móviles para hacer las reparaciones más indispensables; además, era insuficiente la movilidad y el blindaje de los vehículos de transporte de las divisiones motorizadas, que desde 1942 eran denominadas «divisiones blindadas de granaderos».

Después de la muerte misteriosa del ministro de Municiones Todt, que cayó con un avión después de haber advertido a Hitler que no continuara la campaña en Rusia, fué nombrado ministro de Municiones Alberto Speer, un arquitecto de 36 años de edad, que hasta entonces había sido consejero de Hitler en problemas constructivos urbanos. Speer abordó su tarea con energía desesperada, tratando de armonizar la distribución del material con la producción y de unificar y dirigir en forma centralizada la producción de armamentos del Ejército, de la Marina y de la Aviación, y de aumentar las cifras de la producción, a pesar del constante aumento de los intensos ataques aéreos dirigidos contra el interior de Alemania y la disminución continua de las regiones abastecedoras de materias primas. Se esforzó en trabajar en la forma menos burocrática posible y contrató a varios expertos sin preocuparse de los prejuicios del Partido Nacionalsocialista por la ideología de los mismos.

Sin duda logró éxitos considerables, si bien ahora la influencia del Departamento de Economía Militar, que inicialmente debió convertirse en el Estado Mayor Económico, pasó por completo a segundo plano. De 1942 a 1944, a pesar de la ofensiva aérea de los aliados, la produc-

ción de armamentos alemana aumentó siete veces, la producción de munición seis veces y la producción de tanques cinco veces y media. Finalmente, en la segunda mitad del año 1944, fueron alcanzadas las mayores cifras durante la guerra, saliendo mensualmente de los talleres unos 3.000 aviones y unos 430 tanques. Pero todos estos éxitos no podían ser ya aprovechados, pues al mismo tiempo de ser paralizada la red de comunicaciones alemana por el bombardeo aéreo estratégico enemigo, se perdían los campos petrolíferos rumanos ocupados por los rusos y eran destruidas por el mismo bombardeo la mayoría de las fábricas de combustible sintético. Todo esto era la comprobación total de la tesis del general Beck, de que en la era de la guerra aérea, la doctrina de la línea interior era absurda y de que Alemania había perdido definitivamente las ventajas estratégicas que existían aún en la época de Moltke el viejo y de Schlieffen.

II

El coronel general Beck, quien, como un proscrito, observaba la marcha de la guerra desde su domicilio en Berlín, preocupado hondamente por el destino del Estado y del pueblo, dijo una vez a Schlabrendorff que esta guerra había sido perdida ya antes de que cayera el primer disparo. Con una clarividencia notable predijo ahora el desarrollo ulterior de la guerra: la derrota alemana en Rusia, una operación de desembarco de los ingleses y norteamericanos desde el norte de África, en Sicilia y sur de Italia y, finalmente, una gran ofensiva de los aliados en Francia. Beck trataba siempre aún de mantener contacto por correspondencia con los comandantes de los distintos grupos de ejércitos. Aunque sus relaciones con Halder ahora se habían debilitado, fué visitado también por éste en su exilio porque se encontraba oprimido por las mismas preocupaciones. Para muchos oficiales jóvenes las opiniones de Beck habían perdido su importancia desde que se había equivocado tanto en sus pronósticos sobre la capacidad del Ejército francés y había vaticinado el fracaso de toda ofensiva en el oeste; pero, para la generación más vieja, seguía siendo siempre el mentor secreto. Quedó reconocido también como jefe de un círculo de resistencia que se formó en Berlín con hombres que, en la conspiración del invierno de 1939 a 1940, habían sido designados como miembros del futuro gobierno, entre ellos, Goerdeler, Hassell, Popitz y Hammerstein-Equord, círculo que tenía además contacto con los ex jefes de los sindicatos socialdemócratas y cristianos. Entre los socialistas desempeñaba un papel importante un círculo formado por políticos más jóvenes, como el doctor Julio Leber, Carlos Miendorff, Teodoro Haubach, y entre las personas de más edad se destacó ante todo Leuschner, el ex ministro del Interior de Hesse. Durante algún tiempo el almirante Canaris creyó que podría inducir a Severing,

el ex ministro del Interior de Prusia, a que se encargara de un papel destacado en este círculo, aunque no lo logró.

La crisis del invierno de 1941 a 1942 despertó nuevamente la actividad de la oposición. En febrero de 1942 se formó el primer plan concreto referente a un atentado contra Hitler, cuyos autores fueron el comerciante Nicolás von Halem y el consejero Mumm von Schwarzenstein, ambos miembros de los círculos conservadores de la Alemania anterior. El ex jefe de un cuerpo de voluntarios se declaró dispuesto a realizar el atentado. Pero el plan fué delatado temprano. El comandante del frente occidental, el mariscal Von Witzleben, otra vez se ocupó, en forma más concreta ahora, del plan de una marcha sobre Berlín. Mientras que el Ejército del este debía defender el frente contra el bolcheviquismo, debía iniciarse con la ayuda del Ejército del oeste la reorganización del Estado sobre la base del derecho y de las leyes. Witzleben, para conocer la opinión del general Halder, hizo consultar a éste por un oficial de confianza de su comando. Halder evidentemente evitó una contestación. Por otro lado, el mariscal Von Witzleben, un aristócrata del tipo antiguo, sostenía la idea de que no había por qué soportarlo todo, sino que era necesario y posible también pasar a la acción. Prescindiendo de todas las dificultades psicológicas existentes y del peligro de que el ejército del este en su lucha encarnizada pudiera sentir tal acción como una puñalada en la espalda, sin contar las dificultades técnicas que debían presentarse al tratar de reunir tropas seguras, el plan fracasó al enfermar su autor gravemente de una hemorragia estomacal en 1942. Su estado exigió que fuera operado y liberado de todas sus obligaciones de servicio. Como sucesor de Witzleben fué nombrado el mariscal Von Rundstedt, a quien Hitler hizo volver al servicio porque empezó a temer un desembarco de los ingleses y norteamericanos en el Oeste. Como jefe del Estado Mayor del comandante del frente occidental fué nombrado el coronel Zeitzler, hasta entonces jefe del Estado Mayor del mariscal Von Kleist. Rundstedt tenía la convicción de que durante la guerra todos los planes referentes a un golpe de Estado eran ideas utópicas. Aunque en su alma detestaba al régimen nacionalsocialista no menos que Witzleben, aparentemente nunca se negó a cooperar cuando Hitler apeló a su amor a la patria. El hecho de que Hitler lo despidiera varias veces y que cada vez lo llamara de nuevo, podía explicarse también al fin y al cabo en el sentido de que Rundstedt estaba convencido de que el comandante supremo no podía prescindir de su consejo de experto y de que realmente era insustituible.

A fines de abril de 1942 el conde Ciano, que acompañaba a Mussolini en una visita a Alemania, vió a Hitler en el castillo de Klesheim, cerca de Salzburgo. Lo encontró decidido, pero fatigado, envejecido y con las primeras canas en el cabello. El lema de la propaganda era ahora que el genio de Hitler había vencido al invierno ruso y Ribbentrop declaró que Alemania de ningún modo podía perder la guerra. Por lo demás, había otra vez monólogos inacabables. El conde Ciano anotó en su diario que Hitler pronunció durante el almuerzo un discurso de hora y

media sobre problemas de la guerra y de la paz, de la religión, de la filosofía, del arte y de la historia. Mussolini estaba disgustado porque a él también le gustaba hablar. Keitel finalmente se durmió. En forma más hábil, el nuevo jefe del Estado Mayor italiano, el mariscal Cavallero, supo simular el papel de un oyente interesado.

III

Hitler proclamó ahora que Rusia estaba muerta como consecuencia de la ofensiva invernal y que sus ataques, lanzados sin consideración alguna en la nieve y el hielo, habían consumido sus últimas fuerzas; ahora se trataba solamente de volcar lo que ya estaba a punto de caer. Por eso ordenó la reanudación de la ofensiva. El jefe del Estado Mayor y el cuartel maestre general se opusieron; igualmente declinaron la reanudación de las acciones ofensivas todos los cuartel maestros superiores. El coronel general Halder y el teniente general Wagner estaban convencidos de que después de la catástrofe sufrida durante el invierno, las fuerzas del ejército a lo sumo alcanzaban para hacer desaparecer las irrupciones rusas en el frente alemán y ocupar una línea de defensa más corta, desde la cual podrían paralizar paulatinamente la presión de los ejércitos de millones de rusos mediante una acción retardante, aprovechando a tal fin el amplio espacio disponible. Por supuesto Hitler apreciaba la situación de un modo completamente diferente. Durante la primavera explicó al mariscal Von Kleist que los campos petrolíferos del Cáucaso debían encontrarse antes del otoño en manos alemanas, porque de lo contrario sería imposible continuar la guerra. Kleist le hizo ver que, al realizarse tal ofensiva, se formaría un largo flanco desguarnecido en el Don. Hitler lo apaciguó declarando que los pueblos auxiliares, esto es, las unidades italianas y húngaras, serían empleadas para cubrir este flanco.

Ningún Estado Mayor del mundo hubiera podido substraerse a la orden terminante de Hitler de preparar la nueva ofensiva. El plan de concentración correspondiente, el último que preparó Halder, preveía una actitud retardante en el sector central del frente, mientras que, por otra parte, se realizaba un avance sorpresivo en la península de Crimea para inducir a los rusos a un ataque de alivio precipitado hacia Charcow; en tal caso se ofrecía la posibilidad de efectuar con éxito un ataque de flanco hacia la cuenca del Donetz. Según los deseos de Hitler, el objetivo principal de la ofensiva debía ser Stalingrado, la piedra angular de la posición rusa sobre el curso inferior del Volga. Inicialmente Hitler hasta había proyectado que, después de la toma de Stalingrado, las fuerzas alemanas debían efectuar una conversión hacia el norte para aniquilar a las fuerzas rusas concentradas al este de Moscú. Desde el punto de vista estratégico, el Grupo de Ejércitos A del mariscal List inicialmente sólo tenía la misión de proteger el flanco con respecto al curso inferior del

Don. El ejército del general Von Manstein debía seguir hacia el río Volga después de haber conquistado a Sebastopol.

La tentativa del mariscal Timoschenko de perturbar la concentración alemana mediante un ataque hacia Charcow, efectuado con unas veinte divisiones de tiradores y veinte brigadas blindadas, demostró que la tesis de Hitler sobre la Rusia «muerta», en modo alguno era exacta. Sin embargo, durante esa batalla, librada en mayo de 1942, fueron consumidas gran parte de las reservas rusas en el sector sur del frente, entre los ríos Don y Volga. El 28 de junio de 1942 comenzó la nueva ofensiva de verano alemana en la región de Kursk, extendiéndose a continuación hacia el sur en forma escalonada hasta el mar Negro. El Ejército alemán empleaba ahora una nueva arma, que existía ya en el Ejército ruso, los lanzacohe-tes, una especie de artillería de cohetes. A principios de julio los alemanes habían alcanzado en un frente amplio el Don, mientras el 4.º Ejército Blindado cruzaba el curso inferior del mismo y avanzaba sobre Stalingrado, efectuando una conversión. Estos éxitos iniciales otra vez indujeron a Hitler a acusar al Estado Mayor de que le faltaba toda audacia y capacidad, mientras él mismo se dejaba glorificar como «el más grande conductor militar en todos los tiempos».

Pero la resistencia rusa empezó ahora a reforzarse frente al 6.º Ejército, mandado por el general Paulus en la zona situada entre el Don y el Volga. Sin embargo, Hitler estaba firmemente convencido de que la fuerza de resistencia rusa había sido quebrantada. Por eso resolvió en este momento quitar al 6.º Ejército la mayor parte de sus unidades blindadas y lanzarlas hacia el sur, donde debían avanzar con el Grupo de Ejércitos A del mariscal List y el 1.º Ejército Blindado del mariscal Von Kleist hasta alcanzar la línea de Batum a Bakú en el Cáucaso, una empresa «extravagante» y fatal, que se hallaba en contradicción total con la cantidad de fuerzas disponibles. Extraña, además, que Hitler eligiera como objetivo principal de esta ofensiva a Batum, situado sobre la costa del mar Negro, en vez de Bakú, el centro de los campos petrolíferos de Aserbeidjan. Todos los expertos militares consideraron que era una locura la idea de iniciar este avance en una sola línea, desde la cual debían desarrollarse en espacios enormes dos batallas decisivas separadas, una sobre el Volga y otra en el Cáucaso. Halder protestó, agregando que en toda la historia militar no existía ejemplo alguno de tal modo de proceder; pero esto estimuló aún más a Hitler, porque estaba convencido seriamente de que su misión era derribar todas las reglas históricas. El cuartel maestre general, teniente general Wagner, declaró que podía garantizar solamente el abastecimiento de una de las dos empresas, pero no de las dos simultáneamente. Por otra parte, Halder entregó a Hitler informes referentes a la organización de nuevas y considerables fuerzas rusas, comprobadas tanto en la zona al este del Volga como en el Cáucaso.

Pero todo fué inútil. Hitler trasladó su cuartel general a Winniza, situada en Ucrania y se encargó, además, personalmente del mando directo sobre el sector sur del frente. Los mariscales List y Von Kleist recibieron la orden de avanzar con sus divisiones alemanas y rumanas a través de la

región de Kubán hacia la zona norte del Cáucaso. El 6.º Ejército, mandado por el general Paulus, debía continuar su avance hacia Stalingrado y el Volga. El flanco norte del Grupo de Ejército B, que se extendía cada vez más a lo largo del Don, fué ocupado por el 3.º Ejército rumano, el 2.º Ejército húngaro y el 8.º Ejército italiano, recién formado. Todas estas unidades auxiliares de ningún modo estaban en condiciones de soportar los esfuerzos extraordinarios de la campaña de Rusia, como tampoco podían comprender por qué debían derramar su sangre en aquellas estepas para satisfacer la megalomanía de un conquistador alemán. El general Blumentritt, que visitó las tropas italianas y húngaras, recibió una impresión muy desfavorable, sobre todo de la fuerza combativa de las unidades italianas. Pero el avance alemán, que perdía cada vez más su cohesión, continuaba. Sufriendo graves pérdidas en personal y material, las divisiones del general Paulus se abrieron el camino hacia el Volga en luchas continuas, mientras las divisiones alemanas y rumanas de los mariscales List y Von Kleist avanzaron hacia el linde norte del Cáucaso. El 9 de agosto ocuparon el primer campo petrolífero, de tamaño reducido, cerca de Maikop.

IV

Una vez más la causa de Hitler parecía haber llegado a su apogeo. Al final del verano de 1942 se encontraban tropas alemanas tanto en el cabo Norte como en la isla de Creta, tanto al norte de Finlandia como en la costa del canal de la Mancha. El general Rommel que había ascendido al grado de mariscal y que por la propaganda nacionalsocialista era destacado sin razón alguna como el modelo de un «mariscal del pueblo» revolucionario, invadió Egipto con sus tres divisiones blindadas livianas alemanas y las unidades italianas y tomó las posiciones inglesas en la cercanía de El Alamein, acercándose de este modo a unos ochenta kilómetros de Alejandría. El 1 de septiembre las tropas del general Paulus llegaron a la parte occidental de Stalingrado, que era defendida por las tropas del general Rodinzew en luchas intensas y encarnizadas. Cazadores de montaña alemanes escalaron el Elbruz, la cima más alta del Cáucaso e izaron sobre él la bandera con la cruz svástica. Los hundimientos mensuales de los submarinos alcanzaron la cifra de 700.000 toneladas de registro bruto y con ello un éxito máximo antes nunca logrado. Parecía confirmarse la idea de una enorme operación estratégica, realizada en forma de tenaza a través del Cáucaso y Egipto contra el dominio inglés del Medio Oriente. El mariscal Rommel, muy preocupado por su línea de abastecimiento, dado que la flota italiana no estaba ya en condiciones y en parte tampoco tenía la voluntad de proteger los buques cisternas que llevaban el combustible para el Cuerpo Africano, exigió que sus tropas agotadas fueran retiradas a tiempo. Pero Hitler ordenó el ataque a El Cairo. En Roma Mussolini proyectaba ya su entrada triunfal en la capital de Egipto a la cabeza de

sus tropas coloniales y montado en un tordillo árabe. Los italianos hasta estaban organizando ya la administración de Egipto. Goering a su vez organizaba «brigadas de petróleo» para explotar los campos petrolíferos del Cáucaso y declaraba en un discurso público al pueblo alemán, que la situación de alimentación «desde ahora mejoraría cada vez más». Se organizaron también planas mayores de administración para el Cáucaso e Irán. Perturbado por la embriaguez, que afecta tan fácilmente a aquellos que llegan tarde, el ministro de propaganda Goebbels declaró públicamente en forma un tanto cínica como ingenua que, por de pronto, el pueblo alemán iba a «aprovechar la oportunidad para fortalecerse en buena forma». La presunción desorbitada se manifestaba en el triunfo de una codicia material desnuda; parecía como si una borrachera hubiera perturbado a todos.

El agregado militar italiano en Berlín, general Marras, había vaticinado ya en marzo de 1942 que la zona situada entre Stalingrado y Astrakán, situado en la desembocadura del Volga, sería la tumba del Ejército alemán. Uno de los secretarios de la embajada italiana, el conde Lanza, que más tarde publicó unas memorias muy explícitas (editadas bajo el seudónimo de Leonardo Simoni), escuchó en los círculos del Partido en Berlín críticas violentas contra Halder como jefe del Estado Mayor y en los círculos opositores rumores sobre un golpe de Estado. Personalmente apreciaba a Halder como el mejor estratega alemán en este momento y le atribuía una inteligencia de primera categoría, aunque con sus lentes daba la sensación de un modesto empleado.

Los rumores que corrían en la capital del Reich eran consecuencia del conflicto entre el comandante supremo de las fuerzas armadas y el jefe del Estado Mayor del Ejército que se había agravado de un modo insostenible. En su presunción desorbitada, Hitler tomaba ahora medidas contrarias a toda consideración y razón. Ellas justificaron la frase del conde Ciano, que había dicho una vez que la locura del jefe del Estado alemán se había convertido en la religión de sus partidarios. Durante la noche del 18 al 19 de agosto pelotones del choque aliados, constituidos por ingleses, canadienses y norteamericanos, dotados de tanques y lanchas de desembarco, realizaron el primer reconocimiento ofensivo en gran escala cerca de Dieppe, en la costa francesa, para probar la táctica de los grandes desembarcos futuros. Ahora Hitler creyó que la invasión anglo-norteamericana en el oeste era inminente y ordenó que varias unidades motorizadas escogidas fueran trasladadas de Rusia a Francia. El ejército del general Von Manstein, que mientras tanto había tomado la fortaleza de Sebastopol, fué trasladado hacia el norte para conquistar a Leningrado con las mismas piezas gigantescas de calibre de 60 centímetros que habían bombardeado a Sebastopol. Finalmente, el mariscal Von Kleist fué privado de una parte considerable de sus tanques, de la artillería antiaérea y de las unidades de aviación, que debían ayudar al general Paulus en su lucha por Stalingrado. Pero, en el fondo, la situación era precaria en ambos lugares; para cerrar un agujero se abría otro en distinto lugar. El general Blumentritt tuvo la impresión de que en la mente de Hitler pasaba al primer plano ahora la «idea de Verdún», es decir, la idea de aprovechar la lucha de Stalin-

grado para desangrar a los ejércitos rusos en la gran cabecera de puente al oeste del Volga.

Mientras que el 6.º Ejército se abría paso por el centro de la ciudad de Stalingrado en luchas terribles de casa en casa, de calle en calle y de barrio en barrio y mientras la ofensiva de los mariscales List y Von Kleist se detenía paulatinamente por haber tenido que entregar sus fuerzas móviles, Hitler acumulaba los reproches más amargos e insensatos sobre su jefe de Estado Mayor. Acusó a todo el Estado Mayor de que le faltaba empuje y que era cobarde. En cuanto a los partes referentes a la organización de nuevas unidades rusas, según él eran falsos y que solamente teóricos estúpidos podían ser engañados por tal *bluff* bolchevique. Cuando el Estado Mayor le entregó bases sobre el conjunto de las nuevas unidades rusas, aproximadamente un millón y medio de hombres al norte de Stalingrado y medio millón en la parte meridional del Cáucaso, y cuando comprobó que la producción rusa de tanques había subido a 1.200 mensualmente, el general Halder presencié otra vez un ataque de rabia de Hitler. Con espuma en la boca y con los puños cerrados se le acercó, prohibiéndole expresar tales «idioteces».

Cuando Halder, a pesar de todo, trató de explicarle lo que podía ocurrir si los nuevos ejércitos de reserva rusos atacaban el flanco tan extenso de la cuña de ataque alemana, que se había adelantado hasta Stalingrado, fué relevado de su cargo el 24 de septiembre de 1942. Según la descripción del mismo Halder, Hitler le enumeró una vez más todas las frecuentes diferencias de opinión y choques que habían tenido, indicando fecha exactas al respecto, y le declaró que esta lucha permanente con el Estado Mayor le había gastado una mitad de sus fuerzas nerviosas, lo que no valía la pena. Le dijo también que la tarea a realizar aún por el ejército no era ya un asunto de capacidad profesional, sino de «fervor nacional-socialista», pero tal cosa no podía exigirse en los oficiales de antiguo cuño.

Cuando el ministro de Relaciones Exteriores italiano recibió la noticia del relevo de Halder, anotó en su diario, el 28 de septiembre de 1942, las palabras «mala señal». Con la despedida de Halder terminó en la conducción de guerra alemana la dirección de las operaciones por parte del Estado Mayor antiguo y terminó también la época de los éxitos militares. Entre 1939 y 1942 el objetivo de todos los planeamientos había sido la eliminación de las potencias adversarias en las fronteras oriental y occidental y la recuperación de la maniobra por línea interior, de modo que pudiera ser ampliada tanto que hiciera imposibles los ataques aéreos contra los centros más importantes de la producción de guerra alemana. El medio clásico de esta conducción de guerra había sido el empleo de grandes masas de tanques en unión con las unidades aéreas, que representaban una especie de artillería volante, o, expresado en otras palabras, el aprovechamiento del motor de combustión interna. Ahora empezaba la segunda fase de la guerra, caracterizada por la reducción de esa línea interior obtenida por la expansión alemana y por la movilización del motor por parte de las potencias adversarias, que de este modo se apoderaban de la iniciativa. Los ejércitos organizados por las dos grandes po-

tencias anglosajonas estaban completamente motorizados, gracias a la superioridad de la industria automovilística norteamericana y las existencias inagotables en materias primas de Estados Unidos; en cambio, en el Ejército alemán la motorización tenía que luchar con las deficiencias de la producción y la pobreza del abastecimiento de combustible, obstáculos invencibles para ella.

V

Como sucesor de Halder en el cargo de jefe del Estado Mayor fué nombrado el teniente general Kurt Zeitzler, hasta entonces jefe del Estado Mayor del comandante del frente oeste. Había nacido en 1895, era hijo de un pastor protestante y poseía algunas condiciones que, según el criterio de Hitler, podían hacerlo aparecer como especialmente apto para el puesto del Estado Mayor. Durante la Primera Guerra Mundial había sido oficial de infantería; en el ejército de 100.000 hombres había participado en la instrucción de los oficiales auxiliares de conducción, pero no pertenecía a la esfera del Estado Mayor General del tipo anterior como tampoco a uno de los círculos destacados del Departamento de Tropas. En 1934 había pasado al arma blindada, más tarde, como teniente coronel, había trabajado a las órdenes de Warlimont en la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, dando después pruebas de su capacidad en Francia como jefe del Estado Mayor de la agrupación blindada del general Von Kleist y finalmente, en el invierno de 1940 a 1941, había ejecutado vestido de civil una misión especial en los Balcanes, reconociendo los pasos de los Rhodopes para el avance del grupo de ejércitos del mariscal List. El coronel general Halder, un hombre que por su aspecto exterior se asemejaba más bien a un profesor de una escuela superior, frecuentemente había causado en Hitler la impresión de ser un maestro áspero; representaba el tipo de un sabio taciturno y de un matemático que calculaba en forma fría y sobria. Zeitzler, por su parte, cuya apariencia maciza de por sí ya expresaba cierta fuerza dinámica, a primera vista representó el tipo de un hombre de acción. Dominaba los problemas de la guerra blindada moderna, pero no conocía ni podía conocer el ambiente particular del cuartel general del líder, con sus luchas e intrigas continuas entre los distintos círculos. De ningún modo era un estratega en el sentido del Estado Mayor antiguo, sino un práctico activo, un hombre del frente, que probablemente creía al comienzo que sería suficiente hablar a Hitler con franqueza y sinceridad para convencerlo de los conceptos militares válidos, pero muy pronto reconoció las dificultades de su nueva posición, después de lo cual muchas veces procedió ya en forma muy cautelosa, para no dar un traspié, lo que, sin embargo, no le evitó violentas explosiones del mal carácter de Hitler y múltiples discusiones con éste.

La desconfianza de Hitler contra el Estado Mayor era invencible. El

sucesor de Halder, como consejero del comandante supremo de las fuerzas armadas, solamente fué encargado de la conducción de las operaciones en Rusia, que Hitler podía controlar inmediatamente. Según lo expresa uno de los más destacados oficiales del antiguo Estado Mayor, el teniente general doctor Juan Speidel, el jefe del Estado Mayor fué rebajado de este modo a ser un comandante del frente oriental, pero disponiendo de derechos muchos menores que los que Hindenburg y Ludendorff habían tenido en la misma posición durante la Primera Guerra Mundial. Todos los demás teatros de operaciones fueron subordinados al Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas y su Plana Mayor de Conducción; pero esta última, comparada con el amplio organismo del Estado Mayor del Ejército, hasta numéricamente era débil ya para poder cumplir con todas sus obligaciones. Por tal motivo quedó todo el abastecimiento de los distintos teatros de operaciones en manos del cuartel maestro general del ejército.

El coronel general Jodl, el general de artillería Warlimont y el teniente general barón Treusch von Buttler-Brandenfels, jefe de la División Operaciones de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, pasaron a ser las figuras decisivas en esta nueva fase de conducción de la guerra. También estos tres hombres provenían del Departamento de Tropas y del Estado Mayor de la época de Beck. Goering denominaba a Warlimont como el «masón» de los generales. Jodl cayó pasajeramente en desgracia con Hitler porque se había atrevido a insistir en favor de la permanencia de Halder en su cargo. Por tal motivo tuvo que sufrir un terrible ataque de rabia del líder, que, según su propia descripción, nunca hubiera creído posible. Hitler le expresó su intención de reemplazarlo con el general Paulus tan pronto se hubiera «arreglado» el asunto de Stalingrado. Como un niño mal educado, Hitler durante algún tiempo se negó a darle la mano y a almorzar junto con los oficiales de su plana mayor. Cuando finalmente se decidió a participar de nuevo en los almuerzos comunes, se hizo acompañar por oficiales de la SS, como si temiese de que alguno de los oficiales de Estado Mayor pudiera sacarle la pistola. Surgió la idea de privar a los oficiales de Estado Mayor de su distintivo tradicional (las cintas de color carmesí en los pantalones) y reemplazar a éstas por un brazal. La sola mención de la palabra «Estado Mayor» ante Hitler bastaba para que éste se pusiera furioso; obraba sobre él como el paño colorado sobre el toro.

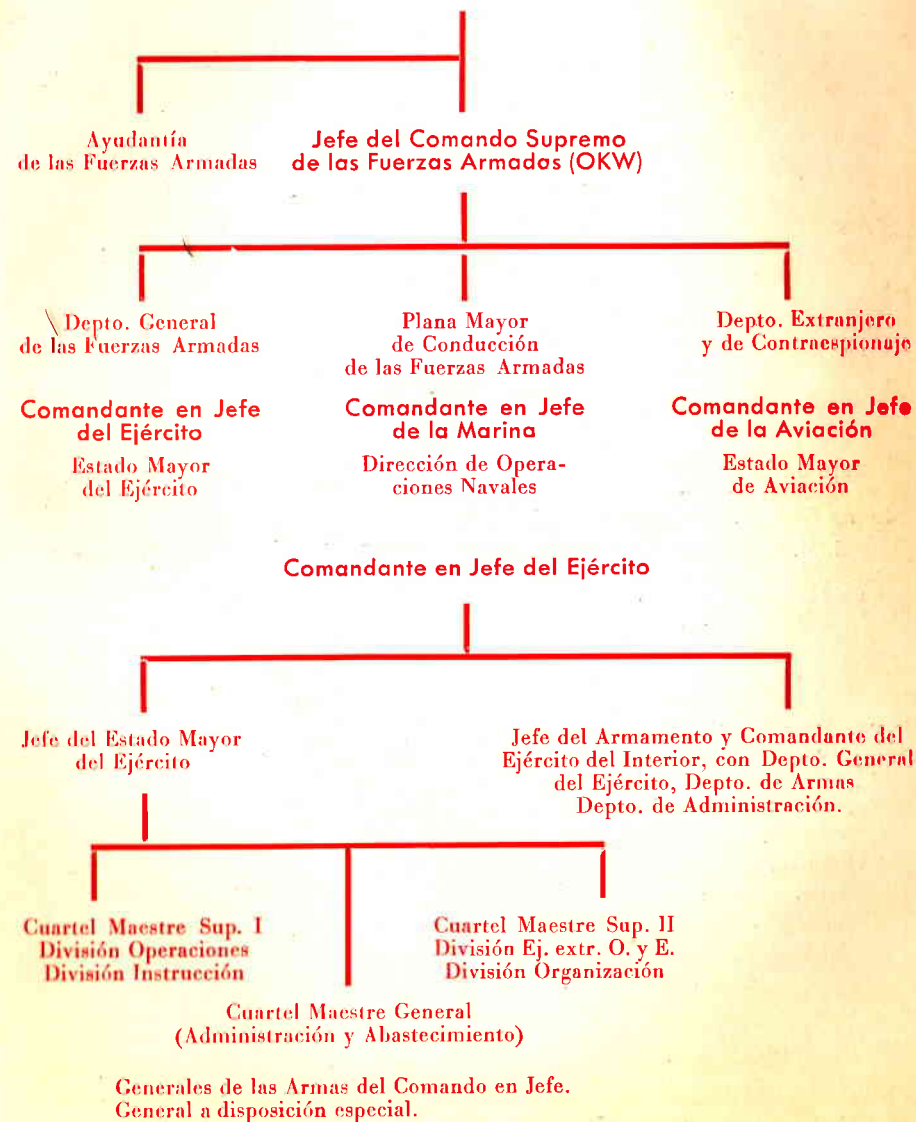
Esta época, en la que la conducción de «los teatros de guerra del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas» dependía directamente de Hitler, aunque algunos, como el teatro de operaciones del norte de África, distaran miles de kilómetros, representaba el comienzo del ocaso definitivo. Según el criterio de Warlimont, la misión de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas debía ser la coordinación de todos los esfuerzos bélicos, mientras que la conducción de las operaciones mismas debía quedar confiada al Estado Mayor del Ejército. Warlimont apreció que el método de dirigir directamente las operaciones en todos los teatros de guerra tan distantes representaba una desviación de la Plana

ORGANIZACION
DEL
ESTADO MAYOR

CUADRO VII

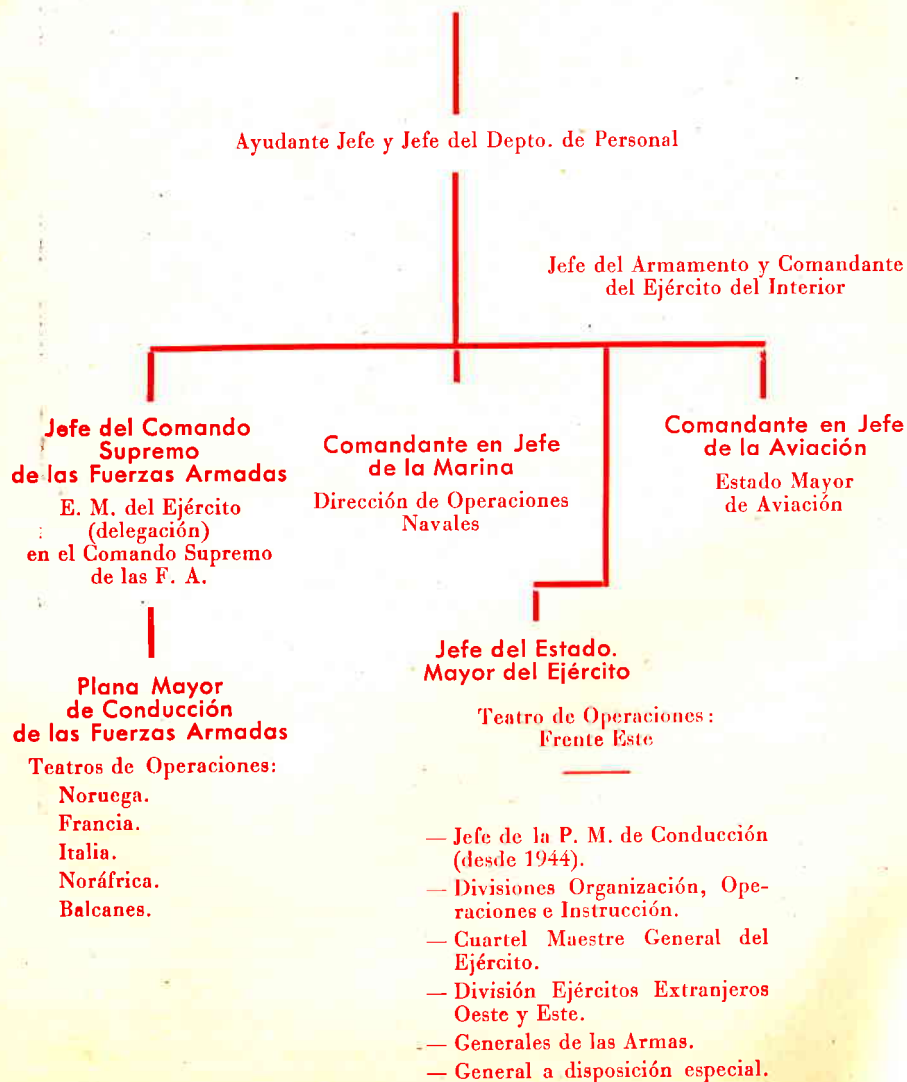
COMANDO SUPREMO ALEMAN. 1939 - 42

El Líder y Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas



COMANDO SUPREMO ALEMAN. 1942 - 45

El Líder como Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas
y Comandante en Jefe del Ejército



Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas de su misión inicial. Pero todos los esfuerzos que hizo para convencer al coronel general Jodl que no debía contentarse con el papel de jefe de un «segundo Estado Mayor» fueron en vano. Jodl creía en el genio militar de Hitler.

El general Zeitzler creyó conveniente simplificar la organización del Estado Mayor. En tal sentido fué suprimido el puesto del cuartel maestro superior I como reemplazante del jefe. En una de sus primeras alocuciones Zeitzler exigió a los oficiales del Estado Mayor fe y confianza; pero Hitler mismo hacía todo para destruir esa confianza. La sección «personal» del Estado Mayor fué separado del mismo y subordinada, junto con el Departamento de Personal del Ejército, a su ayudante en jefe, el mayor general Schmudt. De este modo se restableció la vieja y omnipotente Ayudantía General en todo su alcance. Los esfuerzos de Hitler evidentemente tendían a transformar el ejército, basado en la tradición prusiana, que siempre había sido en el fondo un elemento apolítico, en una organización política de tendencia nacionalsocialista. Esta intención se manifestó también en la creación de la «Organización de Conducción Nacionalista» (N.S.F.O.) dentro del cuerpo de oficiales, una especie de organización de delatores, cuyos encargados eran oficiales nacionalsocialistas y representaban una cosa intermedia entre comisarios políticos y propagandistas políticos. Su misión debía ser la educación del nuevo tipo de «soldado revolucionario». Muchas veces Hitler destacó a propósito cómo le había impresionado el hecho de que el Ejército ruso se hubiera identificado por completo con la ideología bolchevique. Lo mismo debía lograrse en el Ejército alemán en cuanto a la ideología nacionalsocialista. Hitler dijo a Keitel que quería formar generales del tipo de Tito, el jefe de los partisanos comunistas de Servia, que se destacaba cada vez más por sus actividades y que para todo esto no se necesitaba ya un Estado Mayor. La última fase de esta evolución fué la separación del servicio de contraespionaje del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas y su subordinación a la SS en mayo de 1944; la subordinación de las llamadas «armas de desquite» a la SS; el nombramiento de Himmler, el jefe supremo de la SS, como comandante del Ejército del Interior; la organización de las llamadas «divisiones de granaderos del pueblo» y de los «cuerpos de artillería del pueblo», que representaban una transición a un nuevo ejército revolucionario del futuro y la creación de organizacionesseudomilitares, como la «guardia del pueblo» y la «defensa del lobo» que no tenían nada común ya con las viejas tradiciones prusianas. Finalmente, durante los estertores del ocaso, se tomó la resolución de disolver totalmente la organización de conducción nacionalsocialista, dirigida por el jefe del Departamento General de las Fuerzas Armadas, el general de infantería Hermann Reinecke y reemplazarla con otra organización nueva, dirigida por el jefe de la cancillería del Partido Martín Bormann. De tal modo se celebraba sobre los escombros del ejército, el triunfo de la nueva ideología política.

VI

Mientras tanto, se agravaba la lucha entre las distintas fuerzas armadas por el reemplazo de personal. La adjudicación del reemplazo al ejército correspondía a las tareas de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas; Hitler, sin embargo, favorecía a la marina, a la aviación y a la SS. Speer luchaba encarnizadamente contra Himmler, que exigía la entrega de determinados porcentajes de toda la producción de armamentos a la SS. Daba la considerable reducción de máquinas en la aviación, el Estado Mayor del Ejército exigió que el personal sobrante fuera puesto a disposición del Ejército. Pero Goering se esforzó en convencer a Hitler de que este personal valioso, educado en el sentido nacionalsocialista, no debía ser expuesto a la influencia de los generales reaccionarios. En consecuencia fueron organizadas 22 nuevas divisiones, llamadas «divisiones de campaña de aviación, que no poseían ninguna experiencia en la lucha terrestre y sufrieron en seguida las más graves pérdidas. Más tarde el personal sobrante de las unidades de aviación fué reunido frecuentemente en formaciones de paracaidistas, que finalmente alcanzaron efectivos de cuerpos de ejército y se destacaron en la última fase de la guerra como unidades selectas de gran espíritu combativo. Mientras que el Estado Mayor declaraba que a lo sumo podrían organizarse 300 nuevas divisiones, Hitler ordenaba la creación de 450 para poder hacer alarde de grandes cifras en los papeles. Al organizarse estas divisiones, se evitó intencionalmente el completamiento de viejas unidades experimentales para impedir que continuara su tradición en el ejército; constantemente se organizaban nuevas unidades, perdiéndose de este modo la experiencia combativa de las tropas.

En forma semejante fué objeto de discusión el empleo de los rusos antibolcheviques, de los ucranianos y de los miembros de los demás pueblos reunidos en la Unión Soviética, asunto éste cuya solución se vió dificultada por la rivalidad de las diferentes autoridades supremas alemanas. Los grupos de ejércitos del frente ruso habían organizado en 1942 en amplia escala unidades para el servicio de seguridad o formaciones auxiliares con voluntarios, ex prisioneros de guerra y desertores. Además, el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas había autorizado la organización de legiones de voluntarios, formadas por miembros de los pueblos turcos y de las tribus del Cáucaso. La idea de reunir en unidades especiales a los voluntarios antibolcheviques de tendencia principalmente antitotalitaria fué apoyada ante todo por el mayor Schenk von Staffenberg, encargado de la formación de nuevas unidades en la División Organización del Estado Mayor y por su amigo, el teniente coronel barón Von Roenne, jefe de la División Ejércitos Extranjeros Orientales, ambos contrarios al régimen nacionalsocialista. Por iniciativa de Stauffenberg fué nombrado en el Estado Mayor especialmente un «general de las armas» para estas llamadas «tropas

orientales», el general Hellmich, que, como comandante de una división había sido castigado por Hitler durante la campaña de invierno de 1941 y era un gran conocedor del teatro de operaciones ruso. Todo esto se hizo sin que Hitler o la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas fueran informados al respecto. Zeitzler aprobó estas medidas bajo propia responsabilidad, apreciándolas como principios de una política razonable en Rusia. En contraste con estas actividades del Estado Mayor, el Departamento de Propaganda del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas presentó después a su propio candidato, el ex general soviético Wlassow, que había sido tomado prisionero por los alemanes y se ofreció a organizar un «ejército de liberación ruso» con prisioneros de guerra. Hasta en este campo de actividades tan apartado se notaba la duplicidad fatal en todas las medidas. Finalmente, tanto las aspiraciones de los voluntarios como los esfuerzos de Wlassow y de sus amigos y colaboradores, los ex generales soviéticos Shilenkow, Truchin y Malyschkin, de nuevo fueron desbaratados por la «política colonial» de los potentados nacionalsocialistas, encargados de la administración de los territorios ocupados en Rusia. De este modo dejó de aprovecharse una de las mayores posibilidades reales para derribar el sistema bolchevique.

Después de haber eliminado la influencia del Estado Mayor en la mayoría de los teatros de operaciones, Hitler intervino más que nunca también en los detalles de la conducción de guerra. No todas las medidas que sugirió eran erróneas, pero muchas cosas se hacían demasiado tarde y con frecuencia sus nuevas intuiciones geniales alternaban con errores fatales e ilusiones insensatas que sostenía tenazmente. La manía especial de Hitler era introducir incesantemente nuevas armas, una tendencia totalmente contraria a la moderna producción en serie de los armamentos, que debe limitarse a la fabricación de determinados tipos *standard*. La construcción de un nuevo tanque pesado, el «Tigre», de un tanque superpesado, el «Tigre Real» y de un tanque más liviano, la «Pantera», que debía ser capaz de luchar con los distintos tipos de tanques soviéticos; el agrandamiento del calibre de los cañones antitanques, indispensables según las experiencias hechas con los tanques pesados soviéticos; la introducción de un proyectil con carga hueca para la defensa antitanque; todas esas innovaciones fueron causadas por iniciativa de Hitler, o, por lo menos fueron favorecidas por él. En forma precipitada y celosa Hitler se ocupó ahora de la construcción, descuidada durante tanto tiempo de los cohetes de largo alcance, impulsados por líquidos y de las bombas volantes con aletas, cuyo desarrollo el ejército había adelantado antes durante tanto tiempo. Estas llamadas «armas de desquite» debían representar la represalia alemana contra los ataques aéreos ingleses. Bajo el mando del general de artillería Heineman, varios regimientos de artillería fueron instruidos en el empleo de la nueva «arma milagrosa», iniciándose en la costa occidental de Francia la construcción de rampas de lanzamiento para la misma. La propaganda hizo todo lo posible para cubrir todo este asunto con el velo del secreto y despertar al mismo tiempo esperanzas exageradas

respecto a su valor, al igual de lo que hizo con el sistema de fortificaciones de la costa occidental europea, la célebre «Muralla del Atlántico».

En lo sucesivo imperó una forma de impartición de órdenes de lo más rígida en todos los detalles. Los comandantes de grupo de ejército fueron limitados a su propio sector local y se les prohibió informarse sobre la situación de otros sectores del frente, de otros teatros de operaciones y hasta de lo que sucedía en el campo de la política exterior. Hitler mismo hacía venir a su cuartel general a oficiales del frente, hasta el grado de jefe de compañía, para interrogarlos sobre la situación. El general Blumentritt comprobó extrañado que la forma de la impartición de las órdenes, célebre desde los días de Gneisenau por su concisión y claridad, llegó a ser ahora muy prolija y detallada debido a la deficiente disciplina mental de Hitler. Por otro lado, el teniente general Treusch von Buttlar-Brandenfels declaró más tarde que, frente a las directivas estrictas impartidas por Hitler, el método de las «órdenes de goma» representaba frecuentemente el único medio de dejar aún a los comandantes de grupo de ejércitos y de ejército un cierto margen de libertad en sus resoluciones. Con tal fin se redactaban las órdenes de modo que fuera posible interpretarlas de distinta manera.

VII

Poco a poco aumentaron el desenfreno y la ferocidad en la conducción de la guerra. El 18 de octubre Hitler ordenó que los miembros de los llamados «comandos», los pelotones de choque o de reconocimiento procedentes de Inglaterra, que desembarcaban continuamente en las costas de Francia, Noruega e Italia, así como los paracaidistas enemigos, fueran aniquilados sin más, aunque se tratara de soldados regulares. Igualmente se procedió en la guerra de partisanos de Rusia y los Balcanes (que adquiría sobre todo en la zona de retaguardia del frente oriental, proporciones cada vez mayores y representaba un peligro considerable para todo el abastecimiento), tomando represalias, fusilando a rehenes y recurriendo a destrucciones y deportaciones en masa. Varios comandantes de grupo de ejércitos y de ejército de este modo llegaron a estar en contacto con un sistema de terror que era contrario a toda tradición militar; pero no estaban en condiciones de evitarlo. Sin embargo, los órganos ejecutivos de la SS guardaban un secreto estricto sobre las medidas más terribles, como, por ejemplo, el aniquilamiento de judíos rusos en las cámaras de gas o su cremación en los campos especiales de la Silesia superior y en Polonia. Todas estas medidas dieron a esta guerra ideológica degenerada, un aspecto que no había tenido desde los días de Tamerlán. Hitler mismo hablaba de sí y no de mala gana, como si fuera una mezcla de Cristo y de Tamerlán.

El general Zeitzler, el nuevo jefe del Estado Mayor, pronto reconoció que se encontraba ante una tarea irrealizable. ¿Qué podía hacer seria-

mente con un comandante supremo que se atrevía a criticar los mapas del Estado Mayor desde el punto de vista artístico, exigiendo que se enderezaran ciertos «sectores del frente que ofrecían un aspecto feo»? Por otro lado, también Hitler debía reconocer pronto que tampoco Zeitzler era un «verdadero general revolucionario». Hasta se negó a aceptar de Hitler una de las donaciones usuales con las cuales había agraciado a la mayor parte de los mariscales, en primer término a Keitel y Von Kluge y muchos comandantes de ejército. Por otra parte, el Estado Mayor también fué responsable parcialmente de que finalmente se originara una situación tan insoportable. Bajo la jefatura de Halder, el Estado Mayor había colaborado en todos estos sucesos sin tratar de transformar la resistencia en una acción activa, aunque la mayoría de los oficiales destacados habían reconocido claramente la insuficiencia militar, humana y moral de Hitler. El Estado Mayor seguía tratando de reivindicar para sí el viejo derecho de la corresponsabilidad, exigido antes por Massenbach y formulado por Gneisenau, y el derecho de dirigir las operaciones, sin poseer en el fondo la posibilidad de poner en práctica y realizar estas pretensiones. De tal suerte, por lo mismo que trataba de mantener la situación que le quedaba aún, adquirió cada vez más la fama odiosa de que no era más que el ejecutor de las órdenes de Hitler. El renovador del Estado Mayor, el coronel general Beck, hablaba con rabia desesperada y a la vez impotente de la «traición» cometida contra la tradición del Estado Mayor.

Esta fué la herencia que recibió el general Zeitzler y ésta era en resumen la situación al comienzo del invierno de 1942, cuando la campaña del verano, a la cual el Estado Mayor se había opuesto y que a pesar suyo tuvo que preparar después, terminó fatalmente en un callejón sin salida. En uno de sus últimos grandes discursos públicos, Hitler había declarado en forma ampulosa que los alemanes estaban en Stalingrado y que se quedarían allí y que donde un soldado alemán plantaba el pie nadie lo sacaba. A pesar de ello no podía negar que la lucha encarnizada por Stalingrado continuaba, que esta ciudad se estaba convirtiendo en otro Verdún y que consumía las fuerzas de los dos ejércitos alemanes que luchaban allí. La campaña de verano, si bien había producido algunos éxitos, no había logrado ningún éxito decisivo. Con la batalla de Stalingrado se iniciaba ahora la bancarrota de la estrategia hitlerista, de las ilusiones y del prestigio. La idea de la gigantesca operación de tenaza contra el Medio Oriente se esfumó. Turquía se negó a aceptar las proposiciones alemanas de una alianza. La ofensiva en el Cáucaso se detuvo y el mariscal List pidió autorización para retroceder. Ocurrió el caso sumamente raro de que el coronel general Jodl lo visitara personalmente para reconocer la situación, debiendo admitir que List tenía razón. Pero Hitler siguió fanático; lo que se había conquistado una vez no debía abandonarse más. List fué destituido en noviembre de 1942, siendo reemplazado por el mariscal Von Kleist. El comandante de una división, el general conde Sponeck, fué echado del ejército y condenado a arresto en una fortaleza por haber ejecutado por su cuenta movimientos retrógrados de orden local. Pero todo esto fué inútil, pues finalmente también el mariscal Von Kleist se vió obligado a iniciar la retirada.

A fines de noviembre el mariscal Rommel, que había llegado hasta proximidades de Alejandría, fué derrotado en El Alamein. Por primera vez un conductor militar inglés, el comandante del 8.º Ejército, sir Bernard Law Montgomery, había organizado un moderno ejército de ataque blindado, apoyado por abundantes fuerzas aéreas. En vano Rommel aconsejó retirar de África las selectas divisiones alemanas antes de que fuera demasiado tarde, para emplearlas en el frente ruso. El 8 y 9 de noviembre de 1942 considerables fuerzas anglo-norteamericanas desembarcaron en la costa atlántica de Marruecos, colocando ahora al Ejército alemán de África entre dos fuegos y haciendo desesperada la posición italiana en el Mediterráneo. La apresurada ocupación del sur de Francia, de la isla de Córcega y de Túnez por divisiones alemanas e italianas y el envío del 5.º Ejército Blindado, mandado por el coronel general Von Arnim, a Túnez, no pudieron modificar ya el desarrollo ulterior de los acontecimientos. Estas medidas produjeron solamente una nueva superextensión de todos los frentes y consumieron fuerzas cuya falta se hizo sentir después dolorosamente en otros lugares.

En Rusia, mientras tanto, comenzaba una nueva fase de la batalla de Stalingrado. Los grupos de ejércitos del «frente del Don» y del «frente de Stalingrado», mandados por los mariscales Rokossowsky y Jeremenko, pasaron a auxiliar ahora al 62.º Ejército ruso que defendía la ciudad. El 19 de noviembre de 1942 los rusos empezaron la ofensiva contra el flanco muy extendido de la cuña de ataque alemana a lo largo del Don, como Halder lo había predicho ya a Hitler durante el verano. El primer choque fué dirigido contra el 3.º Ejército rumano, que debía cubrir el ala izquierda del 6.º Ejército alemán, siendo derrotado aquél por completo. El 48.º Cuerpo de Ejército Blindado, compuesto de una división blindada alemana y una división blindada rumana, disponiendo ésta solamente de un material anticuado capturado en Francia, no pudo intervenir ya a tiempo, como se había proyectado. Hitler destituyó inmediatamente al comandante del cuerpo, el general Heim, amenazando fusilarlo. Pero todo fué inútil. Todo el frente del Don empezó a derrumbarse.

En un espacio cuyo diámetro inicial era de 60 kilómetros, ubicado entre los ríos Volga y Don, fué encerrado así el 6.º Ejército alemán, mandado por el general Paulus.

La primera reacción de Hitler fué sacar fuerzas del Grupo de Ejército A, aunque éste se encontraba también en el Cáucaso en una situación sumamente difícil y reforzar con ellas el 4.º Ejército Blindado, para darle la posibilidad de liberar al 6.º Ejército, encerrado en Stalingrado. Pero la situación operativa del Cáucaso no permitió ejecutar esta idea ilusoria. Mientras que sobre la estepa del Don, cubierta de nieve y batida por las tempestades glaciales, el 6.º Ejército alemán se debatía por su existencia, se libraba en el cuartel general del líder una lucha no menos encarnizada. Una vez más el Estado Mayor, consciente de su responsabilidad en la dirección de las operaciones, luchó por su derecho de participar en la decisión. Zeitzler expresó a Hitler en forma franca y directa que era un «crimen» dejar el 6.º Ejército en Stalingrado. Finalmente, en la noche

del 23 al 24 de noviembre, creyó que había logrado que Hitler daría la orden de romper el cerco y comunicó esto también al comando del Grupo de Ejército B. Por otro lado, en la mañana del 24 de noviembre, el mariscal Von Weichs estaba decidido a ordenar por propia responsabilidad al general Paulus que iniciara la ruptura. Pero en este momento llegó sorpresivamente una directiva de Hitler que prohibía terminantemente cualquier ruptura del cerco. Para un hombre como Hitler, era necesario irremisiblemente que el 6.º Ejército luchara en el lugar donde estaba y se convirtiera, según su criterio, en un baluarte gigantesco para los frentes que vacilaban y retrocedían sobre el Don y el Terek, en el norte del Cáucaso. Goering, el comandante en jefe de la aviación, ya duramente castigada, cuyo prestigio personal había disminuido considerablemente, reconoció la oportunidad de volver a primer plano y aseguró que era capaz de garantizar el abastecimiento de Stalingrado desde el aire. Así el Estado Mayor perdió la batalla en el frente interior contra la aviación, pues la argumentación del «mariscal del Reich» tenía más peso que la de Zeitzler, un hombre que debía formar recién su prestigio. Hitler ordenó que el 6.º Ejército se defendiera en un dispositivo de erizo, atribuyéndole el mismo la pomposa denominación de «fortaleza de Stalingrado». La posición del Estado Mayor en esta crisis no dejaba de ser realmente trágica. No podía hacer más que suministrar a la conducción suprema las bases para la resolución y aunque poseyera un criterio mejor, no tenía ninguna posibilidad legal de impartir órdenes por su cuenta si el comando supremo no usaba en forma acertada las bases que le había entregado.

Durante el invierno otra vez varios generales caídos en desgracia sufrieron castigos disciplinarios. Fueron destituidos los comandantes de los Ejércitos 2.º y 17.º, los generales Von Salmuth y Ruoff y el comandante de un cuerpo de ejército blindado, el general Von Wietersheim. Nuevamente Hitler recurrió a medidas de terror como antes en el caso de los generales Sponeck y Heim. En cuanto al 6.º Ejército, que disponía sólo de reducidas existencias de alimentación, combustible y munición y cuyo abastecimiento indispensable por la aviación se había mostrado irrealizable, veía acercarse mientras tanto en la nieve y el hielo la catástrofe inevitable. En graves luchas incesantes se estrechaba el cerco ruso. Por lo menos se había logrado inducir a Hitler que el mejor estratega del ejército oriental, el mariscal Von Manstein, fuera encargado de restablecer el frente del Don y levantar el cerco del 6.º Ejército. Con tal fin este mismo ejército, más los restos del 4.º Ejército Blindado, los Ejércitos rumanos 3.º y 4.º y una agrupación de ejército, que estaba organizándose bajo el mando del coronel general Holidt, fueron reunidos bajo el mando supremo de Manstein, con el nombre de «Grupo de Ejército del Don»; Manstein exigió que el Cáucaso fuera evacuado, que el 6.º Ejército iniciara el rompimiento del cerco y que fuera constituida una sólida línea defensiva a lo largo del Donetz. El mariscal Von Weichs fué trasladado a los Balcanes como comandante del Grupo de Ejércitos F. Manstein inició una ofensiva de alivio y las puntas de las unidades atacantes avanzaron

hasta una distancia de 50 kilómetros de Stalingrado; pero las unidades blindadas del general Paulus no disponían ya del combustible necesario para unirse a ellas. El ataque de socorro se detuvo y a continuación el Grupo de Ejércitos del Don forzosamente se vio arrastrado por el movimiento retrógrado general de todo el frente, causado por las derrotas que sufrieron los italianos y húngaros en la región del Don superior. Muy pronto Manstein debió comprender que, si bien el 6.º Ejército era su preocupación principal, no era la única. Detrás de la catástrofe que se perfilaba en la zona de Stalingrado, estaba surgiendo un desastre mucho mayor, el derrumbamiento de todo el frente meridional. Muy pronto Manstein, ahora comandante supremo del sector sur, se vio también en la necesidad de ayudar al mariscal Von Kleist para facilitarle su retirada desde el Cáucaso hacia la región de Kubán.

VIII

El hambre, el frío y las pérdidas sangrientas diezmaron rápidamente los efectivos del 6.º Ejército. Todavía tenía el general Paulus la posibilidad de substraerse por propia iniciativa a la situación insoportable, efectuando un rompimiento violento del cerco hacia el oeste. El comandante del 51.º Cuerpo de Ejército, el general de artillería Von Seydlitz-Kurzbach, exigió, junto con varios otros comandantes superiores, que este rompimiento se efectuara antes de que fuera demasiado tarde. El general Paulus había sido cuartel maestro superior I en el Estado Mayor y como tal había vivido la lucha inútil de Halder, por el mantenimiento de su cargo. Paulus era, sin duda, un representante típico de aquella generación de oficiales de Estado Mayor a los que más tarde, en sus memorias, el ex agregado militar alemán en Londres, el barón Geyr von Schweppenburg, un partidario de Beck, hizo el reproche de que su horizonte mental se hubiera «estrechado». Con esto quiso caracterizar la orientación completamente unilateral del Estado Mayor que se interesaba exclusivamente por los asuntos profesionales militares, descuidando los intereses generales referentes al conocimiento del mundo y de la vida. Paulus era nada más que un militar, que veía su deber más profundo en la obediencia; nunca se había interesado por la política y en el aislamiento en que se encontraba ahora, quién sabe si reconocía hasta qué punto su perseverancia inútil en Stalingrado estaba convirtiéndose en la piedra angular del destino del pueblo alemán y al mismo tiempo del destino de la organización militar, a la que pertenecía personalmente.

La catástrofe que se acercaba, el sacrificio insensato de un ejército entero, causado por la terquedad de un individuo aislado que quería sostener su prestigio, prestó una nueva fuerza creciente y decisiva a la oposición militar. La confianza del cuerpo de oficiales en Hitler disminuía cada vez más. Revivió ahora la oposición de los «generales del Estado Mayor»,

como Keitel y Jodl denominaron a los defensores de la tradición en un memorándum que redactaron juntos para los aliados. En este memorándum ambos militares partidarios del sistema hitlerista reprochaban al Estado Mayor que la guerra había sido para él solamente una cuestión de método, mientras que el sostenimiento de sus prerrogativas había sido el motivo principal de su acción. El coronel general Beck esbozó ahora un plan, según el cual el rompimiento del cerco por propia iniciativa por el general Paulus debía ser la señal para una acción colectiva de todos los mariscales contra Hitler para obligarlo a renunciar. Casi todos estos hombres eran ex miembros del Estado Mayor; sin embargo, desde hacía mucho tiempo ya la uniformidad del pensamiento había desaparecido entre ellos. El plan se basaba en dos condiciones ficticias y erróneas: por un lado, en la idea de que un hombre como Paulus pudiera decidirse a una acción al estilo de Yorck von Wartenburg y por el otro, que todos los mariscales pudieran estar de acuerdo con tal modo de proceder. Pero, en este momento ni Rommel, ni Rundstedt, ni Manstein hubieran estado dispuestos a participar en tal acción. Ante todo Manstein, quien, impresionado por la intensa lucha que sostenía todo el frente meridional, veía solamente la grave amenaza de que la marea oriental pudiera romper y destruir los débiles diques alemanes e inundara después a toda la Europa central. Manstein consideraba que era imposible cambiar el *jockey* en plena carrera y que un golpe de Estado era un peligro para el frente oriental, que luchaba en forma sobrehumana. Rundstedt, el viejo aristócrata prusiano, que de ningún modo era un amigo del régimen nacional-socialista, al cual criticaba continuamente con sus frecuentes observaciones sarcásticas, estaba convencido de que la situación podía salvarse aún si el Estado Mayor lograba reconquistar la libertad de acción; pero él mismo no se sentía ya suficientemente fuerte como para obligar a Hitler a ello.

La proyectada «acción de los mariscales» fué favorecida en el Estado Mayor en la forma más calurosa por el mayor Stauffenberg, el encargado de la formación de unidades nuevas en la Dirección Organización. En los frecuentes viajes de servicio que tuvo que hacer a todos los comandos de grupo de ejércitos y de ejército, trató de conocer las opiniones de los comandantes superiores en cuanto a un paso colectivo frente a Hitler convencido de que no se debía contemplar el derrumbe de todo sin hacer nada y creyendo que quizás era éste el último momento decisivo no sólo para el destino del Estado Mayor, sino también para el ejército entero y el pueblo alemán. Sus tentativas terminaron en una gran decepción. A pesar de ello, posiblemente una observación extraordinaria de Manstein le dió el primer impulso de una resolución que debía madurar recién mucho más tarde. Manstein había dicho al joven mayor que nada podía hacerse sin una orden de un superior; alguien debía impartir la orden correspondiente. Probablemente lo había dicho más bien en forma irónica que pensando seriamente en ello. Pero de cualquier manera es posible que la idea que surgió más tarde de usurpar la autoridad de mando, tuviera una de sus raíces en las impresiones desfavorables que Stauffenberg

recibió en aquel entonces del desconcierto y el temor de los mariscales de tomar una resolución.

El jefe del Estado Mayor se vió ante la necesidad de convencer a Hitler de que era indispensable cambiar el modo de proceder. La mayoría de los oficiales destacados del Estado Mayor veía la salvación en un acortamiento del frente oriental, que debía lograrse mediante una retirada general de los ejércitos alemanes hacia posiciones de recibimiento favorables. En esta forma se dispondría otra vez de fuerzas para ejecutar una defensa activa en espacios amplios y se recuperaría la libertad de acción. Además, debían evitarse las defensas insensatas en forma de erizo así como los cercos y, mediante el empleo económico de las propias fuerzas, debía debilitarse paulatina y decisivamente las masas de millones del adversario mediante una defensiva tenaz, alternada con contraataques. Empleando tal táctica, hasta el sacrificio del ejército del general Paulus en Stalingrado hubiera adquirido aún cierto sentido, si hubiese servido para organizar un nuevo sistema de defensa.

El mayor obstáculo para la realización de esta idea era, sin embargo, la personalidad de Hitler. Tanto éste como Jodl se habían acostumbrado a disponer de todos los medios en forma ilimitada. La mentalidad de Hitler no era capaz de familiarizarse con las posibilidades de una defensiva elástica; además, su fantasía evidentemente estaba empobreciendo y era reemplazada por una terquedad obtusa, que se concentraba con toda fuerza en un solo objetivo: sostener lo conquistado. Para él cada retirada era una pérdida y la tropa tenía que morir donde estaba. Nunca la vida de los hombres había tenido importancia para él y le era completamente indiferente. Esta actitud de Hitler dió lugar ahora a nueva lucha, con el fin de lograr una modificación de la jurisdicción de las supremas autoridades militares; Zeitzler la consideró indispensable para poder salvar el frente oriental y trató de alcanzarla por todos los medios de que disponía aun cuando lamentablemente éstos eran muy limitados. Los planes de Zeitzler tendían a la creación de un comando supremo e independiente del frente oriental; además, Keitel debía ser reemplazado por una personalidad más fuerte y los dos comandos en jefe debían ser reunidos en un estado mayor común de las fuerzas armadas, al cual debía ser subordinada también la SS Armada; de este modo el cuartel general del líder quedaría reorganizado totalmente. En lo concerniente a la dirección del nuevo Estado Mayor proyectado, Zeitzler mismo estaba dispuesto a hacer caso omiso de su persona y había resuelto aceptar también a hombres como Jodl en el cargo de su jefatura. Si esta solución se hubiera aplicado, Hitler habría quedado como comandante supremo, pero hubiera sido separado considerablemente de las tareas de conducción de la guerra. Pertenecía a este programa también la dirección unificada de toda economía de armamentos en manos del cuartel maestro general y su desarrollo exclusivo según las necesidades militares.

Una reforma tan fundamental en la conducción del Ejército y del Estado encontró enemigos no sólo en Hitler y los miembros de su séquito militar inmediato, que temían por el mantenimiento de sus posiciones de

influencia, sino también en los comandantes en jefe de las demás fuerzas armadas, la marina, la aviación y la SS Armada, y General, bajo el mando de Himmler. Ante todo éste y el gran almirante Doenitz, sucesor de Raeder como comandante en jefe de la marina, fueron los adversarios más encarnizados del restablecimiento del anterior Estado Mayor General en cualquier forma. Este problema de la reorganización de las supremas autoridades fué para muchísimos oficiales de Estado Mayor el impulso para que pasaran a las filas de la oposición.

Frente a la catástrofe inminente de Stalingrado, hasta Ribbentrop se puso nervioso y aconsejó a Hitler hacer una paz por separado con Rusia, ya que disponía de ciertas relaciones a través de Suecia para entablar las negociaciones necesarias. Hitler le contestó que antes la situación militar debía cambiar fundamentalmente. El 22 de marzo de 1943 se reunieron para un cambio de ideas en el domicilio del conde Pedro Yorck von Wartenburg, en Berlín, los hombres más destacados de los círculos más importantes de la oposición, los partidarios de la idea de un golpe de Estado, como el coronel general Beck, el doctor Goerdeler, el profesor Popitz y el ex embajador Von Hassell y los defensores de una gran reforma social-conservadora, como el conde Moltke, el conde Von der Schulenburg y Von Trott zu Solz. Goerdeler siempre mantenía la idea de confiar en caso de un golpe de Estado la regencia al ex príncipe heredero de Prusia o al segundo hijo del mismo, que tenía derecho a la sucesión, el príncipe Luis Fernando. El círculo opositor de los aristócratas jóvenes, al que pertenecían hombres que ostentaban los nombres más destacados de la historia prusiana, como Moltke, Schwerin, Yorck y Schulenburg, ya había reconocido que la monarquía no tenía ya ninguna importancia para las masas y que el porvenir debía ser determinado por un socialismo moderado, basado en las grandes masas populares, las cuales para un hombre como Von Hassell siempre parecían tan extrañas y enigmáticas.

Un día después de esta conferencia secreta en Berlín, Roosevelt y Churchill terminaron sus deliberaciones en Casablanca, en las cuales se pusieron de acuerdo sobre la ejecución de un desembarco anglo-americano en Europa y sobre la exigencia de una capitulación incondicional a Alemania. Esta exigencia en el fondo representó un golpe mortal para las esperanzas del gobierno revolucionario proyectado, así como para la oposición militar del Estado Mayor, ya que significaba que las potencias aliadas no aceptarían negociar con un «honesto» gobierno alemán. Por otro lado, fué un estímulo poderoso para la tesis de la propaganda de Goebbels de que el país y el líder, es decir, Alemania y Hitler eran idénticos, y que el destino de Hitler y el del pueblo alemán eran inseparables. Cuando en 1943 el ministro de Relaciones Exteriores inglés, Antonio Eden, recibió otra vez informaciones sobre los esfuerzos de los círculos opositores alemanes de constituir un nuevo gobierno que pudiera concertar un paz de entendimiento, contestó en forma negativa, diciendo que había sido engañado demasiadas veces.

IX

El 2 de febrero de 1943 capituló en Stalingrado el 6.º Ejército alemán, cuyos efectivos habían disminuído a 90.000 hombres. Poco antes Hitler había ascendido a Paulus al grado de mariscal. Paulus había sido elegido también por el líder como el futuro jefe de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, después que había rechazado varias intimaciones del mariscal Rokossovsky a rendir las armas. Ahora cayeron como prisioneros en manos rusas un mariscal alemán, 24 generales y unos 2.500 oficiales. Era la más grande derrota que había sufrido jamás un ejército alemán; era un nuevo Jena.

Hitler sostenía ahora la tesis de que el sacrificio del 6.º Ejército y de su comandante había permitido restablecer el frente oriental, y el ministro de Propaganda del Reich, doctor Goebbels, proclamó la «guerra total», el último y sumo esfuerzo del pueblo alemán para obtener el triunfo, aun cuando éste, en realidad, ya había sido perdido definitivamente. La derrota de Stalingrado representó la segunda fase decisiva de la guerra, habiendo sido la primera la crisis del invierno de 1941 a 1942; ella representó al mismo tiempo la derrota definitiva tanto del arte de conducción tradicional como de la insistencia continua del Estado Mayor de dirigir las operaciones frente al despotismo y terror de Hitler. Otra consecuencia no menos grave fué que el Ejército alemán del este nunca más pudiera reemplazar ya las pérdidas de material que sufrió en las derrotas de la segunda campaña de invierno. Así se perdió la superioridad de la artillería alemana sobre la soviética y la falta de tractores hizo que la mayoría de los regimientos de artillería se transformaran de nuevo en unidades hipomóviles, mientras que en Rusia se había iniciado, en 1942, la producción en masa de piezas de artillería autopropulsada. La decadencia del arma blindada alemana fué todavía mayor. Durante los años 1943 a 1945 la mayoría de las divisiones blindadas alemanas fueron en realidad solamente agrupaciones blindadas, en las que habían sido reunidos todos los tipos de vehículos blindados, desde los tanques de comando sin armamento alguno, hasta los automóviles blindados de exploración inclusive. En 1944 la relación entre el número de los tanques rusos y alemanes era de cinco a uno.

Mientras tanto se anunciaba, a principios de 1943, la segunda catástrofe en el norte de África. Libia había sido perdida y las fuerzas alemanas e italianas fueron comprimidas en Túnez, donde se encontraron colocadas entre el 8.º Ejército inglés, mandado por el general Montgomery, que se acercaba desde el este, y el Ejército franco-norteamericano del general Eisenhower, que avanzaba desde Argelia. El mariscal Rommel, que había enfermado de ictericia, fué relevado. Había deseado que Guderian fuera su sucesor, sin considerar que el organizador del arma blindada

dada alemana tampoco hubiera estado en condiciones de cambiar el destino de las fuerzas encerradas en Túnez. Hitler tampoco nombró a Guderian comandante en jefe en el norte de África, sino al coronel general Von Arnim.

La catástrofe de Stalingrado ejerció una impresión muy profunda sobre la oposición militar, cuyo carácter se modificó ahora en forma decisiva. En el aspecto legal la lucha que sostenía el general Zeitzler por la reorganización de las autoridades militares supremas llegó a su fase crítica; además se formó en el Ejército, con carácter ilegal, en general en los grados de mayores generales y de jefes más jóvenes, una nueva clase opositora, cuya base espiritual fueron principalmente las tendencias tradicionales del Estado Mayor. Desde 1939 a 1942 había existido en Alemania un «gobierno revolucionario en proyecto», que buscaba un Ejército capaz de realizar el golpe de Estado. Ahora se formó un grupo opositor de oficiales que buscaban un gobierno capaz de iniciar negociaciones con los aliados, para llegar a una paz constructiva en bien de Alemania y de todo el continente europeo. La figura más destacada de este grupo opositor de oficiales fué, sin duda alguna, el teniente coronel Stauffenberg.

Nicolás Felipe Schenk conde von Stauffenberg, descendiente de la vieja nobleza suava, había nacido en 1907 como hijo de un mayordomo mayor de la corte de Wurtemberg. Se incorporó en 1926 como aspirante a oficial al 17.º Regimiento de Caballería, en Bamberg, y dió su examen final en la Escuela Militar como el mejor aspirante de caballería. En 1936 fué destinado a la Academia de Guerra y en 1938 al Estado Mayor. Formando parte de la 1.ª División Ligera, que al estallar la guerra se transformó en la 6.ª División Blindada, participó en la campaña de Polonia y en la primera parte de la campaña de Francia, hasta que, al comienzo de junio de 1940, fué trasladado a la División Organización del Estado Mayor.

Dado que poseía una verdadera cultura moral y del espíritu, sensible a todo y dotado de un interés ferviente y muy comprensivo por todos los problemas políticos, históricos y sociales, Stauffenberg era una personalidad que sobresalía notablemente del nivel medio de los miembros de su clase social y de sus camaradas. Aunque no negaba la importancia de la tradición, estaba convencido de que el sólo mantenimiento de la misma nunca podía ser suficiente y que la nueva época exigía buscar nuevos caminos y nuevos ideales. A pesar de una cierta inclinación artística, que le hacía adorar a Esteban George (*) y su círculo tan aristocrático y afecto a la estética parecía ser un conductor militar predestinado. La amabilidad que irradiaba, unida a la seriedad con que se dedicaba a los problemas contemporáneos, su serenidad y la costumbre de escuchar pacientemente a cualquiera que le hablaba, lo hacían aparecer no solamente como un hombre realmente eminente, sino también como una personalidad fascinante, dotada de una fuerza atractiva irresistible.

(*) Ponta alemán nacido en 1868.

En el Estado Mayor se enfrentó ahora, por primera vez, al demonio personificado en Hitler, un hombre que no sólo poseía la honradez y decencia común entre la generación más vieja de los oficiales, sino que poseía, además, una fuerza y pasión personal propias en el sentido más noble. Stauffenberg mismo conocía exactamente su propia capacidad y el valor de su personalidad y estaba decidido a emplearlas en caso necesario, precisamente porque, según su criterio, la virtud más alta del oficial de Estado Mayor, a la par de un esmerado y serio trabajo científico, era el amor a la responsabilidad y la decisión.

La infracción permanente al derecho que se veía continuamente en Alemania, y ante la cual no se hizo el ciego como otros tantos de sus camaradas, causó en su fuero interno una rebelión contra un régimen que renegaba de las mejores tradiciones espirituales de Alemania y de la Europa occidental. Por otro lado, Stauffenberg era militar y por cierto un militar de talento y entusiasmado de su profesión. El camino que tenía que recorrer no era fácil. Durante los tristes meses del invierno de 1939 a 1940 surgieron también en su alma las dudas y el escepticismo. La victoria en Francia, este triunfo tan sorprendente, había despertado, por supuesto, su orgullo de soldado, pero ello no podía ser suficiente para dejar contento a un hombre de su tipo, al no dársele una contestación sobre el sentido de la victoria. Le parecía inútil si no traía aparejada la supresión de las luchas fratricidas y aniquiladoras a la antigua usanza de los Estados nacionales europeos entre sí. En cuanto a la pregunta si Hitler era el hombre capaz de llevar a cabo tal cambio, solamente podía ser contestada en forma negativa, considerando todo lo ocurrido después.

Sin embargo, por de pronto parecía como si el destino mismo quisiera intervenir. El 21 de abril de 1943, el hombre que representaba la última esperanza de los oficiales jóvenes de Estado Mayor fué herido gravemente en Túnez, en un ataque de aviones en bajo vuelo. La mano derecha le fué arrancada, la izquierda quedó mutilada; además, perdió la vista en el ojo derecho y al principio hasta pareció que iba a quedar ciego por completo. El mismo lo temió inicialmente, y ésta fué sin duda una de las experiencias más mortificantes y amargas que pudo vivir un hombre de su talento y perspectivas; con mayor razón al considerar que lo que había visto en Túnez le había reforzado su convicción de que el ocaso del Ejército y del Estado eran inevitables si no intervenía alguien enérgicamente.

Poco después de la catástrofe de Stalingrado se formó, entre los oficiales del comando del Grupo de Ejércitos Centro en el frente oriental, del Departamento General del Ejército en Berlín y del Departamento de Contraespionaje, el primer plan concreto de un golpe de Estado, basado en la idea de asesinar a Hitler. Los autores de este plan eran el primer oficial de Estado Mayor del comando del Grupo de Ejército Centro, coronel Von Treskow (un yerno del general Von Falkenhayn); el oficial encargado de los asuntos de contraespionaje del mismo comando, coronel Von Gersdorff; el oficial de órdenes, teniente primero Von Schlabrendorff; y en Berlín, el general Olbricht y el mayor general

Ontor. El coronel Von Treskow se había formado una tropa leal en la unidad de caballería Von Boeselager, que pertenecía al Grupo de Ejércitos Centro. El general Olbricht pensaba empeñar como tropa de choque en Berlín la unidad especial del servicio de contraespionaje, el ex Regimiento «Branderburgo» a disposición, el cual mientras tanto se había transformado en una división. Treskow, Gersdorff y Schlabrendorff proyectaron colocar secretamente una bomba, provista de una espoleta a tiempo, en el avión blindado especial del líder durante una visita del mismo al comando del Grupo de Ejércitos Centro. La caída del avión a la vuelta debía ser la señal para efectuar el golpe de Estado. Efectivamente, Hitler llegó el 13 de marzo de 1943 al comando del Grupo de Ejércitos Centro. La bomba, enmascarada en una botella de coñac, fué escondida en el avión al partir éste; pero la espoleta a tiempo falló, probablemente debido a las condiciones de temperatura en Rusia. A pesar del fracaso de este plan, siguieron otros intentos de atentado en forma incesante. Hubo la intención de matar a Hitler mediante una bomba a tiempo durante el acto de homenaje a los caídos en el Museo Militar de Berlín; también surgió la idea de hacerlo volar en ocasión de mostrarle los modelos de nuevos uniformes; finalmente, apareció también la idea de un atentado en común, que debían ejecutar varios jóvenes oficiales con su pistola en ocasión de una visita al frente. Desde entonces Hitler fué acompañado invisiblemente por la muerte, lo que demostraba también cuán débil era la base real de su autoridad.

Aunque ninguno de estos planes de asesinato fué descubierto y aunque se pudo hasta tapar el origen de la voladura de un depósito de explosivos ubicado en el terreno del cuartel general del líder, porque un oficial de Estado Mayor conjurado del Departamento de Contraespionaje, el teniente coronel Schrader, fué encargado de investigar este raro asunto, Hitler mismo debió sentir algo de la actitud hostil del cuerpo y de oficiales. Goebbels anotó en su diario personal, durante la primavera de 1943, que Hitler le dijo que todos los generales le decían mentiras y que todos eran desleales y adversarios del nacionalsocialismo. Además, escribió que Hitler realmente se ponía enfermo cuando pensaba en sus generales.

X

En el transcurso del año 1943, dos de los hombres más destacados del ex gobierno revolucionario en proyecto tuvieron que separarse ese año de la oposición, uno pasajeramente y otro en forma definitiva. El coronel general Beck debió ser operado debido a una grave dolencia de la vejiga y nunca pudo reponerse ya de las consecuencias de la operación. El coronel general Von Hammerstein-Equord murió debido a un cáncer maligno. Pero ahora Stauffenberg, después de haberse restablecido, fué nombrado jefe del Estado Mayor del Departamento General del Ejér-

cito, por iniciativa del general Olbricht, el que conscientemente quiso llevar al más talentoso de los jóvenes oficiales de Estado Mayor a una posición en que tuviera posibilidad de actuar. Cuán grande era ya la fama que Stauffenberg poseía en el Estado Mayor lo demuestra el hecho de que hasta el coronel general Zeitzler lo visitara en el hospital de Munich, donde fué internado por sus graves heridas, para entregarle personalmente la condecoración de oro por heridas de guerra.

El 1.º de noviembre de 1943 se hizo cargo oficialmente de su nuevo puesto, con lo cual el movimiento de resistencia militar adquirió un nuevo aspecto. Stauffenberg hizo trasladar al Departamento General del Ejército a algunos de sus viejos amigos, entre ellos al coronel de Estado Mayor Von Quirnheim, a quien conocía de la Academia de Guerra. Durante los meses siguientes todos los hombres de buena intención y todos los verdaderos patriotas consideraron a Stauffenberg definitivamente como el único hombre capaz de salvar la situación. Hasta ocurrió que algunos de los jefes del tipo «logrero», cautelosamente trataron de tomar contacto con él, convencidos secretamente de que Stauffenberg se convertiría en el «hombre futuro».

Stauffenberg y sus colaboradores en el comando del Ejército del Interior fueron los autores de la idea de redactar un verdadero plan de concentración para el golpe de Estado. Con este fin aprovecharon la ayuda del almirante Canaris, quien gustosamente explicó a Hitler que la situación crítica en los frentes podría producir disturbios entre los millones de obreros extranjeros obligados a trabajos forzados y de los prisioneros de guerra que se encontraban en Alemania. De acuerdo con esto, el almirante Canaris consideró necesario hacer preparativos para emplear el Ejército del Interior, con el fin de mantener la calma y el orden. Hitler ordenó entonces la preparación de tal plan, al que se dió el nombre de encubrimiento de «Walkiria». La preparación del plan fué confiada al Departamento General del Ejército. Stauffenberg proyectó aprovechar este plan para la ejecución del golpe de Estado, agregándole las órdenes secretas necesarias preparadas de antemano.

El plan se basaba en la idea fundamental de establecer, después de la eliminación de Hitler (cuya forma siguió discutiéndose, si por un atentado o la detención), una dictadura militar, que debía ser la transición a un nuevo gobierno constitucional a formar después de elecciones generales. El golpe de Estado mismo debía efectuarse mediante la ejecución del plan «Walkiria» con la ayuda de los comandos de reemplazo de los cuerpos de ejército. El general Lindemann, que se encargó principalmente de lograr la cooperación de dichos comandos, se basó en la convicción de que en ellos o el comandante o el jefe del Estado Mayor, o los dos, eran viejos camaradas bien conocidos, de los que ni uno se negaría a cooperar en caso concreto en la salvación de la patria.

No sólo quedó indecisa la forma de eliminar a Hitler, sino que tampoco hubo un concepto claro sobre el régimen futuro, dado que el círculo de los oficiales conjurados abarcaba al mismo tiempo a monárquicos prusianos, demócratas, socialistas y legitimistas bávaros, como por ejemplo

el oficial encargado del contraespionaje en el comando de reemplazo del cuerpo de ejército de Viena, el conde Marogna-Redwitz. Por de pronto se concretó solamente el plan de concentración militar, esbozado por Stauffenberg y el general Lindemann, junto con el mayor general Von Rost y el mayor Von Oertzen, los cuales en parte fueron asesores también por el coronel Von Treskow, del comando del Grupo de Ejércitos Centro del frente oriental. Su esposa y la ex secretaria de Hammerstein-Equord y de Fritsch, Margarita von Oven, escribieron las órdenes secretas correspondientes.

Las fuerzas militares disponibles para efectuar el paso decisivo, esto es, la ocupación de la capital y de las radioemisoras más importantes, se componían en primer término del Batallón de Guardia de Berlín, destacado por la División «Gran Alemania», la unidad más selecta del Ejército y las distintas escuelas de armas. En la capital misma se encontraban la Escuela Pirotécnica y la de Maestros Armeros del Ejército; en Doeberitz estaba la Escuela de Infantería; en Krampnitz, la Escuela de Tropas Blindadas; en Jüterborg, la Escuela de Artillería. De este modo existían a disposición para el golpe de Estado una serie de unidades de todas las armas en la cercanía inmediata de la capital.

Cautelosamente Stauffenberg empezó a reunir informaciones sobre los efectivos y la distribución de las unidades activas y de reemplazo de la SS Armada, las cuales, mientras tanto, habían llegado a la cifra de unas 17 divisiones, entre ellas 3 cuerpos blindados de SS y otros 2 que estaban aún organizándose, incluyendo en los números indicados también las unidades extranjeras de letones, bosníacos y croatas, neerlandeses, valones y escandinavos. La mayoría de estas unidades estaban empeñadas en los distintos frentes, de modo que su aislamiento podía conseguirse fácilmente. Otro factor de inseguridad representaban sin duda las numerosas unidades de caza y defensa antiaérea existentes en la zona del interior, las cuales, junto con todo el personal de servicio de la aviación, estaban reunidas en la Flota Aérea del Interior, mandada por el coronel general Stumpff. Las relaciones de la oposición militar con la aviación eran muy reducidas, al igual que con los comandos de la marina de guerra. Pero, se apreció que las unidades de las otras dos fuerzas armadas existentes en la zona del interior no poseían una fuerza combativa considerable y tampoco se dudó de que la mayoría de sus jefes, recibiendo órdenes enérgicas, cooperarían cuando se hubiera ejecutado con éxito la primera fase del golpe de Estado: la eliminación de Hitler. Algunos partidarios inflexibles y fanáticos de Hitler, como el gran almirante Doenitz, podrían ser eliminados entonces sin dificultad.

En lo fundamental las relaciones de enlace transversales de la nueva oposición de oficiales quedaron limitadas, sin embargo, a los comandos superiores del Ejército del Interior, al comando en jefe del Ejército en Zossen y al Estado Mayor en el «Bosque de Muralla» cerca de Rastenburg. Fuera de los miembros ya mencionados de la conjuración en el Ministerio de Guerra y en el comando de reemplazo de la 3.ª Región Militar, pertenecían también a ellos en Berlín el grupo del jefe de Estado

Mayor del Departamento de Contraespionaje, mayor general Oster y los coroneles Hansen y Von Freytagh Loringhoven. Además, el mayor de Estado Mayor Hayessen debía asegurar que la comandancia de la capital participaría en el golpe de Estado en caso de su realización. En el Estado Mayor mismo, fuera del muy activo general de artillería Lindemann, estaban informados del plan el cuartel maestre general, general Wagner; los dos jefes de las divisiones de Operaciones y Organización, generales Heusinger y Stieff, y el amigo de Stauffenberg, el coronel Von Roenne, desde 1943 jefe de la División Ejércitos Extranjeros Occidentales. El inspector de tropas de comunicaciones, general Fellgiebel y su reemplazante, el mayor general Thiele, que tenían el control sobre toda la red de comunicaciones del Ejército y cuyo dominio era indispensable para efectuar el plan «Walkiria», también se pusieron a disposición de los conjurados. El jefe de la División Organización de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, coronel de Estado Mayor Meichssner, pertenecía igualmente a los informados.

En los grupos de ejército del frente oriental el movimiento de resistencia militar tenía su apoyo más fuerte en el comando del Grupo de Ejército Centro, donde el primer oficial de Estado Mayor coronel (más tarde mayor general) Henning von Treskow, incesantemente trataba de convencer al mariscal Von Kluge de la necesidad de ejecutar un golpe de Estado. Sin embargo, Von Kluge no estaba seguro ni de sí mismo ni de la conducta de sus tropas; si bien escuchó todas estas conversaciones sobre el golpe de Estado, como hombre sumamente cauteloso a lo sumo estaba dispuesto a actuar después de la eliminación de Hitler. En el comando del Grupo de Ejército Norte, el coronel Von Drabich-Wächter era el hombre de confianza de los conjurados. El comandante de este grupo de ejército, el mariscal Von Kuchler, era una persona completamente indiferente a todos los asuntos políticos; pero era uno de los viejos amigos de Fritsch y en 1939 se había opuesto enérgicamente al terror de la SS en Polonia por lo cual podía suponerse que no se negaría a cooperar en el caso de un golpe de Estado. En el comando del Grupo de Ejército Sur, el primer oficial de Estado Mayor, el coronel Schultze Büttger, fué pasajeramente el hombre de confianza de la oposición. El mariscal Von Manstein mismo, a pesar de que reconocía claramente la insuficiencia de Hitler, no quería escuchar nada de planes subversivos, pues estaba convencido de que tal propósito no podría realizarse con éxito durante la guerra. Igualmente contrario a ello se mostró el coronel general Guderian, el inspector de las tropas blindadas, cuya opinión el doctor Goerdeler trató de averiguar. Aunque a veces expresó francamente su rencor contra Hitler, consideraba inaceptable que los soldados destituyeran y hasta eliminaran a su propio comandante supremo durante la guerra.

XI

En aquellos días, a fines del verano de 1942, cuando los regimientos del 6.º Ejército alemán en su avance habían alcanzado el linde de la ciudad de Stalingrado, mientras que en el lejano Egipto los tanques de Rommel aparecieron en el paso de El Alamein y cuando el comando inglés en El Cairo quemaba sus archivos y preparaba la retirada en dos grupos hacia la zona del canal de Suez y hacia Sudán, el triunfo de Hitler parecía inminente. Los nombres de Stalingrado y de El Alamein marcan el nivel más alto de los éxitos de Hitler.

Las derrotas de Rommel y de Paulus, el aniquilamiento de los ejércitos de los Estados satélites hitleristas en el frente del río Don, la ofensiva rusa en febrero de 1943, la pérdida de las ciudades de Kursk, Charcow y Rostow, la evacuación de la región del río Terek, la capitulación de los Ejércitos italo-alemanes en África, mandados por el coronel general Von Arnim y el mariscal Messe, que se efectuó en Túnez en mayo de 1943 y el desembarco de tropas anglo-norteamericanas en Sicilia, en el verano de 1943, iniciaron la segunda fase de la guerra, en la que la iniciativa pasó a manos de los aliados. Embriagado por el éxito, Goebbels había declarado, en su revista semanal *El Reich*, que la tragedia de Hitler residía en el hecho de que, como conductor militar y como estadista, debía tratar con chapuceros. Ahora aparecieron en las filas de los aliados varios grandes conductores militares, como el comandante en jefe norteamericano, general Dwight D. Eisenhower, los mariscales británicos Montgomery y Alexander y los mariscales rusos Vatutin, Konew y Shukow. Precisamente Vatutin y Shukow desarrollaron ahora aquella táctica de la defensa elástica, cuyo empleo el Estado Mayor alemán en vano había pedido a Hitler, pues era todo lo contrario al método insensato de la defensa rígida usada por él y que costó tantos torrentes de sangre irremplazables. El mariscal Von Manstein, al defenderse contra la ofensiva rusa iniciada después de la caída de Stalingrado, logró efectuar con éxito y en forma ejemplar una de esas «maniobras desde la retirada». Cuando los ejércitos de ataque rusos en su avance llegaron a los pasos del río Dniéper, cerca de Dniepropetrowsk y de Saporoshe y cuando las comunicaciones con la península de Crimea y la cabecera de puente en el río Kubán ya estaban en peligro de ser interceptadas, Manstein, invirtiendo muy hábilmente el rumbo de su movimiento retrógrado, pasó a la contraofensiva, atacando el flanco desguarnecido de la cuña de ataque adelantada rusa y reconquistó las ciudades de Poltawa y Charkow. Pero este «espíritu de Saporoshe», lugar donde se encontraba el cuartel general de Manstein, no fué comprendido por Hitler. A los generales que querían efectuar tales maniobras les contestaba ahora gritando que, a través de ellos, hablaba «la radioemisora de Saporoshe».

Los progresos de la técnica inglesa en el campo de la localización de

submarinos y aviones produjeron en 1943 pérdidas catastróficas a las fuerzas navales y aéreas. La guerra submarina quedó paralizada ahora por completo, dado que los nuevos aparatos de localización ingleses permitían determinar la posición de los sumergibles también bajo el agua. Igualmente en el lanzamiento de bombas desde el aire los rendimientos del arma aérea alemana, cuya producción había sido dirigida en forma tan discordante, pasaron por completo a segundo plano.

Ya en 1942 la aviación de bombardeo inglesa atacó a las ciudades de Colonia y Essen con efectivos de 1.000 aviones o más. El mariscal de la aviación inglesa Harris desarrolló la táctica de los bombardeos nocturnos, dirigidos contra superficies enteras. En la noche del 23 al 24 de junio, Hamburgo sufrió un gran ataque aéreo inglés, en el cual fueron lanzadas 800 minas aéreas, 12.000 bombas explosivas, 80.000 bombas de fósforo y 150.000 bombas incendiarias de varilla. Según los cálculos oficiales murieron en este ataque 56.000 personas y 90.000 perdieron sus hogares. En este ataque fueron derribados solamente 17 aviones de los 800 que formaron la primera ola del ataque, es decir, sólo un 2 por ciento. El ataque a Hamburgo había sido el ensayo general para el bombardeo de la capital alemana, que siguió a continuación. Si bien la ofensiva aérea de los aliados no pudo paralizar en forma realmente decisiva la producción de armamentos alemana, de todos modos tuvo un efecto paralizador sobre todas las actividades de la vida en el interior de Alemania y representó, además, un gran factor moral, influyendo en forma indirecta también sobre la lucha en los frentes. Con esto quedó completado el drama de la guerra en varios frentes.

El número de los teatros de operaciones, esto es, de los «frentes tranquilos» de la Francia, Noruega y Creta, y del «frente de lucha» en el este, fué aumentado ahora con los nuevos «frentes de lucha» debido al desembarco de unidades anglo-norteamericanas en Sicilia y al incremento de la guerra de partisanos en Servia y el norte de Grecia. Turquía, que todavía en la primavera de 1943 había enviado una misión militar al cuartel general del líder para informarse sobre la situación en el este, se apartó definitivamente del lado alemán.

El 10 de julio de 1943 los aliados habían desembarcado en Sicilia. La mayor parte de las unidades italianas que debían defender la costa rindieron sus armas sin un solo disparo. Solamente unas pocas divisiones italianas y las débiles fuerzas alemanas lucharon tenazmente. Ahora parecía ser solamente una cuestión de tiempo para que los ingleses y norteamericanos aparecieran también en la península italiana. Mientras tanto, fuertes ataques aéreos, dirigidos contra los centros de producción italianos, destruyeron por completo la fuerza de resistencia del pueblo italiano, desde antes ya poco segura. En una entrevista de Hitler y Mussolini en Verona, el primero exigió que, en caso necesario, se abandonara todo el territorio italiano hasta la llanura del río Po. La perspectiva de que Italia misma se convirtiera en un teatro de guerra reforzó los esfuerzos de la oposición antifascista, encabezada por el ex jefe del Estado Mayor general Badoglio y el ministro real conde Acquarone. Mussolini

convocó al Gran Consejo del Partido Fascista, pero también en éste la mayoría opinaba en contra de una continuación de la guerra, encontrándose entre los opositores hasta el yerno de Mussolini, conde Ciano. El Gran Consejo del Partido Fascista recomendó al rey que se encargara de nuevo de la autoridad del mando. Había llegado la hora esperada desde hacía tanto tiempo por el rey Víctor Manuel III, que siempre había sido un adversario convencido de la guerra del lado de Alemania. Después de una última entrevista con Mussolini, lo hizo detener por un coronel de carabineros, en la tarde del 25 de julio de 1943. Cuando en la noche del mismo día el coronel general Jodl, que, según su propio confesión, ahora no sabía ya qué hacer, comunicó este asunto a Hitler, con las palabras «el fascismo ha sido derribado», Hitler le contestó gritando: «¿El fascismo derribado? Solamente un oficial puede comunicar tal tontería. Otra vez se demuestra que los generales no entienden nada de política.»

A pesar de todo, la primera y la más vieja de las dictaduras fascistas se derrumbó como un castillo de naipes. El mariscal Badoglio organizó un nuevo gobierno, formado por militares y altos funcionarios contrarios al sistema derribado. Mientras por un lado se declaró oficialmente que la guerra continuaba, por otro lado se iniciaron en seguida negociaciones secretas vía Madrid y Lisboa con los aliados para concertar un armisticio; estas tentativas fueron dirigidas por el jefe del Estado Mayor italiano reemplazante. Sin embargo, la esperanza del rey y de los generales de que Italia pudiera escapar de la guerra mediante una elegante maniobra diplomática, no debía cumplirse. Pero, de todos modos representó este hecho, para expresarlo así, un modelo de golpe de Estado de las fuerzas conservadoras monárquicas y del Ejército contra la dictadura. Hitler mismo lo comprendió muy bien, aunque no tenía conocimiento de la conjuración militar que estaba desarrollándose en sus propias filas y aunque ésta, sorprendida también por los acontecimientos y todavía no consolidada firmemente, tuvo que dejar pasar esta hora tan favorable desde el punto de vista psicológico, para pasar a la acción.

El diario personal de Goebbels deja reconocer la perturbación causada en el cuartel general del líder por los acontecimientos de Italia y el temor de que apareciese un «Badoglio alemán», a pesar de todas las declaraciones exageradas de que el líder, en la forma genial como siempre, había previsto el desarrollo de los acontecimientos en Italia. Ahora Hitler se enfureció contra «la Internacional de sangre azul» de la nobleza y de las viejas familias principescas. La mayoría de los príncipes alemanes fueron echados del Ejército, entre ellos todos los miembros de los Hohenzollern, de los duques de Brunswick y de los Wittelsbach. Goebbels favoreció la expropiación inmediata de las ex casas reinantes. Himmler fué nombrado ministro del Interior y comenzó su actividad con una campaña contra los pesimistas. Su primera víctima fué un consejero en Rostock, que había declarado que la situación no podría mejorar mientras no apareciera también en Alemania un «Badoglio».

XII

Cuando los aliados desembarcaron en las cercanías de Salerno en Italia inferior, fué necesario organizar las fuerzas de otra manera; pero el frente oriental siguió siendo siempre el teatro de guerra decisivo. En vano el jefe del Estado Mayor se esforzó en lograr una reorganización fundamental en este frente. En sus declaraciones posteriores el general Warlimont mencionó una vez la frase que corría en el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas de que la Primera Guerra Mundial había sido perdida por la existencia de la *Navy en beeing* (*), mientras que la Segunda Guerra Mundial se perdía por el mantenimiento del *Army en beeing* (**). La rara separación de los teatros de guerra, unos subordinados al Estado Mayor y otros dependientes directamente del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, tuvo como consecuencia que fuera imposible constituir un centro de gravedad y concentrar fuerzas considerables en los lugares decisivos, mientras que, por otro lado, ejércitos de efectivos apreciables se encontraban sin hacer nada, en teatros de operaciones secundarios, porque Hitler quería producir la impresión de que era muy fuerte en todas partes. Así se hallaban en Noruega 13 divisiones con 380.000 hombres, en Dinamarca 106.000, en Creta 47.000 y en los Balcanes 612.000 hombres.

Las posibilidades de actuar del Estado Mayor naturalmente estaban estrechamente limitadas por esta distribución de las fuerzas; debía contentarse con lo existente y, como órgano de impartición de órdenes, debía tratar de hacer lo mejor posible con las directivas de Hitler. En cuanto trataba de buscar otras soluciones, como lo intentaron continuamente Zeitzler, Heusinger, Stieff y Wagner, se producían nuevos choques con Hitler e inútiles pedidos de relevo o la conspiración. Mientras que el Estado Mayor se esforzaba penosamente en adaptarse por lo menos a las condiciones reales del frente oriental, Hitler y sus colaboradores militares más inmediatos, Jodl y Schmundt, perdían por completo el contacto con la realidad. En sus memorias, Lossberg comparó más tarde a Jodl con un hombre que necesitaba mil marcos para cubrir sus gastos, pero que no tenía en su cartera más de cien, y en cuanto a Hitler, escribió que no hubiera sabido ajustar sus gastos a su renta y adaptar el estilo de su vida a las condiciones reinantes. En la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas se aplicaba de este modo una política que de ninguna manera concordaba ya con las circunstancias reales. Todos los pedidos de los comandantes superiores de los distintos frentes para que el coronel general Jodl o sus colaboradores más inmediatos fueran a informarse personalmente de las condiciones reinantes sobre el

(*) Armada en potencia.

(**) Ejército en potencia.

terreno mismo no fueron escuchados; hasta Hitler hubiera observado con la mayor desconfianza tales viajes de información. Así, Jodl se convirtió en un típico «general de oficina» que se ahogó paulatinamente bajo la carga de las tareas diarias. Solamente las conversaciones con Hitler sobre la situación duraban frecuentemente de seis a ocho horas. El organismo de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, con cuarenta oficiales aproximadamente, hasta numéricamente era demasiado pequeño para poder cumplir con todas las tareas de su enorme jurisdicción. También en esto se vengó la eliminación del antiguo Estado Mayor. En la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas se calculaba finalmente en forma puramente esquemática con divisiones y existencias de material que debían existir según los papeles, sin que el jefe militar correspondiente tuviera la posibilidad de informarse sobre las circunstancias realmente existentes o pudiera procurarse esos datos.

La apreciación correcta del adversario por parte del Estado Mayor era caracterizada como «derrotismo». Frecuentemente se usaba también con gusto la frase de «sabotaje de los generales», especialmente cuando la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, influida por el ambiente anormal que reinaba en el cuartel general del líder, no estuvo en condiciones de formarse un cuadro real de la situación o cuando resultó que los números que figuraban en los papeles no eran ya ciertos o cuando las divisiones que querían emplearse desde hacía tiempo estaban diezgadas o consumidas o cuando, finalmente, debido a la confusión desesperada en todas las ramas se producían errores en la ejecución de las órdenes. En el frente oriental no eran estimados ya los conductores como Manstein y Kleist, que continuaban las tradiciones del arte de conducción del Estado Mayor, sino los llamados «perseverantes», una expresión inventada por Hitler mismo.

Empezó así el ascenso de hombres como los coroneles generales Walter Model, Fernando Schörner y Lothar Rendulic, de los cuales los dos primeros muy pronto fueron nombrados mariscales porque eran los más leales «receptores de órdenes» y ejecutores de las intenciones de Hitler. Model, un hombre que había prestado servicios en el Departamento de Tropas y cuyo estudio excelente sobre Gneisenau había llamado antes la atención general, era indudablemente un improvisador muy hábil; creía también sincera e ingenuamente en todas las promesas de Hitler de que el empleo de las nuevas armas cambiaría el desarrollo de la guerra. Pero poseía también una ambición personal desmedida y un concepto exagerado de sí mismo, que iba en aumento, porque muchas veces encontraba un recurso en situaciones al parecer desesperadas. Schörner, descendiente de una familia baja de la burguesía, había querido ser inicialmente maestro de escuela primaria; en la Primera Guerra Mundial, prestando servicios en un batallón de cazadores de montaña, había adquirido la más alta condecoración, el «Pour le mérite», y se incorporó después como oficial al ejército de 100.000 hombres. Los exámenes prescritos por el Departamento de Tropas para participar en la instrucción de los oficiales de Estado Mayor no los rindió. Tanto por esto como por su descendencia

humilde, se había desarrollado en él un resentimiento fuerte contra el cuerpo de oficiales del ejército de 100.000 hombres, al parecer tan aristocrático, y precisamente por estos motivos se sintió vinculado a un hombre como Hitler que trataba de eliminar el predominio del antiguo cuerpo de oficiales. Conscientemente ejecutaba todas las órdenes del líder con la mayor brutalidad. Rendulic, descendiente de una vieja familia militar de Austria de origen croata, podía aducir en su favor que como agregado militar en París fué dado de baja del Ejército austríaco debido a sus tendencias nacionalsocialistas y que era un compatriota de Hitler. Su conducta como militar producía una impresión desconcertante; seriamente recomendaba a sus oficiales que en situaciones desesperadas recordaran como último consuelo de que eran nacionalsocialistas. Por otro lado, el tren de vida que llevaba personalmente era muy singular, pues organizaba en su cuartel general reuniones sociales con conversaciones ingeniosas, buen café y exhibición de películas, mostrando con ello ser el representante típico de una clase social decadente.

En 1942 los ríos Volga y Terek representaron el límite máximo de la expansión alemana en Rusia. En 1943 los esfuerzos rusos se concentraron inicialmente en otros dos ríos, el Donetz y el Mius, que dieron lugar a luchas encarnizadas. Todavía Hitler no abandonaba la idea de recuperar la iniciativa mediante una nueva ofensiva. Pero dejó pasar el momento más oportuno para iniciarla, cuando en la primavera de 1943 la «maniobra desde la retirada» efectuada por Manstein condujo a la reconquista de Charkow. Hitler consideraba a Manstein como un rival serio de su propia fama como conductor militar, pues un general afortunado siempre ha sido peligroso para un dictador. El Estado Mayor por su parte estaba convencido de que cualquier gran ofensiva nueva sobrepasaría las fuerzas del Ejército alemán y que podría tener solamente las mismas consecuencias que la «gran batalla en Francia», realizada por Ludendorff en 1918, es decir, el «agotamiento completo de las propias reservas». En un discurso que Jodl pronunció ante los jefes regionales del Partido Nacional-socialista, indicó los efectivos del Ejército ruso en 5,5 millones de hombres, organizados en 327 divisiones de infantería y 51 divisiones blindadas. La industria de armamentos rusa había logrado su producción máxima, suministrando tanques, piezas de artillería y lanzacohetes en cantidades que Hitler nunca hubiera creído posible. A través de Irán y Siberia llegaba, además, a Rusia una oleada incesante de material de guerra producido por Estados Unidos. A esta superioridad enorme enfrentaban en 1943 unas 200 divisiones de infantería y blindadas alemanas, 10 divisiones rumanas, 6 húngaras y aproximadamente 160 batallones de las llamadas «tropas orientales». Los efectivos de estas últimas disminuyeron sin embargo rápidamente debido a la desertión cada vez mayor. Las unidades más capaces de estas tropas, como la división de los turcomanos y la división de los cosacos, mandada por el general Von Pannwitz, en lugar de ser empleadas en el Este habían sido trasladadas a los Balcanes y a Italia. En total las fuerzas alemanas y sus aliados en el Este alcanzaban aproximadamente a 4,1 millones de hombres.

XIII

No obstante esta relación desfavorable de las fuerzas, que exigía un empleo económico de éstas para evitar en lo posible pérdidas sangrientas, Hitler se decidió en el verano de 1943 a ejecutar un nuevo gran ataque, la llamada empresa «Ciudadela». El objetivo de esta ofensiva debía ser el cerco de las fuerzas rusas que se encontraban en la gran curva del frente entre Orel y Belgorod, en la cercanía de Kursk, donde luchaban unos 950.000 hombres de los dos grupos de ejército del «Frente del Don» y del «Frente de la estepa», al mando de los mariscales Vatutin y Konev, los que, según Hitler, representaban «verdaderamente las últimas reservas rusas». Después de esto la ofensiva debía cruzar el curso superior del Don, sea para recuperar la línea del Volga, sea para amenazar a Moscú desde el sur. Otra vez debía realizarse una gigantesca operación de tenaza, representando el brazo norte de la misma el Grupo de Ejército Centro, mandado por el mariscal Von Kluge, y el brazo sur el Grupo de Ejército Sur, al mando del mariscal Von Manstein. Las fuerzas blindadas en esta ofensiva se componía de los Ejércitos Blindados 2.º y 3.º y un cuerpo blindado de la SS; aproximadamente un 60 por ciento de los tanques de las unidades blindadas eran del nuevo tipo pesado «Tigre». En total había disponibles para la ofensiva unos 500.000 hombres. Partiendo de una zona de concentración muy reducida, el ataque se dirigió contra uno de los lugares más fuertes del frente ruso, precisamente porque Hitler estaba firmemente convencido de que en la «bolsa de Kursk» podía aniquilar al grueso de las fuerzas rusas. Cuando algunos jefes de Estado Mayor de los ejércitos de ataque expresaron sus dudas sobre el resultado fueron castigados con destitución, como en el caso del coronel Von Schlemitz. La ofensiva empezó el 5 de junio. Después de algunos éxitos iniciales fué detenida por la barrera de fuego de los rusos, pues el mariscal Konev había reconocido las intenciones de ataque alemanas. Aproximadamente el 45 por ciento de los tanques alemanes fueron destruidos por el fuego de la artillería rusa, el cual mostró, además, que la artillería alemana era ahora evidentemente inferior a la rusa. En el sector norte la batalla de Kursk terminó en lo esencial ya a mediados de julio. En el sector sur Manstein trató de avanzar en la zona de Belgorod y Kursk contra las fuerzas rusas mandadas por el mariscal Vatutin. Se produjeron irrupciones profundas y peligrosas en el frente ruso, pero las fuerzas alemanas no eran suficientes para lograr éxitos decisivos. Las luchas continuaron hasta la segunda quincena de agosto y terminaron finalmente con la derrota alemana, sobre todo porque la caída de Mussolini exigió el traslado de fuerzas alemanas de Rusia a Italia, manifestándose así otra vez el viejo problema de la guerra en varios frentes. Refiriéndose a esta fase de la guerra, el mariscal Konev habló más tarde del «canto de cisne de la guerra-relámpago».

La contraofensiva rusa causó a fines del verano y durante el otoño no solamente la pérdida de Orel y Belgorod, sino también la pérdida definitiva de Charkow y de la cuenca del Donetz. El mariscal Von Kleist, que con el Grupo de Ejércitos A seguía defendiendo la cabecera del río Kubán, cuya posesión el gran almirante Doenitz consideraba indispensable para mantener la península de Crimea y la posición alemana en el mar Negro, debió iniciar la retirada. Hitler declaró ahora que el curso del río Dniéper representaba la línea natural para la defensa; no obstante, prohibió la preparación oportuna de una posición de recibimiento bien organizada a lo largo de este río, a pesar de que Manstein lo pedía constantemente. El Grupo de Ejércitos Sur y el Grupo de Ejércitos A fueron denominados ahora Grupos de Ejércitos de la Ucrania norte y sur, respectivamente. Manstein trató de realizar la defensa del frente sur con todos los medios del arte de una conducción elástica, como correspondía precisamente a la amplitud del espacio ruso. Debido a esto Hitler le hizo el reproche de que la mitad de sus divisiones, en lugar de estar luchando contra el enemigo, estuvieran rodando en transportes ferroviarios.

XIV

A principios de septiembre las fuerzas anglo-norteamericanas desembarcaron cerca de Salerno en la Baja Italia y el 8 de septiembre de 1943 el Gobierno italiano publicó la noticia de que había concertado un armisticio con los aliados. El Comando en Jefe alemán tuvo que parar ahora inmediatamente este peligro con la ocupación de todo el territorio italiano y el desarme de las numerosas divisiones italianas que se encontraban en el sur de Francia, Croacia, Dalmacia, Albania y Grecia. Roma cayó en manos de los alemanes, pero el rey y el mariscal Badoglio pudieron escapar hacia el sur de Italia. Mussolini, liberado de su detención, proclamó ahora en el norte de Italia una república social-fascista, la que, sin embargo, no poseía más que un poder ilusorio, pues no estaba en condiciones de organizar fuerzas armadas propias dignas de mención. El frente de Italia, de cuyo mando se encargó el mariscal Kesselring, se transformó ahora en otro infierno de lucha, que inicialmente ya exigió el empleo de veinte divisiones, con un total aproximado de 400.000 hombres. El hecho de que los aliados dispusieran ahora de bases aéreas en Italia, estrechó nuevamente la línea interior alemana. La región de los Alpes y Austria estaban ahora dentro del alcance de las flotas de bombardeo aliadas.

En el frente oriental tuvieron que abandonarse en septiembre las ciudades de Poltava y Smolensk; el 29 de septiembre los rusos llegaron en su avance a Kremenschug, situado sobre el Dniéper, cuya línea se convirtió ahora en el frente de lucha. El 4 de octubre de 1943 Himmler, en su discurso que pronunció en una reunión de los jefes de grupo de la SS en Poznań, inició el ataque general contra el cuerpo de oficiales de anti-

guo tipo. Declaró que Stalin hizo bien en fusilar a Tuschatschewsky y a los demás generales que habían sido antes oficiales zaristas, porque con ellos Rusia nunca hubiera podido sostener esta guerra durante dos años; Stalin había convertido en oficial al comisario político, reuniendo así al representante de la doctrina ideológica y al conductor militar en una misma persona. En cuanto a la situación en el frente oriental, no supo decir otra cosa que repetir su teoría ya conocida de «degollar y dejar sangrar», afirmando que «nada era interminable». La expresión más usada en este discurso fue la de «dureza brutal». En otra reunión igual, que se realizó poco más tarde en Bad Schachen, Himmler dirigió una advertencia a la «clase social superior pesimista» que esperaba la aparición de un Badoglio alemán; hizo constar, además, que la guerra duraría hasta que terminara y hasta que Alemania hubiera vencido. Declaró que se trataba solamente de «perseverar» y que la «paz victoriosa» haría desplazar la frontera alemana en unos 500 kilómetros hacia el este. Esta versión oficial debía extrañar tanto más cuando se sabe que en aquel entonces Himmler estaba informado ya a grandes rasgos sobre la existencia de una conjuración en los altos círculos militares, sin que hubiera tomado medidas contra ella; sólo trató de informarse en una conversación con el ex ministro de Finanzas de Prusia, el doctor Popitz, sobre las ideas de la oposición, como si él mismo estuviera buscando la forma de terminar la guerra sin Hitler o hasta contra él.

Goebbels hizo constar en esa época en su diario personal que a la larga Alemania no estaría en condiciones de «sostener» la guerra en dos frentes y aconsejó a Hitler de entenderse sea con el oeste contra el este, sea a la inversa. También Ribbentrop habló una vez más con Hitler en favor de la idea de hacer una paz por separado con Rusia. El estado de salud de Hitler empeoraba ahora notablemente. Goering lo encontró muy envejecido; pasajeramente parecía estar enfermo de una afección orgánica a los nervios, la llamada enfermedad de Parkinson. Pero Hitler sabía muy bien que nadie se entendería con él y que había perdido todo crédito en la política exterior. Puso toda su confianza ahora en un cambio del destino. Al comienzo del quinto año de guerra el coronel general Jodl pronunció, el 7 de noviembre de 1943, un discurso ante los jefes regionales del Partido Nacionalsocialista que tuvo por lema: «La capitulación es el fin de la nación, es el fin de Alemania.» Frente a todas las dificultades existentes, tampoco Jodl, al igual que Hitler, supo aconsejar otra cosa que sostenerse o como él lo expresó, de «perseverar», agregando que toda «solución política» era una «solución de cobardes». Finalmente dijo que la personalidad de Hitler representaba la mejor garantía para llegar al triunfo final; Alemania vencería porque debía vencer; de otro modo la historia del mundo perdería su sentido.

El gran almirante Doenitz, en sus alocuciones a los almirantes en esta última fase antes de la catástrofe, trató de dar a la guerra un sentido distinto. En un discurso pronunciado en Weimar explicó que Rusia había sido conquistada solamente para servir como base para una guerra naval de gran envergadura. Por eso era necesario defender la península de

Crimea por todos los medios como protección del flanco de los Balcanes. Manstein, que aplicaba aún el arte de conducción tradicional del Estado Mayor, trató inicialmente en el otoño de 1943 de empeñar todas sus fuerzas para mantener la línea del Dniéper. Las luchas encarnizadas que se le presentaban allí incesantemente y el reconocimiento del peligro enorme de que los ejércitos rusos superiores pudieran romper el frente alemán e inundar todo el centro de Europa, aumentaron su convicción de que un golpe de Estado, efectuado por el Ejército del Interior, era una cosa imposible. Temía que le eliminación de Hitler, cuya inferioridad estratégica y humana había reconocido claramente y con quien tenía continuamente graves conflictos, conduciría solamente a un caos, porque nadie estaba en condiciones de reemplazarlo, considerando el prestigio de que gozaba en las grandes masas. A pesar de las dificultades existentes y de todas las decisiones erróneas tomadas por Hitler, Manstein creía que era posible aún quebrar la fuerza ofensiva rusa en el mismo territorio enemigo. La condición previa para ello naturalmente la veía en la necesidad de que Hitler cediera a las exigencias del jefe de Estado Mayor y devolviera el mando supremo a un militar experimentado. Defendió francamente esta exigencia ante Hitler, despertando con ello una gran desconfianza de éste, dado que Hitler y no sin razón, consideraba a Manstein como el más destacado candidato para el puesto de comandante en jefe. A pesar de la enfermedad de sus ojos, Manstein era considerado por muchos oficiales como el único hombre capaz de salvar la situación en el frente oriental. Manstein mismo estaba convencido de que sería posible terminar la guerra con un «empate» si se conseguía paralizar la fuerza ofensiva rusa. Algunas tentativas no oficiales iniciadas por órganos norteamericanos, con el fin de averiguar las posibilidades de una paz, que varias veces llegaron al conocimiento de funcionarios alemanes, ante todo en Turquía, efectivamente, permitían suponer que la exigencia de una «rendición incondicional» no sería observada como un sacramento por parte de los aliados. Por otra parte, es muy probable que pasajeramente, a fines del otoño de 1943, tampoco los potentados soviéticos se hubieran negado a iniciar negociaciones, porque estaban en duda si sus aliados occidentales tenían seriamente la intención de establecer un segundo frente y porque se oponían enérgicamente a la idea de Churchill de realizar un desembarco en los Balcanes. Es cierto que tal solución de transacción no hubiera correspondido al carácter de la guerra; por otra parte, hubiera exigido una habilidad y capacidad diplomáticas que no poseían ni Hitler ni Ribbentrop. Hitler se contentó con aprovechar ciertas supuestas tentativas japonesas de mediar entre Alemania y Rusia para inculcar nueva confianza a los generales que se volvían escépticos, al igual que engañó a otros con sus relatos sobre las nuevas «armas milagrosas».

XV

En el invierno de 1943 a 1944 el Ejército ruso pasó al ataque general con cinco grandes grupos de ejércitos; los «Frentes Ucranianos I, II y III», bajo el mando de los mariscales Vatutin, Konew y Malinowsky, el «Frente de Rusia Blanca», mandado por el mariscal Rokossowsky y el «Frente del mar Negro», mandado por el mariscal Tolbuchin. Los grupos de ejércitos alemanes de la Ucrania norte y sur inicialmente trataron de defenderse en una línea entre la curva del Dniéper y el mar de Azof, lo cual en seguida mostró ser irrealizable. Pronto fueron interceptadas las comunicaciones con la península de Crimea y la ciudad de Kiew fué reconquistada por los rusos. En luchas muy intensas, en las que fueron aniquiladas unas veintidós divisiones alemanas, el grupo de ejército ruso mandado por el mariscal Vatutin adelantó una cuña de ataque en dirección al empalme ferroviario de Shitomir, situado sobre la antigua frontera ruso-polaca. Aquí fueron rechazados una vez más, pero una nueva ofensiva condujo, el 31 de diciembre de 1943, a la conquista definitiva de Shitomir y Berditschew. A principios de enero de 1944 fueron tomadas sorpresivamente las posiciones alemanas en la curva del Dniéper. Al comienzo de febrero cayó Nikopol, el punto angular del frente alemán sobre el Dniéper. Tropas alemanas se mantenían aún en sus posiciones en el recodo de este río. Dos cuerpos de ejército alemanes, mandados por los generales Lieb y Stemmermann, fueron encerrados en la región de Tscherkassy y Korsun. Por primera vez, aun cuando en vano, el general Von Seydlitz y otros generales alemanes, que pertenecían al comité «Alemania libre», trataron en esta oportunidad de inducir a las tropas alemanas a que desertaran. Otra vez Hitler ordenó que las tropas encerradas debían perseverar en los lugares donde estaban. Para evitar otro Stalingrado, el Comando del Grupo de Ejército ordenó por su cuenta que se abrieran paso hacia atrás, iniciándose esta acción antes de que llegara la autorización respectiva de Hitler. Unas diez divisiones fueron aniquiladas, pero, de todos modos, se consiguió salvar por lo menos 35.000 hombres de las unidades encerradas.

En estas luchas defensivas surgió la última generación de comandantes de ejército alemanes, así los tipos de sargentos brutales, como el mariscal Schörner, los incondicionalmente creyentes, como el mariscal Model y los tenaces especialistas militares, como el coronel general Dietl, el comandante del frente de Laponia y los coroneles generales Heinrichi, Juan Reinhardt, Harpe y Friessner, o el comandante de la 7.^a División Blindada en el Grupo de Ejército de Manstein, el general Hasso von Manteuffel, que se destacó en la batalla de Shitomir. Los últimos representantes de la anterior generación de mariscales perdieron ahora sus puestos. El mariscal Von Küchler, el comandante del Grupo de Ejército Norte, renunció y fué reemplazado en enero de 1944 por el mariscal Model. El coman-

dante del Grupo de Ejército Centro, mariscal Von Kluge, sufrió un grave accidente automovilístico en la ruta de Minsk a Smolensk y fué reemplazado por el mariscal Busch. En el sur, donde los rusos en su avance llegaron a fines de marzo a los ríos Dniéster y Pruth, los mariscales Von Manstein y Von Kleist dejaron sus puestos y fueron reemplazados por los mariscales Model y Schörner. Después de haber tratado en vano una vez más de explicar a Hitler que debía renunciar al mando supremo, Manstein presentó su tercer pedido de retiro. Hitler accedió a ello después de una grave discusión, en la que acusó a Manstein de no haber organizado a tiempo una fuerte posición sobre el Dniéper. En los meses de noviembre y diciembre de 1943 y enero de 1944 habían sido lanzadas sobre Berlín unas 22.000 toneladas de bombas explosivas, luego empezó en la primavera de 1944 el bombardeo estratégico a larga distancia por parte del Comando de Bombardeo inglés y la 8.ª Flota Aérea norteamericana para preparar la invasión. Diariamente efectuaban sus incursiones desde el oeste unos 2.000 a 6.000 aviones. Los objetivos principales eran las fábricas de combustible sintético y de armamentos. Los pesados aviones de bombardeo norteamericanos ahora estaban en condiciones de atacar los objetivos ubicados en la zona oriental de Alemania y en Polonia. En sus ataques empleaban la táctica de lanzar sus bombas durante el día sobre blancos puntos.

Durante el mes de mayo la península de Crimea fué reconquistada por los rusos. En Italia, el mariscal Kesselring hizo retirar el frente a una posición situada en el centro de la península, abandonando con ello a Roma.

XVI

En el centro del frente oriental subsistía siempre un saliente, de una extensión de unos 1.000 kilómetros, en forma de balcón, entre las ciudades de Kovel y Witebsk y la zona noroeste de Polozk. Ocupaban esta parte del frente los Ejércitos 2.º, 4.º y 9.º y el 3.º Ejército Blindado, con un total de cuarenta divisiones en primera línea y dos divisiones de reserva. El conjunto se hallaba a las órdenes del mariscal Busch, resignado cada vez más con el desarrollo de los acontecimientos. Todas las comunicaciones de retaguardia estaban amenazadas por fuertes unidades de partisanos. La exploración aérea, que fallaba casi completamente, no permitía ya formarse una idea sobre las intenciones del adversario. En cualquier forma este saliente del frente se ofrecía directamente a los rusos para realizar contra él una operación de tenaza. Pero Hitler se hizo el sordo contra todas las advertencias del Estado Mayor.

Así se produjo también aquí lo inevitable. El 22 de junio de 1944 los rusos iniciaron una nueva gran ofensiva con cien divisiones frescas y dos mil aviones de batalla, a los que pudieron enfrentar solamente sesenta aviones alemanes. El jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejército Centro, general de infantería Krebs, precisamente en ese momento había sido

obligado a participar en un curso de enseñanza nacionalsocialista en Sonthofen para «fomentar su educación ideológica». El Grupo de Ejércitos Centro fué completamente deshecho. Al este de Minsk fué aniquilada la masa del 4.º Ejército y del 3.º Ejército Blindado. Se produjo una catástrofe mucho mayor que la de Stalingrado. Aproximadamente 300.000 soldados alemanes murieron o fueron tomados prisioneros. Dos comandantes de Cuerpo de Ejército cayeron defendiendo sus puestos de combate. Fué inútil que en forma rimbombante todos los lugares importantes de la zona de retaguardia fueran declarados «plazas fuertes» y que los comandantes que no defendieran estas «plazas» en forma tenaz, fueran sentenciados a muerte. Pronto cayeron en manos enemigas las ciudades de Witebsk, Bobruisk, Minsk y Wilna, mientras las divisiones blindadas rusas, con una velocidad enorme y con una fuerza irresistible, se acercaban al río Vístula y a la frontera de Prusia oriental. Las comunicaciones del Grupo de Ejércitos Norte estaban en peligro de ser cortadas. Otra vez Hitler se enfureció contra los comandantes superiores responsables. El mariscal Busch, un hombre ya completamente abatido, fué destituido y reemplazado por el mariscal Model, que se esforzó en organizar una línea de resistencia en Lituania, sin lograr más que un éxito pasajero. A pesar de todas las protestas del Comando del Grupo de Ejércitos Sur, fueron trasladadas algunas divisiones blindadas del frente rumano, también gravemente amenazado, hacia el norte para reforzar la resistencia en el sector central. En vano Model exigió que fuera evacuado el territorio báltico para poder emplear en el centro de gravedad de esta batalla gigantesca, las divisiones del Grupo de Ejército Norte, el que, a su vez, ahora ocupaba también una «posición de balcón». Pero no fué posible modificar la terquedad de Hitler. En esos días desfilaron por Moscú durante varias horas 50.000 prisioneros alemanes encabezados por doce generales.

XVII

Ahora comenzó el último acto de la tragedia. El general Warlimont apreció más tarde como causas del desastre: el «caos de conducción en el llamado Estado autoritario»; el hecho de que un inexperto como Hitler se hubiera encargado de toda la conducción militar; el método rígido de la defensa; la decadencia del arma aérea y el hecho de que ejércitos de considerables efectivos se encontraran sin hacer nada en teatros de operaciones secundarios. Pero, en general, todos estos motivos eran solamente consecuencias del problema central e insoluble; el de la guerra en varios frentes. Hasta qué punto Warlimont mismo había reconocido esto, resulta difícil deducir del sumario de su interrogatorio. Pero, aun cuando lo hubiera reconocido, habría sido inútil, porque la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas no podía apartarse del método de conducción prescrito por Hitler y, por el contrario, representaba el instrumento principal del mismo. Por otra parte, los hombres como Warlimont

poseían un prestigio muy reducido entre los comandantes de ejército.

Después de la derrota del Grupo de Ejército Centro, el general Zeitzler emprendió la última tentativa para convencer a Hitler de que eran indispensables una reorganización total del frente este y un cambio fundamental en la conducción de las operaciones. El torrente de las divisiones rusas se acercaba ya irresistiblemente a Varsovia y a la frontera de Prusia oriental, cuyas líneas de defensa eran muy débiles. Pero otra vez fracasaron todos los pedidos de Zeitzler para que fuera nombrado un Comandante en Jefe del frente oriental, que fuera relevado Keitel y que se creara un Estado Mayor unificado para todas las fuerzas armadas; del mismo modo fracasaron también todas las esperanzas de que la razón vencería a la ideología. Cuatro veces este hombre sincero, que desesperaba cada vez más, verbalmente o por escrito había pedido a Hitler que lo relevara de sus obligaciones, precisamente porque como militar creía que con ello encontraría una salida de esta situación. Entre tanto la discrepancia entre ambos Comandos en Jefe se había agravado cada vez más. Cuando en las exposiciones diarias sobre la situación, Jodl y Warlimont iniciaban sus explicaciones sobre los teatros de guerra subordinados al Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, Zeitzler abandonaba con sus colaboradores ostensiblemente la sala. La nueva tentativa de lograr que Hitler cambiara toda la conducción de la guerra produjo como única consecuencia que Hitler descargara su rencor contra el jefe del Estado Mayor, tan independiente, en un terrible ataque de rabia. Como Zeitzler después de esto se hubiera visto obligado a aplicar una estrategia que él mismo consideraba falsa y perjudicial, se decidió ahora a dar un paso desesperado: a negarse a cooperar en lo sucesivo; dió parte de enfermo para substraerse a la posibilidad de que Hitler lo obligara a prestar servicio. Con esto el Estado Mayor fué privado de su jefe en la hora más crítica.

Mientras tanto, había empezado la invasión en el oeste, que debía influir en forma decisiva sobre el desarrollo de los acontecimientos en todos los frentes y en el interior de Alemania. Desde el punto de vista de la técnica de conducción, ésta fué realizada exclusivamente por la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas; por lo tanto, todas sus medidas representan un ejemplo clásico del fracaso del método de Hitler, que pretendía dirigir las operaciones mediante órdenes dictatoriales a través de los medios de comunicación modernos y desde una distancia de miles de kilómetros, sin conocer personalmente las circunstancias. Mientras que los aliados conscientemente se esforzaban en unificar las supremas autoridades de mando, del lado alemán la desorganización de todo el sistema de mando se manifestaba ahora cada vez más en el oeste. Es cierto que ni el mejor Estado Mayor del mundo hubiera conseguido ya cambiar favorablemente la situación en el frente oriental, donde los aliados dominaban casi por completo el espacio aéreo e impedían con ello principalmente todas las operaciones de mayor envergadura, proyectadas al estilo anterior. En este sentido también la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas era impotente; es que la tarea que Hitler se había echado encima pertenecía a la esfera de su «estrategia de lo imposible».

CAPÍTULO XVI

EL OCASO DE LOS DIOS

I

Después de resolver los aliados en la conferencia de Casablanca la invasión de Europa, se produjo entre ellos, al igual que en la Primera Guerra Mundial, una controversia bastante acalorada sobre el problema del desembarco, si en Francia o en los Balcanes. Churchill, que poseía de la política europea un cuadro más claro de lo que podían tenerlo la mayoría de los políticos norteamericanos y que temía un avance demasiado profundo de los rusos en el centro de Europa no menos que el triunfo de la doctrina hitlerista, se esforzó en la conferencia de El Cairo, en noviembre de 1934, de convencer a Roosevelt y a Chiang Kai Shek de las ventajas de un desembarco en los Balcanes, para intercalar de este modo con los ejércitos aliados una cuña entre Europa y la Rusia soviética y para dar un sostén a las fuerzas democráticas de Grecia, Rumania y Hungría, así como al «ejército secreto» de los nacionalistas polacos. Pero en la conferencia siguiente de Teherán, en la que participó Stalin, tuvo que ceder a los deseos rusos, que exigían una ofensiva en el oeste de Europa; Roosevelt no quiso negarse a ello, pues la cooperación eficaz con Rusia pertenecía a los objetivos inalterables de su política. El 24 de diciembre el general norteamericano Eisenhower fué nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas aliadas de tierra, aire y mar que debían intervenir en la invasión. A tal fin se constituyeron un grupo de ejércitos norteamericano, mandado por Omar N. Bradley, con dos ejércitos completamente mecanizados, y un grupo de ejércitos inglés, al mando del general Montgomery, con un ejército inglés y otro canadiense.

Del lado alemán, la costa del Atlántico desde la Riviera hasta el mar

vimiento de resistencia francés, sino también por la lucha de rivalidad secreta entre el comandante militar de Francia, general Von Stülpnagel, los órganos del embajador alemán ante el gobierno del mariscal Pétain en Vichy y el comandante superior de la SS y de la policía, general Oberg. El comando del general Stülpnagel era uno de los centros más importantes del movimiento de resistencia militar alemán. El general Oberg se esforzaba en vigilar a los destacados generales del ejército mediante los órganos del servicio de seguridad de la SS y de la Gestapo. A esta lucha de rivalidad entre bastidores, que reflejaba la decadencia del poder usurpado por Hitler, se agregó otra rivalidad entre el comando del frente occidental ubicado en St. Germain, cerca de París y el comando del mariscal Rommel alojado en el castillo de La Roche Guyon en Normandía. Ambos mariscales de ningún modo estaban de acuerdo sobre los métodos de defensa. Rundstedt, como representante del Estado Mayor de antiguo tipo, aparentemente consideraba a Rommel con cierto menosprecio, porque no había participado en la instrucción y educación de los oficiales de Estado Mayor. Lo caracterizó más tarde ante el capitán Liddel Hart como un comandante de división muy capaz, pero sin concederle cualidades superiores. Rundstedt defendía la opinión de que la defensa de la línea de la costa, la cual, según el criterio de Rommel, era decisiva, no era de interés vital. Dado que, según su modo de ver, la «Muralla del Atlántico» no era más que una «ilusión», quería dejar allí solamente una primera línea de defensa y organizar en el interior de Francia una reserva operativa, compuesta de buenas unidades de infantería y de la masa de las divisiones blindadas, para detener al adversario desembarcado en una guerra de movimiento. Esta opinión era apoyada por el coronel general Guderian, el más prominente experto del arma blindada. Rommel, en cambio, consideraba indispensable el mantenimiento de la línea de costa misma como línea principal de combate y en su comando se acusaba a Rundstedt de que no entendía lo que era una defensa estática. También se dudaba en el comando de Rommel que fuera posible mover con éxito grandes masas de tropas blindadas en presencia de la superioridad aérea aplastante del adversario. Basándose en las experiencias adquiridas por los alemanes en Italia respecto a la táctica anglo-norteamericana, Rommel creía necesario concentrar las divisiones blindadas cerca de la costa para emplearlas como reserva de intervención inmediata. Según su criterio, el éxito debía decidirse en las primeras 24 horas del desembarco; si el adversario conseguía constituir cabezas de desembarco, la guerra debía darse por perdida. La tesis de Hitler, aunque se basaba en razones completamente distintas, era también de que la línea de la costa debía ser defendida a cualquier precio. Hasta prohibió especialmente los estudios operativos para el caso de un feliz desembarco, una prohibición que, por supuesto, no fué cumplida. Además, se reservó personalmente el empleo de la reserva de tropas blindadas, que quería manejar desde su cuartel general de Prusia oriental.

El resultado final de las discusiones entre los mariscales Rundstedt y Rommel fué una transacción; con tal fin debía ser concentrada y reforzada con infantería y artillería la defensa de la costa, tal cual lo quería



Mariscal A. Kesselring



Mariscal Rommel

Rommel, mientras que las divisiones blindadas debían ser retenidas más atrás. Políticamente los dos mariscales estaban de acuerdo que lo mejor era que Hitler terminara la lucha inútil y convinieron llamarlo a Francia para explicarle esta opinión. En sus memorias el mariscal Montgomery juzgó más tarde que el empleo tardío y por gotas de las divisiones blindadas alemanas y la falta de un contrachoque operativo inmediato había favorecido esencialmente el éxito del desembarco. Con esto en el fondo dió la razón a Rommel.

II

Si bien el Estado Mayor consideraba a Rommel como a un intruso, no podía negarse que, debido a la propaganda nacionalsocialista de sus triunfos en el norte de África, era el más popular de todos los comandantes superiores alemanes. Tanta mayor importancia adquiría por eso el hecho de que ahora se formara alrededor de Rommel un nuevo centro de la conjuración militar. El jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejército B era en 1944 el teniente general Speidel, que antes había prestado servicio en el Departamento de Tropas; más tarde fué pasajeramente jefe de la División Ejércitos Extranjeros Occidentales en el Estado Mayor, miembro de la comisión de armisticio franco-alemana, después jefe de Estado Mayor del comandante militar de Francia y finalmente, durante algún tiempo jefe de Estado Mayor del 8.º Ejército italiano en el frente oriental. Era uno de los críticos más severos del régimen nacionalsocialista. Rommel mismo, después de haber regresado de África y haber visitado el cuartel general del líder, empezó a dudar de que Hitler fuera capaz de llevar la guerra a un fin razonable. En sus conversaciones con Rommel, el general Zeitzler había hablado también con él sobre la necesidad de reorganizar el Comando en Jefe del Ejército. Algunos compatriotas de Rommel de Württemberg, como el ex ministro de Relaciones Exteriores Von Neurath (que en 1942 había sido destituido como protector de Bohemia por demasiado clemente) y el intendente de Stuttgart, doctor Strölin, que a su vez tenía un leve contacto con Goerdeler, se acercaron a Rommel, proponiéndole que, en caso de un trastorno, se encargara provisoriamente del puesto del presidente del Estado. A Rommel no le gustaban estas ideas de «estilo Hindenburg» puesto que no se sentía capaz de desempeñar un papel político. Pero, después de graves luchas internas, aceptó poner a disposición su grupo de ejércitos en caso de un golpe de Estado y encargarse en tal caso del Comando del frente oeste o también del Comando en Jefe de todo el ejército. Tomó contacto con Beck y con Goerdeler. En mayo de 1944 realizó una entrevista con el general Von Stülpnagel, en presencia del teniente general Speidel, en la que ambos llegaron a la conclusión de que en caso necesario debía tratarse de terminar la guerra y con el régimen de Hitler empleando a tal fin el ejército del oeste. El cuartel maestro general Wagner informó a Rommel sobre los

planes de Stauffenberg para derribar a Hitler, mencionando, sin embargo, solamente la idea de detener a Hitler y no de asesinarlo. Stauffenberg mismo anunció su visita al comando del Grupo de Ejército B, la que, sin embargo, nunca debía realizarse.

Rommel mismo esbozó ahora un propio proyecto para el golpe de Estado, que debía ser iniciado desde el oeste. Las radioemisoras del oeste debían publicar una proclamación dirigida al pueblo alemán, la que debía ser al mismo tiempo la señal para los grupos de resistencia en el Estado Mayor y ejército del interior para detener a Hitler y entregar el Gobierno al grupo formado por Beck, Goerdeler, Witzleben y Leuschner. Con esto Rommel se incorporó al círculo de aquellas figuras militares trágicas que emprendieron al mismo tiempo la tarea de conducir la guerra y de impedirla o de terminarla, quedando dudoso por añadidura si las potencias occidentales aceptarían negociar un armisticio unilateral del cual se excluía a la Unión Soviética.

III

Este plan de Rommel, que no había sido armonizado en todos sus detalles con los planes del grupo de Beck y Goerdeler y con los preparativos de la conjuración militar del Estado Mayor, dado que Stauffenberg no llegó al oeste, demostraba claramente ya la decadencia interna tanto del régimen como del ejército ante la catástrofe que se avecinaba. Desde la primavera de 1944 el comando alemán del frente occidental había reconocido que el centro de gravedad adversario estaba trasladándose a Inglaterra hacia donde eran transportadas las divisiones selectas de Italia. La concentración de grandes cantidades de buques en los puertos del sur de Inglaterra, el aumento de los bombardeos aéreos contra los nudos de tránsito, puentes e instalaciones ferroviarias y la actividad creciente del movimiento de resistencia francés, hicieron que Rundstedt y Rommel opinaran que la invasión era inminente. Ambos creían que la toma de un gran puerto era indispensable para los aliados; no tenían ningún conocimiento de la construcción de puertos artificiales del lado enemigo ni de la preparación de una tubería a través del canal para el abastecimiento de combustible. Mas tarde, en la cautividad inglesa, el general Blumentritt hizo declaraciones sobre el fracaso del servicio de informaciones alemán. Ya en 1943 el servicio de contraespionaje alemán había sufrido un golpe rudo por la detención del general Oster y de uno de sus colaboradores. El 1 de mayo de 1944 este servicio pasó totalmente a las manos del servicio de seguridad de la SS, mandado por el jefe de grupo superior de la SS, Ernesto Kaltenbrunner, el sucesor de Heydrick. La posición del almirante Canaris, el ex jefe del servicio de contraespionaje, se había hecho insostenible cuando uno de los agentes alemanes más importantes de Turquía se pasó al lado inglés. Canaris fué nombrado jefe del Departamento de Guerra Económica en el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, que no poseía

importancia alguna. Sin embargo, de este modo el centro de gravedad del servicio de contraespionaje pasó a manos del jefe de la SS. Sin duda alguna Himmler estaba acariciando la idea de encargarse él mismo de la tarea de terminar la guerra en contra de Hitler.

Rundstedt creía que el desembarco de los aliados se realizaría entre la desembocadura del Somme y el Paso de Calais. La marina esperaba un desembarco en la cercanía de El Havre. Generalmente se creía que era imposible forzar el desembarco en la costa de Normandía, donde en realidad se efectuó. Rommel, que esperaba el desembarco en el sector entre la costa de Calvados y la desembocadura del Sena, se había acercado más a la realidad, pero también él apreció que la toma de un gran puerto era un factor decisivo, en una operación de tal envergadura. Hitler estaba convencido de que la acción de desembarco se realizaría en el Paso de Calais; sin embargo, quiso que Normandía fuera asegurada en forma más fuerte. El comando de Rommel se quejó de la información insuficiente que recibía sobre la situación del lado del adversario.

IV

La invención de los puertos artificiales, contruídos con cajones especiales sumergibles, permitió al comandante en jefe aliado elegir el lugar más favorable para el desembarco, de modo que, por un lado, ofreciera protección contra las tempestades y, por el otro, sólo tuviera débiles obras de defensa. Tal lugar era la ensenada de la desembocadura del Sena, entre Grandcamp y Caen. La conducción alemana fué engañada por amplias maniobras simuladas en el Paso de Calais y la red de comunicaciones inalámbricas alemana fué perturbada por interferencias. Así el desembarco se realizó en las primeras horas del 6 de junio de 1944 y fué una sorpresa completa. Entre la 1.30 y las 2.00 de la mañana aterrizaron las primeras tropas transportadas por aire. Después, miles de bombarderos pesados empezaron a lanzar bombas explosivas sobre las líneas de abrigos y las baterías de costa de los alemanes. Al amanecer los acorazados de batalla ingleses y norteamericanos con sus piezas pesadas empezaron a colocar en tierra una barrera de fuego, bajo cuya protección desembarcó la primera ola de las tropas de desembarco, 130.000 hombres con unos veinte mil vehículos motorizados y tanques, entre cuyos tipos había modelos de combate especiales, otros para constituir puentes, otros para derribar los obstáculos de playa y otros más con aletas trilladoras para inutilizar los campos minados. La conducción alemana se halló sorprendida y desconcertada; recién a la 5 de la mañana empezó a tomar las primeras contramedidas.

Hitler, que en esos días se encontraba en Obersalzberg, donde solía dormir durante las horas de la mañana, recibió la noticia del comienzo de la invasión recién durante la exposición de la situación a mediodía; Jodl no se había atrevido a informarlo antes. Por eso se dió recién en las últimas

horas del mediodía la orden para el empleo de la reserva de tropas blindadas, compuestas por la División Blindada de Instrucción y la 12.^a División Blindada de la SS, dándose en la misma orden la disposición estricta de «liquidar» la invasión hasta la noche del 6 de junio. El general Zeitzler opinó que esto era imposible y tuvo razón en ello. En la noche del 6 de junio la situación era la siguiente: los aliados habían constituido dos cabezas de desembarco; la primera, de un ancho de 25 kilómetros y una profundidad de 15 kilómetros, entre el río Orne y la zona al norte de Ryes; la segunda, de un ancho de 15 kilómetros y una profundidad de 4 kilómetros, en el rincón sudeste de la península de Cotentin.

En la primera fase de la invasión, comprendida entre el 7 y el 12 de junio de 1944, las dos cabezas de desembarco aliadas fueron unidas, mientras que los contraataques alemanes se realizaron en forma diseminada y sin unidad de acción. De las 10 divisiones blindadas alemanas que estaban en Francia, se disponía solamente de 3 para esta misión. Todos los caminos eran atacados continuamente por los aviones aliados en vuelos a baja altura; los partisanos franceses realizaron numerosos actos de sabotaje contra las instalaciones de tránsito, puentes y estaciones ferroviarias. Toda la plana mayor del comandante de las tropas blindadas fué eliminada por un ataque aéreo. Hitler mismo estaba firmemente convencido, al igual que antes, que el desembarco en la costa de Normandía representaba solamente una maniobra de engaño y que el desembarco principal se realizaría en el Paso de Calais. Por eso, la masa de las unidades alemanas estacionadas en esa zona quedó inmóvil y los aliados pudieron vencer las dificultades de esta primera fase, aumentadas aún por la inclemencia del tiempo, sin tener que rechazar un contraataque alemán firme. En sus memorias, Montgomery criticó más tarde al comando alemán por no haberse decidido a iniciar una contraoperación de mayor envergadura y que efectuara el empleo de sus reservas en forma aislada, limitándose a llenar los claros y brechas en el frente de defensa. Según su opinión, las diferencias de criterio entre Rundstedt y Rommel sobre la táctica defensiva eran responsables de todo esto. Es que no supo la gran influencia que ejerció la terquedad de Hitler, que insistió para que quedaran concentradas las tropas en el Paso de Calais, considerándose más prudente que todos los experimentados oficiales del Estado Mayor.

El 12 de junio existía una zona de desembarco consolidada de los aliados de un frente aproximado de 90 kilómetros. Rundstedt y Rommel exigieron en forma cada vez más urgente que Hitler se informara por fin personalmente de la situación en el oeste, que ellos mismos apreciaban en forma extraordinariamente pesimista. Ambos sabían muy bien que no era posible ya rechazar a los aliados al mar. El 17 de junio Hitler finalmente cumplió este pedido, recibiendo a los dos mariscales, acompañados por sus jefes de Estado Mayor, en el llamado puesto de mando «W II», contruído anteriormente para la proyectada invasión de Inglaterra. Según el relato del teniente general Speidel, Hitler, pálido y trasnochado y jugando en forma nerviosa con sus lápices cubrió a los dos mariscales con reproches por el éxito de la invasión enemiga. Al leer empleaba ahora anteojos; pero

no permitía publicar fotografías que le mostraran con aquéllos, pues «el líder no debía mostrar ninguna clase de debilidad». El mariscal Rommel, que seguía manteniendo el plan de terminar la guerra por su propia iniciativa, habló con una franqueza despiadada de la enorme superioridad del adversario y de la insensatez del método de Hitler de mantener puntos de apoyo fortificados a espaldas del frente adversario. Sin rodeos declaró que la estrategia del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas era una estrategia de escritorio realizada sin conocer el frente; predijo que el adversario trataría de abrirse paso desde la zona de Caen y Bayeux y de la península de Cotentin hacia el sur en dirección a París y que lograría este objetivo si no se tomaban en segundas nuevas medidas. Explicó que ya habían desembarcado 22 a 25 divisiones motorizadas o blindadas, que seguían desembarcando diariamente 2 a 3 divisiones más y que no debía contarse ya con otro gran desembarco en el paso de Calais. Exigió libertad en la conducción de las operaciones y el repliegue oportuno del propio frente hasta detrás del río Orne. Hitler debió escuchar que Rommel le dijera que mientras él exigía continuamente confianza, por su parte no tenía ninguna confianza en los generales. Finalmente, Rommel preguntó directamente a Hitler cómo se imaginaba en realidad la terminación de la guerra. A esto Hitler contestó que tal asunto no pertenecía a las obligaciones de Rommel, agregando: «No se preocupe usted del desarrollo ulterior de la guerra, sino de su frente de invasión.»

Ambos mariscales pidieron el empleo de las armas «V» (cuyo lanzamiento contra Inglaterra se había iniciado el 13 de junio) contra los lugares de desembarco de los aliados. Pero el comandante de las armas «V», general de artillería Heinemann, lo declaró imposible, dado que la dispersión del tiro alcanzaba a veces hasta unos 18 kilómetros. En realidad, el desarrollo técnico de esta arma de ningún modo había terminado cuando Hitler ordenó su aplicación. Este rechazó también la propuesta de batir con las citadas bombas los puertos de embarco en el sur de Inglaterra, porque quería castigar a Londres para obligar a Inglaterra a hacer la paz. Apparently tenía ideas muy exageradas sobre la eficacia de la nueva arma.

El mariscal Von Rundstedt trató de explicar a Hitler que era indispensable efectuar un reagrupamiento de mayor envergadura si quería mantener el frente occidental. Deseaba pasar a una defensiva en grandes espacios, para lo cual debía evacuarse voluntariamente el sur de Francia hasta el río Loire, de modo que pudiera disponer del Grupo de Ejércitos G y concentrarse en el centro de Francia un nuevo grupo operativo, compuesto de 9 a 10 divisiones de infantería y 3 a 4 divisiones blindadas. Hitler le contestó: «Usted debe quedarse donde está ahora.» Rundstedt a su vez le contestó que no podía conducir si no le concedía libertad de acción. Cuando más tarde Keitel lo llamó telefónicamente desde la Prusia oriental y, refiriéndose a esta conversación con Hitler, le preguntó qué debía hacerse, el viejo hombre le contestó: «Terminar la guerra; ¿qué otra cosa puede hacer usted?»

El reproche de Rommel de que el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas aplicaba una estrategia de escritorio hizo que Hitler anunciara su

visita a los frentes de lucha para el 18 de junio. Pero, cuando en la noche del 17 de junio cayó muy cerca de su abrigo una de las bombas «V», cuyo mecanismo de dirección había fallado, regresó en la misma noche a su cuartel general. El 19 de junio se inició la tercera fase de la invasión, que condujo a la toma de Cherburgo y al establecimiento de una cabeza de puente aliada en el río Orne. Ahora intervinieron ya mayores fuerzas blindadas alemanas en la batalla. A pesar de la derrota del frente oriental, dos divisiones blindadas de la SS fueron trasladadas de Hungría a Francia, con el fin de apoyar las tentativas alemanas de estrechar la zona de desembarco del adversario. En estas luchas tan intensas fueron aniquiladas 3 divisiones blindadas alemanas; otras 5 fueron lanzadas también al infierno de la batalla, consumiéndose de este modo aquellas fuerzas que Rundstedt inicialmente quiso emplear para organizar una reserva operativa. La falta de munición y de combustible dificultó las operaciones de las fuerzas blindadas alemanas, las que, además, debían moverse casi por completo sin ninguna protección aérea. Unidades aéreas aliadas formadas por 500 a 1.700 aviones de bombardeo lanzaban continuamente sus «alfombras de bombas» sobre las concentraciones de tropas alemanas y las zonas de apresto. El resultado fué que con la ruptura iniciada el 1 de julio desde la zona de desembarco, las divisiones blindadas norteamericanas se abrieron paso hacia las llanuras del norte y centro de Francia, consiguiendo así plena libertad de acción. Después de la entrevista con Hitler en Margival, Rommel dijo en forma más o menos abierta a sus dos comandantes de ejército subordinados, Dollmann y Von Salmuth, ambos contrarios al régimen nacionalsocialista, que podría presentarse la necesidad de una actuación independiente del ejército del oeste para terminar con esta lucha insensata. Dollmann era aquel hombre que antes, siendo jefe de un regimiento de artillería en la época del ejército de 100.000 hombres, había declarado que un nacionalsocialista no tenía nada que hacer en los casinos de oficiales alemanes.

V

El 29 de junio, el mismo día en que el coronel general Dollmann, interiormente abatido por completo, moría en su puesto de mando por un ataque cardíaco, Rundstedt y Rommel eran llamados otra vez por Hitler a su residencia de Obersalzberg. Allí pronunció ante ellos un monólogo sobre el triunfo final y total, y el cambio que producirían las nuevas armas milagrosas.

Al regresar a Francia, Rundstedt se encontró relevado por segunda vez y que nuevamente había caído en desgracia. Su sucesor fué el mariscal Von Kluge, el que, después de haberse repuesto de un accidente de automóvil, fué invitado como huésped a Obersalzberg, donde Hitler lo preparó personalmente en largas conversaciones para sus nuevas tareas. Rommel sabía que Von Kluge estaba informado de todos los planes del golpe

de Estado. Por tal motivo le extrañó sobremanera que este hombre, ahora, le exigiera una obediencia incondicional a todas las directivas de Hitler, criticando al mismo tiempo el pesimismo exagerado de los comandos del frente occidental. Kluge era uno de aquellos hombres que creían siempre al último con quien hablaban. Antes, el coronel Von Treskow, mientras estaba en su cercanía, había podido convencerlo de la necesidad de un golpe de Estado. Ahora Hitler lo había convencido de que el éxito de la invasión enemiga se debía exclusivamente a los errores cometidos por Rundstedt y Rommel y que tenía plena confianza en su capacidad para restablecer la situación. Rommel estaba profundamente consternado al escuchar que Kluge hablaba ahora «en el estilo de Obersalzberg». Pero, cuando el nuevo comandante del frente occidental habló con los comandantes de ejército, el comandante de grupo superior de la SS, Hausser (sucesor de Dollmann), y el comandante del 5.º Ejército blindado, general Eberbach, pasó ahora al pesimismo y se excusó con Rommel. Von Kluge mismo apreciaba ahora la situación como desesperada. Cuando le llegó una pregunta del coronel general Beck si no era posible abrir el frente occidental a los aliados, contestó tristemente que no era necesario ya, puesto que pronto el frente se desmoronaría por sí solo.

Rommel se decidió ahora a hacer un último esfuerzo para obligar a Hitler a tomar una decisión. Por intermedio del comando del frente occidental le mandó un telegrama, diciéndole que dedujera cuanto antes las consecuencias de que el frente occidental estuviera derrumbándose y que terminara la guerra. A los oficiales de su comando les dijo que él mismo actuaría ahora si Hitler no hacía algo. A todo esto no sabía que el grupo de los conjurados agrupados alrededor de Stauffenberg había decidido efectuar un atentado contra Hitler el 16 de julio. El 17 de julio se dirigió a la zona de Caen, el foco principal de la lucha. A la vuelta su automóvil fué descubierto y atacado por aviones de bombardeo livianos del enemigo sobre el camino de Livaroth a Vimoutiers. El chófer quedó muerto y Rommel gravemente herido; al comienzo se creyó que también había muerto. El mariscal Von Kluge se encargó ahora personalmente del comando del Grupo de Ejército B para impedir por lo menos que fuera entregado a un comandante superior de la SS, como lo quería Hitler.

VI

Con esto fracasó la última tentativa de llevar a cabo un cambio de la situación en Alemania con la ayuda del ejército del oeste. Sin duda, el movimiento de resistencia hubiera recibido un impulso enorme si un hombre tan popular como Rommel se hubiese incorporado al mismo. Pero desde el punto de vista psicológico, quedaba siempre el peligro de que el ejército del este, en el cual se había desarrollado una mentalidad muy particular, hubiera apreciado tal procedimiento como una nueva «puñalada en la espalda».

El conde Stauffenberg se convenció de que no debía esperarse más y con fuerza sobrehumana trató de unir los diferentes grupos del movimiento. Después de la detención del conde Moltke, también los miembros de su círculo llegaron a la convicción de que era necesario proceder violentamente.

El plan de acción, que en su forma definitiva había sido preparado principalmente por el círculo íntimo del movimiento de resistencia formado alrededor del coronel Stauffenberg, el coronel general Beck y el general de artillería Lindemann, preveía varias fases. La eliminación de Hitler y de Himmler debía realizarse mediante un atentado, que efectuaría Stauffenberg mismo en el cuartel general del líder, a cuyo fin debía esconder una bomba explosiva con espoleta a tiempo en la cartera portapapeles que llevaría consigo. Un oficial de reemplazo, con otra bomba explosiva, debía acompañarlo. Después de esto el general de comunicaciones Fellgiebel debía interceptar todas las comunicaciones del cuartel general del líder, mientras que el comandante en jefe del Ejército del Interior en Berlín debía ordenar la ejecución del plan «Valkiria». El Batallón de Guardia de la guarnición y las escuelas de armas debían ocupar la capital y apoderarse de las radioemisoras en las cercanías de Berlín. El jefe de la policía regular de Berlín, el conde Helldorf, estaba dispuesto a poner a disposición de los conjurados la policía subordinada a él. En último momento también el comandante militar de Berlín, teniente general Von Hase, fué informado sobre el plan.

Después de pasar el poder ejecutivo en el interior a manos de los comandantes de cuerpo de ejército de reemplazo o de las personas de confianza en los comandos respectivos, elegidos por el general de artillería Lindemann, se habían previsto las siguientes medidas para las horas siguientes: la detención de todos los jefes regionales y regentes nacionalsocialistas, ministros, jefes de la SS y de la policía, jefes supremos de las diferentes organizaciones del Partido Nacionalsocialista, gobernadores de provincia, etc., jefes de la policía regular, jefes regionales de propaganda y jefes de la Gestapo; la ocupación militar de todos los centros de tránsito, estaciones radioemisoras, centros de producción o de distribución de gas, electricidad y agua; la ocupación de los campos de concentración y su disolución, después de haber separado los detenidos políticos de los criminales; la disolución del servicio de seguridad de la SS y de la Gestapo y la subordinación de toda la SS Armada a la autoridad de mando del ejército.

Mientras tanto, bajo la protección del ejército debía reunirse en Berlín un nuevo Gobierno del Reich bajo la presidencia provisoria de Beck. En él debían actuar como canciller el doctor Goerdeler; como vicescanciller, el socialdemócrata Leuschner; como ministro de Relaciones Exteriores, el ex embajador Von Hasel o el ex representante alemán en Moscú, conde Federico Werner von der Schulenburg, que había tenido relaciones personales con Stalin; como ministro de Guerra, el general Olbricht, al que debía agregarse el conde Stauffenberg como secretario de Estado. El Ministerio de Propaganda debía transformarse en un Departamento de In-

formaciones alemán, bajo la jefatura del general de artillería Lindemann. El mariscal Von Witzleben debía hacerse cargo del puesto de comandante en jefe de las fuerzas armadas. También el príncipe heredero de Prusia y su segundo hijo, el príncipe Luis Fernando (el hijo mayor había caído) fueron informados del plan a grandes rasgos y el príncipe Luis Fernando estaba dispuesto a encargarse de la regencia del Reich. Los conjurados, sin embargo, estaba firmemente decididos, como correspondía a las intenciones de Stauffenberg, a hacer que el pueblo alemán mismo decidiera en elecciones libres la forma futura de gobierno del país. La dictadura militar y el Gobierno provisorio debían representar solamente una solución de transición.

En el campo de la política exterior, Goerdeler, con la ayuda del banquero sueco Wallenberg, durante el otoño de 1943, había logrado establecer contacto con Churchill, quien personalmente dió a entender su disposición a renunciar a la rendición incondicional frente a un gobierno constituido por Beck y Goerdeler. Otro miembro civil del movimiento de resistencia, el ex ministro de Alimentación, conde Kanitz Podangen, se esforzaba en Suiza por tomar contacto con los aliados, ayudado por el ex comisario de la Liga de las Naciones en Dantzig, Carlos Burckhardt. No había ningún contacto con el comité nacional «Alemania Libre» de Moscú. Además, quedó como problema muy dudoso en qué forma procederían Rusia y Norteamérica, cuya conducta en aquel entonces se hallaba muy influida por ciertos conceptos ideológicos, frente a un nuevo gobierno alemán formado por tantos representantes de las clases anteriormente dirigentes y si Churchill, con su criterio más amplio, no se hallaría en este caso en una posición aislada, al igual que cuando trató de establecer un segundo frente en los Balcanes. En el campo militar, Stauffenberg proyectaba, como ya se dijo, lograr lo más pronto posible un armisticio en el oeste y retirar las tropas alemanas sin combatir a la línea del Rin, con el fin de poder emplear todas las divisiones aptas para la lucha, ante todo las unidades blindadas, para sostener el frente oriental.

VII

El plan para la ejecución del golpe de Estado se basaba, en lo esencial, en el éxito del atentado mismo y en tal sentido era arriesgado, en primer lugar porque su ejecución dependía de una orden condicional, es decir, que debía ser puesto en práctica solamente en el caso de ser eliminados simultáneamente Hitler e Himmler. En segundo lugar no dejaba de ser un inconveniente el hecho de que el jefe del Estado Mayor del golpe de Estado tuviera que ejecutar personalmente el atentado, porque ningún otro de los conjurados tenía ya la oportunidad de acercarse a Hitler, y que tuviera que fiarse de una máquina técnica tan complicada como una bomba con espoleta a tiempo, dado que, debido a sus heridas, no estaba

en condiciones de usar la pistola. Stauffenberg mismo tuvo un grave conflicto de conciencia, pues tuvo que luchar consigo mismo para convenirse de que era indispensable asesinar al tirano. En realidad, sentía que no había nacido para el papel de un Bruto. Por otro lado, estaba convencido de que era necesario actuar y que no debía permitir que se hundiera todo en la deshonra sin hacer nada y sin oponerse; consideraba como una obligación realizar este acto de expiación, no sólo en homenaje a los camaradas del Estado Mayor y de todo el cuerpo de oficiales, en general, sino también ante todo el pueblo alemán, tan amado por él. Era una circunstancia trágica para todos estos hombres, que continuaban la herencia del idealismo alemán, que el acto liberador cargara al mismo tiempo sobre el iniciador del golpe de Estado la mácula imborrable de un asesinato, la que, eventualmente, podría dificultar en principio su futuro papel político y militar. Sin embargo, el problema no tenía otra solución. Tanta mayor admiración merece el valor de este hombre que intentó evitar el derrumbe bajo tales auspicios.

El 1 de julio de 1944, Stauffenberg fué nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército del Interior, gracias a la ayuda de los conjurados del Comando en Jefe del Ejército; había llegado de este modo a la posición decisiva para llevar a cabo con éxito el golpe de Estado. En realidad, todo dependía de la impresión que produjera el éxito del atentado, esperando Stauffenberg que la noticia de la muerte de Hitler induciría a los generales comandantes de los cuerpos a cooperar.

Todavía Hitler no sospechaba cuán cerca se hallaba de la muerte. La orden de detención de Goerdeler y la detención de la mayoría de los líderes de los socialistas jóvenes del círculo formado alrededor del doctor Leber, cuando éstos trataron de tomar contacto con los grupos comunistas clandestinos, reforzaron la resolución de Stauffenberg de iniciar la acción y con mayor razón al ver que el derrumbe del frente oeste parecía inminente. Stauffenberg intentó por primera vez colocar su cartera con la bomba explosiva en la sala de reunión de Obersalzberg durante una exposición sobre la situación. Fué acompañado en ello por un oficial de reemplazo con otra bomba, un coronel, jefe de Estado Mayor de una división, que había sido destacado precisamente para este fin al Comando en Jefe del Ejército. Las escuelas de armas estaban alarmadas; el apresto de los tanques y de los automóviles blindados de exploración en Wünsdorf y Krampnitz llamaron la atención en forma considerable e indeseable. Pero ahora se vió que la orden condicional de que Hitler y Himmler debían ser eliminados simultáneamente era un obstáculo, pues Himmler no estaba presente. Sin realizar su intento, Stauffenberg volvió a Berlín. El 18 de julio se repitió la tentativa, esta vez en el «Reducto del Lobo», de la Prusia oriental, pero Hitler abandonó anticipadamente la sala de reunión. Con ello aumentó la nerviosidad entre los conjurados.

El doctor Goerdeler había huído, escondiéndose de la Gestapo, que había querido detenerle. Cuando Stauffenberg se decidió a emprender una tercera tentativa, no fué posible informar de ello a tiempo a todos los centros de la conjuración. Ahora hasta algunos miembros del Estado

Mayor, que estaban informados, debían correr el riesgo de volar por el aire durante una exposición sobre la situación, porque no era posible advertirlos con anticipación sin causar sospechas. Hasta la invención de pretextos para conseguir que el jefe del Estado Mayor del Ejército del Interior pudiera hacer exposiciones ante Hitler costaba considerables esfuerzos.

El 20 de julio de 1944, Stauffenberg había sido anunciado en el cuartel general del líder, cerca de Rastenburg, para informar a Hitler sobre la organización de nuevas unidades del Ejército interior: pensó aprovechar esta oportunidad para efectuar la tercera tentativa. Se había renunciado a la condición de que Hitler y Himmler fueran eliminados simultáneamente. Por otro lado, faltaba ahora el hombre de reemplazo, porque el oficial de Estado Mayor designado para esta misión debió regresar a su división. La eficacia explosiva de la bomba con espoleta a tiempo se había calculado para el caso de que la exposición sobre la situación se realizara en un ambiente cerrado, es decir, en uno de los abrigos del cuartel general, como era costumbre. Pero ese día, debido al gran calor, la exposición sobre la situación de mediodía sorprendentemente no se realizó en una de las salas subterráneas, sino en un barraca sobre el suelo, que tenía solamente en sus extremos más estrechos, paredes de cemento. Debido al calor se habían abierto también las ventanas de la barraca. En horas de la tarde se esperaba en el cuartel general la visita de Mussolini y el comandante en jefe de las fuerzas fascistas italianas, mariscal Graziani. Durante la exposición sobre la situación estaban presentes ese día: los generales Keitel, Jodl, Warlimont y Buhle, del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas; el omnipotente ayudante general de Hitler, teniente general Schmundt; el encargado de los asuntos de historia militar en el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, general Scherff; del Estado Mayor del Ejército, el teniente general Heusinger con su primer oficial de Estado Mayor, coronel Brandt; el jefe del Estado Mayor de Aviación, coronel general Korten y varios otros altos oficiales del Ejército y de la Marina, entre ellos el ayudante naval almirante Von Puttkamer.

VIII

Stauffenberg entró en la sala de reunión. Sin sospechar nada, Hitler le dió la mano. Discretamente Stauffenberg colocó la cartera con el contenido mortífero al lado de Hitler contra el sostén lateral de la mesa. Después abandonó la sala con el pretexto de que tenía que hablar telefónicamente a Berlín. Con su oficial de órdenes, el teniente primero Von Hofacken, observó desde una distancia respetable lo que ocurrió después. A las 12.28 horas se produjo una gran explosión. Volaron por el aire pedazos de madera y la barraca quedó envuelta en una nube de polvo y humo; ambos oficiales creyeron observar que un cuerpo humano era

lanzado afuera. Se escucharon gritos de confusión. Stauffenberg estaba convencido de que Hitler había muerto. Automáticamente quedaron cerrados en seguida los dos círculos de cierre (*); a pesar de ello y venciendo todas las dificultades, ambos oficiales llegaron al aeródromo y subieron al avión que debía llevarlos a Berlín, donde Stauffenberg, como jefe del Estado Mayor del Ejército del interior, ahora debía provocar la ejecución del plan «Valkiria».

En el cuartel general del líder reinó inicialmente una confusión enorme. Al principio se sospechó de que se trataba de un atentado preparado por uno de los obreros de la «Organización Todt» que eran ocupados allí continuamente en trabajos de ampliación. El mariscal Keitel, negro por el humo y con el uniforme despedazado, salió de la barraca gritando: «¿Dónde está el líder? ¿Dónde está el líder?»

Por rara coincidencia resultó que Hitler mismo no había sido tocado; fuera de algunos raspones, quemaduras leves en la mano y el brazo derecho y la rotura de los tímpanos, sufrió sólo un colapso nervioso. El hecho de que se hubiera levantado poco antes de la explosión, acercándose al mapa colgado en la pared, le había salvado la vida. Después de revisarlo el profesor Morell y darle algunos medicamentos estimulantes, recibió durante la tarde, muy pálido, pero con su porte tranquilo y sereno, a Mussolini en la estación ferroviaria de Rastenburg. Le mostró la barraca con las destrucciones que la bomba explosiva había causado, expresándole que el hecho de que su vida fuera salvada era para él mismo la comprobación segura de que se hallaba bajo la protección especial de la «providencia» para poder cumplir su gran obra.

Poco a poco se reconoció en el cuartel general del líder la verdadera importancia del atentado. Un telefonista indicó la primera sospecha contra el «coronel tuerto» que había abandonado después de la exposición el cuartel general con un apuro tan notorio. Se trataba del jefe de Estado Mayor del Ejército del interior, uno de esos odiosos oficiales de Estado Mayor que, además, era un aristócrata. Todavía el sospechoso no sabía que había fallado la condición previa decisiva para la ejecución del golpe de Estado: la muerte de Hitler. En el cuartel general del líder este hecho tuvo como consecuencia que los conjurados allí presentes creyeran que era inútil ya quitarse la máscara. Como se había proyectado, el general Fellgiebel inicialmente había ordenado la intercepción de todas las comunicaciones del cuartel general, la que quedó en vigor durante algún tiempo, pero no suficientemente largo, porque pronto se vio obligado a anular la orden correspondiente. El mayor general Stieff, uno de los conjurados más activos, creyó que lo mejor era comportarse como si no hubiera sucedido nada. En homenaje a Mussolini se efectuó la acostumbrada reunión de té, en la que participaron Keitel, Doenitz, Ribbentrop, Bormann y altos oficiales alemanes e italianos. Mientras que los mozos, vestidos con sacos blancos de verano, ofrecían té y masas, se inició una discusión estéril entre Doenitz y Ribbentrop, por un lado y algunos

(*) Medidas de seguridad alrededor del cuartel general de Hitler. (N. del T.)

generales del Ejército por el otro. El comandante en jefe de la Marina y el ministro de Relaciones Exteriores acusaban a los generales de haber hecho traición, a Alemania frente a Inglaterra. La conversación tocó entonces el 30 de junio de 1934. Hitler no podía soportar que se mencionara este día tan sangriento; sufrió un ataque de rabia y gritó con espuma en la boca que se vengaría de todos los traidores, pues la Providencia lo había designado para hacer historia mundial. Uno de los oficiales italianos que describió esta escena dijo más tarde que no podía entenderse a sí mismo por qué en esa misma hora no se había pasado del lado aliado.

Mientras tanto, el conde Stauffenberg había llegado a Berlín, aproximadamente a las 16.00 horas. Ya desde el aeródromo de Rangsdorf había comunicado al general Olbricht que todo se había realizado sin dificultad.

El general Olbricht comunicó de buena fe al coronel general Fromm que Hitler había muerto y le propuso ejecutar el plan «Valkiria». Fromm era el típico representante del alto oficial profesional de la época del ejército de 100.000 hombres, que, por un lado observaba el nacionalsocialismo como una reserva considerable y por el otro sentía gran respeto ante la influencia mágica que Hitler ejercía sobre las grandes masas del pueblo alemán.

Por eso, ante todo quiso cerciorarse si Hitler realmente había sido eliminado por el atentado, como Olbricht le afirmaba. Cuando llamó telefónicamente a Keitel, en el «Reducto del Lobo», ya se había suprimido la interceptación de las comunicaciones y Fromm fué informado por Keitel personalmente de que Hitler vivía y que había sido herido solamente en forma insignificante. Entonces Fromm declaró a Olbricht que no podía dar la orden para poner en vigor el plan «Valkiria».

IX

Pero, mientras tanto, otros hombres habían empezado a actuar. Bajo la supuesta autorización de Fromm, el coronel Merz von Quirnheim había promulgado las órdenes correspondientes para el empleo de las tropas en el caso de disturbios en el interior. El jefe de la Policía de Berlín y el comandante militar de Berlín, teniente general Von Hase, se presentaron al Ministerio de la Guerra pidiendo órdenes. Por desgracia se dió la orden de detener al ministro de Propaganda, doctor Goebbels, que estaba presente en Berlín, al general Von Hase y no al coronel Gronau, que inicialmente había sido designado para esta misión.

Hase era, seguramente, un hombre noble y amable, pero de ningún modo apto para ejecutar un golpe de Estado. Actuó en este momento en forma completamente esquemática, alarmando el Batallón de Guardia para cerrar la calle Wilhelm, donde se encontraba el Ministerio de Propaganda. El comandante de este batallón, mayor Remer, que poco antes había sido condecorado por Hitler con los laureles, la clase más alta de

la Cruz de Hierro, empezó a dudar cuando recibió la noticia de la muerte de Hitler. El oficial de conducción nacionalsocialista del batallón, teniente primero doctor Hagen, en su profesión civil jefe de una sección en el Departamento de Literatura del Ministerio de Propaganda, se ofreció a averiguarlo, hablando con Goebbels personalmente para comprobar la noticia. Propuso que el batallón efectuara por de pronto los cierres ordenados y que después se vería lo que correspondía hacer; así se hizo.

Las órdenes de alarma dadas por el coronel Merz von Quirnheim tuvieron aún otras consecuencias. Las escuelas de armas de Krampnitz y Vönsdorf empezaron a alistar sus vehículos blindados para la marcha hacia Berlín. Pero en la Escuela de Infantería, en Döberitz, se produjo una interrupción desagradable. El comandante de la escuela, general Hitzfeld, que pertenecía a los conjurados, estaba ausente en un entierro, por lo que allí el pronunciamiento por de pronto sólo se tradujo en discusiones entre los oficiales. Esto era tanto más peligroso, porque la Escuela de Infantería debía ocupar las estaciones radioemisoras cercanas y los campos de concentración núms. 1 y 2 de Oranienburgo.

Mientras tanto, Stauffenberg llegó al Ministerio de Guerra y comunicó al coronel general Fromm que, sin duda, Hitler había muerto; él mismo había ejecutado el atentado y había observado la eficacia de la bomba; si el mariscal Keitel afirmaba lo contrario decía mentiras como siempre. El general Olbricht, que presencié esta conversación, declaró que su jefe de Estado Mayor ya había promulgado las órdenes para la ejecución del plan «Valkiria». Fromm hizo llamar al coronel Merz von Quirnheim y le ordenó que quedara detenido. A Stauffenberg le dijo que no le quedaba más recurso que pegarse un tiro lo más pronto posible, pues el atentado había fracasado. Hitler vivía y, mientras existiera este espantoso soberano de las masas, en opinión de Fromm, un golpe de Estado no tenía ninguna perspectiva de éxito. El general Olbricht emprendió una última tentativa de persuadir a Fromm que no impidiera la acción emprendida con el único fin de salvar a Alemania; pero ahora Fromm quiso detener también a Olbricht. Hubo una corta pelea, en cuyo transcurso Fromm fué dominado por los conjurados y encerrado en su oficina. El Comando del Ejército del Interior pasó a manos del coronel Hoepner.

Pero ahora también Beck y Witzleben concibieron sospechas de que Hitler estaba aún vivo; sin embargo, Beck está firmemente decidido a continuar la acción. Cuando Hoepner objetó en forma algo inquieta que ahora el asunto estaba transformándose en una prueba de fuerza, Beck le contestó en forma terminante que precisamente ésta era su misión ante el pueblo alemán. Todo dependía ahora de la llegada oportuna de las unidades blindadas y demás unidades de las escuelas de armas de Berlín, y si el cierre del barrio de los Ministerios y la ocupación de las estaciones radioemisoras era efectuado a tiempo. Repetidas veces Beck expresó que era indispensable que él mismo pudiera hablar por radio al pueblo alemán antes que Hitler. Tomó también contacto con los diferentes grupos de ejército; dió al grupo de ejército del norte en el frente oriental la orden de evacuar la posición de Curlandia y trató de inducir al maris-

cal Von Kluge. comandante en jefe del frente occidental, a adherirse al golpe de Estado.

Pero Kluge eludió una resolución; habló telefónicamente con Keitel, Warlimont y Stieff y fué informado de este modo que Hitler vivía aún. Mientras tanto el viejo mariscal Von Witzleben, que durante años había esperado esta hora, encontrándose ahora enfermo y viejo, también empezó a dudar de que fuera posible ocupar la capital dentro del corto plazo disponible. Tampoco Beck era ya un hombre sano; en algunos momentos fué vencido por la emoción del momento y varias veces cuando hablaba por teléfono le falló la voz. Algunos de los oficiales más jóvenes que lo observaban silenciosamente, tuvieron dudas de que fuera el hombre que pudiera salvar a Alemania, como les había dicho. Stauffenberg hizo todo lo posible para vencer las dificultades y en esas horas caurosas de la tarde mostró su personalidad en toda su capacidad apasionada. Con una habilidad ejemplar manejó todos los medios de comunicación, habló incesantemente con los distintos comandos de los cuerpos de ejército de reemplazo y trató de animarlos, conjurando, exhortando, calmando, aconsejando u ordenando en forma severa y adivinando con intuición notable el tono que debía emplear. Beck expresó que todo dependía de la llegada oportuna de los tanques y Gisevius le oyó decir que un buen general debía saber esperar. Olbricht mantuvo su actitud acostumbrada. Cuando Beck le preguntó si los centinelas dispararían en caso de aparecer sorpresivamente la Gestapo, contestó, empleando el dialecto berlinés, «no sé», a lo cual replicó entonces: «Olbricht, por Fritsch los soldados todavía se hubieran dejado matar.»

Los minutos se convertían en horas. Para abastecer de munición a los cien tanques aproximadamente de la Escuela de Tropas Blindadas de Wünsdorf y ponerlos en marcha, se necesitaba, en el caso más favorable, una hora y media, dado que no se les había dado una orden preparatoria; podían llegar al centro de Berlín recién en las primeras horas de la noche. Lo mismo ocurría con el grupo de exploración blindado de Krampnitz. En las últimas horas de la tarde las radioemisoras comunicaron que se había cometido un atentado contra el líder, el cual había salido ileso; al mismo tiempo anunciaron un discurso de Hitler por radio para la noche. El golpe de Estado estaba escurriéndose de las manos de sus autores.

X

Mientras tanto se produjo en Berlín un incidente decisivo. El Batallón de Guardia se pasó al lado de Hitler. El teniente primero Hagen habló con Goebbels personalmente, el que consiguió convencerlo sin dificultad de que las noticias sobre la muerte de Hitler y de que el Ejército debía encargarse del poder ejecutivo para mantener el orden y las leyes contra la SS, eran falsas. Instantáneamente Goebbels había recono-

cido que se trataba de un verdadero golpe de Estado. La Plaza Wilhelm, en cuya esquina se encontraba el Ministerio de Propaganda, ya estaba cerrada por la tropa: Goebbels propuso a Hegen que le llevara al jefe del batallón a su oficina y el mayor Remer se dejó persuadir de que el líder vivía y lo hizo comunicar con el cuartel general. Remer oyó ahora la mágica voz que tantas veces había llevado las masas del pueblo alemán a un estado de entusiasmo embriagador y de una servidumbre mental ciega. Intuitivamente Hitler reconoció la magnitud del peligro que le amenazaba y confió al mayor Remer el mando sobre todas las tropas existentes en Berlín y en las cercanías de la capital. Remer obedeció, teniendo la sensación de que ésta era la hora más grande de su vida. El golpe de Estado, que había empezado con órdenes telefónicas, fué liquidado también por una conversación telefónica.

El mayor Remer, que poseía en este momento una autoridad de mando mayor que cualquier mariscal, inició en seguida la ejecución de la orden impartida personalmente por el líder. Pero también Goebbels procedió por su cuenta. Citó al general Von Hase y lo hizo detener. En el Comando de la Región Militar núm. III de reemplazo, el mayor general Herfurth recuperó la confianza en sí mismo y detuvo al mayor Von Oertzen, que poco después, cuando reconoció el fracaso de la sublevación, se suicidó. En estas condiciones, ni el nuevo comandante de reemplazo, el barón Von Thüngen, ni el jefe de los pelotones de choque que debía efectuar las detenciones, el coronel Jäger, pudieron cumplir ya sus intenciones. El viejo mariscal Von Witzleben dió por perdida toda la acción y regresó a su propiedad al sur de Berlín para esperar allí el hundimiento definitivo con una serenidad testaruda.

XI

Un desarrollo completamente distinto tuvieron los acontecimientos al principio en París, donde se realizó una acción que hubiera podido servir de ejemplo a las distintas regiones militares del interior si hubiesen procedido enérgicamente. Cuando Stauffenberg comunicó a su primo, el teniente coronel Von Hofacker, que Hitler había muerto, el general Von Stülpnagel ordenó en seguida la detención de todos los órganos de la Gestapo y del servicio de seguridad de la SS. El comandante militar de París, teniente general Von Boineburgk Lengefeld, recibió la orden de llevar a cabo esta acción durante las primeras horas de la noche, con el 1.º Regimiento de Seguridad de París, mandado por el coronel Von Kraewel. El jefe del regimiento se colocó personalmente con la pistola en la mano a la cabeza de sus soldados, pero los esbirros del régimen nacional-socialista no se defendieron ni con un solo disparo. El jefe superior de la Policía y de la SS, general Oberg, y el jefe del servicio de seguridad

de la SS, un jefe de estandarte, fueron descubiertos en un restaurante nocturno y detenidos sin ofrecer resistencia alguna.

Sin embargo, el mariscal Von Kluge, que no había sido informado de que el atentado se efectuaría ese día, fué más escéptico. Regresando de una visita al frente, llegó durante la tarde al castillo de La Roche Guyon, el cuartel general del Grupo de Ejércitos B. Su jefe de Estado Mayor, el general Blumentritt, ya había sido informado por uno de los conjurados, el coronel Finck, cuartel maestre general del frente occidental, que Hitler había muerto.

Durante la noche el mariscal Von Kluge invitó al general Von Stülpnagel y al mariscal Sperrle para analizar con ellos la situación.

Durante la noche Hitler habló por radio al pueblo, haciendo responsable del atentado a «un grupo muy pequeño de oficiales megalómanos y criminales». Ahora también Boineburgk Lengefeld y Kraewel reconocieron que la acción era un asunto insensato y la interrumpieron. Stülpnagel regresó a París y ordenó liberar a los detenidos. Al general Oberg, que estaba completamente desconcertado, se trató de aclararle que todo había sido nada más que un ejercicio o una equivocación.

Para los conjurados reunidos en el Ministerio de Guerra en Berlín, durante las primeras horas de la noche, la situación se puso desesperada, pues no se había conseguido ocupar ninguna estación radioemisora para que el coronel general Beck pudiera hablar al pueblo. Tampoco se disponía de una tropa leal. Si bien, por orden de Stauffenberg, fué detenido un jefe de grupo superior de la SS, que, acompañado por dos oficiales superiores de la SS había sido enviado de forma ingenua por el Departamento del Servicio de Seguridad de la SS para detener a los conjurados, no se sabía qué ocurriría si las unidades de la SS trataban de ocupar el Ministerio de Guerra. Recién a las 19 horas aproximadamente, las fracciones más adelantadas de la Escuela de Tropas Rápidas llegaron al lindero exterior de la ciudad de Berlín. El coronel Müller, jefe de la Sección de Infantería en el Departamento General del Ejército, se decidió a dar personalmente a la Escuela de Infantería y al Batallón de Instrucción la misma orden de marchar sobre Berlín y con tal fin se dirigió a Döberitz a las 19.30 horas. Sobre los caminos de las afueras de Berlín encontró a varias columnas blindadas marchando sobre la ciudad. En Döberitz reinaba aún la confusión y la indecisión. El coronel Müller trató de forzar enérgicamente el cumplimiento de la orden de marcha con la voz de mando «la Escuela de Infantería me obedece a mí» y regresó después a Berlín, cuando creyó que su intervención había tenido éxito. A la vuelta encontró los caminos vacíos; en el centro de la ciudad el cordón de tropas alrededor del barrio de los Ministerios había sido retirado. El mayor Remer había actuado muy bien, pues la palabra mágica «por orden del líder» había tenido plena eficacia. Cuando el coronel Müller, aproximadamente a las 22.00 horas, llegó al Ministerio de Guerra, llegó simultáneamente allí la Escuela de Armeros, según él creyó por orden de los conjurados, pero en realidad por orden del mayor Remer, el dictador del momento.

En el Ministerio mismo se inició una contraacción. Algunos oficiales leales a Hitler y otros que hubieran actuado solamente si el déspota hubiese sido muerto, se armaron con pistolas ametralladoras y granadas de mano, ocuparon la central telefónica, liberaron al coronel general Fromm y gritando que habían sido engañados y que el líder vivía, pasaron por todas las oficinas, enfrentando a cada uno con la pregunta amenazadora: «¿En pro o en contra del líder?». Stauffenberg fué herido por varios tiros y finalmente detenido. Fromm declaró a Olbricht, Hoepner y Beck que ahora procedería con ellos como habían procedido con él durante la tarde y los detuvo. El coronel general Beck se negó a entregar su pistola, decidido a no vivir más. Fromm le obligó a suicidarse ante los ojos de los oficiales presentes. Cuando Beck, bajo la terrible conmoción interior del momento, erró el blanco con el primer disparo y con el segundo sufrió solamente una herida en la cabeza, Fromm ordenó a un oficial que rematara de un tiro, como a un animal herido, al ex jefe del Estado Mayor; el oficial confió esta tarea a un suboficial, que mató al coronel general.

En forma apresurada Fromm estableció un Tribunal de Guerra que condenó al fusilamiento al conde Stauffenberg, al general Olbricht, al coronel Merz von Quirnheim y al teniente primero Von Haeften. En ese momento Fromm se hallaba inspirado no solamente por el temor de que pudiera ponerse en duda su propia conducta, sino también por la conciencia de la vieja tradición de que el Ejército representa un «imperium in imperio». Antes de que la SS pudiera intervenir debían eliminarse, por los militares mismos, los testigos principales del golpe de Estado militar. A la 1 de la mañana, Stauffenberg, Olbricht, Merz von Quirnheim y Haeften fueron fusilados por soldados de la Escuela de Armeros, en el primer patio del Ministerio de Guerra, iluminando la escena los faros de un automóvil blindado. Stauffenberg gritó: «¡Viva la Alemania libre!»; los soldados cumplieron con su deber sin entender qué significaba este grito. Algunos hombres de la SS cargaron los cadáveres, entre ellos también el de Beck, sobre un camión. Hasta ahora no se sabe adónde fueron a parar.

En la noche del 20 al 21 de julio se produjeron acontecimientos decisivos para la historia del Ejército. Durante las últimas horas del 20 de julio, el comandante de la Flota Aérea del Interior fué encargado del mando supremo militar sobre todas las tropas existentes en el interior. Se promulgó una orden de que cada unidad debía obedecer solamente las órdenes de aquellos oficiales que le eran conocidos personalmente. Dado que el general Buhle había sido herido seriamente por el atentado, el coronel general Guderian fué encargado de las funciones de jefe del Estado Mayor. Tratábase en este caso de una solución de pura casualidad. Guderian no había tenido conocimiento del golpe de Estado y tampoco se había encontrado en Berlín durante el 20 de julio; durante la mañana había inspeccionado un grupo blindado de defensa antitanque en Hohensalza y durante la tarde se había dirigido a la propiedad que le había sido asignada en la región del río Warthe, donde más o menos, a

las 19.00 horas, recibió la primera noticia sobre el atentado. Para Hitler y sus consejeros militares, Guderian era el único oficial superior que casualmente estaba al alcance y que entendía algo de los problemas del frente oriental, sin haber tenido evidentemente nada que ver con el atentado. El 21 de julio, el jefe supremo de la SS, Enrique Himmler, se encargó del mando sobre el Ejército del Interior; había sido antes aspirante a oficial en Baviera y después criador de aves y empleado de banco.

Cuando el coronel general Guderian, en la tarde del 21 de julio de 1944, quiso hacerse cargo, en el «Bosque de Muralla», de la jefatura del Estado Mayor, reinaba en el mismo una confusión completa. El mismo día, el general Zeitzler había sido dado de baja, sin tener el derecho de llevar el uniforme. Algunos de los oficiales más importantes habían sido heridos en el atentado, otros temían ser detenidos. Guderian encontró vacía la oficina del jefe del Estado Mayor y en toda la barraca descubrió finalmente, durmiendo a un cabo, encargado del servicio telefónico.

Durante toda su vida Guderian había sido militar. Nació en el este en 1888, en Kulm, situado en Prusia occidental, como hijo de un oficial prusiano, cuyo padre había sido propietario de una finca rural. En esos momentos tenía por delante en su mente el cuadro del frente oriental, que era ya tan débil que podía derrumbarse en cualquier momento, y se imaginaba el grave peligro que significaba el que los ejércitos rusos avanzaran y rompieran este frente. Nunca había creído que la situación pudiera ser modificada en algo mediante un golpe de Estado; apreciaba que la acción de Stauffenberg sólo era un gran peligro, que podía causar la ocupación por los rusos de todo el territorio alemán hasta el Rin, mientras que los aliados se encontraban aún envueltos en graves luchas en Normandía. Además, seguramente se sentía menospreciado desde su relevo injusto en el invierno de 1941 y tenía, quizá, la ilusión de que ahora había llegado la hora de mostrar que estaba en condiciones de ser útil. Un rencor profundo contra los defensores de la tradición del Estado Mayor lo animó ahora. Una de las primeras órdenes que dió fustigó al Estado Mayor por haber participado en la preparación del atentado. La orden del 29 de julio de 1944, que fué dirigida a todos los oficiales de Estado Mayor, exigía que en el futuro todo oficial de Estado Mayor fuera al mismo tiempo un «oficial de conducción nacionalsocialista», agregando que el que no pudiera identificarse con este modo de pensar debía pedir su traslado.

En el cuartel general Hitler vociferaba sus expresiones de rabia contra el cuerpo de oficiales antiguo y contra el Estado Mayor del Ejército. Con la espuma en la boca gritaba que quería «ver colgados a sus adversarios como reses en un matadero». Una comisión especial de la Gestapo, compuesta por 400 empleados, empezó a averiguar el origen del atentado y las relaciones de los conjurados. Cuanto más se descubría el alcance de la conjuración, tanto más se producían las detenciones y los suicidios entre los altos oficiales. Dos días después que Guderian se hubiera encargado de la jefatura del Estado Mayor fué detenido el jefe de la División de Operaciones, teniente general Heusinger; también el general Stieff

fué detenido como uno de los culpables principales. El cuartel maestro general Wagner se suicidó en Zossen, cuando debía ser detenido. El general del arma de Artillería, Lindemann, inicialmente trató de huir; finalmente fué detenido después de varias semanas y gravemente herido por varios tiros; llevado a un hospital, se arrancó allí los vendajes para morir. El mayor general Von Treskow, se suicidó en el frente. El general Von Stülpnagel fué destituido de su cargo y llamado a Berlín para justificarse; trató de suicidarse durante el viaje a Alemania, pero el tiro sólo lo dejó ciego; fué llevado en estado inconsciente a un hospital y, apenas restablecido, fué condenado a la horca. El mariscal Von Witzleben fué detenido en su propiedad rural por un general. Se formó un Tribunal de Honor de las Fuerzas Armadas, al que pertenecían Keitel, Rundstedt y Guderian, que echó del Ejército a los camaradas que habían participado en la conjuración, de modo que, después, un tribunal civil, el llamado Tribunal del Pueblo, pudiera procesarlos. Los primeros que tomaron el camino de la horca fueron el mariscal Von Witzleben, el coronel general Hoepner, el teniente general Von Hase, el mayor general Stieff y el conde Yorck von Wartenburg.

Todos los viejos adversarios fueron ahora detenidos; entre ellos, el ex presidente del Banco del Estado, Schacht, que había sido informado de la conjuración; el almirante Canaris, el coronel general Von Falkenhausen, el general de infantería Thomas y el coronel general Halder. Al coronel general Fromm de nada le sirvió que hubiera convocado precipitadamente un Tribunal de Guerra en la noche del 20 de julio; debido a su conducta ambigua fué detenido y finalmente decapitado. El mayor general Herfurth fué ahorcado. Además fueron ejecutados más de doce oficiales de Estado Mayor. Cuando resultó que el mariscal Rommel, que apenas se había restablecido, había participado en la conjuración, Hitler le hizo entregar un veneno, el 14 de octubre de 1944, por dos oficiales, comunicándosele que debía suicidarse o hacerse responsable ante el Tribunal del Pueblo. El mariscal tomó el veneno y fué enterrado después en solemnes funerales a cargo del Estado, publicándose que había muerto a consecuencia de sus graves heridas.

El odio de Hitler amainó. La ejecución del mariscal Von Witzleben y de los demás oficiales que habían participado de cerca en el pronunciamiento del 20 de julio en el Ministerio de Guerra, se realizó mediante una horca de estrangulamiento, que prolongó la tortura de los condenados. La ejecución fué filmada y Hitler se hizo mostrar la película en su cine privado. Inicialmente quiso que la película fuera exhibida también en la enseñanza política que se daba a las tropas; pero abandonó esta intención al ver que hasta los oficiales nacionalsocialistas se rebelaron contra esta idea. Un hombre como el general Warlimont encontró estas escenas de una crueldad sádica tan repugnante, que le pareció imposible que un oficial honesto prestara sus servicios a un hombre de este tipo. Debido a esto aprovechó las consecuencias de la conmoción cerebral que sufrió por el atentado para retirarse, por razones de salud, en el mes de septiembre.

XII

Al asumir Himmler el mando del Ejército del Interior, y con el fracaso de la conjuración, termina la historia del Estado Mayor alemán como institución militar de pensamiento y acción independientes.

La tarea del nuevo Estado Mayor del Ejército consistía ahora, en el fondo, en la liquidación de una guerra perdida. Como el coronel general Guderian era responsable solamente del frente oriental, apreció que su tarea principal era continuar por todos los medios la lucha en el este, durante el mayor tiempo posible, para impedir que los rusos avanzaran hasta el Rin y subyugaran a todo el país al dominio bolchevique. Guderian había iniciado su carrera militar en un batallón de cazadores; había participado en la instrucción de oficiales de Estado Mayor y había prestado servicios en el Departamento de Tropas, pero no había pertenecido al círculo más estrecho del viejo Estado Mayor. Un hombre como el coronel general Beck, siendo jefe del Estado Mayor, había observado inicialmente con mucha reserva las teorías revolucionarias de Guderian sobre el empleo del arma blindada. Sin duda Guderian no era un estratega en el sentido común: era simplemente un hombre del frente y de la práctica que, una vez más, trató de convencer a Hitler con tenaz valor y terquedad. Pero vio la situación solamente desde el punto de vista militar y muy pronto debió reconocer cuán difícil era vencer la desconfianza de Hitler contra todos los oficiales del tipo viejo y cuán malsano era el ambiente que reinaba en el cuartel general del líder, donde todos se forjaban aún ilusiones y perseguían grandes planes y conceptos doctrinarios, negándose a sacar las consecuencias de las condiciones reales. Pero ahora ni la mejor capacidad estratégica podía cambiar ya la situación. En el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, el general Winter fué nombrado como sucesor del general Warlimont. En lugar del teniente general Schmundt, que murió a consecuencia de las heridas sufridas en el atentado, el general Guillermo Burgdorf fué nombrado ayudante en jefe del Departamento de Personal del Ejército; era un adorador incondicional de Hitler.

Esta reorganización del Estado Mayor se hallaba influida ya por las consecuencias del terror, una alternativa que el coronel general Guderian inicialmente con seguridad no había reconocido claramente, porque tales ideas eran completamente ajenas a su modo de pensar exclusivamente militar. Pero, sus preocupaciones por la situación militar misma eran aún mucho mayores; estaba acercándose el fin. A pesar del aumento de la producción de armamentos y no obstante que en la primera mitad de 1944 fueron producidos elementos de equipo para un efectivo aproximado de dos millones de hombres, para 130 nuevas divisiones de infantería y 40 divisiones blindadas, y a pesar de que se trabajaba febrilmente en el desarrollo de nuevas armas, como la bomba-cohete «V 2», un cohete anti-

aéreo en forma de torpedo aéreo, otro cohete antiaéreo dirigido a distancia, un avión de caza de retropropulsión y un nuevo tipo de sumergible, el ministro de producción de armamentos creía, según sus declaraciones posteriores, que la guerra estaba perdida desde que los aliados habían logrado paralizar en gran parte la producción de combustible sintético en Alemania mediante el bombardeo a larga distancia, iniciado en la primavera de 1944. Según sus cálculos, Alemania debía llegar al límite de sus fuerzas a fines del otoño de 1944 y no omitió explicar a Hitler este hecho en varios memorándums consecutivos. Hitler, sin embargo, lo engañó conscientemente hablando de supuestas tentativas japonesas de mediar entre Alemania y Rusia, así como entretuvo a Jodl y Guderian con promesas vanas referentes a las nuevas armas.

En el oeste se inició el derrumbe del frente de defensa ante la invasión, como lo había predicho Rommel. El 24 de julio recién Hitler se decidió finalmente a trasladar las unidades concentradas en el Paso de Calais hacia el frente de lucha. Llegaron tarde y sufrieron graves pérdidas por los ataques continuos en vuelo bajo de los aviones, que dominaban los caminos del mismo modo que los aviones de combate y bombarderos de picado de los alemanes habían dominado los caminos franceses en 1940. Un día después, el 25 de julio, los aliados empezaron a avanzar desde su zona de desembarco y los tanques del general norteamericano Patton se abrieron paso en Avranches, el punto angular del frente alemán. Bretaña y las islas situadas en el canal de la Mancha quedaron aisladas. El mariscal Von Kluge creía que era posible todavía salvar la situación mediante una retirada de mayor envergadura hacia el Sena, desde el cual quería efectuar un contrachoque al estilo de la «maniobra desde la retirada» realizada por Joffre en la batalla del Marne en 1914. A tal fin se dirigió al coronel general Jodl, pidiéndole que explicara esta idea al líder.

Pero Hitler no quería saber nada de líneas de recibimiento ni de ideas estratégicas y ordenó categóricamente, el 1 de agosto de 1944, que se impidiera mediante un contraataque con todas las fuerzas blindadas disponibles, el avance adversario. Cuando hasta José Dietrich protestó contra esta idea insensata, Kluge le contestó resignado que se trataba de una «orden del líder». Debido a la falta de protección aérea, el ataque del Quinto Ejército Blindado fracasó con graves pérdidas, pues las masas concentradas de los tanques ofrecían un objetivo excelente a los ataques aéreos del enemigo. Hitler ordenó la repetición del ataque. Ahora el mariscal Von Kluge ordenó, por propia cuenta, que se efectuaran repliegues locales; con disgusto Hitler finalmente dió su consentimiento a esta medida, pero desde entonces observó a Kluge con desconfianza. Mientras tanto, el Grupo de Ejércitos G quedaba con sus dos ejércitos en las antiguas posiciones de la costa de Vizcaya y del Mediterráneo. Kluge no pudo decidirse a establecer por propia iniciativa un nuevo frente en el centro de Francia, reuniendo allí ambos grupos de ejércitos. Mientras tanto, el 5.º Ejército Blindado y el 7.º Ejército quedaron encerrados en el bolsón de Mortón y Falaise, amenazando producirse aquí un «Stalingrado» francés de grandes proporciones. Los generales norteamericanos,

mostraban ahora una capacidad inesperada. Después de una semana de luchas muy intensas, empezaron a manifestarse en las unidades alemanas desangradas, señales de desbande. El 12 de agosto el mariscal Von Kluge se trasladó a la zona de Falaise para hablar con los comandantes de ejército y de cuerpo de ejército. La estación de radio motorizada que lo acompañaba fué destruída por el fuego enemigo, por lo cual pasajeramente no fué posible establecer contacto con él. En seguida Hitler sospechó que había desertado y se había pasado al lado adversario. Prohibió a las tropas encerradas que efectuaran toda tentativa de abrirse paso a través de las líneas enemigas e hizo responsable a Kluge de la derrota de Avranches. Bajo las impresiones recibidas en la zona de Falaise, Kluge ahora, por fin, se decidió a actuar por propia iniciativa. Pero el 16 de agosto llegó sorpresivamente el mariscal Model al castillo de La Roche Guyon con una carta personal de Hitler que lo nombraba comandante del frente occidental y del Grupo de Ejércitos B. Dos días después Kluge, relevado de este modo, regresaba a Alemania, preocupado por temores lúgubres de que se hubiera descubierto su participación en los planes del golpe de Estado. Entre Verdún y Metz se suicidó tomando un veneno. Dejó una carta dirigida a Hitler en la que conjuraba a éste a emplear las armas nuevas o a terminar la guerra.

El 20 de agosto fracasó la última tentativa del 5.º Ejército Blindado de abrirse paso a través del cerco, con lo cual se acercaba el fin de la batalla de Morton y Falaise. El saldo de estas luchas del lado alemán fué la pérdida de 1.500 tanques, 3.500 piezas de artillería, 240.000 muertos y heridos, y 210.000 prisioneros tomados por los aliados. Desde el 6 de junio habían sido aniquiladas unas 51 divisiones alemanas; veintidós comandantes de cuerpo de ejército o de división habían caído o fueron heridos o tomados prisioneros; dos veces el comandante del frente occidental había sido cambiado.

Mientras tanto, el 7.º Ejército norteamericano, mandado por el general Devers, había desembarcado el 15 de agosto cerca de Marsella y Tolón y avanzaba ahora a lo largo del valle del Ródano. El Grupo de Ejércitos G, sufriendo pérdidas considerables en los combates de retirada, se replegó hacia el norte a través de la Puerta de Borgoña. Desde Normandía se derramó ahora el torrente de las divisiones blindadas anglo-norteamericanas, a las que se agregó también una división blindada francesa, armada con material norteamericano, en dirección a París y a la costa del canal para ocupar allí los lugares de lanzamiento de las armas «V». El 25 de agosto capituló París, donde el general De Gaulle estableció un nuevo Gobierno francés. Al comienzo de septiembre tropas inglesas penetraron en Bélgica y tomaron a Bruselas y a Amberes. El derrumbe del frente alemán descubrió al mismo tiempo la desmoralización muy avanzada del ejército de ocupación de Francia, sucediendo escenas que antes nadie hubiera creído posibles en el Ejército alemán. Soldados de la marina sin armas recorrían las costas del canal desde Boulogne hacia el NE. vendiendo sus uniformes a la población francesa y declarando «la guerra ha terminado, nos vamos a Alemania». Automóviles cargados con oficiales y

sus amantes francesas, con provisiones de champaña y coñac, llegaron en su fuga hasta la Renania. Tuvieron que establecerse tribunales de guerra especiales para los oficiales y funcionarios administrativos de las fuerzas que habían descuidado sus deberes.

El régimen nacionalsocialista reaccionó contra estas señales de desbande con un terror brutal. El mariscal Model reorganizó las unidades de Bélgica y sur de Holanda con una energía férrea. En septiembre el mariscal Von Rundstedt fué nombrado otra vez comandante del frente occidental, con la misión de establecer un nuevo frente defensivo.

Las líneas alemanas corrían ahora desde el curso inferior del Rin y del Mosa a través del sur de Holanda, Brabante y Lorena, a lo largo del borde occidental de la región del Sarre hacia la puerta de Borgoña, donde el Grupo de Ejércitos G había podido mantenerse. Ya a fines de agosto el mariscal Montgomery contaba con el derrumbe definitivo de los alemanes y apreció posible un avance rápido de unidades blindadas, apoyadas por divisiones transportadas por el aire, a través de la cuenca del Rhur hacia Berlín, lo que hubiera sido una medida decisiva en consideración a que siempre se mantenía el frente oriental alemán en Polonia y Hungría. De este modo el centro de Europa hubiera sido ocupado por los aliados y no por los rusos. Sin embargo, el general Eisenhower, que no sentía ninguna desconfianza contra los rusos, quiso proceder en forma segura y se expresó en contra de tal extensión peligrosa de todas las líneas de abastecimiento y de la sobrecarga del material que traía consigo, concediendo de este modo al comando alemán un respiro, que Rundstedt y Westphal aprovecharon con gran habilidad para organizar un nuevo frente defensivo. El ministro de armamentos Speer apreció que este respiro fué la única causa de que los ejércitos alemanes pudieran continuar aún la resistencia durante otro medio año. El fracaso de la tentativa inglesa de establecer cabezas de puente sobre el curso inferior del Rin, cerca de Arnhem, mediante una gran acción de tropas transportadas por el aire, demostró cuán rápidamente el frente alemán se había reforzado. El general Eisenhower reagrupó ahora sus fuerzas formando tres grupos de ejércitos, del Norte, del Centro y del Sur, cada uno de dos ejércitos (un inglés, un canadiense, tres norteamericanos y un francés).

Hitler ordenó ahora el empleo del arma «V 2», un cohete de larga distancia cuya eficacia y alcance eran mucho mayores que los del «V 1». Observadores ingleses la consideraron un arma muy peligrosa, supuesto que fuera empleada en masa. Pero el empleo fué retardado decisivamente por los resultados del bombardeo aéreo, que hizo demorar su producción, paralizando al mismo tiempo cada vez más la red de comunicaciones en el interior de Alemania. Himmler hizo resurgir nuevas unidades, organizando las llamadas «divisiones de granaderos del pueblo» y los «cuerpos de artillería del pueblo» que al mismo tiempo debían ser unidades modelos para el posterior ejército de paz, educados uniformemente según la ideología nacionalsocialista. Ya antes del 20 de julio Hitler había encargado a Himmler que tomara a su cargo la educación ideológica de veinticinco nuevas divisiones recientemente organizadas. Además, se or-

denó la producción en masa de armas antitanques con proyectiles de carga hueca, manejadas por un solo hombre, los llamados «Panzerfaust» y «Panzerschreck» (*).

Mientras tanto, Guderian trataba de reforzar por todos los medios el frente oriental. Había preparado para ello amplios planes: el traslado de las treinta divisiones del Grupo de Ejércitos de Curlandia, mandado ahora por el mariscal Schörner, a Polonia; el empleo de las nuevas «divisiones de granaderos del pueblo» y de los «cuerpos de artillería del pueblo» también en la misma parte y la organización de un sistema de fortificaciones coherentes en el Este, que debía ser ocupado con unidades de guardia nacional (a organizar), con batallones de fortaleza (a formar con hombres de limitada capacidad física) y con 2.000 piezas de artillería pesada anteriormente capturadas. Bormann se organizó una propia «inspección de fortificaciones». Las «divisiones de granaderos del pueblo» fueron distribuidas en todos los frentes e Himmler hizo suya la idea de organizar en el Este una guardia nacional, que, según el plan de Guderian, debía ocupar las posiciones de retaguardia, y la transformó en el proyecto insensato de la «guardia territorial», a cuyas filas debían ser llamados todos los hombres del interior en caso de que el adversario invadiera el territorio alemán.

Así sobrevino en el Este la catástrofe inevitable. En luchas muy intensas, tanto con los rusos como con el ejército clandestino de los nacionalistas polacos sublevados en Varsovia, por de pronto se logró sostener aún la línea del frente en Prusia oriental y Polonia. La relación entre el número de las divisiones alemanas y rusas era de 1 a 9, de los tanques de 1 a 6 y de las piezas de artillería de 1 a 10 y hasta 15. La mayoría de las divisiones blindadas alemanas poseía solamente la tercera parte de sus efectivos anteriores y el número de los tanques aptos para el frente en cada una de ellas no pasaba de unos 70 a 80. Solamente las unidades blindadas de la SS eran completadas aún constantemente.

El lugar más débil del frente oriental era ahora el frente rumano, de donde Hitler había sacado en junio casi todas las unidades blindadas del grupo de ejércitos mandado por el coronel general Friessner para emplearlas en el sector central. A principios de agosto de 1944 llegó a Berlín el dictador Antonescu, para efectuar su última visita; no ocultó a Hitler su asombro de que tantos altos oficiales alemanes hubieran participado en la tentativa del golpe de Estado y agregó que él, el «líder» de Rumania, estaba completamente seguro de la lealtad de sus generales. Ignoraba que el rey Miguel de Rumania, con la ayuda de la mayor parte de los generales rumanos, ya estaba preparándose para pasar al lado adversario, esperando poder salvar con el apoyo de Inglaterra y Estados Unidos la existencia de la monarquía frente a la amenaza rusa. Como de costumbre Hitler se hizo el sordo ante las advertencias del coronel general Friessner. Rechazó su pedido de hacer retirar el frente detrás del Pruth y de reunir allí todas las fuerzas alemanas en Rumania, inclusive

(*) «Puño antiblindado» y «Susto antiblindado».

las de marina, aviación y policía, para preparar la defensa contra la inminente ofensiva rusa.

El 20 de agosto se inició la ofensiva enemiga en el frente del Dniéster. El grupo de ejército rumano, mandado por Dimitrescu, se disolvió y en parte se pasó al enemigo. El 6.º Ejército alemán, nuevamente formado después de la catástrofe del año 1943, vivió su segundo «Stalingrado», y fué encerrado otra vez. Los restos del 8.º Ejército se retiraron hacia los Cárpatos orientales y Transilvania. El 23 de agosto el rey Miguel detuvo personalmente en Bucarest a su dictador y Rumania pasó ahora del lado adversario.

El 2 de septiembre también Finlandia concertó un armisticio con Rusia, derrumbándose así el frente de Murmansk, que durante largo tiempo había sido defendido por el coronel general Dietl, uno de los favoritos de Hitler, hasta que murió en junio en un accidente aéreo. Su sucesor, el coronel general Rendulic, uno de los fanáticos que confiaban ciegamente en Hitler, debió retirarse hacia el norte de Noruega. En el Báltico, el Ejército de Curlandia debió evacuar Estonia y limitarse a mantener el territorio de Letonia. A mediados de septiembre los rusos habían avanzado en Hungría hasta el Banato, iniciando ahora la lucha por los pasos del Danubio. El 15 de octubre entraron en Belgrado e inmediatamente después iniciaron un nuevo gran ataque contra Prusia oriental que el general Hossbach con el 4.º Ejército pudo rechazar solamente con grandes esfuerzos.

XIII

El gran plan de Guderian para la defensa del territorio oriental de Alemania quedó así mutilado. Hasta las condiciones previas para su realización, esto es, la organización de posiciones de retaguardia, sólo pudieron conseguirse mediante un engaño, dado que Guderian impartió las órdenes para su construcción por propia iniciativa, invocando el nombre de Hitler. Pero los batallones de plaza y las piezas de artillería capturadas, que Guderian quiso emplear en el Este, fueron enviados por Hitler al Oeste para ocupar con ellos la «Muralla Occidental». Las obras de tierra y los sistemas de trincheras que los jefes regionales del Partido Nacional-socialista construían en la Prusia oriental, Pomerania y Silesia, empleando en ellos desconsideradamente todas las fuerzas disponibles y haciendo intervenir ampliamente también a las mujeres, carecían así de tropas para ocuparlas y no tenían ningún valor. Guderian sabía perfectamente que su plan de defensa no podía originar ya un cambio decisivo en el desarrollo de la guerra y que todo lo que podía lograr en el fondo serviría solamente para ganar tiempo, para salvar la mayor parte posible del territorio alemán en el Este y para aplazar de este modo una modificación en la relación de fuerzas entre los grandes adversarios orientales y occidentales. Hitler, por su parte, con su modo de pensar egocéntrico, vivía

en la ilusión de que siempre podría ceder aún terreno en el Este. El último gran plan del Estado Mayor de tal modo no podía ser aplicado en ese ambiente envenenado del Cuartel General del líder, aunque su autor, con la tenacidad y terquedad que lo caracterizaba, no dejó de intentarlo pese a su salud precaria, dado que su corazón no soportaba ya los esfuerzos enormes de estas fricciones continuas con el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. Al igual que su antecesor, el coronel general Zeitzler, también Guderian arruinó su salud en esta lucha inútil y al igual que aquél, también se equivocó al principio al creer que podría tratar con Hitler en forma razonable.

La situación se caracterizó ahora también por otro fenómeno: la rápida decadencia de la salud de Hitler. Parecía como si la fuerza mágica que lo había encumbrado fuera desapareciendo lentamente, a la par del derrumbe que se insinuaba cada vez más. Desde que sufrió el atentado, tenía que apoyarse en un bastón para caminar; su porte exterior aflojó, el color de su cara empezó a ser pálido y gris, notándose también cada vez más un temblor de sus extremidades que hacía pensar en la llamada enfermedad de Parkinson. En el otoño de 1944 tuvo que guardar cama pasajeramente. Un gran número de médicos pertenecían ahora a los visitantes permanentes del Cuartel General, no solamente el profesor Morell, sino también el cirujano profesor Von Eicken (que debió eliminarle un pulpo en las cuerdas vocales mediante una operación), el especialista del corazón doctor Weber, el odontólogo profesor Blaschke y, finalmente, un nuevo favorito entre sus médicos personales, el cirujano ortopédico doctor Stumpfegger, que había sido recomendado por Himmler.

Contrariamente a lo que pensaba el Estado Mayor, según el cual el centro de gravedad de las operaciones se encontraba en el Este y que veía en el triunfo del bolcheviquismo un peligro mucho mayor que en la victoria de las democracias del Occidente, Hitler apreciaba siempre a Inglaterra como el adversario más peligroso y quería ahora, en último momento, volver a la idea de eliminar a Inglaterra para obtener libertad de acción en el Este; en realidad, una utopía imposible. Las últimas fuerzas fueron reunidas ahora para repetir la ofensiva de las Ardenas. Fueron armadas una vez más con material nuevo las divisiones blindadas que constituían el 6.º Ejército Blindado de la SS, mandado por José Dietrich, el ex comandante de la guardia personal de Hitler, que había sido antes sargento primero y viajante de comercio. Sin consideración alguna fueron debilitados los frentes de Polonia y Hungría. El objetivo que Hitler perseguía era una nueva ruptura a través del histórico «Boquete de las Ardenas» y la interceptación de las comunicaciones de los ejércitos ingleses mandados por el mariscal Montgomery con los puertos del canal de la Mancha, para hacerles sufrir un «segundo Dunkerque». El mariscal Montgomery mismo apreció más tarde en sus memorias que este plan era muy audaz y que el punto de partida se había elegido con habilidad, porque las Ardenas estaban aseguradas solamente por cuatro divisiones norteamericanas. Pero, agregó, Hitler había planeado esta empresa de tal

modo que hacía reconocer que le faltaba toda apreciación justa de las fuerzas que tenía aún a disposición.

El comandante del frente occidental, el viejo mariscal Von Rundstedt, era el último representante de aquellos mariscales que habían conducido al triunfo a los ejércitos alemanes en Polonia, Francia, Yugoslavia y Rusia. Rundstedt creía que a lo sumo sería posible una ofensiva con un objetivo limitado, es decir, tratar de interceptar las comunicaciones de las fuerzas enemigas concentradas en la región de Aquisgrán. Pero, como siempre, obedeció; en realidad se había resignado a esto ya desde hacía mucho tiempo, limitándose a hacer observaciones sarcásticas y arriesgando su gran prestigio como militar experimentado al encargarse de una misión que sobrepasaba la capacidad de todas las fuerzas disponibles. Pero, tampoco él debía garantizar el éxito, sino los favoritos de Hitler, el mariscal Model y los comandantes de los dos 5.º y 6.º Ejércitos Blindados, el general Von Manteuffel y el general de la SS Armada Dietrich; además, un típico representante de la guerra de guerrillas, el jefe de batallón de la SS, Skorzeny, el mismo que había liberado a Mussolini y que ahora recibía la misión fantástica de producir confusión en la zona de retaguardia del adversario mediante el empleo de pelotones especiales, vestidos con uniformes norteamericanos. Desde Moltke hasta Skorzeny, en verdad, el camino fué largo y vergonzoso.

En noviembre de 1944 Hitler trasladó su Cuartel General del «Reducto del Lobo» de Prusia oriental al «Monte de Cabras», situado cerca de Nauheim en Hesse, donde se había construido antes un sistema de abrigos para la ejecución del «caso amarillo». El jefe del Estado Mayor se trasladó ahora al campamento de Maybach en Zossen. En el viaje hacia el oeste, que no se efectuó en avión sino por ferrocarril, Hitler vió por primera vez el aspecto de Berlín, cuya mitad había sido destruída por los ataques aéreos; hasta entonces había evitado cuidadosamente visitar cualquiera de las ciudades destruídas por los bombardeos. Oprimido por el aspecto que se le ofrecía, confesó que nunca se hubiera imaginado que «esto» era así.

El plan de la nueva ofensiva preveía que los tanques de Manteuffel avanzaran en dirección a Bruselas y las divisiones de Dietrich hacia Amberes. Moder, Manteuffel y sobre todo Rundstedt se mantenían escépticos. Más tarde, en la cautividad inglesa, tanto Rundstedt como Manteuffel expusieron al capitán Lidell Hart que no pudieron convencer a Hitler que desistiera de la idea que había concebido. Pero ambos no tenían más remedio que obedecer, pues, según su modo de pensar, el deber militar exigía obedecer durante la guerra. Tanto el abastecimiento de munición como el de combustible de las divisiones de ataque era insuficiente. Ambos ejércitos blindados disponían en total a lo más de ochocientos tanques. Manteuffel había exigido una reserva de cinco cuotas de combustible para cada tanque, cuya entrega el coronel general Jodl había prometido; pero, finalmente, se vió que era posible solamente darles una cuota y media. Las exageradas prescripciones referentes al mantenimiento del secreto impidieron, además, que los comandantes subordinados pu-

dieran familiarizarse oportunamente con las misiones que debían cumplir.

Con todo, se consiguió sorprender al adversario completamente. Ni Eisenhower ni Montgomery habían creído que los alemanes disponían aún de la potencia necesaria para efectuar un contraataque. El 16 de diciembre de 1944, un día de invierno nebuloso y oscuro, en el cual la actividad aérea estuvo paralizada casi por completo, la ofensiva comenzó en las primeras horas de la madrugada, sin preparación previa por la artillería y en un frente de 70 kilómetros, entre Monschau y Echternach.

No fué posible tomar la ciudad de Monschau. El 47.º Cuerpo Blindado, mandado por Manteuffel, encontró una resistencia tenaz cerca de Bastogne, defendida por dos divisiones aerotransportadas norteamericanas. Los planes fantásticos sobre el empleo de los grupos de terror bajo la conducción de Skorzeny, de ningún modo pudieron realizarse. Manteuffel trató de sitiar la ciudad de Bastogne con una división de granaderos del pueblo y de iniciar un movimiento de rodeo con la 2.ª División Blindada con el objeto de llegar al Mosa cerca de Dinant. Efectivamente las partes más adelantadas de estas divisiones aparecieron el 24 de diciembre en las cercanías inmediatas de Dinant. Pero ahora cambió el tiempo; empezó el frío, el cielo se aclaró y la aviación aliada pudo intervenir; en la Nochebuena de 1944, en una acción de gran envergadura, lanzó una lluvia de bombas sobre las comunicaciones de retaguardia alemanas. El ataque careció casi por completo de apoyo por parte de su aviación, después que ésta, en un ataque concentrado contra los aeródromos anglo-americanos situados a retaguardia, había fracasado. El abastecimiento de combustible ahora empezó a fallar. Ya en los últimos días antes de Navidad la mayor parte de las unidades del 15.º Ejército habían sido retiradas a sus posiciones de partida, dándose como motivo de esta medida que la ofensiva se desarrollaba en forma tan buena que no sería necesario emplearlas. Mientras tanto, el 30.º Cuerpo de Ejército inglés y el 3.º Ejército norteamericano, mandado por el general Patton, el mejor general de las tropas blindadas norteamericanas, iniciaron el contraataque.

Durante la Nochebuena Manteuffel pidió refuerzos, combustibles y una protección del ataque desde el aire. Propuso a Hitler avanzar con la reserva del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas y el 6.º Ejército Blindado de la SS en un movimiento envolvente hacia Lieja para formar de este modo una cabeza de puente sobre el Mosa. Hasta el 26 de diciembre Hitler vacilaba y estuvo indeciso sobre lo que debía hacer. Manteuffel se expresó más tarde sobre este incidente en forma severa diciendo que era una «guerra conducida por un cabo»; pasó ahora al extremo opuesto y propuso como última solución la retirada general y el reforzamiento de la línea del Rin, lo cual Hitler rechazó indignado.

XIV

Al mismo tiempo que Manteuffel enviaba estos pedidos de auxilio, llegó al Cuartel General del líder en el «Monte de Cabras» un pedido de Guderian que proponía trasladar todas las divisiones superfluas al Este, dado que la ofensiva de las Ardenas ya había fracasado. El Grupo de Ejército Centro del frente oriental, bajo el mando del coronel general Reinhardt, que defendía el frente entre Mebel y Varsovia, disponía en todo el ancho de 800 kilómetros de su frente solamente de doce divisiones de reserva débiles. Los comandos de cuerpo de ejército disponían solamente de un batallón de ametralladoras como reserva local. Todos los partes sobre el adversario permitían deducir que estaba preparando una gran ofensiva invernal. Al mismo tiempo, unos 400.000 hombres, mandados por el coronel general Von Falkenhorst, se encontraban en Noruega sin hacer nada y 300.000 hombres de las mejores tropas, bajo el mando del mariscal Schörner, defendían el bastión de Curlandia, cuyas comunicaciones terrestres estaban interceptadas, pero cuyo mantenimiento exigía el gran almirante Doenitz para asegurar el mar Báltico como región de instrucción para los submarinos, mientras que Hitler mismo esperaba poder efectuar desde allí un ataque de flanco. El coronel general Guderian exigió enérgicamente que fuera abandonada ahora por lo menos la posición de Curlandia para reforzar con las tropas de la misma el frente oriental, que corría aproximadamente por la línea de Memel, Gumbinnen, el Narew, la curva del Vístula, los Cárpatos y Budapest.

Pero Hitler se decidió a reanudar la ofensiva en las Ardenas y a iniciar al mismo tiempo una ofensiva en Hungría para aliviar la situación del frente oriental, esperando que de este modo podría recuperar los campos petrolíferos rumanos y avanzar después mediante una conversión contra el flanco meridional ruso. El primer objetivo inmediato de esta ofensiva debía ser el socorro de Budapest, la capital húngara, por la que se luchaba encarnizadamente. Para iniciar esta ofensiva, tres de las mejores divisiones blindadas fueron trasladadas de Polonia a Hungría. Ayudado por el coronel general Jodl, Hitler objetó a Guderian que en el Este todavía era posible ceder terreno, pero no así en el Oeste. Dijo que los sacrificios sufridos en el Este podían soportarse; que en la época de Federico el Grande los prusianos tampoco habían muerto con placer y que en aquel entonces se había conseguido el triunfo con tales sacrificios; dijo, además, que podía exigir ahora que los alemanes también se sacrificaran por él. Guderian, que al comienzo del año nuevo públicamente había hecho declaraciones incomprensiblemente optimistas para mantener la confianza, persistía en sus pedidos y discusiones con Hitler con una tenacidad desesperada, sin obtener otro resultado que un ataque histérico de rabia de éste. Keitel se lo reprochó después, diciéndole que sabía cuán mala era la salud del líder. Efectivamente, Hitler parecía ahora solamente un resto

de sí mismo cuando llegaba a la mesa de cartas con su cara color ceniza, con las manos temblorosas y con la espalda agobiada, propia de un hombre viejo. Tanto Goering como Himmler consideraron posible que muriera de un ataque de apoplejía parálitica.

Así sucedió lo que debía suceder. La ofensiva de las Ardenas se paró. Sus consecuencias fueron mucho peores que las de la «gran batalla» de Ludendorff en 1918, pues había consumido la fuerza principal del frente occidental antes de que se iniciara allí el ataque general de los anglo-americanos. También la ofensiva en Hungría fracasó y no pudo impedir la caída definitiva de Budapest. En Viena algunos miembros del grupo de resistencia austriaco, llamado «O 5», entre ellos el segundo oficial de Estado Mayor del comando de cuerpo de ejército de reemplazo, mayor Sokol y el teniente primero Huth, trataron de tomar contacto con el mariscal ruso Tolbuchin y con Tito. Reunieron también tropas para efectuar una tentativa de liberar a Austria, pues disponían en Viena de varios grupos de artillería de reemplazo, del batallón de reemplazo del regimiento de infantería «Hochmeister» y «Deutschmeister» y de las unidades policiales del ejército.

Mientras tanto, los rusos reunían para la lucha final unas 300 divisiones frescas bajo el mando del mariscal Zukow, el comandante del «Frente I de Rusia Blanca». A lo largo de la frontera de Prusia oriental y delante de Varsovia, posición de partida para el avance en dirección a Berlín, fueron concentrados los III y II «Frentes de Rusia Blanca», bajo el mando de los mariscales Cherniakovsky y Rokossowsky; en la región de Cracovia, posición de partida para el avance sobre Silesia y Sajonia, el «I Frente de la Ucrania», bajo el mando del mariscal Konew; en la zona de Budapest y Presburgo, posición de partida para el avance sobre Austria, los «II y III Frentes de Ucrania», bajo el mando de los mariscales Malinowsky y Tolbuchin.

En la noche del 11 al 12 de enero de 1945 el mariscal Konew inició en la cabeza de puente de Baranow en Galitzia la ofensiva rusa. En vano durante los días anteriores Guderian había tratado otra vez en discusiones personales con Hitler en el Cuartel General del «Monte de Cabras» de lograr el cumplimiento de sus exigencias. Centenares de baterías de artillería y centenares de lanzacohetes, los llamados «órganos de Stalin», prepararon el ataque ruso con su fuego de redoble. El 4.º Ejército Blindado fué desmembrado y el frente del Grupo de Ejércitos A, fué roto; sus comandos pocos días después tuvieron que huir y apenas pudieron escapar de los tanques rusos. Precipitadamente Hitler dirigió ahora el Cuerpo Blindado «Gran Alemania», mandado por el general Von Saucken, desde Prusia oriental hacia la zona amenazada de Lodz. También fueron trasladadas a Silesia dos divisiones de infantería del Rin y dos divisiones blindadas desde Hungría. El coronel general Harpe fué destituido y el mariscal Schörner recibió el mando del Grupo de Ejércitos A, que pronto se transformó en el Grupo de Ejércitos de Silesia. Pero todas estas medidas no dieron ya resultado alguno, pues un frente formado por

unas 40 divisiones blindadas o motorizadas rusas, empezó a avanzar ahora en dirección a Silesia.

El 13 de enero de 1945 comenzó también la ofensiva rusa contra Prusia oriental y el Vístula, al norte de Varsovia, bajo el mando del mariscal Zukow. Las posiciones del 2.º Ejército y del 3.º Ejército Blindado fueron rotas y el 9.º Ejército fué dividido en varias partes en la lucha por Varsovia, que cayó finalmente en manos rusas. En sus discusiones violentas con Hitler, Guderian, sintiéndose el jefe responsable del Estado Mayor, en vano trató de recuperar el derecho de actuar con libertad de acción. El jefe de la División Operaciones, el coronel Von Bonin y su primer oficial de Estado Mayor, el teniente coronel Von der Kneesebeck, fueron detenidos por haber publicado prematuramente la caída de Varsovia. Guderian mismo, que trató de defender a sus oficiales subordinados, se vió sometido a un interrogatorio por el jefe del Departamento de Seguridad de la SS, Kalterbrunner. Ciego de odio Hitler le dijo cínicamente que no le interesaba uno u otro oficial, sino que quería herir a todo el Estado Mayor. Por otro lado, Hitler no podía renunciar aún por completo a la ayuda de oficiales de Estado Mayor experimentados. Como sucesor de Bonin fué nombrado el mayor general Von Trotha, ex primer oficial de Estado Mayor del general Wenck en el Grupo de Ejército de Ucrania meridional, procedente también del arma blindada; antes de la guerra había pertenecido al comando de la 2.ª División Liviana. Este oficial no prestó servicios en la División Operaciones durante largo tiempo, pues muy pronto, a los dos meses, fué echado como tantos otros, porque Hitler aún se imaginaba que los cambios de personal podían cambiar la situación general.

Entre tanto, las divisiones blindadas rusas y las de infantería, en parte motorizadas y en parte hechas más móviles con trineos, invadían Prusia oriental y la región del río Warthe, donde no se había hecho ningún preparativo para evacuar a la población en forma ordenada. Algunas islas en esta marea roja, como las ciudades de Poznán, Thorn y Graudenz, se defendieron inicialmente como «plazas fortificadas». Las autoridades del Partido Nacionalsocialista, en general desconcertadas, fallaron en el cumplimiento de sus deberes y huyeron. En Prusia oriental, el general Hossbach, cuyo ejército estaba amenazado en su flanco, de acuerdo con el comandante del Grupo de Ejércitos, general Reinhardt, que había sido herido, decidió retirarse hacia el oeste en dirección al Vístula para reunirse allí con los restos del 2.º Ejército, derrotado en el río Narew y mantener abierto de este modo un camino a la población de Prusia oriental, dado que se podía reconocer ya la intención de los rusos de cortar las comunicaciones de Prusia oriental con el Oeste y de encerrar a esta provincia mediante un avance en dirección a la ciudad de Elbing.

Mientras que el 4.º Ejército del general Hossbach estaba efectuando la conversión correspondiente hacia el oeste, tratando de abrirse paso hacia el río Vístula, Hitler destituyó al coronel general Reinhardt y al mismo general Hossbach de sus puestos. Como comandante del Grupo de Ejército Centro fué nombrado ahora el coronel general Rendulic, aquel hom-

bre raro que pretendía ser un nacionalsocialista convencido y que al mismo tiempo trataba de mantener en su cuartel general, hasta en los estertores del ocaso, el estilo de vida de un gran señor de la vieja Austria. Hitler alojó ahora su Cuartel General en los amplios abrigos construidos en los sótanos de la Cancillería en Berlín, cuyo edificio estaba ya semidestruido. Empezó entonces la época del terror, bajo el lema de que el pueblo alemán había mostrado no estar a la altura de la personalidad del «líder» y que por eso tampoco merecía sobrevivir a este hombre. El gobernador, el jefe de policía y el jefe del distrito nacionalsocialista de la ciudad de Bromberg, que habían abandonado sus cargos al llegar los rusos, fueron los primeros que abrieron la larga fila de las ejecuciones; siguió el segundo intendente de Breslau, que había favorecido la idea de no defender la ciudad. Un coronel del Estado Mayor, el conde Von Rittberg, fué fusilado, porque había declarado que la guerra estaba perdida. Sin consideración alguna Himmler, como comandante del Ejército del Interior, hizo organizar precipitadamente nuevas unidades. Divisiones de tiradores de marina, divisiones del servicio de trabajo obligatorio, formadas por menores de edad, unidades de guardia de la marina, grupos de combate y regimientos de la policía, unidades formadas con alumnos de las escuelas de armas, unidades especiales como la División de Esquiadores, la División Escolta del líder, mandada por el mayor Remer (que había ascendido al grado de general) la División «Jahn», la División «Mariscal del Reich», la División «Brandenburgo», representaron las últimas reservas que pudieron ser movilizadas.

A pesar de todo, las unidades blindadas rusas avanzaban incesantemente a través de las llanuras del Este, cubiertas de nieve, en dirección a Pomerania, la Marca Nueva, Silesia y la región industrial de Silesia superior, donde penetraron aproximadamente entre el 22 y 23 de enero, aunque el 17.º Ejército y el 1.º Ejército Blindado hicieron esfuerzos desesperados para defender esta zona, dada su importancia como segunda región productora de Alemania.

XV

Asesinatos, incendios, violaciones y destrucciones señalaron el camino de los ejércitos rusos, excitados por una propaganda de odio inimaginable. Torrentes enormes de fugitivos se lanzaron hacia el oeste. Las columnas de la población fugitiva que alcanzaban los tanques rusos eran aniquiladas con las armas o aplastadas por los vehículos blindados mismos. Submarinos rusos que invadieron el mar Báltico hundieron a varios buques de transporte de la marina cargados con millares de prófugos. Todos los horrores cometidos por los inhumanos pelotones especiales de la SS en Rusia, todos los actos infames de la «guerra ideológica degenerada» proclamada tan desaforadamente por Hitler, fueron vengados ahora cien y mil veces en la población indefensa e inocente del este de Alemania.

Una evolución histórica conseguida a través de varios siglos alcanzó así a su fin.

Bajo los golpes aniquiladores del Ejército soviético se produjo también otro hecho: comenzó la revolución agraria en Prusia, el ocaso postergado desde hacía tanto tiempo por la clase de los terratenientes y la nobleza prusiana militar radicada en el Este, que había sido antes la espina dorsal del Ejército prusiano como también del Estado Mayor. Aparte de las numerosas pérdidas que sufrieron durante la guerra, muchas viejas familias prusianas habían sido objeto de graves persecuciones que comenzaron después del 20 de julio contra la nobleza. Ahora esos propietarios rurales tuvieron que huir y donde quedaron o donde no pudieron huir, debieron sufrir la suerte cruel de las revoluciones agrarias del Este, al igual que los propietarios rurales rusos, báltico-alemanes y polacos, que fueron aniquilados anteriormente. Muchos fueron así deportados, martirizados hasta la muerte, fusilados o ahorcados. Varios prefirieron no sobrevivir al ocaso de la nobleza y se suicidaron. Algunos murieron defendiendo sus posesiones con la terquedad característica de la nobleza de antes hasta el último cartucho, tratando de llevar consigo a la muerte el mayor número posible de sus perseguidores. Los Arnim, por ejemplo, perdieron todas sus posesiones, unas noventa y ocho haciendas, chacras y cortijos; treinta miembros de la familia habían caído en la guerra, uno murió en un campo de concentración, dos fueron fusilados, tres deportados por los rusos y ocho se suicidaron. De la familia Von der Schulenburg, en la cual hubo tres mariscales, cuartel maestre general y treinta y cinco generales y de la cual dos de sus miembros habían participado en forma prominente en el golpe de Estado (el embajador conde Federico Werner y el gobernador conde Federico von der Schulenburg, siendo ambos ejecutados), catorce habían caído en la guerra, siete se suicidaron al invadir los rusos; las propiedades de la familia, que en 1939 abarcaban veintinueve haciendas grandes y dieciséis más pequeñas, quedaron reducidas a cuatro posesiones situadas en el oeste de Alemania. Esta lista puede prolongarse a voluntad. De todos modos, la revolución agraria, que fué realizada así en Prusia no por el propio pueblo sino por un vencedor extranjero, fué también una revolución de carácter militar, pues terminó al mismo tiempo en forma trágica con el cuerpo de oficiales prusianos.

En las apreciaciones de la situación que se realizaban ahora en los sótanos oscuros de la cancillería en Berlín, desempeñaba un papel predominante el estrechamiento progresivo de las zonas de producción de armamentos y el problema del reemplazo del personal, dificultados por el hecho de que las regiones militares eran ocupadas cada vez en mayor número por el adversario; algunas veces eran interrumpidas estas apreciaciones por conversaciones más o menos estériles entre Hitler y Goering para determinar quién de los generales era todavía un «perseverante» y por las reminiscencias que Hitler contaba de cuando fué estafeta durante la Primera Guerra Mundial. A fines de enero de 1945 los rusos invadieron Silesia; en febrero las ciudades de Glogau y Breslau quedaron encerradas. En Prusia oriental los defensores quedaron encerrados en dos luga-

res apartados, alrededor y al oeste de Königsberg y en la zona de Braunsberg y Heiligenbeil. El Ejército de Curlandia, que permanecía aún en el Báltico, estaba completamente aislado. Progresaba así el derrumbe total del ejército desangrado y desesperado del Este.

A mediados de enero el mariscal Zukow hizo avanzar sus divisiones blindadas a lo largo de la frontera sur de Pomerania y penetró profundamente en el territorio de la provincia de Brandenburgo en dirección a Küstrin, situada sobre el Oder, con el fin de conquistar la capital alemana. En Silesia, el mariscal Schörner, empeñando toda su brutalidad personal, se esforzaba en organizar con los restos del Grupo de Ejércitos A, un frente en la Lusacia, la región fronteriza entre Silesia inferior y Bohemia y en la sierra del Tatra. Gracias a que los mariscales Zukow y Konev se vieron obligados a detener su avance para reorganizar el abastecimiento, tuvieron una vez más un respiro los comandantes alemanes.

El coronel general Guderian esperaba poder aprovechar esta pausa para efectuar un contraataque, que ciertamente no podía frustrar el avance ulterior del adversario, pero sí podía retardarlo en forma decisiva. Propuso a Hitler concentrar todas las fuerzas aún disponibles entre los ríos Vístula y Oder, reuniéndolas en un nuevo grupo de ejércitos bajo el mando del mariscal Von Weichs, cuya plana mayor estaba a disposición, dado que el Grupo de Ejércitos F había sido aniquilado en los Balcanes. Debían subordinarse además al mariscal Von Weichs el Ejército de Curlandia y el 6.º Ejército Blindado de la SS, que se encontraba en el Oeste. Con estas tropas, unas treinta o cuarenta divisiones con 1.500 tanques, debía avanzar el citado mariscal desde Pomerania oriental contra el flanco norte del mariscal Zukow, muy extendido y sin protección, para detener su avance y eliminar la amenaza inminente de Berlín. Al mismo tiempo otras fuerzas debían atacar desde la zona de Zossen para iniciar así una operación de tenaza. En circunstancias favorables podía conseguirse así un rechazo de los rusos hasta detrás del Vístula y quizá se ofreciera también la posibilidad de reconquistar a Silesia. El plan de esta ofensiva desde Pomerania fué el último proyecto de cierta importancia del Estado Mayor.

El éxito dependía en primer término de que la ofensiva fuera iniciada en forma sorpresiva o, expresándolo con otras palabras, que se actuara con rapidez. Pero Hitler y el coronel general Jodl hicieron objeciones por de pronto contra el nombramiento del mariscal Weichs como comandante de este grupo de ejércitos, porque era católico. Hitler declaró que esta tarea podía ser llevada a cabo solamente por un hombre animado por la fe nacionalsocialista y, después de discusiones violentas con Guderian, logró que Himmler fuera nombrado comandante del nuevo Grupo de Ejércitos del Vístula. Al mismo tiempo amplió el proyecto de Guderian a su modo. La mayor parte del Ejército de Curlandia debía quedar en sus posiciones actuales, pues Hitler pensaba iniciar desde allí más tarde una ofensiva de flanco. Solamente algunas partes débiles fueron transportadas a Pomerania oriental. El grueso del 6.º Ejército Blindado de la SS fué trasladado a Hungría, planeando Hitler realizar otra gran ofensiva desde

la región del lago Balatón contra el flanco meridional ruso para reconquistar los campos petrolíferos húngaros y posiblemente más tarde los de Rumania. Este plan demostró solamente que el comandante supremo había perdido completamente la capacidad de distinguir lo posible de lo imposible.

El nombramiento de Himmler como comandante de un grupo de ejército representó otra cosa imposible. No poseía los menores conocimientos militares y tampoco estaba dispuesto a admitir consejeros militares. Como jefe de su Estado Mayor fué nombrado un jefe de brigada de la SS y solamente como primer oficial de Estado Mayor pudo actuar un oficial del Estado Mayor del Ejército. Además, Himmler demostró aversión a acercarse demasiado al frente de lucha. Después de haberse colocado con su tren de mando inicialmente en la cercanía de la ciudad de Deutsch Krone para dirigir desde allí la organización de un frente en la región de Schneidemühl, que debían ocupar fuerzas de la SS reunidas apresuradamente, se trasladó poco después a Prenzlau, situada al oeste del Oder. La tentativa de ocupar en último momento las líneas de abrigos en la zona de los ríos Oder y Warthe con una división de montaña de la SS fracasó, porque el comandante de esta unidad, en un reconocimiento se encontró con tanques rusos y al huir abandonó su vehículo de mando blindado con los planes de las líneas de abrigos, que cayeron en manos de los rusos; fué una tarea fácil después para éstos tomar dicho abrigos.

Las fuerzas que Hitler finalmente dejó a Guderian para la ofensiva desde Pomerania, se componían de los restos del 3.º Ejército Blindado, mandados por el general Von Manteuffel, un cuerpo blindado de la SS, una división blindada y otra blindada de los granaderos de la SS, dos divisiones blindadas del ejército, la llamada División Escolta del líder, el llamado 11.º Ejército Blindado, mandado por el jefe del grupo superior de la SS Steiner (que no disponía de ningún tanque) y algunas llamadas «brigadas de cazadores de tanques», que eran unidades de ciclistas armadas con «Panzerfaust». En total se disponía de unos 500 tanques capaces de intervenir en la lucha. En discusiones violentas en el Cuartel General del líder, Guderian trató de lograr que el general Wenck, su reemplazante en el Estado Mayor del Ejército, fuera agregado a Himmler como jefe de Estado Mayor. Con estas discusiones se perdió un tiempo valioso, el de los días 9 al 13 de febrero. Súbitamente Hitler cambió de opinión y decidió que Wenck fuera nombrado jefe del Estado Mayor de Himmler y que la ofensiva desde Pomerania fuera iniciada el 15 de febrero. Después dijo a Guderian: «El jefe del Estado Mayor ganó hoy una batalla»; era la última que debía ganar. La ofensiva que, efectivamente, se inició el 15 de febrero con el 3.º Ejército Blindado, empezó bajo malos auspicios. Al día siguiente, al regresar de una conferencia realizada en el Cuartel General del líder, el general Wenck tuvo un accidente de automóvil y sufrió una conmoción cerebral. Bajo el mando incapaz de Himmler el ataque pronto se desmembró. El mariscal Zukow efectuó una conversión hacia el norte con fuerzas considerables, entre las cuales se hallaban unidades selectas como el 1.º Ejército Blindado de la Guar-

dia rusa, y en un avance impetuoso conquistó todo el territorio oriental de Pomerania. Después de una lucha terrible de diez días, el 17 de marzo de 1945 cayó Kolberg, la vieja fortaleza del mar Báltico, en cuya defensa antes Gneisenau había obtenido su fama. Fuerzas rusas considerables aparecieron ante Stettin, que ahora fué declarada «fortaleza».

Himmler, que enfermó de gripe, se trasladó al sanatorio de Hohenlychen; él mismo quería renunciar ahora al mando militar. Guderian, que lo visitó, lo persuadió que entregara el mando del frente del Oder al coronel general Heinrici, uno de los comandantes superiores más experimentados del frente oriental, que hasta entonces había mandado el 1.º Ejército Blindado en el norte de Hungría.

La última esperanza la constituía ahora la posibilidad de poder mantener el frente del Oder, defendido por el 3.º Ejército Blindado, bajo el mando del general de infantería Busse.

XVI

La disolución general progresaba continuamente. Aparecieron planes muy raros. En el círculo formado alrededor de Himmler el jefe del servicio de contraespionaje de la SS, el jefe de grupo Schellenberg, propuso que Himmler se convirtiera en canciller del Reich, mientras que Hitler, como jefe de Estado nominal, debía ser internado en Obersalzberg, a fin de dar a Himmler la libertad de acción necesaria para iniciar negociaciones con los aliados e inducirlos a una alianza con Alemania contra los rusos. Hasta muchos oficiales del Estado Mayor tenían esta última esperanza. El único hecho real en que basaban tal idea eran las controversias entre Inglaterra y Rusia respecto a Grecia, donde a fines de 1944 tropas británicas habían frustrado violentamente una tentativa de los guerrilleros griegos comunistas, favorecidos por los rusos, de apoderarse del Gobierno. Pero en la conferencia de Yalta, que se realizó en febrero, se manifestó claramente el acuerdo concertado entre los norteamericanos y rusos respecto al futuro de Alemania, permitiendo reconocer en forma inequívoca que para el Gobierno alemán no había ya otra posibilidad que la rendición incondicional de todas sus fuerzas. Más tarde el coronel general Jodl, definiendo el aspecto técnico de Estado Mayor del problema de la «rendición incondicional», explicó que se había tenido la intención de conseguir un estrechamiento de los frentes para evitar que la masa de las tropas que luchaban en el Este, aún unos 3,5 millones de hombres, cayera prisionera en manos rusas. Pero al mismo tiempo se mantenía aún la ilusión vaga y fantástica de que el frente del Oder pudiera sostenerse hasta que los aliados, en su avance desde el oeste hubieran llegado a Berlín, a espaldas de este frente, para reunirse con ellos entonces en una lucha común contra los bolcheviques o conseguir por lo menos una paz particular con aquéllos.

Cuanto más reconocía Guderian que Hitler identificaba su destino personal con el del pueblo alemán, tanto más trató de contrarrestar las consecuencias tan terribles de esta megalomanía. Exigió a Ribbentrop que iniciara negociaciones con las potencias occidentales para conseguir la paz particular. Ribbentrop se negó. Entonces Guderian le preguntó abiertamente qué diría si los rusos dentro de cuatro semanas aparecían en Berlín. Ribbentrop seguía creyendo aún, que esto debía ser descartado, pero Guderian concedió a la capital a lo sumo un plazo de cuatro a seis semanas. Ribbentrop informó a su amo sobre esta conversación e Hitler declaró que era «alta traición» si el jefe del Estado Mayor comunicaba tales informes al ministro de Relaciones Exteriores. Así terminó también la actividad de Guderian. Su sucesor fué el general de infantería Krebs, un hombre recomendado ante todo por el hecho de haber sido jefe del Estado Mayor del mariscal Model y que seguía confiando aún incondicionalmente en el genio de Hitler. Este declaró que ahora, por fin, había encontrado un jefe del Estado Mayor ideal, que solícitamente se familiarizaba con todas sus ideas; Halder había sido un «sabelotodo mejor», Zeitzler una cabeza hueca y Guderian un testarudo. Desde el alejamiento del general Wenck no se había nombrado otro jefe de la Plana Mayor de Conducción, anteriormente denominado Cuartel Maestre Superior I; este puesto fué suprimido ahora. Quedó solamente la División Operaciones, cuyo jefe llegó a ser el coronel Dettleffsen. Paulatinamente sus tareas se mezclaron cada vez más con las de la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas, la cual llegó a triunfar así, pero al estilo de Pirro.

La decadencia progresiva del ejército no dejó de repercutir también ampliamente en la composición del cuerpo de oficiales de Estado Mayor. Las grandes catástrofes de Stalingrado, de Túnez, de la Rutenia Blanca, de Morton y Falaise y de Rumania, en las que se perdieron grupos de ejércitos y ejércitos enteros con docenas de divisiones, habían causado hasta numéricamente pérdidas insustituibles en el personal experimentado de los comandos. Ya durante el rearme alemán se había mostrado que el número disponible de oficiales de Estado Mayor minuciosamente instruídos había sido demasiado pequeño y este hecho se hizo sentir mucho más aún al estallar la guerra. El 20 de julio produjo otras pérdidas insustituibles; prescindiendo de Keitel y Jodl, de uno u otro modo todo el Comando en Jefe del Ejército en realidad había sido eliminado, pues todos sus oficiales o habían muerto o habían sido heridos o ejecutados, o se habían suicidado, si es que no fueron llevados a un campo de concentración. Como consecuencia de los acontecimientos, desde hacía mucho tiempo ya había resultado también un absurdo la idea de Beck de reunir en el cuerpo de Estado Mayor a los oficiales más selectos del ejército mediante una elección e instrucción prolija. Al igual que en la Primera Guerra Mundial, debió acortarse considerablemente la duración de los cursos de instrucción de los futuros oficiales de Estado Mayor, reanudándose los célebres cursos llamados en 1918 «cursos de Sedán» con un resultado aún más pobre. Finalmente, los comandos, sobre todo de las divisiones de granaderos del pueblo, sólo pudieron ser dotados con oficiales de Estado Mayor

en forma insuficiente, y en las divisiones organizadas últimamente, las que recibieron denominaciones tan altisonantes como «Clausewitz», «Jahn», «Mariscal del Reich», «Scharnhorst», etc.; las condiciones fueron todavía mucho peores. De ningún modo era un caso raro que una división tuviera solamente un oficial de Estado Mayor. Oficiales sumamente jóvenes, destacados del frente a los cursos de instrucción de los futuros oficiales de Estado Mayor, llegaron así frecuentemente a altos cargos, hasta el de jefe de Estado Mayor de un cuerpo de ejército. No se puede afirmar que esto fuera por principio un error. Pero, dada la falta de experiencia suficiente de estos hombres, todo dependía de su personalidad. Por otra parte, hubo deficiencias y errores en la elección de los oficiales. Algunos continuaban pensando y actuando con el ímpetu y la ingenuidad despreocupada del oficial del frente, menospreciando el trabajo mental y sobrio del oficial de Estado Mayor de estilo anterior. Muchos se hundieron en el trabajo rutinario y agotador de todos los días y, aferrándose a las cosas pequeñas, perdían la visión del conjunto. Fué cada vez más raro el verdadero oficial de Estado Mayor, cuyo corazón pertenecía a la tropa combatiente y cuya mente era adicta a la ciencia; desapareció así paulatinamente el mediador ideal entre la conducción superior y la tropa, que poseía entera conciencia de su responsabilidad y sabía pensar en forma independiente, mientras que surgían cada vez más esas figuras que no eran más que receptores de órdenes y solamente ejecutores de éstas y que tampoco querían ser más.

El Partido Nacionalsocialista obtuvo también su victoria de Pirro sobre los conservadores prusianos. El 15 de marzo fué disuelta la organización de conducción nacionalsocialista en las fuerzas armadas, creada durante la guerra, y el jefe de la cancillería del Partido, Martín Bormann, fué encargado de establecer esa organización en forma nueva. La orden de Hitler de que en momentos críticos, si fallaba el comandante responsable, la tropa debía elegir como comandante al hombre que se sintiera capaz de cumplir la misión impartida, significó el fin definitivo de la tradición de conducción alemana, el fin de toda la ciencia y tradición del Estado Mayor y la liquidación del concepto de obediencia prusiano, cuyo beneficio había aprovechado Hitler en un grado tan elevado.

Mientras tanto, había empezado también en el oeste la última ofensiva anglo-americana, en febrero de 1945. El comandante en jefe aliado, general Eisenhower, pasó al ataque con ocho ejércitos; 5 norteamericanos, 1 inglés, 1 canadiense y 1 francés, con un total de 58 divisiones de infantería, 24 divisiones aerotransportadas y 3 flotas aéreas. Sobre la base del plan «Grenade» los norteamericanos irrumpieron a fines de febrero en las posiciones alemanas al oeste del Rin y junto con los ingleses llegaron después hasta el Rin mismo. El mariscal Von Rundstedt fué relevado y reemplazado por el mariscal Kesselring, llamado de Italia, donde el frente de lucha se había trasladado a la llanura del Po. Con esto fué despedido definitivamente el último de los mariscales más viejos, quedando en servicio solamente los mariscales Keitel y Busch y de la generación más joven Model y Schörner. Uno de esta generación, Von Reichenau, había muerto en

campana; otro, Fedor von Bock, fué muerto en la calle junto con su esposa e hija por un ataque de aviones de bombardeo; otros dos, Von Witzleben y Rommel, fueron ejecutados uno y obligado a suicidarse el otro a consecuencia de la conspiración militar del 20 de julio; otro más, Von Kluge, se suicidó al sentirse completamente abatido; otro, Paulus, cayó prisionero en manos rusas; los restantes, Von Brauchitsch, Von Leeb, Von Manstein, Von Kleist, List, Von Küchler y Von Weichs vivían aún silenciosamente como proscriptos. De los 36 coroneles generales que existían al estallar la guerra o que habían sido nombrados durante la misma, 7 habían caído, 3 fueron ejecutados después del 20 de julio, 2 fueron echados del ejército y 21 habían sido pasados al retiro, después de caer en desgracia. Este era el saldo de una larga historia y una tradición orgullosa y también el resultado de un error trágico y terrible. De los 800 oficiales de Estado Mayor aproximadamente que existieron al principio, unos 150 encontraron la muerte en el frente interior de esta guerra ideológica.

En marzo de 1945 comenzó la lucha de agonía. El 7 de marzo los americanos se apoderaron en forma sorpresiva de un puente del Rin cerca de Remagen. Los oficiales alemanes encargados de la defensa de este sector y de la voladura del puente, fueron fusilados por orden de Hitler. Bajo el mando de los mariscales Kesselring y Model, unas 60 divisiones con unidades de paracaidistas, granaderos del pueblo, guardia territorial, unidades de artillería antiaérea empleadas en la lucha terrestre y un cuerpo blindado de dos divisiones, trataron de defender la línea del Rin. Mediante el empleo de unidades aerotransportadas el mariscal Montgomery cruzó el Rin cerca de Wesel, el 23 de marzo, con el objeto de alcanzar el río Elba, en la zona entre Hamburgo y Magdeburgo. Por su parte las fuerzas norteamericanas invadieron el centro y sur de Alemania, en ancho frente y sus ejércitos 1.º y 9.º encerraron el Grupo de Ejércitos B alemán en la cuenca del Ruhr, donde se disolvió en el transcurso de la primera semana de abril. Cuando el mariscal Model reconoció que había sido engañado por Hitler y que no había más armas milagrosas, se suicidó, después de haber pedido en vano a su oficial de órdenes más amigo que le prestara este último servicio. Las divisiones blindadas americanas alcanzaron entre tanto las ciudades de Leipzig y Munich.

XVII

Hitler ordenó emplear la táctica de la «tierra arrasada»; las zonas a ceder al adversario debían ser devastadas, destruyendo en ellas todas las instalaciones importantes de la industria y del tránsito. En cumplimiento de esta orden insensata sólo en el oeste de Alemania fueron volados unos 10.000 puentes. De acuerdo con el oficial de enlace del Estado Mayor en el Ministerio de Armamentos, el teniente coronel Von Poser y Gross

Nedlitz, el ministro Speer resolvió no aplicar estas medidas y trató de contrarrestarlas en cuanto le fué posible. Él mismo pensó matar a Hitler mediante un atentado con gas venenoso. Después del terrible ataque aéreo que los aliados efectuaron contra Dresden, en el que murieron más de 60.000 personas, Hitler expresó la intención de separarse de la Convención de Ginebra y de hacer fusilar a los 10.000 aviadores aliados que existían como prisioneros en Alemania. Goebbels propuso emplear los dos nuevos gases de combate, creados por la industria química alemana, el Sabun y el Tarin; pero esta idea pareció demasiado peligrosa, hasta para el criterio de Hitler, dada la aplastante superioridad aérea de los aliados. La demencia de la guerra celebraba sus últimos triunfos.

En el comando del Grupo de Ejércitos Sudoeste en Italia, cuyo comandante era entonces el coronel general Von Vietinghoff, llamado Scheel, se desarrolló ahora el plan de una nueva conspiración militar. Con el consentimiento y la ayuda del jefe supremo de la SS en Italia, jefe de Grupo Superior Wolf, se tomó contacto con el comandante en jefe de los aliados para concertar un armisticio. El jefe del Estado Mayor de este grupo de ejército, general Röttiger y los coroneles de Estado Mayor Moll y Pretzel hicieron proyectos para impedir que Hitler pudiera substraerse a la responsabilidad por la fuga o el suicidio; tuvieron la intención de detenerlo para entregarlo a los aliados. Por otro lado Himmler, se esforzaba en establecer una organización secreta de francotiradores, la llamada organización del «lobo en defensa», para dificultar el avance ulterior de los aliados y al mismo tiempo continuaba ocupándose de sus propios planes de paz. Con la ayuda del conde Folke Bernadotte, presidente de la Cruz Roja de Suecia y sobrino del rey sueco, que estaba negociando en Alemania, el trueque de los noruegos internados en campos de concentración alemanes, Himmler hizo ofrecer a las potencias occidentales una paz particular con exclusión de Rusia. Sin embargo, en esa ocasión debió enterarse que los adversarios no querían negociar con él, al igual que no querían hacerlo con Hitler y que no había ya ninguna salida.

En el este el frente del río Oder, bajo el mando del coronel general Heinrici, cuyo jefe de Estado Mayor era el coronel Kinzler, formaba la última barrera. El 22 de marzo Heinrici conversó con Himmler en Hohenlychen, quien le informó de su intención de iniciar negociaciones con las potencias occidentales. Pocos días después tuvo una entrevista con Hitler, en la cual participaron Goering, Keitel, Jodl, Doenitz y el nuevo jefe del Estado Mayor, general Krebs. Hitler quitó al frente del Oder la mayor parte de sus tanques que fueron trasladados a Lusacia. Como reemplazo Goering prometió poner a disposición otra vez 10.000 hombres de las unidades de servicios de la aviación; Doenitz anunció la organización de unidades de guardia de la marina con efectivos de 12.000 hombres e Himmler quiso poner a disposición 25.000 hombres de la SS. Eran las últimas fuerzas que podían movilizarse. Hitler opinó que la concentración claramente reconocible de grandes masas de tropas rusas en la zona de Küstrin y Francfort del Oder era una maniobra de engaño y expresó que el ataque ruso se realizaría en dirección a Dresden y Praga. A pesar de todas sus

protestas el coronel general Heinrici no consiguió las reservas blindadas que necesitaba.

Al comienzo de abril de 1945 unos dos millones de soldados rusos se hallaban aprestados para el ataque entre el mar Báltico y la sierra de los Sudetes. En esos mismos días las unidades inglesas llegaron al río Weser. Tropas rusas avanzaron hacia Viena donde la SS descubrió el 5 de abril la conspiración del mayor Sokol en el comando del cuerpo de ejército de reemplazo. El mayor Sokol, que mientras tanto se había convertido en el primer oficial de Estado Mayor del comandante militar de Viena, general Brünau, fué detenido junto con toda la División Operaciones del comando del cuerpo de ejército de reemplazo. Sokol y dos conjurados fueron ahorcados en el puente de Florisdoy y los otros 12 oficiales del Estado Mayor fueron fusilados en el patio del ex Ministerio de Guerra austríaco. De todos modos habían conseguido producir una confusión considerable en la retirada del Ejército húngaro y en la concentración de las unidades de la SS que debían defender la ciudad de Viena. El 13 de abril las tropas del mariscal Tolbuhin entraron en Viena.

Un día antes empezó el fuego de preparación en el frente del Oder, en la cercanía de Küstrin, que señaló la iniciación de la última ofensiva rusa en Alemania. El 9.º Ejército alemán, que disponía aún de 200 tanques y de 250 piezas de artillería blindada, enfrentó a dos ejércitos blindados rusos, reforzados con cuatro cuerpos de ejército, con 2.000 tanques. Hasta el 18 de abril el grupo de ejércitos del coronel general Heinrici ofreció una resistencia desesperada, después que los rusos rompieron el frente a ambos lados de Küstrin. El mismo día empezó en el río Neisse, entre las ciudades de Guben y Forst, otra ofensiva del mariscal Konew, que penetró profundamente en el flanco del mariscal Schörner. Konew se abrió paso y, efectuando una conversión hacia el norte, avanzó también en dirección a Berlín, rechazando todas las tentativas de los alemanes para detenerlo mediante ataques dirigidos contra su flanco izquierdo. Los rusos concentraron de este modo 5.000 tanques, otros tantos aviones de batalla y 2.000 piezas de artillería pesada para la batalla de Berlín. El 21 de abril tuvo que evacuarse el cuartel general alemán de Zossen, donde se encontraba el Estado Mayor. Al día siguiente los tanques más adelantados del Frente de la Ucrania I llegaron a la autopista al sur de Berlín. Las últimas unidades alemanas que existían en esta zona eran la llamada División «Jahn» y una división formada por miembros del Servicio de Trabajo obligatorio.

XVIII

El Ministerio de Propaganda del Reich, doctor Goebbels, a la vez jefe regional del Partido Nacionalsocialista y comisario de defensa de Berlín, trató de incitar a la población de la capital a una lucha desesperada. Pero la canción *Berlín queda alemana y Viena volverá a ser alemana* fué

ahogada por el estampido de la artillería pesada rusa, que concentró ahora su fuego sobre la capital. Hitler comunicó al mariscal Keitel y al coronel general Jodl que dirigiría personalmente la defensa de Berlín y que al final se mataría de un tiro para no caer vivo en manos rusas; no estaba en condiciones de luchar personalmente — así dijo —, porque el estado de su salud era muy malo. La última idea de Jodl fué dirigir todas las tropas del frente occidental hacia el este, sin consideración a lo que pudiera suceder en el oeste, esperando que de este modo podría demostrar a los aliados que la lucha del pueblo y del ejército de Alemania en el fondo se dirigía contra el bolcheviquismo. Hitler le contestó melancólicamente que, como todo se disolvía ya, lo hiciera el mariscal Goering. Uno de los oficiales de Estado Mayor presente se atrevió a decir que ningún soldado lucharía bajo el mando de Goering. Entonces Hitler dijo: «¿Qué significa luchar? Ahora no queda mucho ya por luchar y si se trata de negociar, el mariscal Goering lo sabrá hacer mejor que yo.»

La muerte súbita del presidente Roosevelt, el 12 de abril de 1945, produjo durante un momento ciertas esperanzas exageradas. Goebbels comparó este acontecimiento con la muerte de la emperatriz rusa Isabel al final de la Guerra de Siete Años. Pero la esperanza de que con la muerte de Roosevelt hubiera desaparecido el defensor más entusiasta de la cooperación con Rusia no se cumplió. Entre tanto las tropas norteamericanas y rusas se encontraron sobre el río Elba, cerca de Torgau. Ahora los últimos paladines abandonaron a Hitler. La mayor parte de los ministros y el comandante en jefe de la Marina, el gran almirante Doenitz, se trasladaron a Slesvig Holstein, donde se alojaron inicialmente en Eutin y después en Flensburg. El Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas dirigido por el mariscal Keitel y el coronel general Jodl se trasladó con la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas por Krampnitz a Mecklenburgo, donde buscaron refugio en los bosques. Jodl se aferraba aún a la idea de trasladar las tropas del frente occidental hacia el este; sin embargo, ahora quería efectuar este movimiento solamente con las unidades que se encontraban en el norte de Alemania y no con todo el frente occidental. Se constituyó entonces una Plana Mayor de Conducción B, bajo el general Winter, a fin de conducir las unidades del ejército que se encontraban en el sur de Alemania. Desde Hohenlychen Himmler continuaba su propia política de buscar un entendimiento con las potencias occidentales. Cuando Hitler en Berlín fué informado de esto ordenó que Himmler fuera fusilado. Goering se trasladó al sur de Alemania. Al dirigirse desde allí oficialmente a Hitler preguntándole si como reemplazante del jefe del Estado debía encargarse de toda la autoridad de gobierno e iniciar negociaciones con las potencias occidentales, Hitler ordenó a la SS que lo detuviera en Berchtesgaden. El caos era completo. Los supremos jefes del Partido Nacionalsocialista y del Estado actuaban ahora como los miembros de una banda de *gangs* inmediatamente antes de su detención, tratando cada uno de poner a salvo su propia persona.

De los militares de alta graduación solamente el jefe del Estado Mayor, general Krebs y el ayudante en jefe de las fuerzas armadas y jefe del

Departamento de Personal del Ejército, general Burgdorf, quedaron con Hitler; además, los almirantes Von Puttkamer y Von Woss, el ayudante naval y el oficial de enlace de la marina en la Plana Mayor de Conducción de las Fuerzas Armadas. La División Operaciones del Estado Mayor abandonó a Berlín junto con el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. En la Cancillería quedaron además Goebbels, Bormann, el jefe de la juventud hitlerista Axmann, la amante de Hitler Eva Braun, los representantes de la SS y de la Gestapo, así como la cocinera vegetariana inevitable, la señorita Manzialy y el último médico personal, doctor Stumpfegger. El 24 de abril las columnas blindadas rusas mandadas por los generales Rybalko y Razukow se encontraron cerca de Bohnsdorf, encerrando de este modo a Berlín desde el este. Al día siguiente las columnas blindadas de los generales Leluschenko y Bogdanow se encontraron en la cercanía de Potsdam, completando así el cerco de Berlín también desde el oeste.

Los ejércitos que luchaban en el frente del Oder fueron obligados a dividirse en varias partes. El 3.º Ejército Blindado, luchando junto con unidades de la juventud hitlerista, divisiones de guardia de la marina, regimientos de policía y restos de las legiones extranjeras de la SS, como la «Legión Valona», trató de defender los pasos del Oder cerca de Stettin; pero finalmente fué obligado a retirarse hacia Mecklenburgo. El 9.º Ejército fué encerrado en la zona de las ciudades de Lübben, Beeskow y Fürstenwalde; uno de sus cuerpos de ejército, mandado por el general de artillería Weidling, fué obligado a retirarse hacia los suburbios orientales de Berlín. El jefe del Estado Mayor del Grupo de Ejército del frente del Oder, coronel Kinzler había convenido con el ministro Speer, hacer retroceder sus unidades en forma de evitar que la capital misma se transformara en un campo de batalla. Pero esta buena intención fué frustrada por los acontecimientos. El hecho de que Hitler mismo quedara en Berlín significaba, además, que se lucharía allí hasta el último cartucho. El coronel general Heinriche fué relevado de su cargo. Como comandante de las tropas ubicadas en Mecklenburgo fué elegido el general Von Tippelskirch, pero como no fué posible tomar contacto con él, se ordenó al coronel general Student, al organizador de las tropas de paracaidistas (según el criterio de Goering uno de los pocos «perseverantes» entre los generales) que tomara el mando pasajeramente sobre dichas tropas. Pero todos estos cambios personales no daban ya ningún resultado. Los grandes especialistas militares, encabezados por el coronel general Jodl, el hombre que se destacó tanto por su inteligencia fría y sobria, habían fracasado; tampoco un Moltke hubiera podido salvar la situación. No quedaba más que la capitulación para terminar esta lucha insensata.

En lugar de esto Hitler ordenó que el territorio alemán fuera dividido en dos regiones de mando, una del norte y otra del sur. Como comandante de la región norte fué nombrado el gran almirante Doenitz, con el jefe regional del Partido Nacionalsocialista Wegener como comisario civil; como comandante de la región sur, el mariscal Kesselring, con el jefe regional del Partido Hofer como comisario civil. Manteniendo siempre su desconfianza contra los generales del ejército Hitler colocó así el mando

de los últimos ejércitos alemanes en manos de un almirante y de un mariscal de aviación.

Todo planeamiento ordenado del Estado Mayor era ya imposible. Ni la División Operaciones del Estado Mayor tenía conocimiento de la ubicación de la mayoría de las unidades que existían aún, con lo cual se perdió toda supervisión del conjunto. El coronel general Jodl puso sus esperanzas en una nueva ofensiva para socorrer a Berlín. En la zona del Elba, el ex jefe reemplazante del Estado Mayor, el general Walter Wenck, estaba organizando un nuevo comando del 12.º Ejército, al que debían subordinarse 12 divisiones. En realidad se disponía sólo de 3 divisiones, formadas en su mayor parte con unidades del Servicio de Trabajo Obligatorio, alumnos de las escuelas de oficiales y suboficiales instruidos apresuradamente y restos de algunas otras unidades. Keitel visitó a Wenck y habló con él sobre los detalles del ataque que, según su concepto y el de Jodl, debía iniciar la conversión del frente occidental. Hitler vio en Wenck el último salvador en esta situación desesperada, después que había fracasado desde un principio su idea de constituir en la cercanía de Eberswalde un 11.º Ejército Blindado con unidades de la SS y de la Flota Aérea del Interior, que, bajo el mando del jefe de grupo superior de la SS Steiner, debía realizar una ofensiva de alivio en dirección a Berlín.

XIX

El 25 de abril debía iniciar su ofensiva el general Wenck. En Berlín ya se libraban intensas luchas en las calles. Unidades de la guardia territorial, compañías formadas con menores de edad, miembros de la juventud hitleristas, armados con «Panzerfaust» y fusiles ametralladores, restos de unidades de la SS y del ejército y el personal de las grandes torres antiaéreas con sus piezas pesadas de 12,8 centímetros eran los últimos defensores de la capital. Todavía reinaba el terror; en las calles eran ahorcados y fusilados los hombres que se negaban a morir por su «líder», el cual, mientras tanto, en su abrigo deliberaba ya con sus amigos más íntimos sobre la mejor manera de suicidarse. Hitler ordenó que fueran voladas las centrales de distribución de agua y destruidos los canales y las farmacias y que fueran inundados los túneles de los subterráneos, en los que millares de heridos, mujeres y niños habían buscado refugio. Nadie debía seguir viviendo, si él mismo debía morir. Continuamente eran destituidos los «comandantes de lucha» de la ciudad, destinada a perecer. Uno tras otro fueron echados «por incapacidad y cobardía»; así el comandante de la Región Militar número III, general Von Hauenschild, el mayor general Kunze, el teniente general Reimann, el mayor general Kaether y un joven oficial de conducción nacionalsocialista que fué ascendido al rango de general porque, al parecer poseía el «fervor de la fe nacionalsocialista». Finalmente el general

de artillería Weidling se encargó del mando, aunque Hitler ya una vez lo quiso hacer fusilar por cobardía.

El 27 de abril de 1945 las partes más avanzadas del ejército del general Wenck llegaron en intensas luchas a Ferch, una localidad situada a unos 12 kilómetros de Potsdam, donde un ataque de flanco de los rusos detuvo su avance. Hitler habló entonces con el jefe del Estado Mayor del grupo de ejércitos del mariscal Schörner, general Von Natzmer, cuyo cuartel general se encontraba en Wolchow, cerca de Königgrätz, en Bohemia, y trató de inducirlo a socorrer a Berlín. Schörner mantenía la zona de Bohemia y poseía aún un corredor abierto a través de Austria hacia el norte de Croacia, pero no estaba en condiciones de iniciar una ofensiva. El 28 de abril, el mismo día en que los partisanos italianos detuvieron y fusilaron a Mussolini, que, vestido con el capote de un sargento alemán, trataba de huir a Suiza, Hitler se hizo casar con Eva Braun en el abrigo de la Cancillería de Berlín, actuando como oficial de registro civil el jefe de la cancillería del Partido Martín Bormann. Dos días después, el 30 de abril de 1945, se suicidó junto con su esposa.

En su testamento echó del Partido Nacionalsocialista formalmente a Goering y Himmler y nombró al gran almirante Doenitz como su sucesor. El derrumbe ahora fué completo. En un frente ancho las divisiones inglesas y norteamericanas cruzaron el Elba desde el oeste y penetraron en Mecklenburgo y Holstein. Las divisiones blindadas rusas a su vez trataron de avanzar lo más rápido posible a lo largo de la costa del mar Báltico en dirección al canal de Kiel: pero ya en Mecklenburgo, en la zona de Wismar y Schwerin, se encontraron con sus aliados. Tropas americanas penetraron en Bohemia y Austria desde Baviera. Los checos se sublevaron. No había ya ninguna resistencia o solamente en forma insignificante. El último jefe del Estado Mayor, el general Krebs, desapareció en Berlín; había tenido la intención de suicidarse junto con el general Burgdorf si aparecían los rusos, pero probablemente cayó prisionero en manos de éstos. La última actividad del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas consistió en dirigir las tropas de modo que, en lo posible, la mayor parte de ellas no cayera en poder de los rusos.

Los ejércitos alemanes capitularon uno tras otro. Los defensores de Berlín fueron los primeros en rendir las armas. El mismo día, el 2 de mayo de 1945, se realizó la capitulación del Grupo de Ejércitos Sudoeste, que se estaba negociando ya desde algún tiempo atrás. El 5 de mayo todos los demás ejércitos alemanes del norte y sur de Alemania, de Austria, Holanda, Dinamarca y Noruega se rindieron, con excepción de las tropas encerradas en Curlandia y el grupo de ejército mandado por el mariscal Schörner. El 7 de mayo el gran almirante Doenitz ofreció la rendición general, que se realizó el 8 de mayo. Fué firmada ante las potencias occidentales por el coronel general Jodl y ante los rusos por el mariscal Keitel. La guerra terminó así con un acto puramente militar; la rendición de todas las fuerzas armadas alemanas. Con esto terminó la segunda guerra en varios frentes que Alemania había emprendido en el siglo xx y con ello terminó a la vez la historia del Estado Mayor alemán. Dos veces una organización militar había sido

enfrentada a misiones cuyo cumplimiento sobrepasaba las fuerzas del propio pueblo. Si bien en el primer caso, debido a los triunfos imponentes obtenidos en las guerras del siglo XIX, había creído poder solucionar todavía esta tarea irrealizable, en el segundo caso sus representantes más prudentes habían reconocido ya antes de estallar la guerra que ahora no sería posible intentarlo de nuevo.

La acusación del Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, de que el Estado Mayor había pertenecido a las organizaciones que habían contribuido en forma predominante a desencadenar la Segunda Guerra Mundial, no puede ser mantenida por tal causa.

INDICE DE LAMINAS

	Entre páginas
Gerhard Scharnhorst	24 - 25
Von Clausewitz	24 - 25
Von Gneisenau	24 - 25
Von Moltke (El viejo)	24 - 25
Von Waldersee	102 - 103
Von Schlieffen	102 - 103
Von Moltke (El joven)	102 - 103
Von Falkenhayn	136 - 137
Von Hindenburg, en 1871	136 - 137
Von Hindenburg y Ludendorff	136 - 137
Von Seeckt	136 - 137
General Wilhelm Heye	202 - 203
General Groener	202 - 203
Von Hassell	202 - 203
Von Hammerstein-Equord	202 - 203
Von Schleicher	202 - 203
Von Kluge	266 - 267
Günther Blumentritt	266 - 267
Von Stülpnagel	266 - 267
General Ludwig Beck	266 - 267
Hitler con el Mariscal de Campo Keitel, el general Halder y el Mariscal de Campo Von Brauchitsch	330 - 331
Von Blomberg	330 - 331
Von Fritsch	330 - 331
Von Rundstedt	272 - 273
Hans Speidel	272 - 273

	Entre páginas
General Kurt Zeitzler	272 - 273
General Guderian, en la campaña de Rusia	272 - 273
Almirante Canaris	454 - 455
General Olbricht	454 - 455
Doctor Goerdeler	454 - 455
Mariscal A. Kesselring	454 - 455
Mariscal Rommel	454 - 455

CUADROS SINÓPTICOS

Cuadro	I. Epoca de Scharnhorst (1809-10)	40 - 41
»	II. Epoca de Moltke (1875)	40 - 41
»	III. Epoca de Waldersee (1890)	184 - 85
»	IV. Estado Mayor del Ejército de campaña (1914)	184 - 85
»	V. Departamento de tropas (1932)	280 - 81
»	VI. Epoca de Beck (1935-38)	280 - 81
»	VII. Comando Supremo Alemán (1939-42)	420 - 21
»	VIII. Comando Supremo Alemán (1942-45)	420 - 21

INDICE

	Páginas
Prólogo	7
CAPITULO I. LOS ANTECESORES	9
» II. LOS PADRES ESPIRITUALES. — <i>Scharnhorst y Gneisenau</i>	25
» III. EL FILÓSOFO DE LA GUERRA. — <i>Clausewitz y el Estado Mayor en la época de la reacción y de la revolución</i>	57
» IV. EL GRAN TACITURNO. — <i>Helmuth von Moltke</i>	73
» V. GUERRA PREVENTIVA O GOLPE DE ESTADO. — <i>Conde Alfredo von Waldersee</i>	103
» VI. EL GRAN PLAN. — <i>Conde Alfredo von Schlieffen</i>	121
» VII. LA GUERRA SIN CONDUCTOR. — <i>El segundo Moltke y Falkenhayn (1906 a 1916)</i>	137
» VIII. LA DICTADURA SILENCIOSA. — <i>Hindenburg y Ludendorff (1916 a 1918)</i>	175
» IX. LA ESFINGE. — <i>Seeckt y el "truppenamt"</i>	203
» X. EL OCASO DE SEECKT. — <i>Schleicher</i>	235
» XI. UNA CAMPAÑA DIFÍCIL. — <i>El general Ludwig Beck-Reichenau</i>	267
» XII. LA LUCHA CONTRA LA GUERRA	299
» XIII. HITLER TRIUNFANTE	331
» XIV. EL PRINCIPIO DEL CAUTIVERIO	373
» XV. LA REBELIÓN	409
» XVI. EL OCASO DE LOS DIOS	455
INDICE DE ILUSTRACIONES	503

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA CIUDAD DE BARCELONA,
EN LOS TALLERES DE LA S. A.
HORTA I. E., EN EL AÑO
1954

misión de Control Militar, encargándose, por ejemplo, a una oficina de construcción de vagones de la firma «Rheinmetal» el desarrollo de la construcción de piezas de artillería. En todas estas medidas la firma de Krupp desempeñó un papel importante. Desde 1926 también los comandos de regiones militares disponían de encargados especiales para los asuntos de la economía militar. Por iniciativa del Departamento de Armas se fundó además una «Sociedad de Estadística», una asociación de industriales alemanes encabezados por el consejero privado Von Borsig, que debía fomentar los trabajos de la economía militar.

Debido a las dificultades del presupuesto, Schleicher fundó en 1926 la «Sociedad Alemana para Política Militar y Ciencias Militares», una sociedad mercantil con responsabilidad limitada, obteniendo de este modo una ayuda financiera por parte de varias grandes firmas industriales a los fines de defensa ilegales. Fuera de esta sociedad, había un número considerable de otras asociaciones científico-militares, fundadas con carácter privado por algunos ex oficiales.

Una de las ramas más importantes de los preparativos ilegales fué el desarrollo progresivo de los planes de construcción de las armas prohibidas, aunque se limitó casi exclusivamente a la esfera teórica. Este asunto se basó en un convenio concertado en 1922 entre el Ministerio de Defensa y la firma Krupp para el desarrollo de la artillería. La sección de Krupp que se ocupaba de estas construcciones tenía relaciones con la fábrica de armamentos sueca de Bofors, permitiendo este hecho a Krupp cumplir algunos convenios concertados antes del tratado de Versalles con Holanda y varios Estados sudamericanos para el suministro de piezas de artillería, como por ejemplo, la entrega de un nuevo modelo de obús de montaña al ejército colonial holandés. Por intermedio de Krupp, algunos oficiales del Ejército alemán pudieron presenciar las pruebas de tiro realizadas con nuevos modelos de piezas en los campos de tiro de artillería de Suecia. Gracias a la ayuda de Bofors, Krupp desarrolló el obús de montaña mencionado, otra pieza liviana automotora, un mortero moderno de 21 cm. y un nuevo tipo de cureña biflecha. Sin embargo, todas estas armas existían solamente en planes de construcción o en algunos pocos modelos experimentales. En 1925 Seeckt visitó a Krupp y a las demás firmas grandes del Ruhr y tuvo entrevistas con todos los grandes industriales, como Gustavo Krupp von Bohlen Halbach, Wiedtfeld, Thyssen, Borbet y Vögler. Como consecuencia Krupp fué encargado de construir una pieza sobre chasis automotor y otra de 7,5 cm. destinada a un «tractor grande», nombre supuesto para el tanque.

Al lado de estos trabajos preparatorios de la Dirección del Ejército y del Departamento de Tropas, también la Dirección de la Marina desarrollaba en forma independiente una gran actividad, continuando el desarrollo secreto del arma submarina, de las lanchas veloces y de la aviación naval. En Holanda se instaló una oficina secreta para la construcción de submarinos; en Turquía y Finlandia trabajaban asesores de la marina alemana, recogiendo nuevas experiencias; Japón recibió nuevos planes de construcción de submarinos. Con la ayuda del rey Alfonso XIII y del ge-

neral Primo de Ribera se inició la construcción de submarinos en astilleros españoles, efectuando en gran parte las negociaciones el posteriormente tan célebre almirante Canaris, que al mismo tiempo se esforzó en establecer un servicio de informaciones en el exterior. Una rama especialmente característica en toda esta esfera de los armamentos secretos fueron las amplias empresas económicas de orden privado, fundadas por el jefe del Departamento de Transportes Marítimos, el capitán de navío Lohmann, hijo de un gerente del «Lloyd Alemán», con el fin de conseguir medios financieros para la construcción clandestina de submarinos y lanchas veloces, mediante la fundación de varias compañías mercantiles con responsabilidad limitada. Lohmann realizó el primer contacto con armadores españoles, por ejemplo, con el millonario Echevarrieta. Todas sus compañías mercantiles y de transporte marítimos, la Navis SRL., la Empresa Naviera Báltica de Buques a Vela, la Compañía de Vapores Pesqueros Sirius, la Sociedad del Aeropuerto de Travemünde, servían únicamente a los fines del armamento secreto, evitando Lohmann como patriota escrupuloso procurarse cualquier ventaja personal para sí mismo. En 1924 adquirió también la Compañía Phoebus SRL., que poseía varios de los mayores cines de Berlín, para realizar propaganda nacional mediante películas. En todas estas medidas también la Dirección de la Marina partía de la base de un probable conflicto con Polonia; en tal caso por lo menos quería asegurarse el mar Báltico contra una invasión por parte de la flota francesa.

Toda esta actividad de los armamentos secretos tuvo dos consecuencias principales; por un lado, se colocaron de ese modo las bases para un posible aumento futuro del ejército, aun cuando eran tan modestas que el aumento sólo podía efectuarse paso a paso, si no se quería producir un grave perjuicio en la estructura interna del ejército; por otro lado y ésta fué una consecuencia fatal, todos los oficiales destinados por el Ministerio y el Estado Mayor a esta actividad secreta se familiarizaron con el empleo de métodos conspiratorios, acostumbrándose a mantener un contacto continuo con organizaciones que, en el fondo, eran adversas al régimen existente, como el «Casco de Acero» y mostrando a pesar de ello, exteriormente, una conducta que en realidad no correspondía a su mentalidad. Así se educó una generación de oficiales de Estado Mayor que poseían cierta flexibilidad, que estaban acostumbrados a conservar el tino y el porte también en situaciones difíciles, pero que también debían llegar a la convicción de que la rigidez y la tenacidad testaruda eran un error y que las situaciones difíciles podían ser vencidas en mejor forma, empleando una táctica hábil.

V

Las relaciones entre Seeckt y Gessler, el permanente ministro de Defensa de todos los gabinetes alemanes entre 1920 y 1930, desde el comienzo se desarrollaron con dificultades por esta política secreta. En el Parlamento el ministro tenía que cargar con la culpa de todas las extravagancias y arbitrariedades de Seeckt, tan arrogante y reservado y al mismo tiempo tan hábil. Sus arbitrariedades continuas condujeron finalmente a que Gessler tratara de constituir una oficina dependiente directamente de él, un órgano con el cual pudiera obtener influencia directa sobre el ejército. Esta intención coincidió con un enojo creciente de Schleicher por el rumbo que Seeckt imprimía a su acción. Desde el fracaso de la candidatura de Seeckt para presidente del Estado, Schleicher se quejaba de que aquél lo trataba mal. Por tal causa favoreció vivamente la idea de Gessler de organizar una nueva oficina, que debía trabajar directamente a las órdenes del ministro mismo e independientemente del jefe de la Dirección del Ejército.

En 1926 se fundó así dentro del Ministerio de Defensa la «Sección Política (de las fuerzas armadas)» como oficina del ministro, siendo encargado de su dirección el coronel Von Schleicher. Éste resultó así, si bien extraoficialmente, el ayudante general omnipotente, reemplazante y consejero del ministro. El blasón de la familia Von Schleicher muestra irónicamente una escalera oblicua; lentamente, pero con toda seguridad, ascendió al poder supremo. Hasta entonces el ministro de Defensa había dispuesto de tres ayudantes, personales, dos oficiales para el servicio técnico de comunicaciones y tres oficiales para el servicio de informaciones, quejándose Gessler continuamente de la terquedad de Seeckt, que hacía reemplazar a estos oficiales, aun cuando cooperaban con el ministro sin dificultades, para aislarlo de los asuntos del ejército. Cuando Schleicher se encargó de la jefatura de la Sección Política, aspirando conscientemente a un aumento de su influencia, todo esto cambió. En 1929 la Sección Política se transformó en un «Departamento Ministerial» que se compuso finalmente de la plana mayor del jefe, la ayudantía del ministro y cuatro secciones. En tiempos normales el jefe de tal oficina probablemente no habría podido tener otras funciones que las de un coordinador entre el ministro y la Dirección del Ejército. Pero en esta época de la política militar entre bastidores, un hombre capaz y ambicioso como Schleicher debía convertirse inevitablemente en una especie de jefe de Estado Mayor político; y éste ya desde hacía mucho tiempo se había acostumbrado a considerar la política como un teatro de títeres, en el cual se podían mover las figuras perfectamente mediante hilos ocultos.

Rápidamente Schleicher se apoderó del estudio de todas las cuestiones políticas, asuntos de la Prensa, problemas del presupuesto, asuntos

jurídicos, del contraespionaje y todo lo referente a la Liga de las Naciones, logrando, además, que los comandos de tropas le informaran directamente, es decir, no por intermedio de la Dirección del Ejército, sobre acontecimientos particulares, ante todo en el campo político. Pronto Seeckt comprobó que habría sido mejor entregar la jefatura de la Sección Política a un hombre realmente adicto a él, como Joaquín von Stülpnagel. Schleicher con su juego estaba superando a Seeckt, máxime cuando existían entre ellos en el fondo también diferencias de opinión políticas. Gessler probablemente no sospechaba todavía que Schleicher también lo superaría a él, porque el hombre que Schleicher prefería como ministro de Defensa era Groener, anteriormente su superior como primer cuartel maestro general, a quien consideraba como una de las capacidades políticas más eminentes de aquel tiempo.

A fines de septiembre de 1929 la Prensa socialdemócrata y la democrata llegaron a saber algo respecto a la participación del príncipe Guillermo de Prusia de uniforme en los ejercicios del ejército en el campo de Münsingen, estallando ahora una campaña de indignación por esta causa. La desconfianza contra la casa los Hohenzollern era mucho mayor de lo que Seeckt se había imaginado y de lo que éstos merecían. Según el criterio de Gessler, las arbitrariedades de Seeckt habían pasado el límite admisible. Schleicher con su habitual manera atrevida opinó al principio que solamente era necesario desmentir todo para que el asunto se arreglara solo; pero pronto reconoció que esta crisis ofrecía la posibilidad de alejar a Seeckt de su puesto y entonces ayudó a Gessler. Intencionalmente no informó a la Dirección del Ejército en forma oficial sobre el desarrollo de la crisis.

La opinión pública exigió enérgicamente la dimisión de Seeckt, el cual con su política ambigua y adaptándose en forma inmutable a cualquier situación, nunca había podido adquirir la confianza de los políticos. El canciller Marx explicó a Hindenburg que si Seeckt no dimitía se produciría una crisis de gabinete. Gessler declaró francamente que estaba harto de «cargar con la culpa» de las actividades de Seeckt; el hecho de que hubiera permitido a un príncipe de Prusia vestirse con el uniforme de la república le parecía, frente a todas las demás dificultades que el ejército sufría por los partidos republicanos, lo más insensato e innecesario, precisamente porque en el fondo se trataba de una cosa sin importancia. Por otro lado, Fritsch aconsejaba ahora a Seeckt que ofreciera una resistencia con las armas en el caso de que los partidos exigieran su renuncia. Apareció así otra vez la idea de una dictadura de Seeckt, e igualmente la pregunta si el ejército era una guardia de pretorianos o el instrumento leal de la Constitución para defender el Estado.

Seeckt mismo era un hombre demasiado realista y un estratega demasiado cauteloso para no saber que un golpe de mano del ejército en favor de su persona y contra la voluntad de Hindenburg era una cosa imposible. Fritsch mismo aprendió mucho en estos días de la conducta de Seeckt, como debía mostrarse más tarde en 1938. Todavía con motivo del sexagésimo aniversario del día en que Hindenburg había iniciado

su carrera militar, Seeckt ostensiblemente lo había celebrado no como presidente de la República, sino como el venerable mariscal de la Gran Guerra. Un pronunciamiento contra Hindenburg era una cosa imposible. En la historia de Prusia había habido muchos planes de golpes de Estado por parte del ejército, pero todos ellos siempre debían llevarse a cabo con el consentimiento del comandante supremo, nunca contra él.

El 7 de octubre de 1926 Hindenburg recibió a Seeckt e inmediatamente después a Gessler. Al día siguiente Seeckt dijo al jefe del Departamento de Tropas que la situación no ofrecía ya esperanza alguna. Como presidente constitucional Hindenburg podía actuar solamente en la forma que el canciller le aconsejaba y éste opinó que el mantenimiento de Seeckt no era tan importante como para arriesgarse a una crisis de gabinete. A las 12 horas de este día Hindenburg recibió otra vez a Seeckt para despedirlo, aunque con toda pena. El *Diario de Woss*, órgano del Partido Demócrata, caracterizó del mejor modo la situación al decir que también la paciencia de los republicanos tenía un límite, el cual regía también para hombres tan destacados como Seeckt.

VI

Con respecto al sucesor de Seeckt hubo al parecer al principio ciertas dudas, mencionándose los nombres de Hasse, Lossberg, Kress von Kresenstein y Reinhardt. Pero Seeckt mismo, con relación a sus planes anteriores de candidatura para presidente del Estado, había recomendado ya en 1925 como su sucesor más apropiado al último jefe de la División Operaciones del anterior Estado Mayor General, el teniente general Heye, ahora comandante de la I Región Militar en Prusia oriental, cargo estimado como muy importante y difícil. También Schleicher favoreció al nombramiento de Heye, el ex cooperador de Groener, por ser además un hombre mucho menos altivo y conservador que Seeckt. Así este hombre, con su rígido bigote de sargento primero, descendiente de una familia de agricultores de Frisia, que disponía de una inteligencia un poco sencilla, pero clara y sobria, llegó a ser el segundo jefe de la Dirección del Ejército. También Heye había pasado la escuela del Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial y había prestado servicios en el anterior Estado Mayor General; pero era mucho más apropiado para adoptar una conducta conciliadora frente al tiempo moderno, que Seeckt. Como jefe del Estado Mayor del Cuerpo de Guardia Nacional mandado por Woyrsch en 1914, más tarde como jefe del Estado Mayor del grupo de ejército mandado por el duque Alberto de Württemberg y, finalmente, como sucesor de Wetzell en el Comando en Jefe del Ejército, pertenecía a aquellos grandes jefes de Estado Mayor de los comandos superiores que se habían destacado en la Primera Guerra Mundial como excelentes especialistas militares.

A pesar de su dimisión, Seeckt siguió siendo aún el gran hombre, al

cual le atribuían misteriosas posibilidades políticas y cuyo prestigio sólo disminuyó lentamente, aunque Schleicher trató de desacreditarlo, logrando, por ejemplo, que no participara más como huésped en las maniobras. Ya en 1925 el Ministerio de Guerra húngaro había pedido su consejo en asuntos de reorganización del Ejército de Hungría. Después de su dimisión, el Estado Mayor rumano pidió su asesoramiento profesional respecto a la misma cuestión. En el futuro afirmó su fama internacional como experto en asuntos de organización de ejércitos modernos, publicando varios libros de orden militar y político-militar, todos escritos en un estilo excelente. Sus obras más conocidas son *Pensamientos de un soldado* y *Moltke, un modelo*; en realidad son ensayos ingeniosos, excelentemente escritos; el libro sobre Moltke de ningún modo es una biografía completa. En el fondo, toda la vida de Seeckt representa un «ensayo» nunca terminado, que deja la ejecución de sus grandes ideas esbozadas a otros, los que, por supuesto, finalmente las realizan en un sentido muy diferente. Para remediarlo era tarde ya, porque mientras tanto Seeckt se había convertido en un anciano.

VII

El hombre que por de pronto se halló más preocupado por la caída de Seeckt fué el embajador soviético en Berlín, Krestinski; pero pronto Schleicher pudo tranquilizarlo. La orientación política anterior frente al este fué mantenida, aunque estuvo expuesta a una grave prueba de resistencia. En 1926 los obreros comunistas se negaron a descargar en el puerto de Stettin un vapor con munición, sin darse cuenta que se trataba de municiones que «el Ejército rojo de los obreros y campesinos», la vanguardia de la revolución mundial, suministraba al Ejército alemán, «la guardia de protección de la burguesía alemana». La Prensa inglesa empezó a sospechar de estos transportes de munición procedentes de Rusia, máxime cuando se produjo, además, en 1926, una grave crisis en las relaciones entre Inglaterra y Rusia, debido a la huelga general inglesa. En Alemania, el ex canciller Scheidemann volvió sobre este tema. El 1.º de diciembre de 1926 se deliberó en el Ministerio de Relaciones Exteriores sobre las relaciones arbitrarias del Ejército alemán con el Ejército rojo y con las llamadas asociaciones patrióticas alemanas, presenciando esta conferencia Stresemann, el canciller, el ministro de Defensa y varios líderes del Partido Socialdemócrata.

A duras penas Gessler logró calmar a Stresemann y a los políticos socialdemócratas, declarando contra su propia conciencia que no llegarían más transportes de munición de Rusia. Aseguró, además, que con Heye se conseguiría una cooperación mejor y que se esforzaría en rejuvenecer a los generales. Otra vez los socialdemócratas hicieron objeciones contra la protección de las fronteras en el este, pero en este asunto Gessler no re-

trocedió y Stresemann probablemente también le ayudó en ello tácitamente. Pero Schleicher, que no había participado en esta sesión, no estaba satisfecho. En un gran discurso en el Parlamento atacó las relaciones con Rusia. Al mismo tiempo el presidente del Parlamento, el socialdemócrata Loebe, exigió el control parlamentario en el reemplazo de los oficiales mediante una comisión política que debía formarse con este fin. La lucha reñida que hubo que sostener simultáneamente por la construcción del crucero acorazado «A», el primer reemplazo de un acorazado viejo permitido por el tratado de Versalles, mostró otra vez que el Parlamento poseía poco entendimiento para los asuntos militares. Todas estas cosas tuvieron como único resultado que la Dirección del Ejército y el Departamento de Tropas procedieran ahora en forma más cautelosa, reforzándose con ello secretamente la oposición frente a un Estado que quería conceder a las fuerzas armadas solamente una posición muy modesta, no compatible con la tradición prusiana. Precisamente Schleicher, el inspirador político del nuevo mundo, supo manejar con maestría la táctica de calmar y de desmentir, así como la de continuar a la vez con los procedimientos ilegales. Durante los años 1927 y 1928 varios oficiales rusos fueron instruídos otra vez en el Departamento de Tropas. En 1931, el jefe de la Dirección del Ejército, en aquel entonces ya el general de infantería Von Hammerstein-Equord, participó oficialmente como huésped de las maniobras rusas cerca de Kiew y presenció las primeras exhibiciones rusas de tropas paracaidistas y transportes por el aire.

En su conducta exterior, el teniente general Heye observaba un porte democrático. En una revista de tropas en Stettin procedió de una manera que hizo indignar a todos aquellos oficiales que pensaban en la forma anticuada habitual; se acercó a la formación, saludó a varios soldados dándoles la mano y les preguntó si tenían quejas, asegurándoles que podían dirigirse en cualquier momento directamente a él, el jefe de Dirección del Ejército, en caso de reclamos, lo que significaba nada menos que la supresión de la vía jerárquica prescrita para las quejas. En 1927 visitó a los Estados Unidos, los que, como se sabe, no habían firmado el tratado de Versalles y que por eso desde antes había observado una conducta mucho más objetiva frente a todas las cuestiones referentes a Alemania. En 1929 Heye visitó a Argentina y Chile, cuyos ejércitos habían sido instruídos anteriormente por oficiales alemanes. Por su parte, Blomberg visitó no solamente a la Rusia soviética, la cual le impresionó tanto, sino también a los Estados Unidos. Pasajeramente se mostró muy impresionado por la poderosa democracia americana, obedeciendo su mentalidad muy viva siempre a impresiones momentáneas. El segundo ayudante del jefe del Departamento de Tropas, el capitán Warlimont, fué enviado a Estados Unidos para estudiar allí los problemas de la movilización económica y otro oficial para estudiar la organización de las fuerzas aéreas. Por otro lado, oficiales de los ejércitos de Lituania y Letonia participaron en cursos de instrucción en Alemania y también el Ejército norteamericano envió oficiales a Alemania.

En el campo de la política militar, la situación se hallaba dominada por

de pronto por la cuestión de la Liga de las Naciones y el problema del desarme. En el oeste, en Francia, se construía desde 1929 una poderosa línea fortificada, desde las Ardenas hasta la frontera suiza, según los planes del primer ministro Painlevé y del ministro de Guerra, Andrés Maginot, mostrándose con esto señaladamente la tendencia de seguridad reinante en Francia; por otro lado, podía deducirse también que Francia se sentía ampliamente satisfecha. Stresemann, ya mortalmente enfermo, se esforzaba en conseguir la solución definitiva del problema de las reparaciones, tratando de que la evacuación de Renania por las tropas de ocupación fuera el equivalente del cumplimiento sincero de las obligaciones impuestas por las reparaciones. Igualmente Stresemann había reconocido la importancia de la cuestión polaca en el este, esperando que fuera posible solucionar el problema del Corredor mediante compensaciones económicas; pero la muerte no le dió tiempo a realizarlo. En 1927 el coronel Von Fritsch, jefe de la Sección Concentración, elaboró un plan para una intervención rápida en el caso de una sorpresa polaca, debiendo efectuarse en tal caso una táctica retardante en el oeste. Pero esta idea fué abandonada en favor de una conducción puramente defensiva, suponiéndose que en tal caso intervendría la Liga de las Naciones.

A fines de 1927 llegaron a ser conocidas por el público las amplias empresas mercantiles del capitán de navío Lohmann, exigiéndosele la rendición de cuentas sobre el empleo de los fondos secretos de la Dirección de la Marina. Schleicher aprovechó este escándalo, que produjo la dimisión de Lohmann, para alejar de su cargo a Gessler, procurando ahora que el puesto de ministro de Defensa fuera ocupado por su candidato Groener. Así se produjo, en enero de 1928, la extraña situación de que el último jefe del Estado Mayor General anterior, ahora presidente del Estado, nombraba como ministro de Defensa a su último primer cuartel maestro general. Cuando en 1929 Blomberg fué nombrado comandante de la Primera Región Militar, Schleicher logró también que el puesto de jefe del Departamento de Tropas fuera ocupado por un hombre perteneciente a su círculo, el mayor general Kurt von Hammerstein-Equord, que, junto con Schleicher, había sido oficial en el 3.º Regimiento de Infantería de la Guardia, después, en 1914, ayudante del cuartel maestro general Von Stein y finalmente jefe del Estado Mayor de la Agrupación Primera en Berlín. Schleicher y Hammerstein-Equord estaban convencidos de que el problema de las masas sólo podría solucionarse tomando contacto con la clase obrera. Pero, mientras que la conducta de Schleicher en ese sentido continuaba siempre vacilante, Hammerstein-Equord siguió decididamente un nuevo rumbo a la izquierda, tratando de establecer relaciones con destacados socialdemócratas, lo que produjo estupor en muchos oficiales. También Hammerstein estaba fuertemente impresionado por el ejemplo del Ejército rojo y en el Ministerio de Defensa se le dió finalmente el sobrenombre de «general rojo». Era extraño que ese hombre tan ingenioso, que en la vida social fascinaba a todos por su modalidad aguda y chispeante, no poseyera ningún talento oratorio para hablar en público. Hasta frente a la tropa le faltaba toda elocuencia. Y había muchos que pensaban que

su amplitud mental era exagerada, como ocurre a veces precisamente entre los descendientes de las viejas familias. Por ejemplo, para él no había motivos de reproche en el hecho de que sus dos hijas se declararan francamente partidarias del Partido Comunista.

En el Departamento de Tropas, Hammerstein-Equord desarrolló por eso la táctica de la resistencia retardante, la cual tenía por fin ganar tiempo en el caso de un ataque de una potencia extranjera, hasta que la Liga de las Naciones pudiera intervenir. Tal situación fué estudiada también por primera vez en 1930, mediante un juego de guerra realizado en el Departamento de Tropas. Para el 1.º de abril de 1930 se preparó, por primera vez, un plan de movilización concreto, según el cual debía constituirse, en caso de guerra, un ejército de 21 divisiones, mediante la incorporación de voluntarios y de las débiles reservas instruídas. Se creyó que en tal caso podría contarse con un total de 150.000 reservistas, sin incluir en este número los 30.000 hombres aproximadamente de la protección de fronteras orientales. Groener consideró que esta protección de fronteras, desde el punto de vista militar, no servía mayormente; tampoco el Departamento de Tropas la apreciaba mucho, debido a la aversión tradicional del Estado Mayor contra los experimentos con milicias; pero, por otra parte, creyó que no era posible renunciar a ella por la necesidad de dar más confianza a la población de las zonas fronterizas. Cooperando con los demás Ministerios del Reich se formó, además, una comisión de delegados de los mismos como órgano para la preparación de la movilización en caso de guerra. En esa emergencia el Ejército no debía encargarse más de la protección de las líneas ferroviarias ni de las comunicaciones. Además, dicha comisión debía efectuar también las medidas preparatorias para la evacuación oportuna de las zonas fronterizas amenazadas. A los fines mencionados, tuvo cierta importancia que los ferrocarriles alemanes formaran una protección de las líneas férreas de 30.000 hombres y 19 trenes blindados. Cuando en 1931 se consiguió, con la ayuda rusa, el plan de concentración proyectado por el Estado Mayor polaco, fueron confirmadas de nuevo las viejas preocupaciones respecto a la seguridad de las fronteras orientales, pues el plan permitía reconocer los preparativos de un golpe de mano contra Silesia. Por eso el Departamento de Tropas se decidió a preparar una evacuación militar pasajera de Silesia en el caso de un conflicto con Polonia, lo cual fué aprobado también por Hindenburg.

VIII

El 1.º de diciembre de 1930, el general Heye pasó al retiro por razones de edad. En su reemplazo fué nombrado el general de infantería Von Hammerstein-Equord, el cooperador de Schleicher y como sucesor de aquél en el cargo de jefe del Departamento de Tropas el mayor general Guillermo Adam. Cuando Hammerstein-Equord se hizo cargo de su nuevo

puesto, el cielo político otra vez se había oscurecido. El destino del Ejército y en gran parte también el del Estado se encontraba ahora en manos del jefe del Departamento Ministerial, el coronel Von Schleicher, que ascendió al rango de mayor general. Era el general más político de todos los que habían salido del Estado Mayor.

En octubre de 1929 se produjo en la bolsa de Estados Unidos una catástrofe financiera de amplia repercusión, debida a la desproporción entre la superproducción y el poder administrativo. La crisis económica mundial que se inició de esta manera coincidió con el momento en que Stresemann, después de luchas reñidas con la oposición derechista alemana, había logrado solucionar definitivamente el problema de las reparaciones mediante el plan de Young y asegurar de este modo la evacuación militar de la Renania. El 3 de octubre de 1929, Stresemann, ya mortalmente enfermo, murió sorpresivamente por un ataque de apoplejía, desapareciendo con él el último estadista de la república alemana que gozaba de un prestigio internacional. Poco después se desvaneció el simulacro engañoso de la favorable situación económica alemana, basada en empréstitos americanos del plan Young, viéndose así que tal economía era especialmente sensible a cualquier clase de crisis. Nuevamente se presentó el espectro de una desocupación de las masas en proporciones inauditas y el peligro de la miseria. A fines del año 1929, Seeckt publicó, en el *Diario de Colonia*, un artículo con el significativo título de «Marea de tormenta», en el cual decía que ante la tempestad inminente era necesario buscar un hombre capaz de prevenir sus peligros y remediar sus daños. Poco después se incorporó al Partido Popular Alemán, que había perdido a su líder Stresemann. Posiblemente creía aún que él mismo podría ser el hombre capaz mencionado en su artículo.

IX

En marzo de 1930, cuando debían promulgarse las primeras leyes de emergencia, se deshizo el último gabinete de coalición de los partidos republicanos, formado por el canciller socialdemócrata Hermann Müller. Debido a ello surgió la idea de que un canciller socialdemócrata promulgara los decretos de emergencia mediante el artículo 48 de la Constitución (declaración del estado de sitio). Pero Groener y Schleicher se opusieron a esta medida. Por primera vez Schleicher propuso ahora al presidente del Reich un candidato para el puesto del canciller, el líder del partido católico en el Parlamento, Enrique Brüning. Schleicher había conocido a éste en las negociaciones referentes al presupuesto y había quedado muy impresionado por su sinceridad y su gran talento político. Pero al mismo tiempo hablaba en favor de Brüning (y esto era significativo para el papel que empezó a desempeñar la generación que durante la guerra había luchado en el frente) que hubiera cumplido en aquel tiempo con su deber

como simple teniente en el frente. Hubo realmente ciertos altos oficiales que declararon que Brüning debía ser un hombre honrado, porque había sido condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase... Al comienzo Brüning pudo gobernar aún según las reglas parlamentarias; pero pronto no pudo reunir ya una mayoría en el Parlamento para su política de restricciones, surgiendo en esta forma la idea de implantar gabinetes presidenciales, los cuales, apoyados por la confianza del presidente del Reich y las bayonetas del Ejército, representado por Schleicher, debían vencer la crisis mediante una serie de medidas restrictivas. Se inició así una política de emergencia, favorecida ante todo por Hindenburg, que estaba harto de la «charla parlamentaria». Las medidas restrictivas impuestas por necesidades nacionales aparentemente hicieron recordar al viejo hombre los tiempos de 1813, cuando en Prusia el oro era entregado al Estado y éste devolvía por él cruces de hierro.

La crisis económica destruyó también la estructura interna de los partidos burgueses del centro y del ala derecha; nuevamente empezó el ascenso del Partido Nacionalsocialista de los obreros alemanes, que después de su derrota en 1923 al principio había desaparecido casi por completo. La crisis de confianza que reinaba en las clases de la pequeña y gran burguesía, desde antes ya profundamente conmovidas, y la nueva crisis agraria que amenazaba a la nobleza de las provincias del este, fué el momento de oportunidad de Adolfo Hitler, el hombre que había fracasado como ciudadano y como pintor, y cuya vida se hallaba dominada por un amor desgraciado a la burguesía.

Ya en 1929, en una conversación con Brüning, Schleicher había expresado su gran preocupación por el aumento del movimiento nacionalsocialista, que en aquel entonces encontraba partidarios ante todo entre los oficiales más jóvenes de la Marina y entre los obreros de las bases navales de Kiel y Wilhelmshaven. Como Brüning declaró más tarde, Schleicher temía sobre todo que Polonia pudiera aprovechar las dificultades internas de Alemania, producidas ya sea por los comunistas, ya por los nacionalsocialistas, para efectuar el golpe de mano contra Silesia, proyectado en el plan de concentración polaco. Después que Brüning fuera nombrado canciller, Schleicher le insinuó que pidiera confidencialmente informes a París y Londres sobre si las potencias firmantes del tratado de Versalles estaban dispuestas a conceder a Alemania un reforzamiento de su Ejército en el caso de estallar una guerra civil. El resultado de esta toma de contacto fué negativo. Schleicher tuvo también una entrevista con Hitler, pero, en contraste con Seeckt, de ningún modo quedó entusiasmado del hombre, sino que éste más bien le repugnó. La manera de Hitler de exponer sus ideas en forma de monólogos ilimitados y altisonantes, sin dejar hablar al otro en ninguna forma, hizo que Schleicher tuviera la convicción de que se trataba de un desequilibrado. Cuando más tarde se hablaba de la exigencia de Hitler de que le entregaran el poder, Schleicher siempre decía que, por su parte, cualquier persona podía ser canciller menos «aquel hombre». También el viejo Hindenburg tenía una aversión instintiva contra el «cabo bohemio», como denominó a Hitler; según su opi-

nión, los cabos no estaban en condiciones de dar órdenes. Mediante una colecta iniciada por el «Casco de Acero», reforzada por la industria alemana, se había regalado a Hindenburg, con motivo de su octogésimo cumpleaños, la vieja posesión de la familia en Neudeck; con esto, el presidente del Reich volvió a radicarse en el campo, como lo habían hecho sus antepasados y relacionarse en forma más estrecha aún que antes con la nobleza del este. Sus vecinos y amigos, encabezados por el viejo chambelán de la corte, Von Oldenburg, apoyaron vivamente la idea de una nueva dictadura, pero ésta debía ser encabezada por una persona de su clase social y de ningún modo por un hombre de descendencia oscura como Hitler.

Schleicher y uno de sus colaboradores más íntimos, el coronel Fernando von Bredow, nombrado jefe del Departamento de Contraespionaje, empezaron a recoger material sobre Hitler. Muy probablemente llegaron a sus manos los documentos militares personales de Hitler y el relato oficial respecto a su enfermedad, cuando en 1918, al quedar ciego, había sido internado en el hospital de Pasewalk, según se dijo, debido a un envenenamiento con gas. En esos documentos, que después desaparecieron, el nuevo salvador era caracterizado como un histérico incurable, cuya ceguera fué causada por una fase de esta enfermedad y no por un envenenamiento con gas; figuraba allí también que Hitler no era apto para ningún ascenso al grado inmediato superior. Por otro lado, Schleicher estaba fascinado por el hecho de que muchos oficiales jóvenes y soldados de los ex combatientes se hubieran incorporado al nuevo partido y encontraran cabida en él, ante todo en sus formaciones combatientes, esto es, en la organización de los destacamentos de asalto (SA) y en la de los escalones de protección (SS). El jefe de la plana mayor de la SA era el ex capitán Röhm, que pasajeramente debió abandonar el país debido a su disposición homosexual y que, como instructor militar en el Ejército boliviano, había ascendido al grado de teniente coronel. El jefe de la SS era el ex aspirante a oficial Enrique Himmler. Entre los jefes de la SA había muchos miembros de los anteriores cuerpos de voluntarios. En Prusia oriental se había desarrollado, dentro del marco de la protección de fronteras, una cooperación muy estrecha entre los jefes de los estandartes (*) de la SA, por un lado, y el comandante de la 1.ª Región Militar, el general Von Blomberg y su jefe de Estado Mayor, el coronel Reichenau, por el otro. Blomberg y Reichenau defendieron la opinión de que el Ejército debía cooperar con estos hombres animados de un gran entusiasmo nacional, el cual, indudablemente, existía en el nuevo movimiento. El «Casco de Acero», que hasta entonces había sido el centro de reunión de las asociaciones ilegales, llegó a ser cada vez más un centro de carácter burgués, escurriéndose la juventud de sus manos; estaba sufriendo la evolución natural del envejecimiento. En 1930, en algunos casos aislados, las unidades de la SA recibieron una instrucción militar ilegal, por ejemplo, en el campo de instrucción de Doberitz. Más tarde, Röhm exigió también que la SA pudiera participar en la organización ilegal de la aviación militar, declarando que

(*) «Estandarte» era una unidad de la SA equivalente al regimiento. (N. del T.)

ésta no debía ser monopolizada por el «Casco de Acero». Por otro lado, Hitler prohibió a la SA en Pomerania cualquier participación en la protección de frontera oriental, lo que indignó a Hindenburg, porque ella cooperaba con las autoridades de la república. El cuadro empezó a ponerse confuso, por lo cual el rumbo de Schleicher también empezó a vacilar. Este empezó a cavilar ahora de qué modo podía ganar influencia sobre los elementos del nuevo movimiento que simpatizaban con todo lo militar.

Cuando en 1930, en el 5.º Regimiento de Artillería en Ulm, cuyo jefe era el futuro jefe del Estado Mayor, coronel Luis Beck, dos jóvenes tenientes trataron de formar una célula nacionalsocialista, el jefe de la Dirección del Ejército, Von Hammerstein-Equord, intervino enérgicamente, ordenando que los referidos oficiales fueran castigados y echados del Ejército. Cuán confusas eran las ideas de estos jóvenes oficiales lo muestra el hecho de que uno de ellos, el teniente Scheringer, en la prisión se separó después de las ideas nacionalsocialistas y se convirtió en un partidario de las doctrinas comunistas. En el Ejército había en aquel entonces, en algunos lugares, una fuerte reacción, declarando, por ejemplo, el jefe del 6.º Regimiento de Artillería que los nacionalsocialistas no tenían nada que hacer en los casinos de oficiales alemanes.

X

Mientras tanto, en las elecciones de 1930 el Partido Nacionalsocialista obtuvo 107 diputados, pasando a ser así el partido más fuerte del ala derecha. El Partido Nacional Popular Alemán se desmembró, debido a la formación creciente de una oposición conservadora contra su jefe, Hugenberg, que había emprendido un rumbo reaccionario. Los hombres más capaces abandonaron el partido y se reunieron en la Unión Popular Conservadora. El Partido Popular Alemán, al cual Seeckt se había incorporado, desapareció casi por completo. Después de las elecciones, Schleicher dijo confidencialmente al gran industrial Arnoldo Rechberg, que seguía defendiendo la idea de una alianza militar entre Alemania y Francia, que sus fondos secretos no dejaron de influir en el éxito de los nacionalsocialistas, lo que, al parecer, representaba una contradicción respecto a las preocupaciones que mostró frente a Brüning. Rechberg le preguntó si este modo de proceder no era peligroso. Schleicher negó esto. Correspondía a los métodos de su política procurarse influencia en todas partes. Su tentativa de atraer el nuevo movimiento mediante una ayuda financiera, aparentemente tuvo como origen la idea de frenarlo paulatinamente y orientarlo en la dirección más conveniente para él. El tipo del «soldado político», proclamado como ideal por la SA, significaba al fin y al cabo la militarización de las masas, como el Partido Comunista lo había hecho ya en Rusia.

Llama la atención que Seeckt, en la primavera de 1931, volviera a buscar el contacto con Hitler. Después de una entrevista con éste, Seeckt declaró que el Partido Nacionalsocialista de todos modos debía ser empleado

como «factor salvador»; pero al mismo tiempo había recalcado a Hitler que él mismo, Seeckt, debía quedar siempre como «Seeckt», es decir, que debía disponer de la posibilidad de conservar su propia modalidad. Por supuesto, Hitler le prometió todo; nunca tuvo reparos en hacer promesas. Más tarde, una vez le oyó decir el general Halder que, cuando se dicen mentiras, siempre hay que exagerarlas, porque de lo contrario nadie las cree. Las ideas de Seeckt se basaban en aquel entonces en la nueva idea de formar un gobierno de concentración nacional, aprovechando el entusiasmo nacionalista del movimiento de Hitler, reuniéndolo con las tendencias conservadoras, mientras que el Ejército debía mantener su posición independiente. En el fondo, esta idea demostraba solamente la confusión desesperada que se iba extendiendo entre la mayor parte de los hombres destacados de la vieja clase dirigente de descendencia prusiana.

Con la sabiduría propia de la ancianidad, el viejo Hindenburg apreció la situación en forma más acertada. Temía que si Hitler llegaba al poder se produjeran complicaciones bélicas con Francia, Polonia y Checoslovaquia y estaba decidido a evitar que el pueblo alemán sufriera los horrores de una nueva guerra. Por otro lado, esperaba que el mantenimiento del rumbo político actual pudiera conducir a una solución satisfactoria de la cuestión del desarme, lo cual, junto con el vencimiento de la crisis económica, posiblemente podría tener como consecuencia que el número de los partidarios de Hitler, tan aumentado por las circunstancias actuales, disminuiría automáticamente. Brüning trató por eso de conseguir la suspensión del pago de las cuotas de reparaciones y el reconocimiento moral de la igualdad de derechos de Alemania en el orden militar, para el caso de que las negociaciones sobre el desarme fracasaran; sin embargo, tuvo que luchar con enormes dificultades en el campo de la política interior, debido al aumento enorme del número de desocupados y las grandes disminuciones en todos los sueldos y salarios, aun cuando en el campo de la política exterior parecía conseguir éxitos inminentes. En cuanto a su tentativa de lograr un éxito mediante el anuncio de la unión aduanera de Austria con Alemania, fracasó debido a la preparación diplomática insuficiente y la irreductible desconfianza de la política francesa, tan corta de vista.

Debido a la rivalidad creciente entre el «Casco de Acero» y la SA, se efectuó en otoño de 1931 una entrevista entre los dirigentes del «Casco de Acero» (Seldte y el ex teniente coronel Dusterberg) y el canciller Wagner con Hitler. En esta entrevista Hitler declaró: «Si llego ahora al poder, llamaré al ministro de Guerra y le preguntaré: «¿Cuánto cuesta el rearme total? Y si pide 20.000, 40.000, 60.000 o hasta 100.000 millones, los tendrá sin más y entonces Alemania se armará, se armará — se armará hasta que quedemos listos y entonces, entonces...» Dusterberg le interrumpió diciendo: «Entonces otra vez todo el mundo contra Alemania, usted tendrá la Segunda Guerra Mundial que perderá de la misma manera que hemos perdido la primera.» Hitler replicó: «Haré fusilar a cualquiera que hable del rearme.» Dusterberg trató de interrumpirlo nuevamente pero Hitler gritaba «Fusilar, fusilar...» Entonces los dirigentes del «Casco de Acero»

abandonaron la reunión, teniendo Dösterberg sus serias dudas si no se había entrevistado con un hombre desequilibrado. Un año más tarde el presidente del senado de Dantzig, Hermann Rauschning, en aquel entonces todavía un partidario del nuevo movimiento, aunque como conservador estaba luchando con graves dudas, escuchó a Hitler en su casa de campo de Obersalzberg, mientras estaba tomando el té, cómo se desató frente a sus confidentes en manifestaciones desenfrenadas sobre la guerra de desquite que pensaba conducir una vez llegara al poder. Destacó especialmente que él mismo conduciría esta guerra, para lo cual no necesitaba generales. Dijo que Alemania nunca más capitularía y que si la guerra se perdía, arrastraría consigo en el derrumbe a todo el mundo. Inmediatamente después musitó el motivo musical del incendio mundial de la ópera *El crepúsculo de los dioses*. Por de pronto nadie estaba por decir si tales manifestaciones se basaban en concepciones sólidas o si eran palabras producidas por su viva fantasía y la emoción de un momento fugaz.

XI

Rápidamente la situación se complicó aún más. En el mismo otoño de 1931, cuando realizó la entrevista mencionada anteriormente, el Partido Nacional Popular Alemán, en una reunión en Bad Harzburg, concertó una alianza con Hitler, a pesar de todas las objeciones. Seeckt y varios príncipes de Prusia presenciaron esta reunión. Grandes industriales como Thyssen empezaron a ayudar financieramente al movimiento hitlerista. La miseria económica general hacía no sólo que aumentara continuamente el número de los partidarios de Hitler sino también el de los comunistas. En las calles de las grandes ciudades los miembros de la SA y de la «Asociación de ex combatientes rojos» luchaban entre sí en forma cada vez más abierta, desarrollándose así una guerra civil latente. A pesar de las buenas relaciones del Ejército alemán y el Ejército rojo, que continuaban inalteradas, la propaganda revolucionaria comunista era forzada de día en día. Al parecer, el Estado estaba desmembrándose en dos grandes campamentos, ambos formados por masas desesperadas. En el otoño de 1931 Brüning deliberó con Schleicher, Hammerstein-Equord y algunos miembros del Partido Socialdemócrata sobre las posibilidades de un proceder enérgico contra los nacionalsocialistas. Schleicher tomó contacto con el mayor Mayr, ex oficial del ejército, que se había incorporado a los dirigentes del «Estandarte del Reich» (*). Hammerstein-Equord estaba convencido de que era necesario apoyarse ahora en todos los círculos republicanos; pero lamentablemente éstos estaban dominados por una gran desconfianza contra cualquier general, sin tener en cuenta la forma de pensar del mismo. De todos modos Schleicher y Hammerstein-Equord informaron también a Hindenburg, por intermedio del general Von dem Bussche-Ippenburg, que

(*) Organización parecida al «Casco de Acero» pero de tendencia socialdemócrata.

era indispensable proceder ahora, junto con los sindicatos obreros, a detener la radicalización creciente. Pero Hindenburg no estaba dispuesto a realizar una acción unilateral contra el radicalismo derechista; según su opinión, una prohibición del Partido Nacionalsocialista debía ser acompañada por otra simultánea del Partido Comunista. Hindenburg sufrió por desgracia por primera vez durante este otoño fatal un colapso psíquico, debido al cual empezó a tener desde entonces, según los relatos de Brüning, en forma alterada, períodos de apatía mental con fases de la anterior claridad y vigor espirituales. Antes, cuando fué elegido presidente, había dicho a Luther, en aquel entonces canciller, que esperaba no tener que quedar en este puesto hasta que «chocheara», cosa que en aquel entonces no se podía observar. Ahora se había producido una situación en que el anciano general representaba el último baluarte contra el nuevo fanatismo nacional de Hitler y no había más remedio que aferrarse a él.

Si bien las perspectivas en el campo de la política interior eran sombrías, los esfuerzos tenaces de Brüning en la política exterior parecían tener éxito. Para el caso que fuera reconocida la igualdad de derechos militares de Alemania, Brüning esbozó con Schleicher el plan de transformar el ejército según el ejemplo de la milicia suiza, renunciando en él a las armas pesadas ofensivas. Este viejo concepto correspondía al programa del Partido Socialdemócrata; las negociaciones con el ex mayor Mayr se encontraban en el mismo plano y el jefe del «Estandarte del Reich». Hoeltermann, apoyaba también la idea de constituir una milicia. Con esto Schleicher tomó un rumbo directamente opuesto al Estado Mayor, pues esta conducta era sobre todo peligrosa para su propia posición, dado que se había acostumbrado a tratar con el ejército como si fuera su instrumento y como si no tuviera una voluntad propia, sin hacer jamás la tentativa de tomar contacto personal con las tropas, en la forma como Seeckt lo había hecho tan cuidadosamente. La idea de formar una milicia, que fué discutida en 1932 también en la literatura militar, fué rechazada decididamente en el Departamento de Tropas por los partidarios de Seeckt. En el *Militär Wochenblatt* apareció un artículo anónimo referente a los peligros que corrían los ejércitos de millones cuando pasaban a depender de la acción de las masas. En el artículo se decía que en la guerra de 1813 a 1814, de 1864 a 1866 y de 1870 a 1871 la victoria había sido conseguida siempre por el ejército regular y que en la guerra de 1914 a 1918 se había demostrado que tanto el capitalismo como el marxismo representaban ideas destructivas.

Por eso la Dirección del Ejército apoyaba con pocas ganas las tentativas, aumentadas desde 1932, de fomentar fuera del marco del ejército, la instrucción militar en «campamentos», organizados por los partidos políticos o el servicio de trabajo voluntario. Si bien el Gobierno nombró como director del consejo creado por el Reich para educación de la juventud a un oficial del ejército, el general retirado Edwin von Stülpnagel, el servicio de trabajo voluntario organizado tanto por el «Casco de Acero» como por la SA, quedó muy substraído el control del ejército. La instrucción que recibían los jóvenes reunidos en estas organizaciones frecuentemente no correspondían a las exigencias de los militares profesionales.

Gayl, un excelente especialista en asuntos administrativos, defendió la tesis de mantener una estricta defensiva frente al Partido Nacional-socialista. El nuevo ministro de Relaciones Exteriores, el barón Constantino von Neurath, hasta 1918 jefe del Gabinete del rey Guillermo II de Wurtemberg y finalmente embajador alemán en Roma y Londres, se mantuvo más o menos neutral frente a este problema. Schleicher mismo siguió un curso vacilante. Por de pronto estaba dispuesto a apoyar la tesis del ministro del Interior. La causa de su irresolución era la preocupación constante de que Polonia pudiera aprovechar las dificultades internas del Reich, que paralizaban las fuerzas del ejército, para efectuar golpes de mano en el campo de la política exterior. A esto se agregaron otras preocupaciones referentes a un posible distanciamiento entre el ejército y el pueblo, y finalmente el problema de orden técnico-militar si las fuerzas del ejército eran suficientes para rechazar no solamente un golpe de Estado derechista, sino también un pronunciamiento izquierdista. Había siempre el peligro de que en caso de una intervención contra los nacional-socialistas, los comunistas por su parte iniciarán una sublevación. Fuera del ejército, sólo podía contarse en tal caso con seguridad, a lo sumo, con las fuerzas de la policía militarizada, unos 60.000 hombres instruidos en los métodos de la guerra civil, que disponían de un cierto número de automóviles blindados. El jefe de la Dirección del Ejército, el barón Von Hammerstein-Equord, mantuvo su conducta estrictamente adversa frente al nacional-socialismo, pronunciando en la crítica final de las maniobras de la 2.ª División de Infantería en Mecklenburgo palabras severas contra el mismo.

El primer golpe que Papen efectuó fue la eliminación del Gobierno socialdemócrata de Prusia, acusándolo de haber buscado contacto con los círculos comunistas. Efectivamente, Schleicher había recibido informaciones al respecto. Por tal causa fue proclamado el estado de sitio en la 3.ª Región Militar, encargándose al general Von Rundstedt del poder ejecutivo; el Gobierno prusiano fue separado de sus funciones por un capítan del 9.º Regimiento de Infantería acompañado por algunos soldados. Schleicher aprobó esta acción, temiendo que en el caso de una eventual transformación de ese Gobierno, la fuerte fracción nacional-socialista del Parlamento prusiano pudiera ganar influencia sobre la política prusiana.

En el otoño de 1932 se realizó, además, un cambio apreciable entre los comandantes superiores del ejército en Berlín. El general Hasse se retiró del servicio. Rundstedt fue nombrado comandante de la Agrupación núm. 1 y Fritsch comandante de la 3.ª División de Infantería. Schleicher hizo pasar al retiro a varios generales, de los cuales sospechaba que eran partidarios del nacional-socialismo, pero no se atrevió a tocar ni a Blomberg ni a Reichenau. El rumbo que siguió Schleicher en adelante fue vacilante, siendo la situación de conjunto confusa y difícil en el futuro para los dirigentes militares. Por un lado, se ofrecía la posibilidad de cooperar con el partido de las masas, que mostraba notables simpatías por los asuntos militares, si bien sus exigencias totalitarias eran inquietas

miento precipitado e inoportuno, seguido pronto por el nacimiento de un niño. La caída de Groener puso en duda también la posición de Brüning, el que perdió definitivamente la confianza de Hindenburg; al esbozar un plan de colonización para las posesiones de los terratenientes en los deudados del Este, que económicamente no daban ya resultado. En los círculos de la nobleza radicada en el Este se mostraban señales inequívocas de una decadencia inminente. La crisis agraria, que desde los días del canciller Caprivi nunca había desaparecido por completo, había llegado a una nueva fase peligrosa. Para ayudar a la agricultura en el Este, el Gobierno del Reich había empleado medios financieros bajo el nombre de «Ayuda del Este»; pero muchos miembros de las viejas familias prusianas habían malgastado las sumas que recibieron o las emplearon para comprar nuevas propiedades, en lugar de sanear las existentes. El chambelán de la corte, Von Oldenburg, confesó esto con gran franqueza en sus memorias, diciendo que «el gato no deja de robar» y que por eso también él, al recibir la «Ayuda del Este», se había comprado nuevas propiedades. Este hombre pertenecía a los amigos más íntimos de Hindenburg y, según la confesión de éste, era una de las personas que le exigía continuamente que estableciera una dictadura. De tal modo, cuando Hindenburg acusó a Brüning de que quería emplear «métodos bolcheviques» para solucionar el problema agrario, éste renunció. En cierto sentido la nobleza del Este estaba actuando ahora como en una especie de pánico antes del derrumbe, presintiendo, quizás inconscientemente, que en esta región ya estaba minada profundamente la base vital no solamente de los terratenientes alemanes, sino también del pueblo alemán en general, debido al aumento de la población eslava.

La idea de constituir un gabinete autoritario formado por conservadores, en su mayoría con nombres altisonantes, correspondía precisamente a la ideología de esta nobleza, cuya posición social se había hecho tan insegura. Schleicher presentó como nuevo candidato al ex mayor de Estado Mayor Francisco von Papen, que pertenecía al ala derecha del Partido Católico y disponía, además, de buenas relaciones en los círculos franceses debido a su esposa, hija de un gran industrial del Sarre. Schleicher llamó telefónicamente a Papen a su casa de campo del oeste de Alemania, comunicándole su nombramiento como canciller con las palabras clásicas siguientes: «Estamos buscando a un canceller, el presidente del Reich quisiera tenerlo a usted.»

En el nuevo gabinete Schleicher se hizo cargo del Ministerio de Defensa, mientras que el coronel Von Bredow fue nombrado jefe del Departamento Ministerial. El Gabinete, sin embargo, desde un principio no estaba de acuerdo respecto a la cuestión decisiva, o sea, la solución del problema nacional-socialista. Los nuevos ministros de Finanzas, de Justicia y de Agricultura, el conde Schwerin von Krosigk, doctor Gütner y el barón Von Braun, al igual que Papen mismo, estaban convencidos de que había que encontrar un camino para permitir la colaboración práctica de los nacional-socialistas, hasta entregándoles algunas carreteras de ministros. En realidad, solamente el ministro del Interior, el barón Von

tales; por otro lado, debía reconocerse el derrumbe completo de los conservadores prusianos y la existencia de millones de desocupados, así como de un Partido Comunista que poseía seis millones de electores. La violencia de las batallas callejeras entre los partidarios de Hitler y sus oponentes aumentaba continuamente, produciéndose en muchos lugares cuadros de la guerra civil. Según las declaraciones posteriores del coronel general Jodl, como acusado ante el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, el Departamento de Tropas se ocupó en 1932 exclusivamente de la preparación de planes para el empleo de las tropas en el caso de un conflicto interno. Tales situaciones eran estudiadas también en juegos de guerra.

En agosto el viejo Hindenburg recibió a Hitler y después de haber escuchado sus exposiciones ampulosas, trató de explicarle en forma categórica que debía evitarse en cualquier forma el peligro de complicaciones exteriores y que la participación en el gobierno que Hitler exigía, sólo se realizaba bajo la condición de que éste se adaptara a un gobierno de coalición con tendencias derechistas. Hitler rechazó esta demanda, porque estaba convencido de que, siendo su partido numéricamente ya el segundo en el Reich, finalmente llegaría al Poder. En el otoño, Papen, con su «gabinete de barones», como la prensa nacionalsocialista denominaba al Gobierno, se vio abandonado por todos los partidos, con excepción de los pocos miembros del Partido Nacional Popular Alemán, los partidarios de Hugenberg. El Parlamento fue disuelto. Si bien en las nuevas elecciones el número de electores del Partido Nacionalsocialista quedó disminuido, en esencia la situación no había cambiado. Papen reconoció ahora que no quedaba más que un solo recurso, el de gobernar sin el apoyo de los partidos políticos y de efectuar una reforma de la Constitución. Pero tal solución involucraba el riesgo de una guerra civil y la lucha por lo menos contra los nacionalsocialistas, quizá también contra los comunistas y los sindicatos de los obreros. Ni Schleicher ni Hammerstein-Eggenord querían reconocer, sin embargo, que había aún una tercera solución.

Schleicher propuso ahora una nueva idea, que se basaba en parte en su aversión personal contra Hitler y en parte en la intención de atraer los elementos valiosos del nuevo movimiento. En la conducción del Partido Nacionalsocialista, este gremio de individuos mas o menos deserritados, podían diferenciarse tres grupos distintos: los adictos inmediatos de Hitler; la camarilla de los mercenarios y miembros anteriores de los cuerpos de voluntarios, encabezados por el jefe de la plana mayor de la SA Röhm, que se burlaba del «Adolfo legal», porque Hitler se negaba a efectuar una solución violenta y, finalmente, el grupo de los verdaderos socialistas nacionales agrupados alrededor de Gregorio Strasser. Las tensiones dentro de la conducción del partido habían aumentado desde que Hitler había sido vencido en las elecciones de presidente del Reich y desde que había aceptado sin resistencia la prohibición de la SA. Strasser sospechaba, además, que Hitler no se interesaba tanto por la doctrina socialista como por su poder personal. Schleicher resolvió ahora

aprovechar estas dificultades, buscando atraerse a los partidarios de Strasser y con ellos a la masa de los obreros partidarios de Hitler, así como a los elementos simpatizantes del ejército. Con la ayuda de Strasser y de los representantes de los sindicatos socialdemócratas y cristianos quiso constituir un nuevo gobierno sobre la base amplia de las masas. Indudablemente fue este plan el más importante que el «jefe de Estado Mayor político» jamás había concebido.

Por este motivo Schleicher negó intencionalmente su cooperación, cuando a fines de noviembre Papen quiso iniciar la lucha contra el Partido Nacionalsocialista, declarando que, desde el punto de vista militar, el ejército no estaba en condiciones de arriesgar una guerra civil simultánea contra la derecha y la izquierda, por no estar suficientemente motorizado. Hindenburg mismo estaba en duda si una reforma de la Constitución, como Papen la exigía—sin poseer un mandato del pueblo al respecto—no representaba una violación de la Constitución existente, jurada por él mismo; el viejo hombre temía los horrores de una guerra civil. En una huelga de los obreros de transporte en Berlín los nacionalsocialistas y los comunistas ya habían cooperado entre sí. Según las declaraciones de Meißner, en aquel entonces secretario de Estado de la cancillería, Schleicher era considerado por todos como el salvador en esta situación.

Papen dimitió, manteniendo, sin embargo, una oficina en la cancillería como consejero extraoficial del presidente. El 1 de diciembre de 1932, el teniente general Von Schleicher fue nombrado canceller del Reich, con lo cual quedó reunido ahora en manos del hombre más destacado del ejército todo el Poder.

XIII

Schleicher esbozó ahora un nuevo programa amplio, proyectando en la política exterior el reforzamiento de las relaciones con el Gobierno soviético y en la política interior amplias medidas para solucionar la desocupación, entre ellas una colonización y el aumento de los efectivos del ejército sobre la base de una milicia. Como jefe de su oficina de informaciones Schleicher eligió a uno de los jóvenes oficiales de Estado Mayor más capaces, el teniente coronel Erich Marcks, hijo del renombrado historiador, a quien había conocido en el anterior Comando en Jefe del Ejército. En una carta dirigida al presidente del Reich con motivo de realizarse la instrucción militar de la juventud alemana al estilo de una milicia. En la editorial militar de Mittler se publicó un folleto anónimo titulado *El futuro milicia alemana*, que proponía una nueva organización militar, constituida por una instrucción premilitar de la juventud, la introducción de un servicio de trabajo obligatorio, una instrucción de seis meses para los reclutas y ejercicios de repetición anuales.

Los planes de organización de una milicia aumentaron la desconfianza contra Schleicher en los círculos de los generales; por otra parte, los planes de colonización reanudaron la desconfianza de la nobleza del Este, que, con la cortedad de vista típica de las clases sociales decadentes, pensaba siempre que podía salvar aún todo y que por eso finalmente debía perder todo. Con orgullo Schleicher se calificaba a sí mismo como un «general social»; Hammerstein-Equord, que lo seguía incondicionalmente en este curso, desde hacía tiempo era denominado ya el «general rojo». Todo dependía ahora de la pregunta si ambos generales reformadores conseguirían la adhesión de las masas. Schleicher negociaba febrilmente en todas partes, hablando con Gregor Strasser y sus partidarios, con los líderes del Partido Nacional Popular Alemán, del Partido Popular Alemán y del Partido Católico, el consejero privado Hugenberg, el doctor Eduardo Dingeldey y el prelado Kaas y con los líderes de los sindicatos cristianos y socialdemócrata, Adam Stegerwald y Guillermo Leipart. Pero para estas negociaciones se necesitaba tiempo y esto precisamente era lo que faltaba. Además, los dirigentes del Partido Socialdemócrata cometieron un grave error al negarse a tratar con un «general reaccionario». Hombres prudentes como Noske, que de ningún modo consideraba a Schleicher como un estadista ideal, pero que reconocía que este momento era la última posibilidad de salvar la situación, quedaron consternados ante esta conducta, pero no la pudieron remediar. En esta forma el momento oportuno se escurrió de las manos del «canciller del ejército», demostrando, además, que Schleicher había apreciado en forma exagerada la influencia de Gregor Strasser en el Partido Nacional-socialista. A mediados de enero se vió claramente que el plan de Schleicher de romper la unión del Partido Nacionalsocialista era una utopía. La personalidad demoníaca de Hitler era más fuerte.

Mientras tanto, Papen apoyaba nuevamente la idea de constituir un gabinete de coalición; por intermedio del banquero Von Schroeder de Colonia había tenido una entrevista con Hitler. Los nacionalsocialistas lograron además que el hijo y ayudante del presidente del Reich, el coronel Oscar von Hindenburg, hasta entonces uno de los adversarios más decididos de la idea de que Hitler fuera canciller, tuviera una entrevista con éste, que se realizó sin la presencia de otras personas, en la casa del asesor de política exterior del Partido Nacionalsocialista, Joaquín von Ribbentrop. También el viejo chambelán de la corte, Von Oldenburg, apoyaba la idea de Papen de que era posible «encuadrar» a Hitler en un gobierno de coalición por hombres conservadores de confianza. A fines de enero, después de haber reconocido que todos sus planes habían fracasado, Schleicher se decidió a entablar la lucha. Hammerstein-Equord estaba dispuesto a empeñar el ejército contra los nacionalsocialistas. Schleicher visitó a Hindenburg, exigiendo de él los poderes necesarios para continuar su gobierno mediante el estado de sitio. Hindenburg se hallaba impresionado por el peligro de un escándalo inminente, que amenazaba a la nobleza radicada en el este, dado que el Parlamento exigía la rendición de cuentas sobre el empleo de los fondos para la «Ayuda del Este».

Cuando exigió a Schleicher que «metiera en razón» al Parlamento, porque de otra manera sería «ensuciado» el prestigio de muchas familias viejas prusianas, Schleicher le contestó que esto sólo podría efectuarse mediante un golpe de Estado, que exigía también por otras razones. Pero Hindenburg temía que en tal caso fuera acusado ante el Tribunal Supremo del Reich por los nacionalsocialistas de haber violado la Constitución; ya durante la eliminación del Gobierno prusiano ese partido había amenazado con lo mismo. Hindenburg no pudo decidirse a tomar una medida tan grave, apreciada por Schleicher ahora como inevitable, aunque hacía apenas ocho semanas había hablado en forma completamente diferente. También Hammerstein-Equord visitó al viejo presidente del Reich para explicarle las consecuencias peligrosas que se producirían si Hitler llegaba al Poder. Hindenburg le contestó enojado que no deseaba tener generales políticos y que Hammerstein-Equord se ocupara de la preparación de las maniobras de otoño.

En ese momento Papen presentó su idea de un «gobierno nacional» con Hitler como canciller, él mismo como vicescanciller y primer ministro de Prusia, cuyo carácter conservador debía ser asegurado por el hecho de que los puestos de ministros de Relaciones Exteriores, de Defensa, de Finanzas y de Economía serían ocupados por conservadores. Hindenburg ahora abandonó su resistencia y el 28 de enero Schleicher dimitió, continuando en sus funciones hasta que fuera nombrado su sucesor. Con esto terminaba la intervención del ejército en los problemas de gobierno y sociales, al igual que habían terminado sin resultado todas las tentativas anteriores de hacer una política militar, la dictadura silenciosa de Ludendorff y el fracasado golpe de Estado de Kapp y Lüttwitz.

Los candidatos principales de Papen eran: Neurath como ministro de Relaciones Exteriores, el general Von Blomberg como ministro de Defensa; Hugenberg como ministro de Economía; el conde Schwein von Krosigk como ministro de Finanzas (que ya en el gobierno de Schleicher había ocupado este puesto) y Gürtner como ministro de Justicia. Hindenburg conocía bien a todos estos hombres. Papen quiso ofrecer también a Düstenberg un puesto en el nuevo Gabinete, pero éste rechazó el ofrecimiento. El 30 de enero el nuevo Gabinete debía prestar juramento ante el presidente del Reich. Blomberg, que mientras tanto había regresado a su puesto como comandante de la 1.ª Región Militar en Königsberg, fué llamado a Berlín. Aparentemente, Schleicher y Hammerstein-Equord creían que existía aún una última posibilidad de ganar la ayuda de Blomberg y de expresar al presidente del Reich por intermedio de él que el ejército no aceptaría el nuevo Gobierno encabezado por Hitler. Schleicher mandó a su ayudante, el capitán Noeldechen, a la estación ferroviaria con la orden de que Blomberg se presentara primero a él.

Mientras tanto, Papen deliberaba febrilmente en la cancillería con Hitler y Hugenberg sobre la formación del nuevo gabinete. Estaban presentes también Düstenberg y el ex capitán de aviación Goering, que debía encargarse del Ministerio del Interior de Prusia y de una futura comisaría del Reich para la aviación. Según el relato de Düstenberg, Pa-

pen ejercía cierta presión con la amenaza de que el gabinete debía estar formado a las once horas, porque de lo contrario marcharía el ejército bajo Schleicher y Hammerstein-Equord. Dusterberg preguntó a Papen de qué fuente había obtenido esta versión y Papen le contestó que se lo había dicho el hijo de Hindenburg. Entonces Dusterberg visitó a éste, encontrando colocado un centinela militar delante de la puerta de su oficina; estaba muy excitado y dijo a Dusterberg que debía recibir a Blomberg en la estación ferroviaria agregando que «ya le pagaría el traidor Schleicher». Al parecer, temía efectivamente que el canciller y ministro de Defensa caído emprendiera una acción contraria, pues hasta entonces había creído que Schleicher estaba de acuerdo con la idea de Papen de «encuadrar» a Hitler. Cuando Blomberg llegó a Berlín, encontró en la estación ferroviaria tanto al capitán Noeldechen como a Oscar von Hindenburg. Aunque era costumbre presentarse primero al superior militar inmediato, en este caso el jefe de la Dirección del Ejército, Blomberg se dirigió directamente al domicilio de Hindenburg, su comandante supremo. Schleicher perdió así la última batalla.

El 30 de enero, a las 11,15 horas, el nuevo canciller del Reich, Adolfo Hitler, hijo de un guarda aduanero austriaco y nieto de un vagabundo, que recién en 1931 había adquirido formalmente la nacionalidad alemana, se dirigió al despacho del presidente del Reich con sus ministros conservadores para prestar juramento.

Poco más tarde, en una reunión social, Papen, convencido de que había obtenido un triunfo, expresó que era un error la creencia de que Hitler había llegado al Poder. Dijo en tal sentido a una persona: «Usted está equivocado, lo hemos contratado para nuestros fines.» Según las declaraciones posteriores de Jodl en Nuremberg, en aquel entonces mayor en el Departamento de Tropas, éste había tenido la impresión de que se había realizado una revolución, pero que se calmaba con la idea de que el venerable mariscal de la Gran Guerra la había aprobado. En su libro *Hombres del caos* el presidente del Senado de Dantzig, Hermann Rauschning, cuenta que en aquellos días encontró en una calle de Berlín a un jefe del Ministerio de Defensa, cuyo nombre no indica, quien estuvo con él en el Real Cuerpo de Aspirantes a Oficial. Este hombre le preguntó en forma cínica, si también él, Rauschning, se había entregado al «Gran Manitú» (*). Agregó que se necesitaba tal tipo de «domador de leones» o «director del circo» que hiciera chasquear el látigo para dominar las masas. Continuó diciendo que no era misión del ejército proteger a los reaccionarios y que la revolución exigía que uno siguiera la corriente, al igual que en la instrucción de natación, cuando el profesor ordenaba tirarse de cabeza. Finalmente preguntó si Rauschning no estaba convencido también de que se había elegido el hombre adecuado para ese fin.

(*) Expresión de los indios norteamericanos respecto a un personaje misterioso e incomprensible. (N. del T.)



Günther Blumentritt



Von Kluge

Von Stülpnagel
Comandante de las Fuerzas de Ocupación en Francia



General Ludwig Beck



CAPÍTULO XI

UNA COMPANIA DIFÍCIL

El general Luis Beck. — Reichenau

I

Los sucesos más notables del primer año de la dictadura nacionalsocialista fueron: el incendio del Parlamento; la eliminación de la oposición izquierdista; la ley que otorgó al Gobierno poderes extraordinarios; la ceremonia de Potsdam, en la cual el nuevo régimen fué entronizado solemnemente, queriendo reconciliar al parecer en este acto la modalidad prusiana con la revolución; la creación de la policía secreta del Estado (*); la eliminación y autodisolución de los partidos anteriores; la firme consolidación del partido único y la separación del país de la Liga de las Naciones. Muy pronto se confirmó la vieja ley de que toda revolución posee un poder dinámico mayor que la idea conservadora opositora. Después de un año Hugenberg y su «Partido Nacional Popular Alemán», habían perdido toda influencia y Papen había sido reemplazado como primer ministro de Prusia por Goering. En el círculo de sus confidentes Hitler expresó que los reaccionarios deberían estar contentos de que no los hiciera fusilar sencillamente, como habían procedido en Rusia.

Dentro de este cuadro se desarrolló también la historia del Comando en Jefe del Ejército y del Estado Mayor, proyectada sobre un fondo de colores rojos producidos por las llamas del Parlamento, que Goering hizo incendiar con el pretexto de que se trataba de un atentado de los comunistas, a fin de asustar a la burguesía y obtener así la excusa para prohi-

(*) Se trata de la Gestapo, en lo sucesivo se la citará de esta forma. (N. del T.)

bir el Partido Comunista. La gran mayoría del cuerpo de oficiales, por de pronto, tuvo la impresión de que «la cuestión parda» (*) no les interesaba mayormente, aunque por otro lado veían con satisfacción la perspectiva del restablecimiento probable de la soberanía militar. Los generales, que en su mayor parte apreciaban la revolución como un «levantamiento nacional», la habían aprobado; pero esto de ningún modo significaba que el ejército abandonaría su tradicional posición particular. Lo que se realizaba a la vista del jefe de la Dirección del Ejército y del jefe del Departamento de Tropas, efectivamente era una revolución, un fenómeno extraordinario, pues en todas partes y en todas las clases del pueblo se veían ejemplos de verdadera abnegación y de sincero entusiasmo. En las grandes masas, los elementos amantes del orden eran precisamente los que saludaban el aparente renacimiento de las virtudes típicamente alemanas, es decir, el orden y la disciplina. Con maestría Hitler supo inspirar al pueblo alemán, que casi había perdido toda esperanza y estaba hambriento de ilusiones, nuevas esperanzas e ilusiones, procurándose así un caudal de amor y de respeto que le aseguró una enorme popularidad. El prestigio que adquirió de este modo en las masas populares fué uno de los elementos decisivos de la política que habría de seguir más tarde con respecto al ejército.

Con el nombramiento del teniente general Werner von Blomberg como ministro de Defensa, se inició una nueva fase en la evolución del Ministerio de Defensa, que logró un poder tan grande como nunca lo había poseído antes el Ministerio de Guerra en la historia prusiano-alemana. Blomberg llamó a Berlín al jefe de su Estado Mayor de Prusia oriental, el coronel Walter von Reichenau, que fué nombrado jefe del Departamento Ministerial, ascendiendo simultáneamente, al grado de general. Schleicher había renunciado y junto con él también su colaborador más íntimo, el general Von Bredow. Reichenau, hijo de un general muy conocido como experto de balística, fué inicialmente oficial de artillería en la Guardia Imperial y durante la guerra oficial del Estado Mayor. Era un hombre dotado de una ambición napoleónica e íntimamente también estaba convencido de que poseía un talento napoleónico. En su personalidad había algo de la modalidad brillante y rígida de Waldersee. Con su cara aristocrática, cuya distinción aumentaba el monóculo, representaba probablemente para los dirigentes del Partido Nacionalsocialista, en su gran mayoría descendiente de la clase baja de la burguesía, el típico noble de estilo antiguo. Pero, en realidad, poseía una notable aptitud para entender los factores del tiempo moderno — la técnica y las masas — y admiraba a Hitler como el hombre que sabía manejar estos factores, haciendo posible así que pudieran ser empleados a los fines militares. En lo concerniente al Partido mismo y a la SA, opinaba, sin embargo, que ante todo era necesario enseñar disciplina a «los pardos».

Pero Reichenau no era todavía jefe de la Dirección del Ejército, pues-

(*) Se refiere a la organización SA, cuyas camisas eran pardas. En realidad se refiere aquí a todo el Partido Nacionalsocialista. (N. del T.)

to al que aspiraba, porque éste se hallaba aún ocupado por Hammerstein-Equord, cuyos amigos políticos anteriores, Schleicher, Brüning y los líderes socialdemócratas, estaban proscriptos y en parte también detenidos. Aparentemente Reichenau sintió la necesidad de reconocer primero el terreno; por eso, poco después de la fecha en que Hitler asumió el poder, invitó a éste, a los jefes de departamento del Ministerio de Defensa y a los comandantes de agrupación y de regiones militares a una comida en el Ministerio de Defensa. Hitler se mostró en esta oportunidad muy moderado, expresando en un discurso extenso su veneración personal para Hindenburg y su voluntad de mantener la paz con Inglaterra. La mayoría de los generales tuvieron la impresión de que era posible cooperar con este hombre y que de ningún modo perseguía planes extravagantes en el campo de la política exterior, como se le había reprochado tantas veces. En muchos quedó latente, sin embargo, un cierto escepticismo; el general Von Leeb expresó esto más tarde con las palabras siguientes: que había pensado que un comerciante cuya mercadería era buena no tenía necesidad de pregonarla en forma tan ruidosa y con tanta charla.

II

En seguida comenzaron varias innovaciones revolucionarias, que pronto debían aumentar en intensidad. El Departamento de Tropas recibió la orden de preparar la organización de paz del ejército aumentándolo a 21 divisiones, proyectadas hasta entonces sólo para el caso de una movilización; además, debía iniciarse la formación de una organización de reemplazo y la adquisición de artillería pesada y de tanques.

El primer plan preparado al respecto preveía un ejército de trescientos mil hombres con armas pesadas y fuerzas aéreas, lo que en el fondo correspondía también a las ideas de Seeckt. En julio de 1933 se inició en la fábrica Krupp un programa de fabricación de tanques, bajo la denominación de «tractores de agricultura». Empleando los planes de construcción preparados anteriormente, podían fabricarse hasta el otoño los primeros cinco tanques, seguidos por otros cien hasta la primavera de 1934. Como ensayo se formó el primer batallón de tanques, denominado «Destacamento de Instrucción de Motores». Bajo el mando del general de infantería Jorge Thomas, se organizó una Plana Mayor de Economía Militar (una continuación de la Plana Mayor Económica ya existente) para dirigir todas las medidas de preparación defensiva del ejército, con secciones de economía militar, de armamento, de materias primas y de control de precios, representando este órgano, en cierto sentido, un Estado Mayor económico. Cada comando de región militar recibió agregada una inspección de economía militar, encabezada por un general con el rango de comandante de división. Todavía Alemania era miembro de la Liga de las Naciones y el tratado de Versalles oficialmente aún no estaba derogado,

por más que en las conferencias de desarme ya se había declarado repetidas veces que no era posible mantener las exigencias del tratado referentes al desarme alemán, visto el fracaso de todos los esfuerzos para llegar a un desarme general. Por eso, todas las medidas señaladas anteriormente debieron efectuarse, por de pronto, en forma secreta.

También se inició en seguida la ampliación de las fuerzas aéreas. En el Ministerio de Defensa se formó un Departamento de Aviación; pero pocos meses después fué substraído a la jurisdicción de este ministerio y subordinado a Goering, el nuevo comisario del Reich, para la aviación. Empezó así la organización de la aviación como tercera fuerza armada independiente, dirigida por un hombre que no pertenecía a la clase de los generales anteriores, aunque logró que Hindenburg lo nombrara general de infantería. Los oficiales de Estado Mayor del ejército que habían trabajado en la Central de Aviación del Departamento de Tropas, dirigieron las primeras medidas orgánicas de la nueva arma. Pero a su lado aparecieron otros hombres, que en seguida ascendieron al rango de general como el director de la «Hansa Aérea», Milch; y pronto también se entabló una lucha reñida por la posición de la aviación como tercera fuerza armada. Los ex oficiales de Estado Mayor favorecían en general la idea de constituir una aviación del ejército; los conductores del arma aérea, procedentes de profesiones civiles y en parte ex aviadores de la guerra, que se habían hecho nacionalsocialistas convencidos, exigían la formación de una aviación independiente.

En el grupo de los dirigentes superiores del Partido Nacionalsocialista, Goering, Röhm y Himmler eran «los tres grandes», que en una lucha entre bastidores y cada uno por separado, se esforzaban en crearse una fuerza privada; Goering lo hizo primero, pues, como ministro del Interior de Prusia, aprovechó para este fin la policía militarizada prusiana; Röhm hizo lo mismo con la SA y Himmler con la SS. Pronto se vió que Goering trataba de incluir también a la aviación en este dominio privado suyo.

Para satisfacción de los militares fueron suprimidas ahora varias instituciones de la época republicana, consideradas como extrañas a la modalidad del ejército; así fué suprimida la institución de las personas de confianza, elegidas por los soldados y restablecida la justicia militar, substraendo así el ejército otra vez a la justicia civil. El 1 de abril de 1933 fueron nombrados, además, agregados militares a las embajadas de París, Londres, Roma, Moscú y Washington. En el campo de las ciencias militares, que recibieron un impulso considerable, el ex general Von Cöhenhausen, que se había incorporado a la nueva arma aérea, fundó la «Sociedad Alemana para la Política y Ciencia Militar», eligiendo a propósito como fecha de fundación de la sociedad el 28 de junio de 1933, aniversario de la firma del tratado de Versailles. En esta sociedad se reunió un conjunto de destacados militares, que estudiaron los problemas de la guerra total según los métodos de una ciencia universal, que abarcaba también la psicología militar, la técnica militar, la economía militar,

la geografía militar y la geología militar. Fué en este organismo también donde la doctrina del ex mayor general Haushofer sobre el papel dominante del espacio en la historia y política encontró muchos partidarios.

III

Todas estas innovaciones representaban un cierto peligro para la posición del Estado Mayor, teniendo en cuenta el papel dominante que éste había ocupado antes en la vida militar. Por supuesto, los viejos oficiales de Estado Mayor esperaban que la organización anterior sería restablecida y que aquél volvería a tener los mismos derechos de antes, por lo cual estaban dispuestos a aguantar muchas singularidades del nuevo régimen. Muy lentamente reconocieron, sin embargo, que existía una diferencia fundamental entre el «principio de conducción autoritaria» (*) introducido ahora y el principio del Estado Mayor antiguo, basado en el asesoramiento responsable del conductor. Al considerarse seriamente la reimplantación del servicio militar obligatorio o la constitución de una milicia, se presentó en seguida el problema meramente técnico, de qué modo podría realizarse con el reducido personal disponible, la tarea de instruir a las 14 clases que no habían recibido ninguna instrucción militar. Faltaban para ello, además, hasta los medios financieros, pues en 1933 las maniobras de otoño tuvieron que ser suprimidas por razones de economía. La aviación, cuya organización fué adelantada bajo el impulso fuerte de Goering, sin considerar las necesidades del ejército, subtrajo a éste un gran número de excelentes oficiales de Estado Mayor, como por ejemplo, el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, general Wever, el jefe del Departamento del Personal de las Fuerzas Aéreas, coronel Stumpff, el jefe del Departamento de Administración de las Fuerzas Aéreas, coronel Kesselring, los generales Felmy, Wilberg, Wachenfeld y otros más. Sin embargo, estos oficiales no lograron inspirar al nuevo y muy heterogéneo cuerpo de oficiales que se formó en la aviación, el espíritu tradicional del ejército.

En el grupo de dirigentes de la SA había muchos ex miembros de los cuerpos de voluntarios, eliminados del ejército por el Estado Mayor en los años 1919 y 1920. Este nuevo ejército político, que no quería prestar servicios al Estado sino a una idea — a una doctrina de salvación social e ideológica — contaba con unos 400.000 hombres armados, reunidos en 24 agrupaciones, que correspondían en cierto modo a los cuerpos de ejército. Durante aquellos días en que Hitler llegó al poder, la SA muchas veces fué empleada como policía auxiliar, en cuya tarea desarrolló un régimen de terror de carácter singular. Varios dirigentes de la SA, que en parte eran tipos de mercenarios feroces con antecedentes penales, por

(*) Principio del Führer. (N. del T.)

haber cometido asesinatos dispuesto por los tribunales secretos ilegales y en parte relacionados entre sí por la infeliz pasión homosexual, como Röhm mismo, Carlos Ernst en Berlín, Edmundo Heine en Breslau y Juan von Heydebreck en Stettin, organizaron para su uso las llamadas «guardias de plana mayor» y empezaron a gobernar por su propia cuenta. Röhm organizó unidades de caballería, de aviación, de zapadores y de comunicaciones. El «Casco de Acero», considerado hasta entonces en cierto modo como una organización de reserva del ejército, fué destruído metódicamente por su tendencia conservadora y quedó subordinado al comando de la SA. El jefe del «Casco de Acero», Seldte, que había sido nombrado ministro de Trabajo, transigió con esto. El segundo jefe, Dusterberg, que protestó desesperado ante Blomberg y Reichenau contra la subordinación de los ex combatientes a un pederasta, recibió como contestación que tales cosas ahora no eran de importancia y que solamente un jefe anticuado podía sentirse escandalizado por esto.

Había en todo esto muchas analogías con los primeros años del gobierno de Mussolini en Italia. También los «squadristi» fascistas, las tropas de asalto del nuevo movimiento, combatientes desarraigados y descarriados (formaciones que fueron más tarde el núcleo de la milicia fascista), conducidos por ex oficiales, se habían enfrentado en una oposición hostil a los viejos generales del reinado. Al igual que Goering en Alemania, Balbo había creado como ministro de Aviación fascista una nueva arma aérea, que pronto se puso en oposición al Estado Mayor y exigió para sí la conducción de todas las fuerzas armadas. Al igual que Mussolini, pero en una medida mucho mayor Hitler, dictador de un moderno Estado industrial, poseía una intuición superior para aprovechar totalmente los modernos progresos de la técnica en materia de radio, del automóvil y de la aviación.

Ludendorff había enseñado que el lema de un futuro rearme alemán debía ser no sólo la reimplantación del servicio militar obligatorio sino también la creación de una concepción mundial alemana, de una «ideología alemana». Los miembros de la SA se consideraron como los predestinados a difundir tal ideología, aunque la suya no coincidiera en todo con la de Ludendorff respecto a la supuesta existencia de una conspiración mundial de masones, judíos y jesuitas contra Alemania. Tal proceder llevaba en el fondo a una completa militarización de la política, lo que no es extraño si se recuerda que también Hitler se consideraba un «soldado político». Esta ideología revolucionaria se enfrentaba ahora con la modalidad del oficial, representada por la Dirección del Ejército, que, guardando conscientemente la tradición prusiana y la base cristiana, se apartaba completamente de todas las ideas políticas, fiel a la educación inculcada por Seeckt al cuerpo de oficiales. Éste era el motivo por el cual Seeckt siempre había insistido en forma decidida ante Hitler que él mismo debía «ser Seeckt», lo cual equivalía tanto al mantenimiento de la conducta tradicional del cuerpo de oficiales, como al sostenimiento de los valores conservadores prusianos, desarrollados en una larga educación. Pero a la larga, ningún ejército del mundo puede vivir apartado por com-

pleto de su época y del régimen de gobierno contemporáneo; debe asimilarse a éstos o de lo contrario tratar de modificar el carácter del régimen gubernamental existente.

Aunque los oficiales veían con satisfacción el entusiasmo nacional y las intenciones de restablecer la soberanía en el orden militar, en el fondo se hallaban desconcertados ante el fenómeno de la revolución nacionalista. Hammerstein-Equord trató de restablecer sus relaciones anteriores y empezó a estudiar la situación con Schleicher y Brüning, que se había refugiado en el hospital de Santa Hedvigia de Berlín y vivía allí para protegerse contra las persecuciones de los nacionalsocialistas. Ya en la primavera de 1933 Brüning fué informado sobre un gran plan de acción contra el nuevo régimen, declarando más tarde que fué preparado con forma muy deficiente. Cuando Seeckt supo que Schleicher se deshacía en ataques de rabia y expresiones maliciosas contra los nuevos potentados, opinó melancólicamente que todo esto era un «juego inútil». Pero Hammerstein y Schleicher de ningún modo querían dejar seguir las cosas. Schleicher estaba convencido firmemente de que podría recuperar la confianza del presidente del Reich y que entonces tendría nuevas posibilidades de actuar. El terror del nuevo régimen contra los partidos de la izquierda y los judíos ya había llamado la atención de la publicidad mundial, pero muy pronto fué dirigido también contra los ex aliados de la derecha.

En el ejército el problema era saber cómo pensaban los comandantes de las regiones militares. Rauschning, muy preocupado por el desarrollo de la situación, habló en aquel entonces con el ministro de Defensa mismo y con el general Von Brauchitsch, el sucesor de Blomberg como comandante de la primera Región Militar. Brauchitsch declaró que el rearme exigía que el ejército no fuera molestado con otros asuntos; por eso, una dictadura militar era imposible; además, no debía repetirse nunca el error de Ludendorff de cargar con la responsabilidad total. El ejército debía mantenerse neutral. Ni los viejos sindicatos obreros ni el «Casco de Acero» ni tampoco el Partido Nacional Popular Alemán tenían ya la confianza de las masas, pues estas organizaciones se habían vuelto estériles y por eso el ejército no había estado dispuesto a apoyar ni a Hugenberg ni a Papen. En forma muy semejante se expresó Blomberg, a quien antes había impresionado tanto en la Unión Soviética la conducta del proletariado y sus simpatías por los asuntos militares. En la literatura militar alemana se propagó la idea de una alianza entre la modalidad prusiana y el socialismo, expresado como «la unión del frente de combate y del frente de trabajo», de lo cual resultaba el triunfo del soldado sobre el ciudadano. Frente a semejante ideología, fracasaron todas las tentativas de los militares responsables del Ministerio de Defensa sobre los horrores y medidas de terror que el nuevo régimen cometía contra los judíos y contra todas las personas que pensaban en forma distinta al partido del gobierno. Cuando el secretario de Estado en el Ministerio del Interior prusiano, Heriberto von Bismarck-Lasbeck, de filiación conservadora, visitó a Blomberg con esta intención, éste le contestó que era oficial y que tenía que obedecer. Cuando Bismarck le dijo entonces que no había

venido a hablar con el general sino con el ministro Von Blomberg, que, como tal, tenía también una responsabilidad política según la Constitución, Blomberg golpeó con el puño sobre la mesa y declaró que no admitía tales conversaciones en su oficina.

IV

Hasta entonces todos los planes del Departamento de Tropas se habían basado en la buenas relaciones con la Unión Soviética y en el hecho de que Alemania era miembro de la Liga de las Naciones. Seeckt había advertido constantemente de que se mantuviera libre la espalda. Las viejas preocupaciones respecto a Polonia se vieron confirmadas cuando Pilsudski, en abril de 1933, hizo preguntar en París si Polonia podría contar con la ayuda militar francesa para derribar el régimen hitlerista mediante una guerra preventiva. Pero Francia se negó a esto. En 1933 Seeckt publicó su libro *Alemania entre el este y oeste*, que representaba una advertencia silenciosa. En su opinión el destino militar y político del Reich dependía de las buenas relaciones con Rusia; por otra parte, las relaciones con ésta y China podían producir también ventajas económicas. En 1933 el general Thomas hizo un viaje a Rusia y a su regreso trató de explicar a Hitler la necesidad de mantener buenas relaciones económicas con el este, las cuales eran indispensables para el rearme alemán. Hitler le contestó que todo esto eran «aldeas de Potemkin» (*) y que todo contacto con Rusia sólo podía tener consecuencias destructivas. Al comienzo de 1934 el mariscal Chiang Kai Shek contrató a Seeckt como supremo consejero militar de su país, donde comenzó a organizar las unidades de instrucción chinas. También esto fué observado por Hitler con escepticismo. Cuando el general Thomas propuso a Hitler la intensificación de las relaciones económicas con China, cuyo ejército en aquel entonces era dirigido exclusivamente por consejeros militares alemanes, tuvo que escuchar de él que sólo haría una «política realista». La idea que tenía Hitler de tal política realista se basaba en las impresiones que había recibido durante su juventud en Austria, donde presencié la lucha entre alemanes y eslavos dentro de la monarquía habsburguesa. Desde este punto de vista, los eslavos eran el enemigo número 1 e Inglaterra, Italia y Japón los aliados naturales. Así fué abandonada la amistad política con Rusia y China perseguida hasta entonces por el ejército, aunque el Gobierno soviético se mostraba dispuesto a continuar las buenas relaciones con Alemania, hasta con el Gobierno nacionalsocialista, a pesar de todas las diferencias de opinión de orden ideológico. En noviembre de 1934, en el banquete tradicional que se celebró en Berlín con motivo del aniversario de la revolución de octu-

(*) Son las célebres aldeas teatrales que el favorito Potemkin hizo construir durante el viaje de la emperatriz Catalina por el interior del país para engañarla. (N. del T.)

bre ruso, el ministro de Defensa, general Von Blomberg brindó por última vez por el Ejército rojo en la forma hasta entonces habitual.

Igualmente cambió la política con respecto a la Liga de las Naciones, en la cual se habían basado en parte los planes defensivos del Departamento de Tropas, cuando las negociaciones sobre el desarme fracasaron y cuando se pudo lograr un reconocimiento claro de la igualdad de derechos de Alemania. En el otoño de 1933 Hitler decretó la separación de Alemania de la Liga de las Naciones. Ya en la primavera del mismo año, Blomberg había emitido una orden secreta, según la cual, en caso de que Francia aplicara sanciones contra el nuevo régimen alemán, debía prestarse resistencia militar sin considerar las perspectivas de éxito. Después de la separación de la Liga de las Naciones, se dió al Departamento de Tropas una directiva en el mismo sentido, ordenándole preparar medidas de resistencia en el oeste contra eventuales sanciones francesas, en cuyo caso se pensaba realizar una defensa en la línea del Rin y de la selva Negra; en el este debía defenderse el territorio de Prusia oriental y la línea de los ríos Obra y Netze. Bajo el nombre (de encubrimiento) de «Empresas de Enseñanza» fué preparada, además, la intervención de las tropas de policía, de la protección de ferrocarriles y del servicio aduanero fronterizo, todos bajo la conducción militar, para cubrir las medidas de evacuación en el oeste. Expresamente Blomberg se reservó el derecho de dar su autorización para el empleo de las tropas en cada caso, pues trataba de evitar lo más posible una complicación internacional, en vista de que el ejército en realidad era demasiado débil para ofrecer resistencia en un conflicto serio.

Sin informar de ello a la Dirección del Ejército, Hitler inició, por su parte, negociaciones con Pilsudski, que en enero de 1934 condujeron a un tratado de amistad entre Alemania y Polonia; este pacto, según el concepto de Hitler indudablemente representaba una compensación a la pérdida de la amistad con Rusia. Resultó raro que, precisamente en esta fase, cuando terminaron las viejas relaciones amistosas entre el Ejército alemán y el Ejército rojo, un agente del servicio secreto polaco, el capitán Von Sosnowski, se posesionara de los planes que fijaban la cooperación ruso-alemana en el caso de un ataque polaco. Logró esto con la ayuda de algunas de las secretarías prolijamente elegidas, de descendencia noble, que trabajaban en el Ministerio de Defensa. Los informes que consiguió al parecer eran muy importantes. Pero el momento no era apropiado para hacer revelaciones sensacionales; más bien estos documentos demostraron al Estado Mayor polaco el valor de la amistad que había establecido recientemente con Alemania.

V

Mientras tanto, se realizó en el otoño de 1933 un notable cambio en los puestos superiores del ejército. El teniente general Adam debió abandonar su cargo de jefe del Departamento de Tropas por haber ofrecido resistencia a ciertas medidas nacionalsocialista y fué nombrado comandante de la 7.^a División de Infantería en Munich, cuyo titular anterior, el general Von Leeb, fué nombrado comandante de la Agrupación número 2, en Cassel. Como nuevo jefe del Departamento de Tropas fué nombrado el teniente general Beck, hasta entonces comandante de la 1.^a División de Caballería. Poco después Hindenburg ascendió a Blomberg a coronel general, nombrándolo comandante en jefe de las tres fuerzas armadas. De este modo quedaba reunido ahora en sus manos un poder tan grande como nunca lo había tenido antes un ministro de guerra prusiano, ante todo si se consideraba su posición no sólo desde el punto de vista militar sino también político. También Goering quedó ahora subordinado a Blomberg en su calidad de comandante en jefe de las fuerzas aéreas, aunque no como comisario del Reich para la aviación.

Debido a la complicación de las facultades del Ministerio de Defensa, Blomberg se vió en la necesidad de transformar el anterior Departamento Ministerial en un órgano de dirección y de coordinación, el cual fué colocado jerárquicamente por encima del Departamento de Tropas del ejército, de la Dirección de Guerra Naval de la marina y el Estado Mayor de las fuerzas aéreas, a fin de garantizar una cooperación oportuna entre las tres fuerzas armadas y armonizar sus intereses particulares. Recordando la falta de cooperación operativa entre el Estado Mayor General y el almirantazgo durante la Primera Guerra Mundial, la creación de tal órgano le pareció indispensable. El general Von Reichenau favoreció esta idea, convirtiéndose él mismo así en cierto sentido en el jefe de Estado Mayor de las fuerzas armadas. La denominación del Departamento Ministerial se modificó en «Departamento de Fuerzas Armadas», constituyéndose dentro del mismo una división operativa propia, la llamada «División de Defensa del País», formada por varios oficiales de Estado Mayor del ejército, de la marina y de la aviación. Esta evolución sin precedentes representó en el fondo el comienzo de la decadencia del Estado Mayor. Para hacer una comparación, por ejemplo, con los años 1914 a 1918, de haberse formado este órgano en aquella época, habría tenido que constituirse dentro del anterior Ministerio de Guerra prusiano un Estado Mayor especial, como órgano coordinador entre los comandos en jefe del ejército y de marina, al lado o por encima del Comando en Jefe del Ejército.

En esta situación el teniente general Luis Beck, considerado desde hacía mucho tiempo como uno de los mejores estrategas del ejército, inició sus funciones como jefe del Departamento de Tropas, el 1 de

octubre de 1933. El cargo de jefe del Estado Mayor era ocupado ahora por un hombre que no descendía de las viejas familias prusianas radicadas en el campo, sino de una de las familias de la industria alemana. Su abuelo había sido secretario en el Ministerio de Guerra de Hesse-Darmstadt y la abuela hija de un profesor de medicina en la Universidad de Giessen. De los dos hermanos del padre uno fué oficial de artillería y después pasó a la gendarmería de Hesse-Darmstadt, ascendiendo al rango de general; el otro fué fabricante de máquinas y al mismo tiempo profesor de la Escuela Superior Técnica de Darmstadt. El padre mismo, Luis Beck, fundó en Biebrich, cerca de Wiesbaden, la firma «Luis Beck y Compañía», a la cual perteneció una gran fundición de hierro, la llamada «Herrería del Rin». Además adquirió fama como sabio, pues editó una obra de cinco tomos sobre la historia del hierro. El hijo, nacido en Biebrich en 1880, se inició en la carrera de oficial en el arma de artillería, se incorporó en 1913 al Estado Mayor General y al fin de la guerra, en 1918, era mayor en el comando de grupo de ejército mandado por el príncipe heredero Guillermo, cuyo jefe de Estado Mayor era el general Von der Schulenburg. Beck poseía muchos rasgos de la personalidad de su padre, en el cual se habían reunido — un caso raro en la industria alemana — el talento técnico y la capacidad comercial junto con las virtudes de un hombre sabio. Los retratos del general Beck, que muestran una faz fina y bien perfilada, hacen reconocer sin embargo, algo más, la existencia de una sabiduría filosófica, casi sobrehumana y la actitud de un Séneca frente a un mundo que se derrumba. Con Beck se encargó de la jefatura del Estado Mayor nuevamente un hombre cuya modalidad era muy semejante a la del viejo Moltke; sólo que debió actuar bajo condiciones totalmente distintas.

Moltke había llevado al Estado Mayor a su posición dominante; Beck debió enfrentar el hecho consumado de su decadencia irremediable. El Departamento de Tropas ocupaba en 1933 el cuarto lugar de la jerarquía militar, pues se hallaba subordinado al ministro de Defensa, al jefe del Departamento de Fuerzas Armadas y al jefe de la Dirección del Ejército. Beck se vió frente al conflicto inevitable entre la tradición del Estado Mayor y la modalidad revolucionaria del «soldado político», que había encontrado su expresión militar ante todo en el ambicioso y talentoso jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, el general Von Reichenau. A esto se agregó otro conflicto latente con Goering, que trataba de lograr la primacía de la aviación sobre el ejército. Beck no estaba en condiciones de conducir todas estas luchas en forma directa, dado que el jefe del Departamento de Tropas no poseía ya una posición inmediata (*); sólo podía actuar por intermedio del jefe de la Dirección del Ejército, del cual era el primer consejero. Desde un principio Beck defendió la tesis de que todo conflicto futuro de Alemania tendría que ser una guerra terrestre y que, por eso, el papel decisivo en la misma correspondería al

(*) Posición que permitía antes al jefe de Estado Mayor informar directamente al soberano. (N. del T.)

ejército y a sus tradicionales armas principales, la infantería y la artillería y no al arma blindada, cuyo apóstol era el coronel Guderian, como tampoco al arma aérea, cuya importancia operativa decisiva era destacada por Goering según las ideas del general italiano Douhet. No deja de ser significativo, tanto porque la artillería había llegado a ser la segunda arma en el Ejército alemán después de la guerra 1914 y 1918, como por una especie de camarilla nacida dentro de la oficialidad, que los dos jefes de Estado Mayor y de la Dirección del Ejército durante los años 1934 a 1947, los generales Beck y Halder y Fritsch y Brauchitsch, respectivamente, así como los más destacados oficiales del Departamento de Fuerzas Armadas, Reichenau, Keitel, Jodl y Warlimont, fueran todos oficiales de artillería. Beck de ningún modo estaba convencido del valor del «soldado político» tan apreciado por Blomberg y Reichenau. Tampoco creyó en la necesidad de separarse de la Liga de las Naciones y de romper las relaciones con el Ejército rojo; apreció estos hechos como el comienzo de un aislamiento fatal en el campo de la política exterior.

Pero Reichenau, el gran opositor de Beck en estos primeros años, poseía la simpatía y confianza de Blomberg que, por su parte, se esforzaba en reunir en sus manos todo el poder de mando sobre el ejército.

VI

Hammerstein-Equord, como conocido adversario del nacionalsocialismo, privado ya de toda influencia y vigilado por la Gestapo, no hizo nada en realidad para apoyar a Beck. Quizá confiaba en los trabajos de Schleicher para derrocar el régimen nacionalsocialista, o quizá se comportara así porque era su defecto más grave. A fines de 1933 fué pasado a retiro. Hitler dijo más tarde que lo consideró como su adversario más peligroso.

Posiblemente creyó Reichenau que ahora había llegado el momento para él como «general adicto al Partido»; pero la influencia de la vieja escuela de Seeckt era todavía más poderosa. Los dos comandantes de agrupación, Rundstedt y Leeb, así como todos los jefes de división de la Dirección del Ejército, no estaban dispuestos a trabajar bajo las órdenes de Reichenau. Tampoco gustaba su modalidad inquieta y brillante al anciano presidente del Reich. Como sucesor de Hammerstein-Equord fué nombrado el teniente general Von Fritsch, hasta entonces comandante de la tercera Región Militar. En este cargo le sucedió el coronel Von Witzleben, anteriormente comandante de infantería de la 6.ª División, un típico noble prusiano, que dijo de Hitler en forma despreciativa que «este tipo» nunca le había merecido respeto alguno. Como jefe de su Estado Mayor fué nombrado el coronel Von Manstein, uno de los jóvenes oficiales de Estado Mayor más capaces.

Fritsch descendía de una familia sajona. El antepasado, hijo de un librero de Leipzig, fué ennoblecido como consejero de la corte de Sajonia,

pues había defendido como ministro los intereses sajones al negociarse en 1763 la paz de Hubertusburgo. Varios otros miembros de la familia habían prestado servicios como ministros o altos funcionarios en los principados sajones de Turingia. El padre de Fritsch fué general. Su madre descendía de la familia de Bodelschwingh de Westfalia y era una parienta del célebre teólogo de ese apellido. De esta descendencia provenía el aspecto conservador y cristiano de su personalidad, pero también una cierta modalidad de epígono y una actitud penosamente mantenida en medio de un mundo tambaleante.

Cuando Fritsch, el 1 de febrero de 1934, asumió su nuevo cargo como jefe de la Dirección del Ejército, después de haber tenido una entrevista con su ex superior Seeckt, todos los jefes de Departamento de esta Dirección eran aún hombres del tipo antiguo. No solamente Beck, el jefe del Departamento de Tropas, sino también el jefe del Departamento de Personal, general Von Schweler, el jefe del Departamento de Administración, general Karmann, el jefe del Departamento General del Ejército, teniente general Federico Fromm — quien durante largos años había sido el encargado del presupuesto en el Ministerio de Defensa — y el jefe del Departamento de Armas, general de infantería Federico Liese. Todos eran típicos representantes del ejército profesional y todos eran oficiales de Estado Mayor que habían ascendido a su grado y cargo en una época turbulenta, en la cual habían aprendido a vencer con tino y dignidad, las dificultades de toda índole y conservar así mediante un método de adaptación, la integridad del ejército a pesar de todo.

En el campo de la política militar la situación se había aclarado un poco, al admitir el ministro de Relaciones Exteriores inglés, sir John Simon, ante la Cámara de los Comunes que el Reich moralmente podría exigir la igualdad de derechos, dado que todas las intenciones de desarme habían fracasado. Todo dependía ahora de la forma en que el Gobierno alemán explotaría estas declaraciones y si sabría hacerlo con la suficiente habilidad y el debido tino. Según el criterio de Fritsch y Beck, la realización práctica de la igualdad de derechos militares no podía significar otra cosa que la organización de un ejército capaz de asegurar la integridad del Reich frente a sus vecinos fuertemente armados, esto es, Checoslovaquia, Polonia y Francia. Basándose en las experiencias adquiridas en la guerra de 1914 a 1918, ambos estaban convencidos de que cualquier guerra en varios frentes en el futuro sobrepasaría las fuerzas del Reich. Beck desarrolló, además, la teoría de que la época de los duelos con dos participantes solamente había pasado a la historia y que en esta nueva época de la economía mundial cada contienda forzosamente debía convertirse en una guerra de coalición, por lo cual un avance preventivo contra uno u otro de los vecinos tampoco ofrecía ya perspectivas de éxito, dado que cualquier contienda debía transformarse en una guerra en varios frentes. Beck rechazó enérgicamente la tesis de Ludendorff referente a la guerra total. De este modo, la suprema exigencia que el nuevo jefe del Estado Mayor presentó a la conducción política fué que siguiera una orientación tendente a evitar complicaciones exteriores, lo que, por supuesto, no excluía el de-

recho de defenderse en caso de ser atacado. Todos los militares inteligentes sabían muy bien que la organización de un nuevo ejército exigía un período tranquilo. Es cierto que, por de pronto, no había ningún indicio de que Hitler estuviera preparando planes que pudieran conducir a una guerra. Al contrario, sus numerosas propuestas de paz y proyectos de pactos, producían la impresión de que hacía sinceros esfuerzos para llegar a una política de entendimiento. Los generales no tenían conocimiento en aquel entonces de los monólogos desorbitados que desarrollaba ante sus invitados a la hora del té, pues ninguno era admitido allí en tal circunstancia. Aparentemente el ex cabo sentía complejos de inferioridad frente a ellos; de otro modo no es comprensible que contara más tarde a Keitel y Halder que había sido teniente en un regimiento de infantería bávaro, interpretando así con demasiado eufemismo su posición de «oficial de instrucción» (*) y agente político en una unidad militar.

Fritsch, como jefe de la Dirección del Ejército, se dedicó por de pronto no tanto a los problemas exteriores como a los interiores, es decir, al conflicto con el Ejército políticorrevolucionario de la SA y sus exigencias. Al igual que Beck, Fritsch se vio frente a un hecho consumado; la revolución y al organizar el nuevo ejército no estuvo en condiciones de ejercer simultáneamente una influencia decisiva sobre el desarrollo de la política, como pudieron hacerlo Scharnhorst y Gneisenau, sino que se vio en la necesidad de defenderse contra las tendencias abusivas de la misma. Los celos de la SA y del Partido Nacionalsocialista forzosamente debían dirigirse contra el ejército, ya que éste representaba el instrumento de educación tradicional del pueblo en el sentido nacional y que, al reimplantarse el servicio militar obligatorio, podía recuperar una gran influencia por tal actividad, mientras que, por otro lado, la SA y el Partido, se consideraban a sí mismos como los predestinados a difundir una nueva educación ideológica. El primer conflicto en el orden espiritual se produjo al tratarse la conveniencia de mantener o abolir a los capellanes militares, defendidos por Fritsch y Beck, como también por los generales católicos, como Leeb y Kress von Kressenstein.

En una de las anotaciones que Fritsch escribió posteriormente en los días de su caída en 1938, él mismo había encontrado un «montón de escombros».

VII

Al mismo tiempo se hizo evidente que la vida del anciano Hindenburg se acercaba a su fin. Para entonces se discutía en los círculos conservadores la posibilidad de establecer una «regencia» o restablecer la monarquía, siendo favorecida la segunda solución por una parte de las anteriores asociaciones de ex oficiales, reunidos ahora en la «Unión de Oficiales Ale-

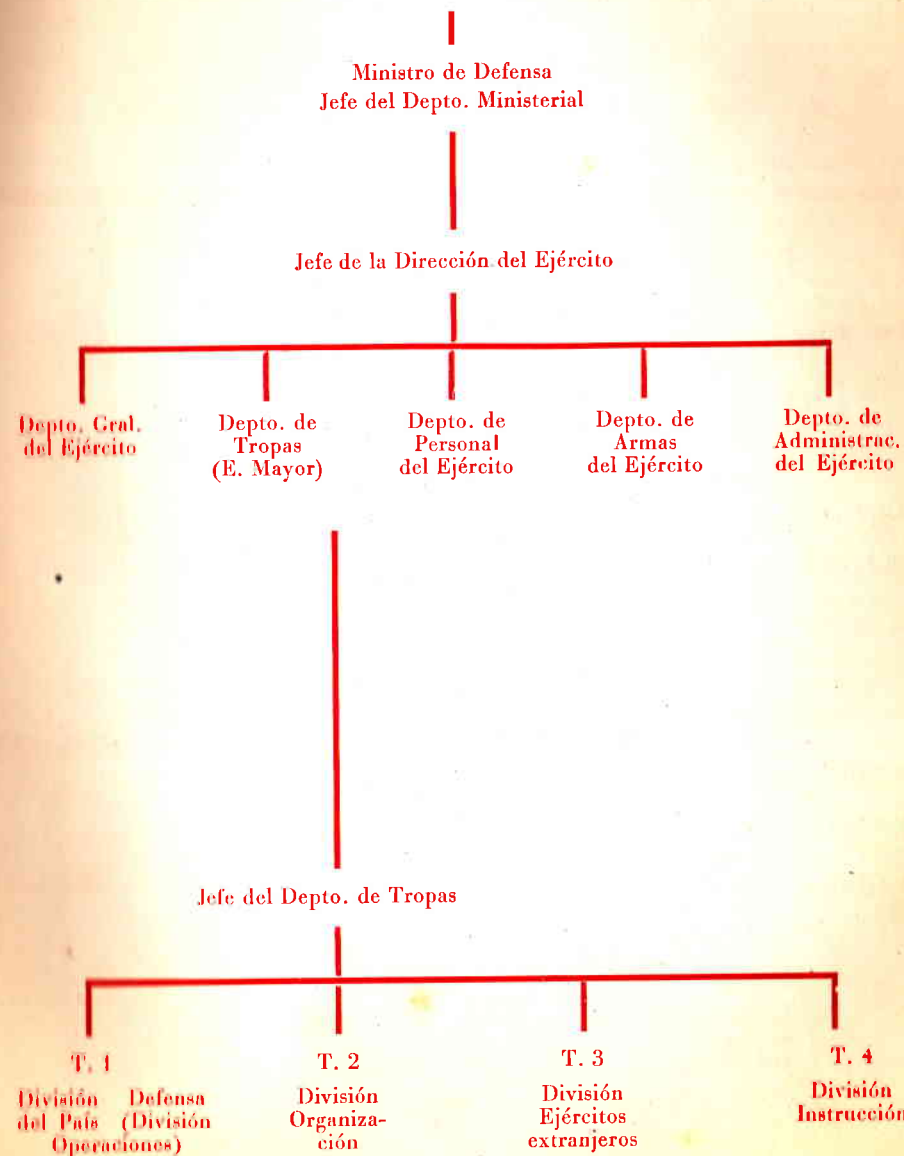
(*) En realidad «oficial de propaganda». (N. del T.)

ORGANIZACION DEL ESTADO MAYOR

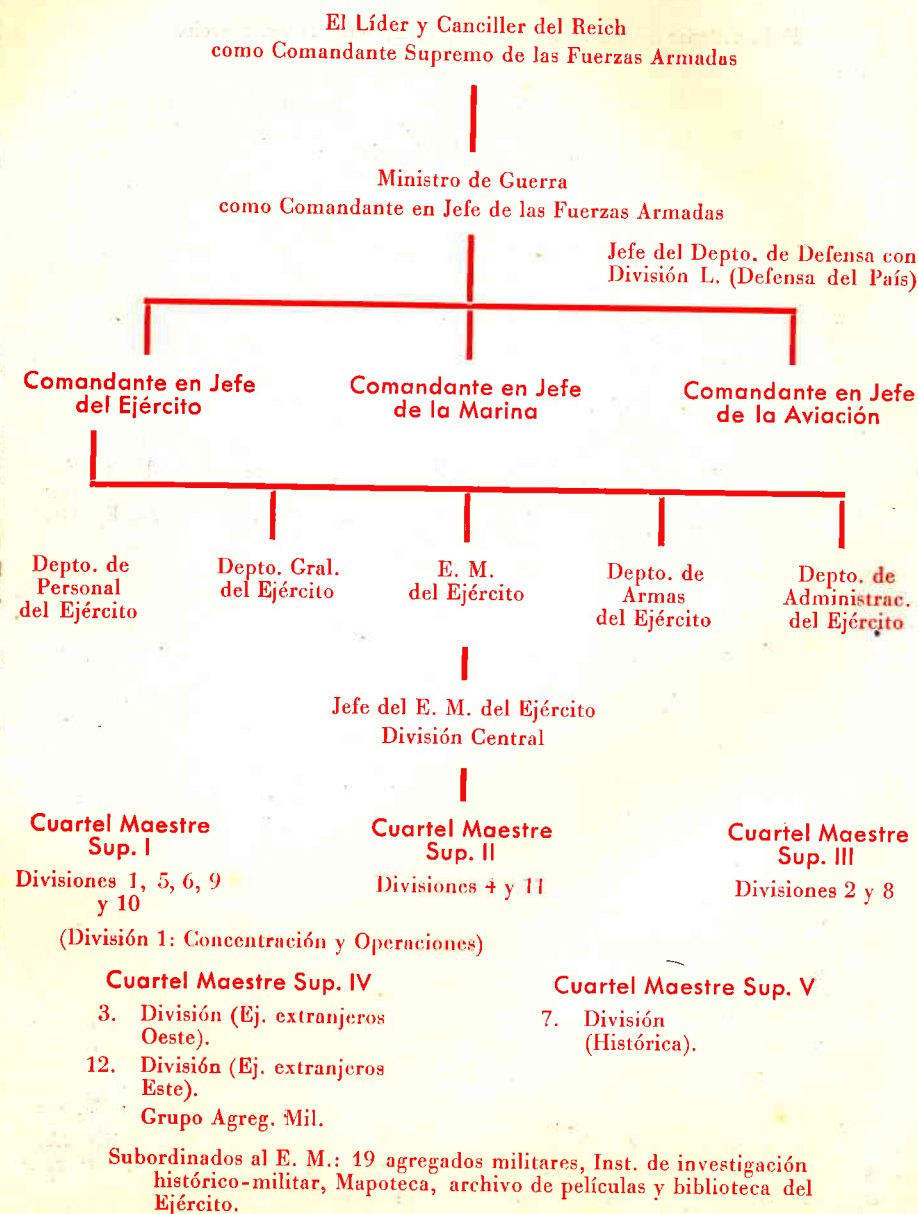
CUADRO V

DEPARTAMENTO DE TROPAS. 1932

El Presidente del Reich como Comandante en Jefe del Ejército



EPOCA DE BECK. 1935 - 38



manes». Papan, cuya influencia mientras tanto había disminuído continuamente, trató de reunir los círculos conservadores y católicos en la asociación «Cruz y Águila» en la «Unión Cooperativa de Católicos Alemanes», encabezada por el conde Thun. Finalmente existía aún el círculo de Schleicher, Bredow y Hammerstein-Equord, que perseguía sus propios planes de acción y cuyos detalles hasta ahora no se conocen, dado que los documentos de Schleicher cayeron después en manos de Hitler.

Muy pronto se vió que las asociaciones ilegales, al estilo de la SA, perseguían también objetivos ilegales. Durante todo el año 1933 habían continuado las negociaciones entre el Departamento de Fuerzas Armadas y el departamento General del Ejército, por un lado y el jefe de instrucción de la SA, el comandante de grupo superior Krüger, por el otro, sobre la regulación de las relaciones entre la SA y el ejército, dando como único resultado una serie de diferencias de opinión irreconciliables. Reichenau, que personalmente tuvo un incidente violento con el comandante de grupo de la SA Von Jagow, trató de organizar la educación premilitar de la juventud con la ayuda de la «Juventud Hitlerista» (la organización del partido para la juventud) por medio de cursos de instrucción militar para estudiantes. Con este fin fueron destacados algunos oficiales del Estado Mayor como profesores de política militar y de deportes militares a las más importantes universidades prusianas. La intención de llegar a una instrucción militar uniforme, fué dificultada continuamente por los «campamentos militares» y las llamadas «escuelas de deporte campestre», ambos organizados por la SA e igualmente por la introducción del Servicio de Trabajo Obligatorio, cuyo jefe llegó a ser el ex coronel y político nacionalsocialista Hierl, ex comandante de un cuerpo de voluntarios, que formó un propio cuerpo de dirigentes para este servicio. Finalmente la SA organizó un departamento de política militar propio, que se convirtió en un centro de política militar nacionalsocialista y cuyos protagonistas, como el ex coronel Haselmayr, ya antes había tenido controversias con Seeckt.

Reichenau se apoderó totalmente de la dirección de esta lucha contra la SA, pasando la Dirección del Ejército a segundo plano. Blomberg y Reichenau exigieron que el presupuesto de instrucción de la SA fuera controlado por el Departamento de las Fuerzas Armadas y que la SA fuera considerada como un instrumento de la educación premilitar, debiendo ser vigilada por tal causa constantemente por los órganos del ejército. Desde este punto de vista, Reichenau había favorecido inicialmente la reunión del «Casco de Acero» con la SA; pero los soldados licenciados del servicio militar debían incorporarse a las «Asociaciones de ex soldados», difundidas por él. Fritsch dudaba de que el ejército pudiera disponer del personal de instrucción necesario para hacer tales experimentos; por otro lado, el Partido Nacionalsocialista sospechó que las «Asociaciones de ex soldados» podrían convertirse en una organización competidora en el campo de la educación del pueblo y Röhm las consideró como una tentativa de suplantar paulatinamente a la SA. Por eso exigió que la educación militar del pueblo fuera tarea exclusiva de la SA,

soñando él mismo con la idea de hacerse comandante en jefe de un gigantesco ejército revolucionario alemán. Al parecer, no podía contentarse con los dos rangos que había logrado en su carrera militar: el de capitán del Ejército alemán y el de teniente coronel en el Ejército boliviano. Entre los feroces mercenarios que dirigían ahora la SA reinaba además la opinión de que la obtención del poder el 30 de enero de 1933 en realidad no había sido una verdadera revolución; en ella no se había derramado la suficiente cantidad de sangre, pues sólo pudieron saldarse las cuentas a los adversarios comunistas y socialdemócratas, pero no a los reaccionarios feudales, a los que esta gente, socialmente descalificada, odiaba aún mucho más que a sus enemigos de la izquierda. Röhm, cuando estaba de mal humor, muchas veces daba a Hitler el sobrenombre de «cavilador».

En aquel entonces Jodl hablaba de Röhm como de un «criminal», del mismo modo como denominaba a Hitler un «charlatán». En el Ministerio de Defensa se creyó conveniente en esa época reforzar las guardias para protegerse contra los ataques sorpresivos.

La decisión, sin embargo, no se produjo en la lucha entre la Dirección del Ejército y los dirigentes de la SA, sino en la que sostenía el jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, el general Von Reichenau contra Goering, que consideraba a Röhm como su rival en sus aspiraciones al comando en jefe de las fuerzas armadas, y contra Himmler, el jefe supremo de la SS, nominalmente todavía subordinada a la SA, pero aspirando a la independiencia de su organización y al control sobre toda la policía alemana. Dentro de lo que fué posible conocer al desarrollo de esta lucha, en medio del triángulo de estos actores, Hitler no fué el impulsor sino el impulsado, que finalmente tuvo que decidirse entre el ejército y la SA en vista de que se acercaba la muerte del presidente del Reich sin estar resuelta la sucesión. Hasta ahora no fué posible aclarar el papel que desempeñaron los planes de Schleicher en el laberinto de estas luchas intestinas sobre los distintos poderes. Al comienzo de 1934 el ex general Von Bredow, antes el más íntimo colaborador de Schleicher, visitó a París. Schleicher mismo conocía bien a François Poncet, el embajador francés en Berlín. De todos modos el ministro de Relaciones Exteriores francés Barthou, poseía en la primavera de 1934 informes secretos de que pronto se produciría un cambio de régimen en Alemania. No se sabe de qué fuente le llegaron estas noticias y tampoco a qué clase de cambio se refirieron, si a un régimen de Röhm o de Schleicher.

En febrero de 1934, Blomberg ordenó que el Ejército colocara en sus cascos de acero, gorras y chaquetillas el emblema del Partido Nacional-socialista para mostrar también exteriormente el enlace estrecho entre el Ejército y el nuevo régimen, de acuerdo con su intención política de reconciliar el Ejército con la nueva época. En marzo se produjo el primer indicio de la forma en que Hitler pensaba resolver la cuestión de la SA. En una reunión en el Ministerio de Defensa, en la cual participaron los comandantes de regiones militares y los comandantes de grupos de la SA, Hitler pronunció un discurso en el que destacó manifestamente que el Ejército era la organización armada de la nación y la SA «el pe-

lotón de choque ideológico», determinando de esta manera misiones diferentes para ambas instituciones. A pesar de esto la tensión no disminuyó. En 1926, en una situación semejante, Balbo había tratado de efectuar, a espaldas de Mussolini, un pronunciamiento de la aviación fascista contra la Casa Real. Röhm persistió en sus exigencias. Dentro de lo que se puedan creer, las declaraciones posteriores de Hitler a este respecto, tampoco una conversación de varias horas entre él y Röhm dió un resultado satisfactorio. En esos momentos Hindenburg, gravemente enfermo, se trasladó a su posesión de Neudeck, desapareciendo de este modo del teatro de los acontecimientos.

VIII

El 17 de junio de 1934, Papen pronunció un discurso sensacional ante los estudiantes de la Universidad de Marburgo, cuyo lema fué que cada revolución debía tener su fin y que el derecho y las leyes debían ser restablecidos. Pero en realidad Papen no poseía ya influencia alguna, porque no disponía de ningún poder concreto como Goering, Röhm, Himmler y Reichenau. Los potentados nacionalsocialistas reaccionaron instantáneamente. El ministro de Propaganda, Dr. Goebbels, prohibió la publicación del discurso del vicescanciller del Reich. El colaborador de Papen, Dr. Edgar Jung, fundador de un círculo opositor de conservadores jóvenes, que había preparado el discurso, fué detenido. Tanto Goebbels como Rodolfo Hess, el sucesor de Hitler y jefe de la cancillería del Partido, hicieron advertencias muy enérgicas a los círculos reaccionarios para que no fueran a creer que podían hacer «oposición en los salones». Si esta actitud de Papen de por sí ya fué extraña, porque el discurso severo que pronunció no se basaba ni en la intención ni en la posibilidad de hacer algo, más rara aún fué la actitud de Röhm, que a fines de junio licenció a toda la SA e hizo comunicar a Fritsch que esperaba que el conflicto se arreglaría en forma pacífica. Él mismo salió de Berlín y se trasladó con su séquito a Bad Wiessee para hacer allí una cura de baños; los comandantes de grupo de la SA fueron citados también al mismo lugar para una reunión.

Esta conducta no permitía suponer que se estaba preparando un pronunciamiento, sino más bien que la decisión sería postergada. Pero ni el general von Reichenau, ni Goering, ni Himmler estaban interesados en tal postergación, sino que estaban convencidos de que había que resolverlo antes de que Hindenburg cerrara los ojos para siempre. Hitler contó más tarde repetidas veces, que había tenido informes sobre una rebelión inminente de la SA; es muy probable que dichos informes le hayan sido entregados por algún interesado para obligarlo a tomar una decisión final al respecto, ya que le costaba tanto tomar las decisiones fundamentales. Era de esperar que esta resolución fuera tomada en favor del Ejér-

cito, que representaba el único instrumento de poder real en este momento, pues una lucha de la SA contra las ametralladoras y las piezas de artillería del Ejército no ofrecía ninguna perspectiva de éxito para aquélla, a pesar de su superioridad numérica.

El 30 de junio de 1934 se publicó, en el *Observador Popular* (*) un artículo de Blomberg sobre la fusión del Ejército con el Estado, que representa un apartamiento consciente de las ideas de Seeckt y el abandono del aislamiento del Ejército en su posición de «imperium in imperio». Con relación a esto debe considerarse muy dudosa la afirmación de Hitler de que la SA quería realizar un pronunciamiento ese mismo día. Al contrario, él personalmente ejecutó ese día un golpe en el sur de Alemania, deteniendo personalmente a los dirigentes superiores de la SA, reunidos en Munich y Wiessee, inclusive a su amigo Röhm, con quien se ruteaba y a quien había conferido el rango de ministro del Reich. Simultáneamente Goering con su policía militarizada e Himmler con su SS, efectuaron en Berlín una acción contra la SA y los círculos opositores de la derecha. Se realizaron numerosos fusilamientos. En éstos murieron la vieja guardia de dirigentes de la SA y los opositores de las crisis anteriores, como también ciertas personas que estaban al tanto de algunos viejos escándalos, como la muerte misteriosa de la sobrina y amante de Hitler en 1931. Schleicher y su esposa fueron fusilados en su casa de Berlín por un pelotón de ejecución de la SS; el general Von Bredow fué liquidado en la escalera de su casa por otro pelotón. Papen fué encerrado en su domicilio; el jefe de su oficina, el consejero superior Von Bose y su cooperador, el Dr. Jung, fueron fusilados; los secretarios de la vicecancillería fueron detenidos. La vida de Dusterberg fué salvada en último momento porque su esposa, con la ayuda del mayor general Groppe, logró alarmar al viejo chambelán Von Oldenburg en Januscha, que, a su vez, informó de ello a Hindenburg, recibiendo entonces Blomberg la orden de arrancar a Dusterberg de las manos de sus secuaces de la SS. Kahr fué asesinado. El coronel Von Seisser fué llevado a un campo de concentración. Brüning a duras penas, pudo huir al exterior.

En la Dirección del Ejército ese día no se supo casi nada o muy poco de todos los acontecimientos. Fritsch y Beck se encontraban en sus oficinas, sin sospechar que durante las horas de la mañana había sido fusilado el general Von Schleicher, el anteriormente omnipotente ministro de Defensa. Llegó una información de que en el ex edificio del cuerpo de aspirantes a oficial, en Berlín-Lichterfelde, se hacían fusilamientos. A una pregunta dirigida al respecto al Departamento de Fuerzas Armadas se recibió la contestación de que se trataba de una reyecta dentro del Partido en la cual el Ejército no debía inmiscuirse. Cuando el comandante de la tercera Región Militar, el general Von Witzleben, fué informado de que en Berlín-Lichterfelde eran fusilados los «degenerados e indisciplinados» conductores de la SA, por de pronto se entusiasmó, diciendo que le gustaría participar en este asunto. Pero Fritsch quedó intranquilo

(*) Diario del Partido Nacionalsocialista. (N. del T.)

y trató de averiguar, por intermedio de la Sección de Contraespionaje, qué ocurría en realidad. Estaba invitado a un almuerzo en casa del ministro de Relaciones Exteriores, Von Neurath, junto con el hermano del emperador japonés, el príncipe Takamutsu, que llegó una hora más tarde, contando que había sido retardado por un cordón de policía que había cercado la calle en que vivía el ministro. Todavía en Nuremberg, cuando Neurath describió estos acontecimientos ante el Tribunal Militar Internacional, creyó que se trataba de tropas amotinadas de la SS; pero probablemente eran en realidad medidas de la SS, que quería encerrar ese día también al conservador ministro de Relaciones Exteriores. Fritsch contó más tarde a Neurath que entre los documentos de Röhm se había encontrado una lista negra en la que estaban anotados también los nombres de ambos.

La acción fué una sorpresa completa para todos los que no participaron en la misma. En esos días todos los ministros burgueses temieron por su vida, a raíz de que algunos hombres de la SS, que en el Ministerio de Comunicaciones habían liquidado al jefe de la acción católica, el director ministerial Klausener, espetaron al ministro de Comunicaciones mismo, barón Von Eltz-Rübenach, que acudió en seguida, que sería fusilado también si trataba de intervenir. Cuando Papen, después de tres días de intervención, recuperó la libertad, visitó a Fritsch, con quien antes había cursado junto la Academia de Guerra, y le preguntó por qué no intervenía. Fritsch le declaró que podría actuar solamente si recibía una orden de Hindenburg. Mientras tanto, Fritsch fué informado del asesinato de Schleicher y Bredow, pero al protestar por eso en forma indignada ante el ministro de Defensa y el jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, no encontró ninguna comprensión. Reichenau le dijo que Schleicher no era ya un militar y que si su fusilamiento era un hecho lamentable, había que resignarse a que cada revolución tuviera sus pequeños errores de detalle. Recordando las palabras de Fritsch, Papen trató de tomar contacto con Hindenburg, enviando a un íntimo suyo a Neudeck. Pero Schaffgotsch regresó sin resultado alguno; Neudeck estaba herméticamente cerrada y separada del exterior. Aparentemente Hitler quería informar personalmente al presidente sobre estos días de asesinatos y evitar que lo hiciera otra persona.

IX

La inseguridad y opresión del ambiente se deducen del hecho que el comandante de la Agrupación núm. I, el general Von Rundstedt, creyendo tener motivo para temer personalmente la venganza de los nacionalsocialistas, entregara pistolas a su chófer y a su asistente para no sufrir la misma suerte de Schleicher. Rundstedt, así como Witzleben, trataron de lograr de Hitler una rehabilitación de Schleicher; Hammerstein-Equord

exigió lo mismo en favor de su amigo asesinado. Todo fué en vano; no se habló más ni de Scheicher ni de Bredow. La «Unión de Oficiales Alemanes», encabezada por el ex general Von der Goltz, se apresuró a apartarse del asesinato, declarando que ya desde hacía tiempo había perdido la confianza de todos los oficiales honrados debido a sus continuas intrigas políticas. El *Militär-Wochenblatt* se mantuvo callado. Pero lo más grave fué que el Ejército aceptara sin resistencia el asesinato de dos generales que habían pertenecido al grupo de sus conductores más destacados y que tampoco se opusiera cuando más tarde ambos asesinatos fueron declarados legales y conforme a la justicia, al atribuirse Hitler el derecho de hacer ejecuciones por propia autoridad y sin procedimiento judicial en el caso de que hubiera una sospecha de alta traición.

El 13 de julio de 1934 Hitler pronunció, ante el Parlamento, un discurso muy confuso sobre los sucesos del 30 de junio. Al informar sobre el número de los fusilados y asesinados, dió la cifra muy baja de 71 muertos, cuando en realidad hubo varios centenares. Schleicher fué acusado de haber tenido relaciones con una potencia extranjera; era fácil reconocer que se trataba de Francia; además, dijo que había tenido contacto con Röhm. En el caso de Bredow, del cual se suponía que había sido el «buzón» del movimiento para las comunicaciones con el exterior, Hitler mismo no sabía si había cooperado con Schleicher y con Röhm o con otros grupos opositores. En todo caso requirió para sí el derecho de hacer fusilar sin más a los amotinados o acusados de rebelión contra el Gobierno, exigiendo que el Parlamento declarara posteriormente que todas las medidas que había tomado se hallaban de acuerdo con la ley. Un aplauso frenético contestó a este discurso y Goering exclamó: «Todos nosotros aprobamos siempre lo que hace nuestro líder.»

Rundstedt, Witzleben y su jefe de Estado Mayor, el coronel Von Manstein, exigieron ahora que un tribunal militar investigara la conducta de Schleicher y de Bredow. Fué en vano, pues Blomberg y Reichenau se mantuvieron callados. Finalmente el viejo mariscal Von Mackensen, presidente de la Asociación de Schlieffen (unión de todos los oficiales de Estado Mayor), a la cual habían pertenecido como miembros los dos asesinados, visitó a Hitler, a quien había saludado anteriormente como salvador, conjurándole a abandonar ese régimen policial, que no correspondía a la modalidad alemana y de restablecer el derecho y la justicia. Impresionado Hitler calló por un momento y contestó después: «Puede ser que usted tenga razón, pero no puedo actuar de otro modo.» El viejo mariscal quedó profundamente conmovido. Por fin, 400 ex oficiales de Estado Mayor, en una reunión presidida por Mackensen, tomaron una resolución según la cual Schleicher y Bredow habían «caído en el campo del honor» y que no cabía ninguna acusación difamatoria contra ellos. Sin embargo, la Prensa recibió orden de no informar sobre esta reunión y Hitler persistió en poseer un considerable material de cargos contra Schleicher, como lo dijo, por ejemplo, a su ayudante militar, el coronel

Hossbach. De todos modos desaparecieron también con la muerte de Schleicher para siempre los documentos militares de Hitler (*).

Después del 30 de junio de 1934, Reichenau quizá creyó por un momento que había llevado a cabo con maestría un golpe político, pues sin emplear el Ejército había logrado la eliminación del ejército revolucionario rival mediante una táctica hábil. La SA nunca se repuso del golpe recibido; si bien continuó existiendo como organización con efectivos muy grandes, su papel dominante había terminado. Pero el 20 de julio, la SS, mandada por Enrique Himmler, fué declarada como organización independiente, apareciendo con ella un nuevo rival del Ejército, mucho más importante y más fuerte. El objetivo de Himmler era desde entonces la transformación de la SS en la organización armada de la revolución del siglo xx. La SS inició en seguida la organización de unidades armadas regulares, las llamadas «tropas a disposición», perteneciendo a las mismas el «Estandarte personal de Adolfo Hitler» y los «Estandartes de calavera» (**) que custodiaban los campos de concentración. Tanto la «SS General» como la «SS Armada» (***) fueron organizadas en «Distritos de SS», correspondientes a los cuerpos de Ejército. Muy pronto se produjeron los primeros conflictos, cuando en el campo de instrucción de Altengrabow tropas de la SS se deshicieron en insultos graves contra Fritsch y cuando en Prusia oriental el general Von Brauchitsch trató de impedir que la SS fuera armada con armas pesadas. Inicialmente Hitler apoyó al Ejército, prohibiendo la dotación de la «SS Armada» con artillería y concediendo al Ejército el derecho de inspeccionar las unidades de aquella para no poner en peligro la uniformidad de la instrucción. Pero Himmler era tan ambicioso como tenaz y continuó con sus aspiraciones de conseguir la autonomía de la SS. Apoderándose del mando de toda la policía, inclusive de la policía secreta del Estado (Gestapo), a la cual agregó además el nuevo «Servicio de seguridad de la SS», Himmler muy pronto reunió en su mano un poder enorme y, de acuerdo con la naturaleza particular de todas estas instituciones colocadas fuera de las leyes y de la Constitución, trató de conquistar el poder total para su sector dentro del Estado autoritario. La cuestión de la SS se convirtió así en nuevo peligro, hasta para Blomberg y Reichenau.

Durante estas reyertas murió en Neudeck el anciano presidente del Reich. Sin la presencia de testigos, Hitler le había hecho un relato de los acontecimientos del 30 de junio. Debe haberlo hecho en forma tal, que el ya mortalmente enfermo se vió obligado a consolarlo con las palabras de que un hombre que quiere hacer historia no debe acobardarse ante el derramamiento de sangre. Por otro lado, Hitler le prometió que después de su muerte restablecería la monarquía, considerada aún por Hinden-

(*) Se refiere a los antecedentes militares desfavorables de Hitler, citados anteriormente. (N. del T.)

(**) Emblema de los «húsares de la muerte» de la época imperial, adoptado ahora por la SS para algunas de sus unidades. (N. del T.)

(***) La organización SS se dividía en una SS general y una SS de armas (o armada). (N. del T.)

burg como el régimen de gobierno más conveniente. Pero, por una ley proclamada por el gobierno, Hitler reunió en seguida en sus manos los cargos de presidente y de canciller del Reich, frustrando de este modo todas las combinaciones monárquicas referentes al establecimiento de una regencia. Inmediatamente después de haber recibido la noticia de la muerte de Hindenburg, el 2 de agosto de 1934, Blomberg ordenó apresuradamente que el Ejército prestara juramento al «líder y canciller». Posteriormente el general Beck luchó consigo mismo durante largos años por el cargo de conciencia de no haber rehusado este juramento. Denominó el 2 de agosto de 1934 como el día más nefasto de su vida. Sin embargo, desde entonces el cuerpo de oficiales estaba ligado por este juramento a la persona que había llegado a encarnar al «conductor psicólogo», y para aquellos oficiales cuya modalidad se basaba en una ideología cristiana y conservadora, el juramento tenía precisamente un peso enorme.

X

Los cambios en la política exterior de Alemania se tradujeron en el abandono de las relaciones con Rusia, en favor de un acercamiento a Polonia; en la renuncia a la amistad con China, en favor de un acercamiento al Japón; en la tentativa torpe de iniciar conversaciones con Italia en la primavera de 1934; en los esfuerzos intensos de conseguir la amistad de Inglaterra y finalmente en el pronunciamiento de los nacionalsocialistas austríacos y el asesinato del canciller clerical austríaco doctor Dollfuss, que causó una notable inquietud tanto en Italia como en Yugoslavia. Todos estos cambios, naturalmente, no dejaron de influir en la conducta de Francia y Rusia. Esta última se acercó a la Liga de las Naciones y en París se acordaron también de la «entente» con Rusia que había existido antes de la guerra. El ministro de Relaciones Exteriores francés, Barthou, se esforzó en reunir en un gran sistema de alianzas, dirigido contra Alemania, a Polonia, Rusia y a todos los Estados de la llamada «Pequeña entente», es decir, Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania.

El 16 de marzo de 1935, en uno de sus grandes discursos, siempre tan ampulosos, Hitler anunció la reimplantación del servicio militar obligatorio, la formación de una aviación independiente y la organización de un Ejército regular de 12 cuerpos de Ejército con 36 divisiones en tiempos de paz. También fueron introducidas nuevas denominaciones. El ministro de Defensa, Blomberg, se transformó en ministro de Guerra, siendo ascendido después al rango de mariscal para subrayar su posición como comandante en jefe de las fuerzas armadas. El jefe de la Dirección del Ejército en el Comando en Jefe; el Departamento de Tropas, con fecha del 1 de julio de 1935, fué transformado en el Estado Mayor del Ejército.

El restablecimiento de la soberanía militar alemana, realizado en forma de un hecho consumado, fué contestado por Francia, el 2 de mayo de 1935, con la firma de un pacto de ayuda mutua con Rusia. Ante este hecho, Hitler destacó ostensiblemente la buena voluntad de Alemania de iniciar nuevas negociaciones respecto al desarme; ofreció el proyecto de un plan de paz general y concertó, en junio de 1935, un convenio mutuo con Inglaterra para la limitación de los armamentos navales. Este convenio, que no fué concertado por el ministro de Relaciones Exteriores, sino por el consejero privado de Hitler en asuntos de política exterior, Ribbentrop, se basó en la idea utópica de ganar la amistad inglesa para obtener así la libertad de acción en el este.

En todas estas cuestiones intencionalmente no se pidió consejo a los militares; al contrario, con todo cuidado Hitler trató de mantener entre ellos lo más posible la separación de las distintas ramas en materia de responsabilidad para reservarse a sí mismo la decisión final. Por el mismo motivo también había evitado el asesoramiento de los militares competentes antes de introducir el servicio militar obligatorio. Fritsch y Beck estaban convencidos de que la organización de 36 divisiones sobrepasaría en mucho el marco de las posibilidades; habrían preferido que, por de pronto, se hubiera realizado el plan de Seeckt de constituir un ejército de 21 divisiones, para el cual existían por lo menos algunos preparativos rudimentarios. Por tales motivos lograron por lo menos que en 1935 fueran organizados solamente tres grupos de ejército, cuyos comandos debían tener por sede a Berlín, Cassel y Dresde, a los que fueron subordinados 10 cuerpos de ejército con 24 divisiones de infantería, 2 divisiones de caballería, 1 brigada de montaña y 1 brigada de caballería independiente en Prusia oriental, fuera de las unidades experimentales de la nueva arma blindada. En septiembre, el ex inspector de tropas motorizadas se transformó oficialmente en el «comandante de las tropas blindadas».

XI

Al transformarse el Departamento de Tropas en el Estado Mayor del Ejército, el general Beck se vió frente a la gran misión de restablecer la anterior importancia decisiva de esta institución en la vida del Ejército. La organización del Estado Mayor fué ampliada considerablemente, agregándose a las cuatro divisiones existentes otras ocho. Se restableció la anterior División Central, encargada de los asuntos personales, del nombramiento de los oficiales para todos los puestos de Estado Mayor en tiempo de paz y de guerra, de la elección del reemplazo de los oficiales de Estado Mayor y de la preparación del nombramiento de todos los comandantes superiores del Ejército, hasta los comandantes de división inclusive, para el caso de una movilización. La División Instrucción y la División Informaciones fueron divididas cada una en dos secciones. Se

agregaron nuevas divisiones para los asuntos de transportes, de técnica, de abastecimiento, de cartografía, de historia militar y de fortificación del país. Todas estas divisiones fueron reunidas bajo cinco cuarteles maestros superiores. Además quedaron agregados al Estado Mayor 19 agregados militares, el Instituto de Investigación de Historia Militar del Ejército, la Dirección de Archivos del Ejército, la Biblioteca Militar, la Mapoteca y el Instituto Cinematográfico del Ejército. En total pertenecían ahora al Estado Mayor unos 190 oficiales, de los cuales algo menos de una tercera parte eran los llamados «oficiales de complemento» que se habían reincorporado al Ejército últimamente. Según el escalafón del año 1938, de los 187 oficiales que prestaban servicio en el Estado Mayor 50 eran de descendencia noble, un porcentaje notablemente alto si se considera que el porcentaje de la nobleza en todo el cuerpo de oficiales del Ejército había disminuido a un 10 por ciento.

Para no perder la supervisión del conjunto durante la precipitada reorganización del Ejército, Beck creó dentro del Estado Mayor General un órgano especial para el estudio de los más importantes problemas científicos militares del tiempo moderno, una actividad que no supieron apreciar en todo su valor ni Hitler ni Blomberg, por lo que quedó inadvertida. Muy pronto Beck tocó también el viejo problema de la corresponsabilidad. El jefe del mencionado órgano de investigación recibió la orden de estudiar esta cuestión; en su informe llegó, sin embargo, a la conclusión de que esta vieja prerrogativa del Estado Mayor no convenía ya en un «Estado autoritario» como el de ese momento. No obstante, Beck ordenó el restablecimiento de la misma, una medida muy importante en el sentido espiritual. Muchos de los posteriores conjurados pertenecientes al cuerpo de Estado Mayor se basaron en este principio de la corresponsabilidad cuando más tarde trataron de terminar por la fuerza la conducción de guerra insensata y errónea de Hitler. Ante todo, el jefe de la División Organización, el mayor general Stieff, destacó continuamente que su oposición se basó en este concepto de la corresponsabilidad.

Beck se esforzó en educar ahora una nueva generación de oficiales de Estado Mayor, inspirada en el espíritu de Moltke. Los más importantes oficiales del nuevo Estado Mayor eran: el jefe de la División Operaciones, coronel Von Lewinski, llamado Von Manstein, que fué después cuartel maestro superior I y en el cual se cifraban las más grandes esperanzas en materia estratégica; los cuarteles maestros II y IV, generales Halder y Carlos von Stülpnagel y el jefe de la División Central, coronel Hossbach, el que, siendo simultáneamente ayudante militar de Hitler, representaba ante éste los intereses del Ejército. Stülpnagel participó en la redacción del nuevo reglamento de combate (*) redactado por Beck mismo. A instigación de Fritsch se abandonó la doctrina del «retardo» en favor de la táctica ofensiva tradicional, pues esa doctrina, que había sido desarrollada por el Departamento de Tropas durante la época de la tran-

(*) Reglamento de Conducción de Tropas. (N. del T.)

sición, según Fritsch no era más que una «fuga organizada». A pesar de esto, con el tiempo debía verse que ni Fritsch ni Beck estaban dispuestos a aprobar por analogía un procedimiento agresivo en el campo político.

La tragedia de Beck en realidad empezó ya en el momento en que se encargó de su nuevo puesto, debido al aislamiento de éste como consecuencia de la colocación del Estado Mayor en el cuarto lugar de importancia. Prescindiendo de la crisis causada por la caída de Fritsch, la cual fué en el fondo un asunto político, Beck habló durante los años 1934 a 1938 con Hitler una sola vez y en forma muy breve, y con Blomberg solamente con intervalos de meses. Probablemente Hitler, al principio, no sintió la necesidad de conversar con el jefe del Estado Mayor y esto no sólo debido a su aversión y desconfianza contra este organismo, sino también porque durante los años 1933 a 1937 efectivamente creía que sus planes podrían realizarse mediante una «entente» entre Alemania, Inglaterra e Italia, o porque estaba convencido de que todavía no había llegado el momento de realizar las ideas fantásticas de las que hablaba en sus horas del té; además, porque se hallaba ocupado totalmente en otras cosas. El pueblo alemán se había familiarizado antes enteramente con los nombres de Moltke, Waldersee, Schlieffen y Hindenburg; el nombre de Beck le quedó desconocido y esto con mayor razón aún si se recuerda que la organización del ejército debía efectuarse en el mayor secreto. Este hecho fué indudablemente la mayor desventaja de Beck en su lucha contra Hitler. Es cierto que buscó muy temprano relaciones con los círculos opositores y las encontró, manteniendo ante todo contacto con Hammerstein-Equord, por intermedio del cual conoció a varios miembros de los anteriores sindicatos obreros, como el socialdemócrata Guillermo Leuschner, ex ministro del Interior de Hesse. Entre estas relaciones la más importante fué la del Dr. Goerdeler, que había dimitido como comisario de precios del Reich e intendente de Leipzig, porque no quería participar en la política de Hitler. Pero todas estas relaciones forzosamente debían efectuarse en forma secreta y anónima, pues de otro modo no era posible hacerlo en un Estado policial. Así el nombre de Beck quedó desconocido para la masa del pueblo, por más importancia que tuviera su acción para la suerte futura de la misma.

XII

El centro de la oposición militar contra la dictadura por eso inicialmente no fué el Estado Mayor, sino la División Contraespionaje, bajo la dirección del almirante Guillermo Canaris y su jefe de Estado Mayor, el posterior mayor general Juan Oster. Esta división, con sus secciones de obtención de informaciones, de sabotaje y de contraespionaje y los órganos respectivos en los comandos de cuerpo de ejército, disponían

de una amplia red de agentes, en total unas 15.000 personas y se encontraba en una situación especialmente favorable para poder contener la actividad subterránea del Departamento de Seguridad de la SS y de sus agentes políticos. Canaris, al igual que Beck, descendía de una familia de industriales del sur de Alemania; era un hombre muy raro, que pudo llevar a cabo su papel gracias a que ejecutó un peligroso juego doble. En su fuero interno era un adversario tan decidido de la fuerza, que se opuso a cualquier intento de un acto de violencia contra Hitler, contentándose en frustrar su planes mediante un sabotaje silencioso y tenaz. Sin embargo, protegió tácitamente la acción de personas más activas, como el general Oster y procuró que en el servicio de contraespionaje entraran oficiales del Estado Mayor señalados como antinacionalsocialistas convencidos. Beck disponía de este modo por lo menos de un instrumento de información de confianza.

En lo que atañe a la conducta de Hitler frente al ejército en estos primeros años, fué característica la recepción que hizo a Seeckt, cuando regresó de China. Envío a un general a Basilea para saludar al creador del ejército en la frontera del Reich y lo recibió después en la cancillería en presencia de Blomberg, Neurath, el ministro de Economía y presidente del Banco del Estado, Schacht, escuchando tranquilamente su exposición sobre necesidad de una política alemana consecuente con China. Seeckt estuvo encantado de esta recepción, en la cual pudo apreciar el porte sobrio y cortés así como el aplomo de Hitler y durante algún tiempo creyó que poseía su confianza. Pero poco después Hitler procedió en forma muy diferente. En 1936, el plenipotenciario especial de Hitler, Ribbentrop, concertó con el Japón el llamado pacto «Antikomintern», siendo éste el primer paso de acercamiento entre el régimen nacionalsocialista y el Estado guerrero de los samurai, cuya política interna en aquel entonces era regida por las asociaciones radicales de oficiales japoneses. Hitler se burló en medio de sus confidentes del ejército chino de Seeckt. Como sucesor de éste en el cargo de consejero militar alemán en China había sido nombrado el general de infantería Alejandro von Falkenhausen, ex director de la Escuela de Infantería en Dresden, un militar especialmente talentoso. En 1937 estalló la guerra chino-japonesa, en la cual el Japón trató de subyugar al Estado chino con sus exigencias. Como comandante de un grupo de ejército chino, Falkenhausen derrotó en 1938 al grupo japonés mandado por Itagati, en Schantung. Japón exigió entonces enérgicamente en Berlín que el general fuese llamado a Alemania y Hitler obligó a Falkenhausen, que inicialmente se resistió, a regresar, amenazándolo que en caso contrario tomaría represalias contra su familia.

Sin embargo, en 1935 se tenía en el Comando en Jefe del Ejército la firme convicción de que sería posible cooperar lealmente con Hitler. Por eso, en esta primera fase la lucha de Beck no se dirigió contra el régimen, sino que se dedicó a restablecer la posición anterior del Estado Mayor, buscando con ello en el caso más favorable una cierta influencia sobre la política del régimen. En varios memorándums entregados por

intermedio de Fritsch, Beck destacó que el Estado Mayor, ahora como antes, representaba la institución de conducción de la rama más importante de las fuerzas armadas, esto es, el ejército, en tanto subsistieran las condiciones reinantes en el Continente y que por eso la marina y la aviación debían amoldar sus proyectos operativos a los planes del ejército. Estas explicaciones se dirigían ante todo contra el ministro de Guerra Blomberg y el Departamento de Fuerzas Armadas con su División «Defensa del País». El 1 de octubre de 1935 Reichenau fué nombrado comandante del 7.º Cuerpo de Ejército en Munich, recientemente organizado. Su sucesor en el cargo de jefe del Departamento de Fuerzas Armadas llegó a ser el teniente general Guillermo Keitel, ligado con Blomberg por lazos de parentesco, pues su hijo se había casado con una hija del ministro. Bajo Keitel se inició el ascenso de otro hombre, el posterior coronel general Jodl, que en 1935 fué nombrado jefe de la División «Defensa del País» en el Departamento de Fuerzas Armadas y lo amplió conforme a lo que debía ser una División Operaciones del Ministerio de Guerra. Jodl había iniciado su carrera como oficial de artillería en Baviera, siendo calificado por Fritsch como un destacado oficial, dotado de conocimientos excelentes, pero dominado por una «ambición morbosa». Fué precisamente esta cualidad la que transformó a Jodl en un admirador de Hitler, aunque a veces este descendiente de una vieja familia burguesa, entre cuyos miembros se encontraban muchos oficiales, también tuvo sus escrúpulos cuando presencié los ataques de odio desmesurados del líder contra la burguesía y el viejo cuerpo de oficiales; por lo menos así lo confesó más tarde al médico americano en la prisión de Nuremberg.

Beck logró de este modo que el Estado Mayor fuera reconocido dentro del Comando en Jefe como centro espiritual del ejército, pero el conflicto entre Fritsch y Blomberg referente al problema de la autoridad de mando única e indivisa en caso de guerra, quedó pendiente. Blomberg consideraba los deseos de Fritsch como un peligro para su propia posición, sin contar que tenía que luchar continuamente contra Goering, que le estaba subordinado teóricamente como comandante en jefe de la aviación, pero que, al tener el mismo rango de Blomberg en su calidad de ministro de aviación, aprovechaba esta doble posición sin consideración alguna para favorecer a aquélla en las cuestiones decisivas. A pesar de todo consiguió Fritsch por de pronto convencer a Hitler de la necesidad de reforzar la posición del ejército. El decreto sobre las facultades de los comandantes en jefe del ejército y de la marina, al parecer, respondió al deseo de Fritsch de ser reconocido como el consejero principal en los asuntos referentes a la conducción de guerra terrestre. El mismo decreto concedía tanto a Fritsch como al almirante Raeder, comandante en jefe de la marina, el rango de ministro del Reich y expresaba que Hitler y Blomberg podían hacerlos participar en las reuniones de gabinete. Pero, en realidad, no hubo ya tales reuniones, según la vieja costumbre, en las cuales se tomaran resoluciones en conjunto, porque la modalidad fantástica, indisciplinada e ineducada de Hit-

ler, no permitía a éste someterse a un trabajo ordenado y porque, además, temía que en las deliberaciones serias del gabinete pudiera encontrar oposición. La creación del cargo de ministro de Guerra del Reich había sido un viejo anhelo de todos, que había aparecido también en muchos proyectos constitucionales. Ahora, cuando finalmente existía, se vió que las condiciones básicas para su actividad se habían modificado fundamentalmente, porque el jefe del Estado recurría cada vez más a medidas de gobierno que salían del marco de la Constitución y porque el ministro de Guerra mismo no era capaz y tampoco quería emplear su poder considerable para lograr que se hiciera una política razonable; renunció así voluntariamente a su papel de un soldado que ejecuta obedientemente las órdenes de su superior.

XIII

Bajo estas condiciones se realizaba la organización del nuevo ejército, para la cual exigía Beck un plazo de siete u ocho años. Según su convicción, el nuevo ejército no debía ser considerado como un instrumento seguro antes de 1942 ó 1943. Mientras que Francia, Polonia y Checoslovaquia ya en 1925 disponían de unas noventa divisiones en tiempo de paz, la organización de las proyectadas veinticuatro divisiones alemanas encontró las mayores dificultades. A fines de 1935 ninguna de ellas estaba completa. Según las declaraciones de Jodl en Nuremberg, los años 1934 a 1936 representaron el período más peligroso del rearme alemán. Casi todo el anterior ejército de 100.000 hombres se hallaba disuelto en núcleos de instrucción, no existiendo prácticamente ninguna unidad de combate mayor. También Keitel estaba convencido de que cualquier acción militar debía ser descartada antes de 1943.

El recargo de tareas que el rearme causó al Estado Mayor y al cuerpo de oficiales, fué enorme. Como término medio, una compañía del viejo ejército se transformaba ahora en cinco compañías del nuevo ejército; con los veintiún regimientos de infantería existentes y las unidades de la policía militarizada, se formaron ciento cinco nuevos regimientos de infantería. La carencia de oficiales de Estado Mayor instruídos era verdaderamente catastrófica, por lo cual no fué posible mantener esta especialidad. De tal suerte se perdió por completo la uniformidad de criterio del cuerpo de oficiales y la conciencia de la tradición que existían en el ejército selecto de Seeckt. Por otra parte, se reincorporaron al ejército un gran número de oficiales retirados del anterior ejército imperial, como también un número considerable de oficiales de la policía militarizada; fuera de esto, numerosos suboficiales competentes del ejército de 100.000 hombres, fueron ascendidos a oficiales. En 1932 había cuarenta y cuatro generales en el ejército; en 1939 eran nada menos que cuatrocientos. El aspecto del cuerpo de oficiales llegó a ser desigual en todo sentido,

tanto por la capacidad personal, educación y cultura, como por las ideas políticas y el origen social. Entre los nuevos oficiales que se incorporaron al ejército había también nacionalsocialistas convencidos. Pronto aparecieron las primeras quejas contra el jefe del Departamento de Seguridad de la SS, Reinhard Heydrich (un ex oficial de marina, retirado por delitos contra el honor), por tratar éste de intercalar en el cuerpo de oficiales a personas de su confianza para colocar así al ejército bajo la vigilancia de la Gestapo. Hasta había generales ahora que al mismo tiempo tenían un alto rango en la SS, como el caso de un mayor general, a quien Schleicher había pasado al retiro debido a sus simpatías por el nacionalsocialismo y que ahora fué reincorporado en la actividad al ejército.

Hitler tenía un odio general contra todo lo que se refería al caballo y era partidario convencido del motor. Por eso favoreció la idea de Guderian de forzar en forma rapidísima la decisión de la lucha mediante el empleo sorpresivo y en masa de unidades operativas blindadas, junto con infantería motorizada, artillería autopropulsada y unidades de aviación. Algunos observadores ingleses dijeron más tarde que en Alemania existía un partido militar revolucionario defensor del tanque, representado ante todo por Guderian y otro partido militar conservador, defensor de la batalla de infantería y artillería, representado por Fritsch y Beck. Pero esta apreciación era justa sólo en parte. Es cierto que, según Guderian, «todo salió bien» recién en el viaje de Estado Mayor de primavera de 1939, cuando se estudió por primera vez el empleo de grandes unidades blindadas; pero, en realidad, el Estado Mayor nunca se opuso en principio al empleo operativo del arma blindada sino que quiso analizar tranquilamente antes sus ventajas y desventajas. Sin embargo, Guderian sintió siempre cierta amargura contra los oficiales ortodoxos del Estado Mayor y como la mayoría de ellos provenían del arma de artillería, los apóstoles del arma blindada se burlaban de los «señores de la artillería a caballo» para los cuales el arma terminaba en la cola del último caballo, puesto que hacía rato habían olvidado ya el tiro de la misma.

El desarrollo de los cohetes, continuado por el general Dornberger y el Departamento de Armas del Ejército, quedó por de pronto como una rama completamente separada. Después de 1933 se iniciaron nuevos ensayos con cohetes impulsados por líquidos en el campo de tiro de Kummersdorf; en 1934 se realizaron pruebas de tiro en la isla de Borkum con un modelo denominado «A 2» y Fritsch presenció un ensayo con un modelo «A 3». En el Departamento Experimental de Armas se constituyó finalmente una sección para «material especial» que continuó con estos ensayos. Desde 1936 la aviación también participó en los mismos, organizando un instituto experimental en Peenemünde. Se perseguía ahora el objetivo de construir un cohete con un alcance de 500 kilómetros.

XIV

Frente a todas estas innovaciones técnicas revolucionarias que se presentaron al ejército, los conceptos estratégicos del jefe de Estado Mayor se basaban en principios sobrios y conservadores. Según la opinión de Beck, la ubicación de Alemania en el punto central de Europa, ahora, en la época de las guerras económicas y de coalición, debía apreciarse en forma mucho más desfavorable que en 1914. Después del desmembramiento de la monarquía austro-húngara, el flanco del sudeste estaba sin protección alguna y el pequeño Estado austríaco no tenía mayor importancia, ni como adversario ni como aliado. Hungría, por el Tratado de Versalles, estaba sometida a condiciones de desarme semejantes a las impuestas a Alemania hasta 1935. Checoslovaquia, cuyo ejército estaba armado por los franceses, penetraba con su territorio de Bohemia en forma de una cuña profunda en el flanco alemán. La región industrial del centro de Alemania estaba amenazada directamente por un eventual bombardeo checo. En 1914, la estrategia alemana estaba aún en condiciones de operar con éxito aprovechando la línea exterior y Schlieffen había basado en ésta su gran plan. Según la opinión de Beck, la guerra aérea había hecho desaparecer esta ventaja. Teniendo en cuenta las fronteras existentes, no le parecía posible ya defender, en caso de un conflicto, los centros vitales de la industria alemana contra los ataques aéreos. Una ayuda por parte de Italia y del Japón, con los cuales Hitler entabló relaciones amistosas en los años 1935 y 1936, creyendo que podrían ser aliados posibles, no tenía ningún valor según el criterio de Beck. Además, faltaban totalmente reservas instruídas, prescindiendo de una sola clase de reservistas, que tenía efectivos aproximados de 250.000 a 300.000 hombres. En cambio, en 1914 el Ejército alemán había dispuesto de veinticinco clases de reserva.

Apreciando estas circunstancias y considerando ante todo la ubicación geográfica de Alemania, se podía llegar a dos conclusiones distintas. Beck llegó a través de sus estudios a la primera conclusión, es decir, que en una situación tan peligrosa, la misión del Gobierno debía ser evitar cualquier conflicto armado. Hitler, en cambio, al estudiar las mismas condiciones llegó a la otra conclusión, es decir, que debía tratar de modificar las condiciones geográficas por la fuerza y crear nuevas fronteras para ensanchar el espacio interior mediante una expansión tan grande que permitiera restablecer la maniobra por la línea interior. De este modo se enfrentaron directamente el político de la razón y la responsabilidad moral y el político del poder. En 1935 Ludendorff publicó un libro sobre la guerra total que no hacía sino reforzar estas ideas de Hitler. En el Estado Mayor este libro fué muy leído, pero en general fué rechazado. Ludendorff, a pesar de las tonterías que decía en sus investigaciones sobre los poderes tenebrosos superestatales, gozaba aún de cierto

prestigio en el ambiente militar. En este libro exigía la guerra de aniquilamiento desconsiderada de un pueblo contra otro y aconsejaba el empleo de la mayor fuerza posible bajo la conducción de un dictador, pero libre de toda influencia del Estado Mayor. Este libro, en el cual la guerra aparece como el eje central de todas las manifestaciones vitales, muestra hasta qué punto Ludendorff se había distanciado del modo de pensar del Estado Mayor y de la orientación de Beck.

Los planes de concentración de Beck, en cambio, se basaban sobriamente en la situación defensiva del Reich y mostraban un criterio de limitación prudente, teniendo en cuenta las reducidas fuerzas propias del país. En 1935 Beck ordenó la preparación de un plan de concentración defensivo para el Oeste, llamado «colorado», según el cual debían reunirse tres ejércitos débiles detrás del Rin superior, central e inferior para cubrir la línea de este río, mientras que un cuarto ejército y las fuerzas subordinadas al comandante militar de Silesia, debían encargarse de la protección contra Polonia. La frontera de Checoslovaquia debía ser asegurada solamente con unidades de milicia. Un quinto ejército debía concentrarse en el centro de Alemania, como reserva del comandante en jefe del ejército. Con relación a este plan fué preparada la evacuación de la Silesia superior y eventualmente la de la costa del mar Báltico. Durante los años siguientes se agregó a este plan de concentración «colorado» otro «verde» contra Checoslovaquia, la cual era apreciada como el último aliado seguro de Francia. Este plan proyectaba la concentración de cuatro ejércitos débiles y de un cuerpo de ejército independiente a lo largo de la frontera checoslovaca; otros tres ejércitos debían cubrir la línea del Rin y otro ejército más debía asegurar Silesia contra Polonia.

Con respecto a Polonia seguía existiendo siempre una desconfianza manifiesta. Al comienzo de su actividad Beck dispuso durante un tiempo de una excelente fuente de información personal en el jefe de protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Von Bülow Schwante, hasta que Blomberg le prohibió este contacto directo; Bülow Schwante cayó en desgracia con Hitler y fué trasladado a otro lugar. A pesar del pacto de amistad concertado con Polonia, el Estado Mayor creyó necesario reorganizar las medidas de seguridad en el Este. Por eso en 1936 fué disuelta la anterior protección de fronteras oriental, iniciándose en cambio la construcción de un sistema de puntos de apoyo de cemento en la zona de los ríos Oder y Warthe, como posición de defensa de la capital; era ésta la primera de las grandes zonas fortificadas construídas según las intenciones estratégicas defensivas del Estado Mayor. En caso de guerra esta zona debía ser ocupada por veintiuna divisiones de milicia, compuestas por ex combatientes de la Primera Guerra Mundial. Mientras tanto, Jodl, trabajando independientemente del Estado Mayor, se ocupaba también en la División «Defensa del País» con planes referentes a la seguridad de Prusia oriental.

XV

Hasta el año 1937 no hubo ninguna declaración manifiesta de Hitler que pudiera interpretarse como que perseguía otros planes militares. Algunas insinuaciones al respecto que llegaron al conocimiento de Blomberg y Fritsch, según las cuales a la larga un conflicto con Rusia sería inevitable, no fueron tomadas en serio. Las decisiones sobre la posibilidad de una intervención húngaro-checa en Austria en el caso de un restablecimiento de la monarquía habsburguesa, el llamado «caso Otto» (*), no condujeron a la preparación de planes de concentración concretos. En esto llamó la atención una manifestación de Ribbentrop, que había sido nombrado en 1936 embajador alemán en Londres, la cual produjo una reacción extraña en Blomberg. Ya antes Ribbentrop había expresado el deseo de que le fuera agregado un oficial de Estado Mayor para que pudiera estudiar operaciones militares. En 1936 Ribbentrop manifestó al agregado militar alemán en Londres, mayor general Geyr von Schwepenburg, que si había guerra se marcharía de nuevo a través de Bélgica. Tales ideas podían tener su origen solamente en el círculo íntimo de Hitler. Geyr se sintió obligado a comunicar personalmente esta declaración irresponsable a Blomberg y Fritsch para advertirlos. Blomberg observó al respecto con cierta sonrisa, aunque participó completamente de la opinión de Geyr, que tales ideas eran una tontería criminal, y que una crítica a las medidas del líder significaba casi una «sentencia de muerte a medias». El coronel Hossbach, ayudante militar de Hitler, que, como jefe de la División Central del Estado Mayor, hablaba frecuentemente con Beck, sin embargo no tenía la impresión de que Hitler se ocupara en esos años hasta 1937 con intenciones bélicas. Pero, en realidad, ninguno de los oficiales pertenecía al círculo íntimo del líder. A su conocimiento no llegaba lo que se trataba en este grupo tan entremezclado de favoritos. Y fué en esas conversaciones donde se pronunció la frase fatal de que cada generación necesitaba su guerra y que él, Hitler, procuraría que la generación actual también la tuviera.

(*) Denominado así por el nombre del pretendiente al trono, el archiduque Otto de Habsburgo. (N. del T.)

CAPÍTULO XII

LA LUCHA CONTRA LA GUERRA

I

En el fondo existía de este modo un triángulo de fuerzas. En el centro se encontraban las fuerzas armadas, que se esforzaban en cumplir la tarea del rearme que se les había confiado y que luchaban con dificultades personales y técnicas, bajo una conducción dividida en dos círculos distintos. El Ministerio de Guerra y el Departamento de Fuerzas Armadas trataban de reconciliar al ejército con la revolución; el Comando en Jefe del Ejército y el Estado Mayor trataban de mantenerlo alejado de la política, según el concepto de Seeckt, a fin de que sirviera al Estado y no a una ideología revolucionaria.

Un punto de fricción continuo entre el ejército y el Partido era el problema de los capellanes, contra los cuales Hitler sentía una gran aversión en razón de su odio contra las iglesias cristianas, aun cuando los defendía tenazmente Fritsch. Otro punto de fricción era la instrucción premilitar de la juventud en las unidades de la «Juventud hitlerista» y del servicio de trabajo obligatorio, sobre las cuales el ejército en vano trataba de conseguir el control. Como oficial de enlace fué destacado por el ejército a la dirección de la «Juventud hitlerista» el teniente coronel Erwin Rommel, ex profesor de la Escuela de Infantería de Dresde cuando Falkenhausen fué director de la misma. No era oficial de Estado Mayor y tampoco había participado en la instrucción especial de los futuros oficiales de Estado Mayor. Los esfuerzos de Rommel fracasaron al igual que todas las tentativas de eliminar el Servicio de Trabajos Obligatorio. Aun cuando éste había sido aprobado antes por el ejército como sustituto del servicio militar obligatorio, ahora se producía frecuente-

mente una instrucción doble desde distintos puntos de vista, resultando así que muchas veces el instructor militar tenía que extirpar en los jóvenes reclutas lo que habían aprendido en el Servicio de Trabajo.

En los círculos conservadores había muchas personas que creían que Fritsch estaba en acecho contra la SS. En realidad la situación era inversa, pues la SS estaba en acecho contra Fritsch y buscaba una oportunidad para desacreditarlo. En 1937 las fuerzas armadas de Himmler ya habían aumentado a once batallones y 5.000 hombres de las unidades de calavera (el personal de custodia de los campos de concentración), sin incluir en estos efectivos a la guardia personal de Hitler. Himmler perseguía el plan de constituir finalmente un ejército y una fuerza aérea de la SS. La actitud pasiva del ejército frente a estas aspiraciones en modo alguno le ofrecía perspectivas de éxito en esta lucha de rivalidad y la conducta puramente profesional de los especialistas como Jodl, aumentó aún más las posibilidades de un engaño ulterior. Cuando el fiscal inglés en Nuremberg preguntó a Jodl si se había ocupado alguna vez del tratado austríaco alemán del año 1936, en que se había reconocido la soberanía austríaca, Jodl contestó: «Esto no me interesaba como coronel de Estado Mayor. ¿Dónde iríamos a parar con esto?»

II

Desde el verano de 1935 el Estado Mayor había examinado las posibilidades eventuales de restablecer la soberanía militar en la zona desmilitarizada de la Renania. Pero todo acto unilateral por parte de Alemania chocaba con el pacto de Locarno, garantizado por Inglaterra e Italia. Teniendo en cuenta la existencia de este pacto y el estado incompleto del ejército, Beck se opuso a cualquier violación de la zona desmilitarizada. También Blomberg y Fritsch tenían una aversión completa a las aventuras, pues querían llevar a cabo tranquilamente la reorganización del ejército. Sin embargo, en 1935, el ataque italiano contra Abisinia, la cual en vano pidió la protección de la Liga de las Naciones, descubrió la debilidad de la posición de las potencias occidentales. Debido al hecho de que Alemania no participara en las sanciones declaradas por la Liga de las Naciones, Italia forzosamente se vio colocada del lado de Hitler. Prácticamente desapareció de este modo el sostén que Italia había prestado al régimen semifascista austríaco. Además, murió en enero de 1936 el viejo rey inglés, Jorge V, que había sido un adversario convencido del nacionalsocialismo. Todas las condiciones de la situación político-militar se habían modificado así fundamentalmente.

En el invierno de 1935 a 1936 cayó en manos del contraespionaje alemán un plan de concentración francés; se basaba en la idea histórica de un avance a lo largo del río Mein y una toma de contacto en el Palatinado superior con fuerzas checas, eventualmente también con fuerzas

rusas, para cortar de este modo el territorio alemán en su lugar más estrecho y dividirlo en dos partes. En enero de 1936, además, el primer ministro francés Laval anunció a la Cámara que presentaría el pacto de ayuda mutua con Rusia para obtener su ratificación. Oficialmente Hitler redobló ahora sus esfuerzos para llegar a un entendimiento con Francia por intermedio de las asociaciones de ex combatientes franceses, concediendo además entrevistas muy hábiles a algunos representantes de la Prensa francesa; pero, al mismo tiempo, informó a Blomberg que, en su opinión, las negociaciones franco-rusas de una alianza militar ofrecían la posibilidad de volver a ocupar la zona desmilitarizada, porque Francia con estas negociaciones había violado el pacto de Locarno, de modo que tampoco Alemania quedaba ligada al mismo. Se entiende por sí mismo que rechazó la idea de denunciar formalmente el pacto y que decidió presentar nuevamente a las potencias occidentales un hecho consumado.

Blomberg no consideró necesario informar a Fritsch o Beck sobre esta intención de Hitler. Pero éste, a su vez, creyó conveniente informar a Fritsch al respecto en febrero de 1936. Fritsch apreció que el restablecimiento de la soberanía militar en la Renania era una condición previa e indispensable para la seguridad del Reich; sin embargo, dijo a Hitler que de ningún modo podía y debía arriesgarse una guerra por esta cuestión. Hitler estuvo de acuerdo y esto con tanta mayor razón, porque disponía de informes muy favorables sobre la probable conducta italiana en ese caso y porque el ministro de Relaciones Exteriores del Reich, Von Neurath, sostuvo la opinión de que las potencias occidentales no procederían militarmente, simplemente porque no disponían de las fuerzas necesarias. El Ejército francés, estimado por el Estado Mayor alemán aún como el poder militar más importante en Europa, era numéricamente fuerte, pero anticuado y las fuerzas inglesas disponibles estaban concentradas en el Mediterráneo, a fin de cubrir Egipto y la zona del canal de Suez contra eventuales ataques italianos.

El 6 de marzo, un día antes de la acción, el jefe del Estado Mayor alemán fué informado recién que al día siguiente se procedería a ocupar de nuevo a la Renania. Jodl caracterizó la situación en el Comando en Jefe del Ejército y en el Departamento de Fuerzas Armadas como la de un jugador de ruleta que pone todo lo que posee sobre un solo color. De acuerdo con Fritsch, Beck se decidió a efectuar la ocupación de la Renania con las menores fuerzas posibles, a fin de poder retirarse sin mayores pérdidas en caso de una reacción francesa. Una sola división fué puesta en marcha con este fin y tres batallones debían avanzar a título de ensayo hasta Aquisgrán, Tréveris y Saarbrücken. Por de pronto, Beck también se opuso a toda tentativa de construir fortificaciones en la margen oeste del Rin.

En un discurso de varias horas, Hitler anunció su decisión al pueblo alemán el 7 de marzo de 1936. Las masas, sorprendidas, quedaron entusiasmadas y en las ciudades de Renania las tropas fueron recibidas con un júbilo frenético. Mientras tanto, en el Estado Mayor y también en

el círculo alrededor de Blomberg se observaba con gran ansiedad las reacciones en París y Londres. En el primer momento de la sorpresa Francia movilizó trece divisiones, ocupó las fortificaciones de la «Línea Magot» y dirigió una consulta a Inglaterra respecto a una acción en común. El agregado militar alemán en Londres, general Geyr von Schweppenburg, mandó un telegrama alarmante, creyendo que la situación se tornaba crítica, con la intención de hacer lo más posible para evitar una guerra. En Berlín se vio que Hitler no poseía los nervios de hierro que anunciaban sus palabras, como tampoco Blomberg, que gustaba ostentar un aire tan marcial.

Finalmente se vio ya en los próximos días que Francia no quería actuar sin Inglaterra y que la opinión pública inglesa de ningún modo estaba dispuesta a batirse por el mantenimiento de la desmilitarización de la zona del Rin. Hitler mismo atribuyó — con o sin razón — la conducta inglesa a la influencia del nuevo soberano, el rey Eduardo VIII, quien como príncipe heredero había mostrado un vivo interés por los progresos sociales introducidos por el nacionalsocialismo, creyendo Hitler, además, que era posible que favoreciera una alianza anglo-alemana. Fuera de esto, el nuevo hecho consumado fué velado otra vez por una gran propaganda en favor de un nuevo pacto de Locarno y de una nueva campaña de paz. Los documentos hasta ahora publicados no permiten reconocer claramente qué parte de todo esto reflejaba una intención sincera y qué otra era más bien una comedia.

III

Ya en el verano del mismo año, Hitler se embarcó en una nueva aventura. Cuando el general Franco, anteriormente jefe del Estado Mayor y líder del partido militar español, pidió la ayuda alemana en un pronunciamiento contra el Gobierno republicano de España y la entrega de aviones y tanques, Hitler le concedió todo, probablemente al comienzo guiado por la preocupación de que España pudiera convertirse en un país bolchevique. Pero ahora los hombres responsables del ejército ya no estaban en condiciones de seguir las intenciones de Hitler. Es cierto que por orden de Blomberg un oficial de Estado Mayor del Departamento de Fuerzas Armadas, el coronel Warlimont, se trasladó a España como consejero de Franco; igualmente fué enviado allí el posterior general Von Thoma, del arma blindada, para hacer estudios en el teatro de operaciones español; además, fueron puestas a disposición de Franco algunas débiles unidades experimentales blindadas. Con un entusiasmo tanto mayor Goering aprovechó esta oportunidad para probar prácticamente la capacidad de la nueva aviación alemana. Ésta envió a España un cuerpo auxiliar, la «Legión Cóndor», compuesta de cuatro escuadrillas de ataque, cuatro escuadrillas de caza, una escuadrilla de exploración y dos escuadri-

llas navales; además, personal de servicio y cierto número de baterías antiaéreas pesadas y unidades de comunicaciones. Las luchas de la guerra española, como la batalla invernal de Madrid en 1936, las batallas de Guadalajara y de Brunete, la conquista de Bilbao, el bombardeo de Guernica y la batalla invernal de Teruel en 1937 y 1938, fueron así las pruebas de la futura gran guerra. Italia ayudó a Franco igualmente con unidades de aviación y con divisiones formadas por voluntarios de la milicia fascista. Francia y la Unión Soviética ayudaron a su vez y en mucha mayor escala al Gobierno republicano con personal instructor y la entrega de material de guerra. Ya se veía en esta contienda que la divisa del conflicto futuro no sería la lucha por el Poder de los Estados nacionalistas, sino por diferencias ideológicas. Ésta era la enseñanza que debió haberse sacado de aquella lucha; pero no es extraño que los militares no la reconocieran, pues que todo esto era demasiado ajeno al mundo en el cual habían sido educados. Según el criterio de Thoma y Guderian, el valor del teatro de operaciones español era reducido como para poder estudiar el empleo de unidades blindadas modernas.

IV

La guerra civil española continuaba en 1937. En junio Beck, por propia iniciativa, visitó inoficialmente y en ropa civil en París al generalísimo francés Gamelin, al Estado Mayor francés y al ministro de Guerra Deladier, para asegurarles que, en su opinión, una nueva guerra debía ser descartada, declarándose que el objetivo de las medidas de rearme alemanas era exclusivamente la seguridad del Reich.

Una vez más apareció ahora el problema de la vieja amistad entre el Ejército alemán y el Ejército rojo, que tuvo después un epílogo sangriento en Rusia. En los funerales del rey Jorge V en Londres, Blomberg representaba al Gobierno alemán y el jefe del Estado Mayor rojo Tuchatschewski, a quien Blomberg conocía bien de antes, al Gobierno soviético. En otoño de 1936 Fritsch había invitado a las maniobras alemanas al general ruso Uborewitsch, que bajo las órdenes de Blomberg había participado en los cursos de instrucción en el Departamento de Tropas y en un banquete en honor de él Fritsch brindó ostensiblemente por el Ejército rojo. Poco después Hitler, en un discurso que pronunció el 30 de enero con motivo del aniversario de su advenimiento al poder, dijo enojado que nadie podía «beber ni brindar» con funcionarios comunistas si él exigía del obrero alemán una conducta anticomunista; con esto se refirió a la actitud de Fritsch.

En la primavera de 1937 Tuchatschewski, en su calidad de comisario de guerra reemplazante, visitó Praga para efectuar con el Estado Mayor checo negociaciones referentes a la cooperación militar entre ambos países. Volvió a Moscú vía Berlín. Poco después el servicio de informa-

ciones checo supo que el contraespionaje alemán estaba informado del objeto de las conversaciones realizadas en Praga. Profundamente consternado, el presidente de Checoslovaquia, Benes, comunicó esta mala noticia a Stalin. En junio de 1937 la publicidad mundial fué informada de que el comisario de guerra reemplazante de la Unión Soviética, había sido separado de su puesto y poco después llegó la noticia sorprendente de que él y varios otros militares destacados habían sido fusilados, por haber cometido espionaje al servicio de una potencia extranjera y por haber preparado planes de alta traición para efectuar un golpe de Estado.

En septiembre de 1937 se realizaron en Mecklenburgo las primeras grandes maniobras, en las que participaron las tres fuerzas armadas. Entre los invitados se encontraron el jefe del Gobierno italiano y a la vez ministro de Guerra, Mussolini (con lo cual se recalcó la nueva cooperación italo-alemana), el ministro de Guerra húngaro y el jefe del Estado Mayor Imperial inglés. Aparentemente Hitler quedó muy impresionado en esta oportunidad por los conocimientos militares de Mussolini. Este le pareció un modelo digno de ser imitado. Es cierto que sus propios generales lo trataban con el debido respeto como jefe del Estado y comandante supremo, pero, a pesar de ello, como a un profano militar. A esto se agregaba su propio complejo de inferioridad, por ser simplemente un ex cabo y el hecho de que en el orden puramente humano, un hombre de la personalidad de Fritsch, fuera para él siempre una figura extraña e incomprensible.

En forma sorpresiva Hitler citó el 5 de noviembre de 1937 a la cancillería a los comandantes en jefe de las tres fuerzas armadas, Fritsch, Goering y Raeder, además a Blomberg, Neurath y Hossbach, para exponerles una apreciación completamente nueva de la situación. Su exposición verbal pareció a Hossbach tan importante, que inmediatamente después de la entrevista la anotó a grandes rasgos; de este modo fué conservada para la posteridad e incorporada a los documentos del Tribunal de Nuremberg con la denominación de «protocolo de Hossbach». Según éste, Hitler declaró que «la cuestión alemana» sólo podía ser solucionada por el empleo de la fuerza. Para ello había ideado tres posibilidades: 1.º) Una guerra al terminar el rearme alemán; 2.º) El aprovechamiento de las complicaciones internas de Francia, que podían crear perspectivas buenas para un ataque y 3.º) El caso de que Francia estuviese aferrada por una guerra con otra potencia, por ejemplo con Italia, debido a la cuestión española. La condición previa para cualquier acción militar era el aseguramiento del flanco, es decir, la eliminación de Austria y de Checoslovaquia. Para paralizar a Rusia podría utilizarse a Japón. Tanto Blomberg como Fritsch objetaron en seguida en forma muy enérgica, que de ningún modo podría tomarse en consideración una guerra contra Inglaterra y Francia; además, expresaron que los casos mencionados como números 2 y 3 eran totalmente improbables. Blomberg destacó, además, especialmente la fuerza de las obras de fortificación checas en el norte de Bohemia. Fritsch, que tenía la intención de hacer un viaje de licencia a Egipto, dijo que iba a renunciar a este viaje si «el líder» apreciaba la

situación en forma tan seria. Pero Hitler, desconfiando ahora al parecer, empezó a calmarlo, diciendo que sus palabras no debían ser interpretadas como si la complicación bélica fuera inminente.

En resumen resultó de esta entrevista que Hitler, como jefe de Estado, por primera vez, había dado a entender en forma inequívoca que su objeto era una nueva guerra mundial y que tanto el ministro de Guerra como el comandante en jefe del ejército en forma categórica habían declarado que no deseaban esa guerra. Prescindiendo de Goering, a quien las ideas de Hitler aparentemente no sorprendieron, todos los participantes quedaron profundamente consternados. Neurath sufrió después varios ataques cardíacos a causa de la excitación; pensaba en el testamento de Hindenburg, que había dicho que en cualquier forma había que evitar una nueva guerra a Alemania. Después de la entrevista en la cancillería, Neurath visitó a Fritsch y Beck en el Ministerio de Guerra para deliberar con ellos sobre lo que podían hacer para apartar a Hitler de sus planes. Conviniere que Fritsch hiciera lo posible para convencer a Hitler de que sus planes eran irrealizables desde el punto de vista militar, mientras que Neurath, como dirigente responsable de la política exterior, debía hacer lo mismo desde el punto de vista político. Pero ambos aún no conocían a Hitler. Por de pronto no tuvieron oportunidad en los días siguientes de hablar con él. Fritsch entonces inició su viaje a Egipto sin presentir y sin poder imaginárselo como viejo oficial prusiano que, por orden de Hitler, que se había hecho desconfiado, lo seguían algunas personas de confianza de la Gestapo, mandada por Himmler, el enemigo mortal de Fritsch.

No se ha podido aclarar por qué motivo Hitler descubrió tan sorpresivamente sus planes detallados. Como Keitel explicó más tarde, Hitler conocía toda la literatura militar alemana. Las ideas que había expuesto el 5 de noviembre casi parecían una repetición tardía de las ideas de Von der Goltz y Bernhardi, desde hacía tiempo anticuadas, pero observadas ahora desde el punto de vista de un austriaco, que había vivido en la antigua monarquía habsburguesa y que por eso apreciaba los asuntos nacionalistas de la población alemana en Austria y Bohemia como cuestiones de primera importancia. Para un político ávido de poder como Hitler, que no conocía escrúpulos de orden moral y cuya sabiduría culminó en la declaración de que su misión era desembarazar el mundo de toda traba impuesta por la conciencia, los cambios políticos y territoriales que se habían producido en la zona del Danubio desde 1918, debían parecerle especialmente favorables para poner en práctica tales ideas. En su libro de confesión *Mi lucha*, ya antes había definido que la región oriental de Europa (*) era la que debía absorber el exceso de la población de Alemania, sin considerar que, en realidad, en las provincias del este de Alemania no existía ya tal densidad ni sobrante de la población sino que, al contrario, el éxodo rural aumentaba de una manera alarmante. Las ideas de Hitler reproducidas en el llamado «protocolo de

(*) Se refiere presumiblemente a Rusia. (N. del T.)

Hossbach» parecían por eso una especie de solución apresurada de la política de poderío militar alemana, al estilo de Ludendorff, antes de que fuera tarde para su aplicación; en el Estado Mayor mismo estas ideas habían sido vencidas ya desde hacía mucho tiempo. Era una reaparición del viejo temor, resultante de la ubicación central de Alemania en el sentido histórico y geográfico, pero presentado esta vez sin un plan general al estilo de Schlieffen; buscábanse simplemente por un tanto intuitivo los puntos débiles de los frentes enemigos, con el fin de vencer así el sentimiento opresor del encierro y restablecer la maniobra por línea interior desaparecida, apelando a una superexpansión del propio país.

Hasta ahora Hitler había concedido a Fritsch, como excelente especialista, plena libertad en la organización interna del ejército; a veces hasta había rechazado ciertas exigencias del Partido dando preferencia al ejército. Probablemente fué guiado en esto por la idea ingenua de un profano que el Estado Mayor era una cueva en la cual se preparaban continuamente los más extravagantes planes de guerra. Ahora debió reconocer que el Estado Mayor de ningún modo quería la guerra y que debía prepararse en realidad un instrumento que pudiera llevar a cabo sus planes inusitados. Otros tres hombres, de los cuales cada uno era un rival mortal del otro, también consideraban a Fritsch como un obstáculo para sus planes. Reichenau, que era comandante del cuerpo de ejército en Munich y que seguía esperando aún para convertirse en comandante en jefe del ejército; Goering, que soñaba con el papel de un «Douhet» alemán, convencido de que las demás fuerzas armadas debían ser subordinadas a la aviación y que, además, creía posible que Fritsch efectuara un golpe de Estado contra el régimen nacionalsocialista; finalmente Himmler, el jefe de la policía alemana y de la SS, que proyectaba la formación de un ejército de SS, así como la colonización del este por una organización rural militar y la creación de un nuevo imperio germánico en territorio eslavo mediante dicha colonización.

V

En diciembre de 1937 murió en Munich Ludendorff, el hombre que una vez había advertido a Fritsch contra Hitler, diciéndole que éste no sería leal a nadie y que lo traicionaría también a él. Ludendorff había hecho sus propias experiencias con el «señor Hitler», como lo llamaba constantemente, evitando el uso del título de «líder», pero sin haberse hecho por eso más prudente. Durante los funerales, que fueron presenciados por Hitler y muchos generales, Blomberg, que era viudo, confió a Hitler que pensaba casarse con una mujer que tenía un «pasado». Hitler no dió mucha importancia a este asunto, dándole su consentimiento. Blomberg informó al respecto también a Goering, confesándole que la mujer con la cual pensaba casarse en realidad no correspondía a su clase

social. Goering le contestó que en el nuevo régimen estos asuntos no eran apreciados en forma gazmoña, pues él mismo se había casado en segundas nupcias con una actriz divorciada.

Así comenzó el escándalo. Ya en 1931 Brüning había opinado de Blomberg que éste padecía de una nerviosidad e inconstancia mental inquietante; posiblemente eran las consecuencias de una caída del caballo, de la cual no se había repuesto del todo y que ejercían ahora una cierta influencia en su proceder.

Al comienzo de enero de 1938, Fritsch regresó de Egipto, vigilado también en el futuro por la Gestapo. Tuvo la impresión de que la situación en cierto modo era inquietante y que había regresado justamente a tiempo. En realidad habría sido mejor que no efectuara este viaje. El 12 de enero de 1938 Jodl anotó en su diario en el Departamento de Fuerzas Armadas: «Sorpresivamente el mariscal se casa con la señorita Grünh.» Hitler y Goering fueron los testigos de boda. Al cabo de poco tiempo, Goering hizo entregar al jefe de policía de Berlín, conde Von Helldorf, un legajo, del cual resultó que la vida anterior de la «señorita Grünh» por lo menos era de carácter dudoso. Von Helldorf mostró este legajo a Keitel, cuya primera reacción fué que todo esto debía ocultarse. No concibió la idea de informar al respecto en alguna forma a Blomberg, Fritsch o Beck. En los casinos de oficiales empezaron a circular rumores sospechosos sobre la nueva señora de Blomberg, la esposa del más alto oficial de las fuerzas armadas del país. Fritsch fué llamado telefónicamente por un general que le preguntó si sabía que el ministro de Guerra se había casado con una «puta», comprobándose después que el nombre del general era fingido.

Según el convenio hecho con Fritsch y Beck, mientras tanto Neurath había logrado hablar con Hitler. Le explicó las dudas de los generales y trató de convencerlo que los objetivos más importantes de su política podrían conseguirse también con paciencia y por un camino pacífico. Cuando Hitler le dijo que no podía esperar más, le contestó Neurath que no quería hacerse cómplice de tal política. Probablemente esta entrevista dió a Hitler un nuevo motivo para tomar medidas posteriormente contra la oposición callada que mostraban evidentemente el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Estado Mayor. El 21 de enero de 1938 terminó el curso anual de enseñanza política nacionalista para oficiales, en cuya oportunidad Hitler pronunció uno de sus infinitos discursos sobre asuntos de historia, de la raza, de política y de religión. Al mismo tiempo se realizaba un viaje de Estado Mayor en Prusia oriental, dirigido por el general Von Rundstedt, comandante del 1.º Grupo de Ejército, por lo cual muchos oficiales de alta jerarquía estaban ausentes de Berlín, debiendo apreciarse esto sólo como una coincidencia. Otra casualidad favorable o en el sentido de los generales opositores desfavorable, fué el hecho de que el enérgico comandante de la tercera Región Militar de Berlín, el general de infantería Von Witzleben, uno de los pocos hombres que no sentían miedo ante Hitler, se encontrara enfermo en Dresden durante estas semanas.

El 24 de enero Goering entregó a Hitler el legajo referente a la segunda esposa de Blomberg; probablemente le entregó también simultáneamente otro legajo, preparado por la Gestapo, según el cual el general Von Fritsch había cometido un delito correspondiente al párrafo 175 del Código Penal (delitos homosexuales) con un joven homosexual, en noviembre de 1934, cerca de la estación ferroviaria de Potsdam. Esta acusación se basaba en declaraciones de un individuo de nombre «Schmidt», bien conocido por la policía como chantajista homosexual. Al parecer, el primer legajo (el de Blomberg) había sido presentado a Hitler ya una vez en 1935, el cual ordenó en aquel entonces que fuera quemado, lo que, por supuesto no se hizo, pues según el criterio de Himmler y Heydrich hubiera sido una tontería imperdonable. De todos modos quedó en claro ahora que Blomberg era un hombre perdido. Los documentos del legajo afirmaban que su mujer había sido una prostituta controlada por la policía y que tenía antecedentes penales por haber vendido fotografías pornográficas. Al parecer Hitler tuvo en el primer momento la idea de nombrar a Fritsch como sucesor de Blomberg. Pero también para este caso Goering y Himmler habían tomado sus medidas, preparando con tal fin un legajo especial contra Fritsch. El 25 de enero Hitler informó al coronel Hossbach sobre las acusaciones contra Blomberg y Fritsch. Hossbach, que ya se había formado una idea suficientemente clara sobre los caminos tortuosos de la política interna de este régimen, pudo reconocer en seguida que se estaba tramando una infamia contra la más alta conducción del ejército, con el fin de desacreditar moralmente y liquidar a los más destacados representantes del cuerpo de oficiales. Cuando Hitler le ordenó llamar a Fritsch a la cancillería en la noche del día siguiente, prohibiéndole expresamente decirle algo sobre el objeto de la entrevista, Hossbach, sin embargo, resolvió advertir a Fritsch al respecto. Las primeras palabras de Fritsch fueron: «bajezas y mentiras». Sin embargo, Fritsch era un caballero de antiguo cuño, que de ningún modo podía imaginarse que el jefe de un pueblo de sesenta millones de hombres podría emplear métodos propios de *gangster*; por eso apreció todo desde el primer momento solamente desde el punto de vista de la ofensa a su honor personal.

Hitler se encontró ahora en la situación de que tenía serios cargos contra los dos más altos conductores de las fuerzas armadas, los que por su actitud se le habían hecho incómodos. Pero, aunque muchas veces se vanaglorió de poseer la capacidad de tomar resoluciones instantáneas, en realidad no la tenía, porque sus decisiones en el fondo no se basaban en la razón sino en la intuición. Al parecer no sabía aún en este momento qué es lo que debía hacer. El 26 de enero fué llamado también Blomberg a la cancillería. A mediodía Jodl fué informado por Keitel que Blomberg había sido relevado. Keitel le comunicó que Hitler quería anunciar este asunto al pueblo recién el 30 de enero, en una forma que no había sido fijada aún. El escándalo de Blomberg tocó también a los testigos de boda. Keitel estaba profundamente conmovido y con lágrimas en los ojos

visitó a Fritsch y Raeder para hablar con ellos sobre el problema de la sucesión.

La primera idea de Jodl fué que Fritsch debía encargarse también del cargo de ministro de Guerra. Con respecto a Blomberg anotó en su diario de servicio: «Aun cuando el hombre caiga, su obra debe mantenerse. Se tiene la impresión de estar en una hora decisiva para el pueblo alemán. Insinuáse la idea de que se trata de un caso similar al del rey de Inglaterra y su esposa. ¡Qué influencia puede ejercer una mujer, sin presentirlo, en el destino de un pueblo y con esto también en el mundo!» Pensaba en la suerte del rey Eduardo VIII que, en diciembre de 1936, había renunciado al trono por su amor a una mujer de origen burgués, dos veces ya divorciada y que, sin saberlo, había destruido con ello al mismo tiempo una gran esperanza de Hitler en el campo de la política exterior.

En la noche del 26 de enero Fritsch llegó a la cancillería lleno de cólera y al mismo tiempo profundamente conmovido, porque siempre había creído que poseía la confianza de Hitler. Ofreció a éste su palabra de honor de que todas las acusaciones sobre los delitos sexuales eran mentiras. Pero Hitler no aceptó la palabra de honor de un general y noble prusiano. En lugar de esto lo careó personalmente con el chantajista, castigado anteriormente ya con una pena de presidio y cuando el hombre declaró que reconocía a Fritsch, en opinión de Hitler el destino del comandante en jefe del ejército estaba decidido. Goering, que presenció esta entrevista, por supuesto prestó fe al chantajista y no al general. Fritsch abandonó la cancillería manteniendo su corrección exterior, pero interiormente quebrado, porque no había creído que tal cosa fuera posible en Alemania.

Sin embargo, según el criterio de Hitler, el destino de Fritsch había quedado decidido del mismo modo que el de Blomberg y cuando Hossbach le comunicó que había advertido a Fritsch, pues consideraba que esto era su deber como oficial, también la posición de Hossbach quedó insostenible. La segunda fase de este asunto estuvo representada por el problema si las acusaciones contra Fritsch debían ser aclaradas por un tribunal militar o, como Hitler y Goering querían hacerlo, por un tribunal especial. Fritsch cometió ahora un grave error. Aunque como general estaba subordinado exclusivamente a la justicia militar, cuyo restablecimiento él mismo había favorecido tanto, consciente de su inocencia, no trepidó en concurrir al cuartel general de la Gestapo cuando fué llamado por ésta para ser interrogado, reconociendo de este modo tácitamente la jurisdicción de la misma sobre el ejército. Agentes de la Gestapo aparecieron una noche en algunos cuarteles de tropas y tomaron presos a todos los asistentes anteriores de Fritsch para encontrar testigos contra éste en sus presuntos delitos homosexuales, sin que ningún oficial de guardia se atreviera a impedir este procedimiento. Parecía de mal agüero que en los interrogatorios participara en forma destacada el mismo funcionario policial que el 30 de junio de 1934 había enviado los pelotones de ejecución que fusilaron a Schleicher y Bredow.

Todavía eran pocas las personas que sabían que Blomberg había propuesto a Hitler que él mismo fuera su sucesor, por lo cual continuó la lucha por la sucesión. Sin ser llamado, el general Von Reichenau llegó a Berlín. Dado que Fritsch provisionalmente había sido separado de sus funciones, Beck, ahora el más antiguo oficial del Comando en Jefe, propuso que Rundstedt, el oficial del ejército más antiguo, que aún estaba dirigiendo el viaje de Estado Mayor en Prusia oriental, fuera llamado a Berlín, lo que Hitler primeramente prohibió, pero después concedió. Beck exigió enérgicamente que el caso de Fritsch fuera aclarado por el Tribunal Militar Supremo, cuyo presidente, el general Heitz, era un oficial de la época de Seeckt. Schacht, que en 1937 había sido relevado de su cargo de ministro de Economía, continuando sin embargo en sus funciones como presidente del Banco del Estado, sospechó que todo esto era obra de la SS y se esforzó en advertir a Beck, Raeder y Rundstedt. Este último, volviéndose nervioso, le hizo contestar que él sabía lo que tenía que hacer. En Münster, Gisevius trató de aclarar los sucesos al general Von Kluge. Pero en el fondo nadie sabía lo que tenía que hacer. Antes, en 1926, cuando Seeckt fué relevado de su cargo, Fritsch mismo le había aconsejado un pronunciamiento. Pero ahora, si los generales querían proceder a una acción, debían tener en cuenta que tendrían que enfrentar a un poder enorme. Es cierto que la mayoría de los comandantes superiores del ejército eran aún hombres del tipo antiguo; pero era dudoso que el ejército los obedeciera. Debían enfrentar a la marina, que por lo menos guardaba una posición neutral y a la aviación, subordinada a Goering, a la cual pertenecían también las unidades de defensa antiaérea. Debían enfrentar a la organización enorme del partido político, con sus numerosos elementos, con la policía y la Gestapo. El dictador dominaba toda la red de comunicaciones, la Prensa y la radio. No había ninguna posibilidad de informar al pueblo; tampoco existían preparativos para rechazar un golpe de mano de la SS. Todas las tentativas anteriores de hacer una política militar propia habían fracasado, tanto las de Ludendorff, como las de Lüttwitz y Schleicher. ¿Cómo podía explicarse a las grandes masas de obreros, que por el rearme tenían de nuevo ahora pan y trabajo, que era necesario realizar un golpe de Estado porque el comandante en jefe del ejército había sido víctima de una calumnia? Había que tener en cuenta todo esto antes de acusar de cobardes a los generales de esa hora, como los círculos opositores lo hicieron frecuentemente entonces y más tarde. Para llevar a cabo un golpe de Estado se necesitaba algo más que coraje personal; era necesario una personalidad verdaderamente descolante, que dispusiera de un gran prestigio en la opinión pública, una verdadera figura de arrastre; pero tal personalidad no existía ya entre los generales.

VI

El 27 de enero, después que Blomberg se había despedido y partido para Italia, Keitel fué llamado por Hitler. Este hasta ese momento conocía tan poco al jefe del Departamento de Fuerzas Armadas que erróneamente había preguntado por el general «Von» Keitel. Lamentándose le dijo que estaba cada vez más aislado y que Keitel debía quedarse con él. Keitel, un hombre muy sencillo, quedó sumamente impresionado por este gesto de confianza; con esto Hitler lo ganó para sí. Otra vez se discutió el problema de la sucesión de Blomberg. Aparentemente Hitler todavía no estaba decidido, ignorando de qué modo reaccionaría el ejército si él mismo se encargaba del comando supremo. Se mencionó el nombre del conde Von der Schulenburg, antes jefe del Estado Mayor del grupo de ejército mandado por el príncipe heredero, que se había incorporado al Partido, pero que en el fondo pensaba siempre aún en forma conservadora. Se mencionaron los nombres de Rundstedt, Joaquín von Stülpnagel, Leeb y Reichenau. Respecto al primero Hitler dijo que era demasiado viejo y cansado; a Stülpnagel lo consideró como un adversario del nacionalsocialismo; Leeb era católico; la candidatura de Reichenau al parecer poseía las mejores perspectivas. Fué un alivio para Keitel cuando Hitler dijo que Reichenau no era suficientemente profundo en sus ideas y que procedía por impulsos; pero, a pesar de esto, sin duda tenía las mayores simpatías por él. Después de esta entrevista Keitel contó al general Jodl que tenía la convicción de que por lo menos la posición del Departamento de Fuerzas Armadas quedaba asegurada, quizás hasta mejorada y que Jodl no debía abandonarlo en ese momento. Este apreció la situación como «trágica y conmovedora». Keitel le contó, además, que Fritsch debía renunciar por ser un homosexual, agregando la confesión rara de que sabía esto ya desde hacía dos años; era sin duda un indicio de que estas intrigas se estaban preparando ya desde mucho tiempo atrás.

Ahora también el general Beck visitó a Keitel — por el momento el hombre más poderoso de los que actuaban entre bastidores en el Ministerio de Guerra — exigiendo que fuera elevada la posición del ejército como factor decisivo en la conducción de guerra alemana, que fuera realzada la posición del Estado Mayor y que la División «Defensa del País» fuera incorporada a éste. Además, exigió que Blomberg fuese echado del ejército, haciendo resaltar enérgicamente que era intolerable que el más alto oficial alemán se casara con una «puta». En este momento de la lucha la visita de Beck fué para Keitel muy molesta, pues a éste no le interesaba la posición del Estado Mayor sino el sostenimiento de su propia posición y la eliminación de Reichenau. Presentó ahora a un nuevo candidato como sucesor de Fritsch, al general de artillería Walter von Brauchitsch, desde 1937 comandante del 4.º Grupo de Ejército, re-

cientemente formado. Brauchitsch fué llamado a Berlín; Beck tuvo a causa de esto un gran enojo, porque siendo el oficial más antiguo del Comando en Jefe del Ejército no se le presentó como correspondía. Keitel informó a Brauchitsch que Fritsch había sido licenciado y le preguntó si estaba dispuesto como nuevo comandante en jefe y con un nuevo jefe del Estado Mayor a establecer un contacto más estrecho entre el ejército y el Partido Nacionalsocialista. Brauchitsch, preocupado en esos días por el problema de su divorcio pendiente, pidió un plazo para reflexionar. Finalmente declaró su conformidad, después de haber tenido una entrevista con Hitler en presencia de Rundstedt. Cuando en esta oportunidad Hitler empezó a hablar del honor del ejército. Rundstedt lo interrumpió bruscamente diciendo que el ejército no deseaba ser instruido por Hitler en materia de honor; una reprimenda que Hitler aceptó calladamente.

Aparentemente con esto se había solucionado el problema de la sucesión de Fritsch. En cuanto a la sucesión de Blomberg, quedó aún sin solución.

Por de pronto resultó imposible publicar los acontecimientos el 30 de enero de 1938, como se había proyectado. El pueblo alemán desconocía aún absolutamente todos los hechos; hasta muchos de los comandantes superiores no sabían nada. Solamente en los círculos más altos de Berlín corrían rumores. El 2 de febrero, el director de la Academia de las Fuerzas Armadas, el general Adam, preguntó en forma irónica a Jodl, a quien encontró en el paseo matutino a caballo, sobre la «crisis de Estado», contestando Jodl lacónicamente que se hallaba en su apogeo. El ministro doctor Frank, el líder del colegio de abogados nacionalsocialistas, preguntó al general Adam cómo pensaba sobre «su mariscal», contestando Adam friamente: «No es nuestro mariscal, es el vuestro.»

Schacht hizo una última tentativa para advertir al general Thomas, por intermedio del oficial de enlace del Departamento de Economía Militar, comunicándole que el ataque contra Fritsch en realidad era un golpe de la SS contra el ejército. Jodl anotó enojado al respecto que estas «habladurías» faltaban a la orden promulgada de que en el ejército no debía hablarse sobre este asunto. El 2 de febrero quedó fijada la decisión de Hitler de que él mismo se encargaría del puesto de comandante en jefe, con la ayuda de Keitel, que debía convertirse en jefe de las Fuerzas Armadas, mientras que Brauchitsch pasaría a ser comandante en jefe del ejército. Hitler dió su consentimiento a que Beck quedara como jefe del Estado Mayor.

El 4 de febrero el pueblo alemán fué sorprendido por la noticia de que el ministro de Guerra y el comandante en jefe del ejército habían sido pasados al retiro por razones de salud y que Hitler mismo se hacía cargo del puesto de comandante en jefe de las fuerzas armadas, pasando el general Keitel a ser jefe de la Plana Mayor del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. Como fundamento principal de todo esto se indicó la necesidad de centralizar el poder y de rejuvenecer el cuerpo de oficiales. Observadores ingenuos debieron tener la impresión de que había es-

tallado una epidemia entre los generales alemanes, pues por razones de salud fueron retirados también un considerable número de los más conocidos todos representantes de la orientación impuesta por Seeckt. El general Lutz fué reemplazado por Guderian, pasando su cargo a denominarse desde ahora «jefe de las tropas rápidas en el Comando en Jefe del Ejército». Al mismo tiempo fué publicado el nombramiento de Goering como mariscal, destinado a satisfacer su ambición personal, mientras que Reichenau ascendió al puesto de comandante de un grupo de ejército. Simultáneamente se realizó un cambio en los puestos diplomáticos. El ministro de Relaciones Exteriores Neurath fué reemplazado por Von Ribbentrop, el íntimo de Hitler; los embajadores en Roma y Tokio, Von Hassel y Von Dirksen, fueron relevados por no haber ayudado en forma eficaz el rumbo de la política de alianzas de Hitler. En su reemplazo fueron enviados a Roma un hijo del mariscal Von Mackensen y a Tokio el mayor general Ott. Para velar el relevo de Neurath, se comunicó la decisión del líder de constituir un consejo de gabinete secreto, cuyo presidente había sido nombrado Neurath. Pero este consejo de gabinete nunca entró en funciones.

El 4 de febrero Hitler reunió en la cancillería a los generales más destacados; les explicó en esta oportunidad los delitos que habían cometido Fritsch y Blomberg y les hizo una descripción de la nueva situación. Los generales escucharon sus palabras en forma callada. Algunos, como por ejemplo, el comandante del 1.º Cuerpo de Ejército de Prusia oriental, el general Von Kuehler, un viejo amigo de Fritsch, no habían sabido absolutamente nada y quedaron profundamente consternados. Hitler, que había esperado este día con cierta preocupación, pues consideró probable una crisis grave y quizá mortal, dijo después en medio de sus confidentes más íntimos que se sentía aliviado y que ahora, sabía que todo general era cobarde o tonto. Goebbels confesó más tarde que lo que se temió no fué un pronunciamiento monárquico de Fritsch, sino un acto en común de los comandantes superiores esto es, renuncia colectiva de los oficiales más altos del ejército. Pero según el criterio prusiano esto habría sido una rebelión. El hecho de que Goebbels apreciara posible tal acción muestra que, como hombre cínico y sin base moral, no tenía ninguna idea del carácter místico que representaba para estos viejos soldados el juramento a la bandera. Por otro lado, la mayoría de los generales en este momento todavía no habían reconocido que ese día se verificara algo más que un simple cambio personal y que el acto representaba en realidad la sumisión del ejército a la voluntad de Hitler. Más tarde se dijo que solamente el general Von Pogrell había opinado que ahora era indispensable salir con las tropas. Pero una acción en común de los generales, una «huelga general» en el sentido de Goebbels, en realidad no hubiera sido posible. Muchos de ellos no habrían participado en tal acción.

Fritsch reconoció demasiado tarde que en todo esto no hubo una lucha contra su honor personal sino contra el ejército mismo y que debió haber actuado como lo había exigido en 1926. Pero aun en eso

caso queda la duda si efectivamente hubiera estado en condiciones de hacerlo. No en balde la Gestapo había elegido esta forma de difamación personal, que colocaba a Fritsch en una situación difícil y no le permitía llevar el asunto al terreno político. Uno de los mejores conocedores franceses del ambiente alemán, el conde Roberto d'Harcourt, en un artículo que publicó en la *Revista de Dos Mundos*, hizo una comparación entre los casos de Fritsch y de Tuchatschewski, opinando que hasta posiblemente existieran relaciones internas entre ellos. Dijo que en ambos casos los dictadores modernos habían mostrado ser maestros en el campo de la psicología y de la bajeza frente a los oficiales de antiguo cuño, que sólo sabían proceder con nobleza e integridad.

El caso de Fritsch llegó ahora a su epílogo. El defensor de Fritsch, el abogado conde Von der Goltz, descubrió las intrigas de la Gestapo, comprobando que los instigadores del asunto habían inducido al chantajista Schmidt a basar su acusación en la semejanza del apellido del realmente culpable, un ex capitán Von Fritsch, con el apellido del comandante en jefe del ejército. En el proceso ventilado ante el Tribunal Militar Supremo, Fritsch fué absuelto. Pero el público de ningún modo fué informado de todo esto, como tampoco supo que antes de iniciarse el proceso, la Gestapo trató de eliminar a Fritsch para simular después su suicidio. Nadie supo tampoco que el jefe del Estado Mayor creyó necesario proteger a Fritsch con una guardia formada por jóvenes oficiales de confianza y que la tentativa de eliminar a Fritsch sólo pudo ser impedida gracias a que el día en que Fritsch fué llamado por la Gestapo a declarar en una casa de campo deshabitada, se hizo efectuar ejercicios ostensiblemente a una compañía del ejército en sus inmediaciones. Tampoco el ejército mismo supo algo de todas estas cosas.

Como Hitler mismo se había encargado del mando directo y el Ministerio de Guerra en realidad había cesado en sus funciones, se produjo una situación orgánica completamente nueva en las autoridades supremas de las fuerzas armadas, al estilo de la que hubo a lo sumo en la primera época del absolutismo, volviendo a aparecer de este modo antiguas modalidades históricas.

La existencia de un Estado Mayor particular dentro del nuevo gabinete militar era indudablemente un nuevo invento. También se vió, aunque en otra forma, la transformación paulatina del régimen en un gobierno de gabinete, según el viejo tipo prusiano inconstitucional, como existía en los tiempos federicianos, notándose esto ante todo en la tendencia de Hitler de no hacerse asesorar más por los ministros y las instituciones creadas por él mismo, como por ejemplo el Superministerio del Consejo de Gabinete Secreto, sino de trabajar exclusivamente con sus cancillerías personales: la cancillería del Estado, la cancillería del presidente, la cancillería del Partido y el Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas. Estos cuatro organismos representaban las cuatro columnas del régimen personal de Hitler. Es cierto que esta evolución no se produjo por imitación consciente de las anteriores condiciones prusianas; al contrario, fué la eliminación de las formas constitucionales del gobierno,

lo que forzosamente debía reproducir las formas arcaicas del régimen federiciano.

Los intereses del ejército dependían mucho y quizá totalmente, de la personalidad del nuevo jefe del Comando en Jefe de la Fuerzas Armadas; para expresarlo mejor, del jefe de la Plana Mayor del Comando en Jefe de las Fuerzas Armadas, el general de artillería Guillermo Keitel. Descendía éste de una familia radicada en el campo en el territorio de Brunswick; después de recibirse de oficial de artillería, se había incorporado en 1915 al Estado Mayor; durante la guerra prestó servicio como primer oficial de Estado Mayor del Cuerpo de Marina en Flandes, mandado por el enérgico almirante Von Schröder. En el ejército de cien mil hombres estuvo prestando servicio en la tropa y en los comandos. Desde octubre de 1935 era jefe del Departamento de Fuerzas Armadas, una posición que él mismo calificó como la de un jefe de Plana Mayor del ministro de Guerra. Era un trabajador diligente y circunspecto. Ante el Tribunal Militar Aliado de Nuremberg, dijo más tarde de sí mismo que había sido un militar animado por la voluntad de cumplir correctamente sus deberes y de empeñar toda su capacidad al servicio del Estado, prestando por eso sus servicios con la misma lealtad al emperador, a Ebert, Hindenburg y a Hitler. En forma casi de reto replicó continuamente en este tribunal a todos los cargos que se le hacían, diciendo que el soldado debía tener confianza en la conducción del Estado. Representaba así la figura de un especialista incondicional, uno de los tantos que habían sido educados en esa forma por el Estado Mayor. Siendo un hombre completamente ignorante en asuntos políticos, llegó a la convicción de que la revolución nacionalsocialista era el hecho más revolucionario de la historia mundial. A todo se agregaba su ambición natural y el hecho de que su conducta fuera influida por varias donaciones valiosas que recibiera de Hitler (generosidad que éste usaba en forma mucho más amplia que todos los reyes prusianos juntos) y, finalmente, por su impresión de que el Reich había ganado en prestigio en el exterior. Uno de los hijos de Keitel dijo más tarde en la cautividad, que su padre había tenido la esperanza de poder fundar una especie de dinastía familiar de los Keitel; pues no menos de tres miembros de ésta habían llegado a ser generales en el Ejército.

Por otra parte, según su propia confesión, Keitel nunca perdió frente a Hitler una especie de sentimiento de inferioridad o, mejor dicho, de desconcierto. Para un militar y oficial de Estado Mayor de tipo antiguo, un revolucionario representaba siempre un ser algo incomprensible. Keitel declaró en Nuremberg que nunca en su carrera militar había encontrado a un hombre que poseyera planes de reformas militares tan amplios como Hitler. Por otro lado, nunca había tenido la impresión de gozar realmente de la confianza de éste en el sentido puramente humano. A pesar de todo se esforzó en servirle lealmente, aun cuando no le faltaron graves crisis en tal sentido.

La aversión de Hitler contra el Estado Mayor, que hizo que estableciera la separación más estricta entre el Comando en Jefe de las Fuerzas